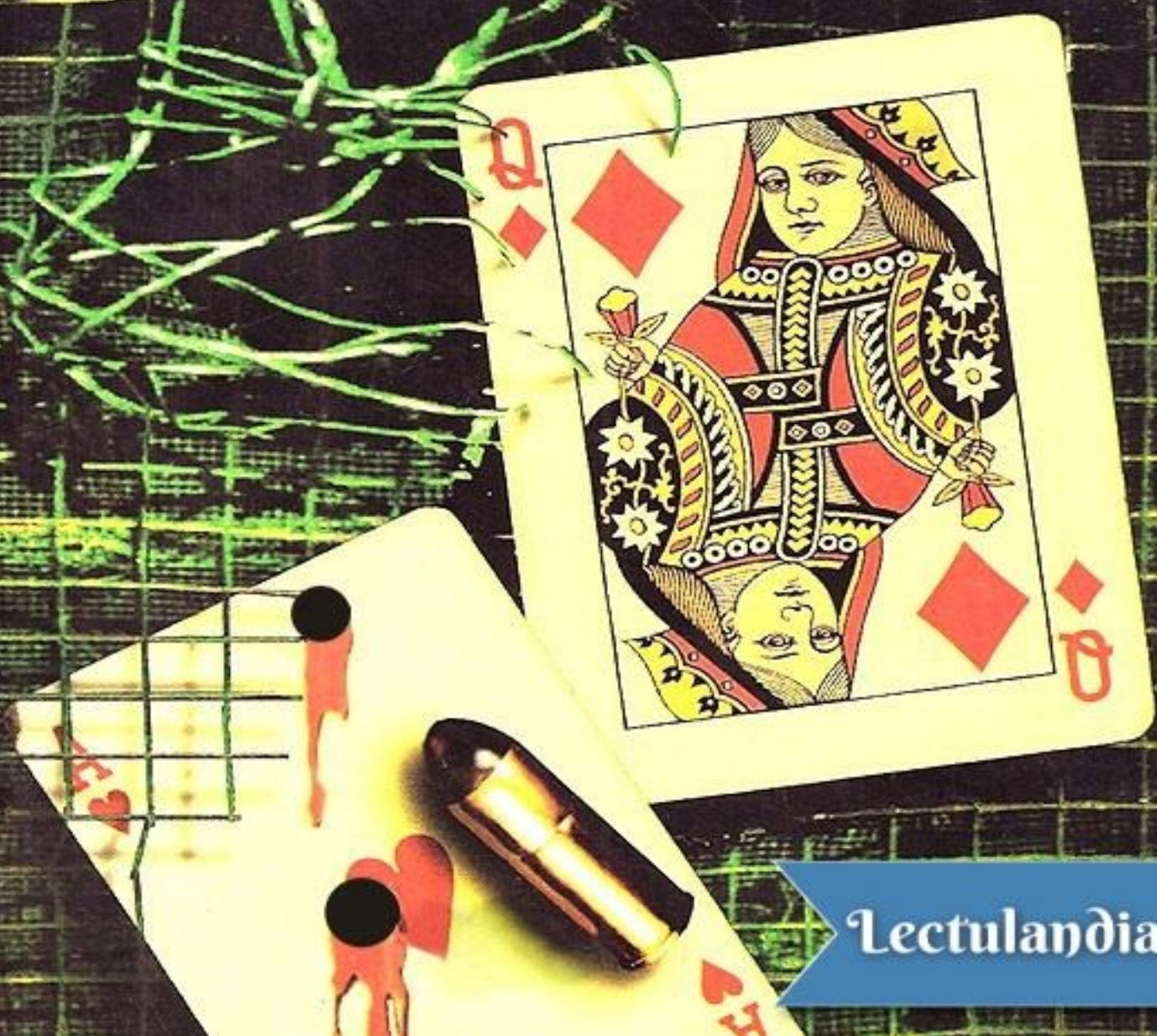


# HITCHCOCK

## Los Errores Mortales



Lectulandia

Puede que hubiera contratado espías y sembrado todo el lugar de micrófonos ocultos. Todo era posible porque la duda estaba en él y porque los celos le debieron atormentar hasta llegar a ser molesto.

Seguro que había descubierto aquéllas miradas furtivas, aquellos pequeños roces llenos de sugerencias, aquellos cadenciosos gestos llenos de ardor. Por ello se lo quitaron de enmedio, sospechó la policía.

La hipótesis del caso señalaba como móvil principal un deseo irrefrenable de hacer callar los celos, una avaricia desmedida ante la herencia afortunada. El crimen estaba justificado.

Incluso Kitty lo llegó a sospechar ante su desaparición, mientras Lewis se enfrentaba a una acusación directa.

Estas y otras historias fascinaron al gran maestro del suspense que hizo una excelente selección llena de implacables resultados para el lector que irá encontrando un reto tras otro en cada página.

Lectulandia

AA. VV.

# Los errores mortales

ePub r1.0  
Titivillus 12.05.15

Título original: *Mortal Errors*  
AA. VV., 1983  
Traducción: Manuel Vázquez  
Retoque de cubierta: Piolin

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# INTRODUCCIÓN DE ALFRED HITCHCOCK<sup>[1]</sup>

Hace algunos días, dispuse de un rato libre, y me decidí a resolver los problemas más acuciantes de la nación. Las respuestas surgieron en mí con tanta rapidez y facilidad que he estado pensando si los políticos que han dado vueltas a esos problemas durante años lo han intentado realmente. Sospecho que, en vez de eso, han dedicado la mayor parte de su tiempo y energías a su problema personal más apremiante: conseguir ser reelegidos.

He aquí los problemas:

En primer lugar tenemos el del transporte. La gente va en auto en vez de ir en tren, con el resultado de que las carreteras se hallan abarrotadas y el aire contaminado. La explicación, naturalmente, reside en que los autos son mucho más convenientes que los trenes. El vehículo familiar se encuentra tan sólo a la distancia que media entre el hogar y el lugar de aparcamiento. En cambio, la estación del tren siempre está al otro lado de la ciudad. Además, los trenes llegan y salen según su propio programa, que pocas veces coincide con el del posible usuario.

La solución no consiste, por supuesto, en mejorar el transporte público, como algunos proponen, sino en empeorar el transporte privado, es decir, obligar a la gente a utilizar los trenes por pura desesperación. Dejemos que los fabricantes de automóviles fabriquen un coche garantizado para estropearse en la carretera, a mediodía, entre San José y San Luis obispo, y se habrá dado un paso gigantesco. A partir de ahí, no será difícil fabricar un automóvil que incluya un incansable pasajero dispensador de continuos consejos. Ya veréis entonces cómo el negocio de los ferrocarriles se recobra.

En cuanto al problema de la basura, he decidido que, en esencia es una cuestión de actitud. Desde la infancia se nos ha condicionado para creer que «recoger» es «bueno» y que «esparcir» es «malo». Era debido a la ética puritana, como tantas veces. Pero, fijaos, ¡no fue el sexo calificado de «malo» en otro tiempo! Hoy, naturalmente, nos hemos dado cuenta de que es una de las actividades más sanas —es decir, «buena»— a la que podemos dedicarnos. Se enseña en la escuela, tengo entendido, junto con las matemáticas, la historia y cómo robar la segunda base.

Estoy seguro de que, con un poco de promoción, la basura llegaría a gozar igualmente de buena reputación. Comencemos con la propaganda comercial televisiva. Añadamos una línea al final de los anuncios de desodorante, diciendo: Cuando el cubo esté lleno, esparcid un poco para vuestro país, arrojándolo por la ventana del cuarto de baño. El cubo, naturalmente, no el país. Es posible que alguien escriba una carta de protesta. Pero cuando una buena campaña entra en funcionamiento, los obstruccionistas pronto se hacen callar.

Las ventajas de esparcir basura son tan numerosas que resultan incontables. Los botes de hojalata, por ejemplo, no han de segarse, como ocurre con la hierba. Los envoltorios de caramelos aportan colorido y llevan impresos pequeños mensajes, breves pero fascinantes («Imitación sabor»). Por contraste, el césped y la mayoría de las plantas ornamentales son de un verde monótono. ¿Y hay alguien que haya aprendido algo leyendo una mata de pachysandra? Y así podría continuar con otros ejemplos, y no terminaría nunca.

En tercer lugar, está la pobreza. La solución, creo yo, no consiste en redistribuir la riqueza, tomando del rico y dándole al pobre. El rico se molestaría mucho, y hemos de intentar por lo menos ser amables. La respuesta está en redistribuir los pobres, sacándolos de sus barrios de barracas y colocándolos con los ricos. Automáticamente, se convierten en miembros de la familia. Y la familia siempre se las arregla de alguna manera para proveer a sus parientes pobres.

No veo ninguna dificultad en convencer a los ricos de que acepten en casa a los menos afortunados, puesto que, tal como está hecho mi programa, cada persona pobre adoptada en la familia rica será deducible en la declaración de la renta.

Hoy en día las deducciones son tan populares entre los ricos como lo eran antaño los alfileres de corbata con diamante y los vagones privados de ferrocarril. Yo predigo que cuando el pobre venga a representar una deducción en los impuestos, la demanda de pobres producirá una grave escasez. Tendrán que ser importados. El suministro mundial, no obstante, creo que es lo suficiente abundante para mantener en funcionamiento el programa durante muchos años.

Por último, y no por ello el menor, el problema de la desnudez en las películas. Siendo yo un agudo observador, he notado que las jóvenes damas que aparecen en cueros son siempre atractivas. La respuesta, como es lógico, es sustituirlas por mujeres brutalmente gordas, totalmente calvas y con complexiones antiestéticas. Pronto descubriremos, apuesto lo que quieran, que somos una nación mucho más «moral» de lo que creíamos, indiferente a la desnudez en la pantalla.

Ahora que todos los problemas están solucionados, podemos retornar, muy felices, a hacer aquello para lo que hemos sido puestos en la Tierra: arrellanarnos en una cómoda butaca en una habitación poco iluminada, con una buena historia escalofriante de misterio. Yo también he proporcionado los medios para eso, como pronto descubrirá usted a medida que siga leyendo.

# ¿DÓNDE ESTÁ MILO?

*Fletcher Flora*

Era temprano. Faltaban diez minutos para la una. Kitty llegaría tarde. Así que fui al bar, pedí un *gin-tonic*, cambié un dólar en monedas de cinco centavos y me encaminé hacia la pequeña habitación en donde tienen las máquinas tragaperras. Mientras tomaba mi bebida, eché las monedas en una máquina. Tuve suerte con la última jugada y gané otras dieciocho gracias a tres naranjas en línea. Volví al bar y eché un vistazo a mi alrededor pero Kitty seguía sin aparecer. De modo que cogí otro *gin-tonic* y regresé a la pequeña habitación, en donde perdí las dieciocho monedas de cinco centavos que acababa de ganar. Entretanto, Kitty había llegado; aunque tarde, como de costumbre. Oyó el girar del tambor en la tragaperras y entró en la pequeña cámara para indagar.

—¡Vaya, estás aquí! —dijo.

—Nada más cierto —contesté—. Aquí estoy.

—¿Ganaste? —inquirió ella.

—No. Perdí un dólar y noventa centavos.

—Eso sí que está mal.

—No tan mal. Gané los noventa centavos jugándome el dólar.

—Entonces está bien. En realidad, has perdido sólo una moneda de diez centavos.

—Una forma muy consoladora de verlo.

Kitty llevaba una camisa blanca de algodón metida dentro de unos *shorts* de mahón blanco. El enmarañado cabello color castaño oscuro cortado muy corto, le nacía en la nuca formando lo que se llamaría pico de viuda pero invertido. Tenía los ojos castaños salpicados de verde, semejantes, por su tamaño y forma, a las semillas del aguacate. Era menuda; con una figura perfecta, esbelta, y unas increíbles piernas bronceadas. Después de una comida copiosa, pesaría, con toda probabilidad, unos cuarenta y tres kilos. A pesar de todo, los tenía muy bien distribuidos. Eran los kilos más potentes que jamás se vieran juntos.

—¿Qué estás bebiendo? —preguntó ella—. Parece tónica con ginebra.

—Es que bebo eso, tónica con ginebra.

—Creo que también tomaré una.

—Es una bebida muy agradable —dije—; sobre todo en los días calurosos.

Como la puerta del pequeño recinto había quedado casi cerrada a sus espaldas, dejé el vaso sobre la máquina tragaperras, estreché a Kitty entre mis brazos, la besé a fondo y le di tres palmadas en el furgón de cola.

—Cariño —dijo ella—, no debes excitarte. Dadas las circunstancias, el resultado puede ser nulo.

—Nosotros somos muy buenos en eso —dije—. Los mejores en llegar a

resultados nulos.

—¡Oh, yo no diría tanto! —replicó ella—. Según me parece recordar, ha habido varias veces en que hemos conseguido algo, de vez en cuando y en algunos sitios.

—«De vez en cuando» y «en algunos sitios» son términos inadecuados —objeté—. La palabra justa es frustrante. Lo que me propongo es algo previsible y viable —proclamé enfático.

—Cariño, eso es lo que me propongo yo. Por desgracia, Milo opina de otro modo.

—Milo puede irse al infierno.

—Bueno, ésa sería una solución aceptable, estoy segura. Pero no es tan fácil de conseguir como te imaginas. Milo se negará a cooperar, ni más ni menos, y como es mi marido, habrá que tener en cuenta sus deseos, tanto si nos gusta como si no.

—Milo es un cerdo —aseguré.

—Eso es incuestionable —convino ella—, un cerdo sin paliativos. Pero por lo menos tiene la virtud de ser un cerdo con la admirable habilidad de convertir un dólar en diez. Desde mi casamiento con Milo, me he habituado a disponer de cantidades nada desdeñables de dinero, y si sobreviniera el divorcio, sería muy grato ocupar una posición ventajosa para negociar una pensión desahogada.

—Yo mismo me declaro partidario de ese tipo de pensiones cuando tal cosa es factible —dije—. Sin embargo, en este caso particular, estoy absolutamente a favor del divorcio aunque tal cosa no sea posible.

—Lo mejor que podemos hacer —dijo ella— es irnos al bar y discutir el asunto con toda serenidad, por muy difícil que sea conservar la calma cuando se trata de Milo.

A decir verdad yo había perdido ya casi toda mi refrigeración, como dicen los muchachos de ahora, aunque la culpa, debo confesarlo, no fue toda de Milo *el Cerdo* sino más bien de Kitty, con sus ojos salpicados de verde, sus exiguos *shorts* blancos y sus piernas bronceadas e impecables. Así que le eché mano decidido a repetir la escena anterior e incluso mejorarla con ciertas improvisaciones a medida que se me fueran ocurriendo, pero ella retrocedió y puso ambas manos contra mi pecho como si quisiera dejar bien sentada una suspensión temporal de la propiedad.

—No, no, cariño —dijo—. Compórtate, por favor. Sabes muy bien que tengo tendencia a la temeridad cuando se me estimula más de la cuenta. Tal como está el asunto ahora, y a pesar de nuestra inocencia, las circunstancias nos inculparían ante cualquier mente recelosa. Si llegase alguien y nos encontrara aquí, pensaría, casi con seguridad absoluta, que estábamos urdiendo algo, suponiendo que no lo hubiésemos hecho ya.

—Por lo que a mí se refiere —dije—, ese alguien acertaría en lo primero.

No obstante, para atajar la sospecha de las mentalidades recelosas regresamos al bar, aumentamos mi cuenta con dos *gin-tonics* y nos los llevamos hasta la mesa que había cerca de una de las ventanas que miraban a la terraza. Ésta daba a la piscina, la cual dominaba, a su vez, las ondulaciones suaves y recortadas del campo de golf que



se perdían en lontananza entre *greens* color esmeralda. Varias criaturas, machos y hembras de dos a veinte años, chapoteaban en el agua azul brillante de la piscina, o yacían tendidos y casi desnudos a lo largo de los bordes dejándose tostar por un blanco sol abrasador. A lo lejos, en el campo, entre *greens* esmeralda, un cuarteto de jugadores arrastraban carritos cargados con palos. Tomé un sorbo de mi *gin-tonic*, que era el tercero ya, y Kitty tomó otro del suyo, que debía de ser el primero.

—Ahora —dije—, discutamos con calma sobre Milo.

—¿Estás seguro de poder hacerlo, cariño? Como ya sabes, el tratar de discutir sobre Milo con calma es una dura prueba que requiere unas cualidades de carácter muy especiales.

—Estoy trabajando con mi tercera copa, lo cual ayudará bastante. Una botella de ginebra puede procurarle a uno grandes dosis de carácter. En cualquier caso, yo no elegí a Milo voluntariamente como tema de debate. Me ha sido impuesto, por así decirlo. Reconocerás que tú eres la culpable de esta infortunada situación porque tuviste la pobre idea de casarte con él antes de que se te brindara la oportunidad de hacerlo conmigo.

—Bueno, no sacaremos nada en limpio echándome la culpa de todo. ¿Cómo me hubiera sido posible prever que vendría alguien mejor para sorberme el seso cuando se suponía que todo había quedado resuelto?

—Cualquier persona, creo yo, podría haber previsto que alguien mejor que Milo aparecería muy pronto.

—Debes ser justo, cariño. No hay duda de que Milo tiene deplorables deficiencias en ciertas cualidades esenciales pero, sin embargo, está sorprendentemente bien dotado respecto a otras, reconócelo.

—Lo sé. Ese hombre tiene una envidiable habilidad para convertir un dólar en diez.

—Ahí lo tienes. Has puesto el dedo en la llaga.

—Mientras que yo, por el contrario, tengo la lamentable tendencia a convertir diez dólares en uno.

—No permitas que eso te cree un complejo de inferioridad o algo parecido, cariño. Tú superas a Milo en otros terrenos.

—Gracias. Es una vergüenza que sólo me sea posible evidenciar mi superioridad de vez en cuando y acá y acullá. Lo que nos trae, creo yo, al punto en cuestión. ¿Has hablado ya con Milo sobre el divorcio?

—Anoche mismo tuve una conversación muy seria con él. Le sugerí que nos pusiéramos de acuerdo para llegar a un arreglo satisfactorio y tramitáramos el divorcio de una forma amistosa, agradable, sin implicaciones sórdidas, ni escándalos ni cosas desagradables.

—¿Y qué dijo Milo?

—Se mostró muy amable al respecto. A decir verdad casi admiré su actitud. Pues eso fue una bofetada para él.

—¿Estuvo conforme?

—No exactamente. Bueno, de hecho, no. Como te digo, se mostró muy amable, no se enfadó, no adoptó una postura irrazonable ni nada por el estilo, mas él se figura, al parecer, que si llega a plantearse el divorcio, él tendrá que querellarse contra mí acusándome de infidelidad.

—Querrás decir de adulterio.

—Bueno, no sé si el viejo Milo sería tan específico como todo eso, a menos que haya contratado espías y empleado micrófonos ocultos o algo parecido. Y no me sorprendería que lo hubiese hecho así, si quieres que te diga la verdad, el hacer esas sucias jugarretas es muy propio de Milo. Él es muy astuto, ya lo sabes, pero de una forma engañosa.

—¡Oh, vamos! Si él poseyera ese tipo de pruebas, presentaría una demanda contra ti con la celeridad de un rayo. ¡Maldita sea! ¿No tiene dignidad ese individuo?

—Ésa es tu forma de verlo, cariño. Para Milo, dignidad significa no reconocer en público sus deficiencias en privado.

—Eso puedo entenderlo, me imagino, pero podría apoyarse en otros motivos. Muchos hombres casados se divorcian sin necesidad de sacar a colación las leyes mosaicas. ¿Por qué no puede ser razonable al respecto?

—Eso es, precisamente, lo que él cree ser. Después de cavilar a conciencia sobre el problema, ha decidido que tú no eres más que una diversión pasajera. Basta con tener paciencia y esperar a que me canse de ti —explicó ella torciendo el gesto.

—¡Qué diablos! ¡Y yo le cruzaré su gordinflona boca con un látigo como una diversión pasajera!

—Procura bajar la voz, cariño. Además, tal vez te estés mostrando demasiado optimista. Milo es gordo y parece estúpido, pero también tiene ocho centímetros más que tú y pesa cuarenta kilos más; bien pudiera ser que si las cosas llegaran a ese extremo, hubiésemos de preguntarnos quién cruzará la boca a quién con un látigo.

—De hecho, creo que lo mejor sería que yo hablase con él y tratase de hacerle entrar en razón.

—No, eso sería inútil por completo y podría causar mucho daño. Si yo conozco a Milo como creo, sólo serviría para hacerle aún más obstinado que nunca.

—Quizás el viejo Milo no sea tan bueno como aparenta. Escarbando un poco en su pasado, tal vez yo pudiese encontrar algo que le hiciese ser algo más contemporizador con el compromiso.

—No seas absurdo, cariño. ¿Por qué un hombre habría de buscar algo inferior a lo que ya tiene en casa?

—¡Bueno! ¡A fe mía que eres una jovencita muy modesta!

—No emplees ese sarcasmo, cariño. No es elegante. De todas formas, aquí no se trata de una cuestión de modestia. En asuntos de esta clase, uno está obligado a mostrarse realista. Eso es todo.

—Está bien, seamos realistas. Milo no quiere divorciarse de ti. A ti no te interesa

divorciarte de Milo. Y yo me quedo en medio, una víctima inocente del atolladero, ¿qué diablos se supone que debo hacer?

—Tú no eres más víctima que yo, cariño. De momento, lo que debemos hacer es darnos por satisfechos con el actual estado de cosas.

—«Acá y acullá» y «de vez en cuando», ¿no? Olvídalo. Además, he perdido algo de mi entusiasmo ahora que has mencionado la posibilidad de espías y micrófonos ocultos. No actúo muy bien ante un auditorio.

—Hombre prevenido vale por dos, querido. Lo único que haremos será proceder con cautela e inteligencia, hasta que las cosas se resuelvan.

—Por lo que a mí concierne, las cosas se han resuelto ya de la peor forma posible. «Acá y acullá» significa en ninguna parte, y «de vez en cuando» es jamás.

—¿Hablas en serio?

—Debes creerme.

—La verdad es que me resulta imposible. En mi opinión, parece improbable que encuentres a alguien tan satisfactorio como yo, por mucho que busques a tu alrededor.

—Cierto. Así me veré obligado, por mi propia conveniencia, a conformarme con algo inferior a lo mejor.

—No te lo creas, cariño. Ahora te sientes enojado e impaciente. Una vez te hayas ido, querrás volver. Espera y verás.

—Puede que lo vea, pero no pienso esperar.

Habiéndome comprometido así, quizá con excesivo apresuramiento, me puse en pie.

—No es necesario marcharse al instante —dijo ella—. Me he citado a las cinco con unos amigos para jugar al tenis, pero sólo son las cuatro y unos minutos.

—Tal vez no sea necesario —repliqué—, pero parece preferible. Adiós, Kitty. Mis felicitaciones a Milo.

—Me pregunto —dijo ella— si no querrías invitarme a otra tónica antes de irte.

La pedí y me marché. Como no había ningún otro lugar adonde pudiera ir, me encaminé hacia mi casa, una vieja cuadra conservada entre todas las cocheras del tiempo de los caballos. El bajo era todavía lo que había sido en origen, una cuadra, pero al propietario se le ocurrió hacerle un techo y montar un apartamento encima, el cual yo tenía alquilado ya que me venía muy bien: aislamiento y renta baja. Como novelista con un mercado bastante modesto, yo necesitaba ambas cosas. Subí las escaleras y entré en el apartamento. Me senté ante la máquina de escribir e intenté continuar la novela que ya había comenzado. Lo intenté durante dos horas y sólo conseguí dos líneas. Después de tacharlas me fui a la cocina y eché un vistazo al refrigerador. Como no tenía hambre, nada de lo que encontré me apeteció. Había una botella con ginebra, una quinta parte de ella, y me la bebí.

La ingestión del alcohol duró otras dos horas. Entonces, recordé que no había abierto el buzón de la correspondencia, así que bajé y miré dentro. Encontré una carta de mi agente y la llevé escaleras arriba. La abrí y, aunque me era imposible leerla con

toda claridad a causa de la ginebra, parecía decir que mi agente había hecho una veta fantástica a cierta revista importante de una de mis historias al astronómico precio de tres mil dólares. Y tres mil dólares representaban un montón de dinero para un escritorcillo. Con tres mil dólares, menos la comisión, uno puede ir a alguna parte y hacer algo, o no hacer nada y practicar el ahorro por una vez. No quise leer la carta de nuevo por temor a encontrar un texto distinto. Metí el mensaje dentro de su sobre y me tumbé en la cama. Estaba oscureciendo, la noche iba llegando. Kitty estaba en lo cierto. Hacía poco que me había marchado y ya deseaba volver. Mejor aún, deseé que ella acudiera a mi apartamento en el que ya había estado otras veces. Bien, ella conocía el camino, ¡maldita sea! Continué deseando y esperando, pero ella no vino. La ginebra tomó el mando, y me fui a dormir.

Me desperté hacia las diez y media de la mañana siguiente y me bebí una cantidad de café solo bien cargado equivalente a la ginebra ingerida la noche anterior. Luego, me afeité, duché y vestí; después, volví a la sala y me encaminé hacia la puerta porque alguien la estaba aporreando sin tregua. Imaginad quién estaba en el descansillo. No Kitty. Milo. El viejo Milo en persona.

—Hola, Lewis —dijo—. Tienes un aspecto endiablado.

—He estado enfermo —gruñí—. Me comí un lote de bayas de enebro en mal estado.

—¿Puedo entrar?

—Más te vale hacerlo antes de que me deje llevar por la tentación de echarle a patadas del descansillo.

Entró y tomó asiento en mi mejor butaca. Se colgó el sombrero de una rodilla. Su rolliza faz, por encima de una doble papada, expresó cierto enfado. Y como le gustaba llevar los cuellos demasiado apretados, sus facciones adquirieron un leve matiz escarlata. Tal vez hubiera contribuido a ello la penosa ascensión por las escaleras. Mi visitante jadeó un poco.

—Debo decir —masculló— que estás adoptando una postura bastante peregrina. Después de todo, me parece que yo soy quien debería sentir una animosidad justificada. No obstante, vengo dispuesto a ser indulgente.

—Muy noble —dije—. Eres un príncipe, Milo.

—Lo cual no significa que mi paciencia sea ilimitada. Debemos llegar a un entendimiento, Lewis, tú y yo. Hoy he sacrificado la hora de mi almuerzo para visitarte.

—¡Eso es demasiado! Haces que me sienta humilde de verdad.

—Con franqueza, Lewis, te repito que no entiendo tu desvergonzada temeridad. Ten cuidado, no me empujes demasiado lejos. ¿Esperas que te ceda a Kitty así, por las buenas? Permíteme recordarte que yo soy la parte agraviada en este ridículo asunto. Cada uno de nosotros debe recordar cuál es su papel.

—Tienes mucha razón. Porque yo me paso el tiempo declamando tu parte.

—Tú lo has dicho, viejo. Puedo comprender muy bien tu decepción. Ahora bien,

no tienes más remedio que soportarlo. Te recuperarás al cabo de algún tiempo, permíteme decirlo. Entretanto, debo insistir en que te abstengas de ver a Kitty otra vez. En privado, quiero decir. Desde luego, tienes plena libertad para conversar con ella dentro de las relaciones sociales normales cuando las circunstancias lo requieran.

—Es muy generoso, por tu parte, Milo. Lo de la concurrencia social normal me parece toda una concesión.

—Te pido, pues, tu palabra de caballero. ¿Quieres dármela?

—Bueno, mucho me temo que las relaciones sociales normales con Kitty requerirían más comedimiento por mi parte del que me temo pudiera tener. Adolezco de cierta debilidad en tales cuestiones. Por consiguiente, y según he indicado a Kitty ya, he resuelto hacerlo mucho mejor. No mantendré ninguna relación con ella sea social, extrasocial o de cualquier otra índole.

Milo optó por desmenuzar mi tajante observación. Cuando descolgó el sombrero de su rodilla y se levantó, pude ver su minúsculo y pulcro cerebro trabajando con un lápiz azul detrás de sus ojos.

—Muy bien, Lewis —dijo—. Me has dado tu palabra de caballero, y la acepto de buena fe.

—La fe es lo que vale —comenté—. Mueve montañas.

Se encasquetó el sombrero y salió, marchando escaleras abajo. Oí cómo su coche arrancaba en la glorieta. Me fui a la cocina y busqué otra botella de ginebra pero no había ni una. Con un cabo de lápiz atado a un cordón, escribí en mi lista de compras: *Gin*, 2 de 75 d. Una vez anotado el recordatorio miré en el compartimiento del armario y, volviendo a la lista, escribí: soda 6 bot. Completamente seco, regresé a la salita y leí la carta de mi agente otra vez. Allí seguía diciendo lo mismo de la noche anterior. Me senté ante la máquina de escribir e intenté continuar con la historia, pero la cosa no funcionó.

Y siguió así durante cinco días. Volví a la carga y comencé el trabajo repetidas veces desde el principio, pero ninguno de los ensayos fue bueno. Utilicé papel amarillo de copia para trabajar. Entre un intento y otro, bebí respetables cantidades de ginebra, y algunas veces, cuando me acordaba, me freí un huevo o puse una patata en el horno. De noche bebí ginebra, y tres de las cinco noches antedichas me acosté vestido. Cavilé mucho sobre Kitty. Sí, pensé en ella, la vi, la oí, la sentí y la deseé. Una de esas cinco noches soñé con ella; ese sueño fue una expresión de mis condiciones. Resultaba duro eso de ser un caballero. Fue el trabajo más duro que jamás había hecho.

Al cumplirse la sexta mañana después de aquellas cinco noches, me levanté temprano y, una vez me hube afeitado, duchado y puesto ropa limpia, empecé a trabajar y mi labor marchó bien. Le puse el tapón a la botella de ginebra y lo dejé quieto. Todo marchó bien aquel día y durante todo el siguiente, y cuando el tercer día terminaba, también yo acababa la historia. La metí en un sobre, llevé éste a la oficina de Correos y lo expedí. Luego, me detuve en la cafetería del hotel que había frente a

Correos y tomé una comida caliente: filete con patatas y toda la verdura que es buena para la salud. Bebí una copa en el bar y después volví a casa. Miré en el buzón por primera vez en dos días, y encontré un sobre de mi agente con el cheque dentro. Llevé el sobre escaleras arriba, lo abrí con nerviosismo y examiné el cheque.

Era muy hermoso. Tenía un delicado color verde pastel con el poético nombre del Banco en la esquina inferior de la izquierda así como la bella y enérgica firma de mi agente en la parte inferior derecha. Entre su nombre abajo y el mío arriba, había algunos números maravillosos y algunas palabras encantadoras; tanto unos como otras estaban escritos de formas distintas para decir la misma frase encantadora: \$2.700, dos mil setecientos dólares. Aquello fue vivificante. Me llenó de buenos propósitos. Comencé por reunir toda mi ropa sucia dentro de una sábana también sucia, cargué con el fardo y lo llevé a la lavandería que había a dos manzanas de mi casa. Mientras la ropa se lavaba y secaba, tomé dos tazas de café bien cargado en la cantina y discutí sobre las condiciones económicas reinantes con un joven muy circunspecto, quien dijo ser ayudante de fontanería. Más tarde, plegué mi ropa sobre una de las mesas provistas con tal fin, cogí la alta pila entre mis brazos y me encaminé hacia casa, atisbando por un lado del montón de ropa para saber por dónde iba. Una vez en casa, saqué dos maletas del armario y las coloqué abiertas sobre la cama para llenarlas con toda la ropa. Cuando acabé, ya eran las once. El teléfono sonó y decidí contestar.

—Querido —dijo Kitty—, ¿dónde diablos te has metido?

—Aquí casi todo el tiempo.

—¿Qué has estado haciendo?

—Trabajando casi todo el tiempo —contesté.

—¿Estás seguro? Eso de «trabajando casi todo el tiempo» no suena a tu estilo, querido.

—Quizás haya exagerado un poco. También he estado bebiendo una chispa.

—No debes beber tanto. No te sienta nada bien.

—Lo sé. Y procuro mejorar. Ahora estoy practicando la abstinencia.

—¿Significa eso que has dejado de beber?

—Eso es lo que significa exactamente.

—Bueno, no estoy muy segura de poder aprobarlo. Tampoco tienes que convertirte en una especie de radical, querido.

—En realidad, no he llegado todavía a la abstinencia completa. Estoy pasando por la fase de la templanza. Pero mejorará. Pienso que si he de renunciar a ti, podré hacerlo también con el resto de mis malos hábitos.

—Eso me recuerda una cosa, querido. Me siento muy sola sin ti.

—A mí me ocurre lo mismo.

—¿Quieres verme otra vez?

—Sí.

—Mañana noche Milo se ausentará de la ciudad. Tiene que asistir a una asamblea

o algo parecido. ¿Quieres que vaya yo ahí?

—Sí.

—Tan pronto como sea discreto, una vez haya oscurecido, saldré para allá. Pasaremos unas horas deliciosas, querido.

—No.

—¿Cómo?

—He dicho que no.

—No te entiendo, de verdad. ¿Por qué no?

—Yo te echo de menos, y quisiera verte otra vez, y me encantaría que vinieras mañana noche para pasar unas horas deliciosas. Eso es lo que deseo, pero debo mantenerme firme. Te he dicho que estoy practicando la templanza y voy camino de la abstinencia. Comienzo a renunciar a ti y a la ginebra. Quizá renuncie a los cigarrillos.

—Por favor, querido, no hables así. Haces que me sienta triste.

—También me entristece a mí. Soy un joven triste.

—¿Quién te ha metido unas ideas tan absurdas en la cabeza?

—No son ideas. Se trata de una promesa. Di mi palabra, como un caballero. Y los caballeros no tontean con las esposas de otros caballeros.

—¿Diste tu palabra a quién?

—¿A quién ha de ser? Al viejo Milo.

—¡Maldito sea ese Milo! Parece divertirse privándome de mis placeres sencillos. ¡No es justo! ¿De verdad que ha ido a verte?

—De verdad.

—¿Sobre qué hablasteis?

—Sobre ti. Se mostró contrariado pero muy tolerante. Me hizo prometerle que yo no mantendría más relaciones contigo.

—¡Lewis! ¿Cómo te has atrevido a reconocer ante Milo que ha habido semejante asunto entre nosotros?

—No te preocupes. Tú estás pensando en algo muy distinto.

—¿Ah, sí? Sea como fuere, estoy muy enfadada contigo.

—No te pongas así, por favor.

—¿Te apena que me enfade contigo, cariño?

—Sí, mucho.

—Entonces no me enfado. Todo cuanto hayas dicho a Milo está perfectamente bien.

—Celebro que opines así. Siempre es preferible decirse adiós como buenos amigos.

—Ya vuelves a lo mismo, Lewis, cariño. Sencillamente, ¡no quiero escucharte!

—Adiós —dije.

Cuando hayas adquirido impulso, sigue hacia delante. Será una buena máxima siempre si estás escribiendo una novela, o compitiendo en una carrera o abandonando

una ciudad. Pues bien, habiendo adquirido impulso, seguí hacia delante. Metí mis maletas y mi máquina de escribir en el coche, cerré el apartamento y recorrí unos ciento cincuenta kilómetros luego, pasé lo que restaba de la noche en un motel.

Al día siguiente, me adentré en las montañas Ozark hasta que me encontré ante una cabaña, en una pequeña estación pesquera, a orillas de un lago. La alquilé, consiguiendo algo de descuento por ser para un mes de estancia y me instalé con mis maletas y mi máquina de escribir. Me había propuesto permanecer allí un mes antes de pensar en el regreso. Permanecí seis. Por correo, envié mi cheque de dos mil setecientos dólares al Banco para que hicieran el depósito. Escribí a mi agente comunicándole dónde me encontraba. Empecé a cavilar sobre la posibilidad de no volver nunca más. Sin embargo, a principio de cada mes, enviaba un cheque a mi casero para que no alquilara el apartamento sin notificármelo.

Hubo dos buenas razones para una estancia tan larga. En primer lugar, yo seguía igual. Kitty continuaba rondando por mi cabeza y yo no conseguía librarme de ella. Recurrí a todos los remedios que pude imaginar para que me ayudasen, pero ninguno pareció servirme de nada. Fundándome en la premisa de que el ejercicio físico es el mejor sustitutivo del amor y el sexo o de ambos al mismo tiempo, nadé, remé, y di largos paseos por las colinas que rodeaban el lago. Y esperando fuera cierto lo de que un cuerpo sano es el recipiente natural de una mente sana, bebía con moderación, me acostaba y me nutría con una potente dieta de leche, huevos y pescado más el jamón de la tierra regado con salsa al pimentón. En vano. Kitty siguió rondando en mis pensamientos. ¡Bueno, qué diablos! Puesto que no me era posible mantenerla apartada de mi vida, le abrí la puerta y la invité a retozar conmigo. Me sentí mejor después de eso. Corté con los ejercicios y reduje mi dieta. Pasamos unos ratos espléndidos a modo de sustitutivo.

La segunda razón de mi larga permanencia allí fue la necesidad de trabajar y de seguir haciéndolo; y aquel trabajo resultó el mejor que yo había realizado jamás. Escribí una historia con tal facilidad y rapidez, que decidí comenzar la novela que llevaba proyectando desde fecha inmemorial. La inicié sin vacilaciones y me apliqué a ella hasta darle fin cinco meses más tarde. Entretanto, mi agente había vendido la fácil y rápida historia por otros tres de los «grandes». Pensé que la obra era muy buena. Incluso sospeché que quizá fuera mejor de lo que yo mismo pensaba. Pasé casi otro mes haciendo una somera revisión y mecanografiando una copia en limpio. Cuando la acabé, le busqué una caja, hice un paquete con ella, lo llevé a una pequeña ciudad cercana a la autopista, y lo facturé. De vuelta a la cabaña, decidí de pronto que ya iba siendo hora de poner punto final. Estábamos en noviembre. Las colinas se iban volviendo pardas y los árboles desnudándose; cualquier día, la nieve haría su aparición. Preparé las maletas, pagué el alquiler y me marché. Hice el viaje de un tirón y llegué a casa aquella misma noche.

Dormí hasta el mediodía del día siguiente. Entonces, me levanté y fui a la cocina, inspeccioné el congelador de la nevera pero no había nada que sirviese para



prepararse un desayuno o un almuerzo. Mas como todavía no me sentía hambriento, volví al dormitorio, me vestí y salí a comprar ginebra y comestibles. Me sentí muy virtuoso y doméstico mientras empujaba el carrito arriba y abajo por los pasillos del supermercado, eligiendo esto, y aquello, para la despensa de mi pequeño hogar. Yo era un ciudadano ejemplar; un sólido profesional del quehacer literario que había vendido, recientemente, dos historias a tres mil dólares cada una, y que, además, tenía en el mercado una novela concebida toda ella por mí solo. De hecho, empecé a sentirme tan sustancial que deseché la hamburguesa en el puesto de la carne y compré, entre otras cosas, un magnífico solomillo.

Apenas pisé el apartamento otra vez, puse la carne en el refrigerador y repartí los comestibles por los diversos cajones y compartimientos. Aparte dejé sendas botellas de ginebra y de quina para su consumo inmediato. Acto seguido, preparé una tónica con ginebra y me lo llevé a la sala. Puse en el tocadiscos «Merry Pranks», de *Till Eulenspiegel*, y me acomodé en un sillón para escucharlo mientras me tomaba la bebida. Al cabo de un rato, me levanté y cambié la cara del disco. Después, fui a la cocina a prepararme otro trago y volví para seguir escuchando música, mientras me bebía hasta la última gota del vaso. Till fue ahorcado y Strauss se terminó. La ginebra empezó a rebelarse dentro de mi estómago. No obstante, me encontraba bien, muy bien, y empecé a sentir hambre. Pensé que sería conveniente sumergir algo sólido en el líquido de la ginebra. Miré el reloj. Eran las cuatro. Me levanté y anduve, como si flotase, hacia el dormitorio. Una vez allí, me desnudé y me coloqué bajo las aguas estimulantes de una ducha fría. Salí del cuarto de baño y me puse mi mejor ropa: un traje muy conservador, en un tono gris pizarra, que respondía a los requisitos de la vida social normal. Eso era lo que yo necesitaba. Como profesional del quehacer literario que había estado practicando en reclusión demasiado tiempo, yo necesitaba un poco de vida social normal. ¡Al fin!

Entré en la cafetería del hotel y comí un filete de solomillo similar al que yo no había cocinado en casa. Luego, me dirigí hacia la barra del bar y pedí un combinado como los dos que me había bebido mientras Till estaba siendo ahorcado, con la diferencia de que la proporción entre ginebra y tónica favoreció más a esta última. Bebí despacio mientras consideraba mi situación. La cuestión económica estaba resuelta; la física denotaba buena nutrición; la emocional tendía a la inanición. Entretanto, el tocadiscos dejaba oír, sin estridencias, una antigua melodía de Irving Berlin. No puede decirse que Irving Berlin pertenezca al mismo estilo de Richard Strauss. Dista mucho de eso. Ya me había pasado una copa y diez minutos a la hora de la sobremesa, cuando decidí terminar con el juego. Llevaba seis meses corriendo en círculo para llegar al mismo lugar de donde partí. Me dejé caer pesadamente del taburete y caminé hacia una cabina telefónica del vestíbulo. Marqué el número de memoria. Yo esperaba que no fuese Milo quien respondiera. No lo hizo. La voz de Kitty se oyó en el auricular.

—Hola de nuevo —dije.

—Maldito seas, Lewis —exclamó ella—. ¿Dónde diablos estás?

—De vuelta a la ciudad, en el vestíbulo de mi hotel predilecto.

—Bien. ¿Y dónde diablos te has metido durante todo este tiempo? ¡He hecho lo imposible para averiguar adónde habías ido, y nada!

—Deberías habérselo preguntado a mi Banco o a mi casero. Pero no te preocupes. He estado escondido en las colinas, eso es todo.

—¿Y qué demonios has estado haciendo en las colinas?

—Intentaba recuperarme. La vida es muy saludable allí.

—¿Y lo hiciste? Quiero decir que si te recuperaste.

—No.

—Cuánto me alegra oírlo, cariño. Como verás muy pronto, hiciste una locura al huir así. Apuesto cualquier cosa a que ese malévolo tenientillo Fester sabía muy bien dónde estabas todo este tiempo pero no quiso decírmelo, simplemente.

—¿Quién es ese teniente Fester? ¿Has estado fraternizando con los militares?

—Nada de eso. El teniente Fester es un policía. Un detective o algo así.

—¡Diantre! ¿Has hecho que la policía me busque?

—Ni mucho menos, cariño. La idea surgió de ellos.

—¿De qué diablos me estás hablando?

—Procura no ser tan impaciente, Lewis. Después de todo, has estado ausente durante seis meses o más. ¿Acaso esperas que te cuente todo en un instante?

—Discúlpame. Tratándose de una persona inocente como yo soy, me pongo un poco nervioso cuando de improviso oigo decir que la Policía me ha estado buscando. Quizá sea el efecto tardío de circunstancias pasadas, cuando yo acostumbraba a birlar cosas en los grandes almacenes de a diez centavos.

—Bueno, no hay por qué inquietarse. De hecho, tengo unas noticias maravillosas para ti. Debes venir aquí y oírlas, cariño, ahora mismo.

—No estoy seguro de ser bien acogido.

—No seas absurdo, cariño. La espera me resultará muy penosa hasta que vengas.

—Me estaba refiriendo a la actitud de Milo, no a la tuya. Tal vez él no considere que las entrevistas con su mujer forman parte de las relaciones sociales normales.

—Milo no se encuentra aquí.

—¿Y dónde está?

—Maldita sea, Lewis, te lo explicaré todo si vienes aquí.

Pues bien, maldita sea, fui. Kitty, que estaba acechando mi llegada, me vio acercándome por la calle y corrió a abrir la puerta cuando todavía me hallaba a medio camino. Llevaba un suéter sumamente ceñido y metido dentro de los ajustadísimos pantalones, de modo que su silueta, destacando contra el fondo de tenue luz que había detrás de ella, daba la sorprendente impresión de no llevar nada encima. Por mi parte, no tenía la menor objeción que hacer, pero esperé que los vecinos no nos estuvieran espiando. Me deslicé por su lado hacia el pequeño recibidor en donde se podía colgar el sombrero, suponiendo que se llevara, lo cual no era mi caso. Kitty cerró la puerta

apenas pasé, y ambos nos enredamos con brazos y piernas. A todas luces, Milo no estaba allí, como ella me dijera; y esperé que no regresase inesperadamente de donde se encontrara, porque Kitty y yo tardaríamos un rato en desenredarnos. Por fin, logramos separarnos poco a poco y necesitamos varios segundos para recuperar la respiración.

—Lewis, cariño —dijo ella—, ¿qué diablos te propusiste escapando así y dejándome totalmente sola? He estado muy enfadada contigo, si te interesa saberlo, y te merecerías que te retirase todos tus privilegios.

—Yo no te dejé totalmente sola —objeté—. Te dejé con Milo.

—Bueno, eso viene a ser lo mismo. Sea como fuere, Milo no está aquí. No hago más que repetírtelo.

—Sí, ya te estoy oyendo, pero no me has dicho adónde ha ido ni cuándo diablos volverá.

—Te lo diría si pudiera, pero no lo sé. Es de esperar que habiendo pasado ya tanto tiempo, no vuelva nunca más.

—Eso es mucho esperar. Tengo el presentimiento de que su ausencia no será eterna.

—Yo no estoy tan segura, cariño. Después de todo, se marchó sin decir palabra ni dejar una nota; y de eso hace tres meses largos ya.

—¡Cómo!

—De verdad. ¿Te parece una sorpresa agradable? Supongo que el viejo Milo no es tan malo al fin y al cabo.

—*Lo que* Milo sea carece de importancia, me parece a mí. Lo que interesa es saber *dónde* está.

—¿Lo crees así? Por mi parte, no veo que importe tanto.

—Ese es tu punto de vista. El mío puede ser diferente.

—¡Oh, vamos!, no pongas dificultades y vayas a estropearlo todo, por favor. La chimenea de la sala está encendida. Vamos allí y sentémonos en el sofá frente al fuego. Te lo explicaré todo como te he prometido.

—Excelente idea —dije—. La apoyo sin reservas.

Fuimos allí y nos sentamos en el sofá frente a la chimenea en la que los leños de olmo rojo ardían alegres y crepitaban de vez en cuando despidiendo pavesas. Todo resultaba acogedor y cálido en extremo aunque, en realidad, el calor fuera superfluo, mas, a despecho de las distracciones e interrupciones, Kitty cumplió su promesa y me lo explicó todo.

El viejo Milo, me dijo, se había esfumado como si tal cosa. Una mañana, unos tres meses después de que yo emprendiera el camino de las colinas para someterme a una cura que no tuvo lugar, Milo abandonó la casa sin decir palabra y desapareció cual una burbuja mágica en el vasto, vastísimo mundo. Esta verdad, por muy increíble que pareciese, venía a demostrar que algunas personas pueden no ser tan cerdas como se nos antoja a primera vista. No sólo se había quitado de en medio, lo

cual era de agradecer, sino que también había dejado atrás sus cuentas conjuntas con Kitty, la corriente, de 2.196,56 dólares, y la de ahorros, con 12.482,16, haciendo un total nada despreciable, así como su descapotable, prácticamente nuevo, que tampoco era desdeñable. ¿Qué opinaba yo al respecto?

Había escuchado con mucha atención sus palabras y empecé a sentirme un poco intranquilo. Incluso comencé a notar de pronto un cierto escalofrío, a pesar del fuego y de Kitty.

—¿No es notable un proceder semejante en Milo? —inquirió ella.

—Lo es, ciertamente —contesté—. Singular, como mínimo. ¿Quieres decir que Milo se marchó de aquí sin decir ni una palabra a nadie, abandonando toda su ropa, sus pertenencias y su dinero tras de sí para desvanecerse sin dejar rastro?

—Bueno, cariño, se llevó la ropa que llevaba puesta, claro está. Cuesta mucho creer que Milo saliera desnudo a la calle. El hecho es que se ha portado de una forma muy considerada y generosa, al menos eso opino yo.

—Extremada, incluso excesivamente generosa. ¿Y eso no ha despertado una sombra de sospecha al menos en la mente de otras personas? ¿La policía, por ejemplo?

—La verdad es que la policía se ha mostrado bastante desagradable en este asunto. Parece ser que han concebido la absurda idea de que a Milo le ha ocurrido algo. Me hicieron preguntas y más preguntas al respecto, y fueron por ahí interrogando a todo el que pudiera saber algún detalle sobre ello, por insignificante que pareciese; así es como descubrieron lo tuyo y empezaron a preguntarse si tendrías algo que ver con todo esto. Les dije que te habías ausentado por una temporada y que seguías sin volver, pero dio la impresión de que el teniente Fester pensaba que habías regresado en secreto o algo parecido aunque yo le asegurase que no tenías ningún motivo para hacerlo, y que, en cualquier caso, tú no habrías regresado sin avisarme que pensabas marcharte de nuevo. Me contestó que estaba tan seguro de eso como yo. No comprendí lo que quería significar, pero pareció tener algún significado. ¿No era extraño por su parte decir eso?

—Lo que me extraña —dije— es que ellos no me buscaran para preguntarme a mí directamente.

—Quizá supieran que te limitarías a negarlo si fuese verdad.

—Pues habrían dado en el clavo con tal suposición. Sin embargo, no era cierta. Durante todo el tiempo que estuve ausente, nunca me alejé más de quince kilómetros del lugar adónde fui.

—Ahí lo tienes. Ahora que has vuelto, sólo te resta ver al teniente Fester y decírselo así.

—Vaya si lo haré. Ahora bien, tengo la absoluta seguridad de que ya lo ha verificado a plena satisfacción. ¿Por qué preguntármelo directamente y arriesgarse a escuchar una mentira cuando él puede hacer indagaciones discretas por otro lado y asegurarse de la verdad? El encargado del refugio en el que estuve puede haberle

dicho que yo nunca me ausenté de allí el tiempo necesario para llegar hasta aquí por carretera y regresar de nuevo.

Yo estaba intrigado.

—¿No te lo habría mencionado ese hombre si alguien le hubiese preguntado sobre ti? A mí me parece que esas pesquisas habrían despertado su curiosidad.

—Es probable que no me dijese nada si se le hubiese ordenado que no lo hiciese.

—Te confieso, cariño, que me siento aliviada. A decir verdad, se me ocurrió que tú podrías haber vuelto en secreto para secuestrar a Milo y hacerle algo.

—¡Al cuerno con eso!

—Sí, lo pensé, y me avergüenza tener que admitirlo. Pero, aún en el caso de que lo hubieses hecho, yo estaría de tu parte. Milo era de esa clase de gente que incita a hacer algo parecido y, como consecuencia, crea toda clase de dificultades a quien lo haga.

—Gracias por tu lealtad. Me alegra el corazón.

—¡Oh, bueno! Ahora todo ha terminado y las cosas saldrán bien.

—¿Lo crees así?

—Claro que sí, cariño. ¿Es que no lo entiendes? Milo me ha abandonado, eso es lo que ha hecho. He presentado una demanda de divorcio que seguirá adelante, sin la menor impugnación, recriminaciones o revelaciones embarazosas, y luego nosotros dos podremos casarnos y seremos deliciosamente felices para siempre.

Yo conseguí soltarme y me puse en pie. El olmo rojo crepitó y las chispas danzaron.

—¡Y un cuerno! —Dije.

Ella permaneció callada durante un minuto mientras yo escudriñaba sus enormes ojos castaños, salpicados de verde. Una expresión de ofendida inocencia y desconcierto se reflejaba en ellos. Ah, era una maravilla, Kitty lo era. Cuarenta y cinco kilos de maravilla concentrada que desgarraban el corazón.

—Claro que podremos, cariño. ¿Por qué no?

—Porque tú quemas. Estás al rojo vivo. Yo no te tocaría aunque llevase guantes de amianto.

—Cariño, ¿qué estás intentando decirme? Pareces insinuar que soy culpable de haber hecho algo malo.

—¡Vamos, suéltalo, Kitty! ¿*Dónde está Milo*? ¿Fertilizando los rosales en el patio trasero? ¿Cociéndose en cal viva debajo del suelo de la carbonera?

—Lewis, sabes perfectamente bien que no tengo rosales en el patio trasero y que nadie quema carbón aquí, por no mencionar lo de la carbonera.

—Sólo estaba citando un par de tópicos tradicionales, cariño. Pero déjalo estar. No quiero saber dónde se encuentra el viejo Milo, dondequiera que sea. Si hay algo en todo este disparatado mundo que no me interesa saber lo más mínimo, es el lugar en donde se halle el viejo Milo y cómo llegó a él. Sin embargo, te concederé una cosa. Merecerías aparecer en los libros. Eres el no va más. Cómo lo has conseguido,

jamás lo sabré. Cómo una frágil hembra, de cuarenta y cinco kilos, ha podido manejar una masa de hueso y grasa dos veces más pesada que ella es algo que sin duda figurará entre los milagros de menor cuantía. ¡Pobre teniente Fester! Se va a volver loco. Dudo que pueda dormir más de una hora cada noche durante lo que le resta de vida.

Ella se puso en pie. La expresión de asombro había desaparecido de sus ojos. En su lugar, había una mirada de enorme tristeza.

—¿Así que es eso? Lewis, cariño, tú, crees que me he desembarazado de Milo. ¿Cómo puedes pensar que yo sea capaz de hacer semejante cosa, aunque Milo fuera exasperante de mil maneras y me haya dado motivo para ello un millar de veces? Sólo me siento feliz porque las cosas que antes eran imposibles para nosotros dos son factibles ahora.

—Eso es lo que tú piensas, cariño. Mas medítalo de nuevo. Lo que fue imposible antes, sigue siéndolo ahora. De hecho, y como seguramente podrás ver, las cosas se han puesto mucho más difíciles de lo que estaban, y más vale que me largue de aquí antes de que se compliquen más todavía.

Uniendo la acción a la palabra, me alejé de Kitty, del crepitante fuego y de los magníficos tiempos pasados, y caminé hacia la puerta del vestíbulo. Una vez allí, di media vuelta y me tope con Kitty, que me había seguido silenciosa con los pies desnudos.

—Ten un poco de fe —murmuró.

—Adiós —dije.

—Milo me ha abandonado —susurró ella—, y ahora lo haces tú. Jamás hubiese esperado esto de ti, Lewis, jamás.

Se quedó allí, de pie, alzando el rostro hacia mí mientras dos lágrimas se deslizaban lentas y silenciosas por sus mejillas, como si el corazón se le desbordara por los ojos. ¡Ah, era maravilloso!, parecía que todas las maravillas del ancho mundo se hubiesen reunido en su grácil persona. Terminé lo que había comenzado a hacer: salí de allí como alma que lleva el diablo.

A la mañana siguiente, me encaminé a ver al teniente Fester. Lo encontré en un cuarto trastero que pasaba por despacho. Era un hombrecillo enteco, con una gran cabeza como la calabaza de concurso y un largo apéndice nasal. Tenía los ojillos casi pegados a la gran nariz, y parecí a estar apuntándole a uno a lo largo del puente. Daba la desagradable sensación de que se disponía a disparar al estómago de quien estaba ante él.

—Me llamo Lewis O'Day —dije.

—Sé quién es usted —repuso.

—He oído decir que usted me buscaba.

—¿Oyó decir eso?

—Estaba en un lago, en las colinas.

—Sé dónde ha estado usted.

—He pasado allí los últimos seis meses. No he ido a ninguna otra parte.  
—Eso me han dicho.  
—Pensé que lo mejor sería pasar por aquí y hacérselo saber.  
—Gracias por venir.  
—¿Es eso todo?  
—¿Todo qué?  
—Todo cuanto usted quiere de mí.  
—Bueno, yo no diría tanto.  
—¿Qué más desea?  
—Depende.  
—Depende, ¿de qué?  
—De lo que usted vaya a hacer ahora.  
—¿Qué espera usted que haga?  
—Casarse con ella.  
—¿Con Kitty?  
—Ella es la persona con quien usted ha estado pasando el tiempo, ¿no?  
—Hemos sido amigos.  
—Se ha cepillado a su marido para hacerle un sitio a usted, ¿no?  
—¿Ha sido ella?  
—¿No lo hizo?  
—Creo que no.  
—Yo sí.  
—Usted está equivocado.  
—¿Hasta qué punto?  
—No tengo intención de casarme con ella.  
—Debería avergonzarse de sí mismo.  
—¿Qué pasaría si me casase con ella?  
—Me sorprendería que no lo hiciera.  
—¿Por qué?  
—Porque es parte del plan.  
—No hay ningún plan, ya lo sabe.  
—Veremos.  
—Ella no se ha divorciado siquiera.  
—La viudedad es tan válida como eso.  
—Si yo quisiera casarme con ella, usted no podría impedírmelo.  
—¿Y quién piensa en eso?  
—Bien. ¿Qué pasaría si lo hiciese?  
—Mi interés por usted reviviría.  
—¿No está interesado ahora mismo?  
—Estoy esperando a ver qué ocurre.  
—Permanecí todo el tiempo en las colinas.

—Eso ya lo ha dicho.

—No las abandoné.

—También lo ha dicho.

—¿Cómo pude haber estado aquí si me encontraba allí?

—Quizás alguien olvidara dónde se hallaba usted o se ausentara parte del tiempo.

—No he tenido nada que ver con lo sucedido, sea lo que fuere.

—Eso es muy sensato por su parte.

—Todo cuanto deseo es dejar la ciudad.

—Adelante.

—¿Cómo?

—¡Qué salga de esta ciudad, diablos!

Eso fue lo que hice. Y esa vez de veras. Necesité tres días para hacer los preparativos. Me marché en la madrugada del cuarto día y conduje a lo largo de doscientos kilómetros, más o menos, hasta una granja de Kansas. Era propiedad de un anciano que vivía allí con mi madre. De momento no se me ocurrió ningún otro sitio adónde ir, y pensé quedarme allí mientras no me proporcionara otra solución más aceptable. Además, yo pasaba por una mala época, me sentía triste y decepcionado. Necesitaba tiempo para reponerme.

El anciano y mi madre se mostraron razonablemente amables, aunque no entusiasmados, ante la idea de tenerme allí, así que me quedé en la granja durante todo el invierno. Mientras permanecí allí, me sucedieron cosas que, en condiciones normales, habrían recibido el calificativo de buenas. Acontecieron hacia fines del invierno, cuando ya la primavera apuntaba. Un importante editor me compró el libro. Otro de ediciones en rústica adquirió los derechos para publicarlo después. Aunque eso resultó muy grato, no fue todo. Alguien leyó el manuscrito en Hollywood y la industria cinematográfica se interesó por él. Súbitamente, constituí un éxito, estaba a punto de ser rico. Yo debiera haber mostrado una alegría delirante, pero no fue así. Pasé las noches durmiendo solo y con frío. Cada vez que cerraba los ojos, veía el rostro encantador y entristecido de Kitty cuyo corazón se le desbordaba por los ojos. Terminé siendo un enfermo. Lo pasé mal, y pensé que nunca más me recuperaría. Tenía que afrontarlo. Adondequiera que fuese, e hiciera lo que hiciese, fuera bueno o malo, la veía y la tocaba, la olía y la deseaba, y no podía hacer nada para evitarlo. ¿No lo entendéis? Si yo me casara con ella, me convertiría en cómplice de un complot para asesinar, circunstancia que algún día alguien, en cualquier lugar, podría sacar a colación aunque se equivocara de medio a medio. Pero eso no sería lo peor. Lo más terrible de todo ello sería compartir techo y cama con una pequeña y cautivadora hechicera que había evidenciado un ingenio increíblemente diabólico en el refinado arte de hacer desaparecer a quien ella no quisiera. Entonces me quería pero ¿qué ocurriría después?

Me mantenía en contacto con uno de los amigos que dejé atrás. Kitty había obtenido el divorcio fundándose en el abandono y sustentando la hipótesis de que



ninguna mujer es viuda mientras no se encuentre muerto a su marido. Esto ocurría en marzo. Allá por junio, Kitty contrajo matrimonio con un ejecutivo, ya maduro, del mundo del petróleo y se fue a vivir a Tulsa, en Oklahoma. He aquí lo que era Kitty.

Mi agente deseaba que fuese a Nueva York para hablar sobre contratos y otros asuntos. Era un lugar al que ir y algo que hacer, así que fui y lo hice. Luego, me quedé algún tiempo. Descubrí un pequeño bar, agradable y tranquilo, con un dinamismo nada ofensivo, en donde pasé una buena parte de tiempo. Una tarde, me encontraba en el bar, bebiendo una botella de cerveza importada, como un buen remedio contra la resaca de ginebra. No había nadie en los taburetes, excepto yo, ni en las mesas, salvo dos o tres parejas atareadas con sus asuntos. La mitad de la cerveza estaba en mi vaso y la otra mitad todavía en la botella cuando un individuo hizo su aparición y ocupó un taburete cercano al mío ante la barra. Volví la cabeza para mirarle como una consecuencia natural de ociosa curiosidad, y casi me caí al suelo. En ese momento, estaba tragando el líquido y la cerveza se fue por el conducto equivocado. Casi me asfixié antes de que pudiera hacer que retrocediera y volviese a su cauce normal. El hombre del otro taburete me observó atento.

—Lo siento —dije—, pero usted me ha sorprendido. Se parece tanto a un conocido mío que parece un hermano gemelo.

—¿Cómo estás, Lewis? —preguntó Milo.

¡Sí, santo cielo, era él! El viejo Milo en carne y hueso, gordo como un cerdo y lustroso cual una foca. Todo volvió a desvanecerse, y me aferré a la barra hasta que todas las imágenes quedaron otra vez bien enfocadas. Entonces, hice girar el taburete donde me sentaba muy despacio hasta quedar frente a Milo.

—¿Dónde diablos te habías metido? —Dije—. ¿Y cómo infiernos has llegado hasta aquí?

—La mayor parte del tiempo la he pasado por estos lares —contestó él—. Y llegué aquí en tren.

—¿Tienes la más ligera idea de los problemas que has causado?

—Bueno, Lewis, yo no me propuse causárselos a nadie. Sólo sé que la víspera de mi partida, yo estaba despierto en la cama y, cuando menos lo esperaba, sentí que estaba hasta las narices de todo. De pronto, comprendí que necesitaba marcharme adonde fuera para empezar de nuevo. Experimenté una especie de regocijo vivificante. Fue como si volviera a nacer o algo parecido. Así que me levanté de buena mañana y me fui.

—¡Y un cuerno! ¡Así, por las buenas! ¿Cómo saliste de la ciudad sin que nadie te viera hacerlo y sin tener la más remota idea acerca de tu destino?

—No lo sé. No me escabullí ni traté de ocultarme. Sencillamente, fui caminando hasta el centro, allí tomé un autobús hacia la estación y compré un billete de tren. Fue una de esas cosas raras que ocurren, supongo. Un accidente. Algo que tenía que suceder.

—¿Y por qué te dejaste atrás todos tus bártulos?

—Yo no quería nada. Necesitaba comenzar de nuevo con cosas nuevas. Incluso he estado usando un nombre diferente.

—¿Y con qué dinero te has desenvuelto? Dejaste miles de dólares depositados en el Banco.

—Minucias. En una caja de seguridad, yo tenía diez veces más y lo recogí todo camino de la estación. Tú sabes bien cómo era Kitty, una despilfarradora. Yo me proponía invertir ese dinero tan pronto como se me brindase la ocasión, y no me pareció juicioso compartirlo con ella. Kitty lo habría derrochado según su costumbre.

—Maldita sea —dije—, ¿y no pensaste que la policía sospecharía al ver cuánto dinero te dejabas atrás? ¿Cómo pudiste ser tan desconsiderado? Durante todo este tiempo, Kitty ha estado bajo sospecha de asesinato, y, por si eso no fuera suficiente, a mí se me ha tratado como si fuera, por lo menos, su cómplice.

—Siento oírte decir eso. A propósito, ¿cómo está Kitty?

—Está muy bien. Se divorció de ti para casarse con un acaudalado ejecutivo del petróleo.

—¿Lo ves? —dijo él—. Todo terminó bien y nadie resultó perjudicado.

Según la declaración del barman, yo enloquecí. Si con esa expresión, él quiso significar que hubo un vacío de sesenta segundos entre un minuto consciente y el siguiente, tuvo toda la razón. Un hombre puede hacer muchas cosas en sesenta segundos, incluso aunque no sepa lo que está haciendo. Puede morir o nacer, perder una fortuna o vender su alma. Si por casualidad tiene una botella de cerveza casi llena al alcance de la mano, puede matar a otro hombre con ella. Si hace tal cosa, no le quedará más recurso que contratar a un buen abogado.

Yo he contratado a uno. Espero que tenga un milagro en su bolsillo.

# LA PAPELERA

*Jack Ritchie*

Yo estaba repasando los libros de Spencer cuando bajé la vista hacia la papelerera que había junto a mi escritorio. En su fondo, sobre unos cuantos papeles arrugados, reposaba una cabeza, tenía los ojos entreabiertos y me miraban con fijeza.

Obligué a mi vista a volverse hacia el escritorio.

Escudriñé la oficina con el mayor disimulo posible. Era una espaciosa estancia sin particiones, que contenía unas veinte mesas. Todo el mundo pareció muy atareado. Nadie dio señales de estar observándome.

Sumé una columna de cifras muy despacio.

¿Se habrían puesto todos de acuerdo? ¿Estarían esperando mi reacción..., o sólo sería Hager?

Aunque no había terminado de sumar la columna, di vuelta a la hoja para tener la oportunidad de levantar la vista otra vez.

Hager se hallaba sentado ante su mesa, repasando, aparentemente, unos conocimientos de embarque..., o fingiendo hacerlo.

¿Qué esperaría de mí? ¿Que gritara y me desmayase cuando viera la cabeza en mi papelerera?

Sí, era lo más seguro; lo mismo había ocurrido la semana anterior cuando abrí el cajón de mi mesa y vi aquel brazo cercenado.

El brazo era de cera, claro está; un modelo de brazo cortado, esculpido en cera con mucho arte.

Hager había llegado a la empresa tres meses antes, y entonces se desencadenó una epidemia de «bromas pesadas»..., el zumbador en la palma de la mano, la flor escupiendo líquido, el cigarro explosivo.

Transcurrieron varias semanas antes de que se fijara en mí como una de sus víctimas. Quizá yo le pasara inadvertido al principio, dado que, por lo general, se me caracteriza como una persona gris. Yo realizo mi trabajo en silencio y lo abandono de la misma forma al concluir la jornada.

Tengo poco más de cincuenta años y estoy empleado en Black & Black desde hace treinta sin faltar ni un solo día, excepto para asistir al funeral de mi padre.

Examiné la papelerera con atención otra vez. Sí, claro, una cabeza de cera; y a decir verdad, no muy real..., sin color en las mejillas. Ahora bien, quizás ése era el aspecto que se suponía había de tener..., desprovista de sangre.

La cabeza me pareció extrañamente familiar, pero necesité algunos minutos para su identificación. ¡Claro! Se había querido representar la cabeza de Bronson, el conserje. Sin embargo, no existía mucho parecido, pensé; el rostro resultaba demasiado flaco y el pelo más hirsuto.

¿Qué iba yo a hacer al respecto? ¿Ignorar la cabeza durante días? ¿Vaciar mi papelerera y pretender que no había visto nada?

Cuando me di cuenta, observé que estaba sonriendo al imaginar la cara de Bronson en el momento de vaciar las papeleras, al término de la jornada, y viera su propia cabeza rodando por el suelo.

¿No sería mejor que me levantase ahora tranquilamente y vaciara mi papelerera sobre la mesa de Hager diciendo algo así como «creo que esta cabeza te pertenece»?

Sí, eso resultaría muy satisfactorio. Por desgracia, me fue imposible hacerlo. Demasiado exhibicionismo para mi carácter.

Los ojos se me fueron otra vez hacia la cabeza. Sí, era artificial. Se veía incluso que las gotas de sangre en la papelerera eran puros remedos..., parduscas y no rojas.

Sentí una vaga inquietud: ¿Es que la sangre auténtica se volvía de color pardo al estar expuesta al aire?

Noté cierta humedad en las manos.

Desde luego, aquella idea era ridícula, completamente ridícula, pero ¿y si supusiéramos que era real la cabeza que había dentro de mi papelerera? ¿Quizá no parecía de cera una cabeza humana al haber quedado desangrada?

Ahora bien, sería absolutamente demencial pensar que alguien hubiera puesto una cabeza humana dentro de mi papelerera. ¿Cómo habría podido Hager hacer algo semejante? Era inconcebible que el hombre hubiera atravesado tan tranquilo la atestada oficina con una cabeza humana goteando sangre.

Mas supongamos que primero él hubiese dejado que se desangrara. Supongamos que después la metiera en una bolsa de papel o en cualquier otro recipiente grande. Y supongamos que, por último, la depositara en mi papelerera esa mañana, antes de las ocho, cuando aún no había llegado nadie a la oficina.

Y además, si fuera una cabeza humana de verdad, ya no se trataría de una broma pesada. ¡Sería un asesinato!

Me enjuagué el sudor de la frente con un pañuelo.

¿Para qué querría nadie asesinar al conserje? ¿Por qué tomarse la penosa molestia de cercenarle la cabeza y meterla dentro de mi papelerera? La respuesta me pareció tan evidente que me hizo daño.

Si la cabeza de Bronson se encontrara dentro de mi papelerera, todo el mundo, incluida la policía, me tomaría por un asesino. Con toda seguridad, mis huellas dactilares aparecerían en los arrugados papeles que servían de lecho a la cabeza.

Sin embargo, ¿qué móvil podría yo tener para perpetrar semejante crimen? No recordaba haber hablado con Bronson en mi vida. Quizá le hubiese saludado alguna vez con la cabeza al pasar, pero eso era todo.

Observé que el botones había iniciado su paseo rutinario de escritorio en escritorio para recoger el correo saliente de la mañana. En unos momentos se encontraría ante mi mesa.

El pánico casi me dominó, pero entonces vi mi cartera apoyada contra mi

escritorio. Rápidamente la puse sobre la papelerera.

El botones llegó silbando a mi mesa, recogió las tres cartas que había en la bandeja y prosiguió su marcha.

Hice una inspiración profunda.

Aquello era demencial. La cabeza *tenía* que ser de cera.

Todo lo que debía hacer era alargar la mano hacia la papelerera y tocarla para convencerme de...

Pero... ¿y si no fuese de cera? Supongamos que realmente se tratara de la cabeza del conserje.

Me acerqué al refrigerador de agua y engullí dos aspirinas.

¿Cómo habría de creer la policía que yo había asesinado a Bronson? Desde luego yo no tenía motivo alguno... Pero ¿acaso se *necesitaba* un motivo para cometer un crimen semejante?

Una cosa era matar a Bronson, y otra muy distinta decapitarle y depositar su cabeza en mi papelerera. Se trataba de la obra de un loco y los locos no necesitaban tener ningún motivo.

Con talante sombrío imaginé las especulaciones de los psiquiatras y psicólogos al servicio del Estado. El carácter ordenado y constante en que mi fortaleza y estabilidad se basaban, sería conceptuado como un cúmulo de represiones.

Yo hacía una vida muy tranquila. No tenía aficiones, ni amigos íntimos. Nunca me había casado y vivía con dos hermanas solteras y una madre viuda. Segaba el césped con regularidad. Me levantaba a la misma hora cada mañana y me acostaba cada noche a la misma hora. No bebía. No fumaba. Jamás había faltado al trabajo ni un solo día, salvo el de aquel funeral.

¿Acaso ellos no extraerían consecuencias de todo eso también?

Tanto si la cabeza era de cera como si no, yo tendría que deshacerme de ella inmediatamente. Pero ¿cómo? ¿Cogiendo la papelerera y saliendo con la cabeza dentro como si nada?

No. Si se tratase de una cabeza real, el asesino no permitiría que me librara de ella así como así. Después de todo, él se había esforzado lo suyo para colocarla en mi papelerera.

¿Tropezaría «por casualidad» conmigo para tirarme la papelerera de las manos cuando yo pasara haciendo que la cabeza rodara por el suelo?

Necesitaría una caja. Ahí estaba el quid. Cuando tuviese la certeza de que nadie me observaba, vaciaría rápidamente la papelerera en la caja, me la pondría bajo el brazo y abandonaría la oficina simulando que me dirigía a la sala de correos para su embalaje pero, en vez de eso, la echaría en el incinerador.

Salí al pasillo y lo recorrí hasta la puerta que había en el extremo más distante. La abrí y pasé adentro. El almacén estaba en penumbra y tranquilo. Resultaba evidente que no había nadie allí en aquel momento. Me encaminé hacia una mesa llena de cajas, aparentemente vacías, en el rincón más distante del recinto. Me detuve. Vi los

zapatos negros, los pantalones del uniforme gris oscuro, la...

El cuerpo no tenía cabeza..., y a su lado aparecía un largo cuchillo ensangrentado.

Oí pisadas en el corredor y vislumbré la silueta perfilándose contra el cristal opaco. El picaporte giró y la puerta se abrió. Era Reilly, el gerente de la oficina. Cerró la puerta tras de sí.

Una vez junto a mi mesa, fruncí el ceño. ¿Qué había estado yo haciendo en los últimos minutos? Esas neuralgias mías comenzaban a trastornarme la memoria.

*Miss Grinnel se acercó a mí con algunos papeles.*

Bajó la vista hacia la papelera y vio las dos cabezas, una junto a otra..., la de Bronson y la de Reilly.

Sus ojos se desorbitaron.

Suspiré. ¿Por qué siempre trataban de gritar?

Busqué el cuchillo en el cajón del fondo de mi escritorio y lo utilicé aquella mañana por tercera vez.

# CAZA MORTAL

*Harold Q. Masur*

Fui el único pasajero que se apeó del autobús en Clawson's Cove, una entre las miríadas de soñolientas, bochornosas y desiertas calas que festonean el perímetro de Florida a lo largo del golfo de México. Cogí la maleta y crucé la calle hacia un restaurante con aire acondicionado.

—Una hamburguesa —pedí—. No muy hecha.

La chica me miró desde detrás del mostrador, movió la cabeza con aire compasivo y voceó mi pedido.

—¿Ha venido usted con el autobús? —preguntó después.

—Sí.

—Tal vez sea usted el único turista en la ciudad en esta época del año.

—A decir verdad, no soy un turista —repuse—. ¿Hay algún hotel decente por aquí?

—Sólo el Everglades. Pero está a unos cinco kilómetros por la carretera y ahora incluso, fuera de temporada, es ridículamente costoso. Así que si usted no tiene coche, me figuro que el viejo Mansion House, a la vuelta de la esquina, es su mejor probabilidad.

Una campana la convocó a la cocina. La hamburguesa que me trajo fue sorprendentemente apetitosa. Las facciones de la joven eran atractivas y estaban llenas de cordialidad y simpatía.

—¿Vive usted en Clawson's Cove? —inquirí.

—Toda mi vida. Nací aquí. Y mi tío Dan es propietario y gerente de este espléndido establecimiento de cuatro estrellas. —Entonces, la chica ladeó la cabeza—. Dígame una cosa. ¿Cómo demonios consigue estar tan delgado?

—La prisión —contesté.

Primero ella hizo un respingo; luego, sonrió titubeante.

—Me está tomando el pelo. Esa palidez no es de la prisión. ¡Vamos! Usted está más tostado que cualquiera de esos turistas que emigran aquí para pasar todo el invierno y quemarse hasta ponerse negros. Si usted... —La muchacha enmudeció al abrirse la puerta y su rostro se puso blanco.

Un individuo de constitución maciza avanzó pesadamente hacia el mostrador, un gañán coriáceo, con un pecho como un barril, una estrella de sherif prendida a la camisa y un enorme revólver en la funda desabotonada. Sus pálidos ojos me pasaron una rápida revista y después perdieron todo interés. La muchacha puso una taza de café ante él y luego volvió de nuevo frente a mí.

—La prisión estaba en Vietnam del Norte —le expliqué—. Cuatro largos años, y casi todo ese tiempo detrás de una alambrada de espino. Mucho sol y poco alimento.

Pesqué una de esas fiebres tropicales, así que, cuando fui repatriado, me internaron en un hospital hasta hace una semana.

—¿Y le alimentaron bien en el hospital? —preguntó ella con genuina solicitud.

—Por descontado —repuse sonriendo—. Pero esa fiebre debe de haber cambiado mi metabolismo.

—Bien —dijo ella muy seria—, usted se merece unas buenas vacaciones. ¿Cuánto tiempo se quedará en Clawson's Cove?

—Un día o dos. Voy camino de los Cayos, pero he pensado detenerme primero aquí para ver a Martha Crawley. ¿La conoce usted?

El comedor pareció congelarse debido al repentino silencio; incluso los ruidos de la cocina cesaron. El sheriff se acercó y me hizo dar media vuelta.

—¿Tiene usted nombre, señor?

—Harry Kane —contesté.

—¿Qué desea de Martha Crawley?

—Bueno, sheriff —dije—, no creo que me interese hablar de ello.

—Entonces, ¿le interesaría pasar un par de semanas en la cárcel del condado?

—¿Bajo qué acusación?

—Vagancia.

—Escuche, sheriff, el Ejército de los Estados Unidos me adeudaba un montón de dinero que me pagaron cuando me enviaron a casa y llevo una parte muy sustancial de esa deuda en la cartera. El cargo de vagancia no prosperará.

—Aquí somos muy flexibles, señor. Ya encontraremos algo convincente.

Lo creí.

—No busco líos —dije—. No conozco a Martha Crawley. No me la han presentado nunca. Pero conocí a su nieto en ultramar, un soldado de infantería llamado Pete Crawley. Era mi mejor amigo. Pasamos mucho tiempo juntos y me contó algunas cosas acerca de su familia. Me dijo que tenía seis años la última vez que vio a su abuela, y eso fue un año antes de que muriera su padre. Entonces, la madre de Pete se casó con un ingeniero que se estableció en Hawai. Pete fue movilizado y embarcado con destino a Saigón. Allí fue donde le conocí. Yo estaba con él cuando le llegó la noticia de que sus padres habían muerto en un accidente de automóvil. Así que Martha Crawley era el único pariente que le quedaba. Le escribí varias veces siempre prometiéndole regresar aquí después de la guerra. Pero jamás lo conseguiría.

—Siga hablando, señor.

—Una noche, nuestro grupo salió de patrulla y los cong<sup>[2]</sup> nos tendieron una emboscada. Ellos sabían mucho más que nosotros sobre la guerrilla en la selva. Sólo regresamos unos pocos. Pete no. Desaparecido en acción y presuntamente muerto, notificó el ejército. Dos semanas más tarde, fui capturado en una incursión. Me llevaron hacia el norte y pasé el resto de la guerra en un campo de prisioneros. Yo le había prometido a Pete que, si le sucedía algún percance, trataría de pasar algún día



por Clawson's Cove para visitar a su abuela.

—Ha llegado tarde, señor. Martha Crawley ha muerto.

Lo miré, parpadeando.

—Supongo que debí haber telefoneado antes de venir. —Me volví hacia la chica.

—¿Cuándo sale el próximo autobús?

—Hoy es sábado —dijo ella—. Sólo hay un autobús diario y ninguno los domingos.

—Entonces, me quedo atascado durante el fin de semana.

Ella asintió. El sherif dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta. Ella lo siguió con la vista.

—Ese es el sherif Luke Spence —dijo con los labios apretados—. No es uno de mis conciudadanos favoritos. Ni de ningún otro.

—Es un cargo electivo. ¿Por qué lo votan ustedes?

—Porque es primo de Glen Barrett, y Mr. Barrett le respalda y, por añadidura, Mr. Barrett coge todo lo que le apetece en esta ciudad.

—¿Y cómo lo consigue?

—A través del Clawson Bank y de la Trust Company, ambos de su propiedad... Ese Banco posee hipotecas sobre casi todos los inmuebles de esta zona. —La joven esbozó una sonrisa torcida y me tendió la mano—. Usted se ha desenvuelto bastante bien, Harry Kane. Soy Lucy Hume.

Nos estrechamos la mano.

—Encantado, Lucy. ¿Por qué está vuestro sherif tan tieso acerca de Martha Crawley?

—Porque no puede soportar los rumores que corren sobre lo ocurrido. Mira, el Banco ejecutó su hipoteca sobre la finca de Martha. Tres acres a lo largo de la costa. Precisamente donde se encuentra el nuevo hotel, ese Everglades de que te he hablado antes. Los constructores intentaron comprar el terreno durante años, pero Martha se negaba a venderlo. Decía que lo guardaba para su nieto. Sin embargo, no pudo atender los pagos de la hipoteca y Mr. Barrett dispuso su ejecución.

—Y después vendería la tierra con un pingüe beneficio, ¿no? Eso era inevitable.

—Puedes apostar que sí.

—No lo entiendo, Lucy. Pete Crawley me dijo que la anciana señora era una persona acomodada. ¿Qué sucedió con su dinero?

—Lo perdió. Mr. Barrett había estado administrando sus valores en cartera durante años mediante una cuenta de inversiones asesoradas que ella tenía en el Banco. Entonces, un buen día, las cosas se torcieron en la Bolsa y ella se quedó limpia. Martha era una verdadera luchadora. Se quejó ante todos los que quisieron escucharla. Incluso visitó a mi jefe y exigió que presentara una querrela contra el Banco.

—¿Tu jefe?

—Rudy Menaker. —Ella se apercibió de mi desconcierto y me lo explicó—. Oh,

pensabas que yo trabajaba aquí. Sólo estoy ayudando este fin de semana porque la chica que el tío Dan tiene contratada se ha puesto enferma. Yo soy la secretaria de Mr. Menaker, el principal abogado de la ciudad. Bueno, el único abogado en realidad.

—¿Y presentó Mr. Menaker la querrela contra el Banco?

—No. Examinó las pruebas y le dijo a la anciana que no tenía ninguna probabilidad de ganar el juicio. Incluso carecía de motivos válidos para pleitear.

—Me gustaría saber lo que sucedió. ¿Querría Mr. Menaker hablar conmigo?

—El despacho cierra los sábados, pero quizás él acceda a verte en su casa. Intentaré arreglarlo.

Dicho esto, la muchacha fue al teléfono, hizo la llamada y regresó poco después.

—Te verá dentro de media hora. Entretanto, puedes reservar habitación en el Mansion House. —Y me escribió ambas direcciones.

Cogí mi maleta.

—¿Está bien el restaurante del Everglades?

—¡Oh, sí! Es encantador.

—¿Querías cenar conmigo esta noche?

—Harry, no tienes por qué...

—Acepta —gritó su tío Dan desde la cocina—. Puedo arreglármelas aquí sin tu ayuda.

—Está bien —dijo y hubo estrellas de verano en su sonrisa—. Te recogeré a las siete.

El Mansion House era un edificio de dos plantas, descolorido y anticuado. Me afeité y luego recorrí las tres manzanas que me separaban de una casa de tamaño medio con tejas deterioradas por la acción del tiempo.

El propio Rudy Menaker contestó al timbre de la puerta. Salió a la terraza, me señaló dos butacas de mimbre, y se acomodó con movimientos artríticos en una de ellas. Un viejo caballero de semblante agrio, exhalando el rico aroma del *whisky* añejo. Cruzó las piernas con un gruñido de dolor.

—Según me ha dicho Lucy, usted es un amigo del nieto de Martha Crawley, el que resultó muerto en Vietnam.

—Mi mejor amigo, señor. Le prometí visitar a la anciana si a él le sucedía algo.

—Pues se ha retrasado un par de años. ¿Qué quiere usted de mí?

—Tengo entendido que ella tenía ciertos problemas financieros con el Banco local y quería que usted presentara una querrela en su nombre.

—No pude prestarle ayuda, hijo. Ella acusó al Banco de hacerle perder su dinero. Yo repasé los documentos y vi que ella tenía una cuenta discrecional de inversión. Mr. Barrett se la administró con acierto durante muchos años. Pero los tiempos cambian. Aquí, la economía está cayendo como el agua de una cesta. Todo son problemas: laborales, energéticos, inflacionistas, deficitarios, desempleo... Nombre cualquier otro infortunio y nosotros lo tenemos. Lo que sucedió aquí, hijo, hundió el mercado de valores hasta el sótano. Limpió a un montón de gente. Martha Crawley

no fue la única. Yo mismo me di un buen baño. Nadie tuvo la culpa. Le dije que estaba desperdiciando su tiempo y el poco dinero que le quedaba.

—Usted era también asesor jurídico del Banco por aquellas fechas, ¿no es verdad, Mr. Menaker?

—¿Trata usted de insinuar algo, hijo? —preguntó el abogado entornando los ojos.

—Me parece que usted tenía un conflicto de intereses en eso, Mr. Menaker. Tal vez debiera haberle aconsejado que consultase con otro abogado.

—Ella vino buscando mi opinión. Yo se la di. De hecho, intentó que alguien la llevara a Palm City. Dijo a todo el mundo que pensaba entrevistarse con el viejo Willis Saunders.

—¿Qué se lo impidió?

—Un ataque cardíaco. Y no era el primero. Consulte con el doctor Kramer. Él asistía a Martha Crawley.

—¿Quién se cuidó de sus pertenencias?

—El Banco ejecutó la hipoteca sobre el terreno y el administrador público vendió todos sus efectos personales.

—¿Qué se hizo del producto de esa venta?

—Apenas se sacó lo suficiente para pagar los atrasos tributarios y unas cuantas deudas. Y ahora, si usted me disculpa... —Se levantó y se metió en la casa.

Salí, busqué una cabina telefónica y encontré las señas del doctor Kramer en la guía. Un transeúnte me indicó el camino.

Cuando yo entraba en la sala de espera del consultorio, un muchacho menudo y colérico salía disparado del consultorio y un hombre pequeño y corpulento apareció en el umbral enarbolando una jeringuilla hipodérmica.

—Alergia —me explicó—. Vengo tratando a ese pequeñajo desde hace años y no consigo convencerle de que no hay ningún órgano vital en el área tratada. Entre y siéntese. —Me examinó con ojo crítico y movió la cabeza—. Demasiado delgado. Demasiado sol. No puedo entenderles a ustedes, los turistas. Siempre sometidos a dietas y tomando baños de sol. Esqueletos socarrados. Más le vale poner algo de carne en ese armazón, muchacho. Coma. Y manténgase a la sombra, diablos. Ahora, quítese la camisa y echaremos un vistazo.

—No soy un paciente, doctor.

—Pues debiera serlo —dijo frunciendo el ceño—. Entonces, ¿cuál es el motivo de su visita?

Escuchó mi relato con el entrecejo cada vez más fruncido; su expresión benevolente se tornó vigilante. Luego guardó silencio durante un largo momento.

—Ese Rudy Menaker ingiere demasiado alcohol —dijo al fin—. Está destrozando su salud. Un insulto al cerebro. Desarreglo del hígado. No quiere seguir los consejos. ¿Y qué me dice de usted, Mr. Kane? ¿Sabe seguirlos?

—Si son razonables...

—Esos son los únicos que doy. Olvídese de Martha Crawley. Siga adelante con

sus propios asuntos.

—¿Me está sugiriendo que abandone la localidad?

—Sí. Aquí no encontrará nada para usted, salvo un buen lío.

—Hay algo que me desconcierta, doctor. Tan pronto como menciono a Martha Crawley, la gente se pone nerviosa. El sherif Spence, Rudy Menaker, usted mismo, y tiemblo cuando pienso en la acogida que se me dispensaría si fuese al Banco de Mr. Barrett. Todos ustedes parecen atemorizados, doctor.

Él mostró una súbita agitación. Dio una vuelta alrededor de la habitación y, con mandíbulas apretadas, se encaró conmigo.

—Está bien, muchacho. Hágame preguntas específicas.

—¿Se debió el fallecimiento de Martha Crawley a causas naturales?

—Sí y no.

—Demasiado críptico, doctor.

—Hace algún tiempo, ella vino a mí con dolores en el pecho. Síntomas de angina. La reconocí. Hipertensión, arterioesclerosis. Prescribí nitroglicerina, digitalina y heparina. Estos medicamentos la mantuvieron bien durante dos años más. Le recomendé que se tomara la vida con calma. Pero tenía conflictos financieros con el Banco y estaba sumamente nerviosa. Entonces, una noche, me telefoneó y apenas la entendí, pues parecía incapaz de hablar. Salté de la cama y me dirigí en el coche hacia su casa. Llegué demasiado tarde. Martha había pasado a mejor vida. ¡Qué se le iba a hacer! Una anciana con un corazón enfermo. Personas de su edad morían a cada paso. Pero algo parecía no encajar, y eso me perturbó.

—¿Qué fue, doctor?

—Siempre guardaba los medicamentos en la mesilla de noche, junto a su cama. Pero cuando yo fui no estaban allí. No los encontré por parte alguna; ni siquiera en el botiquín del cuarto de baño. Martha no era una anciana senil, sabía cómo dependía su salud de esas medicinas. Siendo así, ¿dónde las había puesto? ¿Qué había pasado con ellas?

—¿Se lo mencionó usted al sherif?

—No le dio importancia. Dijo que, probablemente, Martha se habría tomado los últimos comprimidos y habría tirado los frascos con el propósito de renovarlos al día siguiente.

—¿Dejaría ella que sus reservas se agotaran hasta ese punto?

—Yo no puedo discutir con Luke Spence. Ya he tenido que aguantar demasiados agravios por culpa del excesivo celo de ese hombre. Quizá crueldad sería un término más adecuado. Hemos tenido varios enfrentamientos. Nunca he ganado. Ahora procuro apartarme de su camino. —El doctor vio que otro paciente paseaba por la sala de espera—. Procure mantener alta la guardia, muchacho.

Encontré a un visitante esperándome en mi habitación del Mansion House. El sherif Spence estaba sentado en la cama y me miró fijamente, con expresión truculenta. Se levantó y se acercó a mí. Su voz fue de una aspereza acusadora.

—Viene usted de ver al doctor Kramer, ¿eh? Ahora me va a decir que está enfermo.

—¿Tanto le preocupa mi salud, sherif?

—Me preocupa su nariz. La está metiendo en muchos lugares donde no debiera hacerlo.

—Necesitaba consejos médicos.

—¿Y también jurídicos? ¿Es ésa la causa de que haya molestado a Rudy Menaker?

—No he quebrantado ninguna ley, sherif.

El bravucón se estiró hasta parecer querer salirse por el cuello de la camisa. Su voz se hizo ronca.

—Siga por ese camino, amigo. Continúe provocándome y verá que no puede marcharse el lunes. Se lo advierto por última vez. Apártese de Kramer. Deje en paz a Rudy Menaker. No meta su nariz en nuestros asuntos. ¿Entiende lo que le estoy diciendo?

—Leo en usted como en un libro abierto, sherif.

El hombre pasó por mi lado igual que un toro y dio un tremendo portazo al salir. Mis años en la prisión del Vietcong semejarían una excursión comparados con un breve período bajo la custodia del sherif Luke Spence. Eché una ojeada al reloj y vi que tenía el tiempo justo para ducharme y cambiarme antes de que Lucy Hume llegara.

La muchacha se presentó al atardecer conduciendo un coche pequeño que no tendría menos de cinco años. Su sonrisa me reconfortó al instante. Cuando alcanzamos el Everglades comprendí por qué los hoteleros habían preferido esperar hasta conseguir aquel particular emplazamiento. Un par de flamencos se deslizaban por un estanque natural próximo a la entrada, y a su alrededor había plantaciones de tupidas enredaderas rojo fuego, hibisco y buganvilla.

—Esa sección de ahí —me dijo Lucy— está justo sobre el lugar en el que la casa de Martha se alzaba.

Cenamos al resplandor de las velas y charlamos. Por fin, mientras tomábamos café, ella me preguntó si Mr. Menaker me había servido de ayuda.

—Muy raras veces espero sinceridad de los abogados —le dije—. Pero, así y todo, se le escapó algo. Mencionó el nombre del médico de Martha.

—El doctor Ed —rió Lucy—. Él me ayudó a venir a este mundo, y me asistió en las usuales enfermedades infantiles. ¿Hablaste con él?

—Sí.

—Brusco pero adorable, ¿verdad? Y además te visita en casa. —Entonces, se puso seria—. Harry, no sé qué estás intentando demostrar, pero, sea lo que fuere, quiero ayudarte.

—Eso no le gustará al sherif Spence.

—Me importa un bledo. O mejor dicho, razón de más para hacerlo.

Reflexioné unos instantes sobre eso.

—¿Qué ha sucedido con los documentos que Martha le enseñara a Mr. Menaker?

—Ella exigió que se los devolviesen para poder llevárselo a Willis Saunders, en Palm City.

Le pedí que me documentara brevemente sobre Saunders.

—Supongo que es el abogado más conocido de esta comarca. Le elegimos para el Congreso en siete ocasiones. Ahora, ha vuelto a ejercer su profesión. Yo le he telefonado algunas veces para tratar de cuestiones relacionadas con nuestro bufete y el suyo.

Pensé que si Saunders viera esos documentos, se adelantaría mucho.

—Oye, Lucy, ¿tienes amigos en el Banco?

—Tengo a Tommy Hume.

—Suenas como un pariente.

—Lo es. Primo carnal. Tommy lleva la auditoría del Banco.

—¿Y estaría dispuesto a hacerte un favor?

—¿Tendrá que quebrantar las reglas?

—Sólo orillarlas un poco.

—Será mejor que me reveles tus propósitos, Harry.

—Quiero copias de las últimas transacciones hechas por Mr. Barrett con fondos de Martha Crawley.

—¿No son confidenciales esos asuntos?

—En realidad no. De todas formas, la compañía de corretaje está obligada a facilitarlas. Pero así me ahorraría mucho tiempo y complicaciones.

—Tommy trabaja en el Banco este fin de semana. Le telefonaré cuando llegue a casa.

Cuando el domingo fui al restaurante para almorzar, Lucy me entregó un sobre con las fotocopias de las fichas de confirmación de las transacciones solicitadas por mí. Las repasé y le pregunté si podría prestarme su coche después del almuerzo.

—¿Cuál es tu programa?

—Un viaje a Palm City para tener una conversación con Mr. Willis Saunders.

—¿Puedo ver tu carnet de conducir?

—Ha caducado hace tiempo.

—Entonces, lo mejor será que yo conduzca.

—¿Cuándo puedes salir? —pregunté sonriente.

—Cuando a ella le plazca —gritó el tío Dan desde la cocina—. El negocio va que da asco.

Palm City se encontraba hacia el noroeste, a través de una región pantanosa. A ambos lados de la estrecha carretera se extendía la hierba. Las nubes acudían veloces desde el golfo, y el cielo se estaba nublando y oscureciendo. Había humedad en el aire. Los manglares y los palmerales se volvían tan espesos a veces que parecíamos quedar aislados del mundo. Lucy conducía con cuidado, poniendo toda su

concentración en la carretera.

Una hora después, avanzamos por terreno seco y pasamos junto a un pequeño limonar. Los cipreses, cubiertos de musgo negro, se erguían altivos. La carretera se fue ensanchando hasta convertirse en espaciosa avenida flanqueada de cocoteros. Palm City estaba a la vista.

Pasamos ante el viejo Palacio de Justicia, dejamos atrás una pequeña iglesia misionera y llegamos al otro extremo de la ciudad.

Como Lucy había telefoneado de antemano, Willis Saunders nos estaba esperando. Era un hombre delgado, de setenta y tantos años, con una espesa crin de pelo níveo y un brillo sardónico en los ojos. Hizo una breve y cortés inclinación a Lucy y nos condujo a una sala alargada de ambiente fresco. Una vez allí, se volvió hacia mí.

—Ahora, joven, explíqueme cuál es ese asunto tan urgente que no ha podido esperar hasta las horas de oficina del lunes.

Me escuchó, con una total y completa atención. Yo le referí todo cuanto había acontecido desde que me apeara del autobús en Clawson's Cove el día anterior. Luego, le entregué las fichas del corretaje y él las revisó mientras sus blancas cejas se enarcaban cada vez más.

Por fin, levantó la vista. Su tono fue cortante.

—¿Me está diciendo que Glen Barrett compró este bodrio infernal de basura especulativa por cuenta de una viuda anciana?

—Usted tiene las pruebas en sus manos, Mr. Saunders.

—¿Y nadie le llamó la atención hasta que usted apareció?

—Mrs. Crawley intentó hacerlo, pero murió.

Los labios del abogado se apretaron y la contrariedad los curvó en una expresión de desprecio.

—¡Indignante! Un derroche arbitrario de bienes. Viola la ley del «gestor prudente» que debe limitar las operaciones fiduciarias a las inversiones más conservadoras de los fondos confiados a su tutela; sólo en el momento oportuno. Estas transacciones representan unas aventuras de naturaleza tan precaria y especulativa que constituyen una flagrante violación de responsabilidad.

—¿Podría haber dado pie a un proceso?

—Mi querido joven, Mrs. Crawley se habría podido querellar contra el Banco desde aquí a Cayo West y vuelta.

—Mr. Menaker le recomendó que se abstuviera de ello.

—Rudy Menaker es un insensato. Él no tenía competencia para darle consejos. Él era y es consejero del Banco. Estamos ante un conflicto de intereses en toda regla. — Después me estudió, pellizcándose el puente de la nariz—. ¿Sugiere usted que Barrett compró esta porquería adrede para que Mrs. Crawley perdiera su dinero y no pudiese atender al pago de la hipoteca, lo cual le permitiría ejecutarla y vender el terreno luego con un cuantioso beneficio?

—No lo sugiero, Mr. Saunders. Lo afirmo sin reservas.

—Lástima que la anciana señora no dejara herederos —dijo el abogado moviendo la cabeza.

—¿Por qué?

—Porque las partes damnificadas están todas muertas. ¿Quién se querellará? —Se acarició la mandíbula ensimismado—. Necesito algún tiempo para analizar esto.

—¿Cuánto tiempo? El sherif local quiere verme salir de Clawson's Cove con el autobús en marcha.

—¿Luke Spence?

—Sí, señor.

—He oído hablar de ese sujeto. Un troglodita. Yo no tengo influencia en su jurisdicción, de modo que le sugiero que vuelva aquí el lunes. —Entonces, miró a Lucy—. ¿Está Rudy Menaker enterado de esta visita?

—No, señor —contestó ella—. He decidido despedirme de Mr. Menaker. No me interesa seguir trabajando para él.

—Miss Hume —dijo él radiante—, mi secretaria se jubila el mes próximo. En mi opinión, Palm City puede ofrecer muchas más posibilidades que Clawson's Cove a una joven inteligente. ¿Le gustaría trasladarse aquí?

—Déjeme pensarlo —pidió ella con una sonrisa.

El letrado nos acompañó hasta la puerta. Todavía no había comenzado a llover. Decidimos quedarnos a cenar en Palm City. Deambulamos por sus calles viendo escaparates y encontramos una marisquería que servía pámpanos frescos. Cuando nos dispusimos a marchar, ya estaba oscureciendo y comenzaba a lloviznar. Lucy condujo despacio a través de la plaza, siguió a paso moderado por el limonar y puso proa a los Glades en donde una niebla espesa flotaba sobre el pantano anulando la visibilidad. No circulaban coches en ninguna de las dos direcciones. La oscuridad aporta su propio sentido de temor ante un terreno desconocido. Aquello era un mundo irreal, fantasmagórico y silencioso. Me pareció oír el gruñido sordo del inmenso motor diesel antes de que sus deslumbrantes faros encendieran la noche a nuestras espaldas. Una bocina ensordecedora rompió el silencio en pedazos, con un tono sostenido, crispante. Volví la cabeza y vi el espectral camión con su *trailer* precipitándose sobre nosotros por la oscura y resbaladiza carretera.

—¿Por qué conducirá tan aprisa? —preguntó Lucy, nerviosa, mirando por el retrovisor.

—Quizás esté intentando suicidarse. Enciende el intermitente, ¡rápido!

—Harry —dijo con un hilo de voz, mientras tanteaba en el salpicadero—, está intentando pasar al otro carril para adelantarnos.

—¡Distánciate de él! ¡Pisa el acelerador!

—¡No..., no puedo ver lo bastante lejos! —Un pavor súbito le desfiguró la voz—. Está casi sobre nosotros.

El ruido del motor diesel nos aturdió. El sólido e inmenso parachoques golpeó la



parte trasera de nuestro cochecillo y nuestras cabezas parecieron estallar. Oí cómo se arrugaba el maletero. Patinamos y nos fuimos de costado, fuera de control, casi a punto de estrellarnos contra el arcén. Lucy luchó con el volante. Yo traté de ayudarla. Aunque temblorosa y pálida, Lucy se mantuvo firme. Era una caza mortal.

Cuando casi habíamos conseguido dominar el coche, otro mazazo nos desequilibró de nuevo. Vi que el manómetro marcaba la señal roja. El golpetazo había roto el cárter. Estábamos perdiendo aceite. Sin éste, el motor perdería fuerza y se pararía; entonces, nos tendría en su poder. Me sentí desvalido e impotente..., y responsable por Lucy.

El tercer martillazo nos hizo patinar y el coche saltó el arcén, deteniéndose con una violencia estremecedora. Las ruedas delanteras quedaron apresadas por un lodo pegajoso. El camión se alejó rugiendo mientras nosotros permanecíamos en un equilibrio inestable.

—¿Se ha ido? —preguntó Lucy en un gorgorito susurrante y temeroso.

—Eso creo.

Estaba equivocado. Le oímos cómo regresaba marcha atrás por la carretera..., para acabar con nosotros. Forcejeé con la puerta y salí a trompicones, arrastrando a Lucy conmigo. Cruzamos agachados la carretera y nos agazapamos entre las hierbas altas. El camión siguió retrocediendo, y pasó ante nosotros. Necesitaba espacio para acelerar.

Por fin, el conductor frenó, cambió la velocidad y aceleró el motor. Luego arrancó, tomó impulso y se disparó carretera abajo. Bajó sus faros vi un reflejo tornasolado, era nuestro aceite esparcido sobre el resbaladizo asfalto. El camión se desvió y asestó un golpe tan brutal al coche que lo envió a hundirse en el pantano. En ese momento, cuando el conductor quiso enderezar la dirección, las ruedas perdieron tracción sobre el escurridizo aceite... Una fuerza irresistible de masa, tiempo y velocidad actuó sobre el bamboleante leviatán haciendo que se ladeara y colease sin control. Cayó de costado por encima del arcén, se estrelló contra el mangle y después dio el salto de la carpa con un crujido de metal torturado. Las chispas volaron en todas direcciones mientras el voluminoso monstruo daba una vuelta de campana; después, una llamarada anaranjada se proyectaba hacia la noche con un rugido sordo.

Vimos la maciza figura de un hombre debatiéndose tratando de escapar de la destrozada cabina, con las ropas ardiendo y el rostro iluminado por las llamas...: el sherif Luke Spence. Los pies se le habían enredado en las raíces del mangle, y no podía salir. Yo quise correr hacia él, pero el intenso calor me repelió. Entonces, él se desplomó abrasado entre las hierbas.

Lucy se agarró a mí.

—¿Está...?

—Sí —dije—. Nadie puede sobrevivir a una temperatura tan intensa.

—¿Por qué ha intentado matarnos?

—No a nosotros. A mí. Tú me acompañabas por casualidad. No le gustaban mis

pesquisas en Clawson's Cove. Primero, porque las transacciones del Banco no soportarían una revisión a fondo; y, segundo, porque necesitaba ocultar algo mucho peor que el fraude de Barrett. Él sabía que Martha proyectaba llevar su caso a Willis Saunders y tenía que ser detenida. Así pues, consiguió robarle los medicamentos, a sabiendas de que eso sería fatal, y proponiéndose devolverlos a su lugar una vez se hubiese descubierto el cuerpo sin vida de ella. Pero el doctor Kramer se personó allí antes y vio que las medicinas faltaban. Spence estaba convencido de que el médico me lo había comentado y eso le inquietó lo bastante como para investigar mis antecedentes y averiguar mi verdadera identidad.

Lucy me miró estupefacta, olvidándose de la persistente llovizna.

—Me llamo Crawley —dije—. Pete Crawley. Mi hipótesis es que Spence encontró algunas de las cartas que yo le había enviado a mi abuela. Así no tuvo más que comparar esa escritura con mi firma en el libro de registro del Mansion House. Eso me convirtió en un peligro para él. Temió que yo echase a perder su trabajo. Y había demasiado en juego. Yo tenía que desaparecer. Así que nos siguió hasta Palm City y esperó acabar con nosotros en el viaje de regreso.

—Pero ¿en dónde pudo encontrar Spence un *trailer* de semejante tamaño?

—Lucy, un camionero debe de estar echando chispas en la cárcel de Clawson's Cove, encerrado por haber cometido alguna infracción de poca monta. Spence planeaba ponerle en libertad tan pronto como regresara, esperando que ese vehículo pesado se encontrara muy lejos mañana por la mañana.

—¡Pete Crawley! —exclamó admirada ella—. ¿Por qué figurabas entre los combatientes desaparecidos?

—Porque resulté herido y estaba escondido en la selva cuando los del Vietcong me apresaron. Yo había contraído una de esas fiebres tropicales y había perdido la memoria. En un rudimentario hospital de campaña, perdieron mi placa de identificación. Después de mi vuelta a Estados Unidos los psiquiatras militares me curaron de mi amnesia; luego, encontré una carta de mi abuela dirigida a mi última estafeta militar y en donde me explicaba sus problemas con el Banco. Por eso decidí venir aquí de incógnito para averiguar lo sucedido.

Ella escrutó mi rostro.

—Y ahora, ¿qué piensas hacer?

—Contrataré a Mr. Willis Saunders para querellarme contra el Banco. Esa ejecución de la hipoteca supuso un fraude. ¿Quién sabe? Quizá los hoteleros posean un título ilegal. Tal vez nos encontremos en el negocio turístico.

—¿Nosotros?

—Por supuesto. Tú has estado trabajando en el restaurante de tu tío y, por consiguiente, sabes un poco sobre comidas. Y yo puedo seguir un curso de administración hotelera por correspondencia.

La reacción no tardó en llegar. Lucy rompió a reír y llorar con un leve toque de histeria retardada. De repente, se puso seria.

—Estás loco. —Luego, clamó sollozando—: Estoy empapada. ¿Cómo volveremos a casa?

—Caminando —dije—. Con la clase de lunáticos que hay rondando por aquí es más seguro que conducir.

# DUENDES

*W. Sherwood Hartman*

Cuando Elaine y yo encontramos la Trotting Inn, nos pareció, exactamente, lo que habíamos estado buscando. El edificio resultó ser viejo pero se veía bastante bien conservado. La cocina era adecuada y el equipamiento estaba en buenas condiciones. Desde luego, el bar requería una nueva decoración y había muchas mejoras que se podrían introducir, pero teníamos tiempo suficiente para eso. El bar tenía buenos ingresos diarios, y las veladas quedarían resueltas con el servicio de restaurante. Allí estábamos lo bastante cerca de Gettysburg para poder contar con la ventaja del turismo veraniego, y estábamos rodeados por pequeñas ciudades que nos procurarían el negocio suficiente para resistir fuera de temporada. También nos hallábamos próximos a Baltimore lo que facilitaría el abastecimiento de pescado fresco, la especialidad de la casa. Su propietario quería retirarse debido a su edad, y el precio resultaba razonable. Así que, con un generoso préstamo del Banco, compramos el local.

Las primeras semanas fueron muy movidas. Elaine y yo éramos gentes del espectáculo retiradas, y el hecho de cambiar a una cocina y a un servicio de restaurante y bar no nos iba a resultar nada fácil, pero el anciano propietario se quedaría algún tiempo con nosotros hasta que le tomáramos el pulso a las cosas. Al cabo de un mes, seguimos solos, sin ayuda alguna, porque las cosas estaban ya encauzadas en una sencilla rutina. Entonces fue cuando lo oí por primera vez...

Como ya he dicho, Trotting Inn es un viejo edificio. Hay una escalera que va de la cocina a un apartamento en el piso de encima, pero como éste requeriría muchas mejoras para ser habitable, decidimos esperar hasta tener restaurada la parte del negocio antes de hacer lo mismo con esa otra. Después de la primera inspección, ninguno de nosotros había vuelto a subir allí.

Era ya tarde, en un sábado por la noche. El último cliente se había ido y yo había echado los cierres. Elaine estaba fregando vasos detrás de la barra del bar y yo los iba colocando en la cocina. Ambos estábamos cansados y, a excepción de los ruidos apagados de nuestro trajinar, todo permanecía en silencio. Entonces, procedente de arriba, se oyó un golvazo y algo así como el horripilante lamento de un gnomo en la agonía de la muerte. El gemido se extinguió en el silencio, pero hubo un nuevo y contundente golpe en el bar cuando Elaine dejó caer una bandeja llena de vasos. Rodeó, desolada, el mostrador, irrumpiendo en la cocina y echándome los brazos al cuello, temblando cual un conejo asustado. Debo admitir que yo me trastorné un poco también pero tuve que hacer uso de mi raciocinio. Habíamos estado muy atareados aquella noche y era muy posible que alguien hubiese andado por allí sin yo saberlo en busca de los lavabos, atravesando la cocina para seguir escaleras arriba y, finalmente,

quedarse dormido en una de las viejas camas del apartamento. No hay ninguna entrada hacia las escaleras desde el exterior, de modo que nadie podía estar intentando robar.

Conseguí tranquilizar a Elaine; entonces, encendí la luz de la escalera y subí. Entré en el apartamento esperando encontrar a un borracho en el suelo, pero allí no había nadie. Miré debajo de las camas, en los armarios; registré el lugar de cabo a rabo. Estaba vacío. No había nadie allí. Así que volví escaleras abajo a tranquilizar a Elaine.

Mientras recogíamos los cristales rotos detrás del mostrador, intenté explicarle que el ruido tenía que haber sido causado por un desplazamiento del viejo maderamen, o que tal vez las vibraciones de los grandes camiones en la autopista hubiesen hecho caer una vieja caja. Por último, Elaine logró dominar su nerviosismo e incluso nos reíamos ya del incidente cuando abandonábamos el local. Ella fue hacia el coche mientras yo apagaba las luces del interior. Entonces, en el momento en que giraba la llave en la cerradura, me llegó desde el piso de arriba la risilla más estúpida que jamás escuchara. Cerré con llave y nos fuimos a casa.

Las tres semanas siguientes fueron de gran ajetreo. Conocimos a las gentes del lugar y nos sentimos contentos de su afable acogida. Los holandeses de Pennsylvania son de trato fácil siempre que no intentes presionarles. Les gusta mostrarse un poco agresivos con sus amistades y acogen a un forastero como si fuera uno de ellos a condición de que se comporte y espere. Las cosas funcionaron a pedir de boca.

Fue un jueves por la tarde cuando lo oí de nuevo. Elaine había ido de compras a Hanover y yo me había quedado solo en el bar con Cy Rouser, uno de los clientes habituales. Él vivía en una granja a unos cinco kilómetros al este del *Inn*. Ahora, sus dos hijos administraban la finca y a él le quedaba mucho tiempo libre. Se había tomado dos dobles de *bourbon*, dos cervezas y un par de pastelillos de cangrejo como almuerzo y se hallaba sentado en un extremo del bar con la cabeza entre las manos, dormitando, cuando oí el segundo golphazo proveniente de arriba.

Cy ladeó la cabeza para mirar hacia el techo, e hizo una mueca sonriente.

—Ése es nuestro viejo compadre —dijo.

Yo me disparé a través de la cocina escaleras arriba pero Cy gritó a mis espaldas:

—¡No encontrarás a nadie ahí! ¡Es un duende!

Regresé al bar.

—Veamos, Cy —le conminé—, explícame con exactitud lo que es un duende y qué demonios está haciendo ahí arriba, encima de mi bar.

—Nada de qué preocuparse... Ha estado aquí desde que este edificio fuera construido. Mi padre solía hablarme de él cuando yo era pequeño todavía. Un duende no es más que una clase de fantasma amigable. No molesta a nadie. Le gusta hacer un poco de ruido de vez en cuando para llamar la atención. Ya subes, como si quisiera indicarnos que está aquí... ¡No hay maldad en estos duendes!

Intenté conformarme con la explicación de Cy, aunque no fue nada fácil. Los

ruidos de arriba resultaban desconcertantes en su irregularidad. Si hacía una tarde tranquila, los ruidos tintineaban sobre nuestras cabezas como perdigones rodantes. En las estrepitosas noches de sábado, los sonidos de arriba semejaban un forcejeo entre *King Kong* y Superman. Yo investigaba una vez y otra, mas nada se movía en el segundo piso. Hasta el polvo permanecía estático. Al fin me resigné y decidí vivir con el duende. Incluso cesé de revisar el segundo piso y empezamos a utilizar la escalera para almacenar las cajas de cerveza. El negocio iba muy bien y yo no quería tolerar que un estúpido fantasma lo estropeará. Pero seguía siendo desconcertante el estar viendo un partido de béisbol en la televisión, por la tarde, y tener que aguantar los sonidos de una montaña rusa que nos llegaban desde el techo durante los espacios publicitarios.

Lo extraño era que muy pocos clientes, salvo los habituales, se apercebían de tales ruidos. Estos últimos solían ladear la cabeza con sonrisa de conocedores y escuchar, mientras los demás continuaban comiendo y bebiendo como si tal cosa.

Y entonces sobrevino el incidente con la botella de J. W. Dant. El Dant es un buen *whisky* de maíz rancio pero tenemos pocos bebedores de *bourbon* en esta comarca y la botella estaba sin abrir. Se hallaba en el estante superior del bar junto con los otros *whiskies* de poca circulación, y se le quitaba el polvo los lunes y los jueves.

Acababa de abrir en la mañana del martes y mi primer cliente me pidió *whisky* de centeno y soda. Puse hielo en un vaso, vertí encima el licor, alargué la mano debajo del mostrador para coger la soda... ¡y saqué la botella de J. W. Dant! Mi primer pensamiento fue que Elaine habría cambiado las botellas con la intención de gastarme una broma. Pues la botella de soda estaba en el estante del Dant. Así que puse la botella de Dant en su sitio y devolví la soda al suyo. Entonces, se oyeron algunos ruidos escaleras arriba, como un portazo, una risilla y el rumor de minúsculos pies corriendo por el suelo. Yo los oí, pero los clientes no parecieron oír nada.

Kenny, nuestro camarero, llegó a las once para ayudar en la hora del almuerzo y yo me tomé un descanso. Me escurrí escaleras arriba, entre las cajas de cerveza, e hice la enésima inspección del apartamento... Lo encontré como me había figurado. Allí no vi a nadie y nada había sido movido. Deambulé por las desiertas habitaciones gruñendo para mis adentros y despotricando a media voz. Entonces, cuando cerraba la puerta e iniciaba el descenso, oí la risilla una vez más.

Desde aquel instante, las cosas se convirtieron en una especie de juego. La botella de Dant estuvo casi todo el tiempo en el lugar que le correspondía pero, un día, apareció en el refrigerador. La siguiente ocasión, me la encontré escondida detrás de una caja de cervezas en la cámara frigorífica. Otra vez, en la cocina, entre las fuentes. Una mañana estaba campando por sus respetos sobre la máquina automática del tocadiscos. Y me encontré imprecando en voz alta a mi verdugo invisibles y, como era usual, recibí un silencio burlón, si a veces me pareció haber hecho mella, pues se me recompensó con un discreto porrazo dado arriba o una risilla estúpida.

Pasado cierto tiempo, el duende pareció cansarse del juego y la botella de Dant

permaneció en su sitio habitual durante varias semanas. Para ser franco, aquella falta de actividad empezó a aburrirme. Entonces, al abrir las puertas una mañana de sábado, me encontré la botella en el centro del bar, abierta y casi vacía junto a un vaso de *whisky* y otro de cerveza, este último con unos dos centímetros de agua.

—¡No me alteran tus necias jugarretas —vociferé sin poder contenerme levantando la mirada al techo—, pero si quieres beber *whisky*, consume el del bar! ¡Éste es de marca, y muy caro!

Arriba, el ente explotó en una serie de golpetazos y risillas alborozadas. No le di satisfacción de subir para investigar... Un cliente entró, y el piso de arriba quedó tranquilo para el resto del día.

Fue un sábado agotador y tuve poco tiempo para reflexionar sobre el duende alcohólico que residía sobre mi cabeza. Era la cansina una de la madrugada del domingo cuando Elaine se fue a casa. Kenny, que ya había limpiado casi todo a la una y media, también se marchó. Los pocos clientes que quedaban fueron desfilando poco a poco hasta que me vi solo con dos bebedores noctámbulos. Ninguno de los dos parecía ser muy hablador. Yo me serví una copa y me fui preparando para una larga espera.

Ambos eran unos desconocidos para mí. El que se encontraba en el extremo derecho del bar, un tipo delgado, de treinta y tantos años, lucía una fea cicatriz debajo del ojo izquierdo. El otro parecía más joven y tenía la constitución de un levantador de pesos.

El tipo delgado terminó su bebida y señaló su vaso con la cabeza.

—Sírvanos una a todos —pidió.

Le llené el suyo, después el del forzudo y serví otro para mí. Una vez hecho esto, levanté la vista y me encontré mirando la boca de un revólver del 38.

—Vale —dijo el flaco—. Ahora cerremos el local. No necesitamos más compañía esta noche.

El tono de su voz y la blancura ominosa en torno a los nudillos del puño que enarbolaba el arma acallaron toda discusión en mí. El sujeto me siguió hasta la cocina y allí hice girar la llave en la cerradura de la puerta trasera. Él me pisó los talones mientras yo echaba los cerrojos de la puerta lateral y de la principal. Apagué las luces exteriores y volví al bar. Entretanto, el robusto había sacado un revólver también.

Me sentí como emparedado.

—Miren —dije en el mismo tono que haría cualquier cobarde normal en una situación análoga—, cojan lo que les plazca y márchense. No tengo ganas de jaleos.

—¿Has oído esto, Joe? —preguntó, burlón, el larguirucho a su compinche—. Quiere que nos marchemos. ¿No es de lo más gracioso? —Entonces, se volvió hacia mí, y sentí un escalofrío por la espalda cuando le miré a los ojos. Eran de un azul glacial y tenían la pavorosa finalidad de una necrología—. No le importará que terminemos nuestras bebidas antes de marchar, ¿verdad? Puede que nos apetezca quedarnos aquí un rato.

El robusto se limitó a gesticular y los dos continuaron sentados jugueteando con sus vasos. Yo me serví otro trago pensando que si tenía que irme al otro mundo, eso lo haría menos doloroso.

—Apártese de la caja registradora —me ordenó el flaco.

Yo caminé hacia el otro extremo del bar, cerca de donde él estaba sentado.

—Ahora, tú coge el dinero —dijo a su compinche.

El robusto pasó al otro lado de la barra, hurgó debajo del mostrador, sacó una bolsa de papel y empezó a meter billetes y monedas en ella.

De pronto, se oyó un estruendoso estampido procedente del piso de arriba, como si alguien hubiese cerrado, colérico, una puerta. El más fuerte se quedó inmóvil junto a la registradora.

El flaco miró hacia el techo para después encararse conmigo. El odio y el pavor le endurecieron la mirada.

—¡Vale, tío listo! ¿Quién está ahí arriba?

—¡El fantasma del general Custer y toda una tribu de indios! —grité, comprendiendo que decir la verdad era inútil.

—¡Maldita sea, yo lo averiguaré en seguida, so chiflado! —me chilló mientras salía disparado a través de la cocina y escaleras arriba.

Acto seguido se oyó una avalancha de cajas de cerveza y un grito ahogado. El forzudo me empujó al pasar y la botella de J. W. Dant cayó del estante justo a tiempo para que yo la cogiera al vuelo y golpeará con ella el cráneo del forzudo.

Cuando el tipo se desplomó, yo le cogí el arma y corrí a la cocina. Todo cuanto se veía del flaco era su mano empuñando el revólver. El resto de su cuerpo estaba enterrado bajo cajas de cartón y cascos de cerveza vacíos. Le pisé la muñeca, arrebatándole el arma, y telefoneé a la policía.

Había pasado un mes cuando Elaine sugirió que restaurásemos el apartamento de arriba y viviéramos allí en vez de ir y venir entre el restaurante y la ciudad. Yo rechacé la idea diciendo que era demasiado costosa, pero la verdad fue que no quise perder al inquilino existente...



# PARIENTES CONSANGUÍNEOS

*Donald Olson*

—Es una pérdida de tiempo, señor. Ella no vendrá.

—Está muy seguro de eso, ¿eh, Peters?

—Dicen que ella no ha abandonado esa casa desde el juicio.

Treviss cerró el sobre y se lo entregó al joven.

—Ella vendrá cuando haya leído lo que le he escrito aquí, Peters. Asegúrese de dárselo a *Miss Frayle* en persona, y espere la respuesta.

Treviss no dijo a su joven amigo y ayudante lo que había escrito en la invitación, y cuando Peters regresó, evidentemente atónito, le participó que a *Miss Frayle* le encantaría almorzar con él el jueves. Trevis siguió rehusándose a satisfacer la curiosidad de su amigo.

—Usted conoce mis métodos, Peters. Aplíquelos —fue todo cuanto dijo. Acto seguido, emulando a su ídolo literario, procedió a encender su pipa con su tabaco preferido y se acomodó para reflexionar sobre las facetas menos sensacionalistas pero más enigmáticas del asesinato *Cheverton*.

Para un hombre cuyo pasatiempo favorito era aclarar los crímenes aparentemente irresolubles, Treviss tenía una singular aversión a los laboriosos mecanismos de la jurisprudencia criminal. Él disfrutaba leyendo las transcripciones de los juicios y las reseñas periodísticas sobre ellos, pero no le agradaba asistir a su desarrollo, le impacientaban las inacabables preguntas y los interrogatorios de los testigos, le aburrían esas impropiedades que abogados y fiscales se afanaban por analizar para alcanzar unos fines sin objeto. En consecuencia, él no había visto a *Lizzie Frayle* en persona hasta que Peters fue a buscarla el jueves convenido. Cuando ella se apeó del coche, Treviss encontró en su apariencia muy poco que le recordara las espantosas fotografías que adornaban las primeras planas durante el curso de su proceso.

Aunque ella hubiera optado por llevar una indumentaria tan gris como la que luciera en la sala del tribunal, o quizá fuese incluso la misma, había hecho una concesión por la libertad y la victoria con un ridículo y vaporoso sombrero rosa repleto de violetas blancas.

Treviss la estaba esperando en el jardín, y cuando Peters la acompañaba por el sendero, hacia mitad de camino, ella se detuvo en seco y dio un leve chillido de alegría.

—¡Qué fragancia tan celestial! ¡Adoro las rosas!

Treviss avanzó para saludarla y presentarse, luego la condujo hasta un banco de piedra junto a un macizo de alhelíes y malvarrosa.

—Cuando yo era terriblemente joven acostumbraba a escribir verdaderos montones de papeles con los más espantosos versos —confesó ella levantando la cara

al sol—. Por fortuna, tan sólo recuerdo una línea. Algo acerca de las lilas, unas flores que también me encantan. «¿Es terrena o celestial su fragancia?». Fra-gan-cia. Verdaderamente genial, me dije. Tal vez yo lo plagiera de Christina Rosetti, no lo sé. Suena un poco como a Christina Rosetti, ¿no cree usted?

—«Cuando yo haya muerto, amado mío, no entones tristes canciones por mí». Esto es todo cuanto recuerdo de Christina Rosetti —confesó a su vez Treviss.

—En realidad, eso es todo cuanto se debe recordar.

Entretanto, Peters había desaparecido dentro de la casa para dar los toques finales al almuerzo mientras Treviss charlaba con Lizzie Frayle de temas tan insustanciales como los que un par de desconocidos pudieran mantener, y lamentaba, paulatina pero firmemente, el impulso que le indujera a invitarla para almorzar. Infligirle el dolor que sin duda iría emparejado con sus acusaciones, si él se decidiera a formularlas, no parecería sino un desvergonzado egotismo. Durante un rato, él consideró seriamente la conveniencia de abandonar todo el plan, limitándose a darle su almuerzo, más un ramo de espléndidas rosas, y enviarla de vuelta a la destartalada y sombría mansión en donde ella había estado viviendo hasta su arresto y adónde regresara después de haber sido absuelta. De hecho, él llegó al extremo de evitar todo comentario sobre el móvil de su invitación, decidiendo dejar el curso de los acontecimientos en manos de su invitada. Si ella pretendiese que no había ningún motivo oculto en que le hubiese pedido que fuera, lo mejor sería dejarle hacer.

No obstante, él sintió gran alivio cuando su invitada le miró cara a cara y dijo:

—Su invitación ha sido formulada de una manera tan curiosa, Mr. Treviss, que me he visto obligada a aceptarla. Ésta es la primera vez que piso la calle.

—Reconozco mi afición a los rompecabezas, si bien no tengo ningún derecho a imponérsela a otros.

Detrás de las gafas ahumadas, el rostro femenino no reveló nada salvo una serenidad olímpica. Treviss calculó que la mujer tendría unos cincuenta años aunque pareciese mucho más joven.

—Por favor —dijo ella citando su nota— lea usted Génesis 4-15 y venga a almorzar el día diecisiete. Intrigante, por decir algo.

—Supongo que usted también echaría una ojeada a la referencia.

—Por descontado.

—¿Y no tuvo ningún significado para usted?

—Sólo el textual que resulta evidente. Mrs. Potts la leyó. No significó nada para ella.

—Se trata del ama de llaves, según tengo entendido.

—Y mi amiga. Dijo que debo prepararme a recibir otros comunicados semejantes. La circunstancia de que el jurado me absolviera no significa que yo sea inocente a los ojos de la gente. Ella me aconsejó que lo ignorase.

—¿Y por qué no lo hizo?

—Ya se lo he dicho, estaba intrigada. Y además, he oído hablar de usted.

—¿Sobre mi reputación de amante de los rompecabezas?

—Rompecabezas de asesinatos —observó ella sin rebozo—. Y no arriesgo nada viniendo aquí. Sé todo lo relativo a la imposibilidad de procesar dos veces a una persona por el mismo delito.

Treviss se resignó ante la adversidad, y tuvo que llevar adelante su propósito.

—Hábleme de Mrs. Cheverton.

—¿Estoy obligada a hacerlo? Era una institución pública.

—No me refiero a la Mrs. Cheverton pública.

Lizzie Frayle lanzó una agradable carcajada, juvenil y musical.

—¿*Mi* Mrs. Cheverton? ¡Oh, bien!, aunque la opinión de una parienta sobre respecto a su benefactora tiene que ser parcial.

—Por lo que se desprendió del juicio, lo era todo menos su benefactora. Dígame, ¿la odiaba usted?

—De entrada, no. Al principio, me desagradó tan sólo. Me desagradó por lo que era: vanidosa, superficial, estúpida y despiadada. No se puede odiar a semejantes personas. Sólo cabe despreciarlas.

—¿También cataloga así a Mr. Cheverton?

—¡Oh, no! Tío Charles era irreflexivo, pero eso se debía a que estaba muy atareado pensando en otras personas. Él era todo actividad. Sus riquezas constituían lo único importante en su vida. Adquirir sin cesar resultaba primordial para él. Tenía una noción rudimentaria de la responsabilidad familiar. Me acogió en su hogar cuando era una niña porque yo pertenecía a la familia y no porque le inspirara un sentimiento de afecto. Ella se preocupó todavía menos de mí. Podía ser muy cruel y despiadada. Sí, yo podría haber contado algunas cosas bastante acongojantes ante aquel tribunal, pero mi abogado no me lo permitió. No quería que el jurado pudiera hacerse a la idea de que yo albergaba un resentimiento homicida contra la anciana señora.

—¿Por qué le desagradaba usted?

—Yo no he dicho tal cosa. Ella estaba resentida contra mí. Era un ser humano estúpido e inútil, y ella lo sabía. Pese a todos sus privilegios y su opulencia, no servía para nada. Si hubiese perdido todo su dinero, habría sido una persona desvalida. Yo no. Tuve que aprender a depender de mis propios recursos. Ella no podía soportar la idea de que yo *no la necesitara*. Había decidido marcharme tras el fallecimiento del tío Charles. Ella no quiso *oír* hablar de ello. Me suplicó que no lo hiciera. Lloró muchísimo, a su estilo de niña mimada y egoísta, y fue entonces cuando sufrió su primer ataque cardíaco. Todo eso salió a relucir durante el proceso. ¿No le aburrirá escucharlo de nuevo?

—Lo estoy oyendo de sus propios labios. Lo cual es muy diferente.

Treviss no le pidió que describiera los años pasados en aquel hogar tan suntuoso y soporífero, él podía imaginárselos: la anciana señora haciéndose cada vez más vieja e insoportable, más rencorosa y exigente, representando el papel de una cuasiinválida

para disculpar todo con un egoísmo desmedido.

—Ella redactó un testamento dejándoselo todo a usted, salvo unos legados para los dos sirvientes.

—Sí. Por supuesto, el ministerio fiscal hizo cuanto pudo al respecto de eso. Intentó presentarlo como si yo la hubiese coaccionado mediante mi amenaza de abandonarla para que testara en mi favor. Fue, justamente, todo lo contrario, como ya lo expliqué. Ella hizo ese testamento para inducirme a permanecer allí. Cuando insistí en marcharme a pesar de todo, ella dijo que podía llevarme a Potts y Bensen conmigo, pues pensaba cerrar la casa e ir a una residencia. Mrs. Potts y Mr. Bensen son dos seres entrañables y ya no tienen nada de jóvenes. Por eso me quedé.

—¿Y cuándo contrató Mrs. Cheverton a Gerald Hopkins?

—Poco después de sufrir su segundo ataque. Ella sabía que no le quedaba mucho tiempo de vida. Su carácter se volvió decididamente malévolos. Fue por entonces cuando empezó a hablar de parientes consanguíneos. Aquello se convirtió en una obsesión. Manifestaba una vez y otra que no era justo dejar todas sus propiedades a personas que no fuesen parientes directos.

—Lo malo fue que ella no tenía ninguno, ¿verdad?

—Por lo menos nadie que ella supiese. Y eso no la satisfizo ni pizca. Hizo que su abogado contratara a un tal Mr. Hopkins, un genealogista de Boston, para que sacudiera el árbol genealógico familiar con la esperanza de que hiciera caer a algún pariente consanguíneo.

A Treviss le divirtió aquella forma de exponerlo. Le gustó la menuda *Miss Lizzie* y esperó poder evitar un enfrentamiento final. ¡Al diablo con su vanidad y su curiosidad! Dejemos que la pobre criatura guarde el secreto, si tal era su deseo.

—Y cayó uno —apuntó él.

—Uno muy corrupto, y este calificativo es pura caridad. Mr. Hopkins aseguró haber encontrado una oveja negra en el redil familiar, un desertor del Ejército continental que había cambiado de nombre pero cuyos descendientes eran parientes consanguíneos lejanos de tía Thelma. Mr. Hopkins extrajo ese elemento Sherwood de Nueva Orleans y alegó que el hombre era uno de esos parientes.

Treviss encontró que esa historia resultaba muy interesante.

—En el proceso, usted no cuestionó la autenticidad de ese alegato. ¿O me ha pasado algo inadvertido?

—No, no lo hice. Yo no tenía pruebas para ponerlo en entredicho; sólo instinto. Las personas como yo confían mucho en el instinto, Mr. Treviss. Desde el primer instante sospeché connivencia entre Mr. Hopkins y ese Sherwood. Ahora eso importa poco, claro. Él se marchó por donde había venido.

—Pero, al parecer, Mrs. Cheverton no compartía sus dudas.

—No estoy tan segura de eso. Además, no creo que eso le hubiera importado de una forma u otra. Ella experimentaba un placer diabólico colocándolo delante de nuestras narices.

—Pero antes de que pudiera cambiar su testamento en favor de ese sujeto, fue asesinada.

A aquellas alturas, Treviss había decidido ya que Lizzie Frayle era una mujer muy notable. Él había esperado que adoptara una actitud astuta y defensiva; pero ella no hizo tal cosa. Treviss pensó que quizás intentara ganarse su simpatía y, de resultas, su desprecio; pero al no hacerlo así, ella se había ganado su admiración. Aquella mujer pareció tener todas las ventajas a su favor, incluso disfrutando del grato ambiente con más sutileza que el propio Treviss, como si las diversas fragancias del jardín y la caricia del sol en sus pálidas mejillas fueran para ella mucho más exquisitas de lo que Treviss jamás pudiera percibir, o incluso imaginar.

—Sí —convino ella—. Y ya ve, ahí estriba lo que resultó tan irónico acerca del caso.

—Usted se refiere a sus extraordinarias medidas de seguridad.

Miss Frayle asintió.

—Siempre había sido una miedosa terrible. La asustaba su propia sombra. Pero cuando el tío Charles falleció, fue peor todavía, se convirtió en una auténtica paranoica al respecto. Hizo poner dos cerraduras en todas las puertas, por fuera y por dentro. Quienquiera que ocupase una habitación conservaba una llave y Bensen era el encargado de guardar la otra. Si hubiese habido un incendio, me imagino que nos habríamos asado en nuestras camas. Desde luego, el sistema de intercomunicación era muy sofisticado. Si sucedía algo en plena noche, siempre podíamos llamar a Bensen. Cada noche, a las once en punto, tenía lugar el mismo ritual. Ella se encerraba con llave en sus habitaciones por el interior, y Bensen la encerraba desde el exterior. Dos cerraduras independientes.

—¿Y usted ocupaba la misma *suite* que Mrs. Cheverton?

—Sí, durante el año pasado. Si ella necesitaba algo a cualquier hora de la noche, podía despertarme porque yo estaba en la habitación contigua. ¡Y no piense que no lo hacía!

—Según me pareció entender, ella ocupaba el dormitorio grande, en el que disponía de cuarto de baño y un pequeño vestidor. La habitación de usted estaba al otro lado del vestidor. Y la *suite* quedó cerrada con llave por Bensen y Mrs. Cheverton la noche en que ella murió.

—Exactamente. Yo fui la única persona que pudo acercarse a ella aquella noche después de las once. —Miss Frayle le procuró esa afirmación autoacusadora, no con actitud desafiante, sino como un reto humorístico para poner a prueba sus facultades de deducción.

—Con todas esas cerraduras sería como vivir en un presidio, ¿verdad?

—Nada más cierto —suspiró ella afirmando con la cabeza—. Por eso, el ir a la cárcel no fue, en realidad, una experiencia traumática para mí. Resultó bastante malo pero no intolerable.

Treviss pudo imaginar a Lizzie Frayle reaccionando ante cualquier crisis de su

vida con esas mismas palabras: bastante malo, pero no intolerable.

—Ahora, cuénteme, por favor, lo ocurrido durante aquella mañana cuando..., la mañana en que fue hallada muerta.

Ella se echó hacia atrás con el sol bañándole la cara todavía.

—Me desperté a la hora usual..., o quizás un poco más tarde porque, de ordinario, tía Thelma era quien me avisaba. Ella detestaba la noche y siempre se alegraba al ver salir el sol. Aquella mañana, no me despertó. Todavía tumbada en la cama, me pregunté si habría ocurrido algo anómalo, y esperé unos minutos a oír su voz quejumbrosa, exigente en cualquier momento. El silencio resultaba extraño y, al cabo de un rato, inquietante. La llamé como si tuviese el presentimiento de que algo no marchaba bien. No hubo respuesta. Entré en su dormitorio. Escuché, pretendiendo creer que oía su respiración. Pero no fue así. Me acerqué al borde de la cama. Seguí sin oír nada. Ni el menor sonido. Puse mi mano sobre su pecho. Su corazón no latía.

Aquello fue una recapitulación casi literal de su testimonio ante el tribunal, una declaración que había sobrecogido a todos los espectadores.

—Entonces, me dirigí hacia el intercomunicador y llamé a Bensen. Le dije que algo muy malo estaba ocurriendo con tía Thelma. Él y Mrs. Potts subieron al instante. La pobre Mrs. Potts gritó cuando vio las marcas en el cuello de tía Thelma. Bensen telefoneó a la policía.

Treviss no estimó necesario preguntarle por el resto de la historia porque ya la conocía demasiado bien. La policía había determinado, debido a las tres marcas circulares que rodeaban la garganta de la víctima, que la anciana señora había sido estrangulada, concretamente le habían dado garrote con una cuerda o un cable que medía un metro de largo por lo menos y sesenta milímetros de diámetro, y el cual no había sido hallado. Bensen había jurado que él cerró la puerta a la hora acostumbrada la noche anterior y que no volvió a abrirla hasta que *Miss Frayle* le llamó por el teléfono interior a las diez de la mañana siguiente. Todas las ventanas tenían el pestillo echado y habría sido virtualmente imposible para cualquiera encaramarse por la pared exterior.

El caso contra *Lizzie Frayle* resultó abrumador y, sin embargo, la prueba esencial de la acusación, el arma homicida, faltó. Un registro exhaustivo de la *suite* no permitió dar con nada que hubiese podido servir de garrote. También *Miss Frayle* fue cacheada y, por si ésta pudiese haber abierto una ventana con el fin de arrojar el arma, se examinó el terreno inmediato a la casa palmo a palmo. Incluso las cañerías del baño fueron revisadas, así como la fosa séptica pensando que se pudiera haber hecho desaparecer el arma homicida por el retrete. Nunca fue encontrada.

Esa circunstancia, más la capacidad del fiscal para probar categóricamente que un intruso no podría haber escalado la pared y entrar por una de las ventanas, dejó al jurado con una duda bastante razonable para absolver a *Lizzie Frayle* de la acusación de homicidio.

Treviss levantó la vista y, como viera a Peters haciendo señas desde la puerta,

ofreció el brazo a *Miss Frayle* y ambos fueron a almorzar. Prosiguiendo su debate en la mesa, él aseguró a su invitada que se había pasado largo tiempo analizando el catálogo de los diversos objetos encontrados en la *suite*.

—Algunos de ellos, en particular, me llamaron la atención. Unas pinzas de ropa, por ejemplo, un frasco de glicerina y una aguja de hacer media.

—Caramba —dijo *Miss Frayle* riendo entre dientes—, no me explico por qué encontré esos objetos tan notables.

—¡Ah, claro!, vistos por separado, no lo son, supongo. Es la combinación de todos ellos, ¿comprende? Desde luego, la glicerina podría haber sido utilizada con fines cosméticos.

—Lo fue, Mr. Treviss. Siempre uso glicerina y agua de rosas para las manos y la cara.

—¿Y la pinza de ropa?

—La explicación resulta evidente, ¿no? Aunque usted sea soltero, sin duda sabrá que las mujeres solemos lavar cosas en el cuarto de baño y colgarlas allí a secar.

—¿Y la aguja de hacer media?

—¡Cáspita! ¿No pretenderá usted sugerir que tía *Thelma* no fue estrangulada después de todo sino apuñalada fatalmente con una aguja de media?

—No, ni mucho menos. Pero me pareció curioso que se encontrara *una* sola.

—Eso es fácil de explicar. No hay ni una modalidad de labor que yo no sepa hacer, Mr. Treviss. Solía tejer muchísimas cosas. Pero no en estos últimos tiempos. De hecho, no desde hace años. Supongo que la otra aguja se extraviaría, ni más ni menos.

Treviss no insistió sobre ese punto ni lo sacó más a colocación hasta que terminaron de comer. Fue entonces cuando él comentó que tenía un par de cosas y creía que ambas podrían interesarle.

—Estuve en la subasta, ¿sabe? Su almoneda de los enseres *Cheverton* fue todo un acontecimiento.

Ella convino con él en que así había sido.

—Todo el mundo decía que el gusto de tía *Thelma* era abominable. Supongo que sí. Pero la notoriedad revalorizó esas piezas, incluso las piezas más detestables.

—Pasemos a la sala. Le enseñaré lo que he comprado.

—Espero que no se le haya timado —dijo ellas mientras apoyaba la mano en el brazo de Treviss.

—¡Ah, en absoluto! Aquí tiene usted uno de los objetos que compré. Un cortapapeles muy antiguo de bronce. —Diciendo esto se lo puso en la mano.

*Miss Frayle* lo sostuvo unos instantes y se lo devolvió.

—Sí, es una verdadera antigüedad. Estaba en el estudio del tío *Charles*.

—Y aquí hay una bonita pieza, de principios de la época victoriana.

Ella pasó la mano por el costado de la butaca de arce. Su expresión no cambió.

—Apruebo ambas compras —dijo—. Antaño había un juego de butacas como

ésta, pero tía Thelma confundía siempre la sencillez con la ordinariez. Ella era ciega a su encanto, si me perdona la expresión. Y despachó todas menos ésta, que relegó a mi habitación.

—Debo mantenerme ojo avizor. Quizá pueda conseguir todo el juego. El asiento ha sido restaurado pero, si he de dar crédito al subastador, esta silla debe de tener por lo menos ciento treinta y cinco años de antigüedad.

—Sí, creo que sí —asintió *Miss Frayle* vagamente.

Treviss hizo una pausa esperando que ella se sintiera inducida a revelar de buen grado lo que debía saber él; pero *Miss Frayle* guardó silencio. Entonces, la cogió de la mano.

—Verdaderamente, *Miss Frayle*, debo decirle que usted es, sin duda, una de las mujeres más extraordinarias que he conocido.

—Y usted es un hombre extraordinario, señor Treviss —aceptó ella el cumplido sin envanecerse—. Yo esperaba cualquier cosa de usted excepto el halago.

—Si no le parezco impertinente, me gustaría hacerle una pregunta muy personal.

—Por supuesto.

—¿Ha sido usted ciega siempre?

—Sí, de nacimiento.

—Entonces, es más extraordinaria de lo que me figuraba.

—Gracias, querido Mr. Treviss. Pero no permita que la admiración le lleve hasta el extremo de perder su aplomo. Y presiento que está a punto de hacerlo.

—Tiene razón. Lo estoy.

—Eso sería muy descortés por su parte. Usted me atrajo hasta aquí con un rompecabezas sumamente provocativo. No debe permitirme salir sin la solución.

Treviss comprendió que ella estaba jugando con él, incitándole a hacer, justamente, lo que quería evitar. Bien, no la privaría de su diversión. Se la había ganado.

—El hacer asientos de rejilla es un trabajo artesanal que muchas personas invidentes practican, ¿no es cierto?

—Sí —dijo ella muy tranquila.

—Siendo usted tan proficiente en muchas otras cosas, no puedo creer que no sea también muy hábil para tejer el mimbre.

—No lo niego.

—¿Y usted tejió el asiento de esta pequeña butaca?

—Lo hice.

—¿Cuándo?

—Un mes o así antes de que muriera tía Thelma —repuso con un encogimiento de hombros.

—¿Todo el asiento?

—No entiendo esa pregunta.

—Estoy seguro de que sí —contestó él con una sonrisa en la voz—. Pero



permítame exponer mi hipótesis. Digamos, por mor de la argumentación, que, usted deseaba asesinar a Mrs. Cheverton pero que, en realidad, no sabía cómo hacerlo. Entonces, un día, ella le dio una pequeña butaca sin asiento y usted decidió tejérselo. Procuró tener en su habitación el número exacto de tiras de mimbre necesarias para hacerlo. Por experiencia, usted sabía cuántas tiras necesitaría. Supongamos que procedió a tejer ese asiento utilizando el método de las siete pasadas —como ve, también yo hago labor de punto—, pero omitiendo, adrede, la sexta pasada, o sea, la segunda diagonal, y la séptima, el enlace alrededor del borde. Una vez que el asiento estuvo tejido, sólo una persona entre cien sería lo bastante observadora para percibir que el diseño de la trama estaba inacabado. Supongamos que usted ocultó la última tira en su habitación durante un mes o así, hasta la noche prevista para asesinar a Mrs. Cheverton. Cuando la *suite* fue cerrada con llave para toda la noche y la anciana señora dormía ya, sigamos suponiendo que usted enrolló esa tira de mimbre para poder meterla en el lavabo sujetando los dos extremos con una pinza de tender ropa y así poder empaparla con una solución de agua caliente y glicerina que le diese flexibilidad. Así es como lo hizo, ¿verdad? Cuando estuvo lo bastante flexible, vamos a seguir suponiendo que usted marchó sigilosa al dormitorio de Mrs. Cheverton, le pasó el consistente mimbre alrededor del cuello y la estranguló. Supongamos también que usted retiró el mimbre luego y que, con toda serenidad, procedió a tejerlo en el lugar del asiento que le correspondía para terminar el trabajo con el remate usual. Para lo cual utilizaría, por supuesto, el utensilio adecuado, una aguja de hacer punto. Estoy seguro de que nadie, ni siquiera Mrs. Potts, notaría la menor diferencia entre el aspecto de ese asiento en la mañana del asesinato y el aspecto del mismo el día anterior. Ni habría muchas probabilidades de que incluso el policía más imaginativo del mundo adivinara que en aquel asiento de butaca, ante sus propios ojos, estaba el garrote objeto de tanta búsqueda.

Ni el temblor de una sonrisa, ni la más leve sombra de inquietud, alteró el rostro de Lizzie Frayle mientras él hablaba; y cuando concluyó la aclaración, ella se limitó a exhalar un leve suspiro con aire caviloso.

—Si eso fuese verídico —dijo después—, usted tendría toda la razón, por supuesto, acerca de que muy pocos percibirían la diferencia en el dibujo del asiento. Muchas personas, con una vista normal, no se molestan en utilizar sus ojos. ¿No le parece muy triste? Realmente, no saben lo que se están perdiendo.

Él comprendió entonces que *Miss Frayle* no estaba dispuesta a confesar nada, y eso le alegró.

Cuando salieron de la casa, él le entregó un inmenso ramo de rosas rojas poco antes de que Peters la ayudara a subir al coche.

—Gracias, Mr. Treviss. No podría haberme hecho usted un obsequio más bello. Y gracias también por su delicioso almuerzo..., y por su fascinante teoría.

—¿Eso es todo lo que le parece, querida? ¿Una teoría? —inquirió sin poderlo evitar.

Ella se limitó a reír.

—A menos que pueda ser probada, está condenada a seguir siendo una teoría.  
¿No lo cree así?

Él no insistió.

—Usted se marchará lejos muy pronto, supongo.

—Sí. He cedido la casa a una Fundación que ayuda a los ciegos. Se convertirá en escuela y centro de adiestramiento para enseñarles nuevos oficios.

—¿Y qué será de Mrs. Potts y de Bensen?

—¡Oh! Ya me he asegurado de que se les provea con generosidad.

—Muy gentil por su parte.

—En absoluto. Potts, Bensen y yo hemos convivido durante un cuarto de siglo compartiendo muchas cosas. Estamos más unidos que si fuéramos parientes consanguíneos.

Treviss vio partir el coche; luego, volvió a su banco en el jardín para reflexionar sobre la visita. Y allí se encontraba todavía cuando Peters volvió.

—Así que ella no admitió nada, ¿eh? —dijo el joven.

—Nada.

—¿No le dijo que usted *podía* probar su teoría?

—Me proponía hacerlo pero cambié de parecer.

La prueba a la que Peters aludía era una minúscula mancha de sangre que Treviss encontró durante su investigación en la cara inferior de la tira de mimbre, concretamente en la segunda diagonal. Si la policía la hubiese descubierto, el caso contra Lizzie Frayle podría haber tenido un desenlace muy distinto. Pero, esa vez, la policía había sido tan ciega como la misma asesina.

Ahora bien, ¿era ella una asesina?

¿Tendría algún significado especial aquella observación de que ella, Potts y Bensen estaban más estrechamente unidos que unos parientes consanguíneos?

Peter se encaró con él y esbozó una sonrisa casi adusta.

—Ahora, dígame, por favor, ¿qué escribió usted en aquella invitación para poder estar tan seguro de que ella vendría?

—Pues aconsejarle que leyera el Génesis, capítulo 4, versículo 15: *Le respondió Yahvéh: No será así; pues si alguno mata a Caín, Caín será vengado siete veces. Yahvéh puso sobre Caín una señal, para que no lo matara quienquiera que lo hallase.*

Treviss sonrió mientras acariciaba la pelusa de un capullo de malvarrosa.

—Ahora, dígame una cosa, Peters. Si usted hubiese estrangulado a alguien tal como estoy seguro de que Mrs. Cheverton fue estrangulada, ¿no le trastornaría un poco que alguien hiciese referencia a la *marca de Caín*?

# UNA SELECCIÓN DE TESTIGOS

*Henry Slesar*

Gordon conocía aquel leve y glacial silbido en el vestíbulo, sabía que después seguiría una discreta llamada de nudillos. Podía imaginarse el rostro granuloso, de larga mandíbula, bajo el sombrero de copa achatada, la sonrisa amarillenta, y los ojos azulados, desvaídos, de hombre viejo, tras las gafas de concha. «Kellerman, eres feo —pensó Gordon—, feo y depravado, y yo te aborrezco». Pero era más fácil hurgar en el bolsillo, extraer los cuarenta que Kellerman le exigía (era todo cuanto pedía ese considerado y caritativo chantajista), ponerlos en su blancuzca y arrugada mano y dar el asunto por terminado hasta el siguiente mes.

El pago de la extorsión se había convertido en un gasto más de la vida cotidiana como el alquiler, la factura de la electricidad o la cuota del club de Pamela. Él no había ocultado la existencia de Kellerman a su esposa. Para ella, Kellerman era otro de los proveedores; Pam no tenía ni idea de los servicios que rendiría, ella no prestaba atención al tedioso mundo de las finanzas. Su propio mundo consistía en visitar exposiciones de arte, adherirse a los clubes de lectores, llevar a sus hijos al parque y seguir cursos nocturnos de historia política. Gordon la quería mucho. El pensar que Kellerman pudiera contarle aquella sucia historia, mostrándole las fotografías de él y aquella chica, le ponía la carne de gallina y un tic se desataba en la comisura de su ojo derecho.

Pero Kellerman no contaría tal cosa, por supuesto. No estaba interesado en desbaratar los matrimonios idílicos. Como el buen chantajista profesional que era, Kellerman tenía un código de ética. Si cobraba, su silencio estaba asegurado. Gordon podría haber seguido pagando sus cuarenta dólares meses y meses si no hubiese sido por la inflación.

—Es la inflación —dijo Kellerman un día olvidando dirigirle su habitual sonrisa amarillenta a Gordon. El sombrero de copa baja, con su grasienta banda, quedó estrujado entre las pastosas manos—. Sólo un aumento de diez dólares, Mr. Brinton. Todos los precios están subiendo. —Mostró tanta humildad que podría haber sido un empleado solicitando aumento de sueldo.

- ¡Está bien! —gruñó Gordon arrancando otros diez del rollo—. ¿Qué más se le ofrece?

—¡Bah! —exclamó Kellerman—, no se lo tome así. —Se mostró jocoso una vez más.

Después de que la puerta se cerrase tras él, Gordon pudo oír todavía su seco silbido alejándose escaleras abajo.

Algunas semanas después, Gordon cogió a *Lockjaw*, su bull terrier, para dar un paseo nocturno por el parque. Pam se había ido a Washington Irving para matricularse en otro cursillo de adultos. Él se dio cuenta de que un hombre lo observaba y estuvo seguro de que ese interés era más que casual.

Y acertó. El hombre se le aproximó y le interpeló a borbotones, tartamudeando.

- ¡Más despacio, más despacio! —le interrumpió Gordon—. No entiendo una palabra.

El hombre se sonrojó.

—Me gustaría hablar con usted acerca de Ed Kellerman —dijo sin atropellarse.

El escuchar aquel nombre en labios de un desconocido fue para Gordon como si un cubo de hielo le rodara por la espalda. Estudió el pálido y juvenil rostro de su interlocutor, observando sus ojos hinchados y sus labios blancos y apretados. Era un rostro moldeado por la ansiedad.

—No conozco a nadie llamado Kellerman —repuso Gordon.

—Quizá sea preferible que nos sentemos y charlemos. Bonito perro lleva usted.

Encontraron un banco vacío, y el hombre dijo llamarse Dave Bliss. También conocía a Gordon por su nombre, sabía dónde vivía y que tenía esposa y dos hijos. Y a Kellerman.

—No le preguntaré por qué lo tiene enganchado —dijo Dave Bliss poniéndose un cigarrillo en la boca para sacarlo y meterlo nervioso—. Me figuro que usted hará lo mismo conmigo. Ahora bien, ¿le importaría decirme cuánto le paga? Él me birla cincuenta cada mes.

—Lo mismo —respondió Gordon con voz enronquecida—. Hasta hace muy poco, eran cuarenta.

—Sí —murmuró Bliss—. Fue entonces cuando decidí seguir a Kellerman y ver qué podía averiguar sobre él. No sé lo que hace usted, pero yo trabajo para la Oficina de Correos y esos cincuenta pavos hacen bastante pupa.

—Yo soy vendedor —dijo Gordon—. Trabajo a comisión, sin sueldo. Y algunos meses me muero de hambre.

—Y quién sabe lo que pasará si Kellerman empieza a sentirse codicioso.

—Entonces, ¿usted le siguió? ¿Y qué averiguó?

*Lockjaw* empezó a ladrar sin el menor fundamento y Gordon le dio un papirotazo en el morro.

—He averiguado que tiene una gran clientela —sonrió Bliss—. Le seguí en su recorrido por diez o quince direcciones de la ciudad. Él no lleva ninguna lista, todo está en su piojosa cabeza, nombre y señas.

—Eso quiere decir que no estamos solos —masculló Gordon.

—No —repuso Bliss—. Y es lo que importa. No estamos solos. Por eso mi idea me parece excelente. Un trozo de basura como Kellerman no merece vivir.

Olvidemos el dinero y pensemos sólo en lo que ese hombre *hace* a la gente. Me pudro por dentro.

—¿Y de qué se trata? —inquirió Gordon.

El hombre tiró su cigarrillo. *Lockjaw* olfateó la colilla encendida, y Bliss lo apartó mientras le daba unas palmadas en la entrecana cabeza.

—¡Vamos a matarle! —estalló el otro—. He ahí la idea.

—¿Está usted loco? El asesinato es peor que el chantaje.

—Asesinato no es la palabra exacta. Nosotros vamos a remediar un error humano, sólo se trata de eso.

—Olvédelo —dijo Gordon—. Bórrelo de su mente. Me comportaré como si no hubiese oído nada.

Bliss encendió otro cigarrillo y pareció más relajado.

—Todos se mostraron muy escrupulosos al principio. Pero cuando les expliqué el asunto, se avinieron con el proyecto.

—¿Todos? ¿Qué quiere decir?

—Las personas anotadas en la lista de Kellerman. He visto a doce de ellas; usted es uno de los últimos. Cuando les expliqué la infalibilidad del plan, lo fácil que éste resultaría, todos estuvieron conformes. Ya ve usted, eso que llaman conciencia no le remorderá si recuerda lo que Kellerman es. Lo único que deberemos evitar será que nos descubran. Mi idea ata ese cabo suelto.

—Eso es lo que piensan todos los criminales —adujo Gordon.

—No se trata de ningún crimen —prosiguió Bliss—. Y la policía no detendrá a nadie porque ni siquiera será un homicidio, sino un accidente. Si alguien se encontrase en dificultades, ese alguien sería yo. Sólo yo. Mataré a Kellerman con mi coche, cuando haga su ronda una de estas noches. Ya he estudiado la hora y el lugar: poco antes de medianoche, en Carol Street.

—Ya veo —murmuró Gordon—. Un accidente.

—Exacto —dijo Bliss—. Ahora, ya conoce el favor que voy a hacerle.

—¿Y cree usted que el Cuerpo de Policía está formado por un montón de lerdos? Me parece que ha leído demasiadas noveluchas. ¿No sabe que los asesinos acaban siempre entre rejas? ¿Incluso cuando llaman accidente a su delito?

—Esto es diferente, por los testigos —replicó Bliss.

—¿Cómo?

—Yo tendré testigos —dijo Bliss—. Un montón de ellos, todos ajenos al asunto. Nada los relacionará entre sí, no habrá ningún interés personal en ellos. Y todos contarán, exactamente, la misma historia, lo que vieron, la culpa de recibir el golpe de mi coche era de Kellerman.

Gordon se levantó.

—No me cuente nada más. Ya me ha dicho demasiado.

—No —arguyó Bliss—. Debe comprender algo: usted forma parte de esto como todos los demás. ¿Es que no ve la belleza que hay en ello? Seguridad en el número.

Ciudadanos fiables, todos ellos testificando lo mismo. Y quiero decir *fiables* de verdad. Tendría usted que ver quiénes son algunas de las víctimas de Kellerman. Uno exprofesor de universidad, dos son médicos. Hay cuatro amas de casa, un barman, un par de hombres de negocios, varios asalariados como yo. Todos están conmigo, Brinton, cada uno de ellos.

—¿Y son necesarios tantos testigos para un accidente?

—No los necesitaremos a todos. Ellos no quieren ser interrogados por la policía, pero estarán allí, por si acaso. Y queremos que usted se encuentre también allí, Brinton.

—Usted está realmente loco —dijo Gordon—. Usted y todos los demás. Yo no tomaré parte en eso. Aborrezco a Kellerman, mas eso no significa que vaya a matarle.

—Ya le he dicho...

—El asesinato es siempre asesinato —dijo Gordon tajante—. No obstante, quizá la idea de actuar todos juntos resulte útil. Si fuésemos a la policía, tal vez encontrasen algún medio para tratar con él como se merece.

—¿Y hacer que Kellerman divulgue..., todo cuanto sabe? No, gracias, compadre. Mi sistema es mejor.

—Su sistema apesta —repuso Gordon—. No lo haga, se lo advierto. —Y aferrando la correa de *Lockjaw* gritó—: Vámonos, estúpida bestia. ¡Adelante! —Acto seguido, emprendió la marcha.

—Brinton —le llamó Bliss desde el banco—, ¿y qué pasará si lo hago?

Pero Gordon siguió su camino. Sólo el perro miró hacia atrás.

El jueves por la noche, el teléfono sonó. Pam lo cogió y tuvo dificultades para entender el nombre del comunicante. Por fin, se encogió de hombros.

—Es para ti —dijo a Gordon—. Un tal Debliss creo que ha dicho.

—Lo cogeré en el dormitorio.

—Hola, Brinton. ¿Me recuerda? —Sonó la voz de Bliss.

—Sí, lo recuerdo.

—¿Estará usted ocupado mañana noche?

—¿Qué quiere decir ocupado?

—Unos cuantos de la partida se reunirán mañana noche.

En la esquina de Carol Street y la Novena Avenida, alrededor de las once y media. ¿Le apetece venir? Quizá vea algo interesante.

—No puedo seguir adelante con ello —repuso Gordon con voz tensa.

—Todos nosotros estamos juntos en esto —contestó Bliss—. Quizás usted no tenga que hacer nada. Pero la seguridad está en el número, ¿sabe?

—Nadie se sale con la suya en un asunto semejante. Le doy mi palabra.

—Todo irá bien si nos mantenemos unidos —dijo Bliss—. Todos nosotros.

—¡Yo no! —replicó Gordon encolerizado—. ¡Jamás! —Y colgó con violencia para subrayar su punto de vista.

El día de cobro era el sábado, pero el silbido glacial de Kellerman no se dejó oír

en el vestíbulo. Gordon empezó a pasear por la alfombra de la sala. ¿Por qué no acudiría Kellerman? Gordon se preguntó si el hombre sabría ya la respuesta. Mantuvo la mano sobre los cincuenta dólares, en el bolsillo. Los billetes empezaban a humedecerse y reblandecerse.

Cuando la noche llegó, Gordon oyó pasos en la escalera y supo que se trataba de Pam volviendo de la inauguración de alguna galería de arte. Esperaba, ¿o no?, que ella se hubiese acordado de recoger el periódico a la salida del metro. Algunas veces lo hacía, y otras no.

—Hola, querido —saludó ella—. ¿Te dieron guerra los niños?

—Las escaramuzas usuales —contestó Gordon—. ¿Recordaste el periódico?

Ella lo había recordado.

—¡Mami! —gritó una voz angustiada desde el dormitorio—. ¡Susie le ha dado una patada a mi muñeca y la ha herido!

Gordon encontró la reseña en una página interior:

#### PEATÓN ATROPELLADO Y MUERTO POR UN AUTOMÓVIL

Un hombre identificado como Edward Kellerman, de

61 años, con domicilio en 18-11 Sudworth Street,

Queens, fue arrollado y muerto por un automóvil en la esquina de Carol Street y la Novena Avenida a medianoche. El conductor del vehículo, David Bliss, de Manhattan, fue puesto en libertad tras su interrogatorio. Cuatro testigos en el lugar de los hechos declararon que Kellerman se metió, prácticamente, debajo de las ruedas del automóvil cuando éste doblaba la esquina.

Gordon sintió una emoción extraña, triste. El por qué no le alegraba la muerte de un hombre a quien despreciaba era algo que fue incapaz de analizar. Recortó la reseña y la guardó en un cajón. No volvió a mirarla durante toda la semana, pero aquella noticia fue lo único que ocupó su pensamiento. Supo que era necesario ver a Dave Bliss de nuevo.

Encontró el nombre en la guía telefónica. Bliss se mostró remiso al principio, pero dijo que se entrevistaría con él al cabo de dos días. El lugar elegido para la cita fue un bar, el Yank's, en la Calle Doce.

El Yank's resultó ser un establecimiento del tipo familiar, próximo a la zona portuaria. Desde allí podían verse las chimeneas rojas y azules de algún transatlántico sobresaliendo de entre los tejados de los edificios.

Bliss lo estaba esperando fuera del bar, subiendo y bajando la cremallera de su cazadora. Su aspecto era mucho mejor que el de la noche de su primer encuentro. Más sereno.

Todavía no habían dado las siete. Sólo se veían tres o cuatro personas más en el local. Gordon y Bliss ocuparon unos taburetes en un extremo de la barra, y el barman les sirvió un par de cervezas.

—Supongo que leería usted el periódico, ¿no? —preguntó Bliss cuando el camarero se hubo alejado.

—Sí —dijo Gordon—. Lo leí.

—Es un alivio, ¿eh? Se acabaron los días de pago. Ha sido como un aumento de sueldo —sonrió Bliss—. He estado pagando a ese tipo durante tanto tiempo los cincuenta dólares que me parece como si me hubiese encontrado dinero en el bolsillo.

—¿Esos cuatro testigos que el periódico mencionaba eran todos...? —preguntó Gordon.

—Claro —le interrumpió Bliss—. ¿No le dije que era infalible? Los «polis» interrogaron a cuatro nada más, pero había bastantes de los otros rondando por los alrededores.

—Listos —dijo Gordon—. Todos ustedes son muy listos.

—Seguro. No se puede discutir con tantos testigos. Ya le dije que sería muy difícil.

—¿Y qué pasará si alguien decide hablar?

—Nadie lo hará. No hay ninguna razón para ello.

—Todos tienen conciencia, ¿o no?

—¿La tenía Kellerman?

—Kellerman no era un asesino.

—Era algo peor. ¡Mucho peor!

—Usted piensa que hay seguridad en el número —dijo Gordon—. También podría haber peligro en el número. Cuantas más personas conozcan esto, tanto...

—¡Hemos hecho un favor al mundo! —Saltó Bliss irritado—. ¿Es que no lo comprende?

—¡No! ¡Usted mató a un hombre! ¡Eso es todo lo que entiendo! ¡No podría dormir ni una noche más si tuviese esa carga en mi pensamiento!

—Escuche, compadre, si usted tiene esas ideas...

—¡No pierda el tiempo! ¡Las tengo! ¡Me rondan por la cabeza! ¡No he estado pensando en otra cosa durante toda esta semana!

—¡Usted ha perdido el juicio! ¡Nosotros le hemos prestado un gran servicio, hemos salvado su «pasta», su salud! ¿Sería capaz de denunciarnos a todos nosotros por eso?

—¡Yo no quería su ayuda! —replicó Gordon mientras las manos le temblaban de tal modo que hubo de enlazarlas y apretarlas contra las rodillas—. ¡Jamás le pedí que cometiera un asesinato por mí! ¡Y no puedo olvidarlo, no es nada fácil!

—Mentecato —refunfuñó Bliss—. ¡Ah, estúpido cabezota! —Luego gritó al camarero—: ¡Eh, Yank! ¡Ponnos otra cerveza!

El hombre se acercó al extremo del bar donde ellos se hallaban con una toalla



colgada de su peludo antebrazo. Miró a Bliss e inquirió:

—¿Apuros?

—Sí —dijo Bliss—. Pero podemos solucionarlo.

Gordon vio la boca del 45 apareciendo como por ensalmo de debajo de la toalla. Luego, echó una ojeada al rostro del barman y adivinó su terrible designio. Un instante después, el morro del arma se apoyaba contra su pecho. Gordon levantó ambas manos para apartarlo de sí. Con el rabillo del ojo, vio que Bliss saltaba de su taburete, y, entonces, el revólver se disparó. Lo hizo con tal estruendo que ahogó incluso su último pensamiento.

—¿Qué sucedió? —preguntó el agente—. ¿Cómo recibió este balazo?

—Caramba, Frank, pregúntaselo a ellos —dijo el barman—. ¿Te importa que tome un trago? Todavía estoy temblando.

—Adelante —dijo el agente—. ¿Y cómo se llama usted, Mr...?

—Walton. Trabajo en la Compañía Telefónica.

—¿Y usted es Mrs...?

—Chester —se apresuró a contestar el ama de casa.

—Y yo soy el doctor Adams —se presentó el anciano caballero—. Doctor Herbert Adams. Estoy en el Policlínico.

—Él se encontraba sentado junto a mí —explicó Dave Bliss—. Cuando sacó ese revólver, di un salto de dos metros hacia arriba.

—Atraco —dijo el barman—. Eso es lo que ocurrió. Yo no supe siquiera lo que estaba haciendo. Agarré el arma y forcejeé con él. Entonces, se disparó.

—Sí, así es como sucedió —terció Walton.

—Cierto —saltó a su vez el doctor Adams mientras los demás asentían con la cabeza.

La policía retiró el cuerpo al cabo de una hora, y, poco después, permitió que los testigos abandonaran el escenario de la tragedia para que cada cual siguiera su camino.

# UN MAL DE INVIERNO

*William Link y Richard Levinson*

Empezó a nevar por la mañana. A primeras horas de la tarde, las montañas circundantes se veían blancas, no azuladas.

Karl, sentado junto a la enorme ventruda estufa de su oficina, miró por la ventana. Estaba cansado y podía notar el temporal en sus articulaciones. Deseó poder dormir durante todo el invierno como un oso; para despertarse en plena primavera, cuando la trucha comenzaba a saltar en el torrente y los bosques se habrían vuelto cálidos.

Bien, se dijo, era una cuestión de tiempo. La jubilación, una pequeña pensión mensual..., faltaban unas pocas semanas. Luego tendría todo el día para tomar el sol, todo el tiempo para leer, pescar, y relajarse.

Al, el nuevo comisario, apoyó los pies sobre la estufa.

—Oye, ¿has visto alguna vez a mi chico? —preguntó, alargándole una pequeña fotografía en color a Karl—. Ésta la tomó mi mujer —dijo.

Karl examinó al crío de rostro redondo.

—Muy salado.

—Y tenemos otro en camino —Al recogió la fotografía—. Esta vez nos agenciaremos una cámara cinematográfica y haremos una película cada mes. A modo de archivo, ¿sabes?

Karl sonrió. «Éste quiere a su hijo —pensó—, seguro. Es bonito tener hijos, asumiendo la responsabilidad correspondiente». Se echó hacia atrás. Decidió que la tarde no sería tan mala. Enviaría a Al en busca de café, siempre que el viejo Wyc no hubiese cerrado por culpa de la nieve.

—¿Hay siempre tanta tranquilidad como ahora? —preguntó Al.

—Cuando nieva, sí. Nadie tiene ganas de moverse. Todos se quedan sentados mirándose unos a otros. —Dicho esto, se desperezó bostezando—. Tal vez quieras salir a buscar algo de café.

—No hay ningún inconveniente. —Cuando Al se levantaba, sonó el teléfono—. Quizá sea mi mujer —dijo.

Karl lo cogió. Era una conferencia desde Denver.

—¿Diga?

—¿Eres Karl? Aquí Ed Gruen.

—Bien. ¿Qué sucede, Ed?

Al se detuvo en el umbral, después dio media vuelta y regresó despacio, indeciso.

—Bobby Lee se fugó anoche. Y ha partido en tu dirección.

—¡Qué diablos! ¿Sólo?

—Exacto. Intenta alcanzar Larkspur o Kalen; tiene amigos por esos contornos. Está herido. Conseguimos darle en la cadera.

Karl se echó hacia delante en su butaca. Experimentó una extraña sensación en el estómago.

—¿Qué tipo de coche lleva?

—Un turismo Dodge del cuarenta y ocho, todo gris. Lo robó. Oye, ¿tienes ayuda ahí?

Karl miró hacia la calle vacía y blanca.

—Está nevando —dijo.

—Lo sé. Eso es lo que está reteniendo a la policía estatal. Intentaremos enviarte a alguien esta noche. —La áspera voz hizo una pausa—. Lee se ha hecho con un Colt 45.

—¿Quién es? —preguntó Al.

—Vale, Ed —dijo Karl—. Veré lo que puedo hacer. Gracias por llamar.

El teléfono dejó oír un clic y quedó muerto.

Al se apoyó sobre la mesa.

—Bueno, ¿qué dices?

Hacía mucho calor junto a aquella enorme estufa ardiendo al rojo vivo.

—¿Qué pasa? —insistió Al—. ¿Quién era?

—De la cárcel de Denver. Un tipo llamado Bobby Lee escapó anoche y, probablemente, se dirige hacia aquí. «¿Por qué lo habré dicho? —pensó—. ¿Por qué se lo he contado? Si no lo hubiese hecho, nos podríamos haber pasado aquí toda la tarde».

«Es un muchacho bien plantado —se dijo Karl—. Buena dentadura y lustroso pelo rubio. Su mujer debe amarle mucho. Pero ¿por qué le dejaría emprender un oficio como éste? Tendría que estar en una granja, o en una cadena de embalaje de carne. ¡Pero no! Todo esto significa emoción y aventura para Al. Aquí se representa a la ley, tal como nos lo enseñan las películas y la televisión».

—¿Cuánta?

—¿Cuánta qué? —preguntó Karl mirándole.

—Munición —contestó Al mientras abría el candado de la armería.

Karl pudo verse a sí mismo treinta años antes, anhelando meterse dentro de la armería mientras el viejo Ben se retraía y hacía chascar la lengua. Con toda probabilidad, Ben habría soñado con poner los pies sobre la estufa, deseando que la primavera y la temporada de la trucha llegaran. Entonces, Karl se dio cuenta de que nunca había arrostrado un peligro auténtico, o al menos no demasiadas veces. Borrachos y cazadores furtivos..., en su mayor parte. Los individuos que se fugaban de las cárceles empuñando un Colt 45 jamás habían figurado en su repertorio.

—Saca los dos Enfield 38 y la carabina —dijo al fin, sabiendo que Al deseaba llevar esta última—. Y mucha munición.

Al penetró en la armería. Cuando salió de allí, llevaba los brazos llenos.

«¿Por qué tenemos que salir? —pensó Karl—. Dejemos que Bobby Lee conduzca su viejo Dodge a través de las colinas y rodeando las montañas. ¿Qué daño puede

hacer en una tarde como ésta, con nieve y una ventisca a la vista? Sólo los niños están fuera en un día así, y ¿qué podría querer Bobby Lee de un colegial?».

—¿Cargo este material? —preguntó Al.

Karl se levantó muy despacio.

—Sí, hazlo.

—¿Cómo vamos a proceder?

—Revisa el coche. —Se puso el pesado capote de lana y cogió las botas.

—El coche está perfecto. Se portó bien al venir esta mañana.

—No se puede asegurar eso de la batería. Mejor será que yo lo compruebe.

Al se encogió de hombros y abrió uno de los revólveres.

Karl bajó las escaleras hasta la calle. Sabía que no había nada de particular en la batería. Se podía dejar ese coche a la intemperie durante una semana, y el motor arrancaría al primer intento. No, la batería estaría bien. Karl salió y afrontó el viento acometedor. Pero la comprobación de la batería requeriría tiempo, dejaría pasar unos minutos mientras Bobby Lee atravesase aprisa la ciudad o la contornease por completo.

Fue al callejón y se metió en el viejo coche patrulla. Se sentó en la maltrecha tapicería, estudiando la imagen que el parabrisas le devolvía. El pelo gris no delataba su edad. Era el cuello, la piel arrugada y colgante, justo debajo de la barbilla, lo que daba el soplo. Pero su apariencia no le preocupaba. Lo que contaba para él era el cambio de mentalidad ocasionado por el envejecimiento. Eso le hacía temeroso de la nieve y del viento, y de los sujetos torvos y solitarios que solían llegar desde Denver. «Me jubilaré dentro de tres semanas —pensó de súbito—. Sólo tres semanas».

Examinó el espejo retrovisor. Dos diminutos peúcos blancos colgaban de él. «Maldito sea este Al —pensó—. Le permito utilizar el coche, y al instante se cree que es suyo. ¡Si al menos yo afrontase solo este asunto! ¡Si no le tuviese respirando constantemente sobre mi cogote y preguntándome esto y lo de más allá!».

Luego, buscó la llave de encendido. Al la había dejado en el salpicadero por la mañana. Karl la cogió y la sopesó en la palma. Todo cuanto tenía que hacer era abrir la ventanilla y tirarla lejos, muy lejos, hacia el gran montón de nieve. El duplicado estaba en su casa, y no les sería posible conseguir un medio de transporte hasta allí. Tendrían que pasarse el resto del día en la oficina maldiciendo y despotricando contra la negligencia de alguien. Y vuelta a la estufa. Con café, quizá.

—Karl —sonó la voz de Al.

Karl volvió la cabeza. Al apretaba la cara contra el cristal de la ventanilla y lo empañaba con el vaho de su boca.

—Mrs. Hunter en Lakeridge Road, acaba de telefonar. Creo que ha visto a ese individuo.

—¿Qué tipo de coche?

—Turismo gris, Dodge. Mejor será que nos apresuremos.

Karl se corrió hacia el asiento del conductor.

—Sí —dijo—. Ve por el material. —Metió la llave de contacto.

Atravesaron el distrito de los grandes almacenes, un amontonamiento congelado de tiendas y edificios bajos. Se cruzaron con algunos niños jugando con trineos en las cuestas. Algunos de ellos pasaron como rayos junto al coche, virando peligrosamente cerca de sus ruedas.

—Insensatos críos —gruñó Al.

Karl no dijo nada.

Avanzaron despacio por las carreteras secundarias, desfilando ante los blancos campos y el largo río plateado que llegaba hasta las montañas. Una vieja máquina quitanieves intentaba abrir un camino en la carretera hacia el Hospital Cooper. La parte superior de un poste telefónico colgaba suelta, sostenida por sus propios hilos.

—Conduces demasiado despacio —observó Al.

—Ya lo sé. No conviene hacer locuras en un día como éste.

—Claro. Pero podrías ir *un poco* más aprisa.

—Si fuésemos listos, ni siquiera habríamos salido.

—Entonces, ¿quién detendría a ese individuo? —preguntó Al estupefacto.

Karl respondió con un gruñido.

Las ruedas patinaron; luego, hicieron presa en un montón de nieve helada.

—Tremendamente despacio —se lamentó Al—. Esa mujer dijo que nos apresurásemos.

—¡Por los clavos de Cristo! —gritó Karl—. ¿Acaso quieres que tengamos un accidente? —Él odiaba tener que conducir en la nieve. Se estaba bajo presión a cada momento, las probabilidades de salirse patinando de la carretera eran múltiples—. ¿Pretendes que acabemos muertos?

Al guardó silencio unos segundos.

—¿Es un asesino ese individuo? —preguntó luego.

—Sí.

—¿A quién ha matado?

Karl manoseó el mando de la calefacción.

—Al hijo de Ted Wagner y a la esposa de éste. Lee intentó entrar en su granja por la fuerza. Les mató a ambos. Entre otros.

—¿Ocurrió aquí, en esta localidad? —preguntó Al mientras acariciaba el cañón de la carabina.

—Tres kilómetros más allá del cine al aire libre.

Al quedó silencioso durante varios minutos. Súbitamente dijo:

—Me imagino que tú habrás matado a un montón de tipos.

—Jamás maté a nadie. «Este quiere hacerme pasar por héroe —pensó Karl—. Bien, pues no lo seré».

—Me pregunto qué se sentirá. Quiero decir, la sensación que se tiene al matar.

—Cállate, Al. Uno no habla jamás de esas cosas. —Las manos le temblaron sobre el volante. «Es el frío», se dijo.

—Lo siento —dijo Al—. Comprendo lo que quieres decir.

—No te preocupes. —Karl notó algo de fiebre—. «He cogido un resfriado —pensó—, lo único que me faltaba. Debería haberme quedado en la oficina. Con este tiempo, puedo pescar anginas y después neumonía. ¡Y qué carreteras! ¿Y si tenemos un accidente? ¿Qué le importaría eso a la ciudad?».

—Ahí está su domicilio —dijo Al—. Ahí mismo. —Y señaló una casa grande, algo apartada de la carretera.

¿Qué le importaría a la ciudad? Él no lo había considerado nunca desde ese punto de vista.

—¡Eh! ¡Ve más despacio! Éste es el lugar.

Karl hizo entrar el coche por el estrecho camino. Una mujer les hizo señas desde el porche.

—Será mejor que llegues hasta donde ella se encuentra —le aconsejó Al—. Se empapará los pies si viene hasta aquí.

—Déjala que camine —repuso Karl—. No es una inválida, ¿verdad?

—¿Qué pasa contigo? —preguntó Al abriendo la portezuela.

—Nada. Sólo que me siento asqueado. ¡Enfermo! «Preocúpate por mí —pensó—. Apiádate de este anciano. Puedes cuidar de mí, ayudarme a apuntar la pistola contra Bobby Lee».

La mujer se acercó al coche trabajosamente. Era delgada y alta. Llevaba un abrigo largo de cuero y un pañuelo a la cabeza.

—¿Es usted el sherif? —preguntó.

—¿Y usted la mujer que telefoneó?

—Sí, lo soy —respondió. El viento fustigó su pañuelo—. Él se encontraba al otro lado de esos árboles, allá por donde pasa la carretera. Su coche debió de haberse atascado. Oí hablar de él por la radio.

—¿Por dónde se fue?

—Hacia esa arboleda. Al fondo hay dos o tres cabañas si usted se adentra lo suficiente. Antes eran el Motel Pine.

—Ya lo sé —dijo impaciente Karl—. ¿Y es ésa toda la información que puede darnos?

—Pues sí, claro —dudó ella frunciendo el ceño—. Oí decir en la radio que si alguien...

—¡Por descontado! —gritó Karl—. Usted informa que no tiene ni idea de su paradero, pero se supone que *nosotros* debemos encontrarle. Muy bonito, ¿verdad?

—¡Caramba! ¿Qué pretende usted insinuar? Es su trabajo. Para eso le pagan.

—Suponga usted que no es bastante. Suponga que no queremos hacerlo.

La mujer se quedó boquiabierta y miró a Al.

—¿Qué te pasa, Karl? —dijo Al—. Es que no se encuentra muy bien. —Prosiguió dirigiéndose a la mujer—. ¿Tiene usted marido, señora?

—Sí. Trabaja en el ferrocarril. No regresará hasta las siete o las ocho.

—¿Hay alguien más con usted? —preguntó Al.

—Mi hijo. Tiene catorce años.

—Enciérrense bien. No conteste cuando llamen a su puerta. Creo que ahora deberemos usar su teléfono.

—¿De qué sirve un teléfono? —rió Karl—. ¿Quieres ayuda?

—Claro. Si *sabemos* que él está en ese bosque...

—¿Y a quién esperas reclutar? Nadie vendrá aquí. Este es nuestro espectáculo, muchacho. —Se sintió muy complacido consigo mismo por hacérselo saber a Al. Éste podía haberse confundido hasta ese extremo.

—Será mejor que regrese a su casa, señora —dijo Al.

—¿Quiere que telefonee a alguien en su nombre?

—No —contestó Al sin mirar a Karl.

Karl se frotó las manos, sintiendo el frío dentro de los guantes y debajo del abrigo.

—Vuelva a la casa, señora —insistió Al.

La mujer se retiró despacio, mirando a Karl, y subió al porche, en cuya barandilla se apoyaba un muchacho que los miraba curioso.

—Estúpido rapaz —farfulló Karl.

Al le cogió del brazo.

—Pero ¿qué ocurre contigo? ¿Estás enfermo de verdad?

—¿Qué quieres decir?

«Él *lo sabe* —pensó Karl—. Está bien, *dejémosle* jugar al héroe. Yo me quedaré dentro del coche y él puede salir a jugarse el tipo entre los árboles. Lástima que no esté aquí su mujer para admirarle y aplaudirle».

—Mira, Al, tú no tienes mucha experiencia en esta clase de trabajo.

—¿Y tú sí?

«No —pensó Karl—, yo tampoco».

—Maldita sea —dijo—. Yo sé cazar. Y esto es lo mismo. Debes tener cuidado.

—Vamos —dijo Al.

—¿Adónde?

—A por Lee —susurró Al.

«Está loco —pensó Karl—, loco de verdad. Quiere adentrarse ahí con su carabina. No se da cuenta de que Lee está esperando, y no desea nada mejor que dos incautos acercándosele entre los árboles desnudos».

—Vamos —dijo Al con firmeza.

Karl pensó que sería más fácil para Lee que cuando disparó contra Wagner y su esposa. Lee tuvo que afanarse para perpetrar aquellos asesinatos, hubo de tantear en la oscuridad.

—Al —dijo de repente—, esto es Lakeridge Road, ¿no?

Al le miró extrañado.

—Claro. ¿Por qué?

—¡Tendremos ayuda! —exclamó Karl—. ¡Podemos contar con alguien!

—¿Con quién?

—Ted Wagner. Él es cazador, uno de los mejores. Lee es el hombre que mató a su hijo.

—¿Crees que querrá ayudarnos?

—Lo hará. Te doy mi palabra. —No reveló a Al el papel que Ted Wagner representó la primera vez que se dio caza a Lee. Él les había procurado mantas y linternas, vituallas y cabalgaduras. Los había tratado con suma nobleza cuando registraban aquellos bosques de las afueras de Cooper. Karl recordaba muy bien el aspecto de Wagner aquella noche. Recordó los ojos grises en el rostro enjuto, reluciendo de odio. Pero Lee se había rendido a primeras horas de la mañana y Wagner no había tenido la oportunidad de utilizar su hermoso rifle inglés.

—Me voy allá abajo —dijo a Al.

—¿Adónde?

—A casa de Wagner. Dista menos de un kilómetro de aquí por la carretera. Le necesitamos.

Al miró los copos de nieve cayendo y el cielo.

—Si estás enfermo quizá yo...

—No. Quédate en el coche. Regresaré con él en un momento. A Wagner le encantará.

—¿Le encantará?

—Ahora quédate aquí —dijo Karl dándole una palmada en la espalda—. No tardaré más de veinte minutos. —Y se alejó a zancadas por la carretera. Pudo escuchar la voz de Al arrastrada por el viento, gritándole algo ininteligible.

Fue una caminata pésima. Algunos tramos los hizo con nieve hasta la cadera. Karl notó la humedad de la nieve en las pantorrillas, filtrándose por las botas hasta los tobillos. Todo cuanto vio fue un cielo gris plomizo, árboles y la nieve. «Pescaré una neumonía», pensó. Pero, incluso eso era mejor que una bala de Bobby Lee. Cualquier cosa era mejor que eso.

De improviso, pensó en su esposa, reposando a salvo bajo una vieja losa en el cementerio de Cooper. ¿Qué diría *ella*? «No seas insensato, Karl. Eso le diría. Estás doblando los sesenta y ya va siendo hora de que te liberes. Les diste treinta años, Karl, y ahora vas a jubilarte. Diles que todo terminó, que Al te releve. Si tomas las cosas con calma, si tratas bien tu cuerpo, tal vez tengas otros diez años para cazar y pescar».

Pero, conociéndola como la conocía, él supo que eso no sería todo lo que le diría. Termina *con esto*, le diría. Termínalo antes de irte. Y él no podía.

La casa de Wagner se le apareció de repente. Él no se había dado cuenta de que se hallaba tan cerca. Atravesó tambaleante la espaciosa superficie de césped, entre costosas paredes de arbustos y setos. Había columnas en la ancha veranda.

Golpeó la puerta principal, comenzaba a tiritar.



Un sirviente abrió.

—¿Está en casa Mr. Wagner? —balbuceó Karl.

—Sí, señor, pero...

—¿Quién es, Arthur? —Un hombre había hablado entre las sombras profundas del vestíbulo. Se acercó despacio y, al instante, Karl reconoció el rostro atezado, el cuerpo membrudo. Sintió un alivio instantáneo.

—¡Usted fue uno de los nuestros en la...! —exclamó Wagner al verle.

—El caso Lee. —Intentó sonreír pero le pareció que la cara se le resquebrajaba—. Tiene buena memoria, señor.

—¿Y qué está haciendo usted por aquí en un día como éste?

—Lee ha escapado de la cárcel. Va herido. Creemos que se encuentra en un lugar del bosque, a poca distancia de aquí.

Wagner se metió las manos muy despacio en los bolsillos de su batín.

—¿Es cierto? ¿Malherido?

—No lo sé. Pero no lo creo. Lleva un 45. —Un prolongado escalofrío recorrió su cuerpo y tuvo que apoyar la mano en la pared para afirmarse. Wagner no dijo nada.

—Mr. Wagner —empezó diciendo intimidado—, yo me preguntaba...

—¿Sí?

No podía pensar. Era como si cuerpo y cerebro estuviesen congelados. Intentó decirlo aunque fuera a trompicones, pero no pudo. El rostro de Wagner pareció acercársele.

—¿Me está pidiendo que lo acompañe?

—Sí.

El hombre alto frunció el entrecejo.

—Eso queda descartado —dijo el hombre con un fruncimiento del entrecejo—. No puedo. Lo siento.

Karl no podía dar crédito a sus oídos.

—Pero..., antes...

—Entonces fue diferente. Yo me sentía animoso, y estaba encolerizado. Me autosugestionaba pensando que era mi deber. Pero ¿ahora...? No.

—Era su hijo —dijo Karl notando que la cólera empezaba a dominarle.

—Lo sé, pero ésta no es mi responsabilidad, ¿no lo comprende? Es un trabajo para la ley. Y antes también lo fue. A veces celebro que él se rindiera como lo hizo.

—Entonces, ¿no le interesa? —murmuró Karl. Estaba atónito. A través de un ancho arco vio una habitación alegre e inmensa. Y allí, sentadas, una mujer mayor y una joven. Los troncos chisporroteaban en una chimenea de ladrillo.

—Claro que me interesa —dijo Wagner—. Pero no es trabajo mío, sino suyo.

—¿Mío?

«Seguro —pensó—, el mío. Lárgamelo a mí para que tú puedas volver a esa cálida habitación con tu familia».

—Entonces, ¿no vendrá usted conmigo?

—Lo siento.

De pronto, le importó poco lo que él pudiera decir.

—¿Qué pasa? ¿Asustado?

Wagner tardó en contestar. Esbozó una sonrisa fría.

—¿Lo está usted?

Karl casi se ahogó de furia. Abrió la puerta y salió dando zancadas a la veranda.

—¡Oiga! —gritó Wagner—. ¿Quiere beber algo?

—¡No! —vociferó Karl desde el césped. Su voz sonó estridente—. No necesito nada. —Se abrió camino por la nieve hasta la carretera y encorvó las espaldas contra el viento. «¿A quién le preocupa que yo vaya a por él? —pensó—. A la mujer que nos telefoneó, no. A Wagner y su familia, tampoco. La ciudad entera se despreocupa. Sólo a Al, quien piensa que ése es su deber. Al, que ha visto demasiadas películas y demasiadas series de televisión».

Tuvo escalofríos de nuevo, pero estaba convencido de que su forma de sentir era la correcta. Treinta años patrullando por los bosques, bebiendo cerveza, y metido en la vieja cárcel de ladrillo. Pero no más de eso a partir de ahora. Él necesitaba ahorrar lo que le quedaba para los torrentes de primavera y esa pequeña cabaña en la cercana Larkspur. Le importaba poco lo que Al dijera. Si Al le llamaba cobarde, que lo hiciera. ¿Y qué? Él volvería al coche, entraría en él y conduciría hasta casa. Y si Al quería quedarse por allí merodeando en busca de Bobby Lee, bien, no habría nada que objetar.

Al poco, vio el coche ante él. Sintió la necesidad de desahogarse gritando y riendo. Él era libre, y al diablo con lo que Al pensara.

Se acercó al vehículo, cargando contra el viento, con la cabeza entre los hombros, y abrió la puerta delantera de un tirón metiendo casi medio cuerpo en él.

—Al... —empezó a decir. Pero Al no se hallaba allí. El viejo coche estaba vacío. La carabina había desaparecido también.

—¡Loco! —gritó. Pudo ver las huellas que se dirigían a través del campo hacia la mancha borrosa del bosquecillo. «¡Dios mío, que idiota! Actuando por cuenta propia, ni más ni menos».

Entonces, Karl notó algo, algo que no hubiese querido sentir, algo contra lo que luchó. Un irritante tirón de la proverbial responsabilidad. No muy fuerte. Y no por la ciudad. Más bien responsabilidad por un bisoño que llevaba una instantánea en la cartera y tenía una joven esposa embarazada en casa.

Karl agarró una de las pistolas y volvió a luchar contra la ventisca. El rastro le condujo directamente al interior de los enormes árboles cargados de nieve. No pudo ver nada allí salvo una oscuridad blanca y un túnel ventoso de gruesos troncos. Dejó su bufanda de lana roja; sería fácil que se le manchase.

Se adentró bajo los árboles, el cañón del arma apuntando al suelo. Las huellas, casi borradas por la nieve, seguían en línea recta. Todavía podía volver atrás. Pondría el coche en marcha y se dirigiría hacia casa para telefonar a Ed Gruen y decirle que

Al había ido solo. No. Él *tenía* que averiguar adonde había ido Al y si había dado con Bobby Lee. Pero «Dios —rogó—, que no lo haya encontrado». Lee sabía qué hacer en una situación semejante, cómo volver sobre sus pasos sin dejar huellas, sabía construir y camuflar una madriguera de modo que ni siquiera un cazador profesional podía distinguirla. A través de un calvero, justo delante de él, Karl vio un Dodge gris abandonado.

Emprendió la carrera. El viejo Motel Pine y una carretera que se curvaba hacia la autopista estarían pronto a la vista. Entonces, un inmenso claro llano que antaño fuera aparcamiento apareció ante él, así como diez cabañas de troncos, ruinosas, batidas por el viento. Se arrojó al suelo y apretó el rostro contra la nieve. No pudo sentir nada más; su cuerpo estaba insensible. Echó una rápida ojeada al nebuloso calvero. Había una cabaña a veinte metros escasos de distancia. Aunque no pudiera asegurarlo, le pareció que las huellas conducían hasta allí. Atisbo con la mayor atención posible y creyó ver que la puerta estaba desprendida y abierta.

Cambió de postura y reptó a través de la ventisca, avanzando poco a poco por detrás de la cabaña. Entonces, se levantó muy despacio.

Se oyó el tremendo estampido de un arma. Repercutió en las paredes ruinosas, en los troncos, pareció llenar el cielo invernal. Él se puso en movimiento sin tener aún la certeza de que procediese de la cabaña. Corrió y atravesó el claro a trompicones encaminándose hacia la puerta con el arma empuñada. Subió los escalones con estrépito y cargó contra la puerta. Una vez dentro, se agazapó.

—¡Lee! —aulló—. ¡Lee!

No había techo en la cabaña y la nieve caía mansamente sobre el carcomido suelo. Junto a la puerta, había un hombre tendido sobre su estómago. Llevaba una gorra de caza verde y aferraba un 45 con una mano inmóvil.

Karl se le acercó y escudriñó el rostro. Era Bobby Lee y estaba muerto. Karl se volvió despacio y vio a Al, plantado en el otro extremo de la habitación.

—¡Al! ¿Qué ha sucedido?

Al apoyó su aún humeante carabina contra la pared. Tenía la cara azulada por el frío.

—Lo encontré aquí hace cinco minutos. Estaba muerto. Demasiada sangre perdida por esa herida en la cadera, supongo.

—Pero el disparo de hace unos instantes... ¿Qué fue eso?

Al calló.

—El disparo. ¿Qué ocurrió? —Karl se acercó a Al y le escrutó el rostro.

—Te vi ahí fuera en la nieve —dijo Al en voz baja—. Ese disparo..., bueno, lo hice de forma impulsiva. Quise saber si... —Dejó que su voz se apagara.

Karl bajó la vista. No dijo nada pero sintió un gran alivio interior. Ésta había sido su última faena. Treinta años, y ahora estaba listo.

—Me retiro mañana —dijo.

—Sí, me lo figuraba.

—Es muy grato el poder decirlo, Al. Algún día comprenderás lo que quiero decir.  
Salieron juntos e hicieron el camino de vuelta hasta el coche. Estaba nevando con más fuerza.

# MÁS ALLÁ DEL MURO

*Nedra Tyre*

«Pobre chica», pensó Ellen Williams mientras miraba compasiva a su nueva amiga tendida en la alta y estrecha cama de hospital. A causa de los numerosos vendajes, entablillados y partes escayoladas, Margaret Collins pareció tener más brazos y piernas de los habituales.

Durante unos instantes, Ellen Williams sufrió un ataque de nerviosismo; se suponía que ella debería distraer a la mujer herida. Anne Fitzgerald, prima de Margaret Collins, le había sugerido que le hablara de sus viajes.

—Durante años he deseado que vosotras dos os conociérais, y ahora es el momento idóneo. Margaret ha sido siempre tan activa que el tiempo de recuperación de sus heridas es terrible para ella. Sé un ángel y ve a visitarla. ¿Puedo decirle que le harás una larga visita el próximo martes por la tarde? Por cierto, Ellen, ella tiene una afición enorme por el misterio y la intriga. Es psicóloga y está muy interesada en los comportamientos peculiares y el crimen. Así que si has encontrado algo de eso en alguno de tus viajes, cuéntaselo.

Hablando en términos figurativos, Ellen Williams temió poder ofrecer tan sólo un ramo marchito de pobres flores silvestres a Mrs. Collins en lugar de los exóticos capullos de misterio e intriga que Anne Fitzgerald le sugiriera. Las giras turísticas organizadas, que eran todo cuanto Ellen había emprendido, no se prestaban a acontecimientos misteriosos ni atraían a las personas enigmáticas y provocativas. A ellas acudían gentes de mediana edad con mucho sentido común y deseos de disfrutar del dinero invertido.

Sea como fuere, Ellen quiso hacer todo lo posible para divertir a aquella mujer que se había roto casi todo menos el cuello en un accidente de automóvil.

—Qué amable ha sido viniendo —dijo Mrs. Collins sonriendo a su visitante, una mujer menuda, vestida con sencillez, de mediana edad y atractivo poco común—. Me muero por oír algo sobre sus viajes. Siempre he deseado viajar. Ahora me temo que nunca lo haré. Pero pienso que si lo hubiera deseado de verdad, lo habría hecho ya hace mucho, ¿no le parece? ¿Acaso no disponemos con antelación las cosas que más deseamos hacer?

Puesto que Mrs. Collins era una psicóloga, cabía suponer que ella sabía bien de lo que hablaba. Así y todo, Ellen tuvo una objeción.

—No estoy tan segura —dijo—. Para ser franca con usted, debo revelarle que el viajar me ha sido impuesto. Jamás me habría movido de Lexington si mis hijos no hubiesen insistido en que viajara. Ellos no me creen cuando les digo que preferiría quedarme en casa. Ahora veamos, ¿hay algún lugar específico del que le gustaría oírme hablar?

—No. Cualquiera será distraído.

El rostro de Mrs. Collins reflejó la expectación radiante de un niño alargando la mano hacia su regalo navideño. Una sensación de insuficiencia hizo que Ellen se revolviere en su butaca. Ella temió causar una gran decepción a Mrs. Collins. Pero, como no tenía más remedio que hacerlo y, además, lo mejor que pudiera, rebuscó en su cerebro para elegir uno entre sus diversos viajes.

Y ahora que se había puesto a pensar en ello, se le ocurrió que había habido algo inusual en la excursión que emprendiera a Berlín el mes de agosto de 1961, pocos días después de que el muro fuese levantado. Aquélla resultó ser una época emocionante, de eso no cabía la menor duda. Por entonces, la paz del mundo corría grave peligro.

—Me avergüenza confesar que no tengo una mentalidad política —dijo después de aclararse la garganta. Una disculpa no era la forma correcta de comenzar. Bueno, ella lo contaría tal como acudiese a su memoria—. Yo suelo saltarme los editoriales y las columnas políticas, de modo que cuando emprendí una gira turística a Alemania, en agosto de 1961, no tenía ni la más leve noción de que una crisis fuese inminente. Llegué a Inglaterra pocos días antes de que la gira empezara y, entretanto, hice algunas excursiones diarias alrededor de Londres.

»Fue en la abadía de Woburn donde una mujer australiana me habló de la grave situación creada el domingo cuando el tránsito hacia el Berlín oriental había sido prohibido. Yo hice algunos comentarios sobre mi gira que comenzaría en autobús el día siguiente y llegaría al Berlín occidental el viernes. Ella dijo que sabía positivamente que la tal gira sería cancelada, pues ninguna agencia responsable se comprometería a llevar un grupo hasta el Berlín occidental en momentos tan críticos.

»Sin embargo, cuando más tarde llegué a mi hotel, hacia el atardecer, encontré vacía mi casilla de correo: no había ningún aviso de la agencia notificándome la cancelación. Así que tomé una cena ligera, me di un baño, puse la alarma de mi despertador y me levanté a las seis. Preparé mis cosas, tomé un poco de té, me despedí del hotel, alquilé un taxi y me encaminé hacia la estación Victoria Coach. Me había dado un margen de tiempo más que suficiente. Estaba previsto que nos reuniéramos a las siete y media y yo fui la primera en llegar allí.

»Un joven acudió presuroso a mi encuentro. Dijo ser Alex, el guía del Tour 612. Me preguntó mis datos personales para comprobarlos en una lista que llevaba. Dijo que mucha gente se había mostrado inquieta, cancelando el *tour*, de las treinta y seis personas inscritas, sólo dieciocho habían decidido ir.

Margaret Collins aprovechó la pausa para hablar.

—¿Sabe?, no culpo a las otras. Yo hubiese sido demasiado cobarde para seguir adelante. Me gustan las emociones, pero de segunda mano, leyéndolas o escuchándolas.

—Aquella mañana, nadie se mostró aprensivo. Todos aguardaron expectantes el comienzo del viaje. Por cierto, resultó que todos ellos excepto yo, eran súbditos

británicos. Yo fui la única persona estadounidense. Una mujer grande y exuberante llamada Louise Willoughby, quien tenía un cuñado en el *Times*, dijo que éste había predicho el estallido de una guerra al cabo de una quincena por causa del muro, y la había llamado insensata por su insistencia en ir a Berlín. Pero ella se había inscrito para ese viaje en enero y se proponía hacerlo a toda costa. Ésa era la actitud de cada uno de nosotros: llevar a cabo lo proyectado.

»Pues bien, subimos al autobús y nos dirigimos hacia Dover. Allí hicimos cola para la revisión de pasaportes y luego abordamos un vapor. La travesía del Canal fue horrible..., muchos pasajeros se marearon terriblemente. Por fortuna, ninguno de nuestro grupo sufrió molestias serias, si bien Mr. Mauldin, de los Midlands, sintió bastantes náuseas durante la primera hora.

»Desembarcamos en Ostende. Allí no había ningún autobús esperándonos, y Alex, nuestro guía, estaba claramente desconcertado. Trató de disimular su inquietud y nos dijo que iría a averiguar lo ocurrido con el autobús y, entretanto, dado que nos aguardaba un largo recorrido, nos sugirió que aprovecháramos esa pausa para tomar algún tentempié antes de la partida. Después de explorar un poco el muelle, nos metimos en una pastelería, pequeña y atestada, donde pedimos café y bollos.

»Una vez concluida nuestra colación, abandonamos el establecimiento. Alex no estaba por ningún sitio. Tampoco vimos un autobús que llevase el nombre y número de nuestro *tour*.

»Cuando comenzaban los murmullos y las quejas moderadas, Alex se presentó de pronto para comunicarnos que nuestro conductor había desertado al enterarse de que nos encaminábamos hacia el Berlín occidental. Él había entendido que sólo nos conduciría por la Alemania occidental; tenía mujer y tres hijos pequeños de modo que se negaba a correr todo riesgo innecesario.

»Por suerte, otro conductor, competente y más aventurero había sido localizado. Éste llegaría en un momento pues había ido corriendo a su casa para coger ropa y cepillo de dientes.

»Mr. Mauldin, el hombre de los Midlands, dijo que no culpaba lo más mínimo al desertor y que si él tuviera mocosos en casa, no emprendería el camino hacia el Berlín occidental y la adversidad.

—¡Mocosos! —Mrs. Collins saboreó el vocablo con la lengua—. Eso es del inglés coloquial para designar a los pequeños, ¿verdad? —Sin saber cómo, manipuló sus vendajes, entablillados y escayolas para así poder escuchar con más atención a Ellen Williams.

El interés de Mrs. Collins picó a Ellen en su amor propio. ¿De qué forma proseguir? ¿Cómo iba a introducir el misterio? Porque había habido algo misterioso. No podía achacárselo a su imaginación aunque cupiera esa posibilidad..., salvo en lo referente a la última noche. Incluso entonces, podría haber sido el champaña. Pero ¿acaso el champaña tenía algo que ver con ello?

Ella no debía permitir que la mente galopara a su antojo. Debía refrenarla;

presentar los hechos con propiedad y ordenados. Lo que debía hacer ahora era continuar con la descripción del *tour*.

—Después de tantas demoras, abandonamos Ostende muy tarde. Entretanto, había empezado a llover. Robert, nuestro nuevo conductor, un belga, nos hizo volar a través de la lluvia como si quisiera entregarnos cuanto antes en nuestro destino, cualquiera que fuese. Pasamos fugaces por Brujas y Gante hasta Amberes, nuestra primera escala nocturna.

»Cuando descendimos del autobús, todos estábamos muy cansados y casi desfallecidos. En el comedor, los camareros se mostraron impacientes y refunfuñaron sobre nuestro retraso. La cena que nos sirvieron estaba fría. Mi pequeña habitación era sórdida. No había agua caliente. Al meterme en la cama me pregunté, según suelo hacer durante mis viajes, qué pintaba yo en aquel país extraño y por qué me había ido de casa; también me prometí a mí misma no emprender ningún otro viaje hasta el fin de mis días.

Ellen pensó que ya había dicho lo suficiente sobre sus propios sentimientos. Iba siendo hora de mencionar a Mrs. Brown. Ella estaba contando las cosas tal como sucedieron, y lo cierto fue que no reparó en Mrs. Brown hasta el segundo día.

—La lluvia no había cesado por la mañana, pero todos nosotros nos sentimos bastante animosos, y Robert nos llevó a Holanda con rapidez. Atravesamos Breda y Tirburg, y después nos detuvimos en Hertogenbosch para tomar café.

»No puedo recordar el nombre de la ciudad en donde almorzamos. Sea como fuere, en el restaurante habían puesto una larga mesa de doce plazas para nosotros y otras más pequeñas. Yo me desplomé en una silla ante la mesa larga, y entonces reparé en una mujer que se encontraba sentada sola. Llevaba gafas oscuras y un sombrero de ala muy ancha. Figurándome lo desagradable que sería para ella comer en solitario, me levanté y me acerqué a ella. Le pregunté si me permitiría acompañarla, pensando que me acogería agradecida. Ella hizo una breve inclinación de cabeza. Le dije mi nombre y que era estadounidense. Ella no contestó. Luego, hice algunos comentarios sobre nuestra exagerada ración de lluvia. Para entonces, nos estaban sirviendo la sopa. Ella acabó la suya a toda prisa, se levantó y abandonó la mesa. Pensé que debía haberse puesto enferma de repente, mas no tardé en darme cuenta de que no había querido sentarse conmigo. Me sentí desairada y violenta por su comportamiento.

Mrs. Collins, el auditorio perfecto, asintió solidaria.

—Es comprensible que se sintiera así —dijo—. Cuando vas en un viaje de placer resulta muy desagradable que alguien se comporte de una forma tan grosera y abrupta.

—Apenas concluyó el almuerzo, todos volvimos al autobús. Mrs. Brown había viajado sentada inmediatamente detrás de mí, y cuando ella subió, yo ocupaba mi asiento ya. Pasó de largo y yo levanté la vista por si miraba hacia mí o se detenía para explicarme la causa de su precipitado abandono de la mesa. Pero miró al frente,



haciendo caso omiso de mí.

—¿Fue tan grosera con todos los demás?

—Bueno, los otros no viajaban solos como yo, por eso quizá no se apercibieran. Yo no hablé de Mrs. Brown con nadie, y nadie la mencionó ante mí.

Tal vez fuera ahí donde ella cometiera un error. Tendría que haber comentado algo sobre Mrs. Brown con los demás, pero..., Ellen Williams no era una chismosa. Además, ¿qué podría haber dicho? La descortesía se encontraba por doquier... Ni los *tours* ni los turistas eran inmunes a ella.

—Prosiga, Mrs. Williams.

—De nuevo llegamos tarde a nuestra parada nocturna. Entretanto, ya habíamos cruzado la Alemania occidental y nos encontrábamos en Minden. Alex nos indicó que fuésemos a cenar directamente, que nos daría las llaves con los números de nuestras habitaciones una vez hubiésemos terminado. Nuestro largo trayecto nos había dado hambre y todos disfrutábamos de la cena. Ésta fue pesada, típicamente alemana: sopa, carne, patatas.

»Cuando hubimos terminado, salimos al vestíbulo. Alex nos estaba esperando con las llaves. Yo fui la última, y Alex me habló con tono de disculpa cuando se dirigió a mí: no quedaba ninguna habitación individual, de hecho sólo disponían de una doble que yo debería compartir con Mrs. Brown. I labia una convención, o una feria, o algo parecido y no quedaba ni un cuarto libre en Minden. Yo eché una ojeada a mi alrededor por si veía a Mrs. Brown pero no se encontraba en el vestíbulo. Alex me aseguró que ya le había explicado la situación a ella. Le dije que me parecía bien ese arreglo pues comprendía que la culpa no era suya. Él me agradeció mi actitud.

»Lógicamente, yo me sentí intranquila acerca de Mrs. Brown. Ella me había desairado dos veces ya. Resultaba evidente que no quería saber nada de mí, y yo no tenía la menor intención de imponerle mi presencia. Supe que habían subido mi maleta a la habitación, y decidí no subir hasta la hora de dormir. Mrs. Brown podría tener la habitación para ella sola hasta las diez.

»Me senté en el vestíbulo y escribí algunas postales. Luego, dos hermanas del grupo, ya mayores, escocesas, me preguntaron si quería dar un paseo con ellas. Matamos el tiempo mirando escaparates, e incluso encontramos una frutería abierta aunque ya fuese muy tarde. Aquello resultaba tan tentador que todas compramos algo de fruta. Para entonces, habíamos empezado a bostezar y comprendimos que iba siendo hora de acostarse.

»Cuando entré en la habitación, me sorprendió encontrarla vacía. Yo esperaba que Mrs. Brown estuviese ya en la cama. Me desnudé y comí fruta. Era exquisita pero me era imposible acabármela toda.

»Bien, Mrs. Brown podría desairarme de nuevo si quería, pero decidí darle la fruta que quedaba. Puse dos melocotones y algunas uvas en una servilleta de papel y lo coloqué todo sobre su mesilla de noche. Después me quité los zapatos y los saqué al pasillo para que los limpiaran. A continuación, me puse el camisón, apagué la luz y

subí el edredón, uno de esos inmensos y confortables cobertores de plumas que, literalmente, te asfixian. Lamenté ser un anatema para Mrs. Brown, y me la imaginé sentada en el vestíbulo toda la noche por parecerle preferible a compartir la habitación conmigo. Entonces, me quedé dormida.

»Un timbrazo estridente me despertó.

»Salté de la cama para contestar al teléfono. Una voz masculina con un encantador y fuerte acento alemán me saludó en inglés y dijo que el desayuno estaría dispuesto dentro de media hora. Eché una mirada a la cama contigua. Mrs. Brown se encontraba en ella y escondía la cara bajo el cobertor. Había entrado sigilosa en el cuarto durante la noche sin despertarme.

»Como yo estuviera segura de que el timbre tenía que haberla despertado, dije:

»—Buenos días. Eso ha sido un aviso para que nos levantemos. Desayuno a las siete y media.

»Mrs. Brown se agitó un poco pero no dijo nada.

»Me sentí torpe y fuera de lugar, lo cual fue estúpido, ¿no es cierto? Aquella habitación era tan mía como suya. De cualquier forma, me vestí a toda prisa. Me propuse salir de allí tan pronto como pudiera. Yo no había deshecho la maleta por la noche y, por tanto, no tenía más que meter mi camisón en ella. Luego, puse el equipaje fuera para que el conserje lo recogiese.

»Al coger mi bolso, observé que había dos huesos de melocotón y algunos restos del racimo de uvas sobre la mesilla de Mrs. Brown. Tal vez ella no quisiera hablar conmigo pero al menos había comido la fruta. Por alguna razón que desconozco, eso me molestó aún más.

»Por fin estuve vestida, a excepción de los zapatos. Éstos me esperaban, recién limpios, delante de la puerta. Anduve de puntillas hacia allí. En el pasillo, había dos pares de zapatos casi idénticos. Me puse los míos y me encaminé hacia las escaleras.

»De pronto, sentí un dolor muy agudo. Mis pies me estaban matando. El viaje debía de habérmelos hinchado. No pude dar ni otro paso más. Miré hacia abajo y descubrí que en mi confusión e ira me había puesto los de Mrs. Brown. Ambos pares eran de tafilete negro con un tacón discreto pero existía una gran diferencia: los de Mrs. Brown eran mucho más pequeños que los míos.

»Me cambié de calzado rápidamente y corrí escaleras abajo.

»Durante el desayuno, todo el mundo se mostró muy excitado. Ése era el día en que saldríamos de Helmstedt por el estrecho corredor a través de la Alemania oriental para llegar al Berlín occidental. Alex nos dijo que había telefoneado a última hora de la noche anterior a su representante en el Berlín oeste. A despecho de la tensión reinante, no parecía haber ningún peligro inmediato. Era de esperar que nuestro *tour* prosiguiera con arreglo a lo previsto.

»Mientras yo charlaba con Alex y algunos de los otros turistas sobre las aventuras que aquella jornada podría reservarnos, casi me olvidé de Mrs. Brown. No la había visto en el desayuno. Pero su presencia se me hizo patente cuando recorrió el pasillo

del autobús hacia su asiento. Yo miré adrede por la ventanilla en el momento en que pasaba por mi lado y se sentaba detrás de mí. Me enfadé de nuevo al recordar su grosería.

»La lluvia nos acompañó durante un buen rato, pero cuando alcanzamos Helmstedt y nuestro primer control germano oriental, brillaba un sol pálido. Una larguísima barrera descendió para bloquearnos el paso por la autopista. Carteles propagandísticos con fotografías de Ulbricht pegados por todas partes. A ambos lados de nuestra ruta, se veían altas empalizadas de alambre espinoso.

»Después de esperar allí sentados durante media hora larga, dos hombres subieron al autobús y revisaron nuestros pasaportes. Alex y Robert se aparearon con la documentación del *tour* para entrar en una caseta de madera. Sus trámites acreditativos fueron más complicados que los nuestros. Al fin, se nos permitió recorrer un trecho más bien corto hasta la siguiente barrera; después de un chequeo adicional allí, fuimos autorizados a proseguir el viaje. A todo lo largo de la carretera, y a cortos intervalos, vimos garitas desde las que soldados y armas vigilaban cual gárgolas sobresaliendo de una catedral gótica.

»El tránsito se fue acrecentando en la ancha calzada y nos vimos obligados a reducir la velocidad con frecuencia. Varias veces encontramos autobuses abarrotados de turistas camino de la Alemania occidental. Sus ocupantes nos saludaban con la mano o hacían el signo de pulgares hacia arriba. También nos cruzamos con camiones militares estadounidenses y británicos; y hubo otros que siguieron nuestra misma dirección. Las altas alambradas a lo largo de la carretera nos separaban de vastos campos cultivados; jornaleros de ambos sexos se inclinaban sobre la tierra, trabajando de firme, a pocos metros de nosotros. Ninguno de ellos levantó la cabeza para mirarnos pasar. El lúpulo crecía en algunos trechos de la alambrada espinosa y ocultaba su fealdad.

»La distancia entre Helmstedt y el Berlín occidental es de unos ciento setenta kilómetros. A mí me pareció inconmensurable. Por fin, se nos sometió a los últimos trámites acreditativos del comunismo y, poco después, vimos un letrero dándonos la bienvenida al sector americano del Berlín occidental.

»Nuestro destino estaba a la vista. Algunos de los viajeros se levantaron y cogieron el equipaje de mano de la redecilla que había por encima de sus cabezas. Otros se pusieron sus abrigos. Yo quise asearme un poco antes de nuestra llegada. Cogí mi bolso y saqué la barra de labios y la polvera. Cuando abrí esta última, la sostuve a bastante altura; su espejo captó el rostro de Mrs. Brown en el asiento detrás de mí.

»Jamás había visto yo tanta desesperación en un semblante. Su expresión era la de una madre sosteniendo a un hijo muerto. Eran las facciones descompuestas de una persona en sus últimos momentos de lucidez antes de abismarse en la locura, o las de alguien dirigiéndose al cadalso. Resultó tan estremecedor que olvidé mi maquillaje. Cerré la polvera de golpe para borrar aquella visión de sufrimiento absoluto. Me sentí

como una intrusa. Me había topado con algo que no me incumbía, y me puse furiosa conmigo misma por haberme enfadado con Mrs. Brown.

»La desolación de Mrs. Brown me había perturbado tanto, que no presté atención a los lugares por donde pasábamos. Miré por la ventanilla para distraerme. Mi primera impresión del Berlín occidental fue la de que todo parecía recién hecho. Cada edificio que iba pasando daba la sensación de haber sido terminado en ese momento en nuestro honor.

»El hotel en el que nos alojaríamos pareció también flamante y muy atrayente. El espacioso vestíbulo estaba agradablemente amueblado; el comedor contiguo a él era luminoso e invitador.

»Tan pronto como deshice el equipaje, salí a dar un paseo. El hotel se hallaba en el centro de la ciudad. El zoológico se encontraba a dos pasos de allí y resultaba tentador. Los zoológicos me enloquecen. Pagué la entrada y deambulé por sus paseos. Allí no se percibía ningún ambiente de crisis. Padres e hijos disfrutaban lo suyo de los animales y de la soleada tarde. El restaurante al aire libre estaba repleto de comensales. Una banda tocaba valsos. Un diminuto tren circulaba veloz, abarrotado de vociferantes y regocijados niños.

»Al cabo de un rato abandoné el zoo para recorrer las calles. No lejos de allí, encontré la Kurfurstendamm, el corazón del distrito comercial. Entré en KaDeWe, unos grandes almacenes, y compré algunos regalos para mis nueras. Los compradores me parecieron como los de cualquier otra parte, y lo mismo me ocurrió con los vendedores. No daba impresión de alarma, aprensión o histerismo. Me pareció, sencillamente, una agradable tarde de agosto en una ciudad sin preocupaciones.

»Almorcé temprano y lo hice a solas. No vi a ninguno de mi grupo en el restaurante. Casi olvidé mi preocupación acerca de Mrs. Brown.

»Quizá yo hubiese exagerado su infelicidad. De todas formas, me inspiraba profunda lástima.

»A la mañana siguiente, después del desayuno, Alex y Robert nos llevaron a dar una vuelta por Berlín occidental. Vimos la Funkturm y los Apartamentos Le Corbusier. Paseamos por el Tiergarten, más allá del Congreso, y llegamos hasta el castillo de Charlottenburg. Visitamos varios lugares: la prisión de Spandau, el aeropuerto de Tempelhof, el Ayuntamiento y la Universidad Autónoma.

»Cuando Robert nos dejó en el hotel, Alex nos pidió que almorzáramos sin entretenernos pues nuestro programa preveía la entrada en el Berlín oriental a la una y media.

»Pasamos al comedor sin demora, pero, cuando nos sirvieron, no pudimos comer; nuestra excitación era demasiado fuerte. Mrs. Willoughby —ésa cuyo cuñado trabaja en el *Times* de Londres, ¿recuerda?—, comentó que la cosa pendía de un hilo.

»—Debemos conservar la serenidad —dijo— mientras estemos en el Berlín oriental. Anoche fui a cenar con algunos periodistas británicos y berlineses. Todos me advirtieron que la situación es explosiva. Cualquier fruslería puede hacer que estalle.

»Al oír aquello, las hermanas escocesas dijeron que no irían. Mr. Mauldin intentó persuadirlas de lo contrario. Sus objeciones ante los ruegos de él fueron tan convincentes que le ganaron la partida, y el propio Mauldin decidió que, pensándolo bien, tampoco iría, pues sería absurdo correr semejante riesgo. Hubo otras deserciones. Por un momento, pareció que Robert y Alex conducirían un autobús vacío al Berlín oriental.

»Pero nuestros temores remitieron y nuestro espíritu aventurero afloró otra vez, de modo que, a la una y cuarto, en el vestíbulo nos reunimos casi todos.

»Un poco después, Alex hizo nuestro recuento como siempre, era el modo de asegurarse que no dejaba a nadie atrás. Luego, frunció el ceño. Alguien le faltaba. Eramos diecisiete en vez de dieciocho. La persona ausente era Mrs. Brown. Todos miramos nuestros relojes. Todavía quedaban cinco minutos de margen. Esperamos. Mrs. Brown apareció a la hora en punto. Entonces, Alex nos condujo a la vuelta de la esquina en donde Robert y el autobús esperaban. Alex anunció por el altavoz que un guía nos aguardaría a la entrada del Berlín oriental. También dijo que estaba absolutamente prohibido el discutir sobre el muro con el guía y que no deberíamos hablar de política bajo ninguna circunstancia.

»En cuestión de momentos llegamos al control de la Friedrichstrasse. Dos alemanes orientales subieron al autobús y nos pidieron los pasaportes. Otros hombres uniformados rodearon el vehículo y abrieron los compartimientos del equipaje. Uno reptó por debajo y registró sus fondos. Al cabo de un rato, se nos dio autorización para entrar en el Berlín oriental. El autobús se comportó como si estuviese atemorizado; avanzó dando sacudidas, después remoloneó y por último pasó de un tirón la última barricada.

»Más allá de la barrera, un joven menudo, con un chubasquero, nos hizo señas. Alex abrió la puerta del autobús y habló algo con él en alemán. El joven subió al vehículo y Alex nos lo presentó como Hans, nuestro guía en el Berlín oriental.

»La sonrisa de Hans fue agradable; su inglés era perfecto. Nos dijo, sin la menor sombra de ironía, que esperaba disfrutáramos de nuestra visita.

»Una ligera lluvia empezó a caer mientras recorríamos las calles, desiertas y tristes. Comparado con el aspecto flamante y chispeante del Berlín occidental, el oriental resultaba sórdido en verdad. Todo parecía gris: las calles, los edificios, los grandes espacios abiertos, incluso las nubes. Los escombros resultantes de los bombardeos aparecían por doquier. La sensación de tragedia resultaba tan patente como las nubes preñadas de lluvia.

»No había tráfico. Las casas deslustradas y los bloques de viviendas daban la sensación de no estar habitados. Por fin, vimos a alguien: un hombre solitario, de pie, en un portal. Pero él no nos prestó atención. Más adelante, una mujer miró hacia abajo, desde el balcón de un apartamento, aunque sus ojos no registraron nuestra presencia.

»Hans estuvo haciendo comentarios acerca del Berlín oriental durante todo el

tiempo, dándonos cifras sobre población, área urbanizada, industrias, alquileres, salarios, nivel de vida. Cruzamos por la avenida Unter der Linden, vimos la Ópera Nacional, la Biblioteca Nacional y la Universidad de Humboldt. Pasamos ante el búnker de Hitler. Nos detuvimos en un quiosco para comprar postales.

»Después fuimos hacia el parque Treptow. Allí hicimos alto, nos apeamos y seguimos a Hans por un sendero hasta el monumento soviético a los caídos en la Guerra.

»La lluvia arreció y nos salpicó ruidosa mientras nos agrupábamos más para oír los datos estadísticos que Hans nos daba sobre el número de soldados rusos sepultados allí y la altura y el material del monumento. De improviso, la lluvia se convirtió en una catarata cayendo de las nubes. Nos puso en fuga. Cubrimos a la carrera la larga distancia de vuelta al autobús. Estábamos empapados y embarrados cuando nos empujamos unos a otros para meternos en el vehículo. Mrs. Brown entró delante de mí en el autobús y mis pies fueron pisando los charcos que sus empapados zapatos dejaban.

»La compostura de Hans no sufrió alteración; nos dijo que habíamos tenido suerte pues nuestra gira podía darse por terminada, exceptuando la visita al museo Pergamon. Allí estaríamos bajo techado y nos daría igual que cayese agua o no.

»La lluvia no aflojó ni mucho menos. Cubrió las ventanillas del autobús, borrando al Berlín oriental de nuestra vista. Al cabo de un rato, el autobús se detuvo y Hans nos participó que habíamos llegado al museo y podíamos abandonar el autobús.

»Todos nos levantamos. Eramos un grupo lastimoso con nuestra ropa empapada cuando nos apeamos una vez para arrostrar la lluvia y surcar raudos su líquida cortina.

»El edificio que había ante nosotros tenía la misma apariencia austera de cualquier otro museo, pero nosotros corrimos hacia él como si fuera el cielo. Dentro, todo era muy oscuro. No había ninguno de esos reflectores espectaculares que se ven en muchos museos. De hecho, la iluminación brillaba por su ausencia. Hans marchaba a la cabeza haciendo comentarios, facilitando datos en tono respetuoso y susurrando como si se encontrase en una iglesia. Los rezagados del grupo avivaron el paso para ponerse a su altura.

»Cuando me disponía a seguirles, alguien me tocó en el hombro. Me volví para encontrarme de frente con Mrs. Brown. El sombrero dejaba su cara en sombras. Gotas de lluvia caían al suelo desde la ancha ala. Una extraña sonrisa se dibujaba en su rostro. No sé cómo describirla..., se trataba de una sonrisa sutil, forzada, y yo no me atrevía a mirarla a los ojos porque temí ver otra vez en ellos la pavorosa tristeza que ya había observado cuando nos aproximábamos al Berlín occidental.

»Ella comenzó a hablar.

»—Gracias por la fruta —me dijo—. Estaba deliciosa. Me gustó mucho. —Su voz fue un susurro, como si me estuviese confiando un secreto que nadie más debiera compartir.

»Yo quedé estupefacta. Totalmente desconcertada.

»—Me alegro infinito —respondí en tono normal. Mi voz levantó ecos a lo largo del interminable corredor.

»Tuve miedo. Me sentí sola aunque Mrs. Brown estuviese a mi lado. Los demás habían desaparecido. Deseé desesperadamente estar con ellos. Miré hacia la derecha. No estaban en aquella habitación. Crucé a la de la izquierda. No estaban allí. Corrí hacia delante y llegué a un enorme vestíbulo. Sentí gran alivio cuando vi a los demás y me apresuré para escuchar a Hans disertando sobre la cultura helenística de Pergamon.

»Pero no presté ninguna atención a Hans. Sólo podía pensar en Mrs. Brown y lo extraño de que me hubiese dado las gracias por la fruta.

—¿Por qué me lo agradecería entonces, Mrs. Collins?

—Desde luego, no era su primera oportunidad para hacerlo ni mucho menos.

—No. Había estado sentada detrás de mí en el autobús durante horas y horas. Había tenido tiempo de sobra para inclinarse hacia delante y darme las gracias. Había estado conmigo en la habitación aquella mañana después de comerse la fruta y no dijo ni palabra. ¿Por qué mencionarlo, pues, en el museo? ¿Por qué entonces?

—La gente es imprevisible. Tal vez la abrumara el remordimiento por no haberle dado las gracias antes.

—Pero ¿no cree que era muy extraño? ¿Que se salía de lo corriente?

—Muy extraño, cierto.

—Bueno, sea como fuere, el museo Pergamon representó el final de nuestra gira por Berlín. Hans siguió con nosotros en el autobús hasta que nos acercamos al control. Entonces, se despidió agitando la mano y desapareció en la lluvia. A todos nos entristeció dejarle en aquella maltrecha ciudad, nos había agradado.

»En el control nos impusieron el mismo rigor que ya conocíamos de nuestra llegada al Berlín oriental, sólo que esa vez fue mucho más estricto y meticuloso. Los *vopos* o como quiera que se los llame, escudriñaron nuestras caras y las compararon a conciencia con las fotografías de los pasaportes. También registraron los compartimientos de los equipajes y los bajos del autobús con mucho más detenimiento. Después se pusieron a conferenciar entre sí, y comprobaron, y volvieron a registrarlo todo; luego, terminaron repitiendo la tediosa rutina.

»Por fin, la señal de asentimiento fue hecha: autorizados a emprender el regreso hacia el Berlín occidental.

»Nuestra estancia en el Berlín oriental nos dejó deprimidos. Quedamos silenciosos, asombrados. Cuando pasábamos ante la iglesia edificada en honor al emperador Guillermo, en la circulación bulliciosa del Kurfurstendamm, Mrs. Willoughby habló por todos nosotros.

»—Nunca en mi vida me he alegrado tanto de abandonar un lugar —dijo—. Hoy día, el Berlín oriental es una inmensa prisión. Ya ver, hasta el domingo pasado sus habitantes sabían que si las cosas iban demasiado mal, podían coger el tren o el metro

para buscar la libertad en el Berlín occidental. Tenían su válvula de seguridad. La fuga había sido posible siempre, hasta el domingo. Pero esa esperanza ha acabado. Se ha convertido en un terrible riesgo. Dispararon contra quienes pretendan marcharse. Bueno, todo esto es demasiado indignante para detenerse a pensar sobre ello. Tan pronto como me quite esta ropa húmeda voy a tomarme un té bien fuerte.

»—Cuánta razón tiene, Mrs. Willoughby —dijo Mr. Mauldin—. Pero yo pienso tomar algo más fuerte que el té apenas me haya puesto presentable.

»Ofrecimos un triste espectáculo mientras desfilábamos por el vestíbulo hacia el ascensor con nuestras ropas mojadas. Cuando llegué a éste, ya no quedaba sitio. Retrocedí para esperar su regreso. Durante la espera, eché una ojeada a varios periódicos expuestos para la venta en el mostrador. Eché una ojeada a los titulares pero estaban en alemán y no entendí nada. Me volví hacia el ascensor. El indicador se había puesto rojo señalando que descendía. Lancé una mirada circular por el vestíbulo y vi a Mrs. Brown sentada sola en un sofá. Resultaba evidente que se encontraba muy cómoda y no tenía ninguna prisa en subir para cambiarse. Entonces, la expresión de su rostro me sorprendió, me dejó atónita. Creo, Mrs. Collins, que el mejor calificativo para describirla sería el de jubilosa... Ella parecía relamerse de gusto. En ese momento, soltó una carcajada explosiva. Yo no podía creerlo. Estuve segura de que nadie de nuestro grupo encontraría un motivo lo bastante gracioso para reír así habiendo pasado tan poco tiempo desde lo que habíamos presenciado: toda una ciudad muerta. Me hubiera gustado pensar que Mrs. Brown se estaba divirtiendo por algo que ocurría en el vestíbulo, pero allí no pasaba nada digno de risa, ni siquiera remotamente distraído.

—Dígame, Mrs. Collins, de lo que le he contado sobre esa terrible tarde, ¿puede deducir algún motivo que diera pie a Mrs. Brown a tan delirante felicidad?

Mrs. Collins inspeccionó el vendaje de su codo como si pudiera encontrar la respuesta en él. La cavilación profunda arrugó su entrecejo.

—No sé si estaré en lo cierto —dijo al fin—. Pero ésta podría ser la respuesta. Fíjese, los seres humanos reaccionan de formas diferentes ante una misma situación. La mayoría de ustedes estaban deprimidos, pero, sin embargo, Mrs. Brown se sentía feliz después de su experiencia en el Berlín oriental. Quiero decir, que parecía estar como agradecida. Ella acababa de ver toda aquella miseria y se daba cuenta de lo afortunada que era. Cualquier contrariedad que la hubiese acongojado cuando entraban en el Berlín occidental podía haberle parecido una nimiedad apenas se diese cuenta de lo mucho que los habitantes del Berlín oriental debían soportar.

—Quizá sea así. Sin embargo, no creo que ella estuviese manifestando gratitud. Parecía triunfante. Caramba, yo casi diría que estaba deleitándose en la desgracia ajena.

»Sea como fuere, nuestra corta estancia en el Berlín occidental estaba tocando a su fin, y no puede imaginarse el alivio que sentimos cuando emprendimos el regreso hacia Alemania occidental al día siguiente. Pasamos una tarde y una noche



placenteras en Goslar, y después fuimos a Rudesheim. Mrs. Brown dejó de mostrarse retraída. Me senté dos veces a su lado para almorzar y ella charló tanto como la primera, y me saludaba con la cabeza cada vez que pasaba a ocupar su asiento detrás de mí en el autobús. Pero en Rudesheim me descorazonó otra vez. Allí encontré unos melocotones preciosos en un puesto de fruta. Ya le he contado lo aficionada que soy a la fruta. Entonces, me encontré a Mrs. Brown en la calle. Y recordando que a ella le gustaban los melocotones, le ofrecí la bolsa.

»—No, gracias —me dijo.

»Yo insistí. Había muchos más de los que yo podía comer y a ella le gustaban, de eso no me cabía la menor duda.

»—Coja algunos, por favor —la apremié.

»—Es muy amable al ofrecérmelos —me contestó ella—, pero soy alérgica a los melocotones.

Espero que mi estupor no se trasluciera mucho. Porque, fíjese, los melocotones que le diera pocas noches antes ella se los había comido.

»De cualquier forma, nuestra gira terminaba ya y no quedaba mucho tiempo para seguir sorprendiéndose con la conducta de Mrs. Brown. Después de Rudesheim, nuestra ruta siguió a lo largo del Rin hasta Coblenza y desde allí a Bonn. Después de Bonn, pasamos a Bélgica y cruzamos Lieja para ir a Bruselas, nuestra última parada.

»Aquella última noche en Bruselas, Alex se mostró exultante. Dijo que deberíamos celebrar la conclusión de nuestro *tour*. Estuvimos de acuerdo con él y todos decidimos ir a un club nocturno, es decir, todos excepto Mrs. Brown y Mrs. Willoughby, quienes dijeron estar demasiado fatigadas.

»El espectáculo fue mediocre, y el champaña también. Pero nada de eso importó, la velada fue muy divertida y hubiéramos querido que no terminara nunca. Era muy probable que no volviéramos a vernos jamás, y quisimos que nuestra despedida durara todo lo posible. Alex se mostró sumamente simpático. Según dijo, aquél era el primer *tour* bajo su conducción durante el cual sintiera miedo al entrar en el Berlín oriental. De hecho, él había estado inquieto durante toda nuestra estancia en el Berlín occidental. Que hubiésemos salvado indemnes ese albur requirió más champaña. Todos brindamos por Alex. Él brindó por nosotros. Nos sentíamos felices y satisfechos de nosotros mismos.

»Y regresamos muy tarde al hotel.

»La habitación de Mrs. Brown era contigua a la mía y ante su puerta, vi sus cómodos escaupines negros esperando ser limpiados. Me recordaron que yo debía sacar los míos fuera también. Abrí mi puerta, cogí los zapatos del armario y los coloqué junto a los de Mrs. Brown. Luego, volví a mi habitación, cerré con llave y me metí en la cama.

»De pronto, me sentí sacudida por la extrañeza ante algo muy raro. Algo peculiar por demás. No se trataba de que el champaña me hubiese hecho tener visiones.

»Me levanté y abrí la puerta de nuevo. Los zapatos de Mrs. Brown eran el «algo»

que me perturbaba. Y allí estaban, junto a los míos, pequeños en comparación con ellos. Pero yo había comprobado que mis zapatos eran más grandes que los de Mrs. Brown. Recordé muy bien que habían resultado ser *mucho* más grandes. Cuando ambas compartimos la habitación en Minden, yo me había puesto sus zapatos por equivocación y mis pies habían quedado encogidos dentro de ellos. Me había resultado imposible caminar con ellos.

»Me agaché, cogí los zapatos de Mrs. Brown y me los probé. Me venían tan grandes que no hubiera podido andar con ellos si lo hubiese intentado.

»Entonces, me sorprendió un ruido en la habitación de Mrs. Brown. Tuve el tiempo justo de quitarme sus zapatos y colocarlos donde estaban antes de que ella abriera la puerta.

»Por unos instantes, el champaña me hizo ver dos Mrs. Brown. Dos formidables mellizas.

»—Hola —le dije—. Espero no haberla molestado. Acabo de regresar de nuestra fiesta y estaba colocando los zapatos fuera para que los limpien.

»Las dos Mrs. Brown me sonrieron. Ambas se mostraron amigables y corteses.

—Espero que se haya divertido —me dijeron—. Buenas noches. —Y cerraron la puerta.

»Me sentí mareada. Conseguí entrar de nuevo en mi habitación. El suelo osciló un poco. Me agarré a la cama y repté sobre ella.

»Dormí perfectamente y cuando desperté me sentí como nueva. Todos los que habían ido a la fiesta se sintieron de la misma forma. El champaña nos había hecho mucho bien. Aquella tarde, el Canal había estado alborotado cuando lo cruzamos hacia Inglaterra. Nosotros no notamos nada. Marchamos hacia Londres en un autobús que ya nos esperaba en Dover, y hablamos por los codos sobre nuestro emocionante *tour*. En la estación de autobuses recogimos nuestros equipajes y recuerdos e hicimos cola para los taxis. Mi horario era más bien apretado, pues yo necesitaba ir cuanto antes al aeropuerto londinense para coger mi vuelo hacia Nueva York. Así que Alex y Mr. Mauldin me cedieron el primer taxi disponible. Entonces, todo el mundo me dio su adiós, y aquella cuya sonrisa pareció la más cálida y cuya mano se agitó con más entusiasmo fue Mrs. Brown. Yo jamás había visto un cambio tan notable y radical en una persona. Por favor, acláremelo. Usted es psicóloga. Según mis experiencias, las personas no cambian.

—Tiene razón, Mrs. Williams. Las personas no cambian. Ni siquiera una persona que esté sometida a los rigores del psicoanálisis cambia. Esa persona aprende más sobre sí misma y modifica su comportamiento pero, esencialmente, sigue siendo la misma.

—No obstante, Mrs. Brown cambió por completo.

—Entonces, tiene que haber una explicación. Por muy inverosímil que una cosa parezca, puede llegar a ser comprensible si analizamos todos los hechos.

—Está bien. Nosotros dos decimos que las personas no cambian, pero créame

bajo palabra si le digo que Mrs. Brown lo hizo.

—Pero usted misma ha dicho que nadie más de su grupo percibió tal cambio.

—Yo fui la única persona que tuvo oportunidad de apreciarlo. Compartí una habitación con ella. Vi la desesperación reflejada en su rostro cuando entramos en el Berlín occidental. Yo...

—Usted se probó sus zapatos un par de veces.

—Quizás me equivocara acerca de sus zapatos. Recuerde que bebí gran cantidad de champaña. Pero, dejando aparte la talla de sus pies, su *comportamiento* se alteró de tal modo que esa mujer se diferenció tanto como el día de la noche. No actuó como la misma persona cuando regresamos del Berlín oriental. Podrían haber sido dos mujeres distintas.

La aseveración de Ellen Williams se posesionó de la habitación; su impacto ocasionó un silencio profundo. Las dos mujeres se miraron y, de improviso, la verdad brilló en los ojos de Ellen Williams e iluminó los de Margaret Collins simultáneamente.

—¡Eso es, Mrs. Williams! Exactamente eso. Hubo dos Mrs. Brown. Una inició el *tour* en Londres y permaneció con el grupo hasta más allá del Muro, al Berlín oriental. La otra Mrs. Brown salió del museo Pergamon y acabó el viaje con ustedes. A una Mrs. Brown le gustaban los melocotones, la otra era alérgica a ellos. Una Mrs. Brown sabía que debería permutar el lugar con la otra y quedarse en el Berlín oriental o en cualquier otro lugar detrás del Telón de Acero, y ésa fue la causa de que pareciese tan descorazonada cuando usted le vio el rostro reflejado en su polvera. La otra Mrs. Brown se regocijó en el vestíbulo del hotel de Berlín occidental porque había logrado escapar y, claro está, no tenía ninguna prisa en subir a cambiarse de ropa..., no estaba mojada. Esta segunda Mrs. Brown se encontraba dentro del museo Pergamon durante el aguacero esperando a que la otra Mrs. Brown apareciera.

—¡Claro, claro! —exclamó Ellen Williams.

—¡Qué estúpida he sido al no verlo! Si hubiese sabido lo que ocurría, podría haber salvado a la primera Mrs. Brown.

—Ni mucho menos —replicó Mrs. Collins—. No hubo la menor posibilidad de que pudiese hacer semejante cosa. La primera Mrs. Brown estaba perdida mucho antes de que usted tuviese ocasión de apreciar la diferencia entre ambas.

—Supongo que las dos serían espías —murmuró Ellen Williams.

—Por supuesto que no —dijo Mrs. Collins—. Si ambas hubiesen sido espías, el intercambio habría ido como la seda y usted no hubiese podido observar esas discrepancias en el tamaño de los zapatos o en el gusto por la fruta, y, además, la primera Mrs. Brown no se habría entristecido pues, de ser espía, habría estado realizando un trabajo que le gustaba y le aportaba buen dinero.

—¿Está sugiriendo que la primera Mrs. Brown fue secuestrada mientras visitamos el Pergamon y otra persona ocupó su lugar?

—Nada de eso —contestó Mrs. Collins—. Aquello había sido planeado con

mucha antelación y la primera Mrs. Brown era perfectamente consciente de cuál era su destino. Quizás hubiese una especie de chantaje moral que ella estaba obligada a pagar para salvar la vida de sus familiares; y, siendo así, habría sido advertida para que se mantuviera apartada sin llamar la atención y que no entablase amistad con nadie en el viaje hacia Berlín. Si ella hubiese hecho amistad con alguien y charlado mucho, en el viaje de regreso a Londres, se habría evidenciado que había existido una sustitución. Esa fue la causa de que se mostrara tan descortés con usted durante el almuerzo. Y así se explica también que se ausentara de la habitación que ustedes dos compartían y no se mezclara con nadie. Más tarde, en el escenario oscuro del Pergamon, poco antes de hacer el cambio ella pensaría que ya no había peligro de dejar al descubierto la maniobra y por eso se mostró agradecida por lo de la fruta. Seguramente le emocionó la amabilidad demostrada por usted y, de resultas de ello, lamentaría no haber podido testimoniarle su gratitud antes.

—¡Y yo sin sospechar nada siniestro! —se lamentó Ellen Williams.

Margaret Collins estuvo a punto de responderle que uno debe ser receloso siempre porque el mundo es el escenario de muchas maldades, pero entonces se le ocurrió que si Ellen Williams había alcanzado una edad madura sin percatarse de ese hecho fundamental sería parte de su ingenuidad e inocencia debían ser preservadas.

Por otro lado, el mundo podía ser también un lugar plácido, sobre todo cuando le ofrecía a uno la oportunidad de hacer amistad con personas tan agradables como Ellen Williams.

# LEON HAMBRIENTO

*Isabel Field*

Yo dejé la Infantería de Marina dos semanas después de que mamá enterrara lo que el sherif de Florida le enviara de mi hermana pequeña.

Ahora, la prensa yanqui y la televisión se divierten lo suyo pitorreándose de nosotros, los muchachos de Carolina del Sur, describiéndonos como a un puñado de cerriles que merodean en mono por la estación de servicio mientras sorben gaseosa y planean incursiones de clan. Pues bien, yo pasé ocho años en la Infantería de Marina y no soy, exactamente, un palurdo.

Me retracto. Tal vez lo sea, porque en mi tierra el campesino antepone su familia al mundo entero, y allí no tocas a la hermana menor de un hombre sin exponerte a que te arranquen la mano de cuajo, a partir del hombro.

El capitán trató de conformarme con noventa días de permiso por causas familiares, pero le dije que tal vez yo no fuera un infante de marina aceptable cuando solventase mi negocio. Así que él me entregó la liquidación, estrechó mi mano y yo tomé el camino de casa.

Al principio, mamá se alegró de verme pero después no tanto al observar la expresión de mis ojos.

—Te meterás en un lío —me advirtió, aunque no lloró. Me imagino que ella habría agotado todas sus lágrimas a esas alturas.

—Deberías haberme contado lo de Rose Ann antes. Pensé que ella iba al Instituto.

—Y así era, pero conoció a ese hombre... —Mamá se desplomó en una silla y me refirió la historia completa.

El tipo era uno de esos trotamundos, un guitarrista *country* de tres al cuarto procedente de Carolina del Norte y equipado al estilo del Oeste. Mi hermana lo vio y se dijo que ése era su ideal. Se marchó con él y mamá no volvió a verla viva nunca más. Al cabo de seis meses, ella le había enviado postales a mamá desde mil sitios distintos como Memphis, Nashville, Atlanta, Jacksonville. Por último, fue a Miami, y sus cartas parecían alegres pero con un fondo de aflicción tal que me partieron el alma cuando las leí.

El susodicho tipo había conseguido trabajo permanente en un club nocturno barato de Miami, mas seguía sin casarse con mi hermana, y ella era lo bastante estúpida como para creer aún que lo haría, sólo porque se lo había prometido. Pensé que yo habría sido así de alelado a los dieciocho años, pero no lo recuerdo. En cualquier caso la vida de campamento le puso remedio.

Pues bien, leí esas cartas, le dije a mamá que se tranquilizase y tomé la ruta de Miami. A pesar de que el juez instructor hubiera dictaminado que mi hermana se había suicidado con una sobredosis de somníferos y alcohol, yo lo consideré

asesinato.

La carta que acompañaba el informe decía que ella había fallecido en un hospital de la Beneficencia y que le debíamos trescientos dólares al condado.

Llegué a Miami llevando un nombre y una dirección: Peter Lorimer, Paradise Club, y con el rostro del tipo grabado en cada célula de mi cerebro, gracias a una fotografía que Rose Ann había enviado en una de sus cartas.

El Paradise Club resultó ser un local bastante más grande de lo que me había esperado. Tenía pista de baile, tarima para la orquesta, muchas mesas y una larga y rutilante barra. Entré allí a pesar de que sólo era mediodía y todavía el portero estaba barriendo la porquería de la noche anterior acumulada por los rincones.

—¡Eh, señor, no se puede entrar! No hemos abierto —me gritó el viejo.

—Lo sé. Quiero ver al dueño.

—Ella no viene hasta las ocho o las nueve.

—¿Ella?

—*Miss Ducaine*.

—Bien. ¿Puedo hablar un minuto con usted?

—Mire, señor, ya le he dicho que está cerrado. El bar abre a las dos, según indica ese letrero. Venga más tarde, podrá hablar con algún otro.

Volví alrededor de las siete, tomé una copa, cené y después me bebí dos o tres copas más. El local empezó a llenarse, en la barra se alineaban los clientes habituales, y alguien colocó allí un letrero según el cual, la orquesta iniciaría su actuación a las nueve en punto. No se vio ni rastro de la tal *Miss Ducaine*, de modo que procuré alargar mi bebida mientras examinaba el local. Era como el barrio, desvergonzado y ordinario, con cierto trasfondo de aspereza, pero dinámico y hasta violento en las noches de viernes y sábado. Esa noche era viernes. Había tres camareros en la barra, seis camareras para las mesas y un forzudo que se ocupaba de los alborotadores.

Por fin, vi entrar a la propietaria. Era como el local, desvergonzada, dinámica y áspera. Tendría unos cuarenta años, y era alta, un metro setenta y tantos, y bien formada por todas partes. Entró y se quedó de pie detrás del mostrador analizando a la clientela. El camarero que se encontraba en un extremo, el alto con la cicatriz en el rostro de una cuchillada que le iba de la mejilla hasta la boca, señaló hacia mí porque yo le había preguntado antes sobre ella.

La mujer se acercó a mi mesa y bajó la mirada hasta mí. Vista de cerca, parecía tener un temperamento duro y frío.

—Bart me dice que usted pregunta por mí —dijo sonriente.

—Sí, señora. Me he licenciado de la Infantería de Marina y un compañero mío pensó que quizá me fuera posible encontrar trabajo por aquí. Vi su local y supuse que a usted podría interesarle un sujeto con muchas habilidades. —Me puse en pie para hablarle y le sonreí tal como había aprendido a hacerlo con las mujeres de su especie, ya que todas ellas son siempre las mismas trabajen en Tokio, Saigón, San Diego o Miami. Si las tratas como a damas, obtendrás lo que buscas, porque ellas siguen

siendo mujeres, independientemente de las circunstancias de su vida, y a toda mujer le gusta ser una dama.

—¿Y cuáles son tus muchas habilidades? —Ella sonrió otra vez, pero, en esta ocasión, la sonrisa fue espontánea.

—Para comenzar —respondí con un encogimiento de hombros—, ese forzado que está en la puerta principal me parece un poco blando de la región estomacal.

—Mójale la oreja y su empleo es para ti, cariño —dijo riendo a mandíbula batiente.

—¿Cuál es la paga?

—Ciento cincuenta semanales, si llevas a cabo un buen trabajo.

Hice un gesto de conformidad y me alejé hacia la puerta principal dejándola allí, sentada a mi mesa.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —pregunté a aquel personaje, un hombretón de unos cuarenta años. Tenía hombros musculosos, carne y huesos abundantes, mas su vientre era orondo y el alcohol le estaba marcando.

—Mi nombre es Monihan. ¿Y qué quiere usted? —dijo mirándome sorprendido.

—Monihan —sonreí—, quedas despedido. Lárgate.

El grandullón pareció estupefacto durante unos segundos; luego, inició un poderoso *swing* a mi rostro pero antes de que alargara el brazo en toda su longitud, se lo atrapé.

—Vamos a la parte de atrás. No hay necesidad de demoler el local.

El callejón estaba apenas iluminado por una bombilla macilenta que había sobre la puerta. Nos plantamos en el círculo de luz estudiándonos uno a otro durante unos segundos. Su rostro parecía seguir expresando perplejidad por debajo de la cólera. El camarero de la cicatriz salió a la puerta y se apoyó contra la jamba.

—Dale lo suyo al niño bonito, Monihan —alentó al forzado con una mueca feroz en su horrenda cara.

Monihan no esperó más. Se lanzó hacia delante con una larga zancada y el cuerpo encorvado, hizo una finta con su izquierda y descargó su demoledora derecha. Yo le salí al encuentro, bloqueé el rechazazo con mi antebrazo y le golpeé duro en el estómago. Fue como hundir el puño en masa de pan. Monihan exhaló el aire en una ráfaga. Luego, intentó darme un rodillazo, pero yo le inmovilicé los brazos y le sacudí un gancho en los riñones; a continuación, comencé a bailar a su alrededor.

Él sacudió la cabeza y me persiguió. Mantenía la boca abierta pues le faltaba el aire. Por fin, se detuvo con el rostro enrojecido y pateó el suelo impaciente, un gran toro preparándose para embestir. Cargó contra mí y yo le dejé para agarrarme a él mientras me sacudía. Me apartó de sí intentando asestarme después un *swing* largo y fue en ese instante cuando entré raudo, concentrándome en su vientre. Un rictus de dolor apareció en su rostro y yo me revolví para martillarle el estómago. El reblandecimiento hizo mella en él, la boca se le abrió por completo y la mirada se le puso vidriosa. Le rematé con un mazazo de abajo arriba en el mentón. Él exhaló un

largo suspiro y cayó de bruces sobre el polvo.

El de la cicatriz gruñó disgustado y me siguió adentro dejando a Monihan descansando en donde estaba.

—Me imagino que te vas a convertir en la pieza más reciente de su colección, niño bonito —masculló.

No me molesté en contestarle. Preferí enderezarme la corbata y limpiarme el sudor de la cara. Me sorprendió encontrarme un bulto en la mejilla. No me había dado cuenta de que mi adversario me hubiese golpeado.

—¿Cuándo empiezo a trabajar, señora jefa? —pregunté sonriente.

—Ahora mismo. La cena es por cuenta de la casa. ¿Cómo te llamas?

—Spence..., Mac Spence. —La idea de dar mi nombre como apellido se me ocurrió de pronto. No quise que el individuo objeto de mi persecución me localizara a la primera de cambio.

Entretanto, los músicos habían llegado y estaban afinando sus instrumentos. Los examiné desde mi puesto en la puerta principal. Lorimer hizo su aparición después de los otros. Tendría más o menos mi edad, sobre los veintiséis. Pelo castaño claro descolorado en las puntas por el sol, el estilo de facciones que captarían el interés de una mujer, y, probablemente, la clase de lenguaje trapacero que pronunciaría palabras tiernas para traspasar la débil coraza de una joven. Él me sorprendió mirándole con atención y su rostro expresó estupor. Luego, dejó la guitarra y se acercó a la barra para tomar un trago, y supe que iba a preguntar al de la cicatriz sobre mí.

La velada transcurrió aprisa. Hubo dos peleas. Pude solventarlas sin dificultad así como poner en su sitio a los borrachos habituales que protestaban enfurecidos contra la hora del cierre. Después de echarlos a la calle y cerrar la puerta principal con llave, me reuní con el personal para tomar el último trago. Lorimer, que estaba allí sentado, me miró de hito en hito mientras encendía un cigarrillo.

—¿Has estado alguna vez en Charlotte? —me preguntó, pausado, estudiando mi reacción.

—No.

—¿Tal vez Jacksonville? —Evidentemente, estaba preocupado.

—Pasé ayer por allí. Eso es todo.

Él jugueteó con su cigarrillo, y vi sus manos de dedos largos, dedos manicurados.

—Quizá fuera en Columbia, en Carolina del Sur.

—Tú jamás me has visto —repliqué.

—Sí, en algún sitio. Ya me acordaré.

Lucille se unió a nosotros y tomó asiento en una silla cerca de él. Lorimer le cogió la mano absorto, pensando todavía en mí.

—Hablas demasiado, compadre le dije marcando cada sílaba.

Él expulsó una bocanada de humo, y pude ver una chispa de cólera en sus ojos azules. El hombre tenía una boca roja, en forma de arco, y las patillas largas y rizadas. Lo miré pensando en mi hermana, recordando cuánto le gustaba la risa, la



música y la luz del sol. Aquel canalla la había mancillado, jugando con ella tal como sin duda lo haría con aquellas otras chicas que se encontraban al pie de la tarima, mirándole encandiladas, sin ver nada salvo su cara, y oyendo solamente su maullido de barítono.

Mientras lo miraba fijamente, pensé que Rose Ann debió de haber sabido la clase de hombre que era, y fue entonces cuando comenzó a morir. Ahora, ese mismo hombre estaba sentado allí, bebiendo y fumando mientras sonreía a la Ducaine. Hubiese querido destrozarle al salir de allá, pero se me ocurrió que eso sería demasiado rápido para él; era mejor irle extrayendo la vida poco a poco. Ese sujeto tendría que retorcerse, y sudar y chillar antes de morir. Y como él se creía un personaje importante, su actitud era despreocupada y arrogante. Eso se le extraería del cuerpo también, y mucho más. Tales pensamientos debieron de haberseme leído en el rostro, porque él soltó la mano de la mujer y se levantó al tiempo que empujaba su silla con el pie.

—¿Qué quieres de mí, compadre? ¿Por qué me miras como un león hambriento?

—Sigue con las preguntas necias y te hundiré los dientes —le repliqué sonriendo plácidamente. Dicho esto, me levanté y permanecí plantado al lado de la mesa. Los demás se apartaron adivinando lo que iba a ocurrir.

—Tú quieres jaleo, ¿verdad, muchacho? Pues bien, lo tendrás.

Él estaba dispuesto a luchar pero, como siguiera sin lograr situarme, se quedó inmóvil unos instantes, vacilando. Yo aferré el borde de la mesa y la empujé contra él. Entonces dejó caer ambas manos para parar el golpe. Yo contorneé veloz la mesa y le di un puñetazo en plena cara. Lorimer cayó al suelo, la sangre le brotó del labio roto. Se llevó la mano al bolsillo interior de su chaqueta, así que le propiné una violenta patada en la muñeca y luego le pisé la mano con todo mi peso. Él gritó e intentó cogerme las piernas para hacerme caer, pero yo me desplomé sobre él, le arrebaté la navaja del bolsillo interior y me puse en pie de un salto.

Ninguno de los otros hombres intervino. Perteneían a esa especie que hace mucho tiempo ha aprendido a no meterse en asuntos ajenos. Tan sólo el camarero de la cicatriz pareció querer hacerlo pero dio la impresión de no saber a cuál de los dos aborrecía más. Así que permaneció donde estaba y siguió limpiándose las manos en el pantalón mientras maldecía entre dientes.

Lorimer se levantó sin prisa, sacudiendo la cabeza para aclarar las ideas y apretándose la mano magullada.

—Me gustaría saber qué significa todo esto —farfulló a través del labio roto—. Yo te he visto en algún sitio antes.

—Quédate por aquí y lo sabrás.

—¿Acaso crees que voy a huir de ti? —Su aspecto fue torvo y despreciativo—. Los he visto peores.

—Huirás, compadre —dije con auténtica parsimonia porque apenas podía contenerme—. Correrás si eres capaz de hacerlo.

—Ya está bien, muchachos. Esto se acabó. Vayámonos a descansar un rato. —La Ducaine aplacó los ánimos, cogió del brazo a Lorimer y se lo llevó de allí mirándome con ojos brillantes y codiciosos. Entonces supe que ella le daría de lado tan pronto como yo le hiciera una señal. Me quedé sentado y esperé hasta verlos desaparecer. Tal vez lo hiciera más adelante pero no ahora.

Cuando salí por la puerta trasera y tomé el camino hacia la habitación barata que había alquilado a una manzana del club, Monihan me estaba esperando. Descubrí su maciza silueta antes de que me hablara y me preparé para lo que fuese.

—Quieto, pobre idiota —musitó agarrándome el brazo antes de que pudiera golpearle—. Estúpido héroe de pueblo. ¿Por qué has tenido que montar ese espectáculo ahora?

Entonces vi que el hombre me enseñaba una placa de policía, y a la pálida luz del farol callejero leí una tarjeta de identificación donde decía que él era Daniel R. Riley, sargento de detectives en la policía de Miami.

Me quedé boquiabierto mientras él me maldecía tan bien como pudiera haberlo hecho cualquier instructor en Paris Island. Casi sentí nostalgia. Cuando hubo terminado, no me dejó mucho que decir salvo mi nombre y lo que deseaba hacer.

—Sé muy bien quién eres, mentecato. Comprobé todos los datos con el jefe después de que me dejaras seco. Tu madre le telefoneó. Estaba muy inquieta por ti.

—¿Vas detrás de Lorimer?

—No. Lorimer no es nadie, sólo un músico que vive de las fulanas. Pero esa fulana específica, la Ducaine, administra, junto con sus muchachos, un pequeño negocio colateral. Venta al por mayor de píldoras: barbitúricos, anfetaminas, incluso unos cuantos fardos de hierba. Nosotros sabemos lo de las píldoras, pero no les hemos echado el guante porque quisiéramos conocer más datos sobre el resto del negocio, como quiénes los abastecen. Me costó un mes conseguir ese empleo de guardaespaldas. —Lanzó un suspiro y meneó la cabeza—. Hace dos semanas que no tienen nada, y por ello esperamos que ocurra algo pronto. El jefe telegrafió al Cuerpo de Marina sobre ti y le contestaron que eras un buen chico..., Estrella de Plata y todo eso. Así que el jefe me ha pedido que te pregunte si estarías dispuesto a ser nuestro hombre ahí dentro sólo un par de días. Estamos preparados para intervenir y nos gustaría tener un confidente a fin de estar más seguros.

—Sólo me interesa pescar a Lorimer.

—Claro. Eso ya lo sé. Lo tendrás. Él irá a la cárcel con todos los demás. No hay ni un individuo en la banda de esa mujer que no manipule drogas o haga recados al respecto.

—La cárcel no era, exactamente, lo que yo tenía en el pensamiento.

—Eso olvídalo, hijo. Bien, ¿quieres hacer la prueba o no? Debo telefonar lo antes posible.

Lo sopeé durante un minuto. Era una forma de cazarlos a todos ellos, la clase de gente que destroza otras vidas y les importa un bledo. Estaba claro que Lorimer se

había librado de mi hermana para irse con la Ducaine, y las píldoras con las que traficaba eran las que habían matado a Rose Ann.

—Está bien, ayudaré. ¿Qué quiere que haga?

—Lo que has estado haciendo hasta ahora. Familiarízate con el ambiente, coquetea con la Ducaine. Yo estaré por los alrededores como vengo haciéndolo desde hace un mes. Cada mañana llamarás a este número. Usa un teléfono diferente cada vez. Yo estaré casi siempre en la sala de billar, algo más abajo del club. Si me necesitas, grita fuerte.

—¿Y qué he de observar, concretamente?

—Nombres, cargamentos sospechosos, grandes cajas, quiénes las transportan. Cosas parecidas. Casi todas esas píldoras salen de la ciudad en camiones que hacen largos recorridos, y muchos de esos camioneros pasan por el club Paradise. Tenemos localizados a gran parte de ellos. Pero necesitamos seguir la cadena de suministro hasta llegar al abastecedor. Somos sólo tres: tú, yo, y un agente exterior. Había un cuarto hombre, pero lo encontramos muerto en un contenedor de basura la semana pasada.

—Lo haré lo mejor que pueda.

Él se alejó y yo subí a mi ramplona habitación para acostarme. No dormí gran cosa, cavilando sobre Lorimer y todo lo demás. Después del desayuno hice la prueba con el número que Riley me diera.

—Aquí Spence MacLeod —comencé cauteloso.

—Sí, diga.

—Riley me dijo que les telefoneara.

—Encantados de escucharle. —La voz del otro extremo de la línea era femenina, de tonos hondos y arrastrando un poco las palabras, agradable pero impersonal.

No se me ocurrió nada más que decir, y me quedé mirando el auricular como un papanatas. Por fin, la mujer se rió un poco.

—Bienvenido al equipo, Spence MacLeod. Informe de nuevo mañana. —Luego, ella colgó.

Cuando salí para hacer algunas compras, me sentí como un tontaina. Compré una camisa azul, una corbata de seda y un plano de Miami; luego llevé mi coche a un garaje cerca del club e hice que le cambiaran el aceite. Durante todo el tiempo estudié el barrio. Revisé de memoria el plano mientras esperaba en el garaje y vi cómo encajaba en la ciudad el área en la que me encontraba. Yo había aprendido a hacer muy bien esas cosas con mis idas y venidas en Hai Phong, Hanoi y otros lugares selectos en donde no disponía de tantos medios. En Miami era muy sencillo.

A las dos me personé en el club Paradise. El portero estaba saliendo pero se detuvo.

—Veo que ha hablado por fin con la jefa —dijo taimado.

Tal vez el hombre observara el bulto que la automática del 45 me hacía en mi cintura.

—Yo hablo siempre claro —repuse ceñudo.

El viejo escapó a toda prisa.

—Seguro que te crees un tipo duro de roer. —Este comentario lo hizo el camarero de la cicatriz mientras frotaba la barra y se disponía a servir al primer cliente de la tarde que acababa de entrar.

Me encogí de hombros.

—¿Y por qué no?

—Ese Lorimer no huirá. Él rajó al último guitarrista. Así fue como se ganó su empleo.

—¿Ah, sí? Tú procura mantenerte fuera de esto.

Después de eso, el hombre me dejó solo y yo me quedé ante la barra tomando un refresco. El alcohol no ayuda a tener puntería ni a coordinar las ideas.

Alrededor de las ocho se oyó sonar el teléfono que había detrás de la barra. Dio dos timbrazos, luego paró, y a continuación volvió a sonar. El de la cicatriz contestó.

—Vale, vale. Nos veremos a las doce.

Eso fue todo lo que pude sacar en limpio de su participación en el diálogo. Luego él hizo una señal a Lucille Ducaine.

—El de la lavandería va a traer esos paños y toallas —dijo levantando la voz.

Yo reflexioné sobre esas palabras. No parecían revestir ninguna importancia, pero aquel teléfono no había sonado ni una vez desde que yo conocía aquel local. Ahora, lo había hecho dos veces y el tipo había esperado a que parara y sonara por tercera vez. Tal vez... Me encaminé hacia el servicio de hombres tan pronto como pude y me escurrí por la puerta trasera. Había un teléfono público en la estación de servicio, al otro lado de la calle. Marqué el número que Riley me diera.

—¿Diga? —Me llegó aquel tono hondo. Por un instante me pregunté qué aspecto tendría aquella mujer.

—MacLeod. Alguien llegará por la puerta trasera a media noche. El de la lavandería, según dijeron.

—¿Algún detalle sospechoso?

Le expliqué cómo había sonado el teléfono.

—Tenga cuidado. Nosotros vigilarémos.

—De acuerdo —dije. Y colgué. Luego, me escabullí otra vez por la puerta trasera.

Nadie me había echado a faltar. Deambulé por la sala y sonreí a un par de chicas que no parecían tener más de dieciséis años debajo del copioso maquillaje. Me habría gustado haberles dicho que tomaran la puerta, se fueran a casa, se lavasen la cara e hicieran sus deberes, pero como nadie pareció preocuparse por ellas, lo dejé estar.

La tarde fue transcurriendo con lentitud hasta que la orquesta se presentó a las nueve. El labio de Lorimer lucía un hermoso esparadrapo y el hombre no me quitó la vista de encima mientras tocaba y cantaba. Yo me mantuve junto a la puerta y le devolví la mirada, sin apartarla de su rostro. Hacia las once y media, la orquesta se

tomó un descanso de quince minutos y yo les seguí por la puerta trasera. No podía quitarme a Lorimer de la cabeza. La idea se agitaba dentro de mí cual una serpiente furiosa. Cuando salí, Lorimer estaba encendiendo un cigarrillo y, de pronto, olfateé un olor muy peculiar. Ese aroma pegajoso del cáñamo socarrado: marihuana.

—¿Quieres una chupada, amigo? —me preguntó el batería con sonrisa malévola mientras esperaba a que Lorimer le pasara el cigarrillo.

—No, gracias.

Seguí adelante y me detuve ante Lorimer. Éste suspiró y se llenó los pulmones de aquel humo acre para retenerlo largo rato y expulsarlo después, muy despacio, con el aire desenvuelto de un consumidor habitual.

—No me fastidies más, buen hombre —murmuró.

—¿Cómo? Yo no te estoy fastidiando. —Pero seguí mirándole de hito en hito hasta hacerle bajar la vista. Él dio otra larga chupada y le pasó el cigarrillo al batería.

—Me estás cansando —dijo. Entonces se abalanzó sobre mí propinándome un fuerte golpe en el hombro.

Yo contesté con un contundente «un dos» que le envió dando tumbos contra unos cubos de basura.

—Si te gustan las asperezas, muchacho, vas a tenerlas —le dije.

Él saltó del suelo para precipitarse encorvado contra mí. Yo me afirmé sobre los pies y le descargué la rodilla en toda la cara. El crujido de mi rótula al chocar con su nariz resonó en el silencioso callejón. Los otros músicos se habían esfumado en la oscuridad. Lorimer logró ponerse a gatas pero no pudo levantarse. Se quedó así, agazapado, para protegerse lo mejor posible. La sangre le salía a borbotones de la nariz, y supuse que tendría algo fracturado.

Me sacudí las manos y le sonreí; luego, me encaminé hacia el interior. Le vi levantarse y caminar tambaleante hasta la puerta que yo había dejado ya atrás. Allí había un espejo en la pared, y él se detuvo para examinar los desperfectos. Se quedó anonadado, palpándose la cara con delicadeza.

—¡Maldito seas, me has desfigurado! —Y profirió una sarta de palabrotas mientras yo lo contemplaba riendo.

—Eso es muy penoso para un castigador. Ahora te será difícil atraer a las damas, ¿verdad?

Me volví para continuar hacia la sala principal, pero, en ese instante, oí que un camión frenaba fuera y recordé la trampa tendida por la Policía. Entonces, Lucille Ducaine llegó, echó un vistazo a Lorimer y ambos hablaron entre susurros mientras él me miraba con una expresión de lunático. Ella se limitó a sonreírme y mover la cabeza como si yo fuera un niño travieso cuyas diabluras la divirtiesen. Luego, ella anduvo hacia el exterior y Lorimer la siguió. Mientras yo permanecía allí, dubitativo, el camarero de la cicatriz se acercó y salió a la calle también. Entonces, yo me planté en la puerta para bloquearla.

Vi que un coche entraba por el extremo más ancho del callejón, y oí la sonora voz

de Riley ordenando a todo el mundo que no se moviera.

Un hombre que estaba descargando un saco del camión de la lavandería lanzó una maldición y se llevó la mano al interior de la chaqueta. Disparé contra él y le vi caer. Desde ese instante, el callejón fue una olla de grillos. Por el rabillo del ojo pude ver que Lorimer se escapaba por el lado estrecho del callejón y me lancé en su persecución. Se deslizó por el callejón y cruzó la calle hasta alcanzar un hueco entre dos edificios. Me lancé a la carrera y casi le di alcance. Había otro callejón detrás de los edificios.

Como aquel lugar estaba oscuro, me detuve y presté atención intentando recordar cuál era la distribución de aquella parte del barrio. Un rumor de pisadas llegó hasta mí y corrí entre las sombras; después de contornear un montón de cajones llegué a tiempo para ver cómo Lorimer desaparecía por la puerta trasera de un desvencijado edificio de tres plantas.

Yo sabía que allí había un almacén en el piso bajo y recordé que los dos pisos superiores estaban vacíos y se los utilizaba, quizá, como depósito.

Corrí hasta la puerta y, al abrirla con cautela, atisé un largo y estrecho pasillo lleno de cajas e iluminado tan sólo por la luz roja de salida sobre mi cabeza. Fue como mirar por el cañón de un arma. Me deslicé adentro y me detuve a escuchar. El ruido de pies corriendo me llegó desde arriba, de modo que me dirigí hacia la escalera. Aquel lugar olía a moho y suciedad, los olores de mil sustancias y un millar de personas se adherían a las grisáceas paredes difundiendo sus efluvios en el aire estático.

Subí los escalones sin hacer ruido, un pie primero, luego el otro. No había prisa. Pude oír a Lorimer escurriéndose escaleras arriba hacia el tercer piso.

Aquello era como un callejón sin salida, con sólo la escalera de incendios para escapar. El subir allí había sido un error. Lorimer estaba atrapado cual un mapache con un perro a su cola. Tal vez él estuviera enterado ya. Incluso un mapache lucha cuando se ve acorralado.

Atisbando con cautela en el recodo del pasillo, pude verle en el extremo final, forcejeando con la puerta de la escalera de incendios. Estaba atrancada.

—¡Lorimer! —grité.

Él gimió y se arrojó al suelo para esconderse en el rincón oscuro junto a la puerta.

—¿Eres tú, MacLeod?

No quise contestar.

—Te llamas MacLeod, ¿no? —gritó él—. Eres el hermano de Rose, ¿verdad?

—Levántate, muchacho. Hablas demasiado —respondí.

—En esa cara tuya había algo que me recordó no sé qué apenas te vi. Y ahora acabo de darme cuenta.

—Levántate y coloca las manos detrás de la cabeza.

—Esa hermana tuya..., ella no significó más que conflictos desde el instante en que la vi. Cambió mi suerte y desde entonces todo me salió mal. Pensé que sería

diferente cuando conocí a Lucille, pero me equivoqué. Eso formó parte del piojoso paquete.

Me di cuenta de su cambio de posición al oír que el parqué crujió; entonces, apunté el arma en aquella dirección. Su voz me llegó de nuevo, entrecortada y quejumbrosa.

—Ella se vino conmigo por su propia voluntad. Yo no la arrastré. Además, ella era lo bastante mayor para saber cuál sería el desenlace. Intenté convencerla de que se volviera a casa, pero no quiso. Se pegó a mí, fastidiando y suplicando.

Entonces oí otro ruido en la oscuridad y supe que él tenía un arma: había sonado el seguro de la pistola. Me tiré al suelo en el momento que él disparaba. La bala se hundió en la madera y el yeso junto a mi cabeza.

Otro disparo restalló procedente de su rincón en el vestíbulo. Yo hice fuego tres veces apuntando hacia el lugar en donde el fogonazo había delatado su presencia, y entre el estruendo le oí gritar y caer al suelo. Luego, se hizo el silencio. A través del acre humo de la pólvora pude verle retorciéndose y oír sus estertores.

—Déjame en paz, MacLeod —bisbiseó entre gemidos—. Jamás tocaré a otra mujer.

—Ya lo sé, aunque sólo sepa eso.

—Rose Ann me devolvió la sonrisa. ¿Es justo esto de ahora?

—¿Y acaso fue justo lo que le indujiste a hacer?

Él no replicó. Esperé por si se movía de nuevo, pero en seguida comprendí que si había alguien respirando en aquel inmundo pasillo, ese alguien era yo. Metí el revólver en el cinto y me volví al oír los resoplidos de Riley escaleras arriba.

—Me disponía a llevarle arrestado —expliqué—, pero él tenía una pistola.

—Por supuesto. —Riley echó un vistazo a Lorimer iluminándolo con su linterna—. Por supuesto que pensabas hacerlo. Bien, acompáñame y cuéntaselo al jefe.

# UNA CUESTIÓN DE EXPERIENCIA

*Wyc Toole*

Un coche negro, con capot blanco y el enorme e intrincado sello del sherif del condado en las puertas, se detuvo ante la estructura blanca de una casa casi oculta por un bien cuidado naranjal. Un hombre bajo y fornido, con arrugado traje negro y sombrero vaquero gris se apeó, cerró la puerta del conductor de golpe y permaneció quieto unos instantes para encender una colilla de puro embutida en la comisura de su boca. La corbata oscura del hombre había sido estirada hacia abajo y el cuello de la camisa estaba desabotonado. Mientras ascendía por el arenoso sendero hacia el porche protegido con tela metálica, el hombre sacó un pañuelo mugriento del bolsillo y se secó la nuca.

El anciano sentado a la sombra del espacioso porche miró a la pesada figura que avanzaba cansina bajo el sol abrasador del mediodía y se preguntó, caviloso, qué razones inducían al sherif Lester Gilman a visitarle. Se le habrían podido ocurrir dos millones más o menos pero ninguna de la que Lester tuviera noción.

Cuando los pasos del sherif se detuvieron ante la puerta de tela metálica, él enjuto anciano levantó la vista como si hubiera estado dormitando y le miró de hito en hito. Vestía un mono limpio de mahón azul y una flamante camisa del mismo color.

El sherif Gilman lo vio a través de la tela metálica.

—Buenas tardes, Mr. Johnson —dijo.

—Buenas tardes, Lester.

—¿Puedo pasar y sentarme?

—Claro que puedes..., siempre que dejes tu arma fuera. Las armas me ponen nervioso.

El sherif Gilman se rió, estiró el faldón de su arrugada chaqueta sobre la pistolera que llevaba al costado, y empujó la puerta metálica. Cruzó el porche con pesadas zancadas y se desplomó sobre una silla, a la derecha de Charlie Johnson.

—Eso no es lo que he oído, Charlie —observó riendo entre dientes.

—Bueno, veamos. ¿Qué es, exactamente, lo que has oído, Lester?

—¡Bah! Esto y lo de más allá..., montones de disparatadas anécdotas. Ya sabe cómo parlotea la gente. Por ejemplo, aquel sujeto que encontraron muerto a unos quince kilómetros de aquí hace algunos meses. Me gustaría saber acerca de ese caso, vaya que sí. El paisano que lo hizo merece una medalla. El muerto tenía un historial delictivo más largo que su pierna derecha. —El sherif masticó, meditativo, la maltratada colilla—. Traidor como una serpiente y dos veces más peligroso, según oí decir en Miami. ¿Sabe usted algo acerca de él, Charlie?

—Ni lo más mínimo, Lester. Un viejo como yo se limita a sentarse y mecerse mientras espera que la gente le haga una visita. No sale mucho para chismorrear. —



Los pies descalzos marcaron un ritmo ligero sobre las pulidas tablas del suelo.

—Si usted lo dice... —El sherif sonrió arrugando un lado de la cara—. Sea como fuere, no importa. Buen viaje a la mercancía podrida, es lo que digo yo.

—¿Quieres una cerveza? —preguntó Charlie tras una pausa.

El sherif asintió y Charlie entró arrastrando los pies en la casa.

Cuando el anciano regresó, el sherif cogió la cerveza, inclinó la cabeza agradecido y tomó un largo trago de la botella helada. Luego se secó la boca con el dorso de la mano.

—Ahora bien —dijo con jovialidad—, la gente suele contar algunas historias muy raras. Tal vez usted no lo crea, pero por ahí corre un rumor propalado desde Miami, según el cual usted fue, en su día, un gran hombre para las gentes del norte. ¿No le parece un disparate?

Charlie bebió su cerveza pensativo. Hizo cálculos mentales preguntándose qué sabría el sherif de los tiempos perdidos, cuando él, siendo un joven colérico y temerario, se hacía cargo de los huesos duros de roer que ningún otro quería; un agente independiente al servicio de cualquiera con el suficiente dinero para contratarle y asignarle una presa lo bastante artera para hacer emocionante la cacería y lo bastante vil para que la policía hiciera la vista gorda sobre el autor de la captura. Por último, él encontró a Sarah, averiguó algunas cosas sobre sí mismo, no le gustó lo que vio, y se trasladó a Florida con ella.

Cuando ambos llegaron, aquello era un paraje solitario y soñoliento a orillas del lago. Compraron tierra y construyeron una pequeña casa de blanca estructura, escondida entre los árboles. Hoy, él era viejo y ella se había ido. Sólo le quedaba un ensueño sutil que dormía al lado en su memoria. Desde entonces, dedicaba su vida a la joven pareja Semmes y sus pequeños, vecinos suyos. El hombre muerto que el sherif mencionara había ido con el propósito de matar a Jan Semmes y eso había sido una imprudencia por su parte porque, de haberlo hecho, Charlie habría perdido toda la familia que se proponía tener en lo que le quedaba de vida. Bebió otro trago de su cerveza y rió.

—¡Qué desatino! La gente no parece tener mucho de qué hablar estos días. —Entonces, habló bajando la voz y sin alterarse—. ¿Has venido a arrestarme, Lester? Porque si es así, más te valdrá contratar a un rebaño de abogados. Te demandaré por ocho motivos distintos y ganaré todos los juicios. Me haré contigo y con ese edificio del condado mucho antes de darme por satisfecho.

—¡Alto!, Charlie —exclamó el sherif riendo y levantando la mano—. ¡No se encrespe tanto! Ese hombre muerto no es de mi incumbencia. Yo le estaba sondeando a usted para ver si conseguía espabilarle y a fe mía que lo he conseguido. Pensé que sería posible tener un poco de ayuda por su parte.

—¿Qué clase de ayuda deseas de mí, Lester Gilman? —inquirió Charlie con cautela.

—Bueno, tengo un auténtico problema entre las manos. Verdaderamente, alguien

me lo está planteando, Charlie, y le juro que no sé cómo solucionarlo. Quizás usted...

—Te escucho, adelante. —Charlie bebió de su cerveza.

El sherif cambió el húmedo cigarro de sitio en su boca.

—¿Conoce usted esa gran urbanización al otro lado del lago? ¿Esa tan pretenciosa con solares de un acre por unidad, y campo de golf y donde las casas más baratas cuestan las noventa mil?

Charlie asintió sonriente. Él había poseído aquellos terrenos y tenía todavía ciertos intereses en la urbanización.

—Pues bien, allí hay una pareja llamada Hastings. Él es algo así como un productor de altos vuelos en el negocio del espectáculo. Es el dueño de esa enorme casa del campo de golf y tiene una piscina tan grande como el jardín de usted. Pero Hastings y su mujer se llevan bastante mal. Según cuentan los vecinos, se pelean sin cesar cuando él está en casa. Y así van las cosas desde hace un año o dos. Por fin, de esto hará ahora seis meses más o menos, él intentó divorciarse. Acudió a los tribunales y ella ganó el pleito. La siguiente noticia que todo el mundo tuvo sobre ellos fue que la mujer empezaba a hablar de divorciarse.

—No veo qué interés puede tener eso para mí —dijo Charlie malhumorado.

—Hace tres semanas, Mrs. Hastings desapareció —se apresuró a decir el sherif—. Su hermana me telefoneó el lunes para comunicarme que no sabía nada de ella desde hace dos días. Eso no me pareció demasiado raro hasta que me explicó que su hermana la llamaba cada día porque tenía miedo de su marido. Había convenido con ella que si pasaban cuarenta y ocho horas sin tener noticias de su hermana, se comunicaría con la policía.

»Aunque aquello me pareciera un poco aventurado, cogí el coche y me fui a hablar con Mr. Hastings. Él me aseguró que su esposa le había telefoneado el sábado por la mañana a su oficina para comunicarle que salía de viaje. Él no la había visto desde entonces, lo cual me indujo a indagar por los alrededores. Los vecinos la habían visto el sábado por la mañana, pero no después. Nadie ha observado su marcha. Su coche sigue allí y su hermana asegura que no falta ni uno de sus vestidos.

—¿Crees que él la mató? —preguntó Charlie.

—Estoy seguro de que lo hizo, maldita sea, puedo sentirlo, pero no encuentro el cuerpo. Y con su historia, no podríamos elaborar una acusación que se mantuviese firme ante los tribunales ni en un millón de años.

—¿Registraste la casa y el terreno?

—Fue lo primero que hicimos y puedo asegurar que no estaba allí. Él nos invitó a pasar para que registrásemos cuanto quisiéramos e incluso nos indicó aquellos lugares en donde pudiera encontrarse. Cuando un individuo colabora en una situación como ésta, siempre tengo la certeza de que me he equivocado de lugar. No obstante, nosotros registramos todo pieza por pieza, e inspeccionamos el terreno y también los colindantes, cada uno de sus cochinos centímetros.

—Quizás él se la llevara para enterrarla en el bosque —sugirió Charlie.

—¡Ni hablar! —respondió Lester enfático—. Esa urbanización tiene vigilantes en la puerta de entrada las veinticuatro horas del día. Sólo hay una carretera para entrar y salir con un alto muro de ladrillo contorneando todo el perímetro. El vigilante supervisa cada vehículo que entra y sale por razones de seguridad. Es como una base militar. Necesitas llevar una pegatina en el parabrisas para entrar y salir, o bien haber sido invitado por algún residente, quien deberá comunicarlo a la garita por teléfono. Por eso sabemos que ella no salió en un coche. Hemos indagado sobre los dos taxis que estuvieron allí el fin de semana e investigado a cada uno de los visitantes. Mr. Hastings entró allí con su coche la noche del sábado y no volvió a salir antes de mi llegada. —El sherif hizo una pausa—. No, Charlie, la mujer se encuentra todavía en algún rincón de esa urbanización. Y, por cierto, no viva.

—¿Vieron los vecinos a Hastings durante el fin de semana? —preguntó Charlie.

—¡Oh, sí! Estuvo en la piscina y en el campo de golf durante todo el domingo y el lunes. Todo el mundo lo vio. Una señora creyó haber oído pelear a los Hastings el sábado por la noche, pero él jura que eso no es cierto. Afirma que su esposa se marchó y él tuvo encendido el televisor con el volumen alto. El hombre tiene respuesta para todo.

Charlie se meció un rato, sorbió cerveza y, al fin, dijo de repente:

—Ha sido enterrada en ese campo de golf, Lester. Ahí es donde está.

—Eso es también lo que yo pienso —murmuró el sherif—. Cada vez que pasamos por allí, Hastings se pone nervioso como un gato. Parece muy seguro a primera vista, pero yo puedo olfatear esas reacciones ocultas. El problema estriba en que nosotros peinamos ese campo de un extremo al otro y no encontramos nada.

—Un campo de golf es algo difícil de inspeccionar —observó Charlie.

—Sí, por lo general. Pero éste no es un campo de golf ordinario. Es un campo de golf para personajes acaudalados. Lo que ellos denominan «terreno accidentado» es como una calle en los campos tradicionales. El cuidador del *green*, un hombre llamado Miles Jamison, adora el lugar, se conoce cada hoyo y hondonada. Si alguien hubiese excavado en algún punto del maldito campo, él lo sabría.

—No quiero insultarte, sherif, preguntándote si has revisado las hoyas de arena y agua —insinuó Charlie midiendo las palabras.

—Sondeé cada hoyo de agua, revisé cada hoyo de arena, en su totalidad. Conforme, ella está en alguna parte de ese campo pero ¿en cuál?

—¿Qué me dices de los *greens*? —insistió Charlie.

—En esas superficies tan delicadas —dijo el sherif con un movimiento negativo de cabeza—, un corte de pala sería tan ostensible como un caballo dentro de una piscina. No habría forma de cavar en una de ellas sin dejar la menor huella. Jamison manifestó que esa idea era lo más cómico que había oído en su vida. Cuando vi los *greens*, comprendí el porqué.

—¿Puedes obtener todavía un mandamiento judicial para entrar en esa casa? —preguntó Charlie.

Lester asintió.

—Está bien, entonces recójeme esta noche a las once y media. Habrá mucha tranquilidad a esas horas. Haz que Jamison se nos una en la parte trasera de la casa de los Hastings, y lleva algunas luces, algunos hombres para cavar y un par de ellos para vigilar a Hastings. Yo te enseñaré en dónde está la mujer —dijo Charlie con aplomo.

—¿Y por qué no lo hace ahora? —inquirió el sherif adelantándose en su silla.

—Porque ahora mismo lo desconozco, pero lo sabré antes de que la noche concluya. —Charlie se respaldó en su butaca y cerró los ojos.

Lester tenía muchas más preguntas que hacer, pero comprendió que aquella conversación había dado fin. Así que se levantó y se marchó. Charlie no abrió los ojos ni un instante.

Hacia medianoche, se presentaron en casa de los Hastings. Aparcado en el extremo final del callejón sin salida que flanqueaba la finca había un camión repleto de operarios y herramientas, más una batería de focos portátiles que colgaba del parachoques trasero.

—Lester —dijo Charlie apenas vio aquel camión—, a fe mía que has salido con todos los pertrechos. No vamos a necesitar más de dos hombres y un fanal de pesca.

—Bueno, ahí los tendremos por si los necesitamos —replicó Lester marcando ferozmente su húmeda colilla de cigarro puro.

Ambos anduvieron silenciosos alrededor de la casa hasta la parte trasera en donde el cuidador de los *greens*, Miles Jamison, les esperaba. Hubo intercambio de saludos.

—Escucha, Lester —dijo Charlie—. Haz que enciendan todas las luces en todas las habitaciones traseras de la casa y también las que rodean la piscina.

Lester soltó un gruñido de asentimiento y cruzó el patio. Llamó a la puerta y Mr. Hastings apareció. Durante un minuto o dos, ambos discutieron y luego, de pronto, surgió una luz verde y blanca que bañó el patio enlosado llegando hasta el campo de golf que bordeaba la parte trasera del césped.

Charlie caminó despacio por la «calle» hasta el único *green* que podía ver. Lester y Jamison lo siguieron. Varios agentes tomaron posiciones en las fachadas delantera y trasera de la casa.

Cuando el grupo alcanzó la suave alfombra verde de mi mala hierba, Charlie caminó hasta el mismo centro de ella y se quedó plantado allí, con las manos en los bolsillos de la chaqueta y los hombros inclinados hacia delante. Luego, levantó la cabeza y miró lentamente a su alrededor como si acechara algún sonido especial u oliera un aroma peculiar entre la rica mezcla de fragancias que la brisa nocturna arrancaba a las flores y los árboles tropicales. La suave luminosidad procedente de la casa llegaba hasta el borde del *green*, pero Charlie pudo ver con toda claridad a Lester y Jamison bajo ese tenue resplandor.

—¿Dónde está otro de esos *greens*? —preguntó Charlie.

—Éste es el número seis —dijo Jamison acercándose más—. El número catorce se halla a unos ciento treinta y seis metros en esa dirección. —Y señaló hacia la

derecha de Charlie—. Está demasiado oscuro para verlo.

—¿Algún otro cercano?

—No tanto como éste. Desde aquí se pueden distinguir el cinco y el siete con las luces de otras casas. ¿Los ve? —inquirió Jamison.

—Sí. —Charlie se sacó las manos de los bolsillos y se subió los pantalones—. Vale, Lester, traigamos las luces y vamos en busca de ese número catorce. —Charlie avanzó en la oscuridad siguiendo la dirección que Jamison le señalara.

Cuando todo el mundo estuvo reunido allí y los focos iluminaron el *green* catorce, Charlie caminó hasta el centro y repitió la misma rutina de husmeo y escrutinio. Era un *green* relativamente pequeño, muy suave, con una leve pendiente y cuidado a la perfección. El área de lanzamiento tenía una elevación de noventa centímetros sobre el nivel de la «calle». A diferencia del sexto, éste se hallaba protegido en sus cuatro costados por grandes hondonadas de arena. Era un *green* en donde la bola debería caer y quedarse o, de lo contrario, el jugador lo pasaría mal.

Charlie terminó su inspección del *green* e hizo señas a Lester para que se acercara. Jamison le siguió.

—Está bien, Lester, haz traer esa barra con la que hurgáis el suelo e introdúcela de costado unos cuarenta centímetros desde el borde de esta hondonada e id profundizando cada diez centímetros. Ella está enterrada debajo de este *green* —dijo Charlie con gran aplomo—. Comenzad a trabajar desde aquí. —Y señaló el centro de la hondonada de arena más distante.

—¡Eh! Un minuto, maldita sea —le interrumpió Jamison.

Lester lo miró y mascó su cigarro más aprisa.

—El poner a punto estos *greens* cuesta veinticinco mil por cabeza. Si alguien hubiese movido una sola brizna de este césped, yo lo sabría al instante..., por no hablar de enterrar un cuerpo. Van a cometer una sarta de locuras empleando esa barra de acero y destrozando mi *green* para nada. No encontrarán lo más mínimo.

Lester miró a Charlie de nuevo, guiñando ambos ojos y trasladando aprisa la empapada colilla de una comisura de la boca a la otra.

Charlie silbó entre dientes.

—¡Veinticinco mil por este parche de hierba! Yo debería dedicarme al negocio de los campos de golf. —Sonrió a Jamison y luego se dirigió a Lester—: Es curioso cómo trabaja la mente humana de arriba abajo cuando piensa en una tumba. Se puede apostar por ello una vez y otra.

Lester interrumpió la masticación de su cigarro durante un minuto completo. Luego, se lo quitó de la boca y lo lanzó a las tinieblas.

—¡Bueno! Maldita sea mi estampa —exclamó estupefacto—. Excavó la tumba de costado, ¿verdad? Bajó a la hondonada de arena y cavó por debajo del *green*. ¡Nos podíamos haber pasado la vida sondeando de arriba abajo esas hondonadas! —Dando media vuelta, gritó a los operarios que estaban con la batería de luces—: ¡Traigan aquí la barra y esas palas! ¡Y adelante con todo!

Después de diez tentativas, notaron que la punta del barreno chocaba con algo. Treinta minutos después, extrajeron el cuerpo de Mrs. Hastings. Los agentes de vigilancia fueron en busca de Mr. Hastings quien había intentado largarse apenas vio que un raudal de luz inundaba el *green* catorce.

Serían las dos de la madrugada cuando Lester dejó a Charlie en su casa. Mientras Charlie se deslizaba parsimonioso por su asiento para abrir la puerta y apearse, Lester dijo:

—No le preguntaré cómo sabía usted dónde buscar. Me limito a darme por enterado y se lo agradezco.

—Tal vez se requiera una mentalidad especial para eso, Lester. Una que no piense siempre desde arriba abajo sino también por caminos un poco tortuosos de vez en cuando. —Charlie cerró la puerta del coche sin hacer ruido.

El sherif se quedó sentado mascando un nuevo cigarro y moviendo la cabeza pensativo mientras miraba al anciano alejarse despacio por el oscuro sendero hasta desaparecer dentro de su casa.

A la mañana siguiente, Charlie estaba agachado removiendo la tierra de sus planteles de flores cuando una sombra cayó sobre él. Se volvió y levantó la vista guiñando los ojos al deslumbrante sol. Su vecina, Jan Semmes, se encontraba de pie ante él y lo miraba acusadora. Sus enormes ojos color violeta tenían una expresión fría. La mujer se recogió un mechón rebelde de pelo rojizo que le caía sobre el atezado rostro.

—¡Charlie Johnson! ¿Tienes líos otra vez con la policía? —acusó mientras sostenía con el brazo derecho sobre la cadera arqueada a su más reciente retoño, un bebé de seis meses.

Charlie se levantó despacio, se llevó una mano hacia atrás, al riñón, y la miró de arriba abajo.

—Vamos, Jan, ¿cómo se te ocurre semejante cosa?

Jan Semmes escrutó sus pálidos ojos azules y replicó mordiente:

—No te hagas el vivo conmigo, Charlie Johnson. Ayer vi al sherif por aquí, y anoche le volví a ver cuando te recogía cerca de las doce. Luego, te he oído regresar armando ruido a las dos de la madrugada. —La voz femenina fue aumentando su volumen.

El bebé soltó unos gorgoritos cuando Charlie agitó un largo dedo ante él y le hizo muecas.

—¡Cáspita! Verdaderamente no me pierdes de vista. Más me valdría andar con cuidado cuando traiga a alguna moza de tapadillo aquí.

Ella alargó una mano pequeña y morena para acariciarle la áspera mejilla.

—Charlie —dijo suplicante—, no juegues conmigo. ¿Estás metido en algún lío?

Charlie descubrió preocupación en los ojos de Jan y sintió en la cara el roce suave de su mano. Aquella chica se parecía mucho a Sarah, muerta hacía un año..., ¿o eran diez? Parecía una eternidad. El anciano salió de su ensoñación.

—No, cariño, no me pasa nada. Sólo he estado ayudando a Lester en un campo de golf.

—¡Campo de golf! —exclamó ella indignada mientras sus ojos volvían a reflejar cólera.

—Eso es —murmuró él inocente.

Jan dio un paso atrás y le miró iracunda.

—Bien, veo que no piensas hablar con sentido común esta mañana. Sigue por ese camino y verás lo que me preocupo. ¡Y encima te he estado haciendo un pastel de limón! —Jan dio media vuelta y comenzó a alejarse. De pronto, giró sobre sus talones y gritó—: ¡Tal vez sepas segar la hierba del campo de golf pero apuesto cualquier cosa a que nunca has jugado en uno!

Charlie frunció el ceño y rumió esa aseveración.

—Tienes razón como de costumbre, chiquita. Siempre fue cuestión de trabajo.

El anciano observó la espalda de Jan durante un rato mientras ésta atravesaba el arenoso patio, y luego se encorvó otra vez para seguir trabajando en sus macizos de flores.

—Sin duda sería embarazoso que a ellos les diera por agujerear demasiados campos de golf en Nueva York —masculló para sí. Pero eso había ocurrido hacía mucho tiempo, y el recuerdo se desvaneció mientras él pensaba lo bien que sabría aquel pastel de limón.

# UNA PRESA FÁCIL

*Al Nussbaum*

Sería imposible explicar con exactitud por qué los dos hombres eligieron a la anciana Mrs. Hartman como su víctima. Quizá fuera por su evidente edad y fragilidad. Tal vez se debiera al hecho de que ella hubiese salido del Banco pocos minutos antes. O puede que les hubiese atraído el descomunal bolso en bandolera que ella aferraba con aire protector o bien la circunstancia de que ella recorriese sólo una manzana entre la bulliciosa multitud y luego se desviara por una bocacalle tranquila y desierta.

Cualquier combinación de dichos factores, o todos ellos juntos, pudo haberles influido. En cualquier caso, ellos la habían avistado y marcado como presa fácil. Así pues, ambos se le acercaron por detrás y luego se separaron para situarse uno a cada lado de ella. El que iba a su izquierda le puso la zancadilla y, simultáneamente, el otro cortó la correa de su bolso e intentó arrebatárselo. Pero, en lugar de extender las manos para atenuar su caída, como ellos esperaban, la anciana de cabello canoso empleó ambas manos para agarrar fuerte el bolso y estrecharlo contra sí. Cayó sobre el pavimento y se oyó el sonido de un viejo hueso al quebrarse, pero ella no aflojó su presa en el bolso.

Uno de los hombres se arrolló el extremo suelto de la correa a la muñeca e intentó arrancarle el bolso mientras el otro pateaba a la anciana con sus botas de punta cuadrada. No hubo gritos pidiendo socorro ni alaridos. Los únicos sonidos fueron el restregar de pies contra el suelo y el jadeo de ambos hombres al forcejear con Mrs. Hartman para hacerle soltar el bolso. Los hombres estaban resueltos a apoderarse del bolso. Cada tirón de la correa iba acompañado de varias patadas para obligarle a soltar el bolso; pero las mandíbulas apretadas de la anciana y su frenética forma de agarrarlo, evidenciaron que ella estaba igualmente decidida a no dejárselo quitar.

Por desgracia, no era lo bastante fuerte para habérselas con un hombre, y no digamos con dos. Al cabo de unos segundos, el dolor y la fatiga hicieron que perdiera el conocimiento. Ellos desenredaron el bolso de los inertes dedos y huyeron, dejándola tendida sobre la acera.

Nadie presenció el ataque ni el robo. Cuando ya habían transcurrido casi quince minutos, Mrs. Hartman fue descubierta por otro transeúnte. La policía y la ambulancia llegaron simultáneamente, pero para entonces los dos ladrones estaban ya a kilómetros de distancia.

La anciana recobró el conocimiento por unos instantes cuando era trasladada en camilla a la ambulancia; volvió los ojos ensombrecidos por el dolor hacia un agente uniformado que estaba cerca de ella mirándola.

—Mi dinero —dijo con una voz tan queda que a él le costó entenderla—. Me han robado el bolso y yo tenía todo mi dinero en él.



—¿Cuánto le robaron, señora? —preguntó el agente.

—Treinta y tres mil dólares —repuso ella después de unos instantes de vacilación. Luego volvió a desvanecerse.

Aunque ella no hubiese podido decir mucho, sí fue lo suficiente para promover el latrocinio desde el nivel de delito menor al mayor de crimen. Cuatro detectives fueron enviados a la sala de urgencias del hospital para que estuvieran a mano cuando ella pudiese hablar otra vez; y un número equivalente de periodistas y reporteros de televisión se reunieron también en el hospital.

Cuando fue trasladada en la camilla rodante desde la sala de curas, Mrs. Hartman semejaba una momia. Le habían escayolado ambos brazos y una pierna, y su cabeza aparecía envuelta en vendajes. Sin embargo, salió despierta de allí y pudo contestar a unas cuantas preguntas. El sargento de detectives Kendris, un hombre fornido de cuarenta y tantos años, llevó toda la conversación. Los periodistas hubieron de conformarse con lo que pudieron captar y con las fotos que pudieron tomar.

—¿Me oye bien, Mrs. Hartman? —inquirió Kendris.

—Sí —contestó la mujer con tono débil.

—Cuando se la encontró, usted dijo al agente que le habían robado treinta y tres mil dólares. ¿Es cierto eso?

—Sí...

—¿Cómo es que llevaba usted tanto dinero encima?

—Soy... —Mrs. Hartman titubeó como si buscara las palabras adecuadas. Por fin contestó—: Soy una vieja insensata. No siempre nuestro sentido común. Una vez al año, y en ocasiones dos, retiro todos mis ahorros del Banco. Guardo el dinero en casa unos cuantos días y allí lo miro y lo toco; luego lo devuelvo al Banco. Esta vez... — Su tono fue perdiendo volumen hasta casi extinguirse— lo perdí todo.

—¿Reconoció usted al ladrón?

—Fueron dos, pero yo no los había visto jamás. Y no estoy segura de poder reconocerlos si los viera de nuevo. ¡Sucedió todo tan aprisa...!

En ese punto, el sedante que le había administrado el doctor empezó a surtir efecto y se quedó adormecida.

—Si tiene más preguntas, sargento Kendris —dijo la enfermera—, tendrá que volver mañana.

A la tarde siguiente, Kendris irrumpió en el hospital cual un oso enfurecido, mas no consiguió hablar con Mrs. Hartman. Ella había estado durmiendo todo el día y el doctor no permitió que el sargento la despertara.

Al otro día, Kendris repitió su visita. Llegó algo más calmado pero su enfado resultaba evidente. Mrs. Hartman estaba recostada sobre unas almohadas y una muchacha voluntaria, casi adolescente, le estaba leyendo el periódico. Kendris pidió a la chica que esperara fuera mientras él hablaba con la anciana.

—Veamos —dijo imperioso apenas se quedaron solos—, ¿con qué finalidad me mintió usted?

—Yo no..., sé lo que quiere decir —balbuceó ella.

—¡No me venga con ésas! Sabe muy bien de lo que estoy hablando: de sus treinta y tres mil dólares imaginarios. El robo fue difundido por los periódicos y la televisión, pero cuando fui al Banco para averiguar si tenían anotados los números de serie del dinero, me enteré de que usted jamás ha abierto allí una cuenta. ¿Por qué me mintió?

Las manos maltrechas de la mujer se abrieron y cerraron en un gesto desvalido.

—No quise que los ladrones se salieran con la suya. Deseé hacerles pagar por lo que me habían hecho.

—Pero usted *no* necesitaba mentir —insistió Kendris—. ¿No sabe usted que nosotros hubiésemos trabajado con el mismo afán para recobrar su pensión de la Seguridad Social que una gran suma de dinero?

Como ella no contestara al instante, Kendris tuvo tiempo de analizar lo que había dicho un momento antes y ver cuán ridículo era. Cuando se creyó que la cantidad sustraída era de treinta y tres mil dólares, se habían asignado cuatro detectives al caso así como varios reporteros para seguir cada uno de sus movimientos; sin embargo, ahora, él era el único asignado oficialmente y eso duraría sólo hasta que volviera a la oficina y depositara su informe en el archivo de casos sin resolver. Al menos, él tuvo la decencia de sentirse avergonzado.

—¡Oh, no quise decir eso! Estoy segura de que la policía hace todo cuanto puede sin considerar la importancia de los sustraído —dijo Mrs. Hartman.

Pero aquellas palabras tuvieron un sonido hueco para Kendris. El hecho de que aquella anciana maltratada hubiese respetado sus sentimientos más que él los de ella, le avergonzó aún más.

—Mire —dijo él con el objeto de abreviar la entrevista—, olvidemos todo este asunto —mientras hablaba, empezó a dirigirse hacia la puerta—. Si se descubre algo, le será notificado sin demora. —Y dicho esto, salió de la habitación.

La joven auxiliar voluntaria regresó. Cogió el periódico que había dejado a un lado cuando Kendris llegara y se sentó junto a la cama.

—¿Quiere que le lea algo más? —inquirió.

—Sí, por favor —respondió Mrs. Hartman—. Lea la reseña sobre esos asesinatos otra vez.

—Pero ¡si se la he leído ya cuatro veces! —protestó la chica.

—Lo sé, pero léala otra vez, por favor.

La chica carraspeó y empezó a leer: «La policía ha investigado un escándalo habido a las diez de la pasada noche en un apartamento del 895 de la Séptima Avenida. Dos hombres fueron encontrados muertos allí: William White y Jesse Bolt, que compartían la vivienda; ambos yacían en el suelo de la sala, como resultado de una lucha con navaja. Según declaraciones de los vecinos, aquellos hombres se habían pasado casi todo el día discutiendo y peleando, acusándose mutuamente de ocultar una suma de dinero. La lucha a navajazos en la que se mataron uno al otro,

fue el desenlace de un enfrentamiento que se había prolongado durante todo el día. Uno y otro tenían un largo historial de arrestos. La policía prosigue su investigación».

Mrs. Hartman sonrió a pesar de los magullados labios.

—Por favor, llámelo de nuevo —dijo con un tono de voz suave.

# UNA INVESTIGACIÓN DISCRETA

*Max van Derveer*

D. J. Opuant, un sujeto extremadamente alto, huesudo, curtido y discrepante, preguntó con tono agrio:

—Y ¿cómo es que ustedes, funcionarios públicos, se han imaginado que necesitamos ayuda?

Sus palabras fluctuaron entre nosotros en el silencio, y durante esos segundos yo conocí la ira reprimida, la curiosidad insaciable, la exasperación total y un presentimiento reavivado.

Utilicé un pañuelo para secarme la húmeda frente mientras cruzaba la habitación y me detenía ante la solitaria ventana. No hacía nada de aire. El sol achicharrante de todo el día se había hundido en el horizonte occidental hacía una hora, mas la manta de calor húmedo continuaba su presión. Las luces pálidas del pueblo se extendían dos manzanas hasta el lago, y allá, sobre el agua, varias luces de embarcación como puntas de alfiler creaban la ilusión de luciérnagas ejecutando una danza esotérica.

—Bien —inquirió D. J. Opuant—, ¿qué me contesta?

Haciendo un alarde de paciencia, me volví desde la vista panorámica hacia el hombre que, según mis expectativas, debería darme la bienvenida en Timber, repetí con toda meticulosidad por qué Chester Barrow, jefe de bomberos del Estado durante veintisiete años, me había enviado a aquella desoladora aldea de una comarca lacustre.

Pero mi aclaración cayó en saco roto otra vez. El jefe del departamento de bomberos voluntarios que servía a la localidad, incluidos los ciento cincuenta kilómetros cuadrados de costa alrededor del lago Timber, siguió mostrándose antagónico.

—¿Pretende usted decir que aquí ha habido algún tipo de juego sucio? ¿Tal vez incendio premeditado? ¿Pretende decir que alguien *prendió* fuego a la cabaña de Pepperstone?

—Los aseguradores de Pepperstone enviaron a un investigador de la compañía aquí.

—Lo sé —dijo tajante—. Vino a verme. Me hizo toda suerte de preguntas descabelladas. Eso ocurrió hace cinco..., no, seis días.

—Él opina que el incendio de la cabaña de los Pepperstone fue provocado.

—No lo fue. ¿No creerá usted que no analizo las causas?

—Supongo que lo hará.

—Pepperstone y su esposa salieron aquella noche. Estuvieron echando una cana al aire en uno de los clubes que hay al otro lado del lago. No quedó nadie en su vivienda. Pero el hecho es, Mr. Pane, que todas las pruebas evidenciaron que uno de

ellos dejó encendida una colilla, o una cerilla mal apagada, o algo similar detrás de un cajón del sofá. Este estuvo ardiendo sin llama durante largo rato. Finalmente, el fuego prendió en la alfombra y se extendió a las cortinas y el tapizado. Ya estaba muy avanzado cuando llegamos allí. Encontramos toda la estructura en llamas y no tuvimos la menor posibilidad de salvar nada.

—Ni Pepperstone ni su esposa fuman, jefe.

—Sí —dijo él con frialdad—, eso me contaron. Lo cual no significa que yo esté obligado a darles crédito.

—¿Y por qué no?

El jefe pasó a una escrespada defensiva.

—Mire, Mr. Pane, quizás ellos no fumen. Tal vez no haya sido causado por un cigarrillo ni una cerilla. Quizás hubiera una mala instalación eléctrica en el techo. Quizás el fuego comenzara por el techo para bajar hasta el sofá. Quizás algunas piezas en llamas de ese techo cayeran sobre el sofá. Tan sólo sé que todas las pruebas evidenciaron que el fuego se inició en el área de la habitación delantera donde se hallaba el sofá.

—¿Y quién, por estos contornos, podría ver con malos ojos a Pepperstone y/o su esposa?

—¿Eh?

Al fin, conseguí hacerle perder un poco su equilibrio y experimenté cierta satisfacción interna al verle sentado allí, debatiéndose con aquella nueva idea. Entonces, presioné más.

—Tiene que haber un motivo, a menos que nos enfrentemos con un pirómano. Alguna razón por la que alguien quisiera incendiar el hogar de los Pepperstone. ¿Cómo venganza? ¿Odio? Tal vez alguien quiso ahuyentar a los Pepperstone del lago, de esta zona. Quizá...

—Pepperstone no era un residente estable —me interrumpió D. J. Opuant con furia—, sépalo usted.

—Pero tenía el hábito de vivir aquí de seis a ocho semanas durante los meses de verano. Y él ha estado viniendo desde hace seis años.

—Sí, pero...

—Él y su esposa, quizás ambos, pudieron haberse creado un enemigo, o varios. Por esto estoy aquí, Mr. Opuant. Para averiguarlo. Por eso le pedí que viniera al hotel esta noche. Por el momento, prefiero permanecer en el anonimato y llevar a cabo una investigación discreta. Por otra parte, necesito a alguien con un conocimiento profundo del lago, de esta localidad y sus habitantes.

—Ese incendio no fue premeditado, joven amigo —insistió él, terco—. ¿Acaso cree usted que no conozco la obra de un incendiario cuando la veo? No en vano he sido jefe de bomberos durante dieciocho años, pero...

Se interrumpió al oírse el inicio de un lamento sordo fuera del hotel. El lamento fue adquiriendo volumen rápidamente y envolvió a la pequeña ciudad. Yo me volví

raudo y atisbé a través de la herrumbrosa tela metálica, mientras el lamento crecía sin cesar hasta terminar convirtiéndose en algo parecido a un chirrido que llenaba la habitación y me martilleaba los tímpanos.

—¡Fuego! —explotó D. J. Opulant.

Salió de estampía en respuesta al llamamiento de la sirena loca. Yo le seguí de cerca.

La apartada cabaña en la playa sur de Timber Lake era pasto de las hambrientas llamas cuando los bomberos voluntarios llegaron al escenario. Sensatamente, D. J. Opulant ordenó a sus hombres que concentraran los chorros de agua en las ramas bajas de los monumentales árboles que circundaban el calvero.

Yo me aposté en el borde del claro y estudié las llamas. Su color podría revelarme muchas cosas. Hice inventario de las turbulentas oleadas de humo, buscando la densidad negruzca del petróleo quemado. Nada. ¿No había un leve tufo a gasolina? Pensé que mi imaginación estaba engañándome. Me volví hacia los rostros que rodeaban el siniestro y supe que los espectadores de los incendios existen en todas partes, ciudad o campo; allí se aglomeraban los curiosos, los preocupados, los excitables y los impasibles. En una ciudad, el experto investigador de incendios premeditados podía encontrar quizás una cara familiar entre los grupos de mirones, un reincidente, una persona que se esforzaba por estar presente en todos los fuegos, que se estremecía de placer oyendo crepitar las llamas, alguien que, a veces, provocaba un incendio con la única finalidad de satisfacer ese anhelo. Pero allí, en aquella comarca lacustre donde todos estaban tan unidos, siempre, ante cualquier acontecimiento, incendio, accidente automovilístico, rescate de un ahogado o boda, las caras eran las mismas de cualquier otra parte. Aquí todos eran reincidentes, más bien por necesidad que por placer.

—Éste sí que es bueno, ¿eh?

Yo asentí al oír esa observación hecha por un desconocido, un hombre de unos cincuenta y tantos años que se había abierto camino hasta colocarse junto a mí. Llevaba una camisa a cuadros de cuello abierto, pantalones arrugados, gruesas botas y una gorra de béisbol; es decir, la indumentaria de los nativos. Gesticuló sonriente y me tendió la mano.

—Mi nombre es Harry Ramer —dijo con una voz profunda—. Tengo un puesto de pescado a las afueras de la ciudad. ¿Ha venido usted a Timber de visita?

—¿De visita?

—Me guió por su indumentaria, señor, eso es todo —dijo con una sonrisa franca—. Ni las gentes de aquí ni los pescadores del lago suelen ponerse esos trajes de negocios. El traje completo figura entre las cosas de las que ellos quieren prescindir cuando llegan a este lugar.

Yo clasifiqué mentalmente a Harry Ramer como un tipo observador que conocía a fondo su negocio. Hice una inclinación de cabeza para presentarme.

—Macdonald Pane. Tengo una habitación en el hotel. He llegado a la ciudad esta

tarde. Y aunque pueda parecer irónico en las presentes circunstancias, vengo para vender equipos contra incendios a los ayuntamientos. Pasé por aquí para averiguar si sus concejales están interesados.

Una mentira redonda, pero el camuflaje quedó establecido.

Harry Ramer agitó un cuerpo alto y pesado. Su sonrisa siguió siendo afable mientras señalaba a los bomberos con la cabeza.

—¿Ve usted a aquel individuo grande de allí, el que parece estar dirigiendo el espectáculo? Es Oppie, nuestro jefe de bomberos. Usted tendrá que dirigirse a él para vender en Timber, Mr. Pane. El ayuntamiento hará lo que Oppie diga. ¡Qué diablos, yo lo sé bien porque soy concejal!

Encendí un cigarrillo y pregunté como de pasada:

—En realidad, ¿quién es el dueño de este lugar?

—Un banquero soltero de este Estado. Es un sujeto llamado Jamison. Se pasa unas cuantas semanas aquí al año, en verano o en invierno. Es un fanático de la pesca, en cualquier estación del año.

¿Sería una coincidencia que en un período de diez días las cabañas pertenecientes a personas con residencia en otras ciudades del Estado hubiesen sido devoradas por el fuego en Timber Lake?

Di unas chupadas al cigarrillo mientras examinaba a los espectadores sin disimulo.

—¿Cuál de ellos es él? —inquirí.

—¿Jamison? Se marchó ayer. Ha estado aquí tres semanas pero ayer por la mañana dio por finalizada su estancia. Yo estuve en la ciudad y lo vi atravesándola con el coche camino de casa. Bueno, creo que me volveré al campamento. Parece ser que Oppie tiene todo bajo control aquí. Vine sólo por si los muchachos necesitaban ayuda extra.

Hizo una pausa y rió entre dientes.

—¡Qué diablos! Soy un perseguidor de los coches de bomberos desde que era un niño. ¿Y usted, Mr. Pane?

—Creo que todos tenemos algo de eso, Mr. Ramer.

En ese mismo momento oí a uno de los bomberos voluntarios.

—¡Eh, Oppie! —Gritaba, mientras aparecía por una esquina rodeando las llamas que iban siendo controladas—. ¡Acércate aquí, Oppie! ¡Hay un cuerpo ahí dentro! ¡Puedo verlo!

—¡Un cuerpo! —exclamó Harry Ramer—. ¡No me interesa ver eso, diantre!

Me olvidé de él mientras avanzaba por el calvero y rodeaba a mi vez la estructura en llamas. Opuvant se hallaba al frente de unos cuantos bomberos desafiando la temperatura abrasadora con brazos alzados para poder mirar por entre las llamas.

—Sí —dijo—, hay alguien ahí dentro, por descontado. Pero no conseguiremos nada si intentamos sacarlo ahora.

Pasarían horas antes de que el fuego remitiese lo suficiente para hacer posible el

rescate del cuerpo abrasado o el sondeo de la desvencijada estructura.

El trabajo con las mangueras llevaría toda la noche. Y como yo podría investigar con mucha más facilidad a la luz del día, abandoné aquel escenario para recogerme en el pequeño bar que había en el vestíbulo del hotel. Eran las once menos veinte cuando entraba en él, camino del bar, con tiempo de sobra para tomar unas cervezas.

Dos hombres ocupaban el cubículo a mi izquierda. Una atractiva muchacha, muy bronceada y atlética, de unos veinticinco años, vistiendo blusa blanca, y *shorts* color tabaco y mocasines oscuros, ocupaba un taburete al final de la corta barra. Ellos tres eran los únicos clientes que había. Me desentendí de los bomberos y sentí cómo el ánimo se me levantaba con la presencia de aquella chica. Sentada en un taburete, se inclinaba algo hacia delante, espalda recta, hombros erguidos, codos sobre el mostrador, dedos entrelazados para sostener la barbilla, piernas cruzadas, una rodilla desnuda sobre la otra y un pie enganchado detrás del tobillo del otro mientras conversaba con el joven de aspecto sano que servía detrás del mostrador.

Su conversación se interrumpió de forma brusca cuando me acerqué. El joven se apartó de la chica con una mueca para tomar mi pedido. Ella me miró; sus ojos oscuros reflejaron franca aprobación. Entonces, el joven volvió con un vaso y una botella de cerveza empañada. Arrugó la nariz y su mueca sonriente se ensanchó.

—¿Ha estado usted en el incendio, señor? —preguntó—. Puedo oler humo en su ropa.

—Sí —admití.

—Ha encontrado usted un poco de animación en nuestra ciudad, ¿verdad? Apuesto cualquier cosa a que no se lo esperaba. Le vi a usted registrándose en el hotel esta tarde.

Procuré reprimir cierta irritación por la familiaridad del joven, y me volví hacia la chica.

—Yo pensaba que todo el mundo iba a presenciar los incendios en las ciudades pequeñas —dije—. Tal vez estaba equivocado.

Ella cambió de posición y descruzó las piernas. Luego sonrió.

—Yo estuve allí, Charlie —dijo con aire divertido—. Pero da la casualidad de que no soy adicta a los fuegos. Lo soy más a la cerveza. ¿Otra, Billy?

Yo cogí mi vaso y mi botella y me senté en el taburete contiguo al suyo. Ella rió a socapa. La tapa del refrigerador de cervezas se cerró de golpe y aquel sonido me sobresaltó. El joven volvió del refrigerador con otra botella. Entretanto, su sonrisa se había desvanecido. No nos miró cuando abrió la botella con un giro de muñeca.

La chica rió otra vez cuando él le puso la bebida delante. Fue una risa amable.

—Sé un buen chico, Billy, y apúntalo en mi cuenta —dijo—, ¿quieres?

—Me llamo Macdonald Pane —dije—. Cuando él volvió la espalda, no tenía la intención de interrumpir nada.

La chica movió la cabeza mientras ponía juntos la botella y el vaso. Llevaba la melena negra corta y se amoldaba a su cabeza según la moda. Los ojos oscuros



chispearon, una sonrisa curvó las comisuras de sus labios.

—No lo hizo usted. Billy se ofende con suma facilidad, eso es todo. Él se imagina que está enamorado de mí. A propósito, soy Dee Ramer.

—¿Ramer?

—¿Le he contrariado? —preguntó entornando los ojos.

—Ni mucho menos —me apresuré a contestar—. Me ha sorprendido. No hace más de quince minutos he conocido a un hombre llamado Harry Ramer. También estaba en el incendio.

—¡Oh! —La chica asintió. Su rostro no expresó nada mientras ella asía el vaso con ambas manos—. Harry Ramer, ¿eh? Es mi padre.

A continuación, bebió aprisa del vaso. Pero el joven de la caja registradora fue quien atrajo mi atención. Le vi dar un respingo. Pareció ahogarse y una mirada dura asomó a sus ojos. Estuvo a punto de hablar pero optó por garrapatear algo en el bloc mientras apretaba las mandíbulas.

—Preciosa —dije volviéndome hacia Dee Ramer—, ahora sí tengo la impresión de haber interrumpido algo.

Ella cambió de nuevo. Su sonrisa fue resplandeciente. Puso sus dedos en mi muñeca, unos dedos cálidos, vibrantes, que me dieron un ligero apretón.

—Nada de eso —dijo con tono suave. Me analizó durante unos instantes, y percibí que la expresión de regocijo retornaba a los ojos oscuros—. Te diré lo que podemos hacer —dijo de pronto—. Tú eres forastero aquí. Te enseñaré el lago, si te apetece. Hay algunos clubes al otro lado. Y tengo coche.

Ella saltó del taburete y se plantó en toda su estatura.

—Vamos —me apremió—. De repente, no tengo más ganas de tomar cerveza aquí. Vamos a dar una vuelta.

Una vez fuera, me condujo hasta un pequeño deportivo con el capot plegado y me invitó a ocupar el asiento tipo cuchara a su lado. Resultó ser una experta al volante, y yo aproveché el recorrido hasta el final de la calle Mayor y la entrada en la carretera asfaltada del lago para considerar la actitud hostil del joven a quien dejamos atrás en el bar del hotel.

Entonces, Dee Ramer me lanzó una mirada oblicua.

—Olvídate de Billy, Macdonald. Él no es importante.

Su talante se volvió jovial de pronto y fue para mí como un tónico. El viento que me abanicaba el rostro pareció ser la primera cosa refrescante desde el alba, y me relajó con sus acometidas. La actitud de cautela y la noción del lugar donde me encontraba y del porqué de mi presencia en la comarca lacustre, fueron ajenas a mi comportamiento hasta que terminó nuestra visita al tercer club. El estruendo de la música en conserva a nuestras espaldas ahogó el rumor de las conversaciones. Tal como en las paradas anteriores, yo era consciente de los ojos que parecían revolotear sobre nosotros y de las miradas de soslayo seguidas de palabras susurradas, pero yo atribuí ambas cosas a la belleza y a la alegría espontánea de Dee Ramer. Me hice a un

lado para cederle el paso ante la puerta. Ella se topó con una masa humana que entraba en aquel instante; entonces, se puso de puntillas con un leve chillido de sorpresa y luego retrocedió.

El hombre que entraba en el club era un tipo grande, pesado y borracho. Se tambaleó un poco ante Dee Ramer hasta que un gesto de reconocimiento le iluminó la cara.

—¡Vaya! —farfulló—. ¡Hola cariño! ¿Dónde está tu viejo?

Ella frunció un poco el ceño antes de palmotear el pecho de aquella masa.

—Harry está en casa, Judson. ¿En dónde había de estar?

Dicho eso, contorneó al hombretón y salió. Cuando la seguía tuve un fugaz presentimiento que se tornó realidad al instante. Una mano me aferró el brazo.

—¡Eh, ganapán! —masculló el hombrón, ceñudo—. ¿Quién eres tú?

Me puse en guardia para afrontar lo que pudiera sobrevenir, pero, de súbito, Dee Ramer apareció a mi lado y retiró aquella manaza de mi brazo.

—Compórtate como adulto, Judson —dijo ella con frialdad.

Yo salí tras ella esperando que el hombretón nos siguiera, pero la masa permaneció quieta en el umbral como si hubiese echado raíces. Lancé un profundo suspiro cuando me dejé caer en el angosto asiento y Dee Ramer dio vida al motor del descapotable.

—¡Caray! —Dije—. Pensé que nos íbamos a meter en un lío.

—No. Judson se muestra hostil sólo cuando bebe.

—Otros hacen lo mismo en esta ciudad aunque no hayan bebido —respondí sin reflexionar.

Dee frunció el ceño mientras conducía el coche por el aparcamiento hasta detenerse en el comienzo de la asfaltada carretera del lago.

—Esta noche he conocido a su jefe de bomberos —dije intentando paliar mi error, y adopté un tono casual—. No es una persona muy amena. Desde luego, el hombre tenía un problema. Acababa de encontrar un cuerpo en la cabaña de Mr. Jamison.

—Sí —murmuró ella con aire sombrío—. Ya he oído algo acerca del asunto. Pero no puede haber sido Oscar..., bueno, Mr. Jamison. Se marchó del lago esta mañana.

—Eso me dijeron.

—Me pregunto quién... —Dee Ramer enmudeció de repente y se sumió en profunda reflexión. Por fin, movió la cabeza y me sonrió otra vez—. Bien. ¿Adónde vamos ahora?

—De vuelta al hotel —dije contra mi voluntad—. Mañana me espera una jornada muy ajetreada.

—¡¿Oh?! —Ella pareció decepcionada pero hizo virar el coche en redondo para ponerlo en dirección a Timber—. Está bien —dijo—. Pero ¿te parece que nos citemos para mañana por la tarde? Digamos, a las cuatro. ¿Te reunirás conmigo en el bar del hotel? ¿Lo prometes?

—Vale —contesté riendo y dejándome contagiar por su alegre talante—. A las

cuatro en punto.

El recepcionista del hotel, un tipo huesudo de edad avanzada, estaba acurrucado en el escalón superior de la entrada cuando Dee Ramer me dejó frente a ella. La despedí con la mano y la miré alejarse en el coche antes de ascender la escalinata.

—Veo, Mr. Pane —dijo el hombre huesudo con una risotada—, que no le produce alergia la posibilidad de que le vuelen la cabeza. Harry Ramer no simpatiza con nadie que salga con su Dee.

—¿Ah, sí? ¿Es un padre dominante? —pregunté pasando por su lado.

—¿Padre, dice usted? —gorjeó—. No, nada de eso, Mr. Pane, Harry no es un padre. ¡Pero sí un marido endiabladamente celoso!

Le hice unas cuantas preguntas rápidas y absorbí las respuestas del hombre huesudo. Diez minutos después, me senté en la cama, sudando a chorros por el calor de la habitación, intentando digerir esas respuestas. Dee Ramer era natural de Timber y tenía un marido que le doblaba la edad. Ella y Harry Ramer estaban casados desde hacía casi dos años, pero no era un secreto que ese matrimonio se había ido deteriorando hasta convertirse en una pareja incompatible. Tampoco constituía un secreto para nadie que Dee Ramer deseaba el divorcio pero Harry Ramer se negaba a concedérselo por razones desconocidas. Asimismo, Dee Ramer era testaruda y temeraria. Coqueteaba, bromeaba y atormentaba. Mas sólo los locos entre los autóctonos picaban el cebo de ese anzuelo; insensatos como Billy, el barman del hotel, demasiado joven para saber por dónde se andaba, o un hombre llamado Judson Smith, un guía de pesca demasiado grandullón y demasiado estúpido para preocuparse. Los verdaderos instrumentos de Dee Ramer para tejer la red vengadora tendida sobre su marido, eran los intrusos, los invasores que inundaban los campamentos y las cabañas de los alrededores de Timber Lake buscando una oportunidad pasajera de poder derribar el muro de la monótona rutina. Entre tales invasores (¿como yo mismo?). Dee Ramer encontraba posibilidades que eran verdaderas espinas clavadas en los costados de su marido. Y, no obstante, ninguna de esas espinas aportaba el resultado apetecido. Dee Ramer seguía siendo la esposa legítima de Harry Ramer.

Me estremecí a despecho del calor. ¡Los líos en que un tío podía meterse caminando a ciegas! Me acerqué a la ventana abierta y bajé la persiana. El trallazo en torno mío fue ensordecedor y me arrojé al suelo por puro reflejo, pero habrían de transcurrir varios segundos para que la realidad cuajara en mi cerebro y me diera cuenta de que estaba espatarrado sobre un lecho de cristales rotos. ¡Yo había servido de blanco a un tirador emboscado! ¿Qué era lo que el viejo huesudo de abajo había dicho sobre la posibilidad de que me volasen la cabeza?

La confusión, la agitación y el continuo movimiento de cabezas marcaron la hora que siguió. Una turba de desconocidos, probablemente otros huéspedes del hotel, acudieron a mi habitación atraídos por el disparo de rifle, y aumentaron la confusión, mientras que el comisario de guardia en Timber, con setenta años, según supe más

tarde, y hermano menor del recepcionista, aportó la agitación y el estupor ante lo que, según dijo, era «el primer tiroteo que puedo recordar en nuestra pequeña comunidad».

—¿Cómo es que a alguien le ha dado por disparar contra usted, joven? —me preguntó por lo que tal vez fuera la vigésima vez.

Y escuchó mi igualmente vigésima respuesta:

—No lo sé.

Abrí los brazos y empujé con afabilidad a los dos hermanos hasta la puerta.

—Mire, comisario —dije soslayando la mirada maliciosa y acusadora de su hermano—, no me han herido, me encuentro bien. Pero estoy cansado. Lo que necesito ahora es dormir.

Los hermanos no se resignaban a partir. Aquello era demasiado emocionante para dejarlo estar. Pero el comisario accedió al fin.

—Vale, joven. Pero deseo verle mañana temprano. Y el jefe de policía querrá hablar con usted. Incluso, quizás el sherif del condado quiera interrogarle, aunque tenga que venir desde la ciudad vecina. Sea como fuere, hijo, no se le ocurra salir pitando de aquí con el alba. No nos obligue a seguirle el rastro hasta el Estado de al lado.

—Voy a quedarme unos cuantos días, comisario —le aseguré—. Por desgracia.

A la mañana siguiente me desperté con una mente clara. Hacía un día luminoso y cálido a una hora relativamente temprana. El sudor cubría mi cuerpo. Eran las diez y veinticinco. Aunque había dormido más de la cuenta, permanecí tendido unos minutos mirando fijamente el marco de la ventana. Sus implicaciones me inquietaron de tal modo que deseé largarme de Timber cuanto antes, dejar atrás esta localidad para siempre. Por otra parte, el recuerdo de un cuerpo retorcido y calcinado dentro de una cabaña en llamas me abrumó. ¿Quién sería el muerto? ¿Qué hacía esa persona dentro de una cabaña presuntamente desocupada? ¿Habría quedado atrapado allí el incendiario, víctima de la conflagración desencadenada por él mismo? ¿Existiría una conexión escurridiza entre los incendios de las cabañas de Jamison y los Pepperstone?

Tomé el desayuno en una cafetería pequeña y abarrotada, contigua al hotel. La cetrina camarera anotó mi pedido con suma laboriosidad y luego me puso los nervios de punta.

—¡Eh! ¿No es usted el tío de la Protección contra Incendios del Estado? —Asintió para sí—. ¡Claro que lo es! Pelirrojo. Lunar junto a la nariz. El viejo Heller dijo...

—¿Heller? —la interrumpí encrespado.

—Bueno, el viejo Christy Heller, el recepcionista de noche en el hotel. Estuvo aquí esta mañana hacia las cinco, como siempre, y dijo que Oppie le había comentado que usted era...

—Olvídese del desayuno, señorita.

Salí de estampía, encolerizado. Cuando me confié a D. J. Opulant, me había dado cuenta de que mi presencia en Timber le molestaba, pero yo esperaba también que él respetara mi deseo de permanecer en el anonimato.

El almacén de aparejos de pesca perteneciente al jefe de bomberos estaba situado en la primera manzana de establecimientos comerciales, a cierta distancia del lago. Allí encontré a Opulant solo.

—Anoche no pegué ojo —se lamentó antes de que yo pudiera pronunciar una palabra—. Llegué aquí desde la casa de Jamison hace una hora más o menos, y ahora tengo que relevar a la parienta aquí en el almacén. ¡Lo que ha de hacer uno para poder comer! ¿Qué le preocupa, joven amigo? ¿Quizás ese cuerpo que encontramos en la cabaña de Jamison? No tenga cuidado. No se trataba de Jamison, pero él va a sentir algo más que calentura. Un tipo se gasta buen dinero para tener un lugar donde descansar, y entonces ve cómo todo se transforma en humo sólo porque a un gamberro se le ocurre allanar su vivienda y encender un fuego. ¡Qué descuidadas pueden ser algunas personas!

—Anoche le dije —exploté—, Mr. Opulant, que me gustaría llevar mi investigación discretamente.

Él enarcó las pobladas cejas y pareció sorprendido.

—Sí, recuerdo que mencionó algo sobre el querer operar en secreto o cualquier tontería por el estilo, pero...

—Así que en el primer lugar donde me detengo esta mañana, encuentro a una camarera casi infantil ¡que me identifica como el comisario de la Protección contra Incendios del Estado!

—¿Es cierto eso? ¡Hum! —Se pellizcó el labio inferior y movió la cabeza—. Mr. Pane, me parece que usted necesita aprender mucho acerca de esta región: no es el lugar apropiado para guardar secretos. En estos contornos, un hombre aparece siempre como lo que es. Su propio caso, por ejemplo. A esta hora de la mañana, la gente sabe ya que usted es un amante.

—¡Cómo!

—¡Bah! Vamos, muchacho, no hay necesidad de excitarse así. Cualquiera diría que usted está intentando ocultar algo; de lo contrario jamás se le habría ocurrido llevar a Dee Ramer como lo hizo. Usted jamás se habría exhibido tan abiertamente con ella. Desde luego, en mi opinión, usted fue un condenado loco, y tal vez hiciera lo mismo esta mañana después de que el viejo Harry le largara ese balazo. A las chicas como Dee, Mr. Pane, se las lleva al monte si se quiere...

—¡Yo no sabía que ella estuviera casada con Harry Ramer!

—¡Hum! Bueno, entonces cabe preguntarse cómo es que ella no se lo mencionó a usted.

—Mire, Opulant, tal vez le valiese más concentrarse en sus propios problemas. ¡Tiene un asesinato entre las manos, hombre!

—¿Ese gamberro que encontramos en la cabaña de Jamison? ¿Es un asesinato

eso? Me atrevería a jurar, Mr. Pane, que usted ve muchas más cosas de las que hay. Eso no fue asesinato. Eso fue, sencillamente, un gamberro que, vagabundeando por ahí, encontró vacía esa cabaña y se coló adentro buscando comida; incluso, quizás, un lugar para dormir. Entonces tuvo algún descuido con un cigarrillo o algo parecido, y...

—¿Lo han identificado?

—¡No, diablos! ¿Cómo podemos identificar a un hombre achicharrado como él estaba?

Quise inculcar algún sentido común a aquel hombre que estaba sentado tan tranquilo ante mí. Pero tuve que reconocer la lógica de su razonamiento, y comprendí que esa lógica podría ser creíble.

—Está bien —dije fingiendo una serenidad que no sentía—. Supongamos que ese individuo fuera un gamberro. ¿Hubo alguna indicación de que el fuego hubiese sido intencionado?

—Ninguna. Esa cabaña explotó. ¡Puf! Seca como la yesca.

—Supongo que no le importará a usted si echo una ojeada por allí.

—Ni lo más mínimo, hijo.

—¿Eran amigos los Jamison y los Pepperstone?

—Se conocían —respondió él, y frunció el ceño.

—¿Nada más? Dos cabañas desocupadas, cuyos propietarios son gentes de fuera del pueblo, quedan totalmente destruidas por el fuego en un período de diez días. Eso se me antoja algo más que pura coincidencia, Mr. Opulant.

—Tal vez, hijo —dijo él meditativo—, pero usted es receloso por naturaleza.

—Esa es la razón de que yo esté aquí —le recordé—. La *única* razón.

Cuando salí de su almacén y me detuve unos instantes bajo el sol abrasador, él seguía moviendo la cabeza, sumido en sus cavilaciones. El sudor me brotó por todos los poros. Hice una inspiración profunda y me encaminé hacia el otro lado de la ciudad para perder una hora miserable conversando con el jefe de policía, un gordo cerebro de mosquito que evidenció escaso interés por el tirador emboscado. Pasaban unos treinta minutos de las doce cuando fui con el coche a lo que había sido la cabaña de Jamison y me planté al lado de las todavía humeantes ruinas mientras me preguntaba, aburrido, por qué se me habría ocurrido hacerme un fisgón inspector de incendios.

Hurgué diligente por entre las ruinas y no encontré nada sospechoso. El único objeto que llamó mi atención fue un candelabro, ennegrecido y todavía caliente, hallado en lo que había sido la habitación principal. Observé su posición en el suelo en relación con una estantería carbonizada, y deduje que el candelabro pudo haber sido derribado de su sitio habitual por cualquier bombero voluntario excepcionalmente desmañado.

Cogí el coche y rodeé el lago hasta lo que fuera la cabaña de los Pepperstone. Una pared negruzca era lo único que había en pie. El calvero estaba ya lleno de malas

hierbas bastante crecidas. Caminé hasta un embarcadero. El de Jamison distaba casi dos kilómetros a mi derecha. Más allá, siguiendo la orilla del lago, se dibujaba la silueta de la ciudad. Di un suspiro y regresé a Timber, pero a las cuatro de aquella tórrida tarde me encontraba en un estado de ánimo detestable. Yo había entrevistado a ocho personas sobre las posibles relaciones entre Jamison y los Pepperstone sin hallar más conexión que la amistad superficial trabada a orillas del lago. Tampoco me había sido posible detectar entre los residentes permanentes ni la más leve sombra de antagonismo hacia una familia u otra. Asimismo revisé los archivos sobre incendios de D. J. Oplulant, y descubrí que eran de una imprecisión astronómica.

Abandoné la localidad otra vez y me dirigí hacia el extremo opuesto del lago. Era la hora prevista para reunirme con Dee Ramer en el bar del hotel. Me pregunté si ella estaría esperándome. Encontré un banco de arena aislado que distaba un dedo del agua y allí me desentendí de mis tumultuosos pensamientos. Desnudo de la cintura para arriba, me tendí al sol. Si éste insistía en difundir su mísero calor tórrido, yo debería aprovecharlo para broncearme.

El chasquido de un disparo desde las profundidades del bosque a mis espaldas y el casi simultáneo surtidor de arena junto a mi coronilla, me hicieron rodar hacia el agua soltando un aullido ronco. Luego me puse en pie de un salto y corrí encorvado y zigzagueando hasta arrojarme de cabeza entre los matorrales. Allí permanecí jadeante, escuchando los latidos de mi corazón. Sólo hubo una idea absolutamente clara en mi cabeza: alguien deseaba hacerme salir de la comarca lacustre: ¿Quién sería? ¿Se trataría de un marido celoso y violento o de un incendiario consagrado a su tarea?

Decidí que podía ser cualquiera. Con una resolución colérica que apenas eclipsaba al miedo y al instinto de conservación («¡Corre, insensato! ¡Sal de Timber!»), regresé temerariamente a la ciudad y entré con paso arrogante en el bar del hotel.

Yo no había visto el coche deportivo fuera pero Dee Ramer, vistiendo una blusa blanca flamante, los consabidos *shorts* y los mocasines oscuros, se hallaba encaramada en un taburete ante la barra. Era el único cliente. Detrás del mostrador había una chica delgada, sin formas, que me sometió a una breve inspección antes de retirarse, discretamente, al otro extremo de la barra.

Dee Ramer echó un vistazo al reloj de pared, y bebió cerveza de un vaso grande.

—Llegas tarde —dijo con tono indiferente.

—Y tú me has mentado, muñeca.

—Estás furioso —dijo Dee Ramer anonadada y bebiendo otra vez hasta vaciar el vaso. Luego, saltó del taburete, se enderezó cuán alta era, y añadió—: Creo, Mr. Pane, que tú y yo debemos conversar en otra parte. —Y cogiéndome del brazo me condujo hacia la puerta de salida.

Anduvimos en silencio por la serpenteante carretera del lago hasta encontrar un campamento de excursionistas vacío en donde aparqué el coche. Entonces, nos

sentamos uno junto al otro en una mesa del merendero, encendimos cigarrillos y yo esperé la explicación de ella.

—Anoche tú no habrías salido conmigo si hubieses sabido que yo era la esposa de Harry Ramer —dijo ella.

—¿Así de sencillo?

—Sí. Tú eras un deseo irresistible.

—Jamás he servido de blanco a un marido celoso..., hasta ahora.

Ella dio una chupada al cigarrillo.

—Ya he oído hablar acerca de eso. Pero no fue Harry.

—Ha sucedido por segunda vez esta tarde —repuse, y le expliqué el incidente.

Ella pareció profundamente alterada mientras me escuchaba.

—Tu marido da la sensación de ser un hombre muy perseverante —dije.

—No fue Harry —repitió ella, enfática—. Él no tiene rifle. No quiere que le abandone y se niega a concederme el divorcio, pero tampoco mataría a nadie para conservarme a su lado. Se guardaría mucho de hacer algo que le dejase en la precaria situación de un condenado mientras que yo permanecía libre e intangible.

—¿Por qué te casaste con él, Dee?

—Seguridad. Harry significó, y significa, seguridad, y hubo una época en que la seguridad lo era todo para mí.

—¿Ahora no?

—Estoy harta. Quiero mi divorcio, y ahora me desespero. Lo he pedido de forma razonable, he suplicado, he intentado recurrir a todos los medios lógicos para hacer ver a mi marido que ya no queda nada de lo existente entre nosotros en otro tiempo. Él se muestra absolutamente insensible. Se limita a reírse de mí y dice que estoy atravesando una fase peculiar, sintiendo hervir mi sangre joven. Así que ahora sólo queda un recurso: irritarle hasta hacerle pedir la separación.

—¿Saliendo con otros hombres?

Ella se encogió de hombros y pidió otro cigarrillo.

—Llévame otra vez a Timber, Macdonald. Se me ha ocurrido una idea acerca de ese tirador emboscado.

Guardó un silencio pensativo durante el regreso al pueblo. Yo intenté sonsacarle algo, pero ella se limitó a fumar en silencio y atajó mi interrogatorio señalándome el camino hacia un pequeño *bungalow* en el límite septentrional de la ciudad. Después que hubo llamado a la puerta, decidió hablarme.

—Billy, el barman del hotel, vive aquí con su madre. Ella es viuda desde hace más tiempo de lo que puedan recordar las gentes del lugar.

Yo fruncí el ceño.

—Aunque yo no haya salido ni una vez con él, Billy está enamorado de mí —dijo Dee Ramer con toda naturalidad—. Lo está desde hace mucho tiempo y es extremadamente celoso.

Billy abrió la puerta. Nos miró inquisitivo por unos instantes y luego intentó



cerrar de golpe. Apoyé las palmas de las manos contra la puerta y, un momento después, los dos estábamos dentro.

—Mamá no está aquí —balbuceó Billy—. Fue a...

El rifle estaba desmontado, y todas sus piezas esparcidas sobre una mesa de cocina. Había una baqueta y un trapo grasiento. De improviso, Billy dejó a un lado todo disimulo.

—¡Yo no le habría matado, señor, aunque hubiese querido! ¡No soy un asesino! ¡Sólo quise asustarle!

—Pues misión cumplida, muchacho —dije lisa y llanamente—. No hay necesidad de repetirla.

—¡Eres un lunático, Billy! —acusó Dee Ramer.

—¡Tú no deberías salir con él, Dee!

—Y tú no debieras haberte enamorado de mí.

El muchacho me miró de hito en hito.

—¿Qué se propone hacer conmigo, señor?

—No estoy seguro —dije con sinceridad. Y nos marchamos.

Mis pensamientos se atropellaron unos a otros mientras llevaba a Dee hacia el campamento de su marido. Yo podría presentar cargos contra el muchacho para conseguir su arresto pero ¿qué ganaría con eso?

Moví la cabeza atónito. Un muchacho enamorado de una chica que no le quería, tan profundamente enamorado como para exponerse a un arresto. Pareció fantástico.

Entonces, hubo otro pensamiento, y éste fue discordante. Obedeciendo a un reflejo, mis dedos se crisparon alrededor del volante. La voz de Dee Ramer se oyó a mi lado:

—¿Qué pasa, Macdonald?

—¿Conoces a ese Jamison, el tipo cuya cabaña...?

—Sí.

Su respuesta me llegó tan débil que le eché una mirada de soslayo. Estaba sentada con las rodillas juntas y los dedos de las manos entrecruzados.

—Él está soltero, creo.

—Sí.

—¿Has salido alguna vez con él? ¿Habéis hecho la ronda de los clubes? ¿Se te ha visto en su compañía?

—Sí.

—¿Y qué me dices de Pepperstone?

—Conozco a Marvin Pepperstone —dijo ella—, pero nunca he salido con él. Es decir..., no he ido a los clubes con él. Marvin está casado y...

—Pero has estado con él, ¿no? ¿A solas? ¿En alguna parte?

—Sí... A veces él salía por el lago con su embarcación y solía pescar durante un rato. Luego, yo me reunía con él en el extremo más distante del lago.

—¿Ha disparado alguna vez Billy contra ellos?

—No..., no que yo sepa. —Pareció sorprendida.

—¿Crees que él incendiaría sus viviendas aquí deliberadamente para intimidarles e inducirles a alejarse del lago..., y de ti? No es mala idea, ¿verdad, muñeca? —Esto último lo dije mientras frenaba el coche al aparecer ante nuestra vista el campamento de pescadores.

Éste era limpio y rústico. Lo componían un destartado pabellón principal y un número considerable de cabañas pequeñas salpicando el área en torno al pabellón. Cuando entré el coche en el campamento, la orilla del lago quedó a mi derecha. Bajo el sol vespertino, el agua relucía y lamía los cascos de las embarcaciones alineadas a lo largo de un muelle flotante. A unos cincuenta metros dentro del lago se veía una simétrica fila de boyas que señalaban la demarcación del campamento a los pescadores recién llegados.

Hice virar el coche en redondo y frené ante una casa recién pintada e incongruente cerca del pabellón. La furgoneta de una lavandería estaba aparcada delante de nosotros. Un hombre dio media vuelta desde las puertas del vehículo y se dirigió hacia la casa con varias bolsas de plástico colgando del brazo extendido.

Dee Ramer no pareció deseosa de abandonar su asiento.

—No puedo creer que estés refiriéndote a Billy —dijo.

—Él me largó un par de balazos, cariño.

—Sí, pero prender fuego a...

La chica dejó la frase sin terminar y se apeó de súbito del coche pues su marido acababa de acercarse a nosotros. Yo no le había oído llegar, pero percibí de repente que alguien se apoyaba en el automóvil. Respingué volviendo la cabeza. Harry Ramer se hallaba allí, con sus manazas apoyadas sobre la ventanilla abierta.

—¡Vaya! ¡Hola! —dijo con voz profunda, haciendo caso omiso de su esposa, y yo experimenté una sensación muy aguda de incomodidad.

—Encontré a una dama agobiada en la ciudad —mentí intentando dar un aire trivial a la explicación—. Sin coche y teniendo que caminar hasta aquí. Espero no le importe que yo haya hecho de taxista para ella.

—En absoluto —respondió él sin cambiar de expresión—. ¿Y cómo va con su investigación?

Me retorcí por dentro. El rumor estaba en la calle, mi verdadero propósito en Timber. Siendo así, ¿por qué aquel hombre no se manifestaba con claridad y recusaba mi historia de la noche anterior, o hacía cualquier observación maliciosa sobre cierto vendedor de equipos contra incendios que no tenía ningún equipo para vender?

—Espacio —dije—. Mal asunto el de anoche. Me refiero al cadáver en la cabaña de Jamison.

—Sí —asintió Ramer—. ¿Lo identificó alguien por fin?

—Era un ave de paso, supongo.

—Entiendo. Por aquí se suele ver esa especie a veces. Vagabundos buscando algún lugar en donde apoyar la cabeza. Es uno de los riesgos de poseer una cabaña

junto al lago, una vivienda desocupada durante la mayor parte del año. ¿Tiene usted tiempo para una cerveza?

—Me reservo ese cheque en blanco, Mr. Ramer.

—Conforme, Mr. Pane. Y gracias por traer a mi esposa... de nuevo.

Durante el regreso desde el campamento al hotel seguí respingando por dentro sobre la malicia latente de la observación de Harry Ramer al despedirse. Tal como D. J. Opuant me informara juiciosamente, había pocos secretos en la comarca lacustre.

Aquella noche de calor agobiante, el sueño tardó largo rato en llegar a mí. Rodeado de tinieblas fumé un cigarrillo tras otro y sudé. Más allá de la ventana abierta, el pueblo aparecía silencioso, como si se hubiese cubierto con una ominosa capa. ¿Habría algún incendiario por él, un asesino en potencia? Intenté imaginarme al joven Billy prendiendo fuego a las cabañas. Él vivía allí siempre y conocía el lago a fondo. Sabía cuándo llegaba la gente y cuándo se iba. Tenía la entereza requerida para ser un tirador emboscado. Me dije que no se necesitaría mucha más entereza para prender fuego a una cabaña desocupada.

El alarido espeluznante de la sirena anunciando un incendio me despertó a las tres y cuarenta y cinco minutos de la madrugada. Las llamas lamían ya la pared izquierda de la vivienda de Harry Ramer en el campamento, cuando frené el coche bruscamente ante el pabellón.

Por fortuna, D. J. Opuant y su equipo de voluntarios estuvieron prestos para intervenir esa noche. El fuego, confinado a la habitación delantera, había sido descubierto por el propio Ramer, quien dijo haberse quedado trabajando con sus libros en el pabellón hasta muy tarde cuando olió el humo y oyó el ominoso crepitar.

La aurora coloreaba ya de rosa el horizonte y se extendía perezosa sobre el campamento. Ramer y D. J. Opuant, acucillados junto a la entrada principal del pabellón, asían humeantes tazas de café.

—¿Por qué? —Ramer, sacudiendo la cabeza, se preguntó con tono sombrío y especulativo—. ¿Por qué habría de hacer ella semejante cosa? ¡Sólo sería explicable si sufriese una enfermedad mental!

Dee Ramer, con tres maletas, casi todos sus objetos personales, además de su ropa y su coche deportivo, habían desaparecido.

Yo guardé silencio y escuché los razonamientos de D. J. Opuant.

—Tengo que ser explícito, Harry. No era ningún secreto para nadie que tú y tu señora os llevabais bastante mal estos últimos tiempos.

—Sí, lo sé —contestó Ramer—. Pero ¿por qué habría de incendiar la casa? ¿No debería haberse contentado con hacer las maletas y largarse de aquí?

—Mr. Ramer, usted está llegando a una conclusión que hasta el momento carece de cualquier fundamento —tercié yo—. Tendremos que investigar para determinar si el incendio fue provocado o no.

¿Por qué razón me encontraba yo defendiendo a Dee Ramer?

—No necesito investigar nada, Mr. Pane —replicó él, mordaz—. Ha sido

provocado. No ha podido ocurrir de otra forma. Ésta es una buena casa. Fue construida hace tres años. La instalación eléctrica es excelente y...

—Reconózcalo, joven amigo —intervino D. J. Opulant—, tal como están las cosas, parece sospechoso.

—¡Maldita sea! —exploté—. ¡Cualquier otro pudo haber prendido...!

Los dos hombres me miraron severos. D. J. Opulant quiso saber más.

—¿Hay algo que no nos haya contado usted, joven amigo?

—¡No! —respondí tajante.

Ambos siguieron acribillándome con la mirada, pero yo había decidido ya no revelarles mis sospechas sobre el joven Billy, al menos no hasta que se me ofreciese la oportunidad de investigar sus actividades durante esa noche. Por alguna razón incomprensible, no confié en aquellos dos hombres acucillados ante mí, ni quise exponer al muchacho mientras no estuviese seguro sobre él.

Por fin Harry Ramer decidió insistir.

—Ella lo hizo, Oppie. Sé que lo hizo. Durante meses ella me ha estado acosando y además... —Se interrumpió y meneó la cabeza—. Esa chica está mal de la cabeza..., y lo está desde hace mucho tiempo.

Yo los dejé allí. Anduve hacia la casa, me detuve fuera y encendí un cigarrillo. ¿Sería Dee la verdadera incendiaria? ¿Habría intentado distraerme con una añagaza cuando me llevó a casa de Billy y me habló sobre el amor del muchacho por ella? ¿Habría desencadenado ella los incendios en las cabañas Pepperstone y Jamison por razones de venganza, e intentando prender fuego a la casa de su propio marido? ¿Representaría Billy una simple maniobra de distracción?

Sin embargo, yo no podía ignorar el hecho de que Billy me hubiese disparado en dos ocasiones como él mismo admitiera.

Ramer y D. J. Opulant se me acercaron. Necesité recobrar mi aplomo, examinar todo con lógica, fríamente..., según le correspondía a un investigador enviado por el jefe de bomberos del Estado.

—Ahora se ha enfriado lo suficiente —observó D. J. Opulant, señalando hacia la casa—. Echemos otro vistazo ahí dentro.

Entramos en la casa de nuevo. Antes se había explorado para indagar la desaparición de Dee Ramer y sus pertenencias pero el calor desprendido por las ruinas todavía humeantes de la habitación delantera, había imposibilitado una investigación completa. Ahora, nos plantamos en el umbral y analizamos los restos calcinados con ojo crítico.

Un pequeño globo de metal fundido, caído en el suelo en el lugar donde antes colgaran unas cortinas ante un ventanal gigantesco, captó mi atención. Recordé un candelabro ennegrecido en la cabaña de Jamison.

—Cuando estuve aquí anoche —observé con vivacidad a Mr. Ramer—, un empleado estaba entregando ropa limpia.

Durante un instante él se desequilibró.

—Sí, es cierto —dijo con aire perplejo. Frunció aún más el ceño y se estiró—. Pero ¿acaso tiene algo que ver con...?

—¿Puedo ver esa ropa limpia?

—¿Ha enloquecido usted, joven amigo? —inquirió D. J. Opulant.

—Por favor, Mr. Ramer —insistí.

Tres trajes de caballero colgaban en un armario del piso superior.

—Ahí había también dos o tres vestidos —dijo Ramer con tono ácido—, pero ella se los ha llevado, claro está.

El ánimo especulativo me dominó. Aquellos trajes no estaban cubiertos ahora con sus bolsas de plástico.

—No lo entiendo —dijo D. J. Opulant. Dimos la espalda a las puertas abiertas del armario—. ¿A qué viene un interés tan desmedido por la limpieza en seco tratándose de un momento como éste? ¿Cómo es posible que...?

—Tengo trabajo que hacer —dije cortante. Y me marché.

El único establecimiento de limpieza en seco de Timber abría a las ocho de la mañana. Ya estaba esperando en la puerta cuando el propietario llegó a las ocho y diez. Solicité se me permitiera echar un vistazo a la cuenta de Ramer durante las últimas semanas y formulé una inquietante amenaza cuando el dueño se mostró remiso.

—Si me veo obligado a ello, pediré un mandato judicial.

El hombre sacó sus libros, y unos minutos más tarde me encaminé hacia el parque de bomberos. Opulant no se encontraba allí pero yo escudriñé sus archivos otra vez dedicando especial atención a las fechas y comparándolas entre sí. Y funcionó.

Los incendios Pepperstone y Jamison, y ahora el ocurrido en el campamento de pescadores, habían tenido lugar la noche siguiente a la entrega de ropa limpia en el domicilio de Ramer, así que tuve la certeza de haber descubierto el método empleado para desencadenar los susodichos incendios. Entonces telefoneé al detective de la compañía investigadora y obtuve la confirmación de que él había encontrado un candelabro quemado en la casa de Pepperstone. Ya estaba. Un método tradicional utilizado por incendiarios profesionales y aficionados vivarachos. Una vela ardiendo poco a poco hasta alcanzar un material altamente inflamable: trozos de película, trapos empapados de gasolina o quizás una de las muy diversas mechas existentes. El tiempo que duraba el fuego hasta la consumición, permitía al pirómano hallarse lejos del escenario preparado por él cuando el material inflamable se encendía y el fuego se propagaba aprisa por la habitación hasta alcanzar cortinas, o basura, o periódicos colocados a propósito.

En los incendios de Timber Lake, dicho material inflamable había estado compuesto por tiras de plástico cuya procedencia era las bolsas empleadas para proteger la ropa que entregaba el establecimiento de limpieza en seco.

Regresé al campamento de pescadores pero Ramer y D. J. Opulant se habían marchado. Deliberé conmigo mismo. Me acomodé en el coche y revisé el

campamento desde allí: la serenidad apacible de una comarca destinada a las vacaciones reinaba en él, la actividad de los pescadores adentrándose en el lago o regresando de él, las cabañas, el pabellón, tres curiosos intentando atisbar por una ventana el área incendiada de la casa de Harry Ramer, las aguas relucientes del lago, las embarcaciones, el muelle flotante, las boyas.

Di una palmada al volante. ¿Dónde estarían Oplunt y Ramer? Ahora yo tenía a su incendiario. ¿Adonde habrían ido? Fijé la mirada en el agua tranquila. ¿Acaso los necesitaba? Me acercaría a la ciudad vecina, buscaría al sherif, formularía una denuncia y le haría expedir una orden de detención contra Dee Ramer. ¿Era ésa la solución?

Pero ¿podía yo *probarlo*?

Puse el coche en marcha y me apercibí, súbitamente, de que no podía apartar mis ojos del lago. Había algo que no concordaba. Lo intuía.

¡Ah! ¡Las boyas!

Sin darme cuenta, me dispuse a apearme. Después, conseguí dominarme y, metiendo otra vez la pierna, cerré la puerta de golpe. Pero mis ojos continuaron clavados en la línea simétrica de las boyas tipo tambor. Ahora, la simetría se había roto. Faltaba una boya en aquella alineación.

La oscuridad encubridora de la noche tardó lo suyo en llegar. Pasé el día metido en mi habitación fumando, sudando y reflexionando. El paso más lógico sería convocar a otros investigadores para exponerles de forma cuidadosa y convincente mi presentimiento, y luego formar parte del grupo que remase hasta la línea de boyas demarcadoras. Pero ¿qué tenía yo en definitiva? Una boya hundida, o extraviada. Eso era todo en lo que yo basaba mi acusación: algo que ayer existía pero hoy había desaparecido.

¿No pasaría por un necio si, una vez convocados los investigadores, se descubriese que la boya había tenido una grieta y ahora se encontraba en el fondo del lago porque estaba llena de agua?

Conduje el coche hasta un trozo apartado de playa, más allá del campamento Ramer. Apenas llegó la oscuridad, me quité toda la ropa excepto los calzoncillos y me lancé al agua. No había luna pero las estrellas difundían una tenue luminosidad en el cielo y sobre el lago. Nadé despacio, con tiento, procurando hacerlo en silencio. Al fin, alcancé la primera boya de la línea. Me agarré a ella y noté cómo oscilaba con mi peso. A brazadas lentas avancé hacia la brecha en la línea, sin perder de vista las luces del campamento y atento a la posible aparición de algún pescador. En el momento de alcanzar mi objetivo, la sensación de que me estaba comportando cual un insensato me abrumó y no esperé encontrar nada más que un cable roto.

Cuando mis manos palparon una boya totalmente sumergida, tuve la sensación de estar tocando un cuerpo muerto. Me estremecí con tanta violencia que levanté olas en el agua.

Empujé la boya que cedió a duras penas. Golpeé la que había al lado para

comprobar su flotabilidad. Se balanceó con la viveza desafiante de un corcho sobre la superficie del agua. Entonces, me volví hacia la boya sumergida y me quedé petrificado. Un alarido chocó contra mi garganta contraída cuando vi la barca de remos surgiendo ligera de entre las tinieblas. Una figura solitaria en la embarcación le dio un impulso final, levantó los remos para meterlos dentro del bote, e hizo que se deslizase hacia mí cual un fantasma a través de un pantano brumoso.

Me aferré a la borda del bote y giré con él por unos instantes. Entonces sentí que la embarcación se inclinaba sobre mí y D. J. Opulant me preguntó a bocajarro:

—Oiga, joven amigo, ¿qué diablos está haciendo ahí usted?

Diez minutos de aclaraciones y especulaciones aportaron tan sólo un fuerte resoplido de D. J. Opulant.

—Estoy convencido, Mr. Pane, de que usted tiene una cabeza como una piedra. No le he quitado los ojos de encima durante todo el día. Esta mañana, usted estaba divagando sobre limpieza de ropa en seco e incendios; después se dirigió a la tintorería y, seguidamente, revisó mis libros de nuevo. Una vez hecho todo eso, realizó una llamada telefónica, tras lo cual se vino aquí, en donde permaneció sentado un buen rato, antes de dirigirse como reguero de pólvora encendida a su hotel y no salir de él hasta su vuelta aquí esta noche. Luego, usted conduce su coche hacia un lugar en la arboleda, le veo quedarse en pelotas vivas y nadar hacia aquí, y...

—¿Por qué está sumergida esta boya? —le interrumpí—. ¿Puede explicármelo, Mr. Opulant?

—No lo sé, Mr. Pane.

—¿Está usted interesado en averiguarlo, por lo menos?

Él titubeó antes de responder.

—Podría estarlo.

—Comprobémoslo, pues.

Yo gané confianza en mi presentimiento y D. J. Opulant perdió alguna fe en sus conciudadanos de la comarca lacustre con nuestro descubrimiento.

Cuidadosamente sacamos de dentro de la boya el cuerpo doblado y exánime de Dee Ramer y lo extendimos en el fondo de la embarcación.

—Juraría —dijo D. J. Opulant jadeante—, que en algún lugar de este lago debe de haber un coche deportivo lleno de fango por todas partes.

—Sí, en algún lugar —repetí como un eco.

—¿Harry? —Me disparó, literalmente, la pregunta.

—Quemó a dos de los amantes de su esposa.

—Y ese fuego en su casa esta mañana...

—Para encubrir el asesinato.

—Pero ¿para qué matarla, Mr. Pane? Si él no quería concederle el divorcio, si él se había cargado a dos de sus amantes, si...

—Mejor será preguntárselo a él mismo, ¿no le parece, Mr. Opulant?

D. J. Opulant era un remero experto. Bogó tan aprisa hacia la playa que casi no

tuve tiempo de ponerme la ropa que él había recogido del coche y llevado consigo al lago.

Ramer abrió la puerta apenas se oyó la llamada de Opuant. Su rostro se contrajo y sus ojos nos escrutaron curiosos. Luego, el hombre palideció y retrocedió un paso cuando D. J. Opuant le dijo a quemarropa:

—Encontramos a Dee, Harry.

—Yo..., fue..., fue un accidente —balbuceó—. Ella se disponía a..., a huir. Anoche..., la encontré haciendo sus maletas. La golpeé. Y cayó. Se golpeó la cabeza contra una esquina de la cama cuando cayó. No me había propuesto..., matarla, Oppie. ¡Tienes que creerme! ¡No me propuse matarla! Yo la amaba...

Quizá D. J. Opuant se mostrara escéptico, pero yo no. Yo creía a Harry Ramer. Estaba convencido de que él había amado, verdaderamente, a su esposa, y no podía permitir que ella lo abandonara.



# LA TRÁPALA DEL GRAN RODEO

*Leo R. Elis*

El Espectro viajaba ligero. Llegó a Higginston transportado en una furgoneta de reparto sin soportar las molestias usuales de seguridad social, libramiento o tarjetas de crédito. Atisbo hacia fuera por la rendija de la entreabierta puerta posterior y luego echó una ojeada cautelosa a su alrededor. Esa forma de actuar obedeció al hábito en parte, pero esa vez le resultó tanto más necesaria por haber desestimado el grado de intoxicación de un borracho en la ciudad visitada poco antes. Aquel beodo había salido de su niebla alcohólica para descubrir la mano del Espectro dentro de su bolsillo. El tipo estaba pidiendo todavía la ayuda de la policía a voz en grito cuando el Espectro se había encaramado a la furgoneta.

El Espectro, verdadero renacuajo humano, tenía una tez cetrina, complexión menguada y sólo el pelo suficiente, si acaso, para hacer un pincel de tamaño mediano.

Decidido a saltar a tierra, se sacudió el polvo de un traje demasiado ajustado yladeó su sombrero unos cuantos grados sobre la ceja izquierda antes de palpar el único objeto existente en sus bolsillos, una pata de conejo.

El sortilegio pareció surtir efecto con una celeridad que incluso le maravilló a él mismo ya que vio una feria de condado funcionando a toda marcha en Higginston, y se debe tener presente que la mentalidad del Espectro se regía por la teoría de los porcentajes: si daba con una multitud con dinero para gastar, un porcentaje de ese dinero debería terminar en su bolsillo.

Aprovechó otro viaje gratuito hasta el emplazamiento de la feria y se aproximó al torniquete de entrada con aire confiado.

—Miembro de la Prensa activo —dijo grandilocuente.

Antes de que el portero pudiera recobrase, el Espectro se deslizó por el torniquete y se perdió entre la muchedumbre.

Procuró evitar los rediles de ganado diverso y las muestras, y se encaminó hacia el área de las atracciones. Se detuvo ante un puesto de refrescos para aspirar el aroma que despedían unos pastelillos de carne crepitando sobre una parrilla.

El encargado del puesto señaló con una espátula en dirección del Espectro.

—¡Eh, Mac! ¿Le interesa un trabajo para servir en el mostrador?

El Espectro reaccionó como un hombre a quien se abofetea. Estiró cuanto pudo su metro sesenta de talla.

—¡Muérase! —exclamó altanero, y se alejó.

Recorrió el bullicioso y abarrotado pasillo central en toda su longitud frotando el amuleto sin cesar, pero la pata de conejo no dio resultado. Las tribunas aparecieron a lo lejos y otro torniquete le cerró el paso.

Poco después llegó un trabajador tambaleándose bajo el peso de numerosas cajas

de cartón. El Espectro le arrebató, audaz, la caja superior.

—Déjame echarte una mano, compadre —dijo colocándose detrás del operario.

Más allá del torniquete, el Espectro tiró la caja al suelo y prosiguió su camino por detrás de la tribuna. Mientras tanto, iba frotando la pata de conejo con movimiento maquinal hasta que de pronto se detuvo y su flaca nariz aleteó al husmear el aire. Sí, su cerebro había recibido la onda; el amuleto de la buena suerte empezaba a calentarse en su mano.

Y fue entonces cuando descubrió su objetivo: un joven inmenso con sombrero y botas de vaquero. El blanco estaba vuelto de espaldas.

El Espectro solía lamentar el no haber empleado nunca el tiempo necesario para desarrollar la habilidad de un carterista profesional. Raras veces intentaba sondear la bolsa de un individuo sobrio, pero aquella punta de cuero que asomaba por el bolsillo trasero del joven parecía estar pidiendo un tirón. Fue como si la cartera estuviese intentado escapar al exterior para caer en la mano del Espectro.

Atacó, furtivamente, de flanco. De pronto, cuando ya tenía la cartera fuera del Levi's, se vio subiendo por el aire y mantenido en vilo por el cogote. El Espectro se quedó mirando aterrorizado la cara pecosa de un juvenil oso pardo, y no pudo contener los estremecimientos al esforzarse por encontrar algún medio de impedir que se oyera el crujido de sus propios huesos cuando se rompieran. Agitó la cartera desesperado.

—Encontré esto en el suelo —jadeó, e intentó metérsela otra vez en el bolsillo.

El gigante miró fijamente la cartera con ojos vacuos y una mueca se extendió poco a poco por su ancho rostro. Luego, dejó al Espectro en el suelo con suma delicadeza.

—¡Gracias, diantre! —dijo lentamente y con tono chillón—. Muy amable por su parte, señor.

—No tiene importancia —contestó el Espectro mientras se estiraba la chaqueta. Miró la cartera de reojo—. Claro que si usted quiere recompensar un acto patente de honradez e integri...

—Me gustaría poder recompensarle, señor —dijo el joven y abrió la cartera mostrándole el interior vacío. Luego añadió presuroso—: Desde luego, usted no podía saber que estaba vacía.

El Espectro dio un pellizco reprobador a su pata de conejo.

—Me llamo Courtney Philmore —dijo el joven mientras señalaba el ruedo detrás de la empalizada—. Yo estaba presenciando el rodeo. Vine a la ciudad para competir, pero anoche tropecé con una pareja de tiburones especializados en cartas. Se me llevaron todo el dinero para la inscripción, así que ahora sólo puedo mirar.

—Lo siento —dijo el Espectro.

Sin embargo, sintió más todavía no haber encontrado a Courtney antes que los tiburones de los naipes. Tal como marchaban las cosas quizá conviniera dejar que su suerte se fuera amoldando a las circunstancias antes de hacer otra tentativa. Se

encaramó a la empalizada. Como el Espectro no hubiera visto nunca un rodeo, estuvo contemplando con gesto sombrío la representación durante algunos minutos. Después inquirió gruñón:

—¿Qué finalidad tiene perseguir por todas partes a esas vacas enanas?

—Eso es el acoso y derribo del becerro —le explicó Courtney—. El hombre que eche el lazo y ate a su becerro en el tiempo más breve ganará buen dinero.

El Espectro se volvió hacia él.

—¿Está hablando usted de dinero contante y sonante?

—Claro. Un rodeo como éste equivale a un gran negocio.

El Espectro sintió un interés súbito e inédito por el rodeo. El número del acoso y derribo dio fin, pero ya se anunciaba otro espectáculo. Una cancela de madera se abrió de golpe y por ella surgió un vaquero encaramado sobre algo que semejaba un puñado de muelles envuelto en un cuero caballuno. El bronco brincó y se revolvió frente a la rampa.

—Debieran entrenar a ese perro antes de dejarle salir disparado por la cancela —observó el Espectro—. Con una salida semejante no ganará muchas carreras.

—Éste es el número del bronco ensillado —dijo Courtney con un quiebro en la voz—. Era aquí en donde me disponía a competir. Tal vez yo no sea demasiado bueno, pero deseaba con toda mi alma probar suerte en un gran rodeo.

El Espectro vio cómo el bronco ponía a su jinete en órbita.

—¿Ah, sí? ¿Y cuánto te pagan por dar un espectáculo como ése?

—Nada; eres tú quien paga la cuota de inscripción, y si luego consigues una alta puntuación en el tiiovivo, ganarás dinero suelto cada jornada. Y si acumulas el número máximo de puntos durante los tres días de competición ganarás el promedio o el premio gordo. Desde luego, deberás mantenerte sobre la silla hasta que suene el silbato. El dinero suelto de la jornada ronda los quinientos dólares.

La mención de los quinientos dólares activó un conmutador que puso en marcha el cerebro del Espectro.

—Las probabilidades no me suenan bien —dijo—. ¿Cómo montan la trápala en este chanchullo del rodeo?

La mirada vacua que el *Espectro* se estaba habituando a esperar apareció en el rostro del joven vaquero.

—¿Trápala?

—El truco, el cebo, el timo. ¿Cómo lo montan en este juego del rodeo para que el participante previsto se largue con el botín?

La expresión de desconcierto perduró.

—Aquí todo es legal. Si yo cabalgo mejor que los otros tipos, me llevaré el dinero.

—¿Qué forma tan necia de organizar un chanchullo!

El Espectro no pudo creer que se procediera con rectitud en nada donde hubiese la oportunidad de ganar por lo menos quinientos pavos. Algún listo habría ideado ya

la forma de arrebañar la nata; todo deporte, cualquiera que fuese, tenía siempre a alguien encargado de montar la trápala antes o después.

Pero éste era un montaje al estilo rural, un juego de catetos. Quizá los chicos listos no se hubiesen apercebido del rodeo. El Espectro empezó a acalorarse cuando se dio cuenta de que podía haber penetrado sin saberlo en tierra virgen.

—Yo he rondado mucho por los hipódromos —dijo—. Y conozco un narcótico que puede hacer remolonear a un corcel brioso. Una dosis de ese líquido a un caballo fiero, y cualquiera puede montarlo.

—¡Diantre! ¿Y quién quiere amansar a un bronco? Los jueces dan su puntuación a la cabalgadura y al jinete. Si tu bronco no bota ni se revuelve, no reunirás los puntos suficientes para ganar.

—Eso ha sido sólo una idea; hay otros ángulos. —El Espectro se había pasado la vida buscando y elaborando ángulos; ahí sería cuestión de concebir la maniobra justa de aproximación—. Tal vez pudiéramos abordarlo como un combate de lucha libre —dijo.

Courtney se echó hacia atrás el sombrero y se rascó la frente.

—No creo que sea posible hablar con un bronco e inducirle a darte un paseo.

—¡Vale, vale! —El Espectro revisó su lista y fue descartando todos los trucos que empleara en el pasado. Luego rememoró todos los ardides de que oyera hablar, pero ninguno de ellos servía para el caso. Se precisaría enfocar el dilema desde un nuevo ángulo—. Supongo que no podríamos atarte los tobillos por debajo del caballo... —murmuró esperanzado.

—Ni hablar. Si no espoleas al caballo en los ijares apenas dé el primer brinco al salir por la rampa, quedarás descalificado.

El Espectro vio que el tercer jinete besaba el suelo tal como les había ocurrido a los dos precedentes antes de que sonara el silbato de los diez segundos; si él pudiera idear algún medio para mantener a Courtney sobre la silla hasta el límite, habría grandes probabilidades a su favor.

—Concebiré algún procedimiento para que puedas cabalgar mañana —dijo.

—No tengo la cuota para la inscripción —replicó Courtney que no parecía muy esperanzado.

—Ya me ocuparé de eso una vez haya resuelto este otro asunto. No pienso arriesgar ningún dinero en la empresa hasta no estar seguro de que ganaremos. —Entonces analizó a Courtney—. Entretanto, he de hacer algo contigo. Acompáñame.

El Espectro condujo al joven vaquero hasta el puesto de refrescos. Allí consiguió convencer al dueño de que le procurara un trabajo a Courtney detrás del mostrador.

—No —dijo el dueño después de que el Espectro le expusiera su solicitud—. No pienso pagarte un anticipo sobre el salario del muchacho, y tampoco darte una comisión por haberme encontrado un dependiente. Ahora, lárgate antes de que me enfade.

El Espectro se encogió de hombros y se volvió hacia Courtney.

—¿Cuánto metálico llevas encima? —inquirió. Y cogiendo la moneda de cincuenta centavos que el otro le enseñaba, se la embolsó—. No necesitarás esto. Nos encontraremos fuera de la entrada principal a la hora del cierre. —Y le advirtió—: No toleres que este elemento te pague con hamburguesas.

El Espectro abandonó la feria. Cuando se acercaba a la parada del autobús, descubrió una pequeña aglomeración. Se metió entre los mirones atraído cual una mosca por un tarro de miel. Desde el centro de la muchedumbre oyó la voz melosa, líquida del individuo conocido por Parker, *el Untuoso*. El Espectro se abrió paso hasta las filas delanteras y allí pudo observar al rollizo sujeto que trabajaba detrás de una mesa.

En tiempos pretéritos, el Espectro había rateado por cuenta del Untuoso. Por aquellos días, le encantaba utilizar el filo de una navaja, y, en ocasiones, había dejado buena prueba de las múltiples aplicaciones de un pelapatatas. Ahora, esperaba que el empresario estimara oportuno emplear otra vez sus servicios por un par de pavos. El canoso e inmaculado Parker, *el Untuoso*, alzó un pequeño frasco. Sus ojos recorrieron los rostros y cuando se detuvieron por un instante en el Espectro, el hombre hizo una inclinación de cabeza casi imperceptible.

—Entre las múltiples maravillas de la era atómica, esta que tengo en mis manos, amigos míos, ha demostrado ser la más valiosa para vosotros y para mí —dijo el Untuoso mientras sacudía el frasco—. Esta fórmula fue concebida detrás de puertas herméticas en donde se leía «Alto secreto» y ahora se encuentra bajo custodia en una cámara acorazada del Pentágono. Se trata de una sustancia milagrosa que conserva la piel metálica de nuestros misiles cuando surcan zumbando el espacio.

«Así que el Untuoso está largando pegamento», pensó el Espectro. Echó una ojeada a la muchedumbre pero no movió ni un dedo. El Untuoso le partiría una pata si él intentara darle el golpe allí.

—Basta ya de desechar los objetos rotos —habló con voz suave el Untuoso, empleando un tono persuasivo—, no necesitáis hacerlo. Aferrador los reparará dejándolos mejor que nuevos. —Diciendo esto, cogió uno de los diversos artículos remendados que había sobre la mesa—. Según podéis ver, este mango de martillo se aserró por la mitad, y bastó una sola gota de Aferrador para mantenerlo unido otra vez. —Acto seguido, lanzó el trozo de madera a un hombre—. Examina la junta, amigo; pruébala como creas adecuado; intenta quebrantar la tenaz unión.

Mientras el espectador golpeaba el suelo con el mango del martillo, el Espectro dejó vagar la mente acerca de su propio dilema. Todavía no había ideado el procedimiento para amañar la cuestión del bronco.

—Aferrador consigue soldar cualquier materia a otra: el vidrio al metal, la madera al metal, el paño al cuero. Una vez aplicado este milagroso fluido y juntadas a presión ambas superficies, ninguna fuerza de este mundo podrá separarlas otra vez.

El Espectro escuchó la charlatanería con su pensamiento consciente mientras su subconsciente afrontaba todavía el problema planteado. Él quería hallar el medio para

mantener a Courtney atornillado sobre la silla; por su parte, Parker, *el Untuoso*, aseguraba poseer un producto que pegaba cualquier cosa.

—Os doy mi palabra de honor que Aferrador repara cualquier cosa salvo un corazón roto, y mantiene adherido todo lo existente excepto una esposa díscola.

El Espectro esperó impaciente mientras el Untuoso vendía unos cuantos frascos de su mercancía, y por fin entró en acción cuando el charlatán empezaba a plegar su mesa.

—¿Qué tal va la vida, Untuoso, querido compadre? —exclamó afable el Espectro.

—Si se trata de un sablazo, Espectro, estoy limpio —dijo el sacamuelas, sin alzar la mirada.

—¡Eso sí que es chusco, Untuoso! ¿Por qué habría de buscar yo dinero si estoy manipulando el asunto más fenomenal desde el atraco Brink?

El charlatán colocó el último de los artículos dentro de su cofre.

—Pago una cuota respetable para operar en esta ciudad. Pero si las autoridades locales me ven hablando contigo, revocarán mi licencia.

—¡Ja, ja! ¡Eres un buen humorista, Untuoso! Oye, ¿es bueno de verdad ese Aferrador tuyo? Quiero decir que si une, realmente, los materiales.

El Untuoso cerró su cofre con un golpe de pestillo.

—Es un buen producto, y te costará un pavo por pieza, al contado, igual que a cualquier otro.

—Pero escucha, Untuoso —dijo el Espectro cambiando inopinadamente de parecer—, puesto que podríamos ser socios en este asunto, pensé...

El Untuoso le miró con ojos pálidos, fríos.

—Para mí, ese arreglo sería como coger de la mano a un tipo sentado en la silla eléctrica.

El charlatán se colocó la mesa plegada bajo el brazo y alargó la otra mano hacia su cofre.

El Espectro lo agarró del brazo.

—Mira, Untuoso, préstame unos cuantos frascos de ese Aferrador. Mañana noche te daré cien pavos, de seguro. Juro que te los daré.

El Untuoso se encaró con él, mientras una sonrisa angelical iluminaba su rostro redondo.

—Dame la mano para sellar eso, Espectro. Pero, primero, córtatela por la muñeca..., necesitaré una garantía.

El Espectro tomó el mismo autobús hacia el centro urbano; luego, siguió al Untuoso hasta su hotel discretamente. Se sopló los últimos cincuenta centavos en un perrito caliente y un caté, luego se echó a la calle y buscó un almacén de madera. Cuando lo hubo encontrado, se sacó un calcetín y lo llenó de serrín.

Dos horas después, Parker, *el Untuoso*, apareció en el comedor del hotel, y mientras el Espectro se mordía las uñas en un portal, al otro lado de la calle, el charlatán comió a dos carrillos sin dejar ni una miga del monstruoso menú. Después

de ingerir varias copas de café, el Untuoso agarró mesa plegada y cofre y abandonó el hotel.

Dos figuras avanzaron por la tenebrosa calle. El hombre rollizo andaba contoneándose delante; por su parte, la figura flaca y achaparrada se deslizaba de manera furtiva acercándosele con cada paso. El hombre en cabeza descendió de la acera para cruzar un callejón. Entonces, el que le iba detrás se movió aprisa. Un calcetín lleno de serrín surcó el aire veloz y descargó un golpe sordo sobre la coronilla del hombre rollizo.

El Untuoso se tambaleó y ya empezaba a desplomarse, cuando el Espectro lo sujetó y lo arrastró hacia el callejón.

—Esto es lo que te ganas por no confiar en mí —masculló mientras se arrodillaba y forzaba la cerradura del cofre. Extrajo varios frascos y los traspasó a sus bolsillos. Luego, dedicó toda su atención al hombre desvanecido.

El Untuoso le había mentado; aquel charlatán no estaba limpio. Llevaba un rollo de billetes no muy grande y algún dinero suelto.

El Espectro salió del callejón a toda prisa y se escabulló entre las sombras.

Cuando la feria cerró aquella noche, el Espectro se reunió con Courtney fuera de la entrada principal. Aligeró de su salario al joven.

—Procura dormir bien esta noche —le recomendó—. Mañana montarás uno de esos broncos.

Courtney le escrutó con una expresión nueva en sus ojos, concretamente, admiración.

—¡Diantre, Mr. Espectro, usted es formidable!

—Sí —dijo éste ladeándose el sombrero—, estoy de acuerdo.

Después de pasar una buena noche en un hotel más bien mediocre, el Espectro desayunó y volvió a la feria. Encontró a Courtney esperando con la paja de las cuadras adherida a su ropa todavía. El Espectro examinó a su nuevo pupilo con ojo crítico.

—Tal vez yo debiera hacer que primero te movieses por la carretera para ponerte en forma.

—No necesito trabajo de carretera, Mr. Espectro. Los jinetes de broncos trabajan sentados.

—Quizá tengas razón —dijo el Espectro frotándose las manos—. Bien, lo primero que haré como entrenador tuyo será inscribirte para la prueba principal. ¿En dónde encontraré al organizador?

Cuando Courtney le hubo indicado dónde se hallaba la oficina, el Espectro fue a ella y pidió que el secretario del rodeo expidiese una autorización a Courtney para cabalgar con pago diferido. El secretario se negó de plano. El Espectro amenazó con retirar a su muchacho pero, finalmente, sacó algunos billetes del rollo del Untuoso. Recogió el recuadro de tela con un número para que Courtney se lo pusiera a la espalda y luego fulminó con la mirada al secretario por encima del mostrador.

—¡Le participo que el día menos pensado compraré esta organización de tres al cuarto! —vociferó—. ¡Y lo primero que haré entonces será despedirle!

Entretanto, Courtney se había apostado cerca de una cuadra para esperar al Espectro. Cuando le vio llegar, el joven vaquero señaló con orgullo una silla de montar que había tomado prestada.

—Y también tengo mis zahones —anunció.

El Espectro se constituyó en espectador mientras Courtney se abrochaba los zahones; luego, inspeccionó la parte trasera, en donde el asiento de los Levi's quedaba al descubierto, si bien oculto parcialmente por las perneras del zahón.

Asintió satisfecho y sacó uno de los frascos de pegamento del Untuoso.

—Aquí está nuestra pequeña mina de oro. Ahora, escúchame bien y te explicaré el busilis.

Los ojos de Courtney se dilataron mientras le escuchaba.

—Diantre, eso suena estupendo, Mr. Espectro. Pero no sé si el uso de pegamento será legal.

- ¡Legal o no, me es igual! —replicó tajante el Espectro. Entonces, percibió la expresión terca en el rostro de Courtney y optó por otro tono—: Mira, muchacho —dijo—, los pugilistas se vendan las manos debajo de los guantes, ¿no es cierto?

—Supongo que sí.

- ¡Claro! Y los jugadores de rugby llevan almohadillas en los hombros y cascos. Pues bien, no hay ninguna diferencia entre eso y untarse los fondillos de los pantalones con pegamento. La finalidad de ellos es procurarse una ventaja. Lo mismo cabe decir de nosotros..., ya que ese procedimiento aumenta nuestras probabilidades.

—Si usted lo cree así, Mr. Espectro, de acuerdo. Pero me pregunto qué dirán las autoridades del rodeo cuando lo descubran.

—No van a descubrirlo —se apresuró a decir el Espectro—. Si los demás jinetes empezaran a usar Aferrador, tú no serías jamás el que llevase la batuta en este chanchullo del rodeo.

—Sí, supongo que usted tiene razón. Vale. Guardaré el secreto.

Los broncos fueron sorteados poco después del mediodía y se relacionaron los emparejamientos en el tablón de anuncios. A Courtney le tocó un bronco llamado *Destrucción*. El Espectro hizo algunas indagaciones. Averiguó que *Destrucción* estaba conceptuado cual un saltador óptimo que garantizaría un buen espectáculo a juicio de los jueces. También intentó saber hasta qué punto era conocido su muchacho, pero nadie había oído hablar jamás de Courtney Philmore.



El Espectro se pasó una hora entera predicando la invulnerabilidad de Aferrador. Quiso asegurarse de que su muchacho tuviera el suficiente aplomo cuando pisase el ruedo.

—Sólo hay una pega —reconoció—. Este Aferrador sale caro, y me costó no poco conseguir unas pocas. No sé como saldremos del paso. Y además, es muy difícil de librar.

- ¡Mala cosa, diantre! —Courtney parecía preocupado.

—Sí, pero tal vez encontremos alguna solución más adelante.

El Espectro averiguó que Courtney sería el último jinete en salir por la rampa. Así pues, esperó a que el espectáculo de los broncos estuviese mediado para reunirse con el muchacho detrás de un camión.

—Dobla el espinazo —le ordenó.

Cuando el joven obedeció, el Espectro le vertió un frasco de Aferrador en los ajustados Levi's.

Courtney pegó un bote.

- ¡Eh! ¡Esa porquería está helada!

—Déjate de tonterías —dijo irritado el Espectro haciendo que se agachase otra vez. Le aplicó dos frascos más y esparció el pegamento con una pequeña paleta—. Ahora, vete a la rampa y colócate sobre la silla antes de que el pegamento se seque.

El joven vaquero se alejó caminando como un pato, con las dos perneras del zahón batiendo a ambos lados.

El Espectro comenzó a pasear en círculos. Sacó su pata de conejo y se la frotó contra la oreja; luego, la devolvió al bolsillo del pantalón y reanudó la caminata en línea curva.

Cuando el megáfono colgado del poste anunció la salida del último jinete en la prueba del bronco ensillado, el Espectro corrió al escenario del espectáculo y se encaramó al travesaño superior de la cerca.

—¡Courtney Philmore saliendo por la rampa cuatro sobre *Destrucción!* —vociferó el altavoz.

La cancela se abrió. Un alazán con cabeza de martillo se disparó, explosivo, por ella. El bronco tocó el suelo con las cuatro patas y partió otra vez por los aires, esta vez trazando una curva del tipo arco iris. *Destrucción* realizó tres giros consecutivos pasmosos y después inició unos saltos de marsopa en serie por todo el ruedo.

El Espectro oprimió su talismán con una mano mientras utilizaba la otra para taparse los ojos.

Courtney permanecía sobre la silla, balanceaba las piernas. Montaba al bronco..., no con donaire sino más bien al estilo de un luchador dominante que hace tiempo hasta que suena la campana.

El silbato sonó. El Espectro atisbo a través de sus dedos. Vio que su pupilo seguía sobre la silla y comprendió que su truco había dado resultado.

El altavoz proclamó la noticia de que los jueces habían concedido ciento setenta y dos puntos a Courtney Philmore por su monta. Eso no significó nada para el Espectro, pero, unos momentos después, la misma voz anunció que los ciento setenta y dos puntos hacían de Courtney Philmore el jinete con la puntuación más alta de la jornada.

El Espectro se aferró al madero para evitar la caída.

—¡He ganado! —coreó—. He arrebañado el premio de quinientos dólares.

—Enhorabuena —dijo una voz sedosa a sus espaldas.

El Espectro miró hacia abajo, vio a Parker, *el Untuoso*, y saltó a tierra. El Untuoso no organizaría escándalos aquí; el Espectro sabía que aquel charlatán tenía demasiado orgullo profesional para delatarle a los polis. Esa convicción hizo gallear al hombrecillo que sacó el pecho y dijo:

—Estás hablando con un especulador de talla. Intenté hacerte partícipe en esta operación, pero tú eras demasiado sagaz para cooperar ahí, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo muy bien. —El rostro de tahúr permaneció impasible mientras el Untuoso se llevaba una mano a la nuca—. Anoche me ocurrió una cosa singular cuando iba camino de la feria. Alguien me acogotó por detrás.

—¡No me digas! —exclamó el Espectro fingiendo solicitud—. ¡Qué cosa tan horrible!

—Pues sí. El culpable se llevó mi rollo de billetes y los frascos de mi cofre —dijo el Untuoso poniéndose después un cigarrillo entre los labios, después disparó un encendedor y tocó apenas la punta del pitillo con la llama—. Al principio, no pude explicarme por qué le interesaría a nadie llevarse toda mi mercancía —continuó muy despacio mientras expulsaba una nube de humo—. Y entonces recordé a cierto tipejo agusanado que había ambicionado, desesperadamente, echarle la zarpa a unos cuantos frascos de Aferrador.

—No puedes aportar la más ínfima prueba.

—Puedo probarlo para mi propia satisfacción —dijo el Untuoso con entonación afable—. Hoy, una vez descubierta la trama, vigilé al susodicho tipejo.

—Así que lo sabes. Vale —explotó el Espectro—. ¿Qué crees poder hacer al respecto?

—Sólo un chiflado creería que es posible pegar a un hombre con cola a una silla de montar —repuso el charlatán, sacudiendo después la ceniza del cigarrillo.

—¡Pues la cosa ha funcionado! —vociferó el Espectro. Y señaló el ruedo—. Tú lo viste con tus propios ojos. Ese caballo no pudo con mi muchacho.

—No fue el Aferrador lo que le mantuvo en la silla sino la psicología. Tu muchacho es un crédulo, lo cual significa que resulta ser más estúpido todavía que tú. Él pensó que estaba pegado a la silla, y permaneció sobre ella. Tuviste suerte —continuó el Untuoso—. *Destrucción* era el de más categoría en la liza. Ese bronco

acumuló los puntos que le faltaban a tu muchacho.

—Vale. Tal vez el Aferrador no surtiera efecto. Pero mientras ese inmenso mono lo crea así, jugaré sobre seguro.

—Yo no contaría con eso —dijo sonriente el Untuoso—. Algún día tu muchacho tendrá la terraza lo bastante despejada para preguntarse cómo es posible que pueda bajar de la silla una vez ha sonado el pito. Temo, Espectro, que este negocio tuyo sea irrepetible. Mejor será que te agarres bien a tu dinero.

El Espectro miró marchar a Parker *el Untuoso* con sentimientos encontrados. Si el charlatán no estaba equivocado, él tendría que deshacerse de Courtney. Pero el Espectro pensó que, ante todo, había hecho una buena siembra, quinientos pavos, y toda la cosecha era suya; no permitiría que nadie le quitase ni un centavo de ese dinero. Él cobraría la recompensa y se sacudiría el polvo de aquella ciudad; pero esa vez no se largaría en una furgoneta de reparto.

Las autoridades del rodeo demostraron ser tan correosas para la entrega de premios como para la concesión de créditos. Dijeron que sólo pagarían al jinete: sin Courtney no habría metálico. Cuando el Espectro se puso belicoso, lo echaron a patadas de allí con la recomendación de que no se le ocurriese volver.

Al Espectro se le antojó detestable el hecho de que su dinero pasara por manos de un intermediario, pero no tuvo más opción que entrevistarse con Courtney.

El joven vaquero pareció preocupado cuando el Espectro se le acercó.

—No puedo quitarme los pantalones —dijo—. Están pegados.

—Más tarde resolveré eso. —El Espectro empujó a Courtney hacia la oficina del rodeo—. Ahora recoge el dinero y tráemelo sin demora. Te esperaré ante la entrada principal.

Courtney se alejó caminando con piernas rígidas y sacudiendo la cabeza maravillado.

—¡Diantre, ese Aferrador es una materia terrorífica! ¡Vaya que sí!

El Espectro no tuvo ni idea de lo que les costaría a las autoridades del rodeo soltar la pasta, pero le pareció haber estado paseando durante una hora. No le preocupó la posibilidad de que su muchacho le diese esquinazo; el Espectro había previsto esa eventualidad plantándose ante la única salida del recinto. Además, Courtney era demasiado honrado y torpe para urdir una argucia semejante.

Courtney reapareció surgiendo de la multitud, con su cara pecosa contraída en una mueca festiva. El Espectro se precipitó hacia delante alargando la mano.

—Suelta los quinientos —dijo con voz enronquecida.

El joven continuó gesticulando pero no hizo el menor movimiento hacia su bolsillo.

—No salgo de mi asombro al comprobar lo terrorífico que es ese Aferrador —comentó.

—Eso lo has dicho ya antes. —El Espectro agitó impaciente los dedos.

—¡Diantre! El Aferrador pega todo salvo un corazón roto, y retiene todo menos a

una esposa díscola.

Un temor frío, helado, oprimió el pecho del Espectro.

—¿Dónde has oído decir esas palabras? —inquirió.

—Las pronunció el hombre que me dio esto. —Acto seguido, Courtney se echó mano al bolsillo.

El Espectro le arrebató la cuartilla y echó un primer vistazo a la escritura con pavor creciente.

*A quien pueda interesarle:*

*Mediando la debida retribución, se le han concedido a Courtney Philmore los derechos exclusivos sobre Aferrador en el Estado de Oklahoma. Se ha convenido, además, que él podrá comprar cantidades ilimitadas del producto a precio de saldo, es decir, un dólar por frasco.*

—No tiene ya por qué preocuparse, Mr. Espectro —dijo encantado Courtney—. Ahora podremos utilizar todo el Aferrador que necesitemos para convertirme en un campeón.

El Espectro sollozó al leer las líneas finales que se hicieron cada vez más borrosas a través de sus lágrimas.

*Por la suma de quinientos dólares en efectivo, renuncio a toda reclamación por daños, lesiones y sentimientos agraviados así como pérdida de dinero y de mercancía.*

Firmado:

Parker, el Untuoso.

# EL ORO DEL LOCO

*Gil Brewer*

Él estaba tendido boca abajo sobre la pizarra gris caldeada por el sol encima de la cascada, junto al agua arremolinada, y vigilaba la cabaña del calvero más allá del remanso. La luz del sol vespertino hacía bailar diamantes en el agua. La mano que agarraba la culata del rifle le sudaba. Aunque él no pudiera verles, sabía que Harvey se hallaba allá abajo con Terese.

Él se encontraba en el borde mismo del saliente de pizarra, una verdadera atalaya. La cabaña estaba cerca del fondo de la cascada, una caída vertical de treinta metros.

Él seguía intentando convencerse de que lo hacía por amor.

Cerca del saliente, en el agua, crecían raíces como dedos. Sobresalían del agua unos quince centímetros, quizá, centenares de ellas..., pardas, anzuelos relucientes y cebados con brotes verdes. Crecían al borde de la misma cascada.

El rugido de agua torrencial golpeando las rocas del fondo rompía el silencio vespertino.

Como la culata del rifle tocara el agua, él lo movió para apoyarlo sobre la pizarra. Era un Volksturm Gewehr 7,92, un rifle automático alemán con un cargador para treinta cartuchos. Su alcance útil era de unos trescientos metros, de modo que Rex Booth sabía que podía crucificar a Harvey Thrum sin mayor inconveniente. De cualquier forma, él era un tirador de primera. Y adoraba este rifle. Era un arma endiablada, y él había limado el gatillo con sumo cuidado y de tal manera que un simple roce podía hacerlo funcionar tiro a tiro o en régimen automático. Sólo necesitaría una bala, pero tendría veintinueve de reserva por si acaso. Rex Booth no se arriesgaba jamás.

Era por amor. No dinero.

Continuó repitiéndoselo a sí mismo.

Fue como si los pensamientos sobre el dinero matizaran el inminente episodio, enturbiaran la proeza.

La cabaña tenía una sola puerta, la del frente, a plena vista y bajo un pequeño porche. Junto a la cabaña, en el camino de gravilla, había dos coches: el MG rojo de Terese y el Cadillac de Harvey Thrum. Así pues, Rex supo que Harvey se encontraba en la cabaña. Con Terese.

La cólera lo enloqueció, casi con temor, pero procuró reprimirse. Siguió boca abajo sobre la pizarra, aferrando el rifle alemán, esperando. El odio y el miedo le acometieron feroces, poniéndole cada vez más nervioso.

Trató de calmarse.

Le resultó imposible.

—Me alegra ver que ya no vas por ahí con Terese —le había dicho Harvey la

noche pasada. Aquello le había consternado—. Terese me dijo que tú y ella habíais tarifado. Ella lo está tomando endiabladamente bien, considerando las circunstancias.

—¡Ah!

Eso había sido todo cuanto se le ocurriera decir. Terese y todo ese dinero que le dejase su hermano, quien se había suicidado pocos meses antes, después de que le dijeran que una tos, insignificante en apariencia, acarrearía un desenlace fatal. Su hermano había controlado la inmensa fortuna familiar, convirtiéndose en un mago de Wall Street. Todo había ido a Terese. Rex se había creído situado para siempre. «Yo amaba a Terese», se dijo a sí mismo. Ella representaba todo lo que un hombre puede desear para sí. *Dinero*. Una rubia espléndida. *Seguridad*. Y ella correspondía a su amor, ¿no? *Dinero*. Se casarían, él se había sentido seguro de eso.

Entonces, Harvey Thrum soltó la bomba.

¡Ah, sí! Él lo había presentido en Terese. Un aplomo frío, perturbador, una calidad abstracta que lo había trastornado. Pero se había convencido a sí mismo de que lo tenía hecho.

—Ella está allá arriba, en la cabaña —indicó Harvey.

—¿Sí?

—Yo subiré mañana —dijo gesticulando sonriente, ancho y fornido, brillantes ojos oscuros, pelo negro y hoyuelo en el mentón—. El hecho es que Terese y yo nos hemos estado viendo con mucha frecuencia. —Rió entre dientes—. Ahora, todo está a la vista, ¿no? Todo ha sido correcto, ¿verdad? Y, por cierto, tú lo estás tomando con mucha ecuanimidad también.

—Es una especie de convenio —se oyó decir a sí mismo.

—Así es como debe ser.

—Sí. El asunto no funcionaba.

—Hay que madrugar mucho para tratar con Terese. Escucha... —Harvey se acercó un poco más. Los dos se hallaban en aquel bar recoleto de luces tamizadas, bebiendo *bourbon*—. Más vale que te lo revele. Nos hemos propuesto llegar hasta el final.

Rex tomó un trago de *whisky*. No supo lo que quería decir Harvey ni quiso preguntárselo.

—¡Cómo! ¿Nada de felicitaciones?

—¿Qué quieres decir?

—Vamos a casarnos, amigo.

—¿No es algo precipitado?

—Nos hemos visto mucho estos últimos tiempos, Rex —dijo Harvey apretando los labios y dándole un sonoro golpe a Rex en la espalda—. Yo sabía que tú lo comprenderías.

Él siguió tendido sobre la pizarra vigilando aquella cabaña. Él lo comprendía, ¡vaya que sí! Y también le gustaría no estar todo el tiempo pensando en el dinero. Ella debería significar más, el dinero menos. Pero ¡qué diablos! ¡Hazle frente! Él

había sido un gorrón toda su vida. ¿O no? ¿Permitiría que se le escurriera de entre los dedos una oportunidad semejante? ¿Debería volverse boca arriba y no intentar nada?

Siguió tendido allí, con la barbilla apoyada en el puño. Había rocas bajo el agua, no demasiado profunda, ascendiendo hacia la cresta de la cascada, abriéndose paso entre la avalancha ascendente de raíces. Un guiño brillante captó la mirada de Rex. Él hundió la mano en el agua helada y cogió una piedra pequeña. Algunas partes de ella tuvieron un reflejo dorado al sol.

Pirita de hierro. El oro de los locos. Seguro. Él la recordaba de su niñez, y también lo mucho que había significado para él en aquellos días. Él había explorado incontables cañadas en busca de esta roca. Lo malo era que no tenía valor alguno. Y, no obstante, siempre le había fascinado. Verdaderamente, no tenía ninguna aplicación excepto la de un cristal en los aparatos de radio. Él recordó que sabía construirlos y utilizaba el oro de los locos para ello.

Dejó el pedrusco sobre la pizarra y sumergió la mano de nuevo para coger otro. Éste tenía una capa de pirita más gruesa todavía. Él clavó la mirada en el agua. ¡Caramba! El mineral estaba por todas partes. Los muchachos pasarían allí un buen día de excursión.

Implacable, proyectó el puño hacia delante y devolvió las piedras al agua. Apretó la culata del rifle con los dedos húmedos y bajó la mirada hacia la cabaña.

Matar a Harvey, eso era lo principal. Si lo hacía así, podría volver con Terese. Él pensó en las infinitas veces que había subido a aquella cabaña con ella para verla trabajar con sus cuadros. Era buena pintora, incluso él lo sabía aunque no acertase a distinguir una obra de arte de una viñeta. Pero había algo. Sus pinturas causaban cierto efecto, hacían sentir cosas.

Afróntalo. Tenía que hacerla suya.

Él había ido a ver a Terese.

—Comprendo que yo debería habértelo revelado —dijo ella.

—Pero, Terese...

—Estoy intentando decirte que lo siento mucho, Rex. ¿No puedes metértelo en la cabeza? Yo debería habértelo comentado. Pero no pude, porque tú eres tan..., tan...

—¿Tan qué?

—¡Oh, no lo sé!

Entonces, ella se le acercó mucho. Llevaba un vestido estampado sutil. El vaporoso tejido le rozó la mano y él pudo sentir el olor de ella, y eso le causó un estremecimiento. Vio que iba a perderla, y en aquel preciso instante, mientras ella le hablaba, supo que mataría a Harvey.

—He de confesarte, Rex, que Harvey Thrum me causa una sensación indescriptible. Estoy atrapada. No puedo evitarlo. Intenta comprenderme. —Ella había hecho una pausa, mirándole con aquellos ojos inmensos y redondos de un azul pálido, sobre la boca roja y ancha, tan suave, tan maravillosa... Sí, y todo ese *dinero*. Y había añadido—: Si no fuese por Harvey, nosotros dos seguiríamos juntos para

siempre, lo sé, Rex.

—Pero está Harvey —dijo él.

—Sí.

—¡Por Cristo, Terese!

—Lo siento.

Y él se había marchado.

Siguió tendido sobre la pizarra, vigilando la cabaña, y un estremecimiento le recorrió el cuerpo. Quería disparar a Harvey en la cabeza, eso era todo. Y los dos salieron por aquella puerta.

Ésta se abrió y Terese atravesó el porche corriendo; entonces, continuó por el pequeño patio, bordeando el estanque debajo de la cascada. No cesaba de reír. Llevaba un vestido azul pálido, su melena brillaba al sol salpicada por las sombras de los árboles.

Él vio a Harvey. Terese se volvió y corrió por la senda que ascendía bordeando la cascada, a través del bosque, y luego regresó corriendo hacia la cabaña mientras que Harvey bajaba del porche. Casi chocó contra él, y se detuvo. Sus labios se movieron al hablar mas el rugido de la cascada ahogó lo que estuviera diciendo.

Harvey dijo algo y gesticuló sonriente. Llevaba una camisa blanca de punto y pantalones color crema.

Rex apoyó el rifle con sumo cuidado y apuntó. Aunque un furor frenético le sacudía de pies a cabeza, dio pruebas de gran serenidad al afirmar la puntería.

Harvey Thrum levantó la vista y la dirigió hacia la cresta de la cascada. Estaba mirando a Rex directamente y el punto de mira quedó clavado en su rostro. Rex levantó apenas el cañón, lo apuntó sobre aquella frente ancha y oprimió el gatillo una vez, muy levemente.

El rifle escupió y Harvey se desplomó cual una roca.

Terese chilló. Aun cuando el estruendo del agua ahogó todo sonido, Rex supo que ella estaba gritando. Luego la vio correr hasta el hombre caído y retorcerse las manos mientras miraba hacia la cima de la cascada.

Girando sobre sí misma, la muchacha emprendió la carrera por el sendero que conducía hasta allí.

Rex sintió un júbilo exultante. Sólo se le ocurrió pensar que ella era suya otra vez. Siguió con la vista su presurosa carrera por el sendero.

Él tenía que salir de allí, regresar al bosque donde tenía su coche aparcado.

Entretanto, el rifle había resbalado por el borde de la pizarra cayendo al agua. Él se incorporó, medio arrodillado y vio la culata sumergida. Lo que no pudo ver fue la raíz en forma de dedo introducida en el guardamonte. Entonces, tiró del rifle al tiempo que se ponía en pie.

La salva de fuego hiriente del rifle levantó ecos en la tarde, un tartamudeo brutal. Las postas siguieron una línea destructiva desde el abdomen de Rex Booth hasta su frente. El hombre cayó con los brazos y piernas abiertos entre la pizarra y el agua.



Así se lo encontró Terese.

# VOCES EN EL POZO DEL MUERTO

*Donald Honing*

Por su forma de hablar sobre la granja, se pensaría que ellos querían que ocurriera algo horrible, que estaban esperando que ocurriera algo. Por su forma de hablar, incluso cuando yo era un niño todavía, se diría que no había nadie que pudiese hacer nada por aquel lugar. Ellos comentaban que estaba hechizado y condenado. Pero yo jamás lo creí, al menos cuando era un niño. Por aquel entonces, yo fui allá muchísimas veces y lo examiné bien. No se diferenciaba en nada de otras granjas del condado, si se exceptuaban su estado ruinoso, la casa vacía y el casi derruido establo.

Incluso miré una vez hacia las profundidades del pozo y no vi ni oí nada allá abajo. Cuando volví a casa, le dije a mi madre que había estado allí y además había fisgado el pozo. Ella me fulminó con la mirada y, agarrándome del brazo, me sacudió mientras me gritaba que no se me ocurriera nunca más volver a aquel lugar.

—¡No puedes imaginarte lo que la gente cuenta sobre ese sitio! —vociferó.

A despecho de sus gritos, jamás cambié de idea. Seguí haciéndole frecuentes visitas y exploré su desolador emplazamiento. Cuando yo era niño no oí voces provenientes del pozo y nunca me pareció que pudiera ocurrir nada malo allí a menos que la gente, y quiero decir gente de verdad, no fantasmas, lo suscitase.

La granja se extendía al pie de las colinas y tenía muchos árboles y alguna tierra de labor que resultaba muy buena si se trabajaba con el suficiente ahínco. No era mejor ni peor que la mayor parte de las otras, salvo por el hecho de que había permanecido abandonada durante casi cincuenta años, bajo el sol y bajo las estrellas, expuesta al viento, a la lluvia y las nieves, yerma y menospreciada hasta tal punto que cuando un vagabundo llegaba al pueblo y luego lo abandonaba, procuraba dar un buen rodeo para evitarla después de haber oído hablar sobre ella.

Ellos la llamaban el *Pozo del Muerto*. Todas las gentes del condado conocían su historia y ése era el nombre que le habían dado. Se lo había ganado durante la guerra entre los Estados. Aquella zona había sido escenario de una gran batalla, parte de la cual se había librado, justamente, en la granja. Veinticuatro horas después de la confrontación, un coronel confederado cabalgó hasta la granja y le dijo al granjero que había numerosos cuerpos sin vida diseminados por los pastos y que recibiría un dólar por cada uno de ellos que enterrara, pues el ejército no podía prescindir de ningún hombre para realizar ese trabajo. El granjero se mostró conforme. Pero el hombre resultó ser un tipo taimado. Enganchó el tronco a su carreta, recogió los cuerpos de los treinta soldados muertos y cobró sus treinta dólares, insistiendo, además, que los quería en oro, nada de papel moneda. Al término de aquella jornada, el ejército reanudó su marcha y apenas desaparecieron todos, el granjero, que no era hombre dado al trabajo mientras pudiese esquivarlo, empezó a arrojar los cadáveres

al pozo. La leyenda cuenta que su mujer enloqueció de pánico al ver lo que él estaba haciendo. Pero el hombre prosiguió su labor cogiendo cuerpos de la carreta y dejándolos caer al fondo del pozo.

A su debido tiempo, los lugareños se enteraron de lo ocurrido y ninguno estuvo conforme con lo que el granjero había hecho. Una noche, algunos de ellos se acercaron a la granja y allí hubo un intercambio de palabras ásperas. Luego, algo ocurrió. Nadie supo explicar qué fue, pero el granjero quedó tendido en el suelo con numerosos orificios de bala todavía humeantes. Su esposa, que había contemplado todo lo sucedido, terminó por transformarse en una loca furiosa, y los hombres necesitaron dos días para darle caza en los bosques y llevarla a un manicomio.

Ése fue el comienzo de la leyenda. Nadie quiso acercarse al lugar después de aquello. Las gentes del campo, en cuyas vidas abundan las veladas ociosas, gustan de divulgar leyendas y darles cierto fundamento. Quienes pasaban por la granja a horas avanzadas de la noche, juraban haber oído múltiples sonidos procedentes del pozo, sonidos como de almas sollozantes y traqueteo de huesos; esto último era debido, según aseguraban, a que los muertos intentaban huir de su anómala sepultura escalando en vano la pared del pozo.

Ésta fue la razón de que Burt Potter y yo pudiéramos negociar con el condado y comprarle la granja a un precio muy barato. Se requirió mucho esfuerzo para ponerla otra vez en marcha. Tuvimos que reconstruir el establo y restaurar la vivienda. Fue preciso arrancar hierbas malas, roturar vastas superficies y hacer mil cosas más antes de que pudiéramos comenzar a trabajar en ella de nuevo. Fue la labor de medio verano pero conseguimos rematarla.

Ahora bien, incluso entonces, incluso con las cosas empezando a crecer de nuevo, el lugar siguió teniendo un extraño aspecto fantasmal. Cuando la tranquilidad reinaba en general, allí se trataba de una tranquilidad lúgubre. No se oía el menor sonido, ni siquiera el ladrido de un perro o el canto de las aves en el bosque. Ni un ruido. Algunas veces, me quedaba inmóvil para escuchar en el silencio, y entonces era como si algo se me filtrase en la sangre. Eso me espeluznaba y me ponía a trabajar haciendo el mayor ruido posible tratando de combatirlo; sin embargo, por muy fuerte que lo hiciese, se apagaba un minuto después de haberlo hecho, engullido por el propio silencio. Entonces, me estaba quieto y escuchaba otra vez, y con el tiempo me sorprendía a mí mismo deteniéndome para escuchar con frecuencia creciente, y cada vez durante más tiempo, la extraña quietud que parecía extenderse a través de los campos hasta alcanzar las estribaciones montañosas.

Las noches eran lo más extraño. Cuando el viento soplaba entre los árboles, hacía un sonido horripilante como de voces humanas, y eso era, con toda probabilidad, lo que las gentes oían cuando decían haber percibido las voces de los espectros en el pozo. Muchos nos habían advertido que jamás podríamos conciliar el sueño por culpa de esas voces, pero, por aquellos días, nosotros éramos jóvenes, jactanciosos, y nos reíamos de tales monsergas. Burt y yo acabábamos de volver de luchar con el Cuerpo

Expedicionario americano en Francia y nada ni nadie podía asustarnos.

Una mañana, el predicador se pasó por la granja. Era en otoño, el primero que pasábamos allí después de la guerra. Llegó conduciendo su epiléptico coche. Dijo que, como era una mañana dominical, quería darnos un sermón privado. Burt y yo, que habíamos estado sentados en los escalones fumando una pipa cuando él llegó, volvimos a tomar asiento allí mismo y le observamos. Nunca había estado en la granja, y, por cierto, era uno de los que nos había prevenido con más fervor contra los fantasmas.

El pastor, hombre alto y flaco, ataviado con una larga levita negra, se aproximó al pozo, dejó caer su sombrero al suelo y, entrecruzando las manos, cerró los ojos, alzó la barbilla y empezó a rezar con la voz más ferviente que mis oídos jamás oyeran, diciendo cosas como «Dios salve a estas almas» y «dales el descanso eterno». Luego, para coronarlo, añadió:

—Y cuida de estos dos jóvenes que se pasan aquí noche tras noche ellos solos con esos muertos inquietos que intentan liberarse y consumir su venganza contra un mundo cruel, frío y olvidadizo.

Entonces, nos miró. Y lo hizo como si fuésemos galeotes; sus ojos redondos y claros expresaron un horror infinito. Nosotros le devolvimos la mirada; nuestras pipas se habían apagado. No dijo ni una palabra más, tan sólo recogió su sombrero, se lo encasquetó y se fue retirando de espaldas, mirándonos como si fuésemos seres del otro mundo que pudiésemos agarrarle y lanzarle al pozo. Subió a su cafetera y salió de estampía.

—Ése es un chiflado —dijo Burt.

—Tal vez —murmuré.

—¿Qué significa «tal vez»?

—Es un predicador, ¿no? —Dije—. Puede saber algo.

—¿Saber algo? —replicó Burt a voz en grito como si yo estuviera sentado al otro lado del patio—. ¿Qué hay que saber? Sólo es un pozo con agua dentro. No se diferencia en nada de cualquier otro pozo del condado.

—¡Está bien, está bien! —respondió con un tono cortante de verdad—. A mí no me grites.

Burt había estado creándome problemas todo el tiempo. Para empezar, el hombre era un mal elemento para tenerle como socio. Había diferencias entre nosotros, incluso cuando comenzamos, desde el primer día en que aportamos nuestro dinero y compramos la finca. Burt se comportaba siempre como ese tipo cabezota que sólo un santo podría soportar, dado que yo no había sido canonizado y ante la remota posibilidad de que lo hicieran algún día, a menudo me recreaba con la idea de que Burt se perdiera por cualquier lugar y cayese en una trampa de oso o algo parecido.

A Burt le gustaban lo suyo el alcohol y las mujeres, de modo que mientras él se entregaba a esos dos caprichos suyos, yo me encontraba trabajando solo en la granja durante días y días. Y luego, cuando el mes finalizaba y la hora de recoger el escaso

dinero que nos rendía aquello llegaba, Burt se erguía cuán alto era sobre sus patas traseras y exigía un reparto a medias.

En cierta ocasión, tuvimos una pelea al regresar del campo. Burt era bastante más grande que yo y me vapuleó cuanto quiso. Yo iba a darle su merecido con la guadaña cuando recordé lo mezquinas que eran las autoridades del Estado en lo referente al asesinato, y me detuve. Habíamos estado disputando sobre los fantasmas otra vez; yo había intentado convencerle de que el viento sonaba, verdaderamente, como si fuesen voces, y él me había replicado, con esa desenvoltura suya tan irritante, que me estaba volviendo loco.

Infinidad de veces quise hacerle sentir la justicia, pero ése no era mi estilo. Yo sabía que los tipos como Burt siempre, más pronto o más tarde, encuentran sus propios verdugos, de modo que me contentaba con dejarlo así.

—No sé lo que te pasa —solía decir él—. Cuando vinimos aquí éramos, realmente, buenos amigos. Y ahora, ¡mira cómo te comportas!

—Nunca hemos sido buenos amigos —acostumbraba a responderle yo—. Así que no intentes esas carantoñas conmigo. Yo no soy una de tus amiguitas.

Si me toman por un malvado al expresar así mi aversión a Burt, permítanme decirles que en cierta ocasión le salvé la vida cuando se cayó a aquel pozo. Él se había emborrachado y se había precipitado por aquel bajo pretil (los espectadores, norteños la mayoría, que habían oído hablar sobre lo ocurrido, acudieron a ver el pozo y a llevarse algunos trozos de recuerdo), de modo que yo le eché una cuerda y lo salvé.

Cuanto más trabajábamos la granja, tanto mejor aspecto tenía. Al cabo de un año, varios agentes inmobiliarios de la ciudad dejaron a un lado todas las supersticiones y quisieron comprárnosla por una respetable cantidad de dinero. Pero yo les dije que no deseaba vender. Burt sentía lo mismo. Le propuse varias veces que me vendiera su parte, sin embargo, no accedió. Y no pude censurarle por ello: que yo hacía casi todo el trabajo y él se embolsaba la mitad de los beneficios. Eso me puso de muy mal humor.

Y encima, aquellas voces, por alguna razón que no pude entender, cada vez me sonaban más reales. Recuerdo una noche en particular (ocurió durante nuestro segundo verano allí) en que yo me había ido a la cama pero me resultaba imposible conciliar el sueño. Empecé a meditar y a pensar en aquel granjero que fuera asesinado y en su mujer que enloqueciera en aquella misma casa. Burt estaba fuera, quién sabía dónde, echando al olvido su propio negocio. Entonces, oí el viento susurrando entre los árboles. Lo estuve oyendo durante largo rato. Seguí oyéndolo incluso después de que se extinguiera. Y eso me dio escalofríos. Por eso, salté de la cama, salí al patio, lo atravesé de puntillas hasta el pozo y miré el agua oscura del fondo. Luego, sin estar seguro de lo que hacía, cogí una piedra y la dejé caer allí. Pareció transcurrir un largo espacio de tiempo antes de que el ruido del impacto llegase a mí. Cuando me volvía a la casa, el viento reanudó sus lamentos. Pero esa vez no me molestó y me dormí en

seguida.

—Anoche ellas estuvieron hablando sobre ti —le dije a Burt a la mañana siguiente.

—¿A quién te refieres? —preguntó él.

—Las voces. Dijeron que te convenía comportarte mejor, pues, de lo contrario, no tolerarían tu presencia aquí por mucho más tiempo. —Supe que a él no le agradaría oír aquello, pero me figuré que mi deber era advertírselo; así fue como me pareció ver todo de súbito.

Él se rió de mí.

—¿Qué me dices?

—Lo que oyes.

—Cuéntame algo más, muchacho. Si hay tantas voces ahí abajo..., ¿cuántas?, ¿treinta?, ¿cómo puedes entender lo que te dicen?

—Porque las escucho hasta el final, entérate.

—¿Y por qué razón no las oigo yo?

—Porque sólo me hablan a mí.

—¿Mencionan mi nombre? —inquirió él.

—A decir verdad, lo hacen.

Como pueden ver, Burt no creyó en las voces. Y según yo recordaba, tampoco yo había creído hasta entonces. Ese cambio en mí fue lo que me espeluznó. Pero ¿por qué bromear con algo en lo que todo el condado creía a pies juntillas? Esto fue lo que me dije. Y se podía decir que cualquier hombre, aunque fuera como Burt, enmendaría su conducta cuando se le hiciese una advertencia seria con toda honestidad. Pues no, él no. Así que si le sucedía algo, yo tendría la conciencia tranquila por lo menos. Después de todo, ya le había dado un aviso, ¿verdad?

Entonces, todo ocurrió una noche de sábado. Yo había dejado el trabajo al mediodía, como tenía por costumbre hacer los sábados. Así que me lavé, me vestí y marché por la carretera hasta la ciudad; allí pasé el rato en la plaza hasta que oscureció; luego, vi un espectáculo cinematográfico y más tarde regresé andando a casa. Era una noche encapotada de setiembre con una luna redonda y amarillenta surgiendo a ratos de entre las nubes, difundiendo la luz suficiente para ver el camino.

Cuando me acercaba ya a nuestra finca, el viejo *Crazy* Nicholson, propietario de la granja contigua a la nuestra, llegó corriendo por su senda. Y era una verdadera diversión el verle correr, en especial a la luz de la luna, con sus viejos y holgados pantalones sujetos por unos anchos tirantes, saltando arriba y abajo, y una barba blanca, la más larga que jamás se viera en hombre o chivo, revoloteando alrededor de su rostro. Se le apodaba el *Crazy* y con razón. De joven se había incorporado a la división de A. P. Hill, sufriendo una grave herida en la cabeza. Eso había acontecido unos sesenta años antes, pero para el viejo *Crazy* era siempre como si todo hubiese ocurrido el día anterior. El hombre tenía un rostro purpúreo, y desvarió en los ojos, y desconfiaba de todo lo existente entre cielo y tierra.

—¡Deténgase ahí mismo, joven! —me gritó.

Le obedecí. A decir verdad, ya me había detenido en plena carretera viéndole correr así.

—¿Dónde está su socio? —me preguntó autoritario el viejo mientras atravesaba la verja hundiendo ambos pulgares en los pantalones.

—¿Quién? —inquirí.

—Potter. Burt Potter. Usted no tiene más que un socio, pienso yo.

—No suelo ir detrás de él por todas partes.

—Pues bien, alguien debería hacerlo. Y con un rifle además. ¿Acaso no sabe usted lo que ha hecho?

—Dígamelo.

—Se coló aquí esta noche, borracho perdido, sacó a Sally Ann de la casa y se la llevó consigo. —Sally Ann era la nieta de *Crazy Nicholson*. Y muy bonita además.

—Supongo que eso ya lo ha hecho otras veces —dije.

—Y además sin sufrir el menor descalabro —masculló el viejo mientras sus ojillos enrojecidos parecieron escupir fuego—. Pero no lo hará nunca más. Eso se acabó. ¡Por mis barbas grises que se acabó! Se la ha llevado a esa maldita granja hechizada de ustedes y...

—Tranquilo, tranquilo —le interrumpí—. Usted no puede asegurarlo.

—Lo hizo, lo hizo, se lo digo yo —gritó el viejo. Casi bailó de agitación—. Porque él sabe muy bien que me asusta acercarme a ese lugar. Ahí es adónde él suele llevarla, ahí arriba, con las voces de los muertos.

—Bien, yo voy hacia allá. Si se encuentra allí, se la enviaré de inmediato.

Me lanzó la mirada más salvaje que puedan expresar los ojos de un octogenario.

—¿Me lo jura? —exigió.

—¡Por éstas!

—En una noche así, no se sabe nunca lo que la luna puede hacer a ese tipo de gente. Y además el viento se está levantando. ¡Mi nietecita allí sola con...!

—Estaré de vuelta en un instante. Usted espere, Mr. Nicholson.

Así que dejé al anciano allí plantado, temblando de terror e ira, y seguí por la carretera sin cesar de maldecir a Burt por los continuos conflictos que causaba.

Dejé la carretera y me dirigí por un atajo hacia la granja. Divisé la lámpara encendida en la casa y supe que ellos estaban allí, o que habían estado. Cuando me encontraba cerca de la casa, vi, de pronto, a Burt que surgía tambaleante de las sombras tarareando una canción que, con toda probabilidad, habría oído en la radio en la ciudad. Su mera presencia me hizo hervir la sangre. Él se paró en seco al verme. Se quedó allí plantado, entornando los ojos para enfocarme, y oscilando de atrás adelante como si el viento le acometiese hasta ese punto.

—¡Diantre, tú no eres Sally Ann! —exclamó.

Tenía un aspecto desaliñado, con su camisa blanca colgando sobre los pantalones, y la chaqueta toda arrugada como si alguien le hubiese estado tirando de los hombros.

Se me acercó balanceándose.

—¿Dónde está ella? —inquirí.

—Se ha escapado —farfulló él quitándose un mechón de los ojos—. ¿Y a ti qué te importa?

—¿Ha vuelto a su casa? —pregunté, a sabiendas de que ella no lo había hecho porque yo no la había visto por la carretera.

—Maldita sea si lo sé —replicó Burt sacudiendo la cabeza.

—El viejo Nicholson se ha propuesto perseguirte con un rifle.

Burt rió. Sus carcajadas parecían graznidos. Continuó riendo durante largo rato al tiempo que el viento cálido y recio empezaba a arremolinar las hojas secas en el patio.

—Vamos, cállate de una vez —ordené encolerizado—. ¿Adónde ha ido ella?

—Por ahí —contestó él señalando hacia los árboles.

—Desde luego, esta granja está maldita —dije con furia—. Pero la maldición no proviene del pozo, sino de ti.

Él intentó alejarse dando bandazos. Lo sujeté por el brazo.

—¿Adónde vas? —pregunté.

—No lo sé. En busca de Sally, me figuro.

—Bien, yo no me lo figuro. Si te alejas de aquí, el abuelo te pescará. Entra en la casa y duerme tu borrachera. Yo la buscaré y la llevaré a su casa. Ahora, lávate un poco y acuéstate.

Lo empujé hacia la casa, pues eso es todo cuanto un borracho necesita para cambiar de dirección, sólo un pequeño empujón. Y allá se fue él, tambaleándose, entonando otra vez su pequeño estribillo, con la chaqueta colgando toda arrugada sobre los hombros.

Luego, emprendí la marcha hacia los árboles, al otro lado de nuestro pastizal. Al mismo tiempo, vociferé repetidas veces el nombre de Sally Ann. El viento arreció lo suyo y el aire olió como si la tormenta no estuviese lejos. De improviso, me di de narices con nuestro mulo en el pastizal. Estaba plantado allí y parecía confuso e inquieto de encontrarse tan solo en plena oscuridad. Supuse que Burt habría estado enredando en el establo mientras buscaba a Sally Ann y habría dejado escapar al mulo. Así pues, tuve que abandonar la búsqueda de Sally Ann por el momento para arrastrar conmigo al viejo *Ben* dándole algunos varazos en la grupa hasta conseguir que volviera a su cuadra otra vez. Luego, corrí entre los árboles gritando el nombre de la chica, sintiéndome héroe y demente a un tiempo, con el viento aullando de verdad sobre mi cabeza entre los árboles y la vieja luna brillando redonda en el cielo, cual una cara pálida que lo observase todo, rigurosa, fría y siniestra. Recuerdo haber pensado: «las voces están charlando, realmente, esta noche», y que fue como si alguien, y no yo, lo hubiese estado pensando.

Corrí por todo el pastizal cayéndome dos o tres veces entre las peñas. Cuando me quedé sin aliento de tanto vociferar y correr, me detuve y permanecí allí, jadeante.



Entonces, vi a Sally Ann. Estaba sentada sobre una cerca de piedra, y me miraba entre curiosa y divertida, como si yo hubiese montado un espectáculo para ella.

—¿Qué estás haciendo ahí? —pregunté. A esas alturas, yo me sentía ya muy enfadado. Con toda probabilidad, ella habría estado sentada allí todo el rato mirándome correr de un lado a otro.

—Esperando a que Burt me encuentre —respondió ella.

—Maldita sea, ahora te llevaré con tu abuelo.

—¿Dónde está Burt?

—Se ha ido a dormir. Se caía de la borrachera.

—Yo pensé que vendría a perseguirme.

Me acerqué a ella, la cogí por el brazo y la hice saltar de la cerca.

—Tu abuelo está muy disgustado —dije.

—Así tiene algo para distraerse —me replicó ella. Era una descarada, desde luego.

—Déjate de tonterías. Estoy aquí para impedir un asesinato. Ahora acompáñame. Además, he estado a punto de perder mi mulo por tu culpa.

—Nosotros no nos acercamos al establo ni un instante —dijo ella.

Eso me hizo reflexionar: Supongamos que Burt no fuera quien hubiese dejado escapar al viejo *Ben*. Supongamos que el viejo Nicholson fuera quien hubiese merodeado por allí. La última vez que vi a Burt, él parecía dirigirse hacia la casa, y la puerta del establo estaba cerrada en ese momento.

Así pues, dejé a Sally Ann donde estaba y emprendí la carrera de nuevo. Después de tantos años, el viejo había dejado por fin que su cólera se sobrepusiera a su temor a la granja.

—¡No le permitas disparar contra Burt! —Oí que gritaba Sally Ann.

Para entonces, el viento lanzaba verdaderos rugidos, fustigando los árboles, haciéndoles doblarse, retorcerse y gruñir a mi alrededor. El bosque entero se llenó de sonidos, ruidos mucho más intensos de los que yo oyera jamás. Corrí a través de la chopera, dejé atrás el establo, seguí hasta el patio y cuando lo atravesaba corriendo vi al viejo a la luz de la luna, merodeando por el cobertizo. Entonces, oí las voces. Esa vez fueron más claras que nunca. Casi pude entender lo que decían aunque el ruido de mis pisadas las ahogara.

El viejo cargó contra mí como si estuviese maniobrando todavía al servicio de la división Hill.

—¿Qué es eso? —inquirió frenético al llegar junto a mí, con ojos desorbitados por el terror.

Yo giré sobre mis talones. Vi la chaqueta y la camisa de Burt olvidadas junto a la pared, donde él las dejara caer antes de lavarse. Las voces se hicieron claras de nuevo. Parecieron subir hasta el pretil para lanzarse sobre nosotros.

—¿Quién está aullando ahí? —preguntó el viejo.

—¡Eso son los fantasmas! —aullé a mi vez. Mis gritos fueron verdaderamente

horrísonos.

—¡Dios nos ampare! —vociferó el viejo con más vehemencia todavía mientras el viento le empujaba las barbas por encima del hombro.

Acto seguido, corrió hasta el pretil y apuntando su rifle hacia el fondo del pozo hizo fuego. La detonación tuvo que haber levantando eco hasta en el mismísimo centro de la Tierra. Luego, el anciano dio un paso atrás, se llevó el rifle al hombro e, irguiéndose cuanto pudo, hizo un saludo militar.

Las autoridades se llevaron al anciano y le hicieron ingresar en un asilo del Estado. Ahora, tengo la granja entera para mí, pero hoy día, después del homicidio, los lugareños tienen el convencimiento absoluto de que el lugar está maldito y hechizado. Yo he tratado de venderlo, incluso por cuatro cuartos, pero nadie lo ha querido. No lo trabajo. Las ortigas crecen otra vez a sus anchas. El paraje se ha vuelto remoto y solitario de nuevo.

Sin embargo, yo no lo he abandonado. No pienso siquiera en abandonarlo. Ahora, ya hace seis años que vivo solo aquí, y antes de que se me ocurra abandonarlo necesito escuchar una vez más, lo sé bien, las voces tal como las oí cuando Burt se cayó al pozo. Sigo diciéndome lo mismo hoy día: yo ignoraba que Burt se hubiese caído allá abajo; que no era su voz lo que sonó entonces, pues, ¿quién podía estar seguro de lo que oía con el viento soplando como si fuese un huracán y todos los árboles aullando al mismo tiempo? Desde entonces, el viento ha soplado un millar de veces pero nunca he podido oír nada. Y yo me digo que si tuviera la posibilidad de escuchar las voces una vez más, sabría con certeza que yo no había inducido al anciano a disparar su rifle hacia el fondo del pozo para hacer que cometiera un asesinato por mí.

# LA ÚLTIMA PREDICACIÓN

*Clark Howard*

Coy se dejó caer desde el costado del furgón vacío una hora después de que el lento tren de mercancías atravesara la frontera de Arkansas. Se deslizó por el terraplén cubierto de ceniza hasta la hondonada, junto a la vía férrea, y esperó oculto entre los arbustos a que pasara, parsimonioso, todo el tren y el furgón de cola se perdiera de vista. Luego, escaló la pendiente de nuevo y, una vez arriba, miró a su alrededor.

Coy no vio nada en tres direcciones salvo un vasto y monótono panorama de tierra labrada, roto en diversos lugares por un cercado, una casa o una arboleda. En la cuarta dirección, su escrutinio fue recompensado con la vista de una carretera secundaria asfaltada que corría perpendicular a la vía férrea. A un kilómetro más o menos, Coy divisó lo que parecía ser una pequeña estación de servicio. Creyendo posible encontrar allí algo de alimento, se encaminó hacia el lugar. Mientras caminaba, su estómago gruñó con furia.

La última comida de Coy había sido una cena la noche precedente; cinco horas antes, él había excavado por debajo de la valla que rodeaba a la cuadrilla de trabajadores allá en Mississippi y se había encaminado hacia la frontera de Arkansas. Ahora sería cerca de la una a juzgar por la inclinación de su propia sombra, lo cual significaba que estaba en ayunas desde hacía casi veinte horas. Llevaba dos dólares y sesenta centavos consigo y quería conservarlos el mayor tiempo posible. En Arkansas se requería un dólar como mínimo para no ser acusado de vagabundo, pero él necesitaba comer algo cuanto antes, pues sabía que, de lo contrario, se pondría enfermo.

Resultó que la estación de servicio era, también, una tienda de comestibles rural. Finalmente, después de echar un vistazo por el interior, Coy invirtió cincuenta y ocho centavos en una lata de salchichas vienas, un paquete de galletas cracker y una botella de naranjada fría. Hizo que el tendero le abriese la lata y, llevándose sus comestibles afuera, se sentó sobre una caja vacía a comer. Cinco minutos después de que empezara su yantar, vio llegar el autobús de la prédica evangelizadora y también vio a la chica por primera vez.

Quizá fuera su melena, larga y sedosa, de un color cereza oscuro o los hombros anchos cuyas líneas descendentes convergían en una cintura tan grácil que parecía incapaz de mantenerla unida..., o tal vez los labios sin pintar que ella entreabrió al detenerse por unos instantes en los altos escalones del autobús. «Quizá sea —se dijo—, porque ella es la primera mujer que veo después de casi siete meses de abstinencia en el campamento prisión del condado Squires, en Mississippi». Aunque no tuviera explicación lo que pasó entre ellos cuando sus miradas se cruzaron y trabaron por unos instantes, una cosa fue cierta: ocurrió algo electrizante y recíproco.

Coy tuvo la certeza de que ella sintió, exactamente, lo mismo que él.

La chica terminó de descender aprisa del vehículo y marchó por el otro costado del mismo hacia los lavabos. Cuando se hubo perdido de vista, Coy volvió su atención al propio autobús. Resultaba evidente que éste había conocido días mejores. A Coy le pareció un autobús de colegio remozado. A través de las ventanillas pudo ver que la mitad trasera había sido transformada en una especie de vivienda. Sobre el flanco, debajo de las ventanillas, se había pintado una frase: PREDICACIÓN EVANGELIZADORA PALABRA SANTA.

Dos hombres se apearon del autobús mientras Coy lo estaba observando. Uno de ellos era un individuo de expresión ácida y mirada fría, alto y enteco como un palo. A despecho del caluroso día, llevaba un traje negro y una corbata de lazo anudada a la garganta. Caminaba erecto, rígido, sin mirar a derecha ni izquierda.

El segundo de los hombres que se apearon era un lisiado de poca estatura. Tenía el pie izquierdo zambo y llevaba un zapato ortopédico con un alza enorme. Comprensiblemente, su caminar desgalichado le hacía ir a la zaga del hombre alto.

Después de que ambos sujetos penetraran en la tienda, Coy terminó su comida y comenzó a pasear por el lado del edificio adónde se dirigiera la muchacha. Se metió la mano en el bolsillo de la camisa y sacó uno de los dos cigarrillos que le quedaban en un arrugado paquete. A continuación, rascó la cabeza de una cerilla con la uña del pulgar y lo encendió. Apenas había arrojado la cerilla, se respaldó en un bidón vacío; entonces la chica reapareció. Tenía la cara algo enrojecida, como si acabara de lavársela con agua fría. Lanzó una breve mirada a Coy y se encaminó hacia la tienda.

—Hola —la saludó él en voz baja cuando pasaba por su lado.

—Hola —respondió ella. Casi se detuvo pero pareció pensarlo mejor. Después de dar medio paso vacilante, reanudó su marcha.

—¿Quieres aguardar un instante? —dijo Coy cogiéndola del brazo—. Tú viajas en ese autobús de evangelización, ¿verdad?

—Ya me viste apearme de él, ¿no? —replicó ella. No hizo el menor movimiento para librarse de la mano de Coy.

—¿Crees que querrán llevarme hasta la próxima ciudad?

—No tienes suerte —respondió enfática—. El hermano Monroe, el predicador, nunca admite autoestopistas. —Entonces, la chica bajó la vista y le miró la mano—. ¿Has acabado con mi brazo?

Coy la soltó y ella comenzó a alejarse. Pero después de dar dos o tres pasos, giró sobre sus talones.

—Si me dejas dar una chupada a ese cigarrillo te diré cómo *podrías* conseguir que te recogieran.

Coy asintió y le pasó el cigarrillo. La muchacha miró recelosa hacia la tienda, luego, se le acercó presurosa y aspiró una larga y honda bocanada de humo. Se colocó muy próxima a él, rozándole la muñeca con las yemas de los dedos. Despidió una leve fragancia que Coy encontró muy grata. Observó que llevaba desabotonada la

parte de arriba del delantero del vestido y vio que tenía abundantes pecas en el escote.

—¡Qué bien sabía, caramba! —exclamó ella después de exhalar el humo. Se tambaleó un poco—. ¡Diantre! Cuando estás sin fumar durante una semana, esto pega fuerte.

Coy la cogió otra vez del brazo para darle apoyo. Ella se lo agradeció sonriente, casi aturdida.

—¿Qué me dices de ese viaje? —inquirió él.

—Vale. Escúchame. Vas allí y te ofreces al hermano Monroe para conducir el autobús. Sabrás conducir, ¿no?

—Claro.

—Bien. Al hermano Monroe no le gusta conducir; dice que le causa molestias en la espalda. El otro, Aaron Timm, el del pie zambo, es quien se encarga de la conducción, pero ayer, en las afueras de Little Rock, la policía multó al hermano Monroe por eso. Ellos dicen que Aaron no debería conducir un vehículo en semejantes condiciones. De modo que si te prestas a llevar el volante, tal vez el hermano Monroe te deje acompañarnos.

Ambos oyeron el portazo en la tienda al mismo tiempo, y la chica se apartó presurosa de Coy.

—Ahora he de marcharme —dicho esto, ella se alejó a paso vivo.

Coy dio una última chupada al cigarrillo pensando que los labios de ella lo habían tocado, recordando el aroma que exhalaba ella, y las pecas que desaparecían hacia abajo por el escote del vestido. Sonriendo para sí, arrojó la colilla y se encaminó hacia el autobús.

La chica estaba ya sentada junto a una de las ventanillas abiertas. Aaron Timm esperaba junto a la puerta del autobús mientras que el hermano Monroe contaba un puñado de monedas para pagar la gasolina.

—Discúlpeme, reverendo —dijo Coy cuando el predicador hubo terminado—. Me preguntaba si usted querría llevarme hasta la próxima ciudad.

—No admito autoestopistas —contestó hosco el hermano Monroe.

—Yo me ofrecería a pagarle si tuviese dinero, señor —dijo Coy con toda cortesía—. Pero me complacería mucho trabajar para ganármelo. Yo podría ayudar en la conducción o realizar cualquier otra labor.

—No sería mala idea, hermano Monroe —terció Aaron Timm—. Esos motoristas pueden haber dado aviso para que se nos vigile.

—Y la próxima vez podríamos ir a la cárcel, hermano Monroe —apuntó la chica desde su ventanilla.

—¡Callaos, vosotros dos! —Saltó el predicador—. ¡No me hace falta que unas personas como vosotros piensen por mí! —Miró a Coy de arriba abajo—. ¿Eres buen conductor? ¿Prudente?

—Sí, señor —contestó Coy con entonación solemne.

—Está bien. Ponte al volante —ordenó Monroe—. Te probaré durante un par de

kilómetros.

—Gracias por su bondad, reverendo.

Cuando el hermano Monroe se volvía para subir al autobús, Coy sonrió a la muchacha. Ella le devolvió la sonrisa, además de un guiño.

La vasta y llana tierra de labor desfiló pausada mientras Coy conducía el autobús sin prisas a lo largo del asfalto. Él podía ver por el espejo retrovisor que Aaron Timm se había dormido, acurrucado en uno de los asientos dobles. Después de vigilarle desde un asiento delantero durante dos minutos si acaso, el hermano Monroe se había retirado a la parte trasera corriendo la pesada cortina que aislaba su alojamiento privado. La chica se había trasladado a un asiento de pasillo y, apoyando las rodillas en el asiento delantero, leía una manoseada revista. Tal como estaba sentada, ofrecía a Coy una excelente panorámica de sus piernas. Durante un buen rato, él distribuyó equitativamente su tiempo entre la carretera y ella. Al cabo de unos cuantos kilómetros, la muchacha cerró los ojos y se tendió sobre el asiento para dormir, con lo cual Coy se quedó sin verla.

Como no había nada más en el autobús que ocupase su mente, Coy extrajo el último de sus cigarrillos y se lo fumó mientras conducía. Pensó en Gaston, la ciudad adónde se dirigían. Roscoe se encontraba en Gaston..., o por lo menos estaba allí una semana antes. Coy lo había averiguado por un tipo recién llegado a la cuadrilla de trabajos forzados que había realizado durante algunos días la limpieza del salón de billar en Gaston, dedicándose después a vagabundear por la frontera entre Estados hasta Lill, Mississippi, en donde había recibido una condena por hurto. Había sido sentenciado a noventa días y el mismo día del juicio había llegado al campamento prisión del condado de Squires. Fue dos días después cuando Coy le oyera mencionar a un hombre llamado Roscoe que organizaba partidas de naipes en la trastienda del Gaston Pool Parlor.

Coy se preguntó a quién utilizaría Roscoe como gancho ahora. «Probablemente a otro primo como lo era yo hace un año», se dijo. Su pensamiento dio marcha atrás, y vio aquel día funesto, cuando Roscoe le descubriera en un café barato de Alabama lavando platos por cuatro dólares diarios y la comida. A Roscoe le gustó su aspecto y lo sacó de aquel tugurio para enseñarle las artes del gancho en una partida de póquer. «En realidad no se trataba de ningún engaño», le explicó Roscoe. Todo cuanto tenía que hacer el gancho era subir la apuesta cada vez que su compinche le hacía la señal de que iba a pedir menos de tres cartas. Se suponía que se trataba de una simple cuestión de porcentajes, eso era todo. No había nada de fraudulento en ello si se exceptuaba el hecho de que Roscoe tentaba la suerte en un noventa por ciento a su favor usando cartas marcadas. Entonces, una noche, él se esfumó y dejó que Coy cargara con el proverbial muerto en un parador del condado de Squires.

Coy lanzó su colilla por la ventanilla abierta y se frotó la cicatriz que dibujaba un

arco sobre su mandíbula. Se la había causado una botella de cerveza que uno de aquellos jugadores le estrellara en plena cara poco antes de que se lo llevaran a la cárcel. El dueño del parador, organizador de la partida, era primo del magistrado del condado y, para consolar a sus jugadores, quienes habían perdido una buena parte de sus beneficios de la cosecha del algodón, influyó sobre su pariente el magistrado para que Coy saliera sentenciado a un año de prisión.

La cuadrilla destinada a trabajos forzados se dedicaba a abrir zanjas de irrigación durante doce horas diarias. Coy se había habituado a ello al cabo de pocas semanas, después de que sus ampollas se inflamaran, reventaran, sangraran y se endurecieran hasta convertirse en callos; después de que los hombros le dolieran al máximo y terminaran transformándose en músculos elásticos, funcionales; y después de que su estómago cesara de rebelarse contra las acuosas gachas y la grumosa sopa de avena con que el condado de Squires alimentaba a sus convictos. Él se había habituado a todo y estaba determinado a superar la dura prueba. Un año, había dicho el magistrado cuando mandó que lo encerrasen, y Coy debería cumplir ese año.

Sin duda lo habría hecho si no hubiese oído mencionar el lugar en donde Roscoe se hallaba. Porque el pensar en Roscoe era demasiado para él. Roscoe luciendo elegantes camisas de seda mientras Coy vestía arpillera a rayas; Roscoe devorando rosbif y huevos mientras Coy ingería bazofia; Roscoe durmiendo sobre colchón de plumas en una habitación de motel con aire acondicionado mientras Coy pasaba sus noches sobre un banco de madera en un asfixiante barracón carcelario. Pensar sobre todo eso era demasiado. El trabajo se le hacía cada vez más insoportable, los alimentos volvían a resultarle intolerables y las noches semejaban tenebrosos períodos de tortura en los que la sonriente faz de Roscoe ocupaba su mente.

Coy no había podido aguantarlo más, y por eso decidió escapar. Una noche, hacia las diez, se escapó del barracón aprovechando un tablón casi suelto y excavó por debajo de la alambrada espinosa. Se encaminó hacia el oeste, hacia la frontera del Estado más próximo. Anduvo sin descanso durante nueve horas, y a las siete de la mañana siguiente robó un mono y una camisa de trabajo en el tendedero de un labrador. Una vez se hubo cambiado de ropa, marchó hacia la carretera más próxima y consiguió ser recogido por un camión cargado de verdura. Tres ciudades más adelante por la carretera se ganó tres dólares descargando el camión en la fábrica de conservas. Compró un paquete de cigarrillos e inmediatamente después saltó a un tren de mercancías que abandonaba la ciudad. Viajó en el mercancías hasta cruzar la frontera de Arkansas. Una hora después, se apeó sobre la marcha para caminar hasta la estación de servicio en donde se detuviera el autobús de la predicación evangelizadora.

Mientras conducía, Coy se dijo que tenía dos misiones que cumplir: ajustar cuentas con Roscoe y perderse de vista. Si lo atrapaban y lo enviaban de vuelta a Mississippi, se ganaría un aumento de condena por la fuga: el doble del tiempo que había dejado de cumplir, más otro año. Eso haría un total de veintidós meses en lugar

de los cinco que le quedaban.

Coy esbozó una sonrisa torva. Valía la pena correr ese riesgo. Dar alcance a Roscoe, *haría* que mereciese la pena correrlo.

Se apoyó sobre el volante y arqueó la espalda para relajar los músculos. Deseó poder encender otro cigarrillo, pero no quedaba mucho camino ya. Al frente apareció un letrero señalizador: GASTON 12.

En un solar desierto, a las afueras de la ciudad de Gaston, Coy se quitó la camisa y ayudó a Aaron Timm en la descarga del autobús. La tienda plegable de la asamblea evangelizadora que iba sujeta a la baca fue lo primero que descargaron. Luego, entre los dos, bajaron las pilas de sillas plegables y el púlpito desmontable que habían sido transportados junto a la tienda plegada. Por último, descendió un pequeño órgano de pedal que iba atado al portaequipajes trasero.

—¿Cuándo montarán esto? —preguntó Coy una vez hubieron descargado y apilado cuidadosamente todo.

—Por la mañana —respondió Aaron mascando un mondadientes—. Después del desayuno, yo levantaré la tienda y colocaré las sillas y los demás objetos en sus respectivos lugares. Luego, por la tarde, iré a la ciudad y distribuiré los folletos. —Diciendo esto, señaló una caja de cartón repleta de circulares impresas—. La asamblea tendrá lugar mañana por la noche, después de la cena. El hermano Monroe pronunciará un sermón y tocará el órgano. Y esa muchacha cantará los himnos. Entonces, yo pasaré la bandeja de la colecta.

Coy asintió. Echó una ojeada en torno suyo y vio que la chica estaba abriendo un cajón que contenía cacharros y sartenes junto a un fogón portátil que acababa de montar. El predicador se hallaba desmadejado en una butaca de campaña bajo un árbol y tenía los ojos cerrados.

—Él procura no fatigarse, ¿verdad?

—¿Por qué habría de hacerlo? —replicó Aaron encolerizado por un instante—. ¿Por qué habría de hacerlo cuando unos mentecatos como yo y la chica se ocupan de todo?

—Si no le gusta a usted, ¿por qué no lo deja? —inquirió Coy, esforzándose por mantener su tono coloquial.

—¿Para hacer qué? —preguntó a su vez Aaron con un gruñido—. No es nada fácil encontrar trabajo cuando tienes un pie zambo y no se sabe hacer nada. Y yo no sé hacer nada. —Su cólera se disipó aprisa, y entonces el hombre acarició encantado la suave superficie del pedal del órgano—. Es decir, salvo tocar el órgano. Eso lo hago verdaderamente bien.

—Me pareció oírle decir que el predicador era quien se encargaba de tocarlo.

—Lo hace. Pero también yo puedo, cuando él me lo permite. Y toco mucho mejor que él, además.



—¿Y por qué no quiere permitírselo? —preguntó Coy.

Aaron Timm miró avergonzado al suelo.

—Él cree que hacemos más dinero cuando yo paso el plato de la colecta. Dice que la gente tiende a dar un poco más cuando me ven arrastrando el pie.

Coy asintió y no insistió en el tema.

—¿Puedo ayudarle en algo más?

—Ahora debo desplegar la tienda y extenderla de modo que esté lista para izarla por la mañana —dijo Aaron—. Usted puede echarme una mano si quiere.

—Por supuesto.

Mientras trabajaban con la pesada e inmensa tienda, Coy observó que la chica echaba estofado de lata en una cacerola que había puesto sobre el fogón y encendía el fuego. Ella le daba la espalda y cuando se movía, Coy le miraba las piernas y veía el juego elástico de sus músculos. Siempre había admirado a las mujeres con piernas esbeltas y fuertes.

—¿Cómo se llama? —preguntó a Aaron, señalando con la cabeza hacia la chica.

—Sauce —contestó Aaron—. No conozco su apellido.

—¿De dónde es?

—Hace pocas semanas, Monroe la recogió cuando iba hacia el sur de Indiana. Creo que es una fugitiva —dijo Aaron riendo entre dientes—. El viejo Monroe se había propuesto hacer compartir la parte trasera del autobús con él. Sin embargo, no ha tenido mucha suerte con ella... La chica sigue yendo a dormir sola afuera.

Coy miró hacia el hermano Monroe que seguía despatarrado en su butaca de campaña.

—No se ajusta a mi idea de lo que debe ser un predicador.

—Porque no lo es —gruñó Aaron de nuevo—. Ése tiene tanto de predicador como usted. Sólo sabe hablar bien, eso es todo. Cuando está tras ese pulpito, amenazando con el fuego infernal y la condenación eterna, es el mejor predicador que jamás se haya visto, pero eso ocurre solamente cuando está a punto de hacer pasar el plato. Una vez ha concluido todo, y los granjeros se van a casa con sus familias, él empuja el codo otra vez y cavila sobre esa chica, Sauce.

—Le gusta el alcohol, ¿eh? —dijo Coy, y sus palabras tuvieron más de aseveración que de pregunta.

—Puede apostar sus botas a que así es —respondió enfático Aaron—. Mañana, me tendrá rodando por toda la ciudad en busca de algún contrabandista a quien comprar una garrafa. Éste es un Estado seco, como usted sabe..., en Arkansas no está permitido vender licor fuerte en un mostrador.

—Sí, lo sé.

«Así que el viejo cara de palo es un gigantesco fraude —dijo para sus adentros Coy—. Sólo un buen charlatán...».

Terminaron de extender la tienda y ambos regresaron al autobús en donde Coy había colgado su camisa.

—Bueno, supongo que deberé reemprender mi camino —dijo Coy. Y percibió un gesto de contrariedad en el rostro de Aaron, como si el hombrecillo no quisiera verle marchar.

—Si se queda usted un rato por aquí —dijo—, veré si puedo pasarle un cuenco de este estofado que Sauce está haciendo.

—Tal vez nos veamos más tarde —le prometió Coy—. Ahora quiero ir a Gaston.

—Es natural —murmuró Aaron algo desanimado—. Bien, gracias por echarme una mano.

Coy anduvo alrededor del autobús. Cuando quedó a cubierto de ojos indiscretos, se detuvo unos segundos junto a la caja de cartón que viera antes, y cogió unos cuantos folletos del hermano Monroe. Luego, atravesó el campo hasta la carretera y comenzó a andar hacia Gaston.

La trastienda del Gaston Pool Parlor estaba repleta de humo mezclado con los densos efluvios del sudor. Una docena de hombres, vestidos con monos y llevando calzado de trabajo, contemplaban la partida de póquer que se estaba jugando sobre una mesa cubierta de hule bajo la luz de una potente lámpara. Participaban cinco jugadores, dos de ellos granjeros, otros dos que por su aspecto parecían más bien sablistas de sala de billar. El quinto hombre era Roscoe.

Coy se situó entre los espectadores más alejados, en la sombra para que Roscoe no pudiera verle. A diferencia de los demás mirones, él no observó la partida, no siguió el movimiento de los naipes ni las apuestas. Se limitó a vigilar a Roscoe; escrutó su rostro y sus ojos, pensó en las múltiples comidas succulentas que Roscoe habría consumido durante los últimos siete meses; en las múltiples noches que Roscoe habría dormido entre sábanas limpias y perfumadas; en los múltiples baños calientes que Roscoe habría tomado. Mientras meditaba sobre esas cosas, Coy se llevó la mano en un gesto inconsciente a la cicatriz que aquella botella de cerveza le dejara en la mejilla.

«Disfruta del juego, tahúr —pensó—. Será la última partida que juegues por mucho tiempo».

Acto seguido, se deslizó por detrás de los mirones hasta la puerta trasera y salió al callejón. Allí se sacó de la camisa los folletos del hermano Monroe y los escondió debajo de un cubo de basura donde podría encontrarlos con facilidad. Como todo se hubiera hecho oscuro ya, Coy tuvo que acercarse a un farol para contar su dinero. Le quedaban un billete de dólar, otro dólar en monedas y dos centavos. Dejando aparte estos últimos, metió el resto en el paquete de cigarrillos vacío que todavía llevaba en el bolsillo de la camisa. Luego, silbando para sí, deambuló por la plaza hasta encontrar un café de servicio nocturno y un taxi aparcado ante él. El conductor estaba fumando con la cabeza recostada sobre el respaldo del asiento.

—Buenas noches —dijo Coy apoyando una mano en el techo del coche.

—Buenas —respondió el conductor. Y estudió a Coy pensativo.

—Hace calor esta noche —comentó Coy.

—Una pizca de más para esta época del año.

—Aquí se han montado ustedes un pueblo realmente bonito —añadió Coy mirando hacia la plaza.

—Forastero, ¿no?

—Sólo de paso —asintió—. He acampado a un kilómetro de aquí por la carretera. —Dicho esto sonrió—. Un hombre lo tiene un poco cuesta arriba cuando llega a una ciudad extraña en donde no conoce a un alma. No sabe siquiera dónde comprar una botella.

—No es posible comprar una botella en este Estado —observó el taxista—. Éste es un Estado seco.

—Lo sé —dijo Coy—. Y conozco las leyes sobre el alcohol. También conozco un poco el negocio del taxi.

—¡Ah! ¿Sí? —El taxista se esforzó por adoptar una entonación indiferente.

—Claro. Yo era conductor de taxi en Junction City, Kansas. Allí también estaba en vigor la Ley seca, pero ¿sabe usted lo que hacíamos cuando un tipo estaba sediento? Dejábamos dos dólares en cualquier parte. —Coy miró alrededor y por fin señaló hacia unas cajas vacías de Coca-Cola amontonadas a un costado del café—. Por ejemplo, esa caja en la parte superior del montón. Luego, le aconsejábamos que se diera un pasco alrededor de la plaza. Seguro que cuando él volviese, los dos dólares habrían desaparecido y, en su lugar, habría una garrafillo con *whisky* de fabricación casera por valor de dos dólares.

—Eso es interesante de verdad —observó el taxista.

—Bueno, por lo menos tiene una ventaja —dijo Coy—. No hay forma de atrapar al hombre que haga la venta. —Apartó la mano del coche y se despezó—. Bueno, se está haciendo tarde. Creo que me daré una vuelta por la ciudad y luego tomaré la carretera. Hasta la vista.

El taxista lo saludó con la cabeza. Coy volvió a la acera y dio unos pasos hacia las cajas de Coca-Cola. Puso un pie sobre ellas para atarse bien el cordón del zapato y, mientras lo hacía, metió el paquete de cigarrillos con el dinero en la caja superior. Luego, se alejó por la plaza silbando para sí otra vez.

Cuando Coy regresó al café, el taxi había desaparecido con tanta diligencia como su dinero pero se encontraba en la caja superior del montón una botella cerrada, sin marca, que contenía *whisky* de contrabando. Coy se metió la botella debajo de la camisa y caminó por el callejón que se hallaba detrás del salón de billar. Puso la botella en el suelo, detrás del cubo de basura, junto a los folletos del hermano Monroe. Luego, se sentó al otro lado del callejón cerca de la puerta trasera del salón de billar, estiró los músculos y contempló el cielo estrellado.

Esperando allí, en la oscuridad, Coy pensó en aquella chica llamada Sauce, cómo ella le había rozado la mano cuando compartieron su cigarrillo en la estación de servicio. Recordó cuánto se le había acercado el cuerpo femenino, y cómo habían caído los rayos solares sobre las pecas que bajaban por su escote...

Roscoe abandonó la sala de billar a medianoche, mostrando tanto aplomo y desenvoltura como siempre.

Coy abrió de golpe los ojos apenas oyó el chirrido de la puerta al abrirse. Tensó los músculos y permaneció absolutamente inmóvil mientras levantaba la vista desde donde estaba sentado hacia Roscoe, el cual se había detenido en el rectángulo luminoso para subir el nudo de la corbata hasta el cuello abotonado de su camisa de seda. Después de ponerse la chaqueta, Roscoe hizo crujir sus nudillos; durante un momento, miró pensativo el despejado cielo nocturno y salió al callejón cerrando la puerta detrás de sí. Coy esperó a que Roscoe pasara ante él, y entonces se levantó.

—Hola, tahúr —dijo en voz queda.

Roscoe dio media vuelta para encontrarse con el puño de Coy, proyectado con toda la fuerza acumulada durante siete meses de trabajos forzados. Aquel puño le alcanzó la boca de pleno, partiéndole ambos labios y hundiéndole los incisivos. Antes de que pudiera gemir siquiera, recibió otro golpe en el centro de la cara; el impacto le pulverizó el cartílago y el hueso de la nariz. Luego, los mazazos empezaron a llover sobre él, abriéndole una mejilla, arrancándole la oreja a medias, fracturándole la mandíbula. Eran golpes demoledores que iban marcando un ritmo sistemático, un repiqueteo constante de dolor cuyas ondas sucesivas empezaron a ensombrecerle la conciencia. El hombre se desplomó contra una pared mientras veía explosiones continuas de destellos rojos a través de sus párpados cerrados. De forma instintiva, alzó los brazos para protegerse la cara, mas apenas lo hubo hecho, sintió que sus costillas se estremecían bajo el mismo castigo incesante hasta que el aire desertó por unos instantes de sus pulmones haciéndole creer que se ahogaba. Un atroz gancho final le alcanzó el fofo estómago y le hizo doblarse y caer de bruces sobre la basura del callejón.

Coy se irguió sobre él con pecho agitado, las manos doloridas y los brazos insensibles tras el esfuerzo realizado. «Esto por los siete meses, tahúr —dijo para sus adentros—, y por esta cicatriz».

Colocando a Roscoe boca arriba, Coy le sacó la cartera de un bolsillo interior y un paquete de cigarrillos casi lleno del bolsillo de la camisa. Luego, cogió los folletos evangelizadores de debajo del cubo, los esparció por el suelo y bajo el brazo inerte de Roscoe.

Recogió la botella de *whisky* del lugar en donde la dejara, y emprendió el camino por la oscura carretera. A un kilómetro casi de la ciudad, abandonó la carretera y se encaminó hacia un arroyo que había descubierto antes. Se tendió sobre el estómago y sumergió ambas manos en la reconfortante agua helada. Cuando estuvo bien seguro de que no se le hincharían, se las secó con los faldones de la camisa y volvió a la carretera.

El hermano Monroe estaba despierto todavía cuando Coy regresó al campamento. Se

había acomodado sobre su catre en la parte trasera del autobús. El azulado resplandor de la linterna de petróleo proyectaba sombras profundas a su alrededor.

—Reverendo —dijo Coy muy quedo.

Monroe respingó sobresaltado.

—¡Qué! ¿Quién anda ahí? —Luego, descubrió al intruso—. ¿Qué haces merodeando por aquí, muchacho? —exclamó irritado—. ¿Qué quieres?

—No era mi intención molestarle, señor —dijo Coy—. Pero ha ocurrido algo que me induce a pedirle consejo.

—¿En plena noche? —masculló Monroe—. Tú debes de estar loco, muchacho. Ahora, lárgate de aquí...

—Sólo quería saber lo que debo hacer con esto —dijo Coy mientras sacaba la botella de *whisky* de debajo de su camisa y la sostenía en alto para que Monroe pudiera echarle un buen vistazo.

El anciano de mirada adusta se inclinó hacia delante y escudriñó la botella. Se humedeció los labios con la lengua.

—El dueño de los billares me la dio después de que yo le barrera el local —prosiguió Coy con aire inocente—. Es un licor muy fuerte y yo no sé qué hacer con él. El alcohol es pecaminoso, ¿verdad, reverendo?

—¿Eh? —murmuró Monroe sin apartar los ojos de la botella—. ¿Pecaminoso? ¡Ah, claro que sí! Sin duda es lo más pecaminoso.

—Yo no quise tirarla por temor de que alguien la encontrara y se la bebiera —confesó Coy—. Y tampoco quise vaciarla en el suelo por no mancillar la buena tierra. Así que pensé preguntarle a usted sobre ello, señor.

—Eso es lo mejor que has podido hacer, muchacho —repuso Monroe con entusiasmo creciente.

—Se me ocurrió que tal vez usted pudiera utilizarla en la asamblea de evangelización mañana noche —dijo Coy—. Cual una especie de ejemplo para las conductas pecaminosas. Usted podría estrellarla delante de todos para demostrar a todo el mundo cuán fácil es deshacerse del diablo.

—¡Inspirada idea, muchacho, amigo mío! —exclamó Monroe radiante—. Ello contribuiría a que algunas pobres almas vieran la luz de salvación. Haré, justamente, eso. ¡Dame la botella!

Coy se la entregó. Monroe la colocó con exquisito cuidado sobre el catre; acto seguido, puso una paternal mano sobre el hombro de Coy y le guió hasta la salida del autobús.

—Esta noche, has hecho una buena obra cristiana, muchacho, amigo mío, y ten la seguridad de que serás ampliamente recompensado por ello en el más allá. Ahora, te ruego que me dejes solo para mi meditación. Sigue tu camino en paz a sabiendas de que has aportado una ayuda muy considerable para la difusión del verbo verdadero.

—Gracias, reverendo —murmuró Coy con aire humilde.

Así que el muchacho se hubo apeado del autobús, y no bien hubo dado tres pasos,

oyó el ruido del corcho al saltar. Sonrió para sí y marchó en busca de Sauce y Aaron Timm.

El sherif se presentó allí, puntual y madrugador, a la mañana siguiente, acompañado de dos comisarios. Coy, ataviado con el mejor temo negro del hermano Monroe más una flamante camisa blanca, se apeó del autobús de evangelización y les salió al encuentro.

—Buenos días —dijo el sherif—. ¿Es usted el pastor?

—Sí. Soy el hermano Coy. —Sonrió y se volvió hacia Aaron, quien estaba allí cerca colocando las clavijas para montar la tienda, y hacia Sauce, la cual se encontraba preparando el desayuno—. Ésta es la hermana Sauce. Y éste el hermano Aaron Timm, nuestro excelente organista espiritual. —Luego, Coy plegó las manos—. ¿En qué puedo servirle, sherif?

—Siento haberles interrumpido así, reverendo —dijo el representante de la ley—, pero anoche tuvimos un pequeño incidente en la ciudad. Se apaleó y robó a cierto jugador llamado Roscoe. Encontramos esto en el lugar de los hechos. —Diciendo así, mostró un puñado de folletos evangelizadores.

Coy los examinó y exhaló un hondo suspiro.

—Ya me temía yo que sucediera algo por el estilo —dijo con un toque de pesadumbre en su voz—. Deberé reconocer mi parte de culpabilidad. ¿Quiere acompañarme, por favor?

Coy condujo al sherif y sus comisarios hasta el otro lado del autobús. Tendido sobre una manta, junto a uno de los grandes neumáticos, Monroe lanzaba sonoros ronquidos en su sueño profundo de borracho. Estaba sin afeitarse, desgredado, y llevaba puestas las ropas desteñidas que Coy robara del tendadero. En el suelo, a su lado, aparecía la botella de *whisky* sin marca ya vacía.

—Le recogimos ayer —explicó Coy al sherif—. Nos contó que él mismo había sido predicador en fechas ya lejanas pero que luego había pasado por tiempos difíciles. Le propuse que se uniera a nuestro grupo como ayudante hasta que pudiera afirmarse otra vez sobre el suelo. Anoche, después de cenar, le envié a la ciudad para que distribuyera algunos folletos. No volví a verle hasta esta mañana. —Coy sacudió la cabeza turbado—. Yo no tenía ni idea de que hubiese provocado un conflicto.

El sherif se arrodilló junto a Monroe y le registró los bolsillos. En ellos encontró la cartera de Roscoe.

—Parece ser nuestro hombre. Cogedle y llevadle al coche, muchachos.

—Con franqueza, no sé qué decir, sherif —exclamó Coy—. Tengo la impresión de ser yo el culpable.

—Usted no tiene ninguna culpa, reverendo, no hay motivo para que piense eso. Después de todo, lo único que usted hizo fue intentar ayudarlo.

—Sí, lo sé, pero me da la sensación de que esta pobre alma no es responsable de

sus actos. Todo el día de ayer se lo pasó diciendo que nuestro pequeño grupo evangelizador es como uno que él tenía en otros tiempos, y anoche comenzó a referirse a este autobús como *suyo*. Se comportaba como si fuese el predicador y todos nosotros trabajáramos para él.

—Yo diría que este hombre puede estar un poco chiflado —dijo el sherif frotándose la barbilla pensativo—. Si continúa largándome esa historia al despertar, tal vez lo envíe al hospital del Estado para que lo sometan a observación.

—Hágalo así si cree usted que es mejor para él, sherif. Al fin y al cabo, usted es un profesional en esas cuestiones. Por cierto, ¿cómo se encuentra el hombre al que apalearon?

—Bueno, lo trabajó de firme..., este viejo borracho debe de haber usado un garrote. La víctima está hospitalizada. Y calculo que se pondrá bien con el tiempo.

—Hemos de agradecer que no haya sido mucho —murmuró reverencioso Coy.

—Así lo espero —dijo indiferente el sherif.

Ambos rodearon el autobús otra vez y el sherif se tocó con dos dedos el sombrero dirigiéndose a Sauce:

—Bien, les deseo un buen día, señores.

—Buen día tenga usted, sherif.

Coy, Sauce y Aaron se miraron entre sí y sonrieron triunfantes a un tiempo cuando el sherif y sus ayudantes desaparecieron llevándose a Monroe.

Aquella noche, tras las murmuraciones suscitadas por el apaleamiento de Roscoe y el arresto de Monroe, media Gaston se presentó en el campamento para escuchar al nuevo predicador itinerante. El joven reverendo Coy pronunció un inspirado sermón sobre los males de la bebida. Una vez hubo acabado el reverendo, la hermana Sauce cantó *Dame esa religión de tiempos antiguos*, acompañada al órgano por el hermano Aaron Timm. Después, el hermano Timm tocó un popurrí de himnos mientras el reverendo Coy en persona pasaba el plato de la colecta.

Cuando Coy regresó al pulpito y entregó la bandeja cargada de dinero a Sauce, observó que bajo las luces de la tienda, las pecas de su pecho parecían relucir y destellar como ese cielo cuajado de estrellas que él contemplara mientras esperaba poco antes en el callejón a Roscoe.

Cuando cogía el plato de la colecta, Sauce le apretó un poco la mano y le miró de hito en hito. Coy le sonrió y asintió con la cabeza.

«Al fin y a la postre —pensó—, el oficio de predicador no va a ser tan malo.»

# UN CANDADO PARA CHARLIE DRAPER

*James Holding*

Montañas de gente, incluido yo, pensaron por toda la ciudad que Charlie Draper había perdido la chaveta al actuar como lo hizo el día que su establecimiento fue atracado el pasado otoño. Yo tenía asiento de tribuna para todo el espectáculo, y debí haber recapacitado antes de enjuiciarlo porque yo conocía a Charlie Draper muy bien. Nosotros dos jugamos al póquer cada semana, además, Charlie y yo somos comerciantes vecinos desde hace doce años. Mi ferretería está junto a la tienda de comestibles de Charlie, en el viejo edificio Stackpole, el cual está apretado contra el acantilado septentrional de Cedar Gulch como el corsé de una señora gruesa.

No es que Cedar Gulch sea una gran ciudad (no tenemos supermercados aún), y, sin embargo, tampoco cabe decir que sea una ciudad pobre. Mucho dinero circula por la tienda de Charlie los viernes, porque los elementos que trabajan en la fundición perciben su jornal los jueves. Yo no ingreso tanto como Charlie, pues los artículos de ferretería tienen bastante menos aliciente que los comestibles, pero no me va mal a decir verdad. Sea como fuere, ese atraco a la tienda de Charlie sucedió un viernes, hacia las cuatro de la tarde.

El caso fue que Charlie estaba hablando siempre de su teoría, y quienes habían oído contar cómo se había comportado durante el tal atraco tuvieron que reírse de él sin remedio porque no se había atendido a ella ni mucho menos. Hizo, exactamente, lo contrario de lo que siempre había dicho que era lo correcto. No sé cuántas veces he oído hablar a Charlie sobre su teoría..., durante el almuerzo en Grogan's, a veces al salir de la iglesia los domingos, pero, sobre todo, en nuestras sesiones de póquer después de que él ha ingerido un par de cervezas, y suelta sus dos primeras cartas de una mala mano y no tiene nada que hacer, salvo charlar, hasta que se den los naipes de nuevo.

Charlie sostiene que hay sólo dos formas de hacer las cosas: la fácil y la difícil. Y un hombre es un loco si opta por el procedimiento difícil cuando puede hacerlo por el fácil. A eso se reduce, en síntesis, la teoría de Charlie.

Nosotros nos divertimos mucho con Charlie. O por lo menos solíamos hacerlo.

—¿Y qué me dices del matrimonio? —preguntó Mort Johnson a Charlie una noche—. ¿Hay también una forma difícil y otra fácil para casarse?

Charlie no parpadeó siquiera. Se limitó a contestar:

—Claro. La difícil es casarse con una chica pobre de quien estás enamorado, y la fácil casarse con una chica rica que está enamorada de ti.

Entonces, Mort objetó que la propia esposa de Charlie, Lizabeth, era tan pobre como una rata cuando él se casó con ella, a lo cual Charlie respondió que él se había casado con Lizabeth antes de concebir su teoría, eso era todo.



Entonces, terció Deke Sawyer.

—¿Y qué me dices de jugar un flux reventado en el póquer de envite? ¿Cuál es la forma fácil de jugarlo, Charlie?

—Si te corresponden unas dobles parejas en el reparto, la forma difícil de jugarlo es pedir una carta para intentar completarlo; la forma fácil, conservar la calma y jugarlo como una buena mano. —Hizo una mueca sonriente y agregó—: Especialmente si estás jugando con un puñado de gente como vosotros a quienes se les puede marcar un «farol» con suma facilidad. Así sois de cómicos, compadres.

¿Ven lo que quiero significar? Ese tipo de conversación se comenzaba tan pronto como Charlie aparecía. Y nosotros nunca tuvimos una oportunidad de hacerle callar sobre su teoría, hasta que un individuo atracó su tienda de comestibles.

Lo curioso fue que Charlie ni siquiera se encontraba en su tienda cuando el atracador entró, sacó un revólver calibre 38 del interior de su americana y participó a todos los presentes en la tienda que aquello era un atraco, que deberían mantener la calma y dejar caer cuanto dinero llevasen encima dentro de su sombrero cuando él se lo ordenase. La tienda estaba llena de gente pues las mujeres de los fundidores se disponían a gastar la pasta que, como ya he dicho, sus esposos habían cobrado el día anterior. Según se supo más tarde, Charlie regresaba hacia esa hora de correos adonde había ido para girar cierta cantidad de dinero a su hermana viuda que vivía en Clutchers Falls.

Bueno, la primera noticia que tuve de que había ocurrido algo fuera de lo normal, fue cuando Charlie entró en mi tienda y me interpeló:

—Hola, Herbie, ¿cómo te va, muchacho?

—No puedo quejarme —contesté—. Pero ¿cómo es que no estás atendiendo a tus clientes, Charlie? Este es tu día de más trabajo, el viernes. Hace diez minutos creo haber visto una docena de mujeres por lo menos en tu establecimiento.

—Casper las habrá atendido —respondió él—. Es un chico muy espabilado para tener sólo diecisiete años, ¿sabes? El mejor dependiente que he tenido jamás. He ido a la oficina de correos antes de que cerraran, por eso no estoy allí ayudándole.

—¡Ah! —Dije—. Bien, ¿en qué puedo servirte, Charlie? ¿Tal vez venderte una segadora de césped para cortar hierba de forma fácil? —Todos nosotros solíamos burlarnos un poco de él. De él y de su teoría.

Charlie negó con la cabeza.

—¡Qué diablos! Sabes muy bien que yo no tengo hierba para cortar, Herbie. Y si la tuviera, ésa sería la forma difícil de cortarla.

Me miró de soslayo, y comprendí que deseaba oírme preguntar cuál era según él la forma fácil de cortarla. Así que se lo pregunté:

—Si tienes hierba —dijo Charlie—, déjala crecer hasta que esté bien alta y jugosa; entonces, cómprate un par de cabras. Ellas te dejarán el césped más corto de lo que puedas imaginar siquiera. Y también te resultará más barato que la segadora. Ése es el procedimiento fácil, Herbie.

—Está bien. Siento habértelo preguntado. ¿Qué necesitas en definitiva?

—Pensé que me convendría comprar un candado —dijo Charlie.

—Muy bien. Tengo un buen surtido. ¿Grande o pequeño?

—¡Ah! Mediano, diría yo, Herbie. Quizás uno de dos «pavos» y veinticinco centavos o dos cincuenta..., sobre ese precio. Ahora bien, ha de ser muy fuerte.

—¿Qué vas a hacer con él, Charlie? Dímelo y podré indicarte mejor el tipo de candado que te conviene comprar.

Abrí un cajón detrás del mostrador y saqué varios de diferentes tamaños. El más barato estaba hecho con láminas de acero.

—Se me ha ocurrido colocarlo en el cierre de mi tienda —dijo Charlie.

—Entonces, el adecuado es éste contrachapado. Es muy fuerte para ese uso y sólo cuesta un dólar noventa y cinco. Es el mismo que tengo puesto en mi propio cierre.

—El colmado de Charlie y mi ferretería tienen una persiana de acero arrollado que se baja desde la parte superior de la puerta y se sujeta con un candado a una anilla fija en la acera cuando se cierra la tienda.

—De acuerdo. Me lo llevo —dijo Charlie. Echó dos monedas de un dólar sobre el mostrador y yo le devolví los cinco centavos del cambio.

—¿Quieres que te lo envuelva?

—No te molestes, Herbie. —Cogió el candado con las correspondientes llaves y se dispuso a marchar.

—¡Oye! —exclamé de pronto—. Me parece recordar que tú tenías ya un buen cerrojo para tu cierre, Charlie. ¿Por qué necesitas un candado? ¿Es que lo has perdido?

—Nada de eso —contestó él deteniéndose en el umbral—. Lo tengo en la tienda, junto a la caja registradora.

—Bueno, entonces...

—No quiero entrar en mi tienda de inmediato.

—¿Por qué no? —Quise saber.

—Acaba de ser asaltada por un atracador —replicó Charlie.

Pensé que se había vuelto loco.

—¿Estás seguro de no haber visitado el bar Danny's en vez de correos? —inquirí.

—No —rió él—. Es un hecho, Herbie. Hace un rato yo volvía de correos y me disponía a entrar en mi tienda. Cuando miré a través del escaparate, vi a un individuo alto y flaco empuñando una pistola y alineando a mis clientes para que fueran arrojando el dinero a su sombrero, uno a uno. ¿Qué me dices a eso?

Yo tragué un poco de saliva y lo miré asombrado.

—Así lo espero —dijo Charlie—. Imagino que tardará bastante en salir. Ahí dentro hay por lo menos quince o veinte mujeres por robar, sin contar mi caja registradora y mi dependiente, Casper. Y ya sabes cuánto tardan las mujeres en encontrar las cosas dentro de sus bolsos.

—¡Telefonaré a los polis! —Di media vuelta e hice un ademán hacia el teléfono.

—¡Quieto! —ordenó Charlie. Y metiéndose de nuevo en mi tienda me cogió por el brazo—. Nada de policía, Herbie, ¿me oyes? Es mi colmado lo que están robando y, por tanto, seré yo quien maneje este asunto a mi modo, ¿de acuerdo? La manera fácil, eso es.

Di el visto bueno al infeliz, preguntándome qué estaría urdiendo. Le seguí hasta la puerta de mi establecimiento, y desde el umbral le vi recorrer los pocos pasos que le separaban de su escaparate. Entonces, él volvió la cabeza y me hizo un guiño por lo cual entendí que el atracador se encontraba dentro todavía. Charlie llevaba en la mano el candado abierto que yo acababa de venderle y adoptó una inocente expresión de comprador cuando se detuvo ante la puerta de su tienda.

Pero no entró. Tan sólo levantó un brazo, dio un pequeño brinco y, aferrando la anilla de su persiana metálica, tiró hacia abajo, todo en un solo movimiento o poco menos. Luego, apretó el asidero de la persiana contra la anilla de la acera, los unió con el candado que me acababa de comprar y lo cerró con un clic, haciendo gala de gran naturalidad, como si estuviese echando el cierre para la noche, según su costumbre.

Al cabo de tres segundos, pude oír una verdadera algarabía de voces femeninas al otro lado de la persiana de acero. Sus parroquianas quedaron estupefactas al ver desaparecer de pronto la luz diurna a mitad del atraco, o por lo menos eso es lo que yo supongo.

De cualquier forma, Charlie regresó a mi tienda tranquilo a más no poder.

—Vale, Herbie —dijo—, ahora usaré tu teléfono.

—Adelante —repuse—. Sírvete. Estás solventando esto con mucha sagacidad, Charlie, lo reconozco. Ahora, tienes encerrado a ese tipo ahí, una presa fácil para los polis. Adelante, telefonéalos.

—Gracias. Es una suerte que nuestras tiendas no tengan puertas traseras por haber sido construidas de tal forma que se las ha hecho invulnerables al «farol», ¿eh? —dijo Charlie entre muecas sonrientes—. Ahora, ese muchacho no podrá salir de mi tienda a menos que le demos paso por delante, a través de la persiana. —Acto seguido, levantó el auricular de mi teléfono y pidió un número a Maisie Jordan, la operaría de nuestra centralita.

—Ése no es el número de la policía —dije.

—Lo sé. No estoy llamando a la policía. Telefono a Casper.

—¿Tu dependiente?

—Claro —dijo Charlie—. Casper está ahí detrás del cierre, donde la acción tiene lugar. Y yo quiero averiguar lo que está sucediendo.

El teléfono estuvo sonando un buen rato y, por fin, alguien lo cogió.

—Hola, ¿eres tú, Casper? —preguntó Charlie.

Yo supuse que sería él porque oí una avalancha de palabras por el hilo telefónico. Casper empezó a contarle a Charlie que estaban sufriendo un atraco, pero éste lo interrumpió.

—Sé que tenéis a un pistolero ahí —dijo—. Por eso mismo eché el telón de acero, Casper, para dejarle encerrado. ¿Qué está haciendo ahora?

Me acerqué para poder oír lo que Casper contestaba por el hilo telefónico.

—Está apuntando con su arma hacia todas partes —contestó Casper—. Asegura que disparará contra cada uno de los presentes en el local.

—Escucha, Casper —dijo Charlie—. Hazle saber que se le ha encerrado en la tienda mediante esa persiana metálica, y que nada ni nadie podrá sacarle de ahí mientras nosotros no la levantemos por la parte de fuera. Dile que estoy llamando desde la ferretería de Herbie Purdom, en el portal contiguo, y que nadie sabe todavía que él se encuentra ahí, excepto Herbie y yo. No lo saben ni siquiera los polis. —Charlie me hizo un guiño—. Ahora, adelante. Transmítele a ese pistolero lo que te he dicho, Casper. —Charlie estuvo tamborileando con sus dedos sobre mi mostrador hasta que Casper se puso otra vez.

—Ya se lo he transmitido —dijo Casper.

—¿Cuál ha sido su respuesta? —inquirió Charlie.

—Dice que, no obstante, se propone matar a todas las señoras y también a mí, a menos que usted suba esa persiana aprisa y corriendo, Mr. Draper.

Ya me había figurado yo que Casper estaría de acuerdo con el pistolero en su petición de que Charlie subiese la persiana metálica sin demora.

—Pregúntale qué beneficio espera obtener matando a todo el mundo —inquirió Charlie a Casper—. Porque entonces yo *llamaré* a los polis. Y por muchas señoras que mate, ellos lo atraparán fácilmente porque está encerrado ahí. Díselo así. Y los polis lo crucificarán, no por un atraco de tres al cuarto sino por un puñado de asesinatos. Y él debiera saber, Casper, que no es fácil escapar a una acusación de asesinato. Así que, el hombre está listo de una manera u otra mientras yo no levante la persiana metálica. Díselo ahora mismo, ¿quieres?

Oímos la voz de Casper, que a sus diecisiete años semejaba la de un septuagenario, transmitiéndole al pistolero lo que Charlie había dicho. El chico regresó muy pronto al teléfono y participó con voz algo más firme:

—Él quiere saber cuál es el trato.

—¿Trato? —exclamó Charlie como ofendido—. ¡Yo no le he ofrecido ningún trato a ese hijo de perra! Pero comunícale que si deja en paz a mi clientela, les devuelve su dinero, y te entrega el arma a ti, Casper, yo podría dejarle salir.

—¿El arma? —La voz de Casper tuvo ahora mucha semejanza con la de un chirriante tenor—. ¡Yo no quiero su arma, Mr. Draper! Escuche, ¿no podría usted...?

—Escúchame tú —le ordenó Charlie—. Si yo subo el cierre y le dejo salir, tengo que estar seguro de que no empezará a disparar apenas vea la luz del día, ¿no lo crees así? Y la única forma de estar seguro de ello es que tú te hagas cargo del arma. ¿Acaso no es razonable eso? Y si te asusta tanto, Casper, hunde su arma en el barril de azúcar.

—De acuerdo, Mr. Draper, se lo diré. —Y Casper cumplió su palabra. Al cabo de

un minuto, dijo—: El tipo quiere saber si usted le dejará libre después de subir el cierre.

—Nada de eso —contestó Charlie—. Él es un atracador, ¿no? Y debe tener su merecido. —Hizo una pausa. Luego exclamó—: ¡Oh, oh! Aguarda un minuto, Casper. —Tapó el micrófono con la mano durante un par de minutos, después la retiró con un tono agitado de verdad—: Escucha, Casper, acabo de mirar por la puerta. ¿Y sabes lo que he visto? ¡Una turba de mineros que se aproxima calle abajo procedente de la fundición y vienen echando fuego por los ojos! Antes creí haber oído algo. Esto me huele un poco a linchamiento. Con toda probabilidad, se propondrán dar una lección a ese atracador por asustar así a sus respetables esposas cuando están haciendo la compra de la familia.

Casper estuvo dándole vueltas en la cabeza a esa noticia durante un buen rato. Lo indicaba así su agitada respiración y su mutismo. Al fin, metió el dedo en la llaga de la mentira de Charlie.

—¡Diantre, Mr. Draper! —dijo—. Si nadie sabe lo del atraco excepto usted y Mr. Purdom, no lo sabe la policía siquiera, ¿cómo es posible que todos esos mineros...?

Charlie me miró de hito en hito mientras contestaba:

—Herbie Purdom debe de haber propalado la noticia en la fundición, Casper. Salió corriendo de aquí como un zorro escaldado apenas me oyó hablar contigo. Es una especie de vieja parlanchina para las habladurías, Casper. Tú ya lo sabes.

Yo cerré el puño y estuve a punto de cascar a Charlie por esa malintencionada observación. No me habría costado mucho, pues soy bastante más grande que él, pero como yo quería enterrarme del desenlace de todo aquello, me abstuve.

—Así que dile a ese pistolero, Casper —prosiguió Charlie—, que yo *haré* una cosa en su favor si él cumple lo que he dicho, o sea lo del arma y todo lo demás. Le garantizaré, bajo palabra de honor, que haré lo imposible para impedir que los mineros lo atrapen cuando salga de ahí. Yo mismo le conduciré sano y salvo a la cárcel. Y eso es una promesa, Casper. Tal vez me muestre algo quisquilloso, mas lo haré. Comunícaselo así, Casper.

Un minuto después, la voz de Casper se dejó oír una vez más.

—Él dice que vale, Mr. Draper. Levante la persiana.

—¿Se encuentran bien nuestras parroquianas? —preguntó Charlie—. ¿Estás seguro de que nadie ha resultado lesionado?

—Todas se encuentran estupendamente —respondió Casper.

—¿Les ha devuelto él su dinero, es decir, a quienes se lo había robado?

—Desde luego. Hasta el último centavo.

—¿Tienes su arma ya?

—Está enterrada a treinta centímetros de profundidad en el barril de azúcar, Mr. Draper.

—Magnífico —repuso Charlie—. Entonces, ahora mismo iré allí y quitaré el candado del cierre. Dile que salga despacio y con calma. —Acto seguido, Charlie

colgó.

—*Ahora*, llama a los polis —dije.

Charlie negó con la cabeza.

—Préstame un arma por unos minutos, ¿quieres, Herbie? —Y señaló una escopeta, calibre 12, de dos cañones que había en mi vitrina—. Ésa servirá —dijo—. Sólo para aparentar. Te la devolveré sin una mácula de polvo, Herbie. Ni siquiera necesito cartuchos. ¿Qué te parece? Te la traeré como nueva dentro de diez minutos, ¿eh?

Yo me limité a lanzarle una mirada asesina sin decir palabra. Él no era quién para decir a Casper que yo era un cotilla.

—Yo estaba sólo bromeando al tildarte de chismoso, Herbie —se excusó entonces—. Palabra.

Bueno, era una buena disculpa para provenir de Charlie, así que le presté la escopeta. Él la cogió, se encaminó a su tienda y dejó el arma en la acera para poder abrir el cierre. Luego, levantó la persiana, apuntó con mi escopeta descargada al sujeto larguirucho, el cual salió de inmediato y lo condujo él solo a la Comisaría mientras el pistolero miraba enloquecido a su alrededor en busca de la turba que pretendía lincharle, tal como Casper le anunciara. Desde luego, allí no había nadie.

Sé lo que estarán pensando ustedes. Se dirán que si ésa era la manera fácil que Charlie tenía de desmontar un atraco en su tienda, el tipo debía de estar loco de remate, ¿no? Y lo sé porque mucha gente de Cedar Gulch, incluido yo, pensó exactamente lo mismo cuando se lo contaron. Muchos de nosotros nos figuramos que ahí se ofrecía una oportunidad irreplicable para hacerle tragar a Charlie su propia teoría hasta que se asfixiara y enmudeciese para siempre. ¿Comprenden lo que quiero decir?

El miércoles por la noche, después del atraco, celebramos nuestra habitual sesión de póquer, y Charlie estuvo presente. Después de las primeras manos, y entre un par de cervezas, Mort Johnson inició el tratamiento.

—Bueno, Charlie —dijo—, de ahora en adelante, no necesitaremos seguir escuchando tu parloteo sobre esa condenada teoría tuya. —Mort es medio inglés y algunas veces se le nota por su forma grotesca de hablar.

—¿Y se puede saber por qué no? —inquirió Charlie descartándose de sus dos primeros naipes para esperar una combinación más favorable.

—¿Y preguntas eso después de la solución que diste a aquel atraco tuyo el pasado viernes? Si de verdad existe un procedimiento *difícil* para solventar algo, es ése. Y tú has estado años diciéndonos que quien pretenda resolver las cosas por el camino difícil es un condenado insensato.

—Lo es —repuso Charlie adelantando un poco la barbilla—. Y no me retracto.

—Entonces, ¿por qué no resolviste tu atraco de la manera fácil? —Mort me apuntó con el pulgar y añadió—: Según Herbie nos ha contado, compraste aquel candado, pediste prestada una escopeta, te arriesgaste a que resultaran muertas un

montón de mujeres por tu culpa y engañaste al atracador por teléfono para que se rindiera. ¿Le llamas a *eso* la manera fácil de solucionar un simple atraco cuando te hubiera bastado con llamar a los polis desde el teléfono de Herbie y sentarte a esperar hasta que ellos tomaran la iniciativa?

—Un momento, Mort, ahí te equivocas —dijo Charlie sin la menor intención de ceder ni un ápice, al menos que se notara. Esperó a que Deke Sawyer arrebañara un «pot» de cuatro dólares con una pareja de reyes pelada, y prosiguió—: El determinar cuál es la manera fácil y cuál la difícil depende de lo que te propongas hacer. ¿Conforme?

—Conforme —tercié yo—. Y tú te proponías impedir que aquel atracador robara tu tienda, ¿no es así?

—Eso fue una parte —admitió Charlie inclinando la cabeza—, pero no la totalidad.

—Poco importa lo que fuera, Charlie —saltó Mort—. Reconoce que procediste de la manera difícil. No podrás hacernos creer lo contrario.

Charlie plegó las manos y se respaldó en su silla.

—Pensáis que yo mismo di de bofetadas a mi teoría, ¿eh?

—¡Claro que lo hiciste! —Le contestamos a coro.

Charlie pareció ponerse serio. Nos miró uno por uno.

—Bien —dijo al fin—. Cuando entré en la tienda para comprar el candado, yo le dije a Herbie que volvía de correos. ¿Verdad, Herbie?

Respondí que sí.

—Bien. Mientras estaba en correos, me distraje unos minutos leyendo el tablón de anuncios expuesto allí. Vi, entre otras cosas, que un individuo alto y flaco, con una cicatriz blancuzca en la parte de atrás del cuello, llamado Slim Cotter, era buscado por la policía en relación con el robo cometido en un tren. Había una foto del sujeto. ¿Me seguís, muchachos?

Lo miramos como quien mira a una víbora surgiendo del castillo de arena con el que unos niños juegan.

—Así que regresé a mi tienda —continuó Charlie tamborileando con los dedos sobre la mesa de póquer— y, a través del escaparate, pude ver a aquel individuo apuntando a mi clientela con una pistola. Era un individuo alto y flaco, y como me daba la espalda vi que una cicatriz blancuzca le cruzaba el cuello. ¿Apreciáis la conexión?

Mort fue quien primero se dio cuenta.

—¿Quieres decir que reconociste en él al sujeto del tablón de anuncios?

—Claro, se veía a la legua que se trataba de Slim Cotter. ¿No hubierais pensado vosotros lo mismo? Yo me figuré que lo era.

—Sea como fuere, ¿dónde estriba la diferencia? —intervino Deke—. Tú seguiste empleando el procedimiento difícil para atraparle, ¿no?

—Nada de eso. Yo elegí la manera fácil de conseguir lo que quería. Y era

conseguir pescar a aquel tipo por mi cuenta y entregarlo a la ley personalmente.

—¿Y para qué quisiste hacer tal cosa? —pregunté a Charlie.

—¡Ah! ¿Es que no lo he mencionado? —preguntó él con una plácida sonrisa—. El anuncio de correos decía que se recompensaría con cinco mil dólares a quien averiguara el paradero de Slim Cotter.

Se hizo un silencio mortal en torno a la mesa de póquer.

Por fin Charlie habló de nuevo.

—Yo *opté* por la manera fácil, ¿comprendéis lo que quiero decir? La manera difícil ;habría sido la de compartir la recompensa con cinco, o quizá seis, polis de Cedar Gulch hambrientos de dinero!



# EL DIFUNTO NO LLORADO

*Jonathan Craig*

El cadáver había llegado, directamente, a través de la pared. Alguien había abierto la trampa de la carbonera en el callejón para introducir el cuerpo del hombre por allí y cerrar la trampa otra vez. El cuerpo se había precipitado por la rampa, reventando el tabique de madera contrachapada del fondo y cayendo al suelo de lo que antaño fuera una carbonera gigantesca y era hogaño una resplandeciente estancia, tipo estudio, engalanada con lo que algunos residentes de Greenwich Village denominan *beginner's décor*. Allí había llamativos pósteres en las paredes con motivos taurinos de España y México, otros más pequeños referentes a las carreras automovilísticas en Le Mans y Nürburgring, una red rosada de pesca tendida en un rincón, una guindola suspendida en otro, más las habituales abstracciones sin marco y cerámicas esparcidas por doquier. Sobre la mesa, había un garrafón de Chianti con chaqueta pajiza y una punta de vela metida en su gollete con gruesos regueros de cera cayendo por los costados.

El cadáver recién llegado había sido un joven alto, de hombros caídos, con un enjuto y atezado rostro de facciones demasiado afiladas para resultar atractivo y una pequeña cicatriz en forma de media luna sobre la ceja derecha.

—¿Alguna posibilidad de que esa herida en la cabeza se abriera al estrellarse el cuerpo contra la pared y el suelo? —pregunté al ayudante del forense, que se había arrodillado junto al cadáver para examinarlo de cerca.

El forense lo negó con la cabeza.

—Él aterrizó sobre el hombro izquierdo y el lado izquierdo de la cabeza, Pete —dijo—. Eso resulta evidente. Pero fue el mazazo en la nuca lo que le mató... Eso es algo que él tenía antes de iniciar la caída por la rampa.

—¿Tiene roto el cuello?

—No..., y no necesitaba una rotura de cuello. Jamás he visto una fractura de cráneo tan brutal, Pete. Me es imposible imaginar lo que pudo haberla causado, pero el hueso está hundido de tal forma que, puedo decir, extraoficialmente, que fue algo esférico, muy pesado y muy grande. No hace más de dos horas, si acaso, que está muerto. —Cerró enérgico su maletín y se puso en pie—. Comprende que te estoy diciendo esto estrictamente de médico a policía, para que puedas iniciar tu investigación. Oficialmente, como forense, no te he comunicado una sola palabra ni lo haré hasta después de la autopsia. ¿Conforme?

—Conforme.

—¿Estás dispuesto a entregar el cuerpo? Podría llevármelo conmigo a Bellevue para empezar el trabajo cuanto antes.

Le di un impreso de transferencia, esperé hasta que lo hubo firmado y entonces

llamé a los sanitarios de la ambulancia que habían estado aguardando fuera con una camilla.

—Ya nos veremos, Pete —dijo el forense mientras seguía a los sanitarios a través de la puerta—. Te daré un telefonazo tan pronto como termine.

—De acuerdo, Ed, te lo agradeceré. —Eché una ojeada a mi reloj. Eran las diez pasadas de una noche de las más tórridas y bochornosas en Nueva York que yo pueda recordar. Crucé el vestíbulo hacia la habitación en donde mi compañero detective, Stan Rayder, estaba conversando con la joven que había encontrado el cuerpo y telefoneado a la policía.

Stan y yo llevábamos allí una hora, observando el polvo de carbón en las ropas del muerto y las astillas del contrachapado que en su día ocultara el sótano y terminal de la rampa; además de salir al callejón para examinar el portillo metálico de la trampa. Habíamos descubierto que se abría con facilidad a pesar de los goznes enmohecidos, y que los goterones de sangre junto a la trampa significaban que el muerto había estado tendido en el callejón durante unos minutos mientras el portillo era abierto pero no necesariamente que hubiese sido asesinado allí; así mismo, pudimos comprobar que la trampa tenía demasiada herrumbre y suciedad para tomar huellas dactilares, aun en el caso de que el asesino las hubiese dejado.

Nuestro registro de lo que otrora fuese carbonera no nos había aportado nada, y el del propio cuerpo muy poco más. Alguien se había llevado las cosas de los bolsillos del hombre y dejado éstos vueltos del revés, pero, en apariencia, había olvidado mirar también el de la camisa, en el que nosotros encontramos un número de teléfono casi ilegible garrapateado sobre la esquina de una página arrancada de la guía telefónica de Manhattan.

Cuando entré en la habitación donde Stan Rayder hablaba con la joven que encontrara el cuerpo, llamada Cloris Ramey según ella misma nos dijo, observé que él había conseguido tranquilizarla casi por completo.

—¿Se encuentra ya un poco mejor, *Miss Ramey*? —pregunté.

Se hallaba sentada en el centro exacto del diván, con las manos plegadas sobre el regazo y las rodillas y los tobillos muy apretados entre sí. Era una muchacha delgada, de esqueleto grande, con cara menuda y pálida, labio superior excepcionalmente corto, y ojos grises, lacrimosos y algo saltones. Me miró, asintió y desvió la vista otra vez.

Stan Rayder se encontraba frente a ella, sentado en el brazo de una butaca excesivamente mullida. Al entrar yo, se levantó, se metió su agenda en el bolsillo y me hizo señas para que le siguiera al vestíbulo. Cuando estuvimos fuera, sacó un cigarrillo del paquete que llevaba en el bolsillo, lo encendió y se recostó contra la pared.

—La ha consternado de verdad —dijo él—. Démosle unos minutos para reponerse.

Por su expresión se diría que algo le había sorprendido un poco, pero esa

expresión es la suya habitual a pesar de ser, con toda probabilidad, el hombre menos dado a dejarse sorprender que yo conozco. Lo cierto es que la apariencia general de Stan resulta engañosa. Un joven larguirucho, de pelo prematuramente canoso que parece ser un profesor universitario de matemáticas con la vista puesta en el doctorado. Sin embargo, y tal como muchos truhanes impenitentes podrían refrendar, su cuerpo semeja un tenso muelle de acero con una bomba incorporada en cada puño.

—¿Ha recordado la chica algo más? —pregunté.

Él movió la cabeza de un lado a otro.

—Creyó oír un ruido allí, atravesó el vestíbulo, vio el cuerpo en el suelo y llamó a la ley. Ésa es su historia completa, y yo la creo, de principio a fin.

—¿Pediste la confirmación a los otros inquilinos?

—No hay nadie más aquí, Pete. La pareja de ancianos del ático se ha marchado de veraneo. Los dos compadres de la planta baja trabajan por la noche, y el padre de *Miss Ramey* se encuentra en el hospital.

—Lo cual nos deja sólo con un número telefónico.

—Hemos iniciado otros casos con menos.

—Y envejecido antes de resolverlos. —Me saqué del bolsillo el trozo de página con el número telefónico garrapateado—. Voy a averiguar a quién pertenecen estas cifras, Stan —dije.

—¡Oh, ya lo sé! —replicó con acidez él—. Me dejas aquí con los platos sucios mientras tú vas al agradable apartamento con aire acondicionado de quienquiera que sea para mantener una corta y amena charla. —Sacudió la cabeza—. Así sucede una y otra vez.

—No todos los apartamentos tienen aire acondicionado, Stan.

—Los que tú visitas lo tienen siempre. Entre tanto; yo termino en un baño turco.

Regresé a la habitación de *Miss Ramey* y llamé a la compañía telefónica para pedir la identidad del abonado correspondiente al número que apareciera en la camisa del muerto. La comprobación no tardó ni un minuto en llegarme, y durante ese tiempo, los ojos grises y húmedos de *Miss Ramey* no cambiaron de expresión y, que yo sepa, ni parpadearon siquiera. El nombre que correspondía a aquel número era el de Leda Wallace, 834 West Houston. Escribí nombres y señas en mi agenda así como el número telefónico de *Miss Ramey*.

De nuevo en el vestíbulo, informé a Stan sobre mis averiguaciones y luego le entregué una de las instantáneas mostrando la cara del muerto que yo había hecho fotografiar.

—Me pregunto si parecería tan pacífico cuando estaba vivo —murmuró Stan con aire pensativo.

—Lo dudo —dije—. No vivimos en esa clase de mundo.

El número 834 de West Houston resultó ser uno de seis edificios de apartamentos idénticos de cinco plantas, todos unidos, una superficie vertical ininterrumpida de brillante ladrillo amarillo sin nada que los distinguiera entre sí salvo los números en

las pequeñas placas metálicas junto a seis entradas nada ornamentales.

La chica que respondió a mi llamada en la puerta del apartamento 4B tendría unos veinte años; una rubia platino con oscuros ojos verdes entre pestañas de movimiento aparentemente retardado y un perfil que parecía salido de un camafeo. Aun yendo descalza, era casi tan alta como yo, lo que significaba que se trataba de una joven de gran estatura, cuyo cuerpo, bajo los ceñidos pantalones y la camiseta llena de pintura, tenía todos los atributos femeninos y, no obstante, una firme musculatura; lucía el aspecto de una chica que pasa gran parte de su tiempo en las piscinas.

—¿Miss Wallace?

—Sí.

Le enseñé mi placa.

—Detective Selby, Sexta Brigada. ¿Podría hablar con usted?

Ella se dispuso a decir algo, pero cambió de idea y retrocedió unos pasos para dejarme entrar. Yo tomé asiento en el extremo de un reducido sofá bajo, y saqué mi bloc de notas junto con la Polaroid del muerto.

Ella titubeó unos instantes y, con aire absorto, se limpió la pintura roja del pulgar izquierdo en la ya embadurnada camiseta, luego, se sentó en el otro extremo del sofá y alzó levemente una ceja.

—Espero que esto no dure mucho —dijo—. En realidad, estoy muy atareada, Mr. Selby.

Yo sonreí, esforzándome por parecer amigable.

—¿Pintando su apartamento?

—No. Tarjetas navideñas. —Hizo un ademán hacia la desordenada mesa de dibujo en el rincón más distante de la habitación—. Las pinto al por mayor para esa empresa de las afueras de Kansas City.

—¿Pintando tarjetas navideñas en agosto?

—Sí. Y en Navidad haré las de Pascua.

—Comprendo —dije. Entonces, le alargué la fotografía del muerto—. Estamos intentando identificar a este hombre, *Miss Wallace*. ¿Le conoce usted?

Ella cogió la instantánea y, después de examinarla, me la devolvió asiéndola por una esquina entre el pulgar e índice como si se tratase de un ratón muerto.

—¿Qué ha hecho esta vez?

—No es cuestión de saber lo que ha hecho sino quién es.

—Se llama Cody Marden —respondió ella—. Desde luego, muchas personas lo conocen por *otros* nombres.

—Entonces, ¿no le inspira afecto?

—Ni el más mínimo —respondió ella con una vaga sonrisa—. ¿Por qué me lo pregunta?

—Ha sido asesinado, *Miss Wallace*.

La sonrisa se desvaneció en sus labios y el verde de sus ojos pareció un poco más oscuro.

—¿Asesinado? ¿Cody?

—Así es. ¿Por quién? Lo ignoramos.

Ella desvió la vista y asintió muy despacio, como para sí.

—Tenía que suceder —murmuró—. Había de pasarle tarde o temprano.

—¿Por qué dice eso, *Miss Wallace*?

—Por el tipo de persona que era.

—¿Tenía muchos enemigos?

—Muchísimos.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Hace unos seis meses. El pasado febrero.

—¿Y antes de eso?

—¿Se refiere a qué clase de relaciones teníamos? —Lanzó una breve carcajada—. Yo pensé que era, abro comillas, amor auténtico, cierro comillas. No sé si él me hipnotizó, o yo me autosugestioné, o qué. Todo lo que sé y puedo decirle es que estuve como en trance durante tres meses. Y luego llegó, otra vez comillas, el despertar, final de las comillas.

—Respecto a esos enemigos..., ¿alguno de ellos fue lo bastante como para querer su muerte?

Ella hizo una pausa para reflexionar.

—Bueno, *querer* su muerte y *matarle* son dos cosas muy distintas. Pero si vamos a hablar claro, me figuro que sólo dos personas podrían querer matarle, lo sé positivamente: Fred Bennet y su esposa Joyce. Han transcurrido seis meses desde que Cody se marchó de aquí, e incluso así...

—¿Quiere decir marcharse de la ciudad?

—Tuvo que hacerlo. Nadie le ha visto u oído hablar de él desde entonces. Yo no sabía que él hubiese vuelto hasta que usted me lo ha dicho esta noche. Me sorprende que haya tenido el valor de regresar.

—Respecto a ese Fred Bennet y su esposa —dije—, ¿en qué se basa usted para pensar que ellos podrían haberle matado?

—Él les dio muchos motivos. A los dos. Durante el tiempo que Cody Marden me tuvo en trance, mantuvo relaciones amorosas con Joyce a escondidas. Entonces, de pronto, no se supo más de Cody Marden o Joyce Bennet. Huyeron juntos. Y no sólo eso. Cody convenció a Joyce para que dejase a cero su cuenta conjunta con Fred en el Banco.

—¿Y Joyce? ¿Cuál habría sido su móvil?

—Cody la convirtió en el hazmerreír de Village. Todo lo que Cody había perseguido desde el primer instante era esa cuenta corriente. Apenas ella se la entregó, Cody la dejó plantada y levantó el vuelo hacia nadie sabe dónde. Eso ocurrió en algún lugar de Jersey, según tengo entendido, y Cody no le dejó ni el dinero suficiente para un billete de autobús y poder regresar a Nueva York. Tuvo que trabajar unos días en un restaurante barato hasta conseguir comprárselo ella. —Mi

interlocutora hizo una pausa—. Y Joyce Bennet no es el tipo de persona a quien se pueda hacer semejante pasada y salir de rositas. Una mujer verdaderamente primitiva, ya sabe..., toda pasión y ninguna idea clara sobre nada. No hay más que mirarla un poco de lado y Joyce explotará en plena cara a quien sea.

—¿Volvieron ella y Fred a unirse?

—No. He oído decir que Joyce lo deseaba así, pero Fred le dijo adónde podía irse, cómo llegar allí y cuánto tiempo debería quedarse.

—¿Sabe usted dónde vive Fred ahora?

—Lo último que llegó a mis oídos fue que estaba en el edificio Merrick, allá por la calle Catorce.

—¿Y Joyce?

—No lo sé. Alguien me contó que trabajaba de camarera en ese restaurante nuevo que abrió sus puertas en el local de Jody's. ¿Sabe usted a qué lugar me refiero?

—Desde luego. Ahora, necesitaremos que algún familiar identifique el cuerpo de Marden —dije—. ¿Tenía él algún pariente cercano o lejano en Nueva York?

—No. Ni en ninguna otra parte que yo sepa —respondió. Luego reflexionó un instante—. Acabo de recordar algo. Cierta vez, Cody tuvo una pelea con un hombre, un hombre ya mayor. Una noche, íbamos los dos caminando calle abajo cuando ese hombre nos abordó y empezó a maldecir a Cody llamándole traidor e ingrato, y luego intentó golpearle. Pero Cody esquivó el puñetazo y le golpeó a su vez dejándole fuera de combate. Más tarde, Cody me dijo que aquel sujeto era alguien para quien él solía trabajar.

—¿Y usted no sabe quién era?

—No. Aquello me turbó tanto que... Bueno, recuerdo que era de mediana edad y muy fornido, pero soy incapaz de acordarme de sus facciones. Es posible que Ralph Tyner lo sepa.

—¿Quién es Ralph Tyner?

—El mejor amigo de Cody. Se podría decir que era su único amigo. Él y Cody trabajaron durante algún tiempo en el mismo lugar.

—¿Sabe usted en dónde podría encontrar a Mr. Tyner?

—Court Street, número seiscientos once. Tiene el apartamento interior de la planta baja.

—Según veo, Mr. Tyner es amigo de usted también.

—Solía serlo —repuso ella categórica. Y lo dejó estar.

Yo me puse en pie guardándome mi libro de notas, y caminé hacia la puerta.

—Mientras no encontremos un familiar para la identificación, necesitaremos a alguien que pueda hacerlo —dije—. ¿Querría ir usted mañana por la mañana, a una hora todavía por fijar?

—Yo no querría pero lo haré —contestó ella.

—Estupendo. Le enviaremos un coche.

—La encontrarán, ¿verdad? —murmuró—. Me refiero a la persona que le mató.

—Lo intentaremos —respondí con énfasis.

—Pues espero que no lo consigan. Quienquiera que fuese, hizo un favor al mundo.

Salir desde el aire acondicionado del vestíbulo de Leda Wallace al calor bochornoso de la calle fue como abandonar la cámara frigorífica de una carnicería para entrar en una sauna.

Yo quería hablar con Fred y Joyce Bennet tan pronto como fuese posible, por descontado, y puesto que el nuevo restaurante en donde Joyce servía las mesas, según Leda Wallace, estaba sólo a dos manzanas de allí, decidí hablar primero con ella. Estando el restaurante tan cerca y no habiendo casi aparcamientos libres en la Village, dejé el coche policial donde estaba y caminé.

Me quedé en blanco. Joyce no se había presentado al trabajo y nadie del restaurante conocía su dirección. Dejé una tarjeta mía con la petición de que ella me telefonara si llegaba más tarde. Luego volví al coche y lo conduje hacia el Hotel Merrick, en la calle Catorce.

Otra tentativa frustrada. Fred Bennet seguía viviendo todavía allí pero había salido del hotel entre las seis y las siete y aún no había vuelto. Dejé otra de mis tarjetas en recepción, subí al coche de nuevo y me dirigí hacia el 611 de Court Street para tener una charla con Ralph Tyner, amigo íntimo y colega del muerto.

El 611 de Court Street era un edificio de arenisca restaurado. En el vestíbulo de seis por seis metros encontré el buzón con el nombre de Tyner, así que pulsé el botón que había debajo de él y esperé.

—¿Quién es? —respondió una voz masculina, metálica y áspera, a través de la rejilla colocada sobre el buzón.

Le expliqué quién era y lo que deseaba. Un momento después, el disparador de la puerta zumbó. Me dirigí hacia la escalera interior, descendí al sótano y caminé hasta la última puerta al fondo.

El hombre esperaba en el umbral de la puerta y me hizo pasar indicándome con un gesto dos viejos y raídos butacones y un sofá no menos vetusto.

—Le conviene escoger ése —dijo—. Los muelles del otro han decidido tener vida propia.

Era un tipo de unos treinta y tantos años, con espeso cabello negro, tan cargado de brillantina que semejaba alquitrán recién echado, ojos castaños y turbios debajo del listón negro casi ininterrumpido que eran las cejas, y una nariz pequeña y chata desviada ligeramente hacia la izquierda. Él tomó asiento en el sofá, extendió cuanto pudo las piernas y me miró expectante.

—Usted conoce a un tal Cody Marden según tengo entendido —dije.

—Cierto.

—Amigo íntimo suyo, ¿no?

—Yo no diría tanto. Lo conozco. Solía ir con él a dar una vuelta.

—¿Le ha visto recientemente?

—No, desde hace meses. Cinco o seis por lo menos. —Hizo una pausa—. Y ahora, déjeme hacerle una pregunta. ¿A qué viene todo esto?

—Marden está muerto —dije—. Asesinado.

Los turbios ojos castaños se entornaron desafiadores.

—Comprendo —murmuró—. Entonces, ¿por qué no me lo ha comunicado de forma directa? ¿Por qué tantos rodeos?

—Cálmese, Mr. Tyner —contesté—. Ésta es una investigación de homicidio, lo cual requiere hacer preguntas..., a usted y tal vez a cien personas más. El tipo de interrogatorio practicado por un poli es asunto exclusivo del propio poli. Veamos, pues. Usted dice que no ha visto a Marden desde hace cinco o seis meses. ¿Ha oído decir algo sobre él durante ese período?

Él permaneció en silencio durante unos minutos para hacerme saber que no se dejaría acosar. Por fin habló.

—Precisamente, hoy he sabido algo de él. Me telefoneó desde el aeropuerto Kennedy. El teléfono estaba sonando cuando yo llegaba del trabajo a casa, hacia las seis menos cuarto.

—¿Y qué le dijo?

—No mucho. Que acababa de llegar y necesitaba verme cuanto antes. Le pregunté sobre qué y él me contestó que no podía explicármelo por teléfono. Parecía muy agitado. Asustado, alterado o algo parecido. Dijo que vendría aquí, rápidamente, y después colgó sin despedirse siquiera.

—No tiene usted ningún indicio del conflicto que podría inquietarle así o...

—Nada salvo lo que le he contado. Él parecía excitado, quizás amedrentado.

—Me han dicho que usted y Marden trabajaban en la misma empresa.

—Hace un año más o menos él estuvo allí unos cuantos meses pero lo despidieron. Clary Brothers. Perfumes al por mayor en bidones, barriles o camiones tanque. Yo sigo allí.

—Hace poco tuve una charla con Leda Wallace. Ella...

—¿Leda? ¿Así que es *ella* quien le ha puesto sobre mi pista?

—Me dijo que Cody tuvo una pelea con un sujeto para quien él había trabajado, según Leda. ¿Podría ser alguien de Clary Brothers?

—Lo dudo. Yo me habría enterado si fuera así. Creo que ella se habrá referido a Archer Hill. Cody trabajó también para él durante una temporada. Cody y Archer tuvieron ciertas discrepancias. Eso lo sé; sin embargo, no sé que ello hubiese dado lugar a una pelea.

—¿Es hombre de mediana edad y muy fornido ese Archer HUI?

—Sí. Pero yo le conozco sólo de vista. —Mi interlocutor se inclinó hacia delante—. Dígame una cosa, Selby. ¿Le sugirió Leda la idea de que yo tengo algo que ver con lo sucedido a Cody?

—No.

—¿De verdad? Me sorprende que ella haya desperdiciado semejante oportunidad.



Y hablando de peleas, ¿le contó el altercado que tuvo ella misma con otra chica acerca de Cody? Leda fue apaleando a esa pequeña hasta el interior del hospital.

—Ella no mencionó nada al respecto —dije—. ¿Cómo se llamaba esa otra chica?

—No lo sé. Yo no la había visto antes y Cody aseguró que él tampoco. Sólo era una pequeña a quien Leda sorprendió haciéndole carantoñas y..., ¡zas! Fue algo visto y no visto. Hubo que llamar a la ambulancia con urgencia. Tiene mucho temperamento esa Leda. Existen razones que me permiten saberlo bien..., yo solía salir con ella.

—¿Antes de que Cody se la arrebatara?

—Puede expresarlo así. En realidad, él me hizo un favor. Una chica con un temperamento como ése y tan fuerte físicamente... Jo, jo! Las chicas crean ya bastantes problemas *sin* necesidad de músculos. Ésa es una bomba que anda como una muchacha, créame. Ya le he dicho, quitármela de encima fue un verdadero favor.

—Eso es muy interesante.

—Ella es una chica muy interesante. Aunque no olvide usted llevar consigo su artillería defensiva.

—¿Tenía Marden algún problema cuando decidió marcharse de aquí? ¿Un problema que quizás estuviera esperándole todavía?

—He estado dando vueltas a eso en mi cabeza. Lo único que puedo recordar es su relación cierta vez que recibió una llamada telefónica de alguien llamado Eddie. Ignoro el apellido de ese Eddie, pero él telefoneó una noche a Cody. Éste se había alojado conmigo unos cuantos días hasta ver si encontraba otro apartamento, y ese Eddie le telefoneó una noche, hacia las dos. Yo cogí el auricular para contestar y ese individuo me dijo haberse enterado de que Cody se alojaba aquí y me pidió le avisara al teléfono pues Eddie deseaba hablarle. El tipo tenía una voz tan glacial que sólo de oírla me dieron escalofríos. Cody se puso al aparato, dijo hola y no pronunció ninguna palabra más. Se quedó allí sentado y muy pálido, cada vez más pálido. *Intentó* decir algo, pero sólo le salió un graznido. No bromeo si le digo que el compadre estaba tan asustado que sólo tuvo fuerzas para no dejar caer el teléfono. Apenas lo colocó en su sitio, salió disparado y empezó a hacer sus maletas como un demente. Le pregunté cuál era el problema, pero él se limitó a contestarme que necesitaba abandonar aprisa aquel vecindario y que me telefonaría al día siguiente. Sin embargo, no lo hizo.

- desde entonces no le he visto más.

Sobre nuestras cabezas se oyó un súbito golpeteo de pesados pasos y, al poco, el techo pareció vibrar con las palpitations hondas de un contrabajo. ¡Dum de dum da!

—Es curioso que las notas de ese violón lleguen con tanta intensidad hasta aquí —comentó Tyner con acidez—. Ese bufón de arriba enciende su «*hi-fi*» apenas llega a casa. Yo me habría mudado ya si no fuera por mi turno.

—¿Torno?

—De cerámica —aclaró él—. Está allí, debajo de esa lona alquitranada. Un apartamento de sótano es el único sitio en donde te permiten tener uno.

Miré en la dirección que él había indicado. El torno se encontraba en un gran nicho, junto al vestíbulo. Yo no había podido verlo al entrar, dándole la espalda al sentarme. En el suelo había dos latas cuadradas, una etiqueta PLATELINE y la otra ARCILLA BLANCA, y dos bloques de arcilla grandes como maletas con un dibujo jaspeado desde el gris al negro, como mármol.

—Un *hobby* —explicó Tyner—. Me ayuda a relajarme a veces.

Yo asentí con la cabeza y me levanté volviéndome hacia la puerta.

—Creo que esto será todo por ahora, Mr. Tyner —dije—. Gracias por su ayuda.

Cuando me disponía a abrir la puerta, me moví un poco hacia la derecha y me incliné para examinar la arcilla marmórea de cerca. Al volverme hacia la puerta casi tropecé con Tyner, quien me había seguido a muy poca distancia. Me miró desafiante.

—¿Qué ocurre? —inquirió tenso.

—Nada —respondí sorprendido—. ¿Qué le hizo pensar tal cosa?

Él mantuvo aquella expresión unos instantes más; luego, lanzó una breve carcajada y regresó al sofá.

—Sólo nerviosismo, supongo —dijo—. Los nervios me han estado jugando malas pasadas durante todo el día. Y el saber lo de Cody y todo eso... —Encogió los hombros con un gesto de disculpa—. Dé una vuelta o dos al torno si quiere, Selby. Sírvese usted mismo. Haga un par de cacharros para sus amigos, conocidos o seres queridos.

—No. Gracias de todas formas —repose abriendo la puerta—. Quizás en otro momento.

Mientras subía las escaleras, intenté imaginar algún otro motivo que justificara la extraña reacción de Tyner ante mi interés por su arcilla, pero no le dediqué demasiada atención. Tal vez tuviese los nervios destrozados, como él dijera. Y, por otra parte, quizá tuviera ciertas áreas en donde se manifestasen sus pequeñas locuras, como todo el mundo.

Al otro lado de la calle, frente al edificio de Tyner, había dos bares. Entré en uno de ellos y desde su cabina telefoneé a Stan Rayder al escenario del homicidio.

—¿Qué tal va la cosa? —pregunté—. ¿Encontraste algo?

—Nada —respondió Stan—. De hecho, estamos acabando ya. Tu llamada me ha sorprendido poniendo el sello policial en la puerta. ¿Qué me dices de ti?

—Te pondré al corriente en la Brigada.

—Me parece bien. Salgo ahora mismo hacia allá.

Entré en el despacho de la Brigada del Sexto distrito justamente cuando el minuterero del gran reloj eléctrico que colgaba sobre la tarima del sargento de guardia daba ese respingo final para marcar la una de la tarde. Stan Rayder se encontraba ya en su mesa, con los pies apoyados sobre el borde de su papelería, sosteniendo una

botella de soda en una mano y un bastón de caramelo en la otra.

—Pensé guardarte la mitad de este bastón, Pete —dijo—. Pero lo olvidé sin saber por qué y cometí el error de comerme primero tu mitad.

Me aflojé la corbata y busqué un cigarro puro en el cajón superior de mi mesa.

—¿Alguna acción por aquí? —inquirí.

Él negó con la cabeza, se metió el resto del caramelo en la boca y lo masticó caviloso, trasladándolo de un extremo al otro con ese extraño movimiento mandibular tan típico de él.

—No, pero dale algún tiempo y la tendrás. ¿Qué? ¿Me pones al corriente?

Le referí mis conversaciones con Leda Wallace y Ralph Tyner y mis tentativas para ver a Fred y Joyce Bennet.

Cuando hube terminado, Stan dio un suspiro.

—Nuestro muerto parece haber sido un mozo encantador. La cuestión es averiguar cómo le fue posible permanecer vivo durante tanto tiempo.

—El hombre parece haber cometido uno o dos errores de poca monta —dije—. ¿Quieres hacerme un favor, Stan? Abre un expediente sobre Cody Marden mientras yo averiguo si la Brigada de Investigación Criminal tiene algún dato acerca de él.

Stan suspiró de nuevo.

—Siempre los platos sucios —gruñó—. Una vez y otra.

Telefoneé a Información en las oficinas de lo Criminal y les pedí que comprobaran si había algo sobre Marden allí. Mientras esperaba su contestación, revisé los mensajes anotados en mi bloc de llamadas telefónicas, no vi nada de importancia y luego empecé a hojear las listas de arrestos, informes sobre acontecimientos desusados y denuncias que se habían acumulado en mi cesto de entradas esperando encontrar algún suceso del distrito que pudiese tener cierta relación con nuestro homicidio.

No hubo gran cosa: el número habitual de hurtos y atracos, dos o tres redadas de traficantes de estupefacientes, varias broncas familiares, incluyendo una causada por el robo de una bola de bolera por dos muchachos de nueve años en una acera sólo a media manzana del crimen, lo que había desencadenado una refriega entre las familias de ambos chicos sobre el principio de la propiedad, y aún otra disputa familiar media manzana más allá que había concluido con el viaje al hospital de un hombre, su esposa y cuatro hijos políticos. Pareció haber sido una noche bastante tranquila; por lo menos no había habido nada que se pudiese relacionar, razonablemente, con el homicidio que nos ocupaba.

El teléfono sonó. Era la BIC para comunicar que no había ningún antecedente sobre el arresto del ciudadano Cody Marden.

—Nuestro muchacho no tenía historial, Stan —dije mientras colgaba.

—Ahora lo tendrá —contestó Stan acercándose al archivador y metiendo dentro el expediente de Cody Marden—. Creo que tenemos compañía, Pete.

Giré sobre mi butaca y miré hacia la barrera que nos separaba de la sala de la

Brigada. Una mujer joven estaba plantada allí y me miraba con incertidumbre.

—Dígame, señora —dije—. ¿En qué puedo servirla?

—Quisiera ver al detective Selby —repuso ella.

Me acerqué a la barrera, pulsé el botón que había debajo y la puerta se abrió.

—Yo soy el detective Selby. Adelante.

Debió de haber sido hermosa; pero ya sólo le quedaban vestigios, vagos recuerdos. El rostro menudo, debajo del cabello negro azulado, parecía haber sufrido un envejecimiento prematuro, y los ojos color avellana, muy separados entre sí, eran veinte años más viejos que los otros veinte vividos a lo sumo por ella.

—Soy Joyce Bennet —dijo con voz ronca y cansada mientras yo la conducía hasta mi mesa y le ofrecía asiento—. Una de las chicas del restaurante me dijo que usted quería hablarme.

—Ah, sí —dije—, Mrs. Bennet, éste es mi colega, el detective Rayder.

—Encantado —murmuró Stan acercándose y sentándose en el borde de mi mesa para poder ver su rostro de frente.

Ella lo saludó con una inclinación de cabeza, cruzó las piernas y jugueteó con el cierre de su enorme bolso blanco. Adoptó las maneras de una colegiala convocada en el despacho del director para sufrir un correctivo.

—Usted habrá oído lo ocurrido a Mr. Marden, ¿verdad?

—Sí —respondió ella sin la menor expresión—. Lo han matado.

—Asesinado, para ser exactos —dije—. Y, puesto que ignoramos todavía quién lo hizo, necesitamos hacer algunas preguntas a muchas personas. Preguntamos lo mismo, más o menos, a todos y cada uno de ustedes, Mrs. Bennet, por lo tanto, no crea que...

—¡No soy una criatura, por amor de Dios! —exclamó ella con ojos súbitamente furibundos y entonación áspera—. ¿Me toma usted por una estúpida o algo parecido? ¿Acaso es necesario hablarme en esos términos?

La transformación había sido tan completa e inopinada, que oí cómo contenía el aliento. En ese momento, la boca de Mrs. Bennet se torció, resultando casi repulsiva, y entonces recordé lo que Leda Wallace me dijera sobre el estado pasional de aquella mujer, propensa a explotar en la cara de la gente.

—Sólo quise...

—No me gusta que los polis merodeen por donde trabajo —me interrumpió— y que me revienten los empleos como usted ha hecho. ¿No quería hablar conmigo? ¡Pues bien, hable!

—Bueno, para empezar —dije—, ¿cuándo fue la última vez que vio usted a Mr. Marden?

—Hace seis o siete meses. En febrero.

—¿Fue entonces cuando usted y Mr. Marden abandonaron juntos la ciudad, por así decirlo?

—Veo que ha estado hablando con los esquirols adecuados. Sí, entonces

abandonamos la ciudad juntos, «por así decirlo». Tan sólo, *él* la abandonó con destino desconocido, y *a mi* camino de Garrensville, New Jersey.

—Con la cuenta corriente de usted y de su marido.

—Si ya conoce todo el asunto, ¿para qué molestarme? Eso en primer lugar. Además —añadió señalando mi cigarro con un ademán vago—, esa cosa me está revolviendo el estómago.

Yo dejé el puro en el cenicero y empujé éste hasta el otro extremo de la mesa.

—¿Supo usted algo de Marden después de aquel episodio?

—No. Ni tenía ningún interés. ¿Quiere usted que le diga la verdad? Celebro mucho que esté muerto. Y espero que no haya tenido una muerte fácil.

—No obstante, su forma de pensar fue muy distinta en otro tiempo.

—En otro tiempo, por supuesto. Ese tipo consiguió que yo hiciese el ridículo, lo reconozco.

—¿Sabe usted de alguien que pudiera haber querido matarle?

—Por lo pronto yo. Pero no lo hice.

—Explíqueme, aunque sea tan sólo para dejar constancia de ello, dónde se encontraba usted entre las nueve y las diez de anoche.

—¿De nueve a diez? En mi habitación, Calle Décima, tomando una cerveza a solas y ocupándome de mis asuntos.

—¿Conoce usted a una chica llamada Leda Wallace?

—Un poco. Una rubia arrogante de verdad. Se cree una artista. Menudo negocio. La Village está llena de ellas, rubias y artistas a un tiempo. Ahí tiene usted una mujer a la que debiera estar interrogando. Se moría por Cody como usted no puede imaginarse. Cody me contó todo acerca de ella: la enloquecían los celos por él y todo eso. Nos reímos lo nuestro acerca de ello. Cuando Leda averiguara lo de Cody y yo, es muy posible que saltase hasta el techo e incluso lo atravesara.

—¿Cree usted que ella podría haberle matado?

—¿Por qué no? Desde luego alguien lo hizo. ¿Por qué no pudo ser ella?

—¿Oyó usted alguna vez que alguien amenazara a Mr. Marden? ¿Su marido, por ejemplo?

—Todo cuanto oí decir a Fred Bennet en los seis últimos meses fue «piérdete» —respondió la mujer, cruzando las piernas en sentido contrario y tamborileando con los dedos sobre su bolso durante unos momentos—. ¿Y quién podría culparle, a decir verdad? Le he hecho más porquerías de las que cualquier hombre puede tolerar, lo reconozco. Pero Cody Marden me indujo a hacérselas. Todo lo ocurrido fue por culpa suya.

—¿Tenía Marden algún familiar llamado Eddie? ¿Alguien a quien tuviera alguna razón para temer?

—¿Eddie? No recuerdo haberle oído mencionar a ningún Eddie.

—Sabemos que él tuvo una pelea con un exjefe suyo. ¿Podría decirnos algo al respecto? —pregunté.

—Sé que tuvo *una* pelea como usted dice. Archer Hill se llamaba aquel individuo. Un marchante de altos vuelos o algo parecido. ¿Se refiere usted a él?

—Quizá. ¿Sabe usted cuál fue la causa de esa pelea?

—Bueno, Cody faroleaba mucho. Siempre estaba galleando acerca de su capacidad para dar el timo a cualquiera o de cómo había arrebatado esto o lo otro a ése o aquél. Sea como fuere, mientras él estuvo trabajando para ese tal Archer Hill descubrió que el tipo había conseguido hacer pinchar los teléfonos de otros marchantes con objeto de averiguar sus precios de compra y venta, así como el nombre de sus clientes. ¿Comprende? Así podía salirles al paso y robarles la clientela. Pero entonces, Cody visitó a esos otros marchantes con datos sobre Hill, y les cobró por la información. Lo que eso repercutió en Hill cuando se divulgó la noticia fue una vergüenza cochina. Según Cody, Hill quedó completamente arruinado.

—¿Y él se jactaba de eso ante usted?

—Sí, y de cómo noqueó a Hill del primer puñetazo. ¡Oh, Cody Marden era la dulzura personificada! Tan dulce que cada vez que me viene a la memoria siento ganas de vomitar. —La joven hizo una pausa y frunció el ceño a Stan—. ¿Por qué esa expresión de sorpresa? —exclamó—. Le he estado observando desde que entré aquí. ¡Resulta tan evidente!

—Tengo siempre esa apariencia, Mrs. Bennet —repuso Stan con una mueca sonriente.

—¿Sí? Pues debería hacer algo al respecto. Pone nerviosa a la gente.

—Será lo primero que solucione mañana temprano —contestó Stan todavía con su sonrisa—. Y si entonces no puedo, lo haré a la hora del almuerzo.

—¿Hay algo más que desee contarnos, Mrs. Bennet? —inquirí.

Ella me miró sombría un momento y luego se levantó.

—Sólo esto: manténganse alejados del lugar en donde trabajo. Causa mal efecto y a mí no me gusta ni pizca. ¿Comprendido? Ya tengo todos los problemas que necesito, créanme.

—Procuraremos no molestarla más de lo necesario.

—Déjenme en paz, eso es todo —dijo ella. Y salió de la sala muy erguida y con las mandíbulas apretadas, presta para afrontar a cualquier asaltante o cualquier adversidad.

Stan dejó escapar un largo suspiro.

—Exactamente mi tipo de mujer —masculló—. Me habría gustado guardar tu mitad del caramelo para ella.

Encendí una vez más mi cigarro, llevé la guía telefónica de Manhattan a mi mesa y la abrí por la H.

—Siento la necesidad urgente de hablar con ese Archer Hill, Stan —dije—. Después de todo, él atacó a Marden una vez. ¿Por qué no habría de hacerlo de nuevo?

—El por qué no, está claro —respondió Stan—. Pero yo apostaría mi dinero por

Fred Bennet.

Encontré el número telefónico y la dirección de Archer Hill, anoté ambas cosas y cogí el teléfono. Estuvo sonando un buen rato. Por fin se oyó un «diga».

—¿Quién es? —añadió irritada y soñolienta la voz masculina.

—¿Mr. Hill? —pregunté.

—Sí. ¿Quién habla? Santo cielo, buen hombre, ¿no se ha dado cuenta de la hora que es?

—Sí, señor, y lamento molestarle. Soy el detective Selby, de la Sexta Brigada. Me interesaría mucho entrevistarme con usted, Mr. Hill.

—¿Qué asunto puede requerirlo a semejante hora, en nombre de Dios?

—Cody Marden.

—¡Marden! ¿Qué ocurre con él?

—Ha sido asesinado.

Transcurrieron diez segundos completos antes de que él hablara otra vez, pero cuando lo hizo, su voz sonó bien despierta.

—Comprendo —dijo—. ¿Tiene usted mis señas?

—Sí.

—Muy bien. Le estaré esperando.

Archer Hill era un hombre grande en todas las direcciones, y parecía aún más grande con la bata a rayas que se había puesto encima del pijama. Estaba rondando los sesenta, tenía el rostro redondo y suave de un bebé, ojos de un azul lacrimoso y abundante cabello de un gris acerado que él se había peinado concienzudamente con un peine de dientes anchos.

—He hecho un poco de café —dijo mientras nos conducía a Stan y a mí a través de una espaciosa sala hasta el bar del extremo opuesto—. Está bien —dijo al tiempo que se servía azúcar—, dispáren.

—Tenemos entendido que Cody Marden trabajó algún tiempo para usted —dije.

—Sí. Yo comercio con obras de arte. Cody era mi asociado.

—¿Le ha visto usted en fecha reciente?

—No. No desde primeros de año.

—¿La noche en que tuvieron ustedes la pelea?

Hill asintió sonriendo un poco.

—Con que se trata de eso, ¿eh? Me estaba preguntando por qué querían ustedes hablar conmigo sobre Cody. —Su sonrisa se ensanchó pero no llegó a alcanzar sus ojos—. ¿Se me permite preguntar si ello me convierte en sospechoso?

—No necesariamente —contesté—. Sólo deseamos...

—Comprendo —me interrumpió Hill—. En cuanto a su pregunta... Sí, ésa fue la última vez que lo vi. Una cuestión solventada con un puñetazo solidario. Por desgracia, Cody fue quien lo asestó.

—¿Llegó usted a casa temprano anoche, Mr. Hill? —preguntó Stan—. ¿Entre nueve y diez?

—Sí. Pasé la velada con un libro —respondió nuestro anfitrión y después se sentó sonriente en un lugar situado entre Stan y yo—. Se diría que, aun cuando no sea «necesariamente» sospechoso, lo soy en potencia.

—Pura rutina, Mr. Hill —dije—. ¿Tenía Cody alguna dificultad que usted supiera? ¿Algún enemigo? ¿Alguien que lo amenazara?

—Jamás oí que nadie, en concreto, lo amenazara, pero sí sé que dos hombres muy encolerizados le buscaban con extremado afán.

—¿Dos?

—Sí. Aunque no juntos. Cada uno por su lado. Y ambos pensaban que Cody seguía trabajando conmigo, ¿comprenden?

—¿Quiénes eran?

—El primero en aparecer fue Mr. Bender. No, Bender no. Bennet... Eso es, Bennet. El otro era un tipo que, según me figuro, ustedes, caballeros, conocerán mucho mejor que yo. Un usurero llamado Denver Eddie. Una de las personas más desagradables que he conocido, debo hacerlo constar.

«Desagradable no es, ni mucho menos, el calificativo adecuado para Denver Eddie —me dije reflexivo—. Si ese pájaro fuera el mismo "Eddie" cuyo telefonazo a las dos de la madrugada dejara lívido y sin habla a Cody Marden y le hiciera abandonar el apartamento de su amigo como un rayo, me resultaría fácil comprender el porqué». Denver Eddie era sumamente avieso, incluso al nivel de los usureros, un sádico con músculos protuberantes y muy conocido a ambos lados de la ley por lo mucho que disfrutaba mutilando a sus víctimas cuando éstas eran demasiado premiosas en devolverle lo prestado.

—Le conocemos —dije—. ¿Y Cody le pidió un préstamo a él?

—Lo supongo. —Hizo una pausa—. El otro hombre, ese Mr. Bennet, pareció medio loco. Lo digo en serio. No me extrañaría nada que ese hombre hubiese perdido el juicio.

—Y sus razones tenía —dijo Stan.

—¿Perdón...? —murmuró Hill.

—Nada. Estaba pensando en voz alta.

Yo terminé mi café y me bajé del taburete.

—¿Hay algo que quiera usted añadir a lo que nos ha dicho, Mr. Hill?

—No, creo que no. Me habría gustado serles de más utilidad.

Dejé mi tarjeta sobre la barra.

—Caso de recordar algo más, llámenos.

—Por descontado, Mr. Selby. Me complacerá hacerlo así.

Cuando Stan y yo salimos a la calle, me metí en una cabina telefónica y llamé a la Brigada para saber si había alguna novedad. El detective que cogió el teléfono me dijo que había habido una llamada para mí, pocos minutos antes, de un hombre que no quiso dar su nombre si bien dejó un número telefónico para que me comunicara con él. Marqué el tal número y se me contestó al primer timbrado.



—Soy el detective Selby —dije—. Alguien me pidió que llamara a este número.

—¡Ah, sí, Mr. Selby! —respondió un hombre de voz aguda—, Soy Phil Joyner, el recepcionista de noche del Hotel Merrick. Usted vino aquí a primeras horas de la noche, preguntando por uno de nuestros huéspedes..., Mr. Bennet.

—Sí.

—Pues bien, Mr. Bennet ha vuelto hace diez minutos. Le entregué la tarjeta que usted había dejado, pero él le echó un vistazo, se rió, la arrojó al recipiente de arena y se marchó escaleras arriba —hizo una pausa—. Pensé que le gustaría saberlo.

—Gracias, Mr. Joyner. Voy hacia allá inmediatamente.

—Siempre me ha gustado servir a la policía dentro de mis posibilidades. Un hombre nunca tiene los suficientes amigos, en especial, si son policías, ¿verdad?

—Mejor amigos que lo contrario —dije—. Gracias otra vez.

—¿Algo nuevo? —me preguntó Stan cuando salí de la cabina.

—Fred Bennet acababa de volver a su hotel.

—Magnífico. Démosle la bienvenida a casa.

—Creo que te dejaré hacerle los honores solo —repuse—. Quiero darle un coscorrón a Denver Eddie, y cuanto antes mejor.

—Ese usurero es un tipo difícil de encontrar, Pete, incluso a la luz del día.

—Esta noche no. Ésta es la noche de las grandes apuestas en casa de Joe Marcy, en Central Park West. Aunque sólo asistieran dos personas, Denver Eddie sería una de ellas. Él no juega, su misión es la de prestar dinero a los perdedores.

—Es verdad —dijo Stan—. Lo había olvidado.

—Así que Fred Bennet será para ti y Eddie para mí. La casa de Joe Marcy está a un tiro de piedra desde aquí, de modo que yo tomaré el metro y tú podrás utilizar el coche. Sea como fuere, llegaré más aprisa que si llevo vehículo.

—¿Cuál era el hotel de Bennet?

—El Merrick. En la calle Catorce.

—Allá voy —dijo Stan volviéndose hacia el lugar en donde habíamos dejado aparcado el coche—. Pero sé precavido con el tal Denver Eddie, Pete. Ese sujeto es un psicópata.

Pero resultó que la advertencia de Stan sobre Denver Eddie fue innecesaria. Tanto como mi viaje hasta la calle Setenta y Cuatro y Central Park West. Por una vez, Eddie había faltado a una gran partida de póquer con fuertes apuestas. La partida estaba concluyendo cuando yo llegué, y ninguno de los jugadores, incluidos dos confidentes fiables, había visto a Eddie en toda la noche.

Cuando abandoné el apartamento de Joe Marcy torcí hacia la derecha, hacia la boca del metro pero sintiéndome muy fatigado de pronto, crucé la calle y tomé asiento en uno de los bancos alineados frente al muro de piedra que circunda Central Park. Un descanso de diez minutos y un cigarro me parecieron lo indicado.

En el banco contiguo, una joven pareja se sentaba entrelazada y ajena al mundo exterior, incluido el hecho de que el parque que tenían a sus espaldas fuese una selva

tenebrosa en donde los propios polis caminaban por parejas, e incluso haciéndolo así, bastante nerviosos.

Encendí un cigarro, me eché hacia atrás e intenté no pensar en nada. Desde el subsuelo de la calle ascendió un ruido extraño cual truenos distantes en cadena: un tren metropolitano camino de la calle Setenta y dos.

—¿Oyes ese fragor? —preguntó el joven del banco contiguo a su novia.

La chica rió entre dientes.

—Cuando yo era pequeño, en Brooklyn —explicó él—, mi viejo solía decir que eso de ahí abajo eran los gnomos.

—¿Los qué? —inquirió ella.

—Los gnomos. Ya sabes, esos hombrecillos que viven bajo tierra. Mi padre decía que ellos tenían una bolera ahí abajo, y que ese estruendo lo hacían las bolas rodando por el carril.

La chica soltó otra risilla.

—Ahora llévame a casa, o mi viejo dirá...

Di un respingo tan abrupto que la joven enmudeció. Las dos cabezas se volvieron hacia mí.

«Dios santo —pensé—, ¡una *bola de bolera!*!». El forense había dicho que la brutal fractura del cráneo de Cody Marden le había sido infligida por algo grande, pesado y esférico. ¿Y qué se ajustaba mejor a esa descripción que la bola de una bolera? Por añadidura, había habido en la sala de la Brigada un parte sobre el robo de una bola en la bolera situada a manzana y media del lugar donde Marden fuera asesinado, pocos minutos después del hecho.

Una bola robada en una bolera en ese lugar y a esa hora podría tratarse de una coincidencia, pero, por otra parte, también podría ser el arma homicida.

—Un chiflado —comentó el joven del banco vecino cuando salí al galope hacia la estación del metro—. Esta piojosa ciudad está llena de ellos.

En la sala de la Brigada me detuve el tiempo suficiente para recoger el parte sobre la bola robada; luego, pedí un coche y conduje hacia la Dirección General, en Centre Street.

La Unidad de Objetos Perdidos me entregó la bola contra recibo, y yo la llevé a una mesa para examinarla, teniendo buen cuidado de no añadir ni borrar huellas dactilares. Había sido guardada en una anticuada bolsa esférica de lona con asas y ojales de cuero. Era una bola negra reglamentaria, con un peso aproximado de seis kilos, muy gastada por el uso; así mismo, la habían taponado para abrirla un nuevo orificio. No se veía ninguna sustancia extraña en su superficie, tan sólo había una minúscula mancha parda en la bolsa que podría ser o no de sangre.

Yo había pensado seguir la pista de sus sucesivos propietarios mediante su número de serie, desde el fabricante hasta el comprador, pero el hecho de que hubiese sido taponada y rectificada denotaba que había cambiado de dueño por lo menos una vez. Entonces, descubrí una pequeña estampada entre los asideros de los dedos:

*reajustada por Francini*, lo cual me hizo pensar que sería más rápido y fácil seguir su pista. Al gustarme jugar a los bolos, de vez en cuando, sabía que ese Francini era un mecánico de bolera al servicio de una prestigiosa firma de artículos deportivos. Él llevaría un registro de los trabajos realizados, de su trabajo, incluido el nombre de la persona para quien lo había hecho, y era posible que lo recordara.

Dejé la bola con su bolsa en el laboratorio para que la analizaran, y cogí el coche para volver a la Comisaría. Cuando me disponía a subir las escaleras, Stan Rayder descendió por ellas.

—Espero que hayas tenido más suerte que yo —dijo—. Fred Bennet salió limpio de la prueba. A la hora del asesinato estaba tomando unas copas en un bar con seis amigos, y todos ellos, más dos camareros, están dispuestos a jurarlo. —Se encogió de hombros con aire fatalista—. ¡Pero así es el oficio de detective! ¿Qué me dices de ir a tomar un café en el Blue Heaven, Peter?

—Eso y un par de desayunos al estilo de la tierra —contesté—. Es decir, un par para cada uno. Vamos a necesitarlos.

—¿Sí? ¿Cómo es eso?

—Nos aguarda un trabajo acelerado e ímprobo, Stan, y nos llevará bastante tiempo.

Aquel trabajo fue tan ímprobo como yo había esperado, e incluso requirió más tiempo del previsto. Mas al cabo de seis horas, cuando nos plantábamos ante el apartamento de Ralph Tyner, en el sótano, tuvimos la satisfacción de saber que habíamos hecho todo lo posible.

Tyner nos abrió la puerta, frunció el ceño mirándonos a los dos alternativamente, y después se hizo a un lado, en silencio, para darnos paso. Su cabello seguía semejando alquitrán húmedo, aunque esa vez estaba despeinado, y los turbios ojos castaños parecieron algo hinchados e inyectados en sangre debajo de la ceja única y continua.

Stan y yo nos acomodamos en aquel nido de ratas llamado sofá, y Tyner ocupó, después de unos instantes de vacilación, una de las maltrechas butacas que le daban frente.

—Bien —dijo Tyner—. ¿Hay más preguntas, Mr. Selby?

—Unas pocas —respondí—. Éste es mi compañero, el detective Rayder.

Tyner hizo una breve inclinación de cabeza a Stan y su ceño se acentuó.

—¿Ya ha descubierto usted quién mató a Cody? —preguntó él.

—Así lo creemos —dije—. Encontramos el arma homicida. Una bola de bolera. Y ha resultado que es de usted.

Tyner soltó una risotada algo hueca.

—Me la robaron hace semanas.

—Le fue robada anoche —afirmé—. Pocos minutos después de que usted la utilizara para hundir la nuca de Cody Marden.

Él se levantó a medias de su butaca.

—¿Ha perdido el juicio? ¿Que yo hice *qué*?

—Se la robaron un par de rapaces —expliqué—. Usted la dejó en la entrada del callejón. ¿Con qué objeto? Aún no lo sabemos. Los chicos la cogieron y huyeron con su botín.

Tyner movió la cabeza con expresión compasiva.

—Usted está *loco* de verdad, hombre.

—Una bola de ésas dentro de su bolsa, si se le da impulso adecuado cogiendo ésta por el asa, puede ser un arma tan mortífera como un garrote.

—¡Usted está loco, se lo digo yo! —exclamó Tyner.

—Los técnicos de nuestro laboratorio encontraron dos cabellos cortos pertenecientes a Cody Marden debajo de los ojales de cuero en el asa de la bolsa —dijo Stan.

—Escuchen... —empezó a decir Tyner.

—Usted dijo a Pete que no había visto a Marden desde hacía seis meses —prosiguió Stan—. Sin embargo, lo vio anoche. Es algo que sabemos seguro porque encontramos las huellas dactilares de él en una página de la guía telefónica de usted. La misma página de la que él arrancara una esquina después de haber anotado el teléfono de Leda Wallace en ella. Esa esquina arrancada encaja a la perfección en la susodicha página. —Stan hizo una pausa—. Ello sitúa a Marden aquí mismo, Tyner, en su apartamento, poco antes de que fuera asesinado.

—¿Y ustedes entraron a fisgar aquí sin orden de registro? —objetó estúpidamente Tyner—. ¿Cómo se colaron?

—Por supuesto que teníamos un mandato judicial —dijo Stan—. Y puesto que usted no se hallaba dentro, utilizamos un trozo de plástico en vez de una llave.

Los labios de Tyner se movieron pero no emitieron palabra alguna. El hombre se quedó mirando al vacío.

—Y todavía hay otra cosa, Tyner —prosiguió Stan—. Interrogamos a los inquilinos de la casa en donde Cody fue asesinado. Averiguamos que usted solía visitar a una chica allí y que conocía la distribución del sótano, y lo relativo a la carbonera. Pero eso ocurrió hace algún tiempo y de entonces acá la carbonera había sido transformada en una habitación. Usted creyó que estaba enviando el cuerpo de Cody por la rampa de caída hasta la carbonera en desuso en donde permanecería largo tiempo antes de que fuera descubierto. ¿Me equivoco?

Tyner negó con la cabeza. Su rostro mostró el pasmo de un hombre desgarrándose por dentro mientras que otros le hacen lo mismo por fuera. Hay hombres capaces de negar su culpabilidad y de vivir con esa mentira hasta su último aliento. Ralph Tyner no se contaba entre ellos. La pesadumbre, el remordimiento y, sencillamente, el pavor animal, lo estaban minando y, por cierto, muy aprisa.

—Además —insistió Stan—, tenemos un testigo.

—Sí, aparte de los chicos que le vieron a usted dejar la bola en la entrada del callejón —dijo Stan—, el barman del local situado frente a dicho callejón vio que los

muchachos cogían una bola y, unos momentos después, le vio salir a usted y mirarles marchar, como si estuviese decidiendo sobre la conveniencia o no de perseguirlos. Ello le sitúa a usted y su arma homicida en ese escenario a la hora del crimen, Tyner. Empaquetado, firmado y sellado para entregar.

Tyner miró atónito a Stan, luego, bajó la vista hasta el suelo y se quedó inmóvil mirando a la nada.

—Como puede ver, Mr. Tyner, conocemos quién, dónde y cómo —dijo afable—, pero ignoramos por qué.

Desde algún lugar de la ciudad nos llegó el fúnebre lamento de una sirena que se extinguió al poco. Tyner se estremeció durante un instante, mirándose las manos, jadeante.

—¿Por qué, Mr. Tyner? —pregunté.

Él hizo una inspiración profunda y exhaló muy despacio.

—Necesitaba dinero desesperadamente —gritó de pronto—. Cuando Cody llegó aquí anoche, llevaba dos maletas llenas de ámbar gris. Algo más de treinta quilos.

—¿Ambar gris? —inquirió Stan.

—Procede de las ballenas —dijo Tyner—. Se encuentra flotando en el mar o en cualquier playa arrastrado por el oleaje. Es muy valioso. —Un impulso súbito pareció inducirle a manifestarse, como si el hombre hubiese hallado ahí una catarsis inesperada y liberadora. Sus palabras comenzaron a fluir aprisa y su semblante se animó—. Es usado en los perfumes para darles dispersión y larga vida. La cantidad que había en poder de Cody valía por lo menos veinticinco mil dólares, quizá llegase casi a treinta mil.

Stan lanzó un silbido apenas audible.

—Semeja arcilla recién cogida —continuó presuroso Tyner—. Está allí, en esa cámara, junto al torno de cerámica. —Entonces me miró—. Usted no creyó que fuera arcilla, ¿verdad, Mr. Selby?

Yo asentí.

—¿Y fue ése su motivo para matarle? ¿El ámbar gris?

—Sí. Según le dije anoche, trabajo para una empresa de perfumería y sabía lo que era aquello y su valor. Cody me contó que se había enrolado como tripulante en un barco camaronero que zarpaba de Tampa cuyo patrón había encontrado el ámbar gris en una playa del litoral de Yucatán. Cuando el camaronero atracó otra vez en Tampa, Cody esperó a que el capitán hubiese desembarcado, y, entonces, vació sus maletas, las llenó con el ámbar gris que había robado, y cogió un taxi hacia el aeropuerto. Allí tomó el primer avión para Nueva York y me telefoneó apenas llegó.

—¿Por qué le eligió a usted? —preguntó Stan—. ¿Porque necesitaba un lugar para esconderse?

—Sí, por eso y porque quería que yo vendiera el ámbar gris en su nombre. Él sabía que la policía de Tampa daría la alerta a la neoyorquina. Y, además, aquí también había gente que le atemorizaba..., Fred Bennet y ese Eddie del que le hablé.

Como yo conocía el negocio de la perfumería y a las personas que se movían en ese mundo, podría tomarme tiempo y elegir un buen comprador. Cody me pagaría un porcentaje y, así y todo, ganaría bastante más de lo que él hubiera conseguido actuando por su cuenta.

—¿Dice usted que necesitaba dinero desesperadamente? —pregunté.

—Juego a los caballos. Corredores de apuestas y usureros de toda la ciudad me tenían enganchado en un anzuelo de ocho mil dólares. El recaudador de cualquiera de ellos podría enderezarme con un garrote..., o algo peor. Era cuestión de días, de horas quizá.

—¿Qué sucedió después de que Cody le hiciera esa proposición? —pregunté.

—Le respondí que colaboraría..., tan pronto me convenciese de que yo era el único en saber que él había vuelto a Nueva York. No se me ocurrió pensar que yo estaba proyectando matarle hasta que percibí, de súbito, que, sin darme cuenta, había concebido el mejor modo de hacerlo. No sobre la *conveniencia* de llevarlo a cabo sino de *qué forma*. Sin embargo, me fue imposible idear un medio para desembarazarme del cuerpo.

»Y entonces Cody, que había estado bebiendo desde su llegada aquí, decidió que quería ver a Leda Wallace. Dijo que iría a su casa siguiendo un itinerario de callejones por donde nadie pudiera verle. Intentó telefonarla primero, pero la telefonista le indicó que Leda tenía un nuevo número, número que él anotó en una página de mi guía telefónica arrancando seguidamente el trozo. Luego, decidió darle una sorpresa en vez de telefonarla.

—Y usted le siguió —dije.

—Sí. Yo conocía el camino que recorrería y sabía que si le esperaba hasta que él hubiese llegado cerca de su destino, podría matarle sin necesidad de preocuparme sobre la desaparición del cuerpo. Así que cogí mi bola, me puse los mocasines y lo seguí. Cuando Cody se acercaba al lugar previsto, le alcancé a la carrera y blandí la bola con todas mis fuerzas para descargarla sobre su cabeza.

—¿Por el «lugar previsto» entiende usted aquél en donde estaba la rampa del carbón?

Tyner asintió.

—Yo quería quitarle todos los documentos de identificación y dejar caer su cuerpo por la rampa. Pero, cuando empezaba a abrir el portillo, oí pasos al final del callejón. Pensando que alguien se acercaba, dejé caer el cuerpo, cogí mi bola y corrí hacia el otro extremo. Pero no vi a nadie, de modo que coloqué la bola en un lugar oscuro y regresé para concluir el trabajo.

»Cuando volví a la entrada del callejón, mi bola había desaparecido. Miré en ambas direcciones y pude ver a aquellos niños corriendo con ella pero como ya estaban a media manzana de distancia, no quise perseguirles por temor a llamar la atención.

—Lo cual le habría relacionado con el arma homicida —añadió Stan—. Aparte de

situarlo en el escenario del crimen a la hora en que fue perpetrado.

—Sí, claro —murmuró Tyner—. Cuando llegué a casa, puse el ámbar gris en el suelo, allí, junto al torno de cerámica, donde nadie, salvo un experto, pudiese distinguirlo de la arcilla; luego, hice pedazos las maletas de Cody, las envolví en periódicos y las dejé en unos cubos de basura, a cuatro manzanas de aquí.

Se hizo un largo silencio. Ralph Tyner permanecía muy quieto, con ambas manos sobre las rodillas y mirándolas con una leve sonrisa de curiosidad, como preguntándose si era posible que aquellas manos pudieran haber hecho todas las cosas que hicieron a Cody Marden.

Eché una ojeada a Stan y los dos nos levantamos al mismo tiempo.

—¿Está dispuesto, Mr. Tyner? —pregunté.

Él se puso en pie muy despacio, con el rostro iluminado todavía por esa leve sonrisa de curiosidad.

—Todo ocurrió como si estuviera sucediendo en un sueño —musitó—. Y aún me parece un sueño. Incluso nuestra conversación sobre ello. Todo. Sólo como un sueño.

«No le seguiré pareciendo un sueño por mucho tiempo —pensé mientras caminaba hacia la puerta—. El desabrido despertar sobrevendrá demasiado pronto, y desde ese instante el único sueño de Ralph Tyner será una pesadilla que durará toda su vida».

# EL MEJOR

*John Lutz*

Yo estoy presenciando el campeonato nacional de balonmano en Saint Louis cuando el contacto se establece. Este deporte no es el más popular del país pero esos hombres que estoy viendo son los mejores. Es un placer para mí el contemplar lo mejor de cada cosa, porque los mejores han promocionado su oficio a la categoría de arte. Por lo general, están bien pagados, y ellos se lo merecen..., tal como yo merezco que se me pague bien porque soy el mejor en lo que hago.

Ejerzo una profesión muy poco común. Mi trabajo me lleva a establecer contacto con algunas de las figuras más importantes del crimen organizado y, sin embargo, jamás quebranto la ley porque ser el mejor en mi oficio significa ser el más cauteloso. A decir verdad, no existe el menor motivo para que me vea obligado a operar de una forma ilegal en ningún momento. Mi nombre es tan conocido y respetado entre ciertos representantes de la ley como entre sus adversarios.

En el mundo de lo criminal se asigna una remuneración soberbia a ciertos asesinos profesionales. Ése es un trabajo que requiere muchas de las aptitudes que mi propio oficio exige, si bien los riesgos son mucho mayores sin duda. Esta es una de las razones por las que he elegido mi línea de trabajo. Hay otras, desde luego, entre las cuales figura mi instinto. Vemos que en el fútbol profesional hay jugadores atacantes y defensivos, y yo he llegado a la conclusión de que en mi negocio puede ser lo mismo. Los instintos de algunos hombres son destructivos; los míos tienden a preservar. Con cautela infinita e impecable profesionalismo, yo salvo vidas.

—Otto Bellom quiere hablarte acerca de un trabajo —musita una voz a mi lado mientras la pelota se estrella contra el inmovible frontón.

Al principio, finjo no oír la voz mientras reflexiono sobre Otto Bellom. Éste es un magnate del medio oeste, un hombre muy rico. Ha estado en la cumbre, o cerca de ella, durante muchos años, y sé bien que tendrá enemigos del máximo calibre. Si el trabajo consiste en proteger a Bellom, tendré que ganarme mi paga, pero también sé que esa paga será muy elevada.

—Hablaré con él —contesto—. ¿Dónde?

—Motel Fairview. Cabina 33 —dice la voz suave—. Tú señalas la hora.

Yo me vuelvo y examino al propietario de esa voz con mucho tiento. Es un tipo menudo, de constitución ligera, con un conservador traje gris; frunce el ceño y aparta la mirada de forma ostensiva.

—¿Está Bellom en el motel ahora? —pregunto.

El del traje gris asiente.

—Entonces, la hora es ahora —digo con una sonrisa.

Él me mira algo sorprendido mientras yo doy media vuelta para alejarme.



—Que le divierta el resto del partido.

El Motel Fairview es un complejo típicamente moderno, de una planta, construido en forma de U con los ángulos rectos alrededor de una enorme piscina. Hay varias personas a su alrededor y, media docena de niños alborotadores dentro de ella; una bonita rubia se mantiene en equilibrio sobre el trampolín. Contemplo su zambullida. Aceptable.

La cabina 33 es una de las unidades centrales. Después de aparcar mi coche, atajo por un corto sendero y llamo a la puerta trasera.

—¿Quién es? —La voz suena amortiguada al otro lado de la puerta, pero no cabe decir lo mismo del recelo.

—Howard Deal —respondo—. Usted envió a un hombrecillo con un traje gris para transmitirme que deseaba hablar conmigo.

Tras unos instantes de vacilación, la puerta se abre y Otto Bellom me hace señas con una mano mientras con la otra empuña un pequeño revólver.

—Guárdese —le digo con calma.

Él lo hace y yo entro cerrando la puerta detrás de mí.

Bellom es hombre de estatura mediana pero muy obeso. Viste ropa cara, camisa blanca hecha a medida, corbata de seda y una funda sobaquera de aspecto costoso. En su anular izquierdo luce un diamante que consigue lanzar destellos a despecho de la exigua luz.

Veo algunos vasos, un cubo de hielo y una botella de *whisky* escocés encima de la mesilla de noche.

—¿Sin soda? —Pregunta Bellom.

Yo asiento, y él vierte el licor en dos vasos con hielo y me alarga uno de ellos.

—Es acerca de un trabajo —dice él—. Me han asegurado que usted es el mejor guardaespaldas en el mercado.

—Ésa es la razón de que yo pida trescientos dólares diarios más gastos, cinco mil como mínimo.

El precio no hace tambalearse a Bellom, cosa que ya me esperaba. La expresión permanece inmutable en sus carnosas facciones de ojos muy pequeños, pero percibo sudor en su cuero cabelludo junto a las raíces del ralo cabello.

—Necesitaré sus servicios durante un mes, hasta que George Hogan ocupe el estrado de los testigos en las investigaciones del Senado.

—El Gobierno protege a Hogan —digo—. Y esa gente es casi tan buena como yo. —Tomo el primer sorbo de escocés cuando Bellom ha ingerido ya la mitad del suyo. Es el mejor.

—No deseo que usted proteja a Hogan —replica Bellom—. Quiero que usted me proteja hasta que él testifique. Sé lo que él va a decir, y cuando lo diga, ellos procederán a la inmediata detención de Frank Vero.

Yo sé que Vero es un gran distribuidor del este.

—¿Y que más...?

—Él sabe que el Estado podría citarme como testigo de cargo en su juicio. Yo sé lo suficiente para sentarle en la silla eléctrica, y él no quiere que entre jamás en una sala de Justicia. Ha contratado a alguien para suprimirme, lo sé de buena tinta, a ése que llaman el Esquimal.

Mi interés va en aumento. He oído hablar de el Esquimal, un asesino muy imaginativo. Cierta vez, introdujo explosivos en el audífono de una víctima suya, luego, la telefoneó y habló en voz muy queda para obligarle a aumentar el volumen del dispositivo y activar la carga detonante. Con los nuevos explosivos, se puede plantar una porción mínima en pequeños artefactos, cual un audífono, y volar media habitación.

El Esquimal no utilizaba sólo explosivos. Algunas veces, empleaba un punzón con el mango que él pudiese sacar; entonces, lo linchaba y luego tiraba hacia fuera dejando la fina aguja dentro de su víctima. Así se había cargado a Mike Royce caminando por la abarrotada Quinta Avenida, en Nueva York. Se dice que cuando se hace bien, no causa mucho dolor al principio y la presa no se entera siquiera de que ha sido pinchado. Y el Esquimal es un experto en ello. Mike Royce dio todavía cincuenta pasos antes de caer fulminado al suelo. Me imagino que para entonces, el Esquimal se encontraría ya en la otra acera.

El punzón de hielo es, precisamente, lo que le ha dado ese apodo, aunque pudiera ser un esquimal auténtico, pues nadie parece conocer su aspecto. Ésta es una razón de más para que él sea el mejor.

—Aceptaré el trabajo —digo—. ¿Dónde tendrá lugar?

Bellom vacía su vaso y parece aliviado.

—Creo poder facilitárselo, Deal. Voy a pasar el mes próximo trabajando fuera de la ciudad, en mi finca de las colinas; allí no hay nadie en muchos kilómetros a la redonda. Si usted está de acuerdo, mañana podremos ir y le explicaré el trazado de aquello por el camino.

—¿Por qué no hoy? —pregunto—. Lo primero que usted debe hacer es abandonar este motel.

—No —dice Bellom moviendo la cabeza de un lado a otro—. Me gustaría poder hacerlo ahora pero tengo que rematar cierto negocio. Saldremos mañana por la mañana, hacia las nueve.

—De acuerdo —acepto, saboreando los residuos del excelente escocés—. Pero tenga presente una cosa: mañana, a las nueve, usted quedará bajo mi responsabilidad y cumplirá mis órdenes o no trabajaré para usted.

—Claro, claro —dice Bellom enjugándose el sudor de la frente—. Ya sé que usted tiene su reputación...

Saco la pluma estilográfica con mis iniciales del bolsillo de la camisa y escribo aprisa un número telefónico en el interior de una carterita de cerillas.

—Me encontrará aquí si me necesita —le digo—. Y recuerde: mañana a las nueve en punto, usted será de mi absoluta incumbencia durante un mes.

Pues bien, al día siguiente, exactamente a las nueve, abandonamos el Motel Fairview. El del traje gris, en quien se puede confiar, según Bellom jura, y cuyo nombre es Maury Sims, conduce el gran turismo de Bellom delante de nosotros. Yo, mi último modelo descapotable gris con Bellom a mi lado.

El lujoso escondite está a unos sesenta kilómetros de la periferia urbana. Sólo se puede acceder a él por una estrecha carretera de gravilla cerrada con una verja que tiene una sólida cerradura. El área en torno al edificio de secoya es llana y despejada, pero hay altos cerros poblados de árboles más allá del calvero. Bellom me explica que la finca se halla rodeada de una valla electrificada que corre entre los árboles.

El interior de la casa es de un lujo sorprendente, anchas puertas correderas dan paso a un patio de piedra y a una piscina. Ésta aparece rodeada de una alta empalizada, y, cuando me apeo y exploro los alrededores, compruebo que, allí dentro, un nadador ofrecería un blanco posible a alguien apostado en una serie distante de colinas.

—Sólo unas cuantas personas saben en donde me encuentro —dice Bellom mientras Maury entra las maletas.

—Si el Esquimal va a por usted —digo—, lo encontrará.

Observo que él palidece. Lo mejor que puede ocurrirme cuando trabajo es tener un cliente debidamente asustado y cauteloso.

Mientras Bellom deshace las maletas, yo inspecciono todo con sumo cuidado y forjo mis planes. La casa está completamente aislada, bien construida, y con gruesos cristales antibalas instalados en todas las ventanas. La amenaza más temible para nosotros es que alguien se acerque por entre los árboles aun cuando la disposición de los caminos más cercanos haga impracticable, por no decir imposible, la aproximación desde algunos puntos. La ciudad más próxima es Grantville, a veinte kilómetros y con ochocientos habitantes. La presencia de un forastero allí sería observada al instante.

Regreso del patio para reunirme con Bellom y Maury y darles las últimas instrucciones. Bellom no debe abandonar la casa, ni siquiera para tomar un baño, sin informarme. Maury, armado siempre con el revólver, dormirá en la pequeña dependencia anexa a la casa, y cercana al borde del bosquecillo más próximo a nosotros. Yo estableceré mi residencia en la pequeña caseta de madera, junto a la verja de la piscina, desde donde puedo vigilar la angosta carretera.

Maury será quien recoja todas las llamadas telefónicas y conduzca mi coche a Grantville, un día sí y otro no, a horas diferentes, para hacerse cargo del correo.

Ya he telefoneado a la oficina de correos para ordenarles que no vengan a hacer el reparto aquí. Nadie, le digo con todo énfasis a Maury, absolutamente nadie, estará autorizado a franquear los límites de la finca durante el próximo mes. Es sabido que el Esquimal suele recurrir al trillado ardid del reparador de teléfonos para colocar sus bombas.

Luego, envío a Maury a la ciudad para comprar dos perros pastores alemanes a

los que encadenaremos cerca del bosque por donde la aproximación es más probable. Cada vez que ladren, Maury saldrá a investigar.

Una vez me cercioro de que Bellom y Maury lo han entendido todo, llevo mi maleta a la caseta y me instalo allí. No resulta un lugar demasiado incómodo aunque sea pequeño. Tiene retrete, lavabo y un vestuario que me servirá de armario. Bellom me procura un catre y una almohada de la casa. Deshago mi equipaje, sin olvidar el revólver de siete tiros, el rifle semiautomático y los potentes prismáticos. Sólo una ventana hay en la diminuta caseta, de modo que aquella misma tarde perforo las otras tres paredes de secoya y luego utilizo una palanca para ensanchar los orificios hasta que son lo bastante grandes para mirar y disparar por ellos. Bellom puede deducir los desperfectos de mi paga. Imagino que eso le satisfará.

Al caer la noche, Maury regresa con los perros y hacemos los últimos preparativos entre todos. Hay una extensión telefónica en la caseta, y Bellom deberá utilizarla para informarme cada vez que vaya a la cama o a cualquier otro sitio.

La semana va transcurriendo sin la menor fricción. Bellom se pasa descansando la mayor parte de sus días, más tranquilo ahora sabiendo que tiene al mejor para protegerle. Como norma general, nada un rato por las tardes, y luego mantiene conversaciones telefónicas de negocios. También recibe montañas de cartas; es decir, Maury se las trae desde Grantville. A últimas horas de la tarde, antes de cenar, Bellom y Maury toman asiento y juegan al *gim rummy* mientras yo realizo mi supervisión regular de las cosas. Cuando anochece, Maury y yo nos alternamos para dormir, él en la dependencia exterior, yo en la caseta; así, mantenemos una vigilancia ininterrumpida.

El martes de la segunda semana, por la noche, me despierta el ladrido frenético de los perros. Todos los movimientos han sido calculados de antemano. Maury va a investigar los ladridos, mientras yo me meto el revólver en el cinto, y me encamino a paso ligero hacia la casa.

Todas las luces de la sala están encendidas cuando abro la puerta de un empujón y paso adentro.

Bellom está plantado con bata y zapatillas en medio de la sala.

—¿Qué sucede? —Inquiere—. ¿Por qué ladran los perros? —Su tumefacto rostro está lívido de miedo y le tiembla el labio inferior.

Me muevo hasta la pared opuesta sin responder, y apago las luces. Luego me acerco a la ventana y escudriño la noche sin luna. Una figura avanza a pecho descubierto hacia la casa. Cuando se acerca más, veo que se trata de Maury.

—Nada —dice éste al entrar—. Lo he explorado todo y allí no había nada. Tiene que haber sido algún animal.

Ahora sólo ladra uno de los perros. Tendemos el oído y los ladridos se hacen cada vez menos frecuentes hasta extinguirse.

—Quizá —digo—. De todos modos, vaya y siéntese junto a Bellom, mientras él duerme. Yo haré guardia ahí afuera hasta el alba.

Espero a que ambos entren en el dormitorio y luego me retiro, cerrando la puerta detrás de mí.

Aunque haga calor, resulta muy agradable dejar la helada casa; tal como muchas personas gruesas hacen, Bellom mantiene demasiado alto el aire acondicionado. Echo una ojeada a mi reloj, veo que ya son las tres y hago una ronda lenta, concienzuda, alrededor de la casa. Luego, me encaramo al tejado en silencio para otear en todas direcciones, y por fin decido pasar allí arriba, cómodamente, el resto de la noche, respirando la brisa estival mientras vigilo.

Las dos noches siguientes transcurren en paz, sin la menor señal de perturbación.

El viernes por la mañana, un poco antes de las once, Maury llama a la puerta y asoma la cabeza.

—La oficina de correos de Grantville acaba de telefonar —dice—. El tipo me ha comunicado que lamenta haber olvidado retener todas las entregas, y que el cartero viene hacia acá con un paquete.

Yo salto del catre y me pongo la camisa aprisa y corriendo.

—¿Ha dicho usted un paquete?

Maury asiente y retrocede para dejarme pasar por la puerta.

—Quédese con Bellom —digo. Le miro caminar hasta desaparecer en la casa, y, antes de subir a mi coche, me escabullo en la caseta para coger mi maletín negro.

Todavía a cierta distancia de la verja, aparco el coche en la cuneta y hago el resto del camino a pie. Atravieso la verja, la cierro detrás de mí y elijo un emplazamiento a unos treinta metros carretera abajo para esperar al mensajero con el paquete.

Quince minutos después, oigo ruido de motor, y un *jeep*, con las palabras *U S Mail* impresas en letras blancas sobre la portezuela, aparece dando botes. Me adelanto unos pasos y le hago señas de detenerse.

—Usted trae un paquete para Mr. Bellom, ¿no? —pregunto sonriente.

El cartero, un anciano enteco, con una raída gorra de mensajero, me examina receloso.

—Si no tiene inconveniente, me haré cargo de él aquí mismo —agrego en tono cortés.

—Usted no es Mr. Bellom —responde él—. Y ya que he llegado hasta aquí, me da igual recorrer el resto del camino.

—Esto no será necesario —insisto—. Yo estoy residiendo con Mr. Bellom y él me ha enviado aquí para recoger el paquete. —Sonríe otra vez y deslizo un billete de diez dólares por la ventanilla.

El anciano me devuelve la sonrisa, enseñándome los escasos dientes que aún le quedan, y deja escapar un graznido estridente mientras acepta el dinero.

—Tendrá que firmar por la entrega —dice—, y además le daré un justificante. —Es un burócrata nato.

Me alarga un impreso rosa, y yo saco del bolsillo la estilográfica y lo firmo. Luego se lo devuelvo, dejándole mi pluma, y él rellena otro impreso amarillo y me lo

da junto con el paquete y la pluma.

—Gracias —digo prendiéndome la pluma del bolsillo y permanezco allí de pie hasta que él desaparece.

Entonces, dejo el paquete con sumo cuidado en el suelo y corro a mi coche para recoger mi maletín negro. Mientras troto, echo un vistazo al impreso amarillo. Hay una casilla reservada al remitente, y la mano temblorosa del viejo mensajero ha escrito ahí Dallas, Texas. ¿A quién conoce Bellom en Dallas?

Regreso con el maletín y examino absorto el paquete. Mide unos veinticinco centímetros cuadrados, está atado con cordel, lleva las señas escritas con tinta negra. Lo cojo y lo llevo hasta la cuneta para ponerlo a la sombra. Luego, abro el maletín y extendiendo mis instrumentos especiales.

Después de examinar rápidamente el paquete con mi estetoscopio sin detectar ningún mecanismo de relojería, me siento mucho más seguro e inicio la delicadísima operación de abrirlo.

Dentro hay una capa de plástico envuelta en papel de periódico a modo de protección. Lo manipulo con cautela y veinte minutos después tengo la caja abierta y la encuentro llena de minúsculas botellas de vino. La letra impresa dice que es un equipo de catador de vinos, y las muestras contienen mostos de diversas partes del mundo.

Con mis alicates terminados en punta rompo un pequeño fragmento de la caja. Plástico común. Luego, examino los corchos de las botellas. Una cantidad suficiente de un explosivo activo puede ir alojada en un corcho y destruir una buena parte de la lujosa casa de Bellom. Pero los tapones son sólidos, de corcho ordinario.

Entonces, las voy destapando una a una y olfateo el vino; en algunas, pruebo su contenido con la yema del dedo apenas. Quién sabe si no se les habrá inyectado algún veneno insípido, pero, al menos, estoy seguro de que las botellas no contienen explosivos. Después de colocar todo en su sitio otra vez, cierro la caja, la agarro por su asa y la llevo junto con el papel y mi maletín al coche.

—¿Qué es eso? —Pregunta Bellom cuando coloco la caja, ahora envuelta de cualquier forma, sobre su mesa.

—Ábrala —le digo—. No hay cuidado. Es un equipo de catador de vinos que le envía un amigo suyo de Dallas.

—No conozco a nadie en Dallas.

—Pues alguien le conoce a usted. Procede de allí, según ha sido anotado por la oficina de correos. ¿No podría ser de algún amigo suyo que conociendo su gusto por el vino ha querido enviarle esto?

Bellom proyecta sus carnosos labios hacia fuera y asiente.

—Es posible.

—Pero no probable —le digo cortante—. No baje la guardia. Deje ese vino aquí, pero no quiero que pruebe ni una gota. ¿Está claro?

—Conforme —dice Bellom—. Si quiere, tiraré esos líquidos al fregadero.

—No es necesario. Los dejaremos aquí como un recordatorio. Tan sólo no los toque.

Regreso a la caseta. Ahora el sol está alto sobre la verde arboleda de los cerros circundantes y, en mi camino, pequeños insectos saltan desde la hierba para librarse de mis pisadas. Volver a la fresca penumbrosa de la caseta y tenderse sobre el catre es placentero, pero no puedo disfrutar de la sombra por mucho tiempo. Apenas transcurridos unos quince minutos, oigo que alguien se aproxima por fuera. Entonces, un golpe de nudillos suena en la puerta.

—Teléfono para usted, Mr. Deal —es la voz de Maury.

Me incorporo con un respingo.

—Vale —mientras escucho cómo se atajan sus pasos, reflexionó maravillado. Nadie sabe que estoy aquí. Pues a nadie se lo he dicho.

Levanto el auricular de la extensión con suma delicadeza y me lo llevo al oído.

—Soy el Esquimal, Mr. Deal.

Me levanto raudo, presto para la acción.

—Si se molesta en verificarlo —dice la suave voz al otro extremo del hilo telefónico—, descubrirá que Mr. Bellom está, como quien dice, fiambre.

Chasquido, zumbido.

Por un segundo tan sólo, la incredulidad me deja petrificado; luego, atravieso la puerta y corro veloz hacia la casa. Maury se echa a un lado mirándome estupefacto.

—¡Monte guardia aquí! —le ordeno al pasar por su lado.

Sin romper el ritmo, abro la puerta de una patada e irrumpo en la sala dando una voltereta y con el revólver empuñado ya.

Bellom está sentado en una esquina ante su mesa y me mira con ojos atónitos.

—¿Dónde está el vino? —le pregunto mientras devuelvo el arma al cinto.

—Allí mismo, donde usted lo dejó —Bellom se levanta y ambos miramos fijamente el paquete mal envuelto en papel de estraza.

—¿No bebió usted de él?

Bellom niega con la cabeza y me mira solemne.

—Juro que no lo hice.

El teléfono suena. Un timbrazo, dos...

Bellom hace ademán de cogerlo. Yo le aferró la muñeca. Él se mantiene vigilante mientras yo levanto el auricular y me lo llevo silenciosamente al oído. Nadie respira.

—¿Mr. Deal?

De inmediato reconozco la voz de el Esquimal y, por vez primera, detecto un timbre familiar en ella.

—Aquí Deal.

—¿Está Mr. Bellom ahí también?

—Aquí está —respondo con serenidad—, y por cierto, vivo.

—Son las once y cincuenta y nueve minutos y medio, Mr. Deal. Eso es muy importante. También reviste gran importancia la información que voy a procurarle.

¿Tiene usted ahí pluma y papel?

Una vez más la voz atormenta mi memoria.

—Sí, adelante —respondo con firmeza, colocando un sobre encima de la mesa y echando mano a mi pluma.

Incluso antes de abrir la pluma lo advierto. ¡Su peso, su equilibrio! ¡Las nuevas iniciales grabadas! ¡No es mi pluma!

*¡Ni siquiera es una pluma!*

Al tiempo que dejo caer el auricular oigo el estridente graznido llegando por el hilo telefónico. Lanzo la pluma de oro contra la ventana, mas el condenado objeto golpea en el grueso cristal y rebota hasta el centro de la habitación. Me arrastro por la alfombra, intentando cogerlo.

Durante un instante horrible veo la explosión, pero no la oigo.



# TOMA Y DACA

*Danny J. Marlowe*

Yo estaba ya en Reno desde hacía una semana sin ganar nada salvo alguna sonrisa convencional de la camarera del salón-bar. A decir verdad, tampoco había jugado a nada; pues sólo un primo contribuye a las ganancias de la casa en lugares como Reno. Yo había estado recorriendo los casinos en plan turístico, pulsando de vez en cuando la palanca de una máquina tragaperras, buscando a uno de esos tipos relevantes que son la base de mi sustento.

Cierta noche, regresé temprano a mi habitación del hotel después de una cena reposada y un excelente espectáculo de pista. Abrí la puerta y la cerré a mis espaldas. Cuando me disponía a encender la luz, me inmovilicé con la mano sobre el interruptor: un fuerte olor a humo de tabaco, concretamente de cigarro puro, inundaba la estancia..., y yo no fumo puros. Tragué saliva a duras penas mientras mis piernas se volvían débiles de pronto.

—Llega tarde, hijo —dijo una voz desconocida desde las tinieblas—. Encienda la luz.

Apenas hube cumplido la orden, vi a un individuo sentado en el borde de la cama, fumando un cigarro, y a otro en una butaca ante la ventana desde donde disponía de una extensa panorámica del aparcamiento en donde yo acababa de dejar el coche. Jamás había visto a ninguno de los dos.

—Hola, muchachos —dije con una desenvoltura que estaba muy lejos de sentir. No había artillería a la vista, lo cual resultaba tranquilizador hasta cierto punto. El hombre de la butaca era chupado de cara y tenía las mejillas azuladas, a pesar del meticuloso afeitado—. Si me hubieran advertido que venían, no les habría hecho esperar —añadí.

—Disfrutamos de nuestras pequeñas sorpresas, hijo —dijo el de las mejillas azuladas—. ¿No es verdad, Hank?

Toda mi vida la gente me ha llamado «hijo». Tengo treinta y dos años, pero no los aparento. Sólo mido metro sesenta y cinco, peso setenta kilos, tengo una cara redonda y pecosa. Cada uno de los hombres daban la impresión de pesar cincuenta kilos más que yo.

Ninguno de los dos aparentó tener prisa. Ambos actuaron como si tuviesen todos los triunfos a su favor pese a lo ilegal de su presencia allí.

Yo me llevé la mano al bolsillo de la chaqueta y saqué el paquete de cigarrillos. Ninguno pareció alterarse cuando mi mano desapareció de la vista. Polis, me dije sin darle vueltas. Sólo unos polis de paisano se mostrarían tan ajenos a su norma y, sin embargo, tan tranquilos.

No obstante, yo me sentí mejor. Los polis son como insectos. Pueden ser irritantes

y ocasionar múltiples inconvenientes, pero nada de lo que hacen suele resultar fatal. Ello significaba un gran paso adelante desde el instante en que me mantuve inmóvil con la mano sobre el interruptor de la oscura habitación.

Encendí un cigarrillo y me senté en la butaca que tengo bajo la lámpara de pie.

—¿Qué les preocupa? —pregunté a Hank, el fumador, de puros.

—Usted —contestó él. Ambos tenían voces lo bastante rasposas como para quitar toda la laca de los muebles—. Le hemos estado dedicando una buena parte de nuestros pensamientos, hijo. Usted lleva ya una semana en la ciudad, ¿verdad?

—Más o menos —convine.

—Y se ha comportado como una pequeña y afanosa abeja. Haciendo la ronda de los casinos noche tras noche. Supervisando las cosas. Pero sin gastarse el dinero en el juego. Todo eso nos hizo preguntarnos cuál sería su designio aquí.

—Así que nos las arreglamos para que una chica le fotografiara en uno de los salones y luego la pusimos en el télex —continuó su colega tomando el hilo de la letanía y apuntándome con un dedo que semejaba una salchicha. Incluso desde el otro extremo de la habitación, pude ver que aquel dedo necesitaba un trabajo urgente de manicura—. Usted es un fullero. ¿Me equivoco?

—Juego un poco a las cartas —confesé.

—Nos disgustaría mucho saber que usted ha enredado a alguno de nuestros clientes en cualquiera de nuestros casinos —dijo terminante el de las mejillas azuladas.

—Sólo juego con profesionales —respondí rebosante de dignidad.

Hank alzó una peluda ceja.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Como George Mellon?

—¿George Mellon? —repetí cual un eco.

—Un tipo estilo Oliver Hardy que viaja con un musculoso guardaespaldas y un manipulador de naipes. La otra noche, usted estuvo en el Salón Coral al mismo tiempo que ellos. Nos cuidamos también de vigilarlos.

—Yo estoy aquí de vacaciones, amigos, se lo digo con toda franqueza.

Los dos se levantaron y caminaron hasta mi butaca. Me sentí como un pigmeo cuando levanté la vista para contemplarlos en toda su altura y anchura.

—Mantenga limpia esa nariz, hijo, y cuando digo limpia, quiero decir bien limpia —dijo Hank—. Le estaremos observando.

Ambos se movieron más allá de mi butaca y llegaron a la puerta. Los vigilé por la ventana hasta que subieron a un coche sin distintivos y se alejaron en él. Las fuerzas de seguridad en Reno tenían buenas antenas sin duda alguna. Ahora, lo que yo necesitaba era hacer una cosecha rápida, porque ellos no me dejarían merodear de forma indefinida por la ciudad.

Cogí un jugo de tomate enlatado del minirefrigerador que había en la minúscula cocina, y me serví un vaso. Lo bebí pensativo. ¿Sería posible que la ley hubiese actuado como reclamo para proporcionarme un personaje relevante? ¿Un tipo al

estilo Oliver Hardy que viajaba con un musculoso guardaespaldas y un manipulador de naipes...?

Ajusté el despertador para que sonara a las 13.00 horas y me tumbé en la cama con objeto de reponer energías. Cuando la alarma me despertó, tomé una ducha, me afeité, me puse mi traje oscuro y conservador para la galería y conduje el coche hasta el Casino Coral.

Las mesas estaban a rebosar. Había incluso dos texanos presuntuosos luciendo altos sombreros vaqueros blancos en una de las mesas de dados. Todos los asientos en la mesa de la Veintiuna estaban ocupados, y había dos o tres filas de espectadores esperando su turno para sentarse. La inmensa sala vibraba con ese nervioso charloteo común a todas las salas de juego. Vi a mi amiga la camarera muy atareada distribuyendo bebidas por las mesas. Al verme, me lanzó una sonrisa y agitó la mano.

Entré en el salón-bar. Era tiempo de descanso y había muchos taburetes ocupados en la barra. Cuando el barman me hubo servido el *whisky* con soda que le había encargado, hice girar mi asiento para observar a las personas sentadas a las mesas del salón. Dos chicas muy bonitas se encontraban solas, y yo les dirigí algunas ojeadas admirativas. No resultaba sorprendente que se hallasen en el salón más bien que en el casino. Ese tipo de mujer no jugaba con dinero.

Cuando acababa de consumir mi bebida, tres hombres entraron en el salón procedentes del casino. Uno gordo, con una llamativa chaqueta deportiva a cuadros, andaba delante, precediendo a dos tipos de aspecto discreto vistiendo traje de calle. Oliver Hardy y dos Stan Laurel El individuo rollizo se pasaba un puñado de fichas de cien dólares de una mano a la otra. Verdaderamente, hay muchas formas de hacer publicidad, aparte de comprar espacio a un periódico.

Los tres tomaron asiento en una mesa vacía, a unos dos metros de mi taburete. El gordo, sin duda George Mellon, mantuvo su número de prestidigitación con las fichas durante un rato; luego, las dejó caer en un bolsillo de su impresionante chaqueta deportiva. Acto seguido, empezó a revisar el salón tal como yo había hecho poco antes.

Hice señas al barman para que llenara mi vaso otra vez y, simultáneamente, me saqué un grueso fajo de billetes de a cien del bolsillo y cogí el de la parte superior con suma lentitud. El barman puso el cambio, un montón de billetes pequeños, frente a mí, y yo los dejé allí. En verdad, se me conocía por hacer también un poco de publicidad. Pocos minutos después, saqué otra vez mi fajo y conté el dinero a la vista del grupo en la mesa. Tenía tres mil setecientos dólares en billetes de cien más unos pocos de veinte y de diez.

Bebí un trago y esperé. Si las descripciones de los detectives habían sido veraces, alguien me abordaría muy pronto. Oliver Hardy, es decir, George Mellon sería quien daría la señal pero ¿quién llevaría la pelota?

En efecto, el traje de calle más próximo a mí se separó del grupo y caminó hacia mi taburete.

—Oiga —empezó diciendo mientras abría el rostro de par en par para enseñar unos cuantos dientes con coronas doradas—, ¿no nos hemos visto en alguna parte?

Bueno, reconozcamos que los gambitos de apertura inteligentes no se encuentran a la vuelta de la esquina.

—¡Caramba, no! —contesté con entonación solemne—. No lo creo.

—Pues yo juraría que nos hemos visto alguna vez —se apresuró él a replicar—. ¿Tal vez en alguna fiesta particular? ¿Los Ángeles? ¿O Nueva York?

—San Francisco, posiblemente —murmuré dubitativo.

—¡Apuesto a que es eso! —Saltó él radiante. Y me tendió la mano—. Soy Terry Sweeney.

—Nick Sattler. —Utilicé el nombre que le había dado a la camarera del salón-bar. Estreché aquella mano con un rápido apretón.

—El petróleo es mi rama —dijo él.

—Inmobiliarios, la mía —contraataqué—. ¿Le apetece una copa?

—Gracias. Pero ¿por qué no nos reunimos con mis amigos? Se encuentra usted solo, ¿verdad?

—Sí. Mi esposa se volvió temprano al hotel.

—Estupendo. Estoy seguro de recordar pronto en dónde nos hemos visto.

Vací mi vaso y recogí el dinero de la barra. Terry Sweeney me agarró del brazo para conducirme a la mesa.

—Me gustaría presentaros a un viejo amigo mío, Nick Sattler —dijo a la pareja que nos esperaba.

Los dos sonrieron saludando repetidas veces con la cabeza, abriendo su corazón al recién llegado, en una muestra genuina de la hospitalidad occidental. Resultó conmovedor.

—George Mellon —dijo Sweeney iniciando las presentaciones. Estreché la mano del gordo. Fue como coger masa de pan ya caliente.

—Y Paul Rudzik —prosiguió Sweeney—. Sus amigos le llaman Simio.

«Y con razón», pensé. Era un tipo corpulento con una faz chata de expresión estúpida. Se veía un bulto en su sobaco izquierdo que no era su pañuelo de recambio. Un arma sobaquera es lo más práctico cuando uno se halla sentado, como, por ejemplo, ante una mesa de juego.

Yo saqué hacia fuera la silla desocupada y me senté. Sweeney pidió una ronda de bebidas y el grupo se aferró a su canción, intercambiando un rápido fuego cruzado sobre arriendos petrolíferos, derechos mineros, pérdidas y sistemas tributarios corporativos y gananciales de capital invertido a corto plazo. Esperé que mi expresión inspirara el respeto requerido.

Después de dedicar diez minutos a esa actividad, Rudzik hizo señas a la camarera para que sirviera otra ronda. Mellon me ofreció un costoso cigarro que había extraído del bolsillo delantero de su chaqueta deportiva.

—¿Cuál es su rama, Nick? —inquirió.

—Bienes inmobiliarios —repetí, abanicando el aire con mi cigarro.

—Debe de ser interesante murmuró, animándome a exteriorizarme.

—Bah, es aceptable —dije encogiéndome de hombros—. Pero no hay beneficios inmediatos y los impuestos tienen carácter confiscador. —Sólo un farsante se jacta del dinero que hace.

—Quizá debiera usted diversificar —sugirió Mellon. Evidentemente, era un tipo a quien no le gustaba andarse; por las ramas. Con sólo diez minutos de introducción, el hombre estaba intentando ya rematar el asunto—. Invertir en unos cuantos arriendos petrolíferos le ayudaría a ensanchar su base tributaria.

Negué con la cabeza.

—No, creo que me atenderé a lo único que entiendo.

—Tengo varios arriendos selectivos que no me importaría traspasar a un amigo de Terence —insistió Mellon.

—Muy amable por su parte, Mr. Mellon —dije con seriedad—. Estimo de verdad esa oferta aunque no me interese.

Rudzik, que había representado su parte durante el coloquio sobre los grandes negocios, quedando en silencio cuando empezó el trabajo de improvisación, se inclinó hacia mí.

—¿Y qué le trae por Reno, Mr. Sattler? —preguntó.

—El juego —contesté con gesto inocente.

—¡¿El juego?! —Exclamaron los tres a coro.

Creí ver Mellon aporreándose mentalmente por haber desestimado la aproximación directa. Intenté parecer avergonzado.

—Algunas veces una tendencia muy embarazosa a correr riesgos me domina —dije—. Me divierten los juegos de azar, así que mi mujer y yo venimos a Reno cada año y nos quedamos durante dos o tres semanas para desfogarme. De ese modo, me evito caer en la tentación de emprender operaciones arriesgadas con el capital libre.

—Muy razonable —comentó Mellon—. ¿Qué juegos de azar... prefiere usted?

—Me gustan todos —contesté muy ufano—. Dados, ruletas, Veintiuna..., todos son emocionantes. Creo, sin embargo, que el póquer es mi favorito. —Se diría que mi tono rezumaba entusiasmo.

—Sí, es un gran juego —dijo Mellon secamente—. O mejor dicho, lo sería si no fuese por la comisión del casino.

—Justo —le coreó Sweeney—. A la larga, ellos arrebañan con todo. Las partidas en privado son mucho mejores. Supongamos, por ejemplo, que la organizamos nosotros cuatro. Podríamos ir arriba, a mi apartamento, y tendríamos una magnífica y tranquila partidita sin esa maldita tajada que la casa se apropia.

—¡Hombre, una idea estupenda! —exclamé radiante—. Estaba empezando a pensar que ésta sería una velada desaprovechada.

Tres sonrisas placenteras brillaron alrededor de la mesa. Un hombre siente cierto calorillo interno cuando se ve capaz de aportar tanto regocijo a la vida del prójimo.

Eché una ojeada a mi reloj.

—Me reuniré con ustedes en la entrada lateral dentro de cinco minutos —les comuniqué y salí a la carrera antes de que ninguno de ellos pudiera reaccionar.

En el casino, encontré a la amigable camarera y me la llevé a un lado. Le di un billete de veinte dólares y le expliqué lo que quería que hiciese.

—¿Estás seguro de que eso saldrá bien? —preguntó mirándome inquieta—. ¿No te harán daño ni nada?

Las mujeres tienen cierta tendencia a mostrarme su lado maternal.

—¿Quieres limitarte a hacerme ese favor? —pregunté con la mejor de mis sonrisas.

—Bueno, si estás seguro de no meterte en un lío...

Le oprimí la mano y me marché.

Mellon y su cohorte estaban esperándome en la entrada lateral del casino.

—¿A qué vino ese número de escamoteo? —preguntó el gordo con frialdad. A ningún profesional le place la idea de perder contacto con su objetivo una vez que ha hecho la conexión.

—Quise telefonar a mi esposa para hacérselo saber. Podría hacérseme más tarde que de costumbre, pero todas las cabinas estaban ocupadas —les expliqué. Me volví hacia Sweeney—. La llamaré desde su apartamento.

Ellos intercambiaron una mirada. No les hacía muy felices el que llamaba a alguien, pero si era indispensable el hacerlo, preferirían con mucho que fuese desde un lugar en donde pudieran oír mis palabras.

—Entonces, vamos —dijo Sweeney.

Cogimos el ascensor hasta la quinta planta. Sweeney sacó una llave y abrió la puerta de la 515, un estudio de lujoso aspecto. Me encaminé directamente al teléfono que vi en la sala. Mientras yo esperaba respuesta de la centralita, Sweeney despejó una mesa y la apartó de la pared. Rudzik colocó cuatro sillas a su alrededor, y Mellon regresó del dormitorio con varias barajas sin estrenar entre sus rollizas manos. Las arrojó sobre la mesa.

La telefonista de la centralita me atendió al fin, y le di el número del teléfono en donde yo había pedido a la camarera que estuviese. La estancia quedó en silencio. Ninguno del grupo quiso perderse mi conversación.

—Siento despertarte, querida —dije alegre cuando la camarera me contestó—. Llegaré un poco tarde. —Cogí de la mesa una baraja empaquetada, la lance al aire como una pelota y volví a cogerla—. Estoy ultimando un pequeño negocio con ciertos industriales de aquí. —Hice un guiño a Mellon. Éste se sonrió de mi broma como estaba mandado.

—Tendrás mucho cuidado, ¿verdad? —me pidió ansiosa la camarera—. Sigo pensando que yo no debiera haberte dejado hacer esto.

—En la habitación 515 del Casino Coral —dije—. Pero no quiero ser molestado a menos que llegue ese cablegrama de Jamieson.

—Habitación 515 —repitió ella.

—También te quiero yo —dije y colgué.

Mis nuevos amigos volvieron a la vida cuando dejé el teléfono. Rudzik y Sweeney se sentaron a izquierda y derecha de mi silla, dejando la de enfrente para Mellon. Puesto que Rudzik era el pistolero descrito por los dos polis, y considerando las manos gordiflonas de Mellon, opté por Sweeney como el manipulador de naipes. Ese caballero abrió un cajón de la mesa y sacó una bandeja de fichas multicolores mientras su compañero traía fajos de papel moneda.

Yo puse mi propio fajo sobre la mesa delante de mí.

—¿Apuestas? —inquirí.

—Ésta es una partida entre amigos —dijo Mellon, apretando los carnudos labios.

Asentí, pero me dije que si ésa era su idea de una partida entre amigos, sería interesante conocer su descripción de una entre enemigos. Sweeney hizo de banquero. Cambió nuestro dinero por fichas blancas, rojas y azules que valoró en diez dólares, cincuenta y cien respectivamente. Y todavía le quedaron unas fichas doradas en la bandeja. En verdad, esos muchachos no organizaban timbas de tres al cuarto.

Sweeney rompió el sello de un mazo de cartas, las barajó a conciencia y las fue repartiendo boca arriba alrededor de la mesa.

—Elección de mano —anunció—, el primer as reparte. —Y me dio el as a mí.

Desde el instante en que él cogió las cartas, supe todo lo que necesitaba sobre Terence Sweeney. Durante el resto de la velada, él debería retener el grueso de mi atención. Agrupé las cartas sin parecer demañado en exceso, cuadré el mazo y barajé. Habiendo localizado ya los naipes que necesitaba, peiné y dispuse el mazo de tal modo que pudiera dar tres reyes a Mellon. Esas trampas seguían una pauta fija por lo general, pero yo quise estar seguro. Ofrecí el mazo a Sweeney para que cortara. Él se contentó con dar una pequeña palmada a la carta superior. Aquello simplificó la cuestión.

—Abro —dije—. Jota como mínimo. Apuesta diez. —Y di las cartas. Rudzik pasó, Mellon pasó con sus tres reyes, como yo esperaba, y Sweeney pasó también. Yo abrí con una ficha roja y dos reinas, y todos me miraron. Rudzik pidió una carta y le puso la mano encima apenas la vio. Mellon pidió tres, desprendiéndose de uno de sus reyes. Sweeney pidió dos. Yo conservé una jota coceadora con mi par de reina6 y tomé dos cartas. Conseguí emparejar la jota y tuve doble pareja.

—Apuesto cien —dije mientras echaba una ficha azul en el plato.

Rudzik se había tirado ya su mano. Mellon quiso verlo y Sweeney elevó mi apuesta a dos azules. Yo acepté verlas. Mellon también, junto con Sweeney, y yo extendí las cartas ante mí.

—Reinas y jotas —dije.

Los dos arrojaron sus cartas al montón del descarte y yo arrebañé las fichas. Por supuesto, Mellon había roto adrede una mano ganadora. Se supone que el pez debe probar un bocado del gusano antes de que se le eche el verdadero anzuelo.

—Empieza usted fuerte de verdad con esa doble pareja —comentó Rudzik preparándose para dar la mano siguiente.

—Yo gano siempre la primera —dije—. Es una de mis supersticiones. —Me aflojé la corbata y me quité la chaqueta, colgándola del respaldo de la silla como si me preparase para una larga estancia.

—Mismo juego —dijo Rudzik.

Mi nueva mano fue una mamarrachada, nada superior a diez. Mellon abrió con una ficha roja, yo pasé y pedí una carta. Tras una breve ojeada, renuncié a mi mano y ellos escenificaron una pugna. Mellon se llevó un «bote» considerable con tres ases. Observé que Sweeney echaba un furtivo vistazo a mi mano descartada para saber con qué juego me había ido. Después de haberlo visto, me juzgaría, probablemente, como el mayor de los idiotas con quienes se habían topado hasta entonces.

Gané las dos manos siguientes con todo el mundo derramando fichas a manos llenas. La segunda, con Sweeney dando, me procuró otra vez una doble pareja. Sonreí para mis adentros y ojeé las fichas que tenía delante de mí. Subí con más de mil dólares.

Cuando me llegó el turno otra vez, barajé y cuadré las cartas, luego se las ofrecí a Sweeney para que cortase después de haberlas preparado yo a mi gusto. Esa vez, él cortó. Con la mano izquierda arrojé una ficha azul al centro de la mesa.

—Endulcemos un poco este juego —dije. Mientras mi voz y el movimiento serpentino de mi brazo atraían la atención general, deslicé el corte de Sweeney con una sola mano, devolviendo al mazo la disposición que yo le había dado inicialmente.

Repartí aprisa, consiguiendo así que los muchachos estuvieran pendientes de la rueda vertiginosa de cartas. Supe que aun cuando ellos sospecharan turbias maniobras por mi parte en vez de tenerme por el mayor insensato del mundo, se requería mucha sagacidad para descubrir que algunas cartas provenían del fondo del mazo y no de la parte superior.

Di a Mellon cuatro sietes, confiando que esa mano él los conservaría. El viaje gratuito debía de estar terminando. Yo me di tres nueves. No supe lo que Rudzik o Sweeney tendrían, pero, milagros aparte, me importaba muy poco. Rudzik pasó y Mellon se apresuró a abrir con doscientos dólares. Sweeney se quedó, y yo lo elevé a cuatrocientos. Mellon tenía un buen montón de fichas azules al alcance pero me desafió sólo con cuatrocientos más, temeroso a todas luces de que yo me rajara.

Sweeney se quedó otra vez, y yo igualé. Mellon subió otra vez después de que Rudzik se quedara. Sweeney vaciló unos instantes pero, finalmente, puso sus fichas. Yo me planté porque temí que si lo elevaba otra vez, Sweeney podría pasar, y yo quería verle concentrado en su mano y no observando lo que yo hacía con el mazo.

Rudzik pidió dos cartas. Mellon tomó una y representó una gran escena al echarle un vistazo furtivo como si fuera la que había estado necesitando. Él esperaba que yo tuviera tres del mismo valor y que le supusiera a él con una doble pareja alta.

Sweeney pidió una carta.



—Ni el color apropiado siquiera —masculló colérico mientras agrupaba sus cartas.

Yo cogí dos cartas y percibí que Mellon respiraba aliviado. El hombre estaba seguro de que la situación se hallaba bajo control.

Y así fue, ciertamente, porque una de mis nuevas cartas resultó ser el cuarto nueve. A veces mi buena suerte es asombrosa. Mellon abrió la apuesta con cuatro fichas azules. Como Sweeney hubiera quedado ya fuera, yo lo elevé a seiscientos. Rudzik titubeó y Mellon le hizo una seña casi imperceptible con la cabeza. Rudzik desechó su mano, aunque a regañadientes. Mellon subió a mil. Yo contraataqué con el resto de las fichas que tenía sobre la mesa. Él vio, con fichas y metálico después de decidir, aparentemente, que era demasiado temprano para enviarme a buscar el talonario de cheques.

Yo puse mis cartas boca arriba.

—Doble pareja de nueves —dije con jocosa negligencia.

Las facciones orondas del gordinflón se desmadejaron como cartón empapado. El hombre dio un golpe sobre el descarte y yo atraje hacia mí la apuesta.

—Las cartas se están encrespando —observó.

Nadie hizo comentarios. Mellon se echó mano a un bolsillo interior y, sacando otro fajo de billetes, me compró fichas. Rudzik barajó el mazo. Yo eché una mirada furtiva al reloj. Quedaban doce minutos. Ya lo tenía; ahora, todo cuanto debía hacer era conservarlo.

Hubo dos manos rápidas, y le llegó el turno a Sweeney. Rudzik y Mellon se abalanzaron sobre la mesa con involuntaria expectación. Sweeney barajó las cartas diez segundos más de lo necesario. Tuve la certeza de que aquella ronda significaría el primer hachazo. Mellon le dio un corte conciso al mazo y Sweeney lo deshizo. Aunque él no fuera de lo mejor, no lo hizo mal del todo. Mis cuatro primeras cartas fueron picas, la quinta un diamante. Rudzik abrió muy contento. Mellon, Sweeney y yo nos quedamos y Rudzik igualó. Todo el mundo jugó.

—Cartas —dijo Sweeney alargando la mano hacia el mazo.

A mi vez, alargué la mano hacia la apuesta para cambiar dos fichas azules. Al retirarla golpeé las cartas como por casualidad, esparciéndolas sobre la mesa.

—Lo siento —me disculpé al ver los labios prietos de Sweeney.

Sweeney reunió las cartas con parsimonia. Quedó desbaratado su ordenamiento, y yo tuve la seguridad de que las cartas saldrían ahora siguiendo la regla absoluta del azar. Pedí una.

Mi carta fue el diez de picas. ¡Eso era tener suerte! Si yo no hubiese descompuesto el mazo, Sweeney me habría dado una pica de todas formas, pero también le habría dado a Rudzik o Mellon el juego suficiente para eliminar mi color. Rudzik tomó dos cartas, Mellon una y Sweeney apostó doscientos, y Mellon desechó su mano. También Sweeney lo hizo. Yo subí la apuesta de Rudzik a quinientos. Él desperdigó una pila de sus propias fichas en su afán por superarme. Sweeney siguió

carraspeando para llamar su atención, pero el pistolero estaba desconectado de todo lo que no fuera su deseo de bajarme los humos.

Y continuamos pujando, una vez él y otra yo. Por fin, las fichas de Rudzik desaparecieron, y él tuvo que ver el juego contra su voluntad.

—Todo negro —dije mostrándole mi mano.

La expresión en su rostro fue digna de verse.

—Y gana a tres reinas —farfulló. Luego, fulminó con la mirada a Sweeney cuyo rostro pareció haberse quedado de piedra. Por debajo de la mesa, Mellon deslizó un nuevo fajo a Rudzik, extraído todavía de otro bolsillo, y Rudzik me compró malhumorado más fichas.

Con Sweeney vigilándome como nunca desde que la partida comenzara, repartí las cartas de la forma debida. Mellon ganó la apuesta con una escalera servida que ahuyentó a todo el mundo. Se pasó con el turno de Rudzik. Y en el de Mellon, Sweeney se llevó la mano con un par de ases. Cuando Sweeney recogía las cartas para darlas otra vez, yo catalogué mentalmente un par de miles como prescindibles.

Con los tres dieces que Sweeney me dio planté cara a los tres reyes de Mellon y mostré tanto ahínco en superarle que él terminó viéndolo cuando tendría que haber ocurrido a la inversa.

—Pensé que le había atrapado esta vez —murmuré fingiendo fastidio.

Fue una buena mano y todo el mundo se calmó. Las aguas volvieron a sus cauces. Cuando me disponía a coger las cartas, el teléfono sonó.

Antes de que nadie pudiera moverse, me eché hacia atrás en la silla y descolgué.

—Habitación 515 —dije.

—Han pasado los treinta minutos —dijo la voz de la camarera.

—¡Cómo! ¿Es cierto? —exclamé levantándome de un salto con tal violencia que derribé la silla—. ¿Llamaste al doctor? —Y mantuve el auricular lo bastante alejado de mi oído para que la voz femenina pudiera llegar hasta el grupo aunque sin que se entendiesen sus palabras.

—Espero que todo vaya bien, Nick —dijo la camarera.

—¡Pide una ambulancia! —vociferé—. ¡Voy ahora mismo a casa! —Descargué el auricular sobre su horquilla y empujé mis montones de fichas hacia Sweeney—. Cámbiemelas —dije—. Mi chico se ha puesto enfermo, tiene una temperatura de cuarenta y un grados. —Mi chaqueta estaba en el suelo, junto a la silla caída. La recogí y me la puse a toda prisa.

Sweeney remoloneó sin dejar de mirar a Mellon. Ese era el momento crítico. Mellon me miró con fijeza, y Sweeney esperó una señal de Mellon.

—Me fastidia mucho retirarme de esta forma cuando tengo una racha tan buena —dije mientras me apretaba el nudo de la corbata—. Reunámonos otra vez mañana por la noche, pero más temprano.

La abultada boca de Mellon semejó un ciruela pasa. Ningún estafador recurre a la violencia como no sea en último extremo, y yo no le había dejado otra salida. El

vapuleo que yo le había dado a sus fondos podría ser interpretado, por supuesto, cual un último extremo. Por fin, Mellon hizo un gesto de asentimiento, y yo contuve el aliento, esperando que aquella seña estuviese dirigida a Sweeney y no a Rudzik.

Y así fue. Con semblante hermético, Sweeney contó un fajo de billetes tan grueso que hube de repartirlo entre tres bolsillos.

—¿Qué les parece mañana a las nueve de la noche? —pregunté.

Mellon asintió con aparente afabilidad.

—Magnífico. Esa suerte suya no puede durar. Nos encontraremos aquí.

—Entonces, hasta mañana noche, muchachos —dije y salí de estampía. Mi respiración se aquietó cuando el ascensor alcanzaba el vestíbulo. Me habían atemorizado las posibles cavilaciones de Mellon. Desde luego, él seguiría desconcertado después de que discutiera con Sweeney el catastrófico desenlace. Rudzik no habría tenido ni idea de lo ocurrido.

Una línea grisácea estaba apareciendo ya a lo largo del horizonte cuando me aproximaba al hotel. Me sentí satisfecho de mi actuación. Una racha caliente que dura treinta minutos en una mesa de apuestas puede permitir a un hombre la compra de un negocio. Aunque no hubiera circulado tanto dinero para eso en nuestra pequeña partida, yo les había soplado, con toda seguridad, más de veinte mil dólares.

Abrí la puerta y la cerré a mis espaldas. Cuando me disponía a encender la luz, me inmovilicé con la mano sobre el interruptor.

Fue como ver una mala película dos veces.

El olor a humo rancio de cigarro llenaba la habitación.

—Encienda la luz, hijo —dijo una voz áspera y familiar.

Obedecí en silencio.

Hank estaba sentado sobre la cama, y esa vez empuñaba una pistola de feo aspecto. Se levantó y avanzó hacia mí.

—¿Cómo está usted? —preguntó por pura fórmula.

Yo no respondí.

Él aferró mi camisa y me elevó unos centímetros del suelo.

—¿Quiere usted que un médico se distraiga extrayéndole de la oreja fragmentos metálicos procedentes de esta pistola? —preguntó.

—No quiero —me apresuré a contestar.

—Déjelo caer en la cama —ordenó él.

Vací mis bolsillos sobre la colcha. Hank alzó una ceja hirsuta.

—Usted debe ser bueno, hijo —comentó—. Se supone que Mellon es un tiburón. —El hombre recogió mi dinero y se lo repartió por los propios bolsillos. Luego, me dedicó una mueca sonriente—. Por si usted se pregunta cuál es el misterio, le diré que mi socio está atareado recaudando lo que pueda quedar en la habitación del Casino Coral.

Capté el cuadro aunque demasiado tarde. Aquellos dos tipos musculosos no eran polis ni mucho menos.

¿Qué les parece? ¿Un par de timadores, verdaderos artistas, que enfrentan a dos tahúres entre sí para poder arrebatárles al descubierto el dinero ganado con tantos sudores? Uno de ellos debe de haberse cruzado conmigo alguna vez, y uno de ellos, o los dos, conocía a Mellon.

Hank retrocedió de espaldas hacia la puerta, sosteniendo el arma con aire negligente.

—Yo me quedaría sentado unos pocos minutos si fuera usted —sugirió—. La última vez que lo comprobé, una bala de este trasto pudo haber inducido a un hombre a correr en busca de los polis. —Hizo otra mueca alegre—. Aunque dudo mucho que usted pueda resistir una entrevista con la policía.

Como el hombre tuviera razón en ambos sentidos, permanecí sentado durante cinco largos minutos. Luego, atravesé raudo la habitación y busqué debajo de mis camisas extras el resto de mis fondos.

Para tranquilidad mía, todo estaba todavía allí. Por lo menos Hank no había tenido la imaginación necesaria para registrar la habitación del hotel.

Pero les diré una cosa: alguien me las pagará, y la próxima vez que me siente ante una mesa de juego me propongo hacerlo sin que cualquier sinvergüenza me introduzca en escena y se haga cargo de todo.

La cara dura de algunos es repugnante.

# SI UN CUERPO...

*Stephen Wassylyc*

Tío Walter venía a la ciudad para su visita anual.

Por cuanto a Marius Danby se refería, aquello no era ni mucho menos una ocasión para empavesar las calles y contratar a una banda de música. Es más, Danby no consideraba que mereciera siquiera el agitar de pañuelos y el entonar desafinado «Él es un chico excelente...».

Tío Walter esperaba que Danby le proveyera de alimentos, bebidas y alojamiento mientras estuviese en la ciudad, y aunque el alojamiento no fuera un capítulo importante para tío Walter, el alimento y la bebida sí lo eran. El tío Walter tenía tres vicios: la comida, la bebida y una maravillosa capacidad para no invertir un centavo de su modesta fortuna en la adquisición de ambas cosas. En resumen, el tío Walter era un gorrón.

A Danby no le disgustaba tío Walter sólo por la escasa circulación de su dinero ni por sus exigencias gastronómicas sino porque medía más de un metro ochenta y pesaba casi ciento veinte kilos. Su cabeza menuda, sus ojos saltones como cuentas, su nariz de garbanzo y su prominente labio superior adornado con un hirsuto mostacho, le recordaba a Danby una morsa de cabellos blancos sin colmillos. Su presencia física dominaba a Danby, quien medía metro sesenta y dos, pesaba setenta kilos y tenía la cara redonda e imberbe de un adolescente, además de una voz aflautada y estridente. Danby se sentía muy pequeño cuando el tío Walter estaba por los contornos.

—Es un palurdo —dijo Galatea Danby—. No le interesa nada salvo la comida y el alcohol gratuitos.

—Magnífico —soltó Danby—. Ése tipo de acción es bueno para una muerte prematura. Puesto que tú eres su heredera, me satisfará ayudarte en todo cuanto pueda, aun cuando esta visita anual me cueste una pequeña fortuna porque él no acaba nunca de irse.

—Ése nos sobrevivirá a nosotros dos y a su médico —resopló ella—, y aunque no fuera así, yo quiero pescar ese dinero mientras me mantenga lo bastante joven para disfrutar de él.

—Muy sencillo —dijo Danby—. Desembarázate de él.

—Tal vez lo haga.

Danby esbozó una sonrisa burlona. La visión de su diminuta esposa, todavía más pequeña y frágil que él mismo, desembarazándose de alguien resultó un poco ridícula.

—Será mejor que me vaya a recogerle. Ya sabes qué diablos querrá apenas atraviese la puerta.

—Yo me ocuparé de la comida —dijo ella regañona—. Tú asegúrate de que haya

alcohol en cantidad.

—Me pregunto durante cuánto tiempo se propondrá vivir a nuestra costa esta vez —murmuró Danby.

—No mucho —replicó ella sombría mientras Danby se alejaba.

El tío Walter paseaba impaciente por el vestíbulo de la terminal cuando Danby dio con él.

—Llevo esperando media hora —se quejó.

—Vaya un fastidio —dijo Danby—, pero a esta hora de la noche, la circulación no tiene en cuenta tus sentimientos.

—Estoy hambriento —gruñó tío Walter—. Espero que Galatea haya preparado algo.

—¿No te han alimentado en el avión?

—Un mero pisolabis, y, además, te cobran la bebida. ¿Dónde tienes el coche?

Danby le condujo hasta el vehículo. Walter lo contorneó meneando despectivo la cabeza.

—¿Qué se supone que es esto?

—Un dos asientos descapotable —le explicó Danby—. Pequeño pero muy eficaz y económico.

—Se me antoja un patín con motor —masculló tío Walter—. Probablemente no cabré dentro de él.

—Cabrás —le aseguró Danby—. Y si no, caminarás. —Mantuvo la puerta abierta para él—. Pondré tu maleta en el portaequipajes.

Tío Walter consiguió encajar su humanidad en el interior del coche, si bien con las espaldas encorvadas y las rodillas tocándole el esternón.

—Dudo que me sea posible salir luego de aquí.

—En tal caso, venderé el coche contigo dentro —repuso Danby—. Te haré pasar por un accesorio opcional de elevado precio.

El viaje a casa no duró mucho. Danby vivía relativamente cerca, en una zona montuosa urbanizada poco tiempo antes; su casa era una vivienda de dos plantas con un garaje anexo.

Tal como Danby predijera, tío Walter no desperdició tiempo.

—Me figuro que tendrás alimentos en la casa —dijo a Galatea.

—Rosbif y puré de patata —contestó ella—. Te prometo un verdadero ágape.

—Yo había esperado algo más exótico pero, en definitiva, tú no te distinguiste nunca por tus platos de *gourmet*. Ahora bien, siempre será interesante comprobar el resultado de tus afanes. —Dicho esto se volvió hacia Danby—. Tú tendrás alguna botella escondida en algún lado, no lo dudo.

—Sería una locura por mi parte negarlo —respondió Danby—. Tienes a elegir.

—Opto por el *bourbon*, y no te molestes con los complementos. Me bastará con la botella.

Danby sabía que, a semejanza de cualquier señor feudal, tío Walter se pasaría las

próximas horas comiendo y bebiendo, devorando de una sentada lo que habría en la cena de cuatro personas.

Danby le sirvió la botella en la sala. Tío Walter se llenó un vaso con sus propias manos.

—Abre el apetito —dijo—. Ahora puedes dejarme, Marius. Ya tengo un compañero cuya sola presencia es suficiente para consolarme y calentarme.

Danby se fue a la cocina.

—Se encuentra con nosotros como en la gloria —anunció—. El viejo Walter de siempre. Está hecho polvo y seguirá hecho polvo hasta quedar dormido. Mañana esperará que le llevemos a cenar al restaurante más caro de la ciudad.

—Quizá no sea capaz de llegar hasta allí.

—Él se levantaría de la tumba ante la perspectiva de una comida gratis.

Galatea dio un golpazo con una cacerola.

—Tal vez tenga que hacer eso precisamente.

—¿Qué piensas hacer? ¿Envenenarle? —rió Danby entre dientes.

—Lo intentaré.

Danby volvió a reír muy quedo.

—Entonces, lo dejo en tus manos de momento. Llámame si necesitas ayuda para hacer desaparecer el cuerpo.

—Lo haré —contestó ella.

Danby estaba sonriendo todavía cuando pasó por el lado de un Walter inmerso en su segundo vaso de *bourbon*. «Vaya, ahora habría que hacer desaparecer el cuerpo». A veces, su esposa tenía un sentido del humor extrañamente retorcido.

Puesto que ni su mujer ni el tío Walter le necesitaban por el momento, se acomodó en la cama y cerró los ojos. Había sido una larga jornada, y la llegada del tío Walter hacia medianoche no había contribuido a abreviarla.

Despertó al sentir que la mano de su mujer le tocaba el brazo.

—Walter se ha ido —dijo ella.

—Bien. ¿Qué le indujo a marcharse, mi alcohol o tu comida?

—No se ha marchado a parte alguna. Sigue aquí —contestó ella con impaciencia—. Está muerto.

Danby se incorporó totalmente despejado.

—Estás bromeando.

—Cerciórate con tus propios ojos.

Walter se encontraba desplomado sobre la mesa del comedor, su rostro descansaba sobre el plato a medio terminar, y tenía la botella de *whisky* casi vacía ante él.

—Ha perdido el conocimiento —dijo Danby.

—Ha perdido el conocimiento, pero para siempre —dijo su mujer.

Danby le buscó el pulso y no lo encontró, pero continuó dudando, sobre todo porque, en realidad, no sabía a ciencia cierta en dónde estaba el lugar exacto para

tomarlo.

Entonces, aferró la cabeza de Walter por la blanca cabellera y la levantó. Se quedó con el pelo en la mano dejando al descubierto una vasta calva rodeada de vello grisáceo.

—No es de extrañar —dijo su mujer desdeñosa—. Parecía haber sido hecho para llevar peluca. ¿Qué haremos con él?

—Muy sencillo. Pediremos una ambulancia.

Ella movió la cabeza de un lado a otro.

—Yo no haría tal cosa.

—¿Por qué no? Tanta comida y bebida han hecho de las suyas. Resulta evidente que ha muerto de un ataque cardíaco. Sabes lo frecuentes que son en tu familia.

—De ataque cardíaco nada. Te dije que iba a hacerlo. Yo lo maté.

Danby rió entre dientes.

—Tu cocina no es tan mala. ¿Cómo lo lograste?

—Fue muy sencillo. He imitado a la mujer cuya historia leí la semana pasada en mi revista del ama de casa. Ya sabes, esa columna de un psiquiatra en donde se explica cómo suele resolver la gente sus problemas maritales. Vacíé todos nuestros somníferos en su puré de patata. Entre los polvos y el *whisky*..., ¡puf!

—¿Y no se quejó él del mal sabor?

—Tener una reputación de pésima cocinera conlleva ciertas ventajas.

—No soy quien para reprenderte —suspiró Danby—, pero debieras haber consultado antes conmigo.

—Te advertí que pensaba hacerlo.

—No te di crédito. Al fin y al cabo, estas cosas no se hacen de una forma tan impulsiva. Requieren un plan concienzudo si no quieres que te descubran. Has olvidado un requisito fundamental.

—Creí haberlo planeado todo muy bien.

—Entonces, ¿cómo te has propuesto desembarazarte del cuerpo?

—El matrimonio es una asociación —dijo ella—. Yo he hecho mi parte, ahora haz tú la tuya. Entiérralo en el sótano —Eso queda descartado. El piso del sótano está afirmado con quince centímetros de cemento; no dispongo de herramientas para perforarlo, y, ciertamente, no hay ninguna posibilidad de hacerlo desaparecer en el patio trasero. Me niego a perturbar mis rosas por tu tío Walter.

—Entonces, lo meteremos en el coche y lo dejaremos caer en algún lugar.

—¿En dónde, exactamente?

—Según parece, la policía está encontrando a cada paso cuerpos en el río o por esos campos desiertos por los alrededores del aeropuerto. Y si los profesionales hacen eso, ¿por qué no nosotros?

Danby consideró esa posibilidad.

—Supongo que esa gente conoce bien su negocio. El primer problema es meterlo dentro del coche. —Dicho esto, estiró con todas sus fuerzas de Walter consiguiendo



moverlo apenas—. Tendrás que ayudarme.

Entre ambos lograron mover el cuerpo de Walter desde la silla al suelo, y eso no les resultó nada fácil.

Danby se enderezó jadeante.

—Tenemos planteado todo un problema. No creo que podamos arrastrarlo hasta el coche. Debemos transportarle en la carretilla del jardín.

—Se la presté ayer a uno de nuestros vecinos, pero tengo otra cosa que podría servir.

Tras estas palabras Galatea desapareció para hacer poco después una nueva entrada bastante estrepitosa empujando un carrito de supermercado.

Danby se horrorizó.

—La ley prohíbe quedarse con uno de estos chismes. Te pueden detener y multar con veinticinco dólares.

—Narices —replicó ella—. Además, no lo robé. Sólo lo tomé prestado. Lo devuelvo a los almacenes cada vez que hago mis compras.

—Sigue siendo ilegal —protestó Danby—. En el futuro, déjalo allí.

—Entonces, ¿cómo traeré mis comestibles a casa?

—Utiliza un taxi —repuso Danby, frunció luego el ceño al mirar el carrito—. Walter no cabrá en este artefacto.

—Pensé que podríamos ponerlo arriba.

—Tal vez sea posible. Ayúdame a levantarlo.

Walter pareció haberse hecho más pesado. Por otra parte, su cuerpo y el carrito se mostraron absolutamente reacios a toda cooperación. Tras un tremendo forcejeo durante el cual Danby estuvo seguro de haber contraído una hernia, consiguieron colocar a Walter boca arriba sobre el carrito como cualquier infante hinchado en demasía; mientras las piernas colgaban por delante, la cabeza caía sobre el manillar y los brazos se balanceaban a ambos lados. Aquella masa humana mandó un peso incalculable al carrito, y las ruedas delanteras, pequeñas y giratorias, dificultaron sobremanera su movimiento. Escogió para avanzar todas las direcciones menos aquella en que Danby intentaba encaminarlo. A trancas y barrancas, logró hacerle seguir un curso errático a través de la cocina y del garaje hasta el camino de salida.

Danby se detuvo junto al coche y repartió sus miradas, alternativamente, entre el cuerpo y el automóvil.

—Dios santo —murmuró—, no cabrá.

Resultó evidente que el portaequipajes del pequeño deportivo no había sido diseñado para cargar con algo tan voluminoso como tío Walter.

—Te dije que no compraras este coche —comentó su esposa—. Vi que era un error, pero tú te empeñaste en parecer deportivo.

—Entonces yo no tenía ni idea de que algún día lo necesitaríamos para llevar a Walter en el portaequipajes —hizo constar Danby—. Tendremos que ponerlo en el asiento delantero, es decir, tal como llegó aquí.

—Entonces, ¿dónde me sentaré yo? —se lamentó ella—. Aún no puedes manejarlo tú solo.

Detrás de los asientos no quedaba el menor espacio y, sin embargo, Galatea tendría que realizar aquel viaje si él esperaba hacer algo más que abrir la puerta y empujar a Walter afuera.

—¡Ah, diantre! —exclamó Danby—. Yo no puedo alquilar una «rubia» a estas horas. —Dio unas palmaditas a la parte trasera del coche—. Tú viajarás aquí mismo. Tal vez él sea demasiado grande pero tú encajas perfectamente en el portaequipajes.

—¿El portaequipajes? —dijo ella con acento de incredulidad—. Yo no viajaré en el portaequipajes.

Danby soltó el carrito y la cogió por los hombros, sacudiéndola un poco.

—Te recuerdo que esto fue todo idea tuya. Tú debes ir en el portaequipajes.

—¡Pero está oscuro y sucio! —clamó con expresión fiera—. Si te parece tan buena la idea, yo conduciré y tú te meterás ahí dentro.

—Sabes muy bien que te es imposible conducir este coche —dijo Danby—. Jamás has conseguido aprender a manejar las marchas.

En esto, el carrito con el cuerpo de Walter, como si tuviera mente y voluntad propias, hizo girar un poco sus ruedas delanteras, y empezó a deslizarse por la pendiente de entrada. Cuando Danby se dio cuenta, ya estaba en la calle y seguía cuesta abajo ganando velocidad. Él tragó saliva, soltó a su mujer y salió disparado detrás de él.

Con su considerable ventaja, aumentada por el pesado cuerpo de Walter dándole impulso y la inclinación creciente de la calle, el carrito consiguió guardar las distancias mientras Danby se lanzaba en su persecución con las piernas trabajando como pistones, desfilando ante las casas silenciosas y oscuras de sus vecinos y a través del cruce.

Si la pendiente hubiese sido más larga, Danby jamás lo habría alcanzado. Por fortuna para él, en la carretera había un badén. El carrito, que mantenía por milagro la verticalidad, descendió y al ascender perdió velocidad poco a poco. Danby redujo distancias y lo desvió hacia la cuneta. Allí no había casas. Los urbanizadores no habían alcanzado aún aquel sector y los majestuosos árboles hacían la noche todavía más oscura.

Danby frenó el carrito con piernas temblorosas y respiración ahogada. Se preguntó si alguien habría visto u oído su descabellada persecución, pero en las casas que había dejado a sus espaldas no dieron señales de vida.

Danby miró en torno suyo y lanzó un gemido de decepción. El coche y su casa quedaban a dos manzanas de distancia y cuesta arriba, y él no se veía capaz de empujar a Walter hasta la cima y a la vista de cualquier vecino que decidiese contemplar la noche. Sólo cabía hacer una cosa.

Danby bloqueó las ruedas del carrito con unos trozos de esquisto que sus pies habían descubierto en la oscuridad. Regresaría a casa y cogería el coche; entretanto,

era de esperar que las luces de cualquier automovilista madrugador no captaran el carrito con su desusada carga aparcado a la sombra de los árboles.

Apenas hubo dado dos pasos, el irritante rascado del cambio de marchas perturbó la noche. Danby respingó. Su mujer no había dominado nunca el cambio manual. Pese a todo, ahora ella conducía el coche calle abajo con las luces apagadas, dando brincos y sacudidas entre los rugidos del poderoso motor. Estos últimos eran algo que siempre habían contado con la admiración de Danby. Ahora, deseó que el motor se hubiese limitado a ronronear.

Su mujer paró el coche con el motor calado junto a él.

—Pensé que necesitarías esto.

—Admirable pensamiento —dijo Danby—. Ayúdame a llevarlo ahí dentro antes de que alguien pase por aquí.

Entre ambos empujaron el carrito hacia el asiento delantero y tiraron del cuerpo sin el menor resultado.

—¡Se ha atascado! —exclamó Galatea con voz atormentada.

La carrera había hundido el cuerpo de Walter encajándolo en la cesta aún más. Danby suspiró fatigado. Fue imposible levantarlo.

—Lo siento, Walter —susurró. Y le dio un fuerte empujón.

El carrito volcó con estrépito, liberando el cuerpo de Walter.

—Ahora, cógelo de un brazo —indicó a su esposa—. Yo lo agarraré del otro.

Lo arrastraron hasta la puerta abierta y luego lo izaron al interior del coche en varias fases extenuantes; Galatea tirando desde dentro, él, fuera, levantando y empujando simultáneamente. Tío Walter adoptó de forma paulatina la postura en que viajara poco antes dentro del coche.

—Aprieta bien su cinturón de seguridad —dijo Danby jadeante—. De lo contrario, se caerá sobre mis rodillas mientras conduzco. ¡Eso es todo cuanto necesito!

Asegurado en su asiento, la cabeza caída tocando el pecho con la barbilla, Walter parecía estar dormido.

—Ahora, dejaremos el carrito aquí —dijo Danby—. Y tú entra en el portaequipajes.

—No quiero.

—Todo esto ocurre por tu culpa. Lo menos que puedes hacer es cooperar. Entra en el portaequipajes.

—Me estropearé el vestido.

—Te compraré otro flamante.

Ella se animó.

—¿Y podré elegirlo?

—En los almacenes que prefieras.

—Ese lindo vestido rosa que vi en...

—Cuéntamelo más tarde —dijo Danby—. Ahora, entra en el portaequipajes.

La ayudó a meterse, y ella se retorció de mil maneras hasta encontrar una posición cómoda. Danby cerró la tapa con mucho tiento y ocupó el asiento del conductor. Los brazos le temblaban y el abdomen le dolía no poco. Se dijo que lo primordial era desembarazarse del cuerpo de Walter cuán to antes. El río y los campos desiertos distaban demasiado para su designio, pero él había pensado en otra posibilidad: un solar de chatarra, a unos cuatro kilómetros escasos de allí. Se trataba del vertedero de su comunidad suburbana. Era un área abierta, cercana a la vía férrea. Primero la habían usado los contratistas; después, la gente para desembarazarse de los desechos, y Walter era, ciertamente, un desecho. Era una superficie de varios acres adónde se llegaba por una pequeña carretera que iba a morir allí.

Danby condujo despacio y atento por las calles silenciosas. La policía de aquella zona tenía fama de acechar con las luces apagadas durante las horas ambiguas de la madrugada para sorprender a los automovilistas que cometiesen la imprudencia de desestimar la señal de *stop* o la luz roja. Por el rabillo del ojo pudo ver lo que había estado esperando: un coche patrulla negro y blanco aparcado en una bocacalle. Danby gesticuló sonriente. No les daría el menor motivo para detenerle.

La luz se apagó, él avanzó..., y entonces descubrió que se había equivocado. Casi de inmediato, el interior del coche deportivo quedó iluminado por la luz roja, *giratoria e intermitente*, del coche patrulla, y unos bocinazos secos le intimaron a detenerse.

Durante unos instantes de desesperación, Danby consideró la conveniencia de echarle una carrera. Su coche deportivo podría competir ventajosamente con el policial, pero decidió que el provocar una persecución a gran velocidad no era su estilo. Entonces, se desvió hacia el bordillo.

El solitario agente hubo de agacharse para mirar por la ventanilla. Era joven, enjuto y sumamente cortés.

—¿Qué he hecho mal? —preguntó Danby.

—Nada, señor. Sólo quise advertirle que lleva apagado uno de sus pilotos.

Danby se tranquilizó un poco. Era muy probable que Galatea hubiese soltado alguna conexión de un puntapié.

—Gracias. Lo arreglaré por la mañana.

El agente se inclinó un poco más para echar una ojeada a tío Walter.

—¿Qué le pasa a su amigo?

Danby había esperado que no se percatara.

—Está bebido —dijo. Lo cual nunca podía ser conceptualizado como una mentira en el caso de tío Walter—. Me lo llevo a casa para que la duerma.

—Parece algo más que eso —gruñó el agente.

—Fue una fiesta bastante salvaje —dijo Danby—. Pero se encuentra bien. Es un desvanecimiento pasajero.

—¿Cuál fue el motivo?

—Su mujer lo abandonó. Y él ha querido celebrarlo.

El agente sonrió.

Una voz tenue, amortiguada e inteligible, llegó del portaequipajes.

—¿Todavía no hemos llegado?

La sonrisa del agente se desvaneció.

—¿Qué ha sido eso?

—Nada de particular —dijo Danby esperanzado.

La voz se dejó oír de nuevo.

—¡Déjame salir!

—Vamos —masculló el agente—, no me diga que eso no es nada de particular.

—Bueno —dijo Danby—. Se trata de mi mujer. Va en el portaequipajes.

—¿En el portaequipajes?

—¡Claro! —replicó impaciente Danby—. Aquí no hay espacio para ella a todas luces.

—Ábralo —dijo cauteloso el agente apoyando la mano en la culata de su arma reglamentaria.

Danby cogió las llaves y abrió el portaequipajes. Su mujer parpadeó ante la súbita luz. Luego, miró al agente.

—¡Oh! —musitó conteniendo el aliento.

—¿Qué significa esto? —inquirió el agente.

—Ya se lo he dicho. Ella quiso acompañarnos pero no había sitio aquí dentro.

—¿Es cierto eso? —preguntó el agente a Galatea.

Galatea asintió con la cabeza.

—No sé... —murmuró el agente—. Jamás supe de nadie que viajara voluntariamente en el portaequipajes.

—Es una parte del coche, ¿verdad? —preguntó Danby—. ¿Acaso es malo el querer viajar en el portaequipajes?

—Sí —terció Galatea—. ¿Qué hay de malo en eso?

—Es tan sólo que no se hace —dijo el agente.

—¿Va contra la ley o algo así? —gritó Danby indignado—. ¿Existe alguna ley contra los viajes en portaequipajes?

—Eso es —saltó Galatea cogiendo onda—. Nunca he sabido de una ley contra los viajes en portaequipajes. El que yo quiera ir en él, es asunto mío. Tal vez me guste viajar en el portaequipajes. —Echó la cabeza hacia atrás y se acomodó otra vez en su lugar—. Cierra la tapa, cariño, y vámonos.

Danby levantó ambas manos y se encogió de hombros.

—¿Lo ve?

El agente sacudió la cabeza entristecido.

—Cada día que paso en este oficio me encuentro con un tipo diferente de lunático. El día menos pensado me retiro. Está bien, desaparezcan de aquí.

Danby subió al coche y obedeció. Si aquel agente hubiese querido examinar de cerca a tío Walter, él y su mujer se hubiesen encontrado en ese momento camino de la

flamante cárcel que acababa de ser construida. Vivo, el tío Walter había supuesto un fastidio y una carga. Muerto, todavía más.

Después de recorrer kilómetro y medio del bulevar, Danby tomó una nueva ruta e hizo alto. No vio ni rastro del coche policial. Entonces, reanudó la marcha por una carretera conducente al lugar que él seleccionara para soltar a Walter.

Aquel vertedero estaba lleno de formas inquietantes que parecían saltar al tocarles la luz de los faros. Cuando creyó haberse adentrado lo suficiente, Danby frenó, abrió el portaequipajes y dejó salir a su esposa.

Ella saltó a tierra, miró en torno suyo y se estremeció.

—Esto es espectral, ¿no?

—Se supone que no es el principal centro comercial —la amonestó Danby—. Librémonos de él y larguémonos de aquí.

Ella le ayudó a sacar al tío Walter del asiento delantero.

—¿No te parece bien dejarlo aquí tendido sobre el suelo? —dijo ella—. Es un pariente, recuerda.

—Bonita ocasión para recordarlo. ¿Qué más podemos hacer por él? Además, ya le tiene sin cuidado esto o lo otro.

—¿Y no podemos hacer algo?

—Podemos largarnos de aquí antes de que alguien nos vea.

—Mira —dijo ella—. ¿No podríamos ponerlo allí?

El resplandor de las estrellas les permitió ver una bañera desechada pocos pasos más allá.

—Semeja una cama —susurró ella—. Quizás un féretro.

—Tienes una imaginación macabra —suspiró Danby.

Lograron colocar a Walter dentro de la bañera y le cruzaron las manos sobre el pecho.

—Tiene una apariencia grata —comentó ella—. ¡Tan plácido!

—Dentro de quince minutos yo estaré lo mismo —dijo Danby—. Por esta noche, ya he tenido bastante. Vámonos a casa y metámonos en la cama. Cuando lo encuentren, nos harán muchas preguntas y necesitaremos respuestas.

—Eso es fácil —dijo Galatea—. Estábamos esperando al tío Walter pero no llegó. Lo secuestraron en el camino desde el aeropuerto.

Danby tuvo la vaga sensación de que todo aquello no iba a ser tan sencillo. Durmió muy mal. Su mujer sí pudo hacerlo.

Clareaba ya cuando el tamborileo de la lluvia sobre el tejado le hizo salir de un amodorramiento espasmódico. Pensó en el tío Walter dentro de la bañera y sonrió. Walter iría empapado a la tumba, lo cual era algo contra lo que él habría protestado con toda su energía.

Danby se puso la bata, fue a la cocina e hizo café. En la luz fría de aquel día lluvioso, el tío Walter pareció muy distante.

Estaba terminando su primera taza, cuando el timbre de la puerta sonó. Dio un

salto. A esa hora, nadie, absolutamente nadie, debiera de encontrarse ante su puerta de entrada.

Abrió el batiente con exquisita cautela. Lo primero que vio fue la espalda de un agente, el cuello del impermeable negro levantado alrededor de un cuello robusto bajo el ala ancha del sombrero chorreando lluvia. Danby estaba a punto de cerrar precipitadamente, cuando vio al hombre que estaba de pie junto al agente.

¡Era tío Walter!

—¡Uf!

—Hola, Marius —dijo tío Walter. Su rostro mojado y sucio se ensanchó en una sonrisa trazando mil arrugas sobre él.

El agente se volvió.

—¿Conoce usted a este hombre?

—Ah, ah... —dijo Danby.

—Debiéramos haberle encerrado por borracho y escándalo público pero le hemos permitido irse esta vez. No le pierda de vista. La próxima vez no será tan afortunado. —El agente se rozó la gorra con los dedos y salió a la lluvia.

Walter se abrió paso a través de la puerta.

—Temí que hubierais de venir para pagar una fianza, pero se lo conté con palabras muy elocuentes.

—¿El qué? —preguntó Danby aturdido.

—Supongo que es una consecuencia de mi avanzada edad —suspiró Walter—. Me sucede cuando bebo fuerte. Entonces, me levanto y deambulo por ahí hasta que acabo despertando en los lugares más extraños. ¿No os habéis preguntado qué me habría sucedido?

Danby recobró la voz, pero le salió más tenue que nunca.

—Pensamos que habrías ido a dar un paseo.

—¿Sabes en dónde desperté? Dentro de una bañera, en medio de un vertedero. Quizá me metiera allí para dormir un poco. La lluvia me despertó y empecé a caminar. Fue entonces cuando me pescaron. —Se frotó enérgico las manos—. Y ahora que todo ha terminado, ¿dónde está la botella?

Danby lo miró, asombrado. Unas pisadas provenientes de las escaleras le hicieron volverse.

Galatea bajó el último escalón antes de ver al tío Walter. Entonces, se detuvo en seco. Dio un chillido estridente. Se llevó la mano a la garganta perdiendo el equilibrio y, a continuación, se desplomó.

Danby se inclinó sobre ella.

—Levanta —dijo—. Sólo es el tío Walter.

—Llegando a tiempo para el desayuno —agregó éste jocosamente.

Danby la examinó más de cerca. Le palmoteó la cara.

—¡Galatea! —Su inmovilidad parecía anómala.

Tío Walter se inclinó sobre ella.

—No tiene buen aspecto —diagnosticó—. De hecho, parece un poco muerta. Probablemente el corazón. Como sabes, eso es frecuente en nuestra familia.

—¡Uf! —dijo Danby.

—¿Sabes una cosa? —exclamó tío Walter—. Deberíamos colocarla en algún sitio. Algún lugar cómodo. Por ejemplo, una bañera. Las bañeras son excepcionalmente cómodas.

Danby le miró. El viejo le recordó a una morsa más que nunca.

Tío Walter empezó a tararear. Lo hacía muy mal, pero no tanto como para que Danby no pudiera reconocer la melodía.



# LA TELARAÑA

*Bill Pronzini*

La casa estaba situada en uno de los barrios residenciales más tranquilos de Viena. Poderosas hayas, cual huesos grisáceos desprovistos de carne por el frío viento invernal, flanqueaban la oscura calle; un inmenso sauce se erguía fatigado en el patio delantero de la casa, justo al otro lado de la verja singularizada con el número 629. La vivienda propiamente dicha era pequeña, de tejado puntiagudo y con una fachada de madera tachonada.

Carmody empujó la puerta de la verja y siguió por el camino alfombrado de hojas secas hasta la puerta principal. Alzó la aldaba y la dejó caer, luego, se mantuvo firme con la espalda doblada bajo el pesado gabán de lana escuchando el viento..., un hombre tenso, ojos verdes de mirada hambrienta, tez curtida y una canosa pelambarrera. Su mano derecha sujetaba un gran maletín; su Beretta estaba en su lugar de costumbre, la media pistola incorporada al cinto, en su costado izquierdo.

Llegado a Viena hacía cuatro horas escasas, él esperaba permanecer allí hasta la mañana siguiente, a lo sumo. Otros asuntos le reclamaban en diversos lugares. La reputación de Viena como ciudad de misterio e intriga (quizá por su proximidad a Hungría y Checoslovaquia, más el Harry Lime de *El tercer hombre*) era totalmente ficticia; en realidad, se trataba de una pintoresca y plácida ciudad, impregnada de tradición histórica y arte. Un hombre dedicado al oficio de Carmody moriría de inanición si centrara sus operaciones en Viena.

Se dejaron oír pasos dentro de la casa. Entonces la puerta se abrió y un tipo de apariencia nórdica le sonrió. Sin duda se trataba de Anton Varndal. Sí, Bruckner lo había descrito con bastante claridad: ojos azules de mirada penetrante, cabello muy cepillado, mentón cuadrado y partido.

—¿Es usted Varndal? —preguntó Carmody.

—Lo soy —respondió en un buen inglés, de cuidada pronunciación—. ¿Mr. Carmody?

—Cierto. Invíteme a entrar, Varndal; aquí fuera hace un frío endiablado.

—Por supuesto.

Varndal se hizo a un lado y Carmody entró en un reducido vestíbulo, se pasó la maleta a la mano izquierda y se desabotonó gabán y chaqueta con la derecha a fin de tener fácil acceso a la Beretta si la necesitaba; era hombre cuidadoso. Varndal cerró la puerta y le condujo, atravesando el vestíbulo y otra puerta, a un salón lleno de macizos muebles y con una alfombra antigua.

Dando media vuelta, Varndal inquirió:

—¿Trae usted el transmisor?

—Así es.

—Enséñemelo, por favor.

—Todavía me debe usted ocho mil.

—Se los daré, claro está. Tan pronto como examine el transmisor.

—Conforme, pues. —Carmody le alargó la valija manteniendo la mano derecha cerca de la pistolera, pero los ojos de Varndal, relucientes de expectación, quedaron fijos en el maletín. El hombre lo llevó a una mesa cerca de la ventana, lo abrió y sacó su contenido con suma circunspección.

El radiotransmisor era pequeño, portátil y alimentado con baterías. Se trataba de un aparato» muy delicado, construido para emitir señales de alta frecuencia e intensidad, con variaciones no superiores a más o menos .03. Un transmisor semejante no resultaba fácil de obtener, sobre todo cuando no se quería que dejara rastro de su origen..., y cuando se daba una aplicación que era, en el mejor de los casos, bastante ilegal. Por tanto, había que dirigirse a un hombre como Carmody, con conexiones en cada país de Europa y en casi todos los del mundo libre, que podía suministrar cualquier cosa si el precio era el adecuado y el artículo razonablemente fácil de localizar o fabricar.

Él era también un guardaespaldas autónomo; un hombre que podía coordinar sin la menor fricción el paso de un país a otro; un intermediario para tratos referentes a casi cualquier cosa salvo estupefacientes y trata de blancas. Y lo que quizá fuera más importante, resultaba de una absoluta fiabilidad, y con una reputación inigualable que le aportaba un volumen muy considerable de negocios en una condición u otra.

El negocio lo había concertado con él Anton Varndal por mediación de su contacto vienés, Josef Bruckner. Varndal lo había querido para el día siguiente. Carmody no tenía verdadero interés en saber para qué necesitaba Varndal el transmisor; a él le interesaba tan sólo lo que Varndal pagaría por él. Carmody lo había cotizado, por conducto de Bruckner, en diez mil, Varndal se había mostrado conforme y, cuando hubo pagado dos mil como señal y facilitado las especificaciones del transmisor, Carmody se lo había conseguido por algo menos de dos mil. Su beneficio sería, pues, del cuatrocientos por cien, pero de ahí había que descontar el porcentaje de Bruckner, los gastos y la dedicación de tiempo. De resultas, diez mil era, en realidad, un precio justo de mercado negro.

—¿Satisfecho, Varndal? —inquirió Carmody.

—Muy satisfecho. Esto es de una calidad óptima.

—¿Qué esperaba usted?

—Precisamente lo que usted ha entregado.

—¿Sí? Entonces, ya puede pagarme ahora.

—¡Ah! Por descontado, *Herr Carmody*.

Varndal devolvió el transmisor a su estuche, dejó éste sobre la mesa y se acercó adónde Carmody permanecía en pie vigilándole.

—¿Quiere acompañarme al estudio?

—¿Es allí en donde tiene usted el dinero?

—Sí.

—Entonces, vaya usted delante.

Varndal sonrió, atravesó la puerta del salón y salió al vestíbulo que cruzó. Carmody le siguió hasta una segunda puerta, al otro extremo. Varndal la abrió y se echó a un lado.

—Usted primero —dijo Carmody.

Encogiéndose de hombros, Varndal cruzó el umbral y pulsó un interruptor de pared. Una luz viva inundó la estancia y Carmody, pisándole los talones, vio que era una inmensa despensa, abarrotada de cachivaches. Se paró en seco y asió la culata de su Beretta, pero Varndal giró en redondo con agilidad casi felina y le golpeó por encima de la oreja izquierda con una barra metálica de unos treinta centímetros que había llevado oculta bajo su chaqueta deportiva.

Fragmentos de un dolor cegador; impacto súbito contra el suelo; rechinar en los oídos de Carmody como el ruido de una fresadora trabajando a gran velocidad; un portazo...; y luego, nada.

Carmody volvió en sí, rodó sobre sí mismo, y se sentó con la cabeza colgando entre las rodillas. La culata de su Beretta sobresalía todavía de la funda del cinto y se le clavaba en el costado. Tenía el estómago revuelto, y sentía dos curvas de dolor como arcos voltaicos, que corrían paralelas desde la nuca hasta la coronilla. Se preguntó si sufriría una conmoción cerebral.

Con mucho tiento, se tocó el lugar en donde Varndal le había golpeado y encontró un área hipersensitiva debajo del pelo y más arriba de la oreja que se hinchaba por momentos; el pelo había amortiguado el golpe. No notó la presencia de sangre.

Carmody consiguió ponerse de rodillas, luego de pie y se recostó contra la pared hasta que las náuseas remitieron. Después, buscó la puerta a tientas, encontró el picaporte y salió al vestíbulo. Allí había suficiente luz para permitirle ver la esfera de su reloj: las ocho y veinte. Había estado sin conocimiento durante una hora larga.

Las líneas de dolor dentro de su cabeza se pusieron candentes cuando anduvo por el vestíbulo abriendo otras puertas, explorando los interiores, sin encontrar nada que pudiera darle una explicación; todas las demás estancias de la planta baja, estaban vacías. Carmody subió las escaleras hasta el segundo piso y miró las dos primeras habitaciones que daban al descansillo. Una espesa capa de polvo blanco cubría los muebles como si fuera un sudario.

Volvió a la planta baja y salió de la casa dejando la puerta principal abierta de par en par. El viento nocturno era más frío, penetrante. Subió a su coche alquilado y quemó caucho al arrancar violentamente desde el bordillo; con el tirón, el cuerpo se le encorvó con una furia reprimida a duras penas. Sus enormes y nervudas manos semejaron garras blancas sobre el volante.

Necesitó casi una hora para alcanzar el pueblo de Grinzig, bordeando la periferia de Viena. La pequeña población era muy conocida debido a sus bodegas de mostos blancos y tintos de producción local y a una atmósfera propia del viejo mundo que

atraía a los turistas en manadas.

Carmody aparcó, caminó hacia el edificio casi oculto entre parras y entró. Era una hora de la noche demasiado temprana para que hubiese una gran clientela pero, así y todo, una tercera parte de los reservados, separados entre sí por altos tabiques, se encontraba llena. Dos tipos sonrientes y robustos, ataviados con el traje regional, tocaban música zíngara acompañándose de acordeón y violín. Por lo general, incluso un hombre como Carmody, quien no estimaba en mucho la música, solía disfrutar con la vivacidad y el encanto de las melodías gitanas, mas no las oyó siquiera. Las líneas de dolor seguían vivas y candentes dentro de su cráneo.

Bruckner estaba sentado en un reservado al fondo de la gran estancia con una rubia que parecía haberse escapado de alguna ópera wagneriana. Ambos estaban bebiendo vino y brindando alternativamente con los vasos y las miradas.

Carmody se acercó al reservado.

—Desembarácese de esta mujer. Tenemos que hablar —ordenó a Bruckner.

Éste, flaco y huesudo, con mechones rebeldes de un pelo descuidado color castaño y un bigote grueso e incongruente, dijo:

—¿Ocurre algo, *Herr Carmody*?

—Sí. Despáchela.

—Como guste —repuso Bruckner y palmoteo el rollizo brazo de la rubia diciéndole algo en alemán que Carmody no entendió. La rubia enrojeció como una doncella, lanzó una mirada hostil a Carmody, levantándose con aire majestuoso, y se alejó balanceante por la estancia.

Carmody tomó asiento.

—Su muchacho Varndal me atizó con un trozo de metal detrás de la oreja en lugar de entregarme el resto del dinero —dijo—. No me gusta la superchería, Bruckner. No me gusta ni una maldita pizca.

—Pero... pero ¿por qué? ¿Por qué haría él una cosa semejante? —Bruckner parecía consternado.

—Explíquemelo usted —dijo Carmody—. Según sus reiteradas afirmaciones, él era una persona de confianza.

—Así me lo pareció, *Herr Carmody*. Conversé largamente tres veces con él antes de tomar la decisión de llamarle a usted. Él se mostró sobremanera deseoso de cooperar.

—Y vaya que lo hizo. ¿Le explicó para qué necesitaba ese transmisor?

—No me ofreció la menor información.

—¿Tiene usted alguna idea? —inquirió Carmody.

—No, ninguna.

—¿En dónde vive Varndal?

—La casa adónde fue usted para encontrarse con él...

—Desocupada —le atajó Carmody—. Ahora, nadie vive allí. Hay fundas cubriendo todos los objetos del piso superior. Él ha debido quitar las del piso inferior

para simular que vivía allí.

—Entonces, ¿de quién es esa casa?

—Buena pregunta. Varndal tenía las llaves, eso está claro. Escuche, si usted no sabe dónde vive, ¿cómo estableció contacto con él?

—Dejé los mensajes a Anya Berg —dijo Bruckner—. Varndal hablaba siempre conmigo aquí.

—¿Y quién es Anya Berg?

—La propietaria de cierto establecimiento próximo al Danubio en donde se puede comprar información, pero también objetos raros.

—¡Ah! ¿Sí? ¿Y cómo encaja en todo esto?

—Ella fue quien le dio mi nombre a Varndal..., y el de usted.

—Supongo que le pediría referencias acerca de Varndal.

—Sí —contestó Bruckner—. Ella me dijo que un amigo común le había hablado de él.

—¿Y quién es ese amigo?

—No vi ningún motivo para preguntárselo —respondió Bruckner a la defensiva—. Ella es una conocida mía de antiguo...

—Ha obrado usted con toda honestidad, ¿no es así, Bruckner?

—*Herr Carmody*, yo...

—¿Sabe usted cómo comunicarse con Anya Berg a esta hora de la noche?

—Sí.

—Pues vaya y llámela. ¿Responderá ella misma al teléfono si se encuentra en casa?

—Sí. Vive sola.

—Si contesta, no le diga nada. Limítese a colgar. Sólo quiero saber si está o no.

Bruckner le miró a los ojos, pero lo que vio allí le hizo bajar la vista de inmediato. Se deslizó fuera del reservado y marchó presuroso por el pasillo hacia el teléfono público. Carmody encendió un cigarro negro, delgado y corto, mientras esperaba. Necesitaba encontrar a Anton Varndal. Si no lo encontraba, no cobraría el resto de su dinero, correría la voz de que Carmody había sido asaltado y burlado..., y otros intentarían hacer lo mismo. Para poder operar bajo una presión mínima, Carmody tenía que mantener viva su buena reputación; y para conseguirlo tenía que encontrar a Varndal.

Bruckner regresó y se dejó caer en su asiento secándose la sudorosa frente con un pañuelo de seda.

—Está en su casa —murmuró.

—¿Cuáles son sus señas?

Bruckner se las dio.

—¿Qué hará usted cuando la vea?

—Formularle algunas preguntas.

—Ella no es responsable de lo que Varndal haga.

—Esperemos que no —dijo Carmody—. Usted, Bruckner, vaya a su apartamento. Podría necesitarle otra vez esta noche y quiero saber dónde se encuentra usted.

—Como mande, *Herr* Carmody.

Éste se retiró, subió al coche y buscó el plano de la ciudad en la guantera. Lo dejó extendido sobre el asiento contiguo y puso en marcha el coche.

—¿Anya Berg? —preguntó Carmody.

La mujer que apareció en la entrada de la casa tendría unos treinta años. Su cabello, muy hermoso, era leonado, y su cuerpo, maduro pero firme; el de una adolescente. Un vestido morado, de falda corta, con mangas y cuello fruncidos, le daba un aire de inocencia que su boca y sus ojos desmentían.

—¿Dígame?

—Soy Carmody. ¿Podemos hablar dentro?

Anya le estudió durante unos instantes, se encogió de hombros y le condujo hacia una salita de estar.

—¿No será usted el que ha telefoneado hace unos veinte minutos para luego colgar sin decir ni pío? —preguntó ella.

—Ése fue Bruckner.

—Pobre Josef —comentó ella—. Tiene la cabeza llena de mujeres gordas y vino. ¿Por qué está usted tan interesado en mí, *Herr* Carmody?

—Bruckner me ha dicho que usted le envió a Varndal. Cuénteme cosas sobre este último.

—¿Qué quiere usted saber en concreto?

—Para empezar, dónde vive.

—No tengo ni idea.

—Entonces, ¿cómo lo ha conocido usted?

—A decir verdad, no lo conocía. Un amigo mutuo me lo envió.

—Eso me ha dicho Bruckner. ¿Cómo se llama ese amigo?

—¿Para qué desea usted tal información?

—Varndal me debe algún dinero —explicó Carmody—. E intento cobrarlo. Así pues, ¿quién es ese amigo común?

Ella captó e interpretó correctamente la ira y tensión en su voz.

—De acuerdo. Se llama Dietrich. Viktor Dietrich.

—¿Cuál es su relación con Varndal?

—Cierta vez Viktor efectuó una transacción en su nombre.

—¿Qué clase de transacción?

—La venta de una pequeña propiedad.

—¡Ah! —murmuró Carmody—. Entonces, ese Dietrich podría ser un agente inmobiliario, ¿verdad?

—Sí, lo es.

—Magnífico. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Viktor me gusta —dijo Anya—. No se propondrá usted hacerle daño, ¿eh?

—No, si se muestra asequible.

Ella le dio la dirección exacta.

—No le telefoneará usted apenas me marche, ¿verdad? No me agradaría mucho que se me pusiera trabas para encontrarle —avisó Carmody.

—Tengo la impresión de que usted no confía en nadie —repuso Anya con una sonrisa.

—Y con razones muy justificadas —dijo Carmody.

—No le telefonearé.

Un lustroso turismo negro llegó a la pequeña glorieta de Viktor Dietrich cuando Carmody pasó conduciendo en dirección contraria. Decidió aparcar cuatro portales más allá de la casa de estilo suizo, se apeó y atravesó la calle corriendo para desaparecer bajo la sombra de un enorme sauce que crecía en un jardín vecino. La cabeza le dio un pinchazo maligno cuando saltó una pequeña empalizada empuñando ya la Beretta y se introdujo en el oscuro garaje de Dietrich.

El conductor acababa de cerrar la puerta del coche, cuando Carmody apareció. El hombre se detuvo.

—¿Quién es? ¿Quién anda ahí? —preguntó en alemán.

—¿Viktor Dietrich?

—Sí. ¿De qué se trata?

Carmody se adentró en el garaje hasta quedar a pocos pasos de Dietrich; aunque mantuvo el rostro entre sombras.

—Estoy buscando a Anton Varndal. Tengo entendido que usted es amigo suyo.

—Lo conozco, sí —dijo Dietrich, esta vez en inglés—. ¿Y quién es usted?

—También un amigo de Varndal —contestó Carmody—. Sólo intento dar con él.

—¿Ha probado usted en su casa?

—No conozco sus señas. ¿Dónde vive?

—¿Está seguro de ser un amigo de Varndal? Salgamos a la luz...

—Quedémonos aquí —dijo Carmody. Se adelantó y dejó ver el arma a Dietrich.

Éste se quedó tan rígido como una piedra. El miedo se traslució en su voz cuando inquirió:

—¿Qué quiere usted de mí? ¿Qué se ha propuesto hacer?

—Nada, si usted responde a mis preguntas como es debido —dijo Carmody—. Basta que coopere. Es todo cuanto tiene que hacer.

—Haré... haré lo que usted diga.

—Magnífico. ¿Cuándo fue la última vez que vio usted a Varndal?

—Anoche, hacia las nueve.

—¿Dónde?

—Aquí. Él vino a verme.

—¿Para qué?

—Quería que le hiciera un favor.

—¿Qué clase de favor? ¿Tal vez prestarle las llaves de una casa desocupada?

La sorpresa sustituyó al temor en la voz de Dietrich.

—Sí. ¿Cómo lo sabe?

—Yo soy la causa de que él quisiera una casa desocupada —dijo Carmody sin ambages—. ¿Es que no se lo contó Varndal?

—No me explicó nada.

—Entonces, ¿por qué le dejó usted utilizar la casa?

—Yo..., nosotros somos amigos.

—Claro que sí —murmuró Carmody—. ¿Cuánto le dio él?

Dietrich titubeó, luego pareció recordar el arma en la mano de Carmody.

—Mil schillings —dijo.

—¿Le contó Varndal para qué necesitaba ver a Anya Berg?

—¿Anya Berg? ¿Conoce usted a Anya?

—Todavía no. Responda a mi pregunta.

—Ni siquiera sabía que Varndal la hubiese visto hasta que ella misma me lo dijo. Le di el nombre de Anya, sí, pero no se lo presenté a ella. Él utilizó mi nombre sin consultármelo.

—Comprendo que eso le molestara —dijo Carmody—. ¿Tiene usted idea de por qué necesitaría Varndal un transmisor radiofónico portátil de frecuencia e intensidad especiales?

—¿Transmisor radiofónico? Ni la menor idea.

—Espero que no me mienta, Dietrich.

—No le estoy mintiendo. ¿Por qué razón habría de hacerlo?

—No lo sé todavía. Está bien. ¿Dónde vive Varndal?

—Kürzgasse número veinte, Volkspriater.

—¿Casa particular?

—Sí. Es un vecindario heterogéneo.

—¿Heterogéneo?

—Establecimientos comerciales y residencias privadas.

—Y si Varndal no está allí. ¿Dónde podría encontrarle?

—No lo sé.

—Pensé que ustedes dos eran amigos.

—No exactamente. No en el terreno social.

—Entonces, ¿no conoce usted a ninguno de sus amigos? ¿Ni sabe los lugares que frecuenta?

—No tengo la menor idea.

—Como le he advertido ya, Dietrich, espero no me haya mentado.

Carmody se retiró andando de espaldas, y cuando se escabullía fuera del garaje,



pudo oír la respiración anhelante de Dietrich en las tinieblas. Saltó la pequeña empalizada, pasó por debajo del sauce y subió al coche otra vez.

Carmody tocó el timbre cuatro veces con el dedo enguantado y escuchó el eco que levantaba el carillón en euro edificio de ladrillo, el número veinte de la Kürzgasse. Luego manipuló la frágil cerradura, entró cerrando la puerta a sus espaldas y sacó del bolsillo de su gabán una linterna-lápiz.

Siguiendo el fino rayo luminoso, recorrió los cinco cuartos de la vivienda abriendo cajones, armarios y vitrinas. Aquel registro veloz, pero concienzudo le reveló que Varndal había empaquetado sus enseres más importantes y se los había llevado consigo. Carmody se preguntó si no estaría siguiendo un rastro tan frío como el hielo. Varndal había tenido tiempo más que suficiente para abandonar Viena por vía aérea o férrea, pero Carmody siguió especulando con el presentimiento de que Varndal se proponía instalar el transmisor en el área de Viena. Partiendo de esta hipótesis cabía pensar que si Varndal había abandonado su casa con todos los bártulos era porque intentaba utilizar el transmisor aquella misma noche y marcharse tan pronto como su designio se hubiese consumado. La única posibilidad que le quedaba era dar con el paradero de Varndal antes de que éste abandonase Viena, o incluso la propia Austria.

Carmody localizó una puerta semioculta en un rincón de la cocina, y la abrió. La linterna descubrió un tramo de escaleras que bajaba. Palpó la pared interior y encontró un interruptor, lo pulsó y, cerrando la puerta tras de sí, empezó a bajar los escalones.

Aquel sótano era pequeño y destartado, olía a humedad y moho..., y también a algo más que él no pudo definir de inmediato, algo agriado y pestilente. El piso de tierra estaba embarrado y había surcos a lo largo de las pétreas paredes, abiertos por el agua de filtración y las erosiones resultantes de las intensas lluvias invernales. Carmody merodeó entre cajas de artículos diversos, examinó herramientas, botellas y tarros sobre un banco de trabajo adosado a la pared. No encontró nada.

Entonces, se volvió y cuando daba unos pasos hacia la pared trasera, notó que aquel olor agrio y sumamente desagradable se hacía más intenso, más penetrante. Carmody lo aspiró a fondo y, apenas lo hizo, se le erizaron los cabellos de la nuca: se dio cuenta de qué se trataba. Se dirigió hacia el sector de donde parecía provenir y enfocó la linterna a lo largo de las fangosas depresiones formadas en la base de la pared. El rayo luminoso captó algo, y él se acercó.

Ese algo era un pie humano con el correspondiente zapato.

Carmody se fue al banco de trabajo, y cogió la pequeña pala que había visto allí, y con ella en la mano, se dirigió hacia donde estaba el pie. Luego, se arrodilló sobre un montón de periódicos y comenzó a excavar. Necesitó muy pocos minutos para descubrir el cuerpo bajo la tierra blanda, y determinar a la luz de la linterna que

aquello había sido otrora un hombre. Su estado de descomposición y el hecho de que la sepultura hubiese sido erosionada en parte, explicaron la perniciosa fetidez en los confines del sótano.

Con suma repugnancia, Carmody registró el cadáver y extrajo una cartera enfangada y putrefacta. La abrió a duras penas y alumbró su contenido. Casi todos los papeles de su interior estaban deshechos pero algunas tarjetas protegidas con celuloide se conservaban enteras; él pudo verificar que una era de identificación, una tarjeta sindical. Carmody sabía el suficiente alemán para traducir la información contenida en ellas.

El muerto se llamaba Karl Heinz, un electricista, y su dirección comercial era el número veintidós de la Kürzgasse, el edificio contiguo a la casa de Varndal.

Carmody se puso en pie. Recordó haberse fijado en el tal edificio cuando llegó, una estructura sombría de yeso y ladrillo a la que no había prestado demasiada atención. Ahora, las cosas estaban empezando a tener cierto sentido, pero todavía necesitaba conocer lo que había motivado la muerte de Heinz..., la pista que lo conduciría definitivamente a Varndal.

Entonces, Carmody subió la escalera presuroso, apagó la luz del sótano y, atravesando la cocina, se dirigió a la parte trasera de la casa. Varios objetos enanos crecían en el patio trasero donde la negrura era profunda y húmeda con la densa niebla invernal. Fue hasta una valla que servía de separación entre el desordenado terreno y el establecimiento de electricidad perteneciente a Karl Heinz. Había trozos de alambre espinoso en la parte alta de la valla pero, así y todo, parecía fácil de escalar.

Carmody echó una mirada por el lado de la casa y vio que la Kürzgasse estaba desierta. Luego, se encaramó sin esfuerzo a la valla y empleó las manos enguantadas para apartar y doblar los trozos de alambre con objeto de poder pasar las piernas al otro lado, y después se dejó caer al suelo. Tan pronto como sus pies tocaron el piso asfaltado, atravesó las pinceladas de sombra hasta la puerta trasera del establecimiento de electricidad.

No tardó ni dos minutos en hacer saltar la anticuada cerradura. Se deslizó en el interior, cerró la puerta con suma cautela y encendió la pequeña linterna. El dedo de luz exploró lo suficiente el interior para permitirle determinar que aquello era el taller: carretes de alambre con diferentes grosores, varios metros de conducción flexible, una multitud de herramientas y otros accesorios eléctricos. También vio dos puertas cerradas. Una, en la pared de enfrente, daría a la tienda propiamente dicha y la entrada de clientes; la otra, en la pared de la derecha, daría, con toda probabilidad, a un despacho privado. Y ése fue el lugar que Carmody quiso registrar.

Cruzó el enlosado suelo del taller y probó el picaporte. No hubo dificultad, el dispositivo obedeció a la presión de sus dedos y giró. Era un despacho, tal como había pensado, pequeño, demasiado limpio, lo que indicaba que lo habían ordenado en fechas recientes... Probablemente lo hubieran hecho así algunos familiares de Karl

Heinz durante las semanas que siguieron a la misteriosa desaparición del electricista. Tres juegos de archivadores formaban un grupo compacto que se hallaba frente a la funcional mesa metálica; en apariencia, Heinz había llevado un negocio bastante dinámico.

Carmody apuntó la luz hacia los archivadores, observó que las fechas, no el orden alfabético, eran la pauta a seguir. Ello facilitaría muchísimo la revisión. Descubrió que el archivador más reciente fechaba el mes de la desaparición de Heinz y ordenaba los documentos metódicamente. No encontró nada interesante para él. «Si aquí ha habido algo importante —pensó— Varndal lo habrá destruido después de matar a Heinz».

Cerró el archivador y pasó a la mesa. Sobre ella había dos bandejas metálicas con sendos montones de documentos. Revisó una de ellas sin encontrar nada y se dispuso a hacer lo mismo con la siguiente. Un memorándum de tres páginas con una carta anexa, mecanografiada y firmada por un tal Gunter Amerling, captó su atención. El primer párrafo de la carta, debajo de un membrete, decía que Amerling incluía un cheque como pago del memorándum.

Carmody leyó el resto de la carta y echó una ojeada al memorándum, y allí estaba la respuesta. La carta y el cheque debieron de haber llegado *después* del asesinato de Heinz, siendo recibidos por quienquiera que llevase los asuntos de Heinz; Varndal no había sabido nada al respecto, lo que explicaba que no los hubiese destruido como hiciera con otros documentos relacionados con la operación Amerling.

Carmody miró su reloj: once menos diez. Todavía podría llegar a tiempo; Varndal no utilizaría el transmisor hasta bien entrada la noche, pues, aunque ni Amerling ni su familia estuviesen en casa, podía haber sirvientes o vecinos rondando por allí.

Saliendo del despacho, Carmody se encaminó directamente a la tienda y atisbo cauteloso por las persianas. La Kürzgasse seguía desierta. Manipuló en la cerradura y, una vez hubo conseguido abrir la puerta, se encaminó con paso vivo hacia donde había dejado el coche. A la luz de la linterna examinó el plano de la ciudad y encontró la calle que aparecía en el membrete de la carta de Amerling y cuyo nombre había memorizado; era una calle semiprivada, en las afueras de Viena, al noroeste.

Mientras conducía con el pie presionando el acelerador con fuerza y la cabeza doliéndole más por la tensión creciente que por el golpe de Varndal, Carmody ordenó en su pensamiento los hechos tal como a su juicio debieron de haber ocurrido. El trabajo que Karl Heinz hiciera para Amerling era la instalación de una inmensa caja fuerte de acero, un modelo sin dial de combinaciones, la cual, de hecho, no era más que una caja de acero carente de todo dispositivo visible para dar acceso a su interior. Se abría mediante un radio transmisor de alta frecuencia, muy potente y firme, fabricado por Heinz, que activaba un mecanismo para desbloquearla incorporado al interior de la puerta. Si alguien intentara abrirla mediante un transmisor de frecuencia variable, fácilmente asequible, o intentara volarla o abrirla con soplete, las alarmas se dispararían automáticamente dentro de la casa y en la comisaría del distrito. Todo era

muy moderno e inatacable pero no se contó, ni se pudo contar, con un factor imponderable.

Y ese factor imponderable fue Anton Varndal.

Viviendo en la puerta contigua al establecimiento de Heinz, quizá siendo compañero de copeo si no amigo de aquél, Varndal había descubierto, de un modo u otro, el trabajo que el electricista hiciera para Gunter Amerling; y basándose en ese conocimiento, había concebido un esquema para robar todo cuanto aquel Amerling guardara dentro de su caja..., algo de gran valor sin la menor duda. El plan era la simplicidad misma; todo lo que se necesitaba era adquirir un pequeño transmisor portátil con frecuencia e intensidad idénticas a las de la unidad que accionaba la caja de Amerling... y emitiendo una señal cuya variación no fuera mayor que más o menos .03 para no disparar las alarmas.

Varndal debió de haber tanteado a Heinz con su idea, pues necesitaba a alguien que construyera el transmisor portátil; él mismo no habría tenido acceso a ninguno, salvo el perteneciente al susodicho Amerling. Podría haber sondado a Amerling, pero ello habría equivalido a delatarse y arriesgarse a posibles complicaciones; así mismo, no podía estar seguro de que le fuera posible forzar a Amerling a revelar en dónde se hallaba el transmisor. El otro procedimiento era mucho más sencillo..., o por lo menos así lo creía él.

Heinz se había echado atrás ante la sugerencia de Varndal; quizá le hubiera amenazado con denunciarle a la policía o a Gunter Amerling; entonces, Varndal le había matado para cerrarle la boca, enterrando el cadáver en su propio sótano. Éste era, por cierto, el lugar idóneo para ocultarlo; los policías que investigaran la desaparición de Heinz no tendrían ningún motivo para sospechar que Heinz había sido asesinado por su vecino, y que el cuerpo se encontraba en el sótano de la casa contigua.

Entonces, Varndal había oído a Dietrich hablar de Anya Berg, y a ésta de Josef Bruckner y Carmody. Puesto que él vivía en un barrio de rentas bajas, lo más probable era que tuviese muy poco dinero; pero había conseguido arrebañar los dos mil dólares del pago inicial para que Carmody le procurara el transmisor..., y se le entregase en la fecha especificada. Para Carmody, el factor tiempo significaba que Amerling estaría con toda probabilidad fuera de la ciudad y que su casa se encontraría relativamente desamparada, pues Amerling tenía fe absoluta en su «invulnerable» caja fuerte. La ausencia de Amerling simplificaría muchísimo el robo de Varndal.

Cuando Carmody entregó el transmisor, Varndal le golpeó por la sencilla razón de que no tenía los restantes ocho mil dólares. Fue una especie de movimiento desesperado por su parte; él podía haber intentado convencer a Carmody de que esperara unos días o semanas para cobrar su dinero, pero había preferido seguir la línea del aficionado; o todo o nada, sin detenerse a pensar en las repercusiones o en la concienzuda ejecución de su plan.

Eran las once y media cuando Carmody alcanzó la calle casi privada en la que vivía Amerling. La zona era de las opulentas, con mansiones de altos muros, escalonadas a lo largo de una serpeante vía flanqueada de abedules. Los famosos bosques de Viena se extendían hacia arriba penetrando en la niebla gris, fluctuante, y la carretera ascendía poco a poco en dirección a los bosques de hoja caduca y los pinares. Los pinos estaban más altos, bordeando las crestas de los montes; a ese nivel, abedules, hayas y robles de ramas desnudas, se alzaban en grupos espectrales, sus copas oscurecidas por celajes de bruma.

Carmody encontró el número que buscaba en uno de los dos rimeros de piedras que superaban en altura al muro pétreo cuyo trazado corría paralelo a la carretera; entre ambos rimeros había una verja, una verdadera filigrana de hierro forjado que se abría y cerraba, indudablemente, por control remoto. Carmody pasó ante ella y todavía recorrió varios centenares de metros; luego, aparcó a buena distancia de la carretera y regresó hasta la base del muro de piedra. Aunque éste fuera alto y de superficie resbaladiza, lo escaló sin dificultad, y en menos de un minuto, se movía entre los abedules hacia lo que él pensó sería la morada de Amerling. Las hojas muertas, formando una alfombra húmeda bajo sus pies, amortiguaron el ruido de las pisadas.

Por fin, Carmody salió del bosque y pudo ver la casa a unos cien metros, una estructura neoclásica con un exterior restaurado y renovado. Se hallaba envuelta en brumas, y a oscuras por completo, al menos lo que él pudo ver. A su izquierda, encontró el camino de acceso hasta la puerta principal del edificio; y por ese lado, casi oculto entre los árboles, un *bungalow* que, sin duda, pertenecería al portero o guarda. Una luz brillaba, tenue, en su ventana delantera. Todo pareció tranquilo, normal.

Hubo muchas probabilidades de que Varndal se hubiese presentado ya e incluso hubiera desaparecido, pero a Carmody le cupo sólo la opción de verificarlo para estar seguro. Manteniéndose entre las sombras, avanzó en ángulo hacia la casa y la abordó por la pared lateral. Se deslizó a lo largo de ésta hacia la parte trasera. Las ventanas de ese lado estaban cerradas a ambos niveles, las contraventanas bien aseguradas.

Carmody cruzó a través de un jardín lateral y llegó a un patio enlosado. Luego, rodeó la casa hasta el lado puesto y encontró un ala corta y alta: la entrada de servicio o de la cocina. En lo alto, distinguió luz detrás de una ventana con cortina. Así que allá arriba había sirvientes para guardar el fuerte durante la ausencia de Amerling. Eso no significaba nada, no alteraría el plan de Varndal, tan sólo, quizá, retrasar su llegada allí; el robo sería esencialmente silencioso.

Cuando Carmody reanudaba su avance, la luz de aquella ala se apagó y la oscuridad fue completa. Él anduvo más allá del ala, a lo largo de la pared hacia la fachada principal. Algo corto y delgado como un gusano le salió al paso por tierra, ondulándose con el viento. Carmody se agachó para cogerlo y se lo puso delante de los ojos. Era un trozo de alambre negro, mediría unos treinta centímetros y parecía

haber sido cortado de alguna línea eléctrica cercana. «Aparte de la caja controlada por radio —pensó—, habrá algún tipo de alarma convencional en puertas y ventanas». Varndal habría averiguado la disposición de los alambres por los croquis de Heinz, o por el propio Heinz, y sabría dónde cortar para inutilizar el sistema y poder entrar. Así pues, Varndal había estado ya dentro..., o todavía estaba por allí.

Carmody tensó los labios, apretándolos contra los dientes. Reemprendió la marcha y oyó que las persianas de la ventana que había frente a él golpeaban un poco contra la piedra del edificio. Habían sido abiertas, asegurándolas desde dentro pero no lo suficiente. Él se deslizó hacia la ventana. No pudo ver a través de las persianas, o por lo menos no lo suficiente, para determinar lo que estaba sucediendo dentro, suponiendo que allí estuviese sucediendo algo.

De pronto, una luz parpadeante se encendió, se apagó y se encendió... fue, sin la menor duda, el rayo de una linterna. Varndal estaba allí todavía..., atrapado en el centro de la telaraña que él mismo tejiera.

Carmody retrocedió y se agazapó en la sombra empuñando la Beretta. El viento proyectó la helada niebla contra sus mejillas y arremolinó hojas y pequeñas ramas alrededor de sus zapatos, pero sus ojos no perdieron la ventana de vista, se mantuvieron vigilantes, esperando la salida de Varndal.

Pasaron diez minutos antes de que las persianas se abrieran muy despacio y una oscura figura surgiese del interior. Llevaba una gran cartera en la mano derecha y el radio transmisor en la izquierda. Dejó ambas cosas en el suelo, se enderezó y cerró las persianas de nuevo. Luego, miró en ambas direcciones a lo largo de la casa, sin descubrir a Carmody, cogió la cartera y el transmisor y se encaminó hacia el bosque cuya espesura era notable en aquel lado de la casa.

Carmody reaccionó de inmediato, moviéndose lateralmente entre las sombras al principio para ponerse detrás de Varndal; entonces, avanzó en la misma dirección, acercándosele lo suficiente para no perderle de vista entre los árboles y la niebla. Varndal se movía con un trote fatigoso, entorpecido por el peso combinado de cartera y transmisor. Los movimientos de Carmody eran más fluidos, pues se veía obligado a zigzaguear entre los árboles por si Varndal miraba hacia atrás. Pero Varndal pareció tener una sola idea: la de llegar cuanto antes al muro salvador para escapar de la propiedad lo más rápido posible con todo lo que la cartera contuviera.

El muro de piedra apareció frente a él, entre los árboles, y Varndal se esforzó por apresurar el paso. Cuando alcanzó la base del muro, respiraba de una forma estertorosa y el sonido de su jadeo fue audible para Carmody. Varndal dejó la cartera y el transmisor sobre la hojarasca del suelo y se recostó contra el muro para recobrar el aliento. Carmody, que se hallaba a menos de treinta metros, siguió avanzando..., y Varndal lo oyó.

Entonces, se proyectó hacia delante desde la pared, agazapado, con la mano buscando algo dentro en su cinturón. Ese algo apareció al fin, y Carmody le disparó dos veces con la Beretta. Varndal exhaló un entrecortado suspiro y cayó de rodillas;

levantó la vista para mirar hacia donde Carmody se encontraba; sus ojos se abrieron como platos al reconocerle mientras su rostro se volvía blanco y relucía de dolor. Carmody se abalanzó sobre él apuntándole todavía con la Beretta, pero a Varndal no le quedaba el menor espíritu de lucha; sólo había incredulidad en él, puro asombro al descubrir que era Carmody quien le había disparado, quien le había encontrado. Sus labios se movieron intentando formar palabras pero no pudo poner la voz en ellas. Por fin, se fue abajo, soltando la pistola. La gorra se le cayó y el viento le alborotó el rubio cabello pero él permaneció inmóvil.

Carmody se guardó la Beretta, cogió cartera y transmisor y se movió a lo largo del muro, dirigiéndose hacia la verja de entrada. Si el guarda había oído los disparos, iría hacia allí a través del bosque y tardaría un buen rato mientras descubría el cuerpo de Varndal y regresaba a su *bungalow* para dar la alarma.

Carmody alcanzó la verja sin incidentes, cruzó el camino de acceso y corrió entre los árboles por el otro lado. Cuando calculó que se encontraría a la altura del lugar por donde penetrara en la propiedad, lanzó la cartera y el transmisor por encima del muro y después siguió el mismo camino. Permaneció quieto durante unos momentos, atisbando por ambos lados la carretera semiprivada; no detectó luz ni movimiento. Entonces, se encorvó bajo su doble carga y cruzó la carretera hacia el lugar en donde aparcará el coche.

Cartera y transmisor pasaron al portaequipajes. Él hizo arrancar el coche, viró en redondo y condujo sin luces. Cuando desfiló ante la verja miró entre sus barrotes, mas no vio el menor movimiento en la finca de Amerling. Cinco minutos después, Carmody circulaba por la arteria principal de Viena, en su camino hacia Grinzig.

—¡Monedas de oro! —exclamó Bruckner—. Monedas conmemorativas europeas de oro puro. Toda una colección. Así que esto es lo que Varndal buscaba en la caja de Amerling.

Carmody asintió. Él había encontrado a Bruckner en su espacioso apartamento de Grinzig y le había relatado toda la historia.

—Aparentemente, Amerling es uno de esos coleccionistas de quienes oímos hablar, lo bastante ricos para entregarse a sus aficiones de forma extravagante.

—¡Qué precio tan suculento tendrá esto en el mercado! —murmuró Bruckner encandilado—. Cincuenta mil dólares americanos como mínimo.

—No aportarán ni un centavo —le contradijo Carmody—. Por la sencilla razón de que no aparecerán por el mercado.

—Pero..., ¿no lo entiendo! —exclamó Bruckner, mirándole asombrado.

—Estas monedas volverán mañana mismo a Amerling en un paquete de Correos expedido desde algún lugar de Viena —prosiguió Carmody—. Había también unos treinta mil schillings en la caja de Amerling, dinero suelto, con toda probabilidad pero Varndal lo metió en la cartera y arrambló con él. No alcanza a los ocho mil

dólares que Varndal me debía por el transmisor, pero se acerca bastante. No creo que Amerling se enfade mucho si me los quedo como una compensación por el tiempo perdido y los inconvenientes habidos.

—Sigo sin entenderlo, *Herr Carmody* —dijo Bruckner—. Cincuenta mil dólares americanos...

—Las cosas no cambiarían aunque fuesen doscientos cincuenta mil —le hizo saber Carmody—. Yo no soy un ladrón. Yo juego al escondite con la ley, pero no soy un vulgar ladrón.

Bruckner le conocía demasiado bien para atreverse a proseguir la discusión. Dio un suspiro.

—Entonces, lo dispondré todo para devolver estas monedas mañana a primera hora.

—Procure hacerlo así.

Bruckner esbozó una sonrisa forzada.

—No le desobedeceré, *Herr Carmody*. ¡Diantre, no estoy tan loco!

El reloj de Carmody les anunció que eran casi las dos de la madrugada.

—Creo que será mejor que nos vayamos, Bruckner. Y la próxima vez que me proponga algún negocio, asegúrese de tener buenas referencias del cliente. No quiero una repetición del asunto Varndal.

—Seré más cuidadoso —prometió Bruckner.



# UN PASO HACIA EL ASESINATO

Jamie Ellis

Adair se respaldó en su silla ante la mesa de cocina que él utilizaba como escritorio y se enjugó el sudor de la cara con la toalla que le colgaba del cuello. Luego, hizo una pausa y frunció el ceño hacia la ventana abierta en la pared trasera de la cocina. Alguien estaba bajando por la escalera de incendios.

Por último, la tosca cortina fue asida y Adair se encontró mirando el extremo más peligroso de una pistola.

El hombre que la empuñaba se inclinó lo suficiente hacia delante para hacerse oír.

—¿Ha visto usted al individuo que bajó por esta escalera hace unos minutos? —inquirió.

—No —contestó Adair—. ¿Quién es usted? ¿Acaso un marido iracundo que vuelve a casa cuando menos se le espera?

El hombre resopló y bajó el arma.

—Soy un agente de policía. No se mueva de aquí. Vuelvo en un instante.

Entonces, se marchó. Adair oyó sus pisadas traqueteando por las escaleras metálicas hacia tierra firme, un piso por debajo de su ventana. Adair parpadeó, se encogió de hombros y volvió toda su atención a la máquina de escribir.

Siguió mecanografiando: *En ese mismo instante, al otro extremo de la ciudad, los asesinos urdían planes para realizar su próximo movimiento en el juego letal...* Entonces, oyó el regreso de los pasos por la escalera de incendios.

Esta vez, el hombre empujó la cortina y pasó una pierna por el alféizar. Adair se alegró de ver que el visitante no mostraba ya la pistola.

—Me llamo Brooks —dijo—. Ha habido un grave incidente arriba...

—No tengo ni idea de ello —le informó Adair.

—Hace unos minutos, en el apartamento situado directamente sobre el suyo, un hombre ha sido asesinado de dos disparos. ¿Oyó usted algún...?

—No —le cortó Adair. Examinó al visitante, un joven alto, vistiendo camiseta, unos pantalones muy arrugados y zapatillas. Entonces, añadió:

—¿Es éste el nuevo uniforme de otoño para los policías?

—¿Cómo? ¡Ah! No, señor. Yo vivo en este edificio. —El hombre se sacó una cartera del bolsillo trasero de su pantalón y la abrió ante Adair para que éste viera una placa y una tarjeta de identificación—. El tiroteo tuvo lugar a las once cuarenta y cinco. ¿Es seguro que usted no oyó...?

—Ni un rumor. Buenas noches y buena suerte.

Dicho esto, Adair se volvió hacia su máquina de escribir mientras el joven agente, Brooks, lo miraba fijamente con ira creciente.

—Aguarde un minuto —le reconvino Brooks—. Usted no parece entenderlo. Ha

habido un intento de robo y un asesinato esta noche aquí mismo, ¡por encima de su cabeza! El asesino escapó por la escalera de incendios...; es decir, por delante de su ventana.

Adair suspiró y se respaldó en su silla.

—Mire, amigo, he estado trabajando aquí durante las últimas tres horas. En todo ese tiempo, nadie ha pasado por esa escalera de incendios hasta que usted lo hizo. Nadie en absoluto.

—¿Permaneció usted todo el tiempo en la cocina?

—Bueno... —contestó Adair frunciendo el ceño—. Fui al baño una vez o dos. *Es posible*, supongo, que alguien... Pero usted ha dicho que eso sucedió dentro de los diez últimos minutos. No me he movido de esta silla desde hace media hora por lo menos.

—Ya veo —Brooks se asomó por la ventana y gritó—: ¡Escucha, Simmons! ¡Subiré dentro de un minuto!

Luego, se volvió hacia el interior de la cocina. Miró la mesa casi oculta bajo montones de papel amarillo de copia, ceniceros y latas de cerveza pasada, con la máquina de Adair ocupando el ángulo más próximo a la ventana.

—Vivo solo —dijo Adair—, y soy un amo de casa pésimo.

El agente Brooks asintió con la cabeza.

—¿Y su nombre es...?

—William Pitt Adair; edad: cuarenta y cinco; profesión: escritor.

—¿Y es aquí donde trabaja usted?

—Un lugar tan bueno como cualquier otro —titubeó Adair un instante y luego preguntó algo remiso—: ¿Qué ha ocurrido arriba?

—Mr. y Mrs. Farley... ¿Los conoce usted?

Adair negó con la cabeza.

—Alguien irrumpió en su piso —prosiguió Brooks—. Entró por la ventana de la cocina. Los Farley estaban en la cama, dormidos. A Mrs. Farley la despertó un ruido. Y la mujer se levantó para investigar. Cuando salía del dormitorio fue golpeada. Lo siguiente que supo fue que la habían atado a una silla en la sala de estar.

—¿No vio al ladrón? —preguntó Adair.

—Entonces no. Pero pudo oír voces en el dormitorio y vio que la luz había sido encendida allí. El ladrón estaba intentando forzar a Mr. Farley a que le diera la combinación de una pequeña caja fuerte empotrada en el armario del dormitorio.

—¿Y a quién diablos se le ocurre instalar una caja fuerte en un tugurio como éste? —le interrumpió Adair.

—Mr. Farley administra un café en la vecindad. Tenía la mala costumbre de traerse la recaudación diaria a casa. Ésa fue la razón de que hiciera instalar la caja fuerte.

—¿Es que nunca había oído hablar de los depósitos bancarios nocturnos? —gruñó Adair.

Brooks encogió los macizos hombros.

—No sé decirle. Sea como fuere, Farley no quiso dar la combinación al atracador. Empezó a vociferar. El atracador le disparó..., dos veces..., y salió corriendo a la sala. Fue en ese momento cuando Mrs. Farley le echó un vistazo, luego, le vio marchar hacia la cocina y...

—¡Afuera y por la escalera de incendios! —dijo Adair. Se quedó mirando fijamente la descascarillada pared frente a su silla, luego sacudió la cabeza—. No lo creo así. Debió de haber escapado por el tejado.

—No, señor. La escalera de incendios termina ante la ventana de la cocina de los Farley. Desde ahí hasta el tejado hay seis metros de ladrillo desnudo.

—Bien...

—Se hicieron dos disparos, Mr. Adair. Mi mujer y yo los oímos. Vivimos frente a los Farley, es decir, al otro lado del corredor. Yo estuve allí al cabo de muy pocos segundos aporreando la puerta, y unos instantes después pasé al interior. Es... extraño que usted no oyese el alboroto.

Adair esbozó una sonrisa forzada.

—Yo no presto ninguna atención a lo que ocurre en torno mío cuando estoy trabajando.

Brooks le examinó con cierto interés. En apariencia, William Pitt Adair no era un tipo tan notable como para escribir en casa acerca de él. Bajo y rechoncho, con cara redonda, mofletuda y un lacio cabello castaño salpicado de gris.

En aquel momento llevaba unos pantalones, una sucia camisa de manga corta y una toalla de baño que colgaba flácida del grueso cuello.

Brooks dijo acentuando cada palabra:

—Usted no vio ni oyó nada. Usted no conoce a los Farley. ¿Es eso todo?

Adair le miró con ojos entornados bajo las pobladas cejas.

—Exacto. Ahora, si usted quiere disculparme...

Fuera, el lamento de una sirena atravesó la espesa y silenciosa noche.

El agente Brooks anduvo hacia la ventana y se dispuso a pasar a la escalera de incendios, pero se echó un momento hacia atrás.

—Ésa debe ser la Brigada de Homicidios —dijo—. Querrán hablar con usted, Mr. Adair. Con todos los inquilinos del edificio, claro está. Así que procure no ensimismarse demasiado en sus escritos.

—No hay cuidado —farfulló Adair.

Sólo tuvo tiempo de abrir una lata de cerveza fresca y sentarse junto a la máquina de escribir cuando el timbre de la puerta zumbó.

Esa vez, tal como Adair medio esperaba, el visitante fue un conocido, el sargento MacIvers, del departamento de Homicidios.

—¡Por todos los diablos, si eres tú! —exclamó el voluminoso sargento.

Adair suspiró.

—Ya lo ves. ¿Cómo estás, Mac?

—Bien. El capitán Holcomb quiere decirte unas palabras. Arriba.

Adair no discutió. Cuando los dos caminaban por el corredor mal alumbrado hacia las escaleras, el sargento Maclvers dijo:

—No te dejaste ver después de abandonar la farándula periodística hace un par de años. ¿Qué te sucedió, Adair?

—Me jubilé —contestó sardónico.

—Hum. En los viejos tiempos estuviste en el apartamento de aquella dama y tuviste el caso resuelto antes de que nosotros, los zopencos de Homicidios, asomáramos siquiera por allí.

Adair no respondió.

En el corredor del tercer piso, unos cuantos inquilinos curiosos se agrupaban ante la puerta abierta del apartamento de los Farley. Adair observó que el batiente, con la madera astillada alrededor de la cerradura, estaba apoyado contra la pared, a un lado del vano. El joven Brooks debió de haberla abierto a patadas.

Las pobladas cejas de Adair se alzaron cuando observó el mobiliario en la habitación. Evidentemente, los Farley tenían dinero y, uno de ellos por lo menos, muy buen gusto. La sala de estar aparecía decorada con tonos pastel, azul y plateado, y la diferencia entre aquélla y la sala de Adair era lo bastante ostensible como para hacerle respingar.

La única nota discordante era una silla de cocina, caída casi en el centro de la estancia. Una maraña de esparadrapo la rodeaba y varios colgajos del mismo material se adherían aún a ella. Él los miró con ojo crítico.

Adosado a la pared, frente a la silla, había un enorme televisor en color. Dos orondos butacones y un sofá se encaraban con él formando semicírculo.

Al poco, un hombre alto, de cabellera plateada vistiendo un impecable traje gris, se acercó a Adair con la mano extendida.

—Bien, bien, Bill Adair en persona —exclamó.

Adair dio un breve apretón a aquella mano y contestó:

—¿Cómo estás, teniente...? No, eres capitán ahora, ¿verdad?

—Sí —respondió Holcomb—. ¿Y qué tal te va, Bill?

—Sigo tirando... Maclvers me ha dicho que querías verme.

—¡Claro! Los viejos amigos como nosotros deben mantenerse en contacto.

Adair resopló:

—Cuando tú empiezas a hablar de amistad, George, es hora de que yo empiece a pedir un abogado.

Holcomb rio jovial.

—El viejo Adair de siempre... No, pensé que podrías ayudarnos en un par de puntos secundarios. Ven, pasa a la cocina. Tendremos un poco más de intimidad ahí. ¿Qué has estado haciendo desde que abandonaste el *Times*?

—Pues durmiendo mucho mejor de noche —respondió Adair.

—Me lo creo —Holcomb hizo un gesto al pasar junto a la silla volcada—. Ahí es

donde Mrs. Farley fue atada de manos y pies, con esparadrapo. Y unos cuantos centímetros del mismo material para amordazarla. Casi había conseguido soltarse las manos cuando el agente Brooks entró.

Adair asintió.

—Simpático gesto el del asesino trayendo esa silla de la cocina. Se ve que no quiso estropear los butacones con el pegajoso esparadrapo.

—Sí —murmuró Holcomb impasible—. Muy simpático.

La cocina estaba vacía cuando entraron en ella, salvo un hombre del equipo de huellas dactilares haciendo su trabajo alrededor de la ventana que daba a la escalera de incendios.

El capitán Holcomb se sentó a caballo sobre una silla y apoyó los brazos sobre el respaldo. Con un ademán, le indicó a Adair que ocupara otra silla.

—La cosa ha ocurrido así —comenzó a explicar—. El agente Brooks vive al otro lado del descansillo. Esta noche volvía a casa, un poco después de la once, como de costumbre. El hace el turno de tres a once en la división de coches patrulla. Sea como fuere, apenas se había quitado la camisa y tomado un trago, él y su mujer oyeron un griterío súbito, luego dos disparos.

»Brooks salió corriendo al pasillo y oyó unos gemidos apagados provenientes del apartamento Farley. Hizo saltar la puerta, que estaba cerrada por dentro, y encontró a Mrs. Farley encordelada como un pavo navideño. Le quitó la mordaza. La mujer estaba casi histérica, pero consiguió contarle lo ocurrido.

»Brooks registró el apartamento por encima. Encontró a Mr. Farley en el dormitorio, tendido sobre la cama más próxima a la puerta. Le habían atado los tobillos a las muñecas y tenía dos orificios de bala en el pecho.

»Brooks revisó la vivienda más despacio y luego salió para examinar la escalera de incendios. Nada que reseñar allí.

»Luego, mientras él se quedaba con Mrs. Farley, su esposa regresó al apartamento de ellos y telefoneó a la central. Un coche patrulla se presentó aquí en un par de minutos, y Brooks, acompañado de un agente, inició el registro del edificio. Y tropezaron con un pequeño problema.

Holcomb descansó la barbilla sobre sus brazos cruzados y miró a Adair desde el otro lado de la mesa.

Adair se encogió de hombros.

—Le dije al muchacho que el asesino pudo haber pasado por delante de mi ventana cuando yo me encontraba fuera de la habitación.

—Sí. Pero no lo creíste probable. Y hay una joven pareja que ocupa el apartamento que está debajo del tuyo, Bill. Esta noche, ellos han estado una hora o así admirando la luna llena, sentados en los últimos escalones de la escalera de incendios. Le aseguraron a Brooks que nadie había pasado por aquel lugar en ninguno de los dos sentidos..., por lo menos no hasta abajo mientras ellos estuvieron allí. Así que...

—¿Así que qué? —preguntó Adair frunciendo el ceño.

—¿Cómo escapó el asesino? Brooks estaba ante la única puerta, la citada pareja al fondo de la escalera. No hay ninguna otra salida desde ese apartamento.

Adair se agitó inquieto en su silla.

—Tal vez el asesino no escapara.

—Tal vez. Desde luego, podría haber descendido la escalera de incendios..., pero sólo un tramo, hasta el descansillo enfrente de tu ventana para entrar seguidamente en tu casa... Mas tú aseguras que no hizo semejante cosa.

—Oye, mira...

—No te estoy acusando, Bill —dijo el capitán pareciendo consternado—. Jamás se me ocurriría...

La puerta de la cocina se abrió de pronto hacia dentro y Adair miró hacia ella. Una rubia más bien alta se había plantado allí vistiendo un pijama con muchos adornos y una bata. Llevaba enmarañada su larga melena y los pies descalzos. Miró parpadeante a Adair con ojos enrojecidos. A sus espaldas apareció uno de los detectives de Holcomb.

—¿Han cogido..., han cogido ustedes al hombre? —preguntó con voz ronca.

—Ése es su vecino del piso de abajo, Mrs. Farley —dijo Holcomb—. ¿Acaso no se conocen ustedes?

—No sé... Compréndame —repuso Inez Farley entornando los ojos—, sólo estaba encendida la luz pequeña del dormitorio. El resto del apartamento permanecía a oscuras y lo único que pude hacer fue echar una ojeada...

—Por todos los diablos —masculló Adair—, ¿qué significa esto?

—Podría ser muy bien la voz que oí —dijo Inez Farley nerviosa—. No puedo estar segura..., de nada.

—Claro, claro —la tranquilizó Holcomb—. Procure tomárselo con calma.

El detective que escoltaba a la mujer pasó por delante de ella para abrirle la puerta. Adair se volvió hacia Holcomb.

—Tenemos que verificar todo —murmuró el capitán encogiendo los hombros con un gesto de disculpa—. Y, desde luego, cuando el joven Brooks te habló pocos minutos después de perpetrarse el crimen, tú sudabas lo tuyo, sudabas como un jornalero en plena faena..., y, según Brooks, estabas sentado junto a la ventana en una noche tan fresca como ésta. Como si hubieras estado corriendo arriba y abajo por una escalera de incendios.

—¡De todos los...! —tartajó Adair—. Escucha, cuando yo trabajo, el sudor me cae a chorros. ¡Es el trabajo, créeme!

—Por supuesto. ¿Y tienes mucho éxito con esa vena literaria, Bill? ¿Haces dinero?

Adair resopló despectivo.

—¡No, diablos! Pero el suficiente para vivir sin tener que robar. Y, además, tengo algunos ahorros...

—¡Ajá! ¿Por qué abandonaste ese empleo tan sólido en el *Times*?

—Por múltiples razones. Una úlcera de estómago, para empezar. Por otra parte, me encontraba harto de la gente y de sus piojosos problemas. Y para terminar, eso no es asunto tuyo, Holcomb.

Por unos instantes, el capitán examinó el semblante algo enrojecido de Adair.

—¿Qué tipo de literatura escribes ahora?

—Novelas de misterio basadas en la realidad —respondió Adair con una mueca.

—¡Ah, hermano! —exclamó Holcomb mientras sus ojos grises se abrían de par en par—. Es un verdadero cambio si nos atenemos a lo que escribías en ese repelente periódico. Me refiero a lo de «la realidad». Bien, aguárdame aquí.

El capitán salió de la cocina. Y casi al instante, el agente Brooks entró. Adair observó que el joven policía había tenido tiempo para ponerse la camisa y el calzado reglamentarios.

Brooks escrutó a Adair con cierto interés no exento de compasión.

—Mala suerte la suya, Mr. Adair. Me refiero a que esa gente decidiera acampar en el extremo de las escaleras.

Adair no contestó. Encendió un cigarrillo y fumó pensativo mientras golpeaba rítmicamente la mesa con las yemas de los dedos. Él había dicho la verdad al capitán Holcomb; se distanció del juego periodístico porque realmente le enfermaba el fisgonear en los estropicios que la gente hacía de sus vidas. No era una coincidencia, ni mucho menos, el que ahora se dedicase a escribir sobre casos criminales históricos, todos resueltos con éxito y distantes del presente en el tiempo.

No tenía el menor deseo de verse envuelto en el piojoso asunto de esa noche, incluso aunque su viejo amigo Holcomb pareciera estar jugando con la idea de que él sabía sobre dicho asunto bastante más de lo que decía.

Levantó la vista y miró a Brooks.

—Es curioso —dijo—. Con toda la noche por delante para hacer su trabajo, el asesino elige, justamente, la hora en que usted, un poli, regresa a su casa y, por tanto, es seguro que oírás los disparos.

Brooks se encogió de hombros.

—El caso es que los oí. También mi mujer y dos o tres inquilinos de esta planta los oyeron. Y Mrs. Farley no los hizo..., no pudo hacerlos.

—¿La conoce usted?

—Sólo de saludarnos en el corredor. Mi mujer y yo vamos algunas veces al café de Farley para tomar hamburguesas... Él era el tipo cordial, ya sabe. Ancha sonrisa y mano generosa. Hacían buenas hamburguesas en su local.

—¿Trabajaba allí la esposa?

—No. Ella está metida en el terreno del arte. Pertenece a uno de esos pequeños grupos teatrales, ya sabe. Ese tipo de cosas. Se hace llamar «diseñadora de conjuntos», creo —Brooks esbozó una sonrisa irónica.

—«Diseñadora de conjuntos...» —murmuró Adair—. Eso encaja. Si te atan a una

silla de cocina se consigue un poco más de dramatismo, supongo yo, que si lo hacen a un butacón..., y el trabajo resulta también más fácil.

—¿Cómo?

—Nada. Pensaba en voz alta. Cuando usted rompió la puerta, ¿qué observó a primera vista? Ella estaba en la silla...

—Sí. Y casi había conseguido librar sus manos del esparadrapo. Lo tenía por todo el cuerpo, semejaba una momia.

—¿Se ha parado usted a pensar que ella misma podría haberse envuelto así? ¿Que sus manos estaban casi libres porque no había conseguido atárselas mejor?

—Claro que sí —replicó Brooks—. Fue lo primero que se me ocurrió. Pero es imposible que pudiera disparar contra su marido, esconder la pistola que, por cierto, aún no hemos encontrado, y luego atarse a esa silla antes de que yo entrara.

Adair gruñó dubitativo.

—Quizá sí..., quizá no.

Brooks echó una mirada furtiva a la puerta cerrada y después se volvió otra vez hacia Adair.

—Creo que ella tenía un amigo —dijo en tono confidencial—, algún tipo que la ayudó a preparar el escenario. Luego, mató a Farley en el momento justo y se largó dejando a Mrs. Farley con una especie de coartada perfecta. Ya sabe.

Adair exhaló un suspiro.

—Podría ser. Sin embargo, ¿cómo escapó?

Brooks restregó sus zapatos del cuarenta y tres contra el suelo, con aire confuso.

—¡Demonios, Mr. Adair —masculló—, hay montañas de individuos que se enredan con señoras! Y terminan haciendo cosas que jamás hubieran soñado, por lo general. Especialmente, tipos de su edad. Ya...

—Sí, ya sé, ya sé —exclamó Adair—. ¿Le ha puesto Holcomb en esta pista o ha sido idea suya?

Brooks se quedó petrificado, mirándole con asombro. Antes de que pudiera contestar, la puerta se abrió y Holcomb entró en tromba.

—¡Vale! —dijo sin más preámbulo—. Sé que solías ser el mismísimo diablo con las mujeres, Bill, pero me es imposible verte emparejado con Inez Farley. Por lo pronto, casi te lleva la cabeza y es veinte años más joven que tú.

—Gracias —dijo Adair—. Por lo que veo, te has conformado con el hecho de que la dama lo hizo por sí sola.

—No..., no sé qué decirte. Desde luego, está involucrada. Ese chichón que luce detrás de la cabeza no engañaría ni a una mosca. Parece como si ella misma se hubiese golpeado con el tacón de un zapato o algo parecido. No, acabamos de encontrar la pistola. Justo donde esos alcornos que tengo bajo mis órdenes debieron haberla buscado desde un principio.

—¿En la cisterna del retrete? —dijo Adair.

—Por supuesto. Una pequeña 22 con silenciador. Dos disparos. Ninguna huella



en el arma, pero...

—Capitán —le interrumpió Brooks—, los disparos que yo oí no procedían de una 22, ¡y menos todavía provista de silenciador!

—Eso plantea un problema —suspiró Holcomb—. Pero el médico me ha informado que Farley murió a causa de una bala, calibre 22, que le atravesó el corazón. Y, muy probablemente, procedente de esa pistola. Lo sabremos seguro cuando Balística haga las pruebas pertinentes.

Brooks negó firmemente con la cabeza.

—No era una 22 lo que oí.

Adair se levantó, dio unos pasos hasta la ventana de la cocina y regresó dejando una estela de humo de cigarrillo. Se inmovilizó.

—Vean si pueden encontrar una programación de televisión —dijo.

Holcomb frunció el ceño, luego, asintió pausado con la cabeza. Alzando el pulgar, envió al desconcertado Brooks fuera de la habitación.

—He descubierto dos o tres cosas sobre Inez —dijo el capitán—. Según parece, ella está interesada en algo más que el corte escénico en ese teatro de aficionados que frecuenta. Tuvo amoríos con uno de los actores y su marido lo descubrió. Un amigo de Farley con quien hemos hablado, dice que estaba a punto de divorciarse..., y él tenía todo el dinero de la familia. Así que Inez se hubiera quedado a la intemperie, sin un centavo.

Adair asintió absorto.

—Entonces, ella escenificó su comedia. Esta noche, esperó a que su marido se durmiese, lo perforó con una pistola silenciosa, luego montó el decorado y esperó.

—Sí —dijo Holcomb—. Puesto que ella había sido, evidentemente, la elegida para representar el papel de protagonista, necesitaba una buena coartada. Tan sólo... —El capitán se interrumpió y encogió los hombros descontento.

Adair prosiguió.

—Ella sabía cuándo volvería Brooks a casa. Sabía la forma de reaccionar de él, como así fue, cuando oyese los disparos. Todo transcurrió a la perfección si se exceptúa el grave error de ella al intentar hacer creer que una esposa normal y saludable, durmiendo con su marido en la misma habitación, es quien se levanta de la cama para investigar un ruido extraño.

Holcomb lanzó una breve carcajada.

—Mi mujer no lo haría ni en sueños. *Me* obligaría a salir de la cama, vaya que sí.

—Como cualquier otra esposa —dijo Adair.

—Pero el estallido de voces, voces masculinas, y los disparos —dijo Holcomb—. ¿Crees que...?

—Averigüémoslo —dijo Adair, justamente cuando Brooks regresaba llevando un periódico plegado.

Holcomb lo cogió y lo abrió por la hoja en donde aparecía la relación de todos los programas televisivos nocturnos.

—Veamos..., a las diez y media hubo una película de pistoleros. Por décima vez, al parecer —dijo, acercándose el periódico para verlo mejor—. Sí, sí... Hay una tenue marca de lápiz junto al nombre de la película.

—Entonces, ¡ya lo tenemos! —exclamó Adair.

—Aguarden un instante —protestó Brooks—. Por amor de Dios, ¿cómo pudo saber esa señora que habría sonido de disparos en la película justo cuando ella los necesitase?

Holcomb resopló.

—Cada ciudadano del país que ve películas de última hora en la televisión, ha visto ésta una vez por lo menos. ¿Discusiones vociferantes? ¿Disparos de armas? No hay más que decir.

—Ella sabía eso —dijo Adair—. Esperó hasta la noche en que la proyectarían..., es decir, esta noche, y entonces, cuando estuvo segura de que Brooks se hallaba en casa, elevó el volumen al máximo al iniciarse la escena que terminaría con un tiroteo. Y apenas se oyeron dos disparos, apagó el televisor.

Brooks negó otra vez con la cabeza.

—No, señor. Ella *no tuvo tiempo* de apagar el aparato e instalarse en la silla tal como la encontré.

—Un aparato, grande y costoso como ése, es probable que tenga un dispositivo de control remoto —dijo Adair.

Entretanto, Holcomb salía ya de la habitación. Pocos minutos después, regresó llevando con sumo cuidado una especie de cajita negra llena de botones.

—Debajo del sofá —explicó—. Adonde ella lo ha enviado de un puntapié después de haberlo usado para aumentar el volumen y luego apagar el televisor.

El especialista en huellas dactilares a quien Adair viera poco antes, asomó en ese instante la cabeza por la puerta de la cocina.

—Capitán, yo...

—La huella encontrada en ese botón que sirve para apagar el televisor, es la de Mrs. Farley, ¿verdad?

—Se equivoca —respondió abatido el hombre—. No es suya. Ni de su marido.

Holcomb masculló unas cuantas palabrotas y miró a Adair de reojo.

—Vaya. Ella *tuvo ayuda* después de todo.

Adair se pasó los dedos por sus lacias greñas, entre castañas y grises. Luego, se animó.

—Llevaba pijama y una bata...

—Sí, sí... Temo que necesitaremos tus huellas, Adair. En realidad, eres todo lo que nos queda...

—No todo —dijo Adair con una mueca sonriente y se volvió hacia el de las huellas dactilares—. Uno puede apretar botones con los dedos, y uno puede hacerlo con los de los *pies*, y los dedos de la mano no dejan la misma huella que los del pie...

El hombre se retiró maldiciendo en voz baja...

Adair y Holcomb se miraron entre sí mientras esperaban. No tuvieron que aguardar mucho. Oyeron una voz femenina profiriendo protestas, y después chillidos que fueron convirtiéndose en gemidos de desesperanza y frustración.

El hombre de las huellas dactilares reapareció.

—El dedo gordo del pie derecho —dijo lacónico.

No mucho después de eso, el capitán marchó escaleras abajo con Adair. Ante la puerta de éste, Holcomb dijo:

—¿Qué me dices de venirte conmigo al centro? Acabará mi turno dentro de una hora y entonces podremos ir a cualquier sitio a tomar una copa.

—No, gracias —contestó Adair—. Tú eres un buen chico, George, pero no quiero saber nada de ti, ni de tus casos de homicidio.

Dicho esto, hizo una inclinación de cabeza, se metió en el apartamento y cerró la puerta, cortés pero con firmeza, ante el rostro del capitán. Del picaporte colgó un pequeño cartel con letras negras: ¡NO MOLESTEN, POR FAVOR!

El capitán soltó un resoplido y se alejó.

# LA ALTERNATIVA

*Mark Sadler*

—¿Podrías abrir nuestra cámara acorazada, Eddie? —preguntó Warren Manning sonriente.

Manning era un hombre alto, majestuoso. Presidente de la Manning & Coles, Pharmaceuticals, se hallaba sentado detrás de la gran mesa de su fastuoso despacho, vistiendo un conservador traje gris que se le ajustaba al cuerpo sin una arruga. Eddie era menudo y flaco, y su traje marrón era viejo. Miró hacia la maciza cámara acorazada en la pared del despacho.

—Es una buena cámara —admitió Eddie—, pero no hay ninguna caja fuerte o cámara que yo no pueda abrir. Sólo ocurre que ya no abro cajas de seguridad, Mr. Manning. Estoy limpio desde hace dos años y pienso continuar así. Descuide.

—Dentro de una semana a partir de hoy, Eddie, habrá doscientos cincuenta mil dólares en esta cámara —dijo Warren Manning—. Yo pienso robar ese dinero, y necesito que abras la cámara.

Sonrió divertido al ver la expresión en el rostro enteco de Eddie Berger, una mezcla de consternación y cautela.

—Eso es una broma pesada para un hombre en libertad condicional —dijo Eddie.

—No es una broma, Eddie —advirtió Manning.

Eddie Berger quedó silencioso. Parecía meditar. Su rostro enjuto se endureció como la piedra.

—Ese empleo como jefe de contabilidad no existe —dijo Eddie—. Jamás ha existido. Una oportunidad para un exconvicto que ha estado limpio durante dos años. Eso dijo usted. Todo ha sido un señuelo. Usted necesita a alguien que reviente cajas de caudales.

—Un ladrón de cajas con un largo historial, y en libertad condicional —repuso Warren Manning—. Me ha costado mucho tiempo, pero te he encontrado.

Eddie se levantó.

—Ahora me ha perdido usted.

El pequeño ladrón caminó hacia la puerta. El presidente de la compañía le observó forcejear con el picaporte. Estaba cerrada con llave.

Eddie se encaró con Manning.

—Tiene un disparador eléctrico. ¡Ábrala!

—Siéntate —ordenó Manning—. Yo he planeado este robo con mucha precisión, Eddie. Recordarás nuestra segunda entrevista, cuando hice que entregases un paquete a cierto individuo en un restaurante, ¿no?

—Sí.

—Pues bien, en ese paquete había morfina. Y se ha denunciado su desaparición

como un robo. El hombre a quien se la entregaste es un conocido traficante de drogas, y yo tengo fotografías de vuestro encuentro. Puedo enviárselas a la policía en cualquier momento. Tu encuentro con ese traficante significa ya de por sí una violación del régimen de libertad condicional. Ahora bien, antes de que perpetremos nuestro robo nadie creerá ni una palabra de cuanto digas sobre mí, y después..., ya no importará. Entonces, no necesitaré apoyo tuyo.

Eddie seguía todavía junto a la puerta. No dijo nada.

—Puedo enviarte de vuelta a la cárcel en cualquier momento comprendido entre este instante y nuestro robo —amenazó Warren Manning—. Toma asiento, Eddie.

—Es decir, que abro esa caja para usted o vuelvo a la cárcel.

—No creo poder dejarte otra alternativa.

—Esta vez, con mi historial, me quedaría en prisión para siempre.

—O algo más, diría yo —apuntó Manning.

—Así que, verdaderamente, no tengo otra alternativa.

—Ninguna más que yo pueda ver —convino Manning.

Eddie Berger se sentó de nuevo. La sonrisa de Warren Manning se ensanchó. Eddie movió la cabeza de un lado a otro.

—No lo intente, Mr. Manning —dijo—. He estado robando toda mi vida y me he pasado la mitad de ella en la cárcel; seis arrestos, dos severas condenas. Y eso que soy muy bueno en este trabajo, un profesional. Usted no. Y no le gustaría la cárcel.

—¿Pretendes comparar tu inteligencia con la mía, Eddie? —preguntó Warren Manning—. Te he dicho que yo lo proyecté... No cogerán a ninguno de nosotros dos. Es un robo a *toda prueba*.

—Lo escucho. Demuéstreme lo inteligente que usted es, Mr. Manning.

Éste asintió. Se inclinó hacia delante en el tranquilo despacho.

—Yo no tengo motivo alguno. Soy relativamente rico y sin mayores dificultades económicas, ya que no debo dinero ni me gusta el juego. Estoy soltero y no tengo problemas de mujeres. No necesito lo más mínimo en dinero contante y sonante.

—Entonces, ¿por qué quiere hacerlo?

—Hay un móvil pero no resulta aparente..., al menos, no lo será durante largo tiempo. Para entonces, suponiendo que alguien se apercibiese de ello, no habrá pruebas contra mí. Hoy nadie puede sospechar de un hombre como yo.

—¿Y qué me dice de mí? Soy un conocido especialista en cajas fuertes, y con un *modus operandi* no menos conocido.

—Tú tendrás una coartada. No perfecta, por supuesto, pero razonable. Bastará con un pequeño cambio de ese *modus operandi* que dices.

—Usted está muy seguro. ¿Por qué?

—Porque yo volveré a este despacho con el tiempo justo ¡para ver la fuga del ladrón! Daré una descripción completa del individuo..., descripción de alguien nada parecido a ti. Cuando la policía y la compañía de seguros comprueben tu coartada y mi carencia de móviles, aceptarán la susodicha descripción y emprenderán la

búsqueda de un ladrón inexistente por tiempo indefinido. Jamás encontrarán el dinero.

Eddie Berger reflexionó.

—Podría funcionar, ¿sabe?

—Funcionará.

—Y, a fin de cuentas, ¿para qué me necesita usted? ¿Por qué no lo escenifica usted solo?

—La policía distingue al instante un robo auténtico de los de un aficionado. Mi socio y yo somos los únicos que conocemos la combinación. Debe parecer que ha sido hecho por un profesional experto.

Eddie asintió.

—¿Cómo se hace el reparto?

—Ciento cincuenta para mí y cien mil para ti, más gastos. Quiero que tu intervención merezca la pena.

—También yo. He permanecido limpio durante dos años. Si no puedo seguir estándolo, por lo menos seré rico. —Eddie Berger se levantó de nuevo—. Deme un día para prepararme. Necesito hacer proyectos y explicárselo a mi mujer.

—Un día, Eddie —dijo Manning.

En la minúscula sala del apartamento barato en donde Eddie Berger y su mujer habían vivido durante los dos largos y duros años de libertad condicional de él, Eddie se encogió de hombros.

—No nos queda otra opción, Grace. Manning me tiene agarrado.

—¿Estás seguro, Eddie? ¿Has de hacerlo por fuerza?

—Estoy seguro. Me tiene acorralado, de modo que más nos vale ser ricos mientras podamos.

—¿Y estás seguro de que funcionará, Eddie?

Él asintió con la cabeza.

—Funcionará.

—Manning me da miedo —exclamó Grace, estremeciéndose.

—No te preocupes de Manning. Él es codicioso pero jugará sobre seguro. Todavía tiene mucho que perder.

—Bien —comentó Grace—, nuestra vida pasada era buena en cierto modo. Teníamos dinero y lo mejor de cada cosa. Primera clase de punta a rabo..., cuando no estabas en la cárcel.

—Esta vez no habrá cárcel. De nuevo, viviremos a cuerpo de rey, cariño, aunque ello requiera ponerse de nuevo en movimiento. Fue agradable no tener que pasarse la vida huyendo, pero mantenerse con un salario de auxiliar contable resultó duro. Tal vez sea bueno poseer dinero otra vez.

—Y Manning no nos ha dejado otra alternativa.

—No hay escapatoria —dijo Eddie—. ¿Sabes lo que has de hacer? ¿Los billetes y todo lo demás?

—Me las arreglaré, cariño.

—Estupendo.

Manning y Eddie se reunieron en la habitación de un hotel para repasar los pormenores. No fueron vistos al entrar ninguno de los dos.

—El dinero estará en la caja el lunes por la noche —explicó Manning—. Billetes sin marcar, números no registrados... Es el primer pago de un gran pedido al extranjero. Tú abandonarás la ciudad el sábado por la noche, te instalarás con tu mujer en un balneario. El lunes por la noche saldrás en el coche en el último minuto; tu mujer actuará como si todavía estuvieses en tu habitación del balneario. Mientras nadie te vea salir ni regresar, la policía no tendrá motivos para dudar de tu estancia allí, incluso aun cuando vayan a echarte un vistazo, lo cual no creo que hagan.

—No me dejaré ver. Y Grace sabe lo que ha de hacer —dijo Eddie.

—Bien. Cuando vengas a mi piso, lleva mocasines blancos y algo blanco en el sombrero también, así sabré que eres tú..., en particular, cuando salgas. ¿Cuánto tiempo necesitarás?

—Una hora y media, aproximadamente. Por lo general, utilizo «nitro», pero no lo haré esta vez para cambiar el *modus operandi*.

Manning asintió.

—Cuando yo te vea y sepa que tienes el dinero, fingiré que regreso a la fábrica para trabajar en mi despacho. Haré saber a mi socio que me propongo trabajar hasta muy tarde. Al llegar al despacho, prorrumpiré en gritos diciendo que he encontrado la caja reventada y que te he visto escapar por la ventana. Hay una luz excelente debajo de mi ventana, de modo que podré dar una buena descripción. No creo que ni siquiera consideren tu intervención después de oír lo que yo les diga.

—¿Cuál será la distribución de vigilantes y alarmas?

—Un vigilante en el vestíbulo, demasiado distante para causarte molestias; un solo vigilante en la verja del patio. A éste tendrás que manejarlo por tu cuenta.

—Sí, ése es cuestión mía. No veo complicaciones con los vigilantes.

—Hay una sencilla alarma en el edificio; nosotros no somos una compañía asegurada a todo riesgo. La cámara acorazada tiene una alarma que suena en la oficina central del servicio de seguridad. Como se supone que es un trabajo de profesional, tendrás que arreglártelas también con las alarmas.

—Puedo manejármelas —dijo Eddie—. ¿Qué hago con el dinero cuando haya salido? Me refiero con la parte de usted.

—La llevas a la estación de autobuses y la guardas en una casilla. Luego dejas la llave en un coche que tendré en el aparcamiento. Ese automóvil no podrá ser relacionado conmigo. Cuando yo conozca su matrícula y modelo te los haré saber.

—De acuerdo. Ahora bien, quiero disponer de media hora como mínimo después de mi marcha y antes de que usted dé la alarma. Necesito ese tiempo para poner a buen recaudo mi parte del dinero y volver al balneario.

—Está bien. Pero no más. El vigilante pasa cada dos horas por mi despacho para comprobar si estoy allí. Tendremos que maniobrar con bastante precisión, y yo he de dar la alarma apenas entre en mi despacho al descubrir la cámara abierta.

—Media hora me bastará —dijo Eddie—. Tengo bien calculado todo.

—Estupendo. Entonces, no necesitaremos reunirnos otra vez, ¿verdad?

—No veo para qué. Espero que todo nos salga bien a los dos.

—Así será, Eddie —dijo Warren Manning—. Tal como se planteó.

—Sí, tal como se planteó —murmuró Eddie.

Ya habían sonado las cinco de la tarde del lunes siguiente, cuando Warren Manning dijo a su socio, George Coles, que se quedaría trabajando hasta tarde y necesitaría abierta la cámara.

—¿No tienes que asistir a una reunión esta noche? —preguntó Coles.

—¡Maldita sea la Chemistry Society! Está bien, trabajaré hasta entonces y luego volveré más tarde. A menos que quieras hacer mi trabajo esta noche.

—¡Sufre, sufre! —contestó sonriente Coles—. Tengo localidades para el teatro.

—Diviértete —dijo Manning.

Una vez Coles hubo salido, Manning fue quien sonrió. Él había hecho constar que no se quedaría a trabajar tarde porque lo deseara... Un detalle adicional.

A las seis y media, el vigilante pasó por allí haciendo su primera ronda. Manning lo saludó con la cabeza, simulando estar preocupado. Con una primera verificación a las seis y media, las siguientes tendrían lugar a las ocho y media y diez y media, tal como él había planeado. Eddie Berger acudiría a las ocho y media. Ése era el plan..., más un importante cambio que Manning empezó a poner en marcha.

Fue a la cámara acorazada, cogió el cuarto de millón y metió los dólares en una maleta que sacó de su armario. Luego, cerró la cámara con la alarma puesta. Oteó el corredor antes de sacar la maleta con el dinero y bajarla por la escalera interior a un cuarto trastero con una puerta que daba al almacén. Atravesó la silenciosa nave y anduvo hacia su coche, metió la maleta en el portaequipajes y regresó a su despacho por el mismo camino. Nadie le había visto.

Esperó en su despacho hasta las ocho. Luego, se puso sombrero y abrigo y bajó al vestíbulo delantero.

—Estaré de vuelta hacia las diez y media —dijo al vigilante de la puerta.

Manning condujo el coche despacio hasta llegar a campo abierto, a un kilómetro de la fábrica. Allí descendió a un pequeño barranco y escondió la maleta con el dinero en una zanja que excavara con anterioridad. Después, volvió a su fábrica y aparcó el coche fuera de la vista de cualquiera.



Poco antes de las ocho y media, un automóvil pequeño entraba en el callejón próximo a la fábrica. Manning distinguió los mocasines blancos de un hombre que salía del callejón llevando un maletín negro consigo, y reconoció claramente las facciones de Eddie Berger a la luz de un farol. Berger se perdió al doblar una esquina de la fábrica. Manning se puso en marcha.

Llegó a la reunión de la Chemistry Society poco después de las ocho y media, y estuvo hablando con muchas personas que le conocían. Antes de las diez, Manning se escabulló de la reunión y volvió a la fábrica. Apenas dadas las diez, Eddie Berger apareció una vez más. Manning vio que el hombrecillo miraba arriba y abajo de la calle, como si escudriñara la noche en busca de esos doscientos cincuenta mil dólares que no había encontrado dentro de la cámara acorazada. Manning sonrió. Entonces, Eddie se metió otra vez en el callejón. A los pocos minutos, el coche pequeño salía y se alejaba.

Manning dio a Eddie veinte minutos de tiempo para que pudiese regresar al balneario de su coartada. Luego, se dirigió hacia su fábrica, entró por la puerta principal con una inclinación de cabeza al vigilante y subió a su despacho. La cámara acorazada estaba abierta, forzada con destreza, y una cuerda colgaba de la ventana trasera.

—¡Alto! —gritó Manning—. ¡Ladrón! ¡Deténgase ahí! ¡Socorro! ¡Ladrón!

El vigilante del interior y el de la puerta llegaron a la carrera. Manning señaló la ventana abierta.

—¡Se escapó por ahí! ¡Un hombre alto, fornido, moreno! ¡Telefoneen a la policía!

El vigilante de la puerta fue al teléfono. El del interior a la cámara.

—Un trabajo profesional, señor —dijo este último—. ¿Había...?

—Sí —respondió Manning—. ¡Un cuarto de millón! —Y se inclinó sobre la cámara para ocultar una sonrisa.

La policía se hizo cargo de todo: examinó cámara y despacho de cabo a rabo, y escuchó la versión de Warren Manning.

—Después de la reunión, me detuve un rato para tomar una hamburguesa y luego volví aquí. Vi la cámara acorazada abierta apenas entré en mi despacho. Entonces, oí ruido debajo de la ventana, y miré afuera. Ahí abajo está muy iluminado por la luz que difunde el reflector del almacén. Pude verlo con toda claridad. Un hombre alto, robusto..., unos ochenta kilos, moreno..., y creo que llevaba el traje de faena verde del ejército. ¡Llevaba el dinero en un saco!

La policía tomó nota de todos los detalles y dejó marchar a Manning una hora después.

El presidente de la compañía se marchó a casa directamente, una gran vivienda en un suburbio distinguido. Allí se preparó un *whisky* largo con soda, se acomodó en un mullido sillón y cogió el teléfono. Marcó el número del balneario que le

proporcionaba la coartada a Eddie Berger.

—Hola, Eddie —dijo Manning—. Lo siento, pero necesito el cuarto de millón completo. No debieras sorprenderte demasiado siendo un hombre tan experto en asuntos criminales.

—No —repuso Eddie con hermetismo.

—Hiciste un trabajo admirable en la cámara. Te lo agradezco —prosiguió Manning con tono conciliador—. Tú no querrás mencionarlo, por supuesto. He dado una minuciosa descripción de nuestro ladrón imaginario, así que tú estarás a salvo, como te prometí.

—Sí —dijo Eddie.

—Mientras no comentes nada con nadie, no tendrás problemas. Si me denunciaras, te incriminarías a ti mismo, y con tu historial lo pasarías mucho peor que yo.

—Entiendo, Mr. Manning.

—Magnífico. Sabía que sería así. Adiós, Eddie.

—Hasta más ver, Mr. Manning —dijo la voz queda de Eddie.

Sentado en su silenciosa sala, después de haber colgado, Warren Manning sonrió suavemente sosteniendo en alto su buen *whisky*. Asunto solventado con Eddie. Desde luego, la policía investigaría su propia vida pero no encontraría nada. Los aseguradores podrían mostrarse algo más recelosos incluso; sin embargo, no hallarían motivo alguno.

Al cabo de pocos meses, cuando la policía hubiese relegado aquel robo a la investigación rutinaria, y la compañía de seguros hubiera desistido de su fisgoneo inicial, él desenterraría el dinero. Lo invertiría con suma parsimonia y meticulosidad bajo un nombre falso, o quizá dos, y a los pocos años tendría el capital suficiente para comprar la parte de su socio y quedarse con toda la compañía.

Ése era su plan, y si alguien se preguntara cómo había conseguido todo ese dinero, sería imposible encontrar pruebas válidas en la maraña de transacciones bursátiles que él se encargaría de elaborar.

El ladrón y el dinero jamás serían encontrados. Un cuarto de millón no representaba mucho para una compañía de seguros en esos tiempos. Otros casos habrían enterrado ese robo para entonces. Con un poco de suerte, la policía podría encontrar incluso a cualquier efractor de cajas cuyas señas personales coincidiesen lo suficiente con su descripción ficticia para proceder a su detención y hasta condenarle por el robo.

Con ese placentero pensamiento, Manning se acomodó en el sillón para saborear su buen *whisky* y su éxito.

Tres meses más tarde, la policía cesó de hacer preguntas a las personas que conocían a Warren Manning y dejó de husmear en sus negocios. El investigador de los

aseguradores se cansó de visitar las oficinas de Manning & Coles; incluso abandonó la ciudad, regresando a Nueva York, para interesarse por casos más recientes.

Durante esos tres meses, Manning dirigió sus negocios con olímpica serenidad, como si ignorase que alguien estuviera fisgoneando su vida, sus bienes, necesidades y posibles motivos..., cuando, en realidad, se hallaba al corriente de todo. Supo que su vida había salido airosa del trance sin revelar el más ínfimo motivo para perpetrar el crimen. La policía y los aseguradores se retiraron con las manos vacías, tal como él sabía que ocurriría.

Ellos rezongaron sobre el hecho de que la descripción facilitada por Manning no encajaba con ningún ladrón de cajas fuertes conocido. Manning supuso que ellos habían hablado con todos los expertos del ramo, incluyendo probablemente a Eddie Berger, pero la coartada de éste se habría mantenido incólume puesto que no se le mencionaba para nada.

La policía, particularmente, estaba estupefacta ante la falta de información por parte de sus confidentes sobre el ladrón o el dinero. Considerando su larga experiencia al respecto, aquello resultaba tan desusado que optaron por imputar el robo a la destreza de algún experto procedente del extranjero.

¡A qué conclusiones se llega con la experiencia!

Así que, una vez concluido ese trimestre, Manning abandonó la ciudad para emprender un supuesto viaje de negocios muy importante a Nueva York. Se registró en un acreditado hotel, reservó una butaca para ver una película grandiosa que ya había visto y salió para una cena temprana. Añadiendo el tiempo de las copas después del cine, Manning contaría con unas seis horas para ir a casa, rescatar el dinero y regresar a Nueva York. ¡Ya iba siendo hora!

Disfrazado con barba postiza y otras ropas, Manning tomó el reactor en La Guardia. De vuelta en su ciudad, cogió el coche que alquilara tiempo atrás, y se dirigió hacia el campo situado a un par de kilómetros de su fábrica, asegurándose de que nadie le seguía. El campo aparecía desierto. Permaneció escondido durante una hora exacta para estar más seguro de no ser observado, y, entonces, descendió al barranco.

A quince metros del lugar en donde enterrara la maleta con el dinero, Manning se detuvo. Vio el montón de basura en la oscuridad. Anduvo despacio hacia el hoyo que había hecho en el suelo. No había necesidad de correr.

Manning se quedó plantado en la noche mirando incrédulo el agujero vacío. Se agachó, tocó el agujero y el montón de porquería a su lado. Todo estaba endurecido y reseco. En el fondo de aquel hoyo donde su dinero había estado, sólo quedaban hojas muertas y algunos escombros. Alguien se había apoderado del dinero muchos meses atrás, quizá la misma noche en que él lo enterrara. Sí, la misma noche; cuando él se regodeaba en su sala, saboreando su buen *whisky*, habiendo advertido antes a Eddie Berger que la única alternativa que a éste le quedaba era la de guardar silencio.

Manning supo, sin lugar a dudas, quién tenía el dinero. De una forma u otra,

Eddie, intuyendo algo, había observado a Manning, le había seguido aquella noche y desenterrado el dinero después. ¡El estúpido, zopenco e inútil Eddie Berger había birlado un cuarto de millón de dólares a Warren Manning!

Eddie y Grace Berger estaban tendidos al sol y contemplaban el mar azul que rodeaba el suntuoso hotel de la isla. Los camareros acechaban afanosos para servirles cuanto pudieran necesitar.

Grace sonrió al menudo ladrón de cajas fuertes.

—Han pasado tres meses largos, Eddie. Creo que lo hemos conseguido de verdad.

—¿Estabas preocupada cariño? Cuando los polis me interrogaron dejándome marchar después, y tan pronto como el dinero llegó aquí, los problemas acabaron. No hay razón para sudar.

Grace miró un esbelto yate, con velas desplegadas, surcando las azules olas.

—Yo estaba preocupada cuando reventaste la cámara acorazada en el despacho de Manning. Para entonces ya teníamos el dinero. ¿Qué necesidad había de cometer el robo?

—Fue preciso abrir la caja —dijo Eddie—. Sólo Manning y Coles conocían la combinación. Si no se reventaba la caja, Manning parecería el culpable. Lo habrían detenido y hecho hablar. Él no tendría ninguna razón para no decir nada sobre mí. Además, era preciso que él encontrara la caja fuerte reventada cuando regresara, pues, de lo contrario, no habría podido dar a los polis la descripción ficticia que yo necesitaba.

—¿Estás seguro de que él no dirá nada en ningún caso? —preguntó Grace.

—Seguro —respondió Eddie—. Él no me ofreció ninguna otra alternativa y ahí estribó su error. Cárcel de nuevo o cometes este robo. De haberme encontrado en su lugar, yo habría sospechado una traición idéntica, ¡parecía tan sencillo! Fue bastante fácil espíarle de cerca para asegurarse. Cuando él salió tan temprano de la fábrica, adiviné que llevaba el dinero consigo. Si yo tenía que descarriarme otra vez, ¿por qué no arramblar con todo?

Eddie se levantó y miró al sol.

—No acorrales nunca a un hombre sin ofrecerle una escapatoria, Grace. Dale siempre una alternativa. —Diciendo esto sonrió—. Por lo pronto, ahora vamos a darnos un baño, y esta noche iremos a bailar otra vez.

Unos instantes después, ambos corrieron juntos hacia el cálido mar azul.

Warren Manning permaneció en la fría oscuridad sobre aquel hoyo vacío en donde el dinero estuviera. Casi le pareció estar leyendo a Eddie Berger.

«Usted tiene una alternativa, Mr. Manning», diría Eddie, y luego soltaría la carcajada. Warren Manning podría revelar lo que Eddie Berger había hecho, contar

todo acerca del robo..., e ir a la cárcel con Eddie, o podría no decir nada, perder un cuarto de millón y, junto con el dinero, su plan para apoderarse de la compañía pero, a cambio, quedar a salvo. O la cárcel o permitir que Eddie Berger se largara con todo.

Una alternativa...

# SOÑAR EN UNA ACTIVIDAD SOLITARIA

*Edward D. Hoch*

—¿Dave...? —inquirió Helen sugerente.

Él rodó sobre la cama y se quedó mirándola de hito en hito, sorprendido de verla despierta tan temprano.

—¿Qué pasa?

—He tenido un sueño, Dave. He soñado que mi madre se venía a vivir con nosotros.

—¡No! —exclamó él rodando otra vez, en sentido contrario, y escondiendo la cabeza debajo de la almohada—. Duérmete de nuevo y sueña que he ganado aprisa un buen montón de pasta. Nada de perros, ni gatos, ni madres.

—Yo no puedo organizar mis sueños, Dave.

—Tú solías ser buena, Helen. Solías ser endiabladamente buena. Creo que estás perdiendo tu toque.

Él sintió haberlo dicho porque al instante observó que Helen estaba demasiado trastornada para volver a la cama. Vio cómo vagaba por la sórdida habitación buscando sus cigarrillos; después, ella se acurrucó en el sillón junto a la ventana y se puso a contemplar la aurora que empezaba a teñir la Hudson Street. Viéndola así, con la barbilla apoyada en las rodillas, pensó hacer el amor con ella. Pero entonces el deseo pasó, y cerró los ojos ante el rectángulo cada vez más deslumbrante de la ventana.

Él había estado viviendo con Helen Reston durante dos años o más, justo desde que se conocieron en cierta partida de póquer que duró toda la noche, en Kansas City. No era la chica más guapa que jamás conociera y tampoco, ciertamente, la más inteligente, pero poseía un don que resultaba inestimable para un hombre como Dave Krown. Tenía una imaginación fantástica y siempre recordaba sus sueños. Él se había dado cuenta durante la primera noche que pasaron juntos en Kansas City, cuando se despertó a su lado por la mañana.

—He soñado que robabas la partida de póquer —había dicho Helen como si fuese lo más natural del mundo—. Qué disparate, ¿verdad?

—No tanto —había respondido él, reflexionando sobre ello. Por entonces, había sido un gran perdedor y estaba a punto de volverse loco. Aquella misma noche, había comprado un arma de segunda mano, el revólver de acero azulado que todavía usaba, y había vuelto a aquella partida cubriéndose la cara con una media de Helen. A la mañana siguiente, ambos habían abandonado Kansas City setecientos dólares más ricos.

Dave necesitaba a alguien como Helen, alguien que le procurara ideas aun cuando éstas tuvieran los sueños como origen. Él era un hombre que no conocía la moralidad

ni el miedo, un hombre para quien la fuerza bruta y el revólver de acero azulado habían llegado a ser la única religión que profesaba en un mundo que recompensaba la violencia con esa fama efímera de titulares de negras tintas y las cámaras de televisión. Ambos formaron un equipo con las ideas de ella y la relativa habilidad de él.

Aquellos dos años habían transcurrido como si hubiesen sido dos meses, bajo el sol de Miami Beach, atravesando el continente con reactor a California, luego a Nueva York, en canódromos, hipódromos y partidas de póquer. Siempre donde hubiera acción, siempre donde hubiera un primo por desvalijar o un Banco por atracar. Una vez, cuando los sueños de Helen habían empezado a derivar hacia perros y gatos, él había buscado acomodo en un pequeño motel en la frontera del Estado de Illinois y, acto seguido, se había ido a atracar una estación de servicio. Aquella acción había sido desastrosa de principio a fin. Él había recaudado cinco dólares tan sólo y, por añadidura, se había visto obligado a disparar contra un empleado más que enamorado de su trabajo. Ésa era la única vez en que él había recurrido a la violencia en su carrera y, más adelante, había cavilado sobre ello durante semanas mientras sobrevolaban el país de un extremo al otro. Nunca supo si aquel joven sobrevivió o murió, aunque sí estuviera seguro de que aquella herida tenía que haber sido grave. Su última parada había sido Nueva York, allá donde Helen soñara con un robo en la lonja de joyeros después de haber deambulado con él durante más de tres días por el laberinto callejero de Manhattan.

El proyecto de Dave era bastante bueno, y Helen no había tenido la culpa de que un desliz en la preparación hubiese conducido a un botín poco menos que desdeñable.

Desde unos días antes de Navidad, la pareja estaba viviendo a orillas del Hudson, en Seneca, una ciudad de tamaño medio, economizando su dinero, esperando su oportunidad hasta que los sueños se hicieran otra vez realidad. Algunas noches, Helen trabajaba como camarera en un restaurante cercano y Dave hacía trabajos esporádicos como mecánico en un garaje. Así podían esperar a que su suerte cambiase sin necesidad de comerse el poco dinero que les restaba.

—¿Dave...? —dijo ella sentada junto a la ventana.

—¿Sí?

—¿Crees que iremos a Miami este invierno?

—No, a menos que podamos arrebañar un poco de dinero. Nuestro viejo coche jamás podrá llegar hasta allí con esos neumáticos.

—Sospecho que mis sueños no son ya tan buenos, cariño. —Ella estaba siempre pendiente de sus propias flaquezas y era consciente de que, por una razón u otra, él la consideraba culpable de su crisis.

—No hay que desanimarse —repuso él, sentándose en la revuelta cama—. De todas formas, he estado pensando que quizá debiéramos establecernos. Renunciar a este negocio y buscar un par de empleos decentes. Fíjate, probablemente ganaríamos lo mismo al cabo de un año sin tanta zozobra.

Ella se le acercó.

—Me gusta oírte decir eso, Dave. Me agrada pensar que quizás, algún día, yo sueñe con bebés y una casita en las afueras y no con atracos y todo lo demás.

—¿Tienes un cigarrillo?

—Claro. ¿Antes del desayuno?

—Me apetece ahora.

Ella se lo encendió y él aspiró a fondo.

—Sin embargo, necesitamos hacer un trabajo más, Helen.

Un trabajo tan grande que podamos emprender la marcha hacia el sur e iniciar una nueva vida.

—Según esas historias de la televisión, siempre es en el último trabajo cuando los polis les pescan.

—Eso ocurre sólo en la televisión. Yo sé muy bien cuándo abandonar mientras voy hacia delante. De cualquier modo, piensa sobre ello, ¿quieres? Piensa sobre ello y tal vez salga algo de ti.

—Sí.

Ninguno de los dos trabajó aquel día. En vez de eso, se pasaron la gélida tarde paseando por la ribera del río, y el Hudson, aunque no fuera el Mississippi, les recordó sus primeros días juntos. Se detuvieron cerca de un parque de bomberos para adquirir la nueva placa de matrícula para el coche, y más tarde, mientras la ciudad se oscurecía para la noche, él la llevó a cenar langosta en un restaurante que cobraba más de lo que ellos podían permitirse en realidad.

—Lo tomaremos con calma —dijo él más tarde, de vuelta en su habitación—, y veremos lo que el mañana nos trae.

El dinero empezaba a escasear, y el descubrir que las placas de su coche de ocasión estaban próximas a caducar en el Estado de Nueva York había sido una sorpresa adicional muy desagradable.

Con todo, él durmió bien y no despertó hasta el alba, pero Helen se le había adelantado y estaba paseando descalza por la habitación.

—He tenido un sueño —dijo ella, viendo que él tenía un ojo abierto y seguía todos sus movimientos—. He soñado que yo volvía a casa con mi madre y, cuando estaba limpiando la alfombra, la aspiradora se transformaba en una serpiente, y luego ésta en una langosta que me pellizcó el pie.

—Eso no es un sueño —masculló él con los labios contra la almohada—. Es una mala digestión. Vuelve a la cama.

Cuando Dave despertó de nuevo, el sol se encontraba ya alto en el cielo matutino, lo cual le hizo deducir que era tarde. Helen estaba estirada boca arriba a su lado, todavía durmiendo, medio tapada por la sábana de un blanco lechoso. Pero cuando él se volvió, la mujer se despertó rauda y se sentó frotándose los ojos.

—¿Qué hora es, Dave?

—Las diez pasadas.



—He tenido un sueño.

—Lo sé. Sobre una langosta.

—No, otro. Ahora mismo, creo.

Hubo algo en su voz que emocionó a Dave.

—Cuéntamelo.

Ella se acomodó sobre la cama cruzando las piernas.

—Bien. ¿Recuerdas la cola que había ayer en el parque de bomberos para comprar las placas de matrícula? ¿Recuerdas a aquellos tipos soltando sus quince o veinte dólares, o más, por las placas?

—Claro. ¿Y qué pasa con eso?

—Escucha, Dave, el plazo para adquirirlas termina a finales de esta semana. Durante los próximos días, ese parque de bomberos va a recaudar montañas de dinero —Helen hizo una pausa para tomar aliento—. Yo he soñado sobre ello. En mi sueño, tú dabas una alarma falsa y, cuando todos los bomberos se habían ido, entrabas allí y atracabas a esas dos pazguatas que venden las placas.

Cuando ella hubo terminado, Dave permaneció en silencio durante unos minutos, silencioso pero pensativo. Luego, sus facciones se relajaron poco a poco hasta esbozar una especie de mueca.

—¡Tienes una imaginación extraordinaria, Helen! —dijo él al fin—. Vuelves a ser la joven que conocí, la que podía hacer millones mientras dormía.

—¿Crees que funcionará, Dave?

—¡Claro que sí! Y ya me cuidaré yo de que eso sirva para comprarte un vestido nuevo. O mejor aún, un buen abrigo de invierno. —No le había pasado desapercibido lo raído que tenía el viejo gabán verde.

—¿Cuándo será, Dave? —preguntó ella. Los ojos le relucieron con la excitación creciente, como siempre—. ¿Cuándo lo intentarás?

—Esta noche es tan buena como cualquier otra —contestó él. Y acercándose al armario, sacó de su escondite el revólver de azulado acero.

A las nueve menos diez en punto, Helen telefoneó desde una cabina comunicando que se había declarado un incendio en unos almacenes cercanos. Mientras tanto, Dave esperaba entre las sombras, frente al parque de bomberos, observando cómo surgían las macizas máquinas rojas y se perdían entre alaridos en la desapacible noche invernal. Cuando desaparecieron de su vista, dejando sólo el eco mortecino de las sirenas cual un rastro a seguir, él cruzó la calle raudo, esperando que ningún rezagado de última hora estuviese comprando sus placas todavía.

Pero las dos mujeres se encontraban solas, contando el dinero y apilándolo en cuidadosos montones para poner punto final a su jornada. La más joven, una bonita morena con ojos pálidos de mirada profunda, levantó la vista cuando Dave entró.

—Nuestro último cliente —dijo.

Él levantó la bufanda de lana para cubrirse boca y nariz y les mostró el arma con la otra mano.

—Me llevo el dinero —dijo para simplificar las cosas.

La mujer mayor empezó a levantarse.

—¡Oh, no! —exclamó ahogándose. Y cayó sentada otra vez en su silla metálica. Él se metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó una bolsa de papel.

—Aquí dentro. Todo —dijo—, menos las monedas.

La morena mantuvo abierta la bolsa y echó dentro los billetes con destreza profesional.

—No se saldrá con la suya —dijo al concluir.

—Correré ese riesgo. —La bolsa rebosaba de billetes y él deseó que se le hubiera ocurrido coger una mayor. Retrocedió despacio para salir del edificio apuntando el arma hacia ellas—. Manténganse sentadas ahí, señoras, y no les sucederá nada.

Un campanileo pausado le llegó desde la lejanía y dedujo que la primera de las máquinas regresaba después de la falsa alarma. Cerró la puerta al salir y se quitó la bufanda de la cara.

El peso liviano del dinero resultó muy grato debajo del brazo.

—¡Casi nueve mil dólares! —exclamó Helen después de contarlo—. ¿Quién hubiera pensado que habría tanto?

—Se hallaba allí muy ordenado como si estuviera esperándome —dijo él—. El asunto funcionó como un mecanismo de relojería.

—¿Iremos ahora hacia el sur, Dave? ¿Para iniciar esa nueva vida?

—¡Pues claro! Pero no hasta dentro de una semana o así. Alguien podría sospechar si nos largáramos ahora mismo de la ciudad. Mira..., dejaremos enfriar el asunto durante una semana más o menos, luego, iremos a Nueva York y cambiaremos este coche por otro que nos lleve hasta Florida. Después de eso, nos instalaremos. —Sacó del montón cuatro billetes de a veinte—. Cómprate ese abrigo nuevo, pero procura que no sea nada llamativo, ¿comprendes? Ni pieles ni nada parecido.

Ella apresó los billetes con una mirada agradecida.

—Formamos un buen equipo todavía, Dave.

A la noche siguiente, él estaba leyendo en un periódico la reseña del robo, cuando ella apareció con el nuevo abrigo, una cosa roja y peluda con salpicaduras negras que hacía juego con su melena.

—¿Se supone que eso no es llamativo? —inquirió él con una risotada.

—No costó mucho, cariño. Sólo setenta dólares. ¿Te gusta?

—Me gusta.

—Dave, ¿para qué me he comprado un abrigo de invierno si nos vamos a Florida la semana próxima?

—Necesitabas uno, ¿verdad? Y tal vez no nos pasemos la vida allá abajo.

—No piensas renunciar, ¿eh?

Él suspiró y echó mano de un cigarrillo.

—Esto marchó como una seda, muñeca.

—No me llames así.

—Está bien. Pero sé razonable. Helen. Uno no abandona cuando las cosas van bien.

—¡No! ¡Uno espera hasta quedar tendido boca abajo en una cuneta con varias balas de poli en la espalda! ¡Y entonces es cuando decides abandonar!

—Está bien. Cálmate —dijo él, poniéndose su chaquetón con forro de cordero—. Voy a dar un paseo.

—¿Para que les sea más fácil encontrarte?

—Acordamos quedarnos aquí una semana, ¿no es verdad? ¿Qué pensarán si de pronto dejo de ir al garaje sin avisar? Me daré una vuelta por allí y regresaré dentro de una hora. Toma —dijo, dándole otro billete de veinte—. Que tengas pensamientos agradables mientras estoy fuera.

—Seguro. Procuraré tener un sueño o dos sobre castillos en España.

Fuera, se había levantado un ventarrón de enero que atravesó el chaquetón de Dave como un cuchillo y le hizo correr para buscar refugio en un bar cercano. Pidió una cerveza, aunque pudiera permitirse un *whisky*, y se la llevó, soltando espuma, hasta una mesa húmeda con quemaduras de colillas porque a él no le gustaba estar de pie en la barra.

Hacía sólo un momento que se encontraba sentado allí, cuando una mujer de pelo negro, ojos pálidos y facciones vagamente familiares entró en el local y se encaminó hacia su mesa sin vacilar.

—Dave Krown, ¿verdad? —preguntó con una voz tan queda que apenas pudo oírla.

—Me figuro que sí. Usted me resulta familiar.

—¿Puedo sentarme?

—Claro. —Dave se levantó a medias para ofrecerle la silla en el lado opuesto de la mesa. Pero el comienzo de algo parecido al miedo le agitó el estómago.

—Estoy sorprendida de que no me recuerde. Usted me robó nueve mil dólares anoche.

Él sujetó la jarra de cerveza con fuerza, esperando que ni su cara ni sus palabras reflejasen la emoción súbita que le embargaba.

—Usted debe haberse equivocado de individuo. No sé lo que quiere decir.

Ella miró en torno suyo para asegurarse de que no había nadie a la escucha.

—Oiga, deje el teatro a un lado. No voy a dar alaridos llamando a la policía..., ahora por lo menos no. Le he reconocido..., aunque no lleve la cara cubierta con una bufanda. Soy muy buena fisonomista y reconocí su rostro. Recordé que usted había ido la noche anterior para informarse sobre las placas, y también que tenía un nombre extraño. Repasé los impresos que había recogido y encontré el suyo. Dave Krown, con sus correspondientes señas. Me hallaba esperando fuera preguntándome cuál debería ser mi siguiente paso cuando le vi entrar aquí.

Ella le había cautivado con la intensidad de sus profundos ojos pálidos, y esa fascinación fue lo que le impidió salir corriendo. Se expresaba con seriedad y no tenía

intención de llamar a la policía. Tal vez se trataba de una de esas chicas a las que les gustaba echar una cana al aire. Bien, él la ayudaría a hacerlo.

—¿Cómo se llama? —le preguntó de repente.

—Susan Brogare —contestó ella.

—¿Qué quiere?

—Sólo conocerle, saber qué clase de hombre es usted.

—¡Vamos! —dijo Dave optando, súbitamente, por una línea de acción. La condujo por una cortina de cuentas que había al fondo de la estancia hacia un comedor penumbroso con reservados de altos tabiques. En uno de ellos, una pareja se estaba besando sin siquiera haber tocado sus cervezas.

—¿Por qué aquí? —inquirió ella.

—Es mejor para hablar —Dave se deslizó en un reservado frente a ella—. No tendrá miedo de mí, ¿verdad?

Los ojos pálidos parpadearon.

—Quizá le convenga saber que he dejado una carta muy detallada en la oficina para una amiga mía. En ella he escrito su nombre, señas y descripción, así como el número de matrícula y el modelo de su coche. También le identifico a usted como el atracador de anoche y digo que he ido a entrevistarme con usted y confrontarle con los hechos. Termino declarando que si resulto muerta, usted será el responsable de mi muerte. —La mujer hizo una pausa para tomar aliento y prosiguió presurosa—. Esa carta irá a la policía si muero o bien desaparezco por más de veinticuatro horas.

—¿Está usted chiflada o algo por el estilo? —balbuceó él, cada vez más desconcertado por su extraña interlocutora—. Oiga, señora, si...

—Le he dicho que me llamo Susan.

—Mire, Susan, si me toma por una especie de criminal, deberá llamar a la policía. Y si no, dejarme en paz. —Él no sabía si el discurso sobre aquella carta era cierto o no, pero la frialdad y audacia con que ella le abordara le indujeron a apostar que sí.

—Siento haberle alarmado. ¿Quiere invitarme a tomar algo?

—¡Cómo no! ¿Cerveza?

Ella hizo un leve gesto negativo.

—Martini con vodka.

Mientras encargaba la bebida, Dave consideró la solución obvia: dejarla sentada allí, y procurar encontrarse con Helen a quince kilómetros de distancia antes de que ella empezara a reaccionar. Pero ahí estaba el quid. Él no podría distanciarse más de diez kilómetros sin que ella pusiera antes a la Policía tras sus talones. Podía llevársela con algún pretexto al apartamento y allí amordazarla (¿o tal vez matarla?), pero el problema de la carta seguiría existiendo. Dave no era un hombre que pudiese pasarse el resto de su vida escondiéndose por los callejones.

Así que regresó al reservado con las bebidas como si todo aquel asunto fuese la situación más natural del mundo. Una cita entre chica y chico.

—¿Está usted casada? —preguntó ya que otro pensamiento le había cruzado de

improvisado por la cabeza. Él había leído algo sobre ese tipo de mujer.

—Lo estuve. Durante poco más de un año. Mi marido murió en un accidente de aviación. —Ella jugueteó con su bebida—. Adivino lo que está pensando... Quizá la mujer se sienta sola. Y reconozco que tal vez sea cierto. Usted representa lo más emocionante que me ha ocurrido desde hace dos años.

Bajo la mortecina luz indirecta de la habitación trasera, ella podría estar a un lado u otro de la treintena. Él apostó por el lado más distante, más o menos su propia edad. La mujer tenía la misma talla y complexión que Helen, pero había un mundo de diferencia entre ambas.

—No debe de haber muchas emociones en su trabajo, ¿verdad? —dijo él para darle conversación mientras continuaba estudiándola.

—¿En la oficina de Vehículos a Motor? ¿Bromea usted? Un empleo es un empleo.

—Entonces, ahora que me ha conocido, está buscando más emociones, ¿es eso?

—Como ya le he dicho, quise ver la clase de hombre que era usted. He conocido a incontables personas pero jamás a un atracador. Y su forma de proceder evidenció mucha experiencia. No es extraño que la policía esté desconcertada.

—Gracias. Pero yo no he reconocido todavía nada de nada.

Él había leído sobre magnetófonos diminutos escondidos en los bolsillos de las mujeres.

—¿Se propone usted huir?

—Quizá.

—¿Sólo o con una chica?

—Hay una chica —admitió él, pensando que eso quizá la hiciese desistir de sus aparentes insinuaciones.

—¿La ama usted?

—¿Cómo responder a eso? Vivo con ella desde hace dos años.

—Supongo que ella le estará esperando al otro lado de la calle.

—Sí.

Poco después, encargaron otra ronda, y la conversación fue desviándose de forma imperceptible hacia el pasado de sus vidas respectivas. Él se encontró escuchando con atención (algo fuera de lo normal) historias sobre sus días de colegiala, incluso, se mostró tan interesado como un adolescente en su primera cita, y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para volver a la hosca realidad de aquella situación.

Era casi medianoche cuando él regresó al apartamento, y no hizo mención a Helen de su encuentro, aunque no pudiera explicarse con exactitud las razones que le impidieron hacerlo. Ella estaba ya en la cama, pero no dormía.

—Telefoné al garaje. No estabas allí —dijo al verle entrar.

—Me detuve para beber algo y empecé a charlar con un tipo.

Helen pareció conformarse con esa explicación. Volvió la cabeza sobre su arrugada almohada y dijo:

—Temí que te hubiera pescado la policía.

—¡Qué va!

—Tenemos que salimos de esto, Dave. No puedo seguir soportando esta inquietud constante. Creo que ésa es la causa de que los sueños tarden más en llegar.

—El último fue una preciosidad. Deberías tener unos cuantos más como ése.

—¿Y qué hay de Florida, Dave?

—No lo olvido.

—Espero que no.

A la noche siguiente, Dave se reunió otra vez con Susan Brogare en el penumbroso reservado detrás del bar. Esa vez se marcharon muy pronto y pasearon a lo largo del río en el coche de ella porque Dave temió que Helen pudiera descubrirlos en el bar.

—Eres una mujer extraña —dijo a Susan mientras aparcaban cerca del río para contemplar los gruesos copos blancos navegando sin rumbo por el sombrío cielo.

—Yo sólo quiero sacar algo en limpio de la vida, eso es todo.

—¿Haciéndome chantaje para que me enamore de ti?

—Yo no te hago chantaje, tienes plena libertad para marcharte cuando te plazca.

—Pero tú sabes que no lo haré —dijo él en voz baja preguntándose de pronto cómo terminaría todo aquello.

Después de la primera noche, ninguno de los dos aludió más al atraco; no de una forma directa, pues, a menudo, el hecho apareció orillando sus pensamientos y conversaciones. Él averiguó sobre aquella extraña chica de ojos pálidos muchas más cosas de las que jamás supiera acerca de Helen, y, al mismo tiempo, se encontró contándole cosas suyas de las que nunca había hablado a persona alguna.

Al finalizar su tercera noche juntos, él supo que estaba dispuesto a abandonar a Helen.

—¿Sabes qué día es hoy? —le preguntó ésta en la cama a la mañana siguiente.

—Domingo, ¿no?

—Pero también el día de la marmota. Y el sol brilla. ¿Qué significa eso?

Él rodó sobre sí e intentó dormirse otra vez, pero fue inútil.

—Está bien —dijo por fin—. Estoy despierto. Y hace sol.

—Dave...

—¿Qué ocurre ahora?

—¿Cuándo nos vamos a Florida?

Él guardó silencio largo rato mientras trasteaba descalzo y en pijama por el dormitorio.

—He estado pensando en hablarte sobre ello, Helen —dijo por fin.

—¿Sobre qué?

—Florida y todo lo demás. He estado pensando que quizá sea el momento de separarse. Ya sabes, ir cada cual por su camino durante algún tiempo —dijo, y al percibir su expresión, continuó—: Te daré tu parte del trabajo, por supuesto. E

incluso un extra de mil dólares para que te establezcas en alguna parte.

La cara de ella semejó una máscara lívida.

—¡Dos años, Dave! ¿Es esto todo lo que gano después de dos años?

—Sólo por una temporada y nada más. Tal vez podamos reunirnos otra vez dentro de seis meses o así.

—¿Y no te importa abandonarme de esta forma, sin más?

—No lo hagas aparecer como algo..., sucio. Hemos vivido juntos dos años estupendos.

—¿Adónde crees que irás sin mí, Dave? ¿Sin mis sueños?

—Quizá me convenga descubrirlo. Tú tienes esos sueños por lo menos. Ellos estarán siempre contigo.

Ella desvió la mirada de pronto.

—El soñar es una actividad muy solitaria cuando no hay a quien contar lo soñado.

—Ya encontrarás a alguien.

—No. No quiero —protestó Helen, que pareció adoptar una súbita decisión—. Escucha, Dave, no te permitiré que me abandones así. No te lo permitiré.

Él se rebuscó los bolsillos por si encontraba allí un paquete de cigarrillos y se preguntó por qué se complicaría tanto la cosa de repente. Durante dos años de vagabundeo, ella no había sido nada salvo una mujer, una compañera asalariada que comía y dormía con él y recordaba lo que había soñado. Él había sido dueño de la situación siempre, sabiendo, en el fondo de su pensamiento, que algún día la separación se haría inevitable. Él había necesitado a Helen, pero sólo porque no había ninguna otra persona a quien necesitar.

—¿Qué piensas hacer al respecto? —preguntó él, irritándose de pronto ante su resistencia.

—Creo que te denunciaría a la policía antes que dejarte marchar.

Y él adivinó en sus ojos que lo haría si fuese preciso.

Las dos noches siguientes fueron muy difíciles para Dave. Continuó reuniéndose con Susan Brogare en secreto, pero eso le causó una inquietante sensación, como si él fuese un tronco arrastrado por la corriente hacia el vértice de un remolino. Supo entonces que aquella chica, o mejor aquella mujer, lo acompañaría a todas partes, a Florida o a la luna. Y también supo, con idéntica certeza, que Helen Reston no se resignaría a hacer las maletas y partir por las buenas. Él estaba comprometido, seriamente comprometido, con dos mujeres, y ambas tenían las armas requeridas para destruirle.

Pero él había sabido, casi desde su primer encuentro, que la singularidad de Susan lo atraería y atraparía. Ella era fascinante y misteriosa, con un sentido tan temerario de la aventura que era comparable con el suyo propio. Y fue a Susan a quien él expuso su problema en la quinta noche.

—Y no puedo sacudírmela —terminó diciendo—. Ella amenaza con denunciarme a la policía.

Sin embargo, la muchacha de cabello negro se limitó a mirarle con los ojos entornados mientras expelía humo por la nariz cual un dragón de los tiempos antiguos.

—Tú debieras ser capaz de idear algo —murmuró tan sólo.

Él se preguntó qué habría querido significar. Ninguno de los dos se atrevió a exteriorizar su pensamiento, pero aquella noche, en la cama, Dave Krown soñó con aquel empleado de la estación de servicio contra quien él disparó en Illinois.

Al día siguiente, Helen se encontraba un poco más calmada y, por vez primera, no mencionó el viaje a Florida tanto tiempo aplazado. Se marchó temprano a trabajar y él no la vio durante el resto del día. Dave empezó a sentirse bien, tanto, que se aventuró a acercarse al parque de bomberos por primera vez desde el atraco. Hacía un calor desacostumbrado para el mes de febrero y algunos bomberos estaban sentados a la puerta, charlando y esperando, como ellos suelen hacer.

Dave les saludó con la cabeza al pasar por delante.

Y, más tarde, en su coche, le dijo a Susan:

—Hoy Helen ha estado más tratable.

—¿Crees que te dejará marchar?

—Bueno..., no.

—Entonces, será preciso hacer algo.

—Podríamos marcharnos sin más.

—¿E inducirla a hablar con la policía?

—Ella misma se condenaría si lo hiciese —objetó él. Pero supo en el fondo que esa posibilidad no arredraría a Helen. Durante los dos años en que llevaban viajando juntos, él había terminado conociendo la vena vengativa e irrazonable que dormitaba bajo la superficie de su personalidad. No era siempre la simple y estúpida chica que parecía ser.

Susan aplastó su cigarrillo.

—Yo te amo, Dave. Toda mi vida, he visto cómo me iban quitando las cosas que más quería. Supe que te amaba desde el primer instante que te vi en el parque de bomberos, y no estoy dispuesta a perderte.

—Ni me perderás —dijo él—. Ya pensaré en algo.

Helen se mostró tranquila aquella noche, preocupada. Y al día siguiente se comportó igual. Trasteó por el apartamento durante un rato y le preguntó a Dave si ya había decidido lo que iba a hacer. Él respondió que pronto se pondrían en movimiento, y no comentó nada más. Pero se sorprendió a sí mismo espiándola cuando le daba la espalda, espiándola y alimentando el odio creciente que latía dentro de él.

—Dave —dijo ella de repente—. Estoy cansada de pasarme las noches sola en este apartamento. Quiero que me saques a cenar.

—¿A cenar? ¿Cuándo?

—Mañana por la noche. Y en el campo, en algún lugar bonito. Tal vez el Willow



Grove.

—Ni siquiera sé si abren en invierno.

—Tienen abierto.

—De acuerdo. Ya veremos.

Él se lo dijo a Susan aquella misma noche, explicándole su compromiso para la siguiente velada. Se hallaban en un pequeño bar, al otro extremo de la ciudad, un lugar que ella le había enseñado pocas noches antes. Susan se mostró impaciente, encendiendo un cigarrillo tras otro y apagándolos a medio fumar.

—Tienes que hacer algo, Dave. No soporto más esta ciudad.

—Sé un poco paciente, ¿quieres? Nos hemos conocido hace una semana apenas.

—Yo te conozco de toda la vida —dijo ella, y encendió otro cigarrillo.

Al cabo de un rato, le pasó una idea por la cabeza y preguntó a Susan:

—Por cierto, ¿destruiste aquella carta, la que dejaste en la oficina? —Fue la primera vez que se refería a ella desde que Susan se lo explicara.

—La llevaré conmigo cuando abandonemos esta ciudad —respondió ella—. No te preocupes.

—No lo estoy.

Ella le cubrió una mano con la suya.

—Dave..., si realmente ha de hacerse, hazlo, por favor. Por mí.

Él supo a qué se estaba refiriendo y, sin poder explicarse la razón, no le sorprendió el tono frío y calculado de su voz. Se encontraba tan enfangado que ya nada le sorprendía.

Cuando despertó a la mañana siguiente, con un ojo legañoso contra la arrugada blancura de la sábana, vio que Helen estaba ya en pie. Se encontraba de pie ante la ventana fumando un cigarrillo, y él pudo observar que se hallaba inquieta.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—He tenido un sueño, Dave. ¡Uno terrible!

Él se incorporó sobre un codo, miró a su alrededor buscando cigarrillos, y decidió que no necesitaba ninguno.

—Cuéntamelo.

—No sé cómo..., ¡fue tan espantoso! Estábamos..., estábamos en un bar, no sé dónde. Arriba, en las montañas, creo. Sólo nosotros dos. Yo fui por un momento al lavabo de señoras y cuando volví, te habías ido, ¡ido, sencillamente! Me habías dejado allí; entonces, me puse frenética y corrí afuera. Un coche salió en ese momento, no sé de dónde, y me arrolló. Entonces me desperté, justo al golpearme el coche.

—Es un sueño disparatado —murmuré.

—Fue horrible.

—Bueno, ahora, olvídalo.

Ella soltó el cigarrillo para retorcerse las manos.

—Dave...

—¿Qué?

—Tú conducías ese coche.

—Serénate, Helen. Sólo ha sido un sueño.

Dave se duchó, afeitó y vistió en silencio, intentando atajar el temblor de sus manos, tratando de no pensar en la forma negra que estaba delineándose y creciendo dentro de su mente. Transcurrió una hora antes de que él encontrara el ánimo suficiente para preguntarle sobre lo que habían proyectado para aquella noche.

—¿Todavía quieres ir a cenar fuera?

—¡Claro que sí! Cuento con ello.

—Excelente —dijo—. Creo que eso nos ayudará a despejarnos.

Ninguno de los dos mencionó el sueño otra vez. No era necesario.

Fuera de temporada, el Willow Grove<sup>[3]</sup> era un paraje sombrío y casi desierto, situado junto a una carretera secundaria muy poco frecuentada. Los sauces por los que el lugar llevaba ese nombre, dado en un remoto pasado, habían desaparecido casi todos, abatidos por el rayo, la edad o un aparcamiento cada vez más codicioso. Dave se figuró que la clientela veraniega abarrotaría el local en las noches le sábado, pero en pleno mes de febrero sólo había unas pocas mesas ocupadas y una iluminación tan discreta que orientaba las miradas, sin la menor intencionalidad, hacia la rutilante máquina automática de cigarrillos, el punto más luminoso de la vista.

Dave había aparcado en el sector más distante del casi vacío aparcamiento, y, una vez en el interior, condujo a Helen hasta una mesa bastante apartada. Durante la cena, los dos charlaron con una vivacidad que casi era la de los viejos tiempos, si bien a él no le pasaron inadvertidas las tensiones ocasionales que surgieron entre ambos.

—Aquí la comida es siempre buena —dijo él cuando observó que la conversación amenazaba con extinguirse.

—Nosotros hemos estado aquí sólo una vez.

—No obstante, insisto en que es buena. ¿Quieres otra copa?

—Mejor no. ¿Qué hora es?

—Falta poco para las nueve. ¿Por qué? ¿Tienes otra cita más tarde? —preguntó él riendo entre dientes.

Pero ella pareció nerviosa acerca de algo. Llevaba el abrigo puesto sobre los hombros, aquél rojo de pintas negras que hacía juego con su pelo, pero él siguió creyendo que había percibido un estremecimiento.

—¿No te habrás enfriado?

—No lo creo, cariño. Sólo es nerviosismo, me imagino. Quisiera dejar esto y tomar el camino del Sur.

—Entonces no podrías llevar puesto el abrigo.

—No bromees, Dave. ¿Cuándo nos marchamos?

—No lo sé.

—¿Todavía estás pensando en abandonarme?

—Hablemos de eso cuando volvamos a casa —dijo él, deseando posponer el tema.

Llegaron el café y la copa de la sobremesa. Por último, Helen se disculpó mientras él pedía la cuenta. La miró marchar en dirección a los lavabos, y permaneció sentado unos momentos, preguntándose si sería capaz de hacerlo.

Luego, casi a regañadientes, se levantó de la mesa y anduvo hacia la puerta. Eran las nueve y cinco según el reloj del guardarropa.

Fuera, con aliento blanco en el aire nocturno, Dave se sentó detrás del volante e hizo arrancar el motor. Movi6 un poco el coche, y lo colocó en posición, apuntando hacia el camino cual un torpedo.

Esperó, con el motor ronroneando, listo para apoyar el pie en el pedal. Esperó a que Helen saliera corriendo.

Como en un sueño.

Pero, pensándolo bien, quizá todo en la vida fuese un largo sueño, y Dave Krown, sentado en la oscuridad, sólo sería una visión, conjurada por cualquier pesadilla. Quizá todo ello pasara, como ocurrió la noche en que él disparó contra el empleado de la estación de servicio, al otro lado del país:

¿Habría muerto aquel hombre? ¿No habría muerto? «Helen, Helen..., perdóname».

Y allí estaba ella, salía del restaurante corriendo, con el abrigo rojo protegiéndola contra el frío, el oscuro cabello apenas visible sobre el peludo cuello. Dave pisó a fondo y el coche se disparó.

«Perdóname, Helen».

Dave cerró los ojos en el último instante, sintiendo más bien que viendo el impacto, el topetazo de metal contra carne.

—Ha sido un accidente —dijo él una vez y otra—. Yo no la he visto. Ha sido un accidente.

Alguien había cubierto el cuerpo con un mantel sacado del interior; él pudo oír en la distancia los aullidos de una sirena aproximándose por momentos. Uno de los camareros se adelantó entre los escasos mirones.

—Él tiene razón. Yo he visto por la ventana todo lo ocurrido. Esta señora ha salido lanzada a la calle, corriendo como si quisiera toparse con el coche. A él le ha sido imposible frenar.

Una o dos personas más murmuraron su conformidad con lo dicho, y Dave empezó a sentir cierta tranquilidad. No obstante, siguió desviando la mirada del cuerpo descoyuntado, roto, incluso después de que el coche patrulla entrara en el aparcamiento.

—¿Está muerta? —preguntó el agente mientras alcanzaba la agenda que tenía en

el salpicadero.

—Está muerta.

—¿Hay alguien por aquí que la conozca? —preguntó, y su voz reflejó el mal disimulado tedio del profesional ante la muerte.

—Yo la conocía —saltó Dave—. Se llamaba Helen...

Se detuvo, las palabras se le helaron en la garganta cual grumos de sudor súbitamente congelado. Allí, en el umbral, seis metros escasos, se erguía Helen Reston. Una leve sonrisa jugueteaba en sus labios, y desde luego, no llevaba puesto el abrigo.

—¿Es ésta la mujer a quien conocía usted? —inquirió el agente levantando el mantel y volviendo la cabeza para ver mejor con el exiguo alumbrado del aparcamiento. Dave no contestó. Sin mirarla, supo que la mujer muerta a sus pies resultaba ser, como por arte de magia, no Helen, sino Susan.

—El permiso de conducir en su bolso dice que su nombre es Susan Brogare. Al parecer, trabajaba en la oficina de Vehículos a Motor. ¿Es ella a quien conocía usted? —insistió el agente.

—La conocía —contestó Dave maquinalmente.

—Bien, tendrá que acompañarme para la investigación. Mera rutina, ya sabe.

Él asintió y luego preguntó:

—¿Puedo hablar un momento con aquella amiga de allí?

—Claro. Tengo todo el tiempo del mundo.

Dave se abrió paso entre los curiosos y se acercó a Helen en el umbral.

—¿Qué has hecho? ¡Dios nos ayude! ¿Qué has hecho?

La sonrisa, suponiendo que lo fuera, seguía impresa todavía alrededor de los labios femeninos.

—Le telefoneé para decirle que necesitaba verla cuanto antes. También le dije que yo lo sabía todo acerca de vosotros dos y que había tomado una decisión. A las nueve, ella se reunió conmigo en los lavabos de señoras. Le dije que podía quedarse contigo, y que la estabas esperando en el aparcamiento para llevártela lejos. Incluso le entregué el abrigo porque, según le informé, tú querías que fuera suyo. Ella salió corriendo a tu encuentro.

—Pero... Pero..., ¿sabías que yo estaba esperando para...?

—Lo sabía, Dave.

—Nunca hubo tal sueño, ¿verdad? Te lo inventaste todo. Supiste exactamente lo que yo haría.

—Siempre he sabido lo que tú te proponías hacer, Dave. Nunca ha habido sueño alguno. De verdad.

—Ningún sueño —murmuró él sin entender nada. Sólo comprendió que aquella mujer que tenía delante poseía unos abismos mentales que jamás le hubiera supuesto..., grandes abismos de sabiduría y odio al mismo tiempo.

—Saldrás bien librado —dijo ella—. Sólo ha sido un accidente.

—Claro —murmuró él. Pero estaba recordando la carta, aquella carta condenatoria que Susan escribiera un día ya tan lejano..., hacía una semana. Aquella carta que le enviaría a la silla eléctrica sin remedio.

—Yo no podía dejarte marchar, Dave. ¡No podía!

—¿Cómo averiguaste lo nuestro?

—Ya te he dicho que yo no tenía sueños, Dave, nunca los he tenido. Pero tú hablas en sueños, lo vienes haciendo cada noche durante dos años. ¿No lo sabías?

Detrás de él sonó una voz como salida de un sueño.

—Vamos ya, señor —dijo el agente de Policía—. Será mejor que nos pongamos en marcha.

# TUFO DE TINIEBLAS

*Edward Wellen*

Guiándose por su oído, Harry Singleton acompañó al agente Leonard Zollweg hasta la puerta.

—Temo haberte volado las orejas con tanto monólogo, Len.

—Veamos. No, las dos siguen en su sitio.

—Ya sabes lo que quiero decir —rió Harry—. Las personas de mi edad tienden a vivir demasiado en el pasado y arrastran a otros consigo.

—Tú no me has oído patalear ni gritar. Escucha, Harry, no quiero parecer ponderoso pero si la Humanidad ha llegado a donde está, es porque los viejos vienen transmitiendo todo cuanto saben a los jóvenes.

—A juzgar por lo que el mundo parece algunas veces, eso podría ser tan encomiable como condenable.

—Te lo digo con toda sinceridad, Harry, esa historia sobre tus vagabundeos con los gitanos durante dos o tres años..., vamos, resultó digna de ser escuchada. Me gusta oírte contar todas esas cosas tan variadas que hiciste en tu tiempo. Y no es que tu tiempo haya concluido.

—Gracias. Sobre todo por lo último —repuso Harry con una sonrisa.

Len parecía estar metiéndose a sí mismo con sumo cuidado en el gabán.

—A fin de cuentas, también yo te he hecho escuchar infinidad de quejas mías sobre mi alejamiento de la actividad cotidiana hasta que se cure la herida de bala.

—Sé muy bien cómo se siente uno cuando se encuentra apartado de la actividad cotidiana.

—Me lo figuro, Harry. Bien, hasta más ver, que será pronto.

—Conforme, Len. Y haz que sea pronto.

Una corriente potente y glacial sopló apenas la puerta fue abierta.

—¡Diantre, casi se me lleva! Buenas noches, Harry.

—Buenas noches, Len.

La puerta se cerró. El coche de Leonard arrancó al fin y se alejó traqueteando. Harry se quedó solo para afrontar las largas horas de tinieblas por venir.

Una cosa que podía hacer, decidió Harry después de media hora de revivir los días muertos y enterrados que la velada resucitara, era prepararse una taza de cacao bien caliente. Sonrió con ironía mientras emprendía el camino de la cocina; ¡cuánto distaba esa pieza de una fogata gitana!

Midió dos cucharas colmadas de cacao instantáneo en una taza, luego, llenó a medias un cazo pequeño con agua, calculando exactamente la mitad mediante el sistema de ladear el cacharro hasta notar que el agua empieza a derramarse por el borde. Entonces, puso el cazo sobre uno de los quemadores y abrió la espita. Oyó el

silbido del gas pero no la explosión minúscula del fuego. Cerró la espita y aplicó la palma de la mano sobre la armadura metálica, encima de la llama piloto. El metal estaba frío. La llama se había apagado.

Olfateó el aire. Debía haber captado antes la materia odorante que la compañía del gas agregaba al gas natural para proporcionarle ese olor preventivo tan particular. No se había escapado mucho. Tenía que haber sido la corriente que se estableció cuando Len había abierto la puerta de entrada, pensó, y apagó la llama piloto.

Harry empujó la hoja inferior de la ventana hasta el tope para que entrara aire frío y diluyera el gas sin quemar. Ahora, la cuestión estribaba en encender el piloto otra vez. Cerillas... Tanteó su lugar habitual en la alacena... ¡Ni una! Recordó haberlas anotado en su lista Braille de la compra del lunes. Pero eso le prestaba ahora un flaco servicio.

Suspiró. Sus vecinos antiguos, a la izquierda, los agradables Yoder, se habían ido al sur para pasar los meses de invierno; sus vecinos nuevos, a la derecha, los desagradables, o por lo menos poco amistosos, Venter, se encontraban en casa. Así lo denotaba el silencio de su perro, un salvaje e inmenso doberman, según le habían informado. Cuando sus amos lo dejaban solo en la casa el animal ladraba, ¡y cómo ladraba! Le fastidió tener que recurrir a los Venter, pero no era posible que esas personas fuesen tan inhospitalarias como para negarle unas cuantas cerillas. Además, una vez le hubiesen hecho ese favor, le conceptuarían, probablemente, con más benevolencia en lo sucesivo. E incluso podrían resultar unos buenos vecinos al fin y a la postre.

Harry se puso chanclos, gabán, sombrero y bufanda y cogió su bastón del paragüero. Dejó la puerta principal abierta, pensando que estaría fuera un minuto o dos a lo sumo.

Ningún seto ni valla separaba las pequeñas parcelas que los arquitectos habían denominado «espaciosos cuadros de césped», pero Harry, ni en sueños, habría osado atajar por el césped de los Venter. Su bastón lo guió hasta la puerta principal de aquella familia dando un rodeo por la calle. Se asentó bien en orejas y nariz sus gafas ahumadas, y tanteó buscando el timbre. El perro le ganó por puntos.

El animal estaba ya en marcha cuando el carillón sonó. Harry oyó cómo se le aproximaba un gruñido profundo y el rascar de uñas sobre el entarimado; luego, un topetazo hizo temblar la puerta y casi se diría que la casa entera. El perro debía de ser un monstruo.

—Abajo, *Tigre* —ordenó Mrs. Venter.

Harry detectó una extraña mezcla de ansiedad y temor en su voz. Él oyó las patas moviéndose pausadas al otro lado de la puerta. La respiración anhelante, el jadeo ávido, le hicieron separarse de la puerta, después pudo oír que ésta se abría.

—¿Lo conseguiste, Roy? ¡Ah! No es Roy. Usted es el cie..., el hombre de al lado, ¿no?

Harry notó la tensión en su voz y oyó el crujido de cuero como si ella estuviese

sujetando el collar del perro. Levantó la mano muy despacio para tocarse el sombrero.

—Buenas noches, Mrs. Venter. Soy Harry Singleton. Siento molestarla a esta hora pero mi llama piloto se ha apagado y no tengo cerillas.

—¿Su qué? ¡Ah, lo del gas! —La mujer pareció totalmente ensimismada.

Harry se preguntó qué ocurriría allí mientras contestaba:

—Sí.

—Bien —dijo ella algo remisa—, mejor será que entre usted para poder cerrar la puerta. Veré si encuentro alguna.

Él lo hizo y ella cerró la puerta. *Tigre* gruñó.

—Gracias, Mrs. Venter.

—No me las dé todavía. Ignoro si hay cerillas en la casa. Nosotros tenemos cocina eléctrica y mi marido usa mechero. Echaré una ojeada. Espere aquí.

Harry asintió, luego se mantuvo completamente inmóvil mientras *Tigre* se movía alrededor de él, husmeándole.

—¡Echate, *Tigre*! —gritó la mujer, evidentemente por encima del hombro, mientras se encaminaba hacia la cocina.

*Tigre* se echó a juzgar por el ruido; después se levantó otra vez. Para olvidarse de *Tigre*, Harry reflexionó sobre Mrs. Venter. Llevaba puestas botas de cuero, un crujido más suave que el del collar de *Tigre*, y el frufú de varias prendas superpuestas denotaba un atuendo para la calle más bien que de casa. Quizás ella estuviese preparada para irse, y sólo esperara el regreso de Roy Venter. ¿Qué sería lo que Roy intentaba conseguir? Ese «¿lo conseguiste?» presuponía cierto elemento de riesgo o duda. El cálido aroma de la leche hervida distrajo los pensamientos de Harry. Él sonrió. Pues los Venter le habían parecido gente de *gin Fizz* o *bloody Mary* más bien que de leche caliente. ¡Nunca se sabe...!

*Tigre* retrocedió un poco. Mrs. Venter regresaba. Un bebé lloró.

A Harry se le iluminó el rostro. Eso explicaba el olor a leche hervida. Mrs. Venter se detuvo un momento y luego entró. Él le dirigió una sonrisa.

—No sabía que usted tuviese un bebé, Mrs. Venter.

Las pisadas se detuvieron otra vez y luego reanudaron la marcha. Se plantaron delante de él.

—A decir verdad, no es mío sino de mi hermana. Nos cuidaremos de él mientras dure la estancia de ella en el hospital.

Extraño. Las palabras sonaron como aprendidas de memoria. ¿Por qué habría de mentir la mujer sobre el hecho de tener una criatura en casa?

—Siento saber que su hermana está enferma. Nada serio, espero.

—Nada, gracias. —La impaciencia dio paso a la risa en su voz—. ¡Vaya! Le alargó a usted esto olvidando que no puede ver lo que tengo en la mano. Al fondo de un estante encontré esta vieja caja de cerillas de madera. No están muy en forma. Tendrá usted que rascar varias antes de dar con una buena.



—Estupendo, Mrs. Venter. Se lo agradezco mucho.

Harry alargó la mano para coger las cerillas pero la retiró aprisa al oír el gruñido de *Tigre*. Mejor sería que fuera la mujer quien le alargara la mano a él..., pero esperó, olvidado, cuando el perro, de pronto, soltó un alegre ladrido y se precipitó hacia la puerta principal arrollándole de paso y empujándole contra la pared. Una llave hurgó en la cerradura y la puerta se abrió de par en par, Una voluminosa presencia llenó el vestíbulo.

—¡Lo conseguí, Lorraine! —Harry percibió el susurro de papel sobre la crepitación de papel cuando el hombre se volvió para cerrar la puerta—. Conseguí... —Su voz perdió toda entonación—. ¿Quién es éste?

—Ya lo sabes, Roy —respondió la voz femenina que estuvo llena de inflexiones solapadas—. Es Mr. Singleton, nuestro vecino de al lado.

—¿Y qué está haciendo aquí?

—Vino a preguntar si teníamos cerillas. La llama del piloto de su cocina se ha apagado.

Algunas personas tienen una forma muy peculiar de hablar ante el invidente, como si a éste la ceguera le impidiera pensar o hablar por sí mismo.

El bebé lloró.

—Creí haberte dicho que le dieras ese potingue para mantenerle callado. —La voz de Venter fue queda pero virulenta.

—Lo sé, pero...

Evidentemente, *Tigre* pareció haberse impacientado con tanta desatención, y quizá sus celos del bebé acrecentaran esa impaciencia. Harry lo oyó saltar y lamer al recién llegado, quien dio un traspies audible y le soltó un golpe no menos audible. A ello siguió el sonido de un desgarramiento (¿tal vez una bolsa de comestibles?) y la caída deslizante con leves impactos contra el suelo de objetos como de papel.

—¡Maldito seas, *Tigre*!

Uno de esos objetos fue a caer junto al pie de Harry. Éste se agachó, lo recogió y se encontró palpando un grueso fajo de billetes. Cuando lo recogía, Harry arrugó la nariz al percibir el tufillo que despedía, el residuo persistente de un olor penetrante y desagradable. Reconoció ese olor del pasado. Las palabras *dinero mal ganado* acudieron a su pensamiento. Alargó el paquete y alguien se lo arrebató con rapidez de la mano.

Harry sonrió y dirigió su mano vacía hacia Mrs. Venter.

—Será mejor que coja las cerillas y regrese a casa antes de que escape más gas.

—Claro. Aquí las tiene.

—¡Espera, Lorraine! —les interrumpió tajante la voz de Venter—. No le des las cerillas. Ahora no podemos dejarle marchar. Puedo notar que él sospecha algo turbio. Todavía no ha oído nada en la radio sobre el niño desaparecido. Pero relacionará el dinero con el niño tan pronto como la noticia sea divulgada.

Harry relacionó dinero y niño al instante. El dinero tenía que ser el rescate

exigido, y el niño, el bebé secuestrado. Él no había oído nada en la radio sobre el asunto, pero eso tan sólo podría significar que el secuestrador, Roy Venter, habría exigido a los padres que mantuvieran un distanciamiento absoluto de policía, prensa y público.

—Pero, Roy...

—Mira, Lorraine, tenemos que conseguir toda la ventaja que podamos. Con el dinero en nuestras manos estamos tan cerca de rematar este asunto que no podemos permitirnos ningún error ni contratiempo a partir de ahora.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer con él?

—Déjame ocuparme de eso.

«Y yo», pensó Harry.

—Primero, saca la maleta vacía del armario y ayúdame también a recoger el dinero para colocarlo dentro. Vigílale.

*Tigre.*

El perro gruñó y Harry pudo notar su candente aliento a través de las perneras de sus pantalones. Abrieron el armario del vestíbulo. Hubo dos golpetazos, uno sordo y el otro hueco.

—Aquí está mi maleta también, Roy. Tengo todo listo para partir.

—Formidable, muñeca.

El dinero fue colocado dentro de la maleta y ésta cerrada con un clic seco.

—¡Qué hermosura el ver tanto verde! —suspiró la mujer.

—Mi color favorito. ¿Preparada, Lorraine? Entonces, puedes irte.

—Eso creo, Roy —Ruido de perchas entrechocando—. Ahora, ayúdame a ponerme el abrigo. Con todo ese dinero te debes habituar desde este instante a comportarte como un caballero.

Venter se rió.

—Y así lo hago, ¿no te parece?

Harry oyó el ruido de un paño pesado cayendo al suelo y el tintineo de botones contra éste. Lorraine Venter lanzó un gemido de desesperación.

El hombre gruñó, recogió el abrigo y le sacudió un poco el polvo.

—¿Por qué has de estar tan nerviosa? Todo cuanto has de hacer es tomar un avión.

—Gracias, eres un auténtico caballero. De acuerdo, caminaré hasta la esquina muy tranquila y, muy tranquila también cogeré un taxi hacia el aeropuerto. Pero, con franqueza, Roy, ¿es necesario que nos separemos?

—Te lo explicaré de nuevo. Ellos saben que el golpe fue dado por un hombre y una mujer, y, por tanto, buscarán una pareja, un hombre de mi edad y una mujer de treinta..., perdón, veintiséis años. ¿Llevas el billete?

Sonido de búsqueda.

—Sí. No. Sí. ¿Y tú, Roy? ¿Te saldrá todo bien?

—Desde luego. Encerraré al viejo, cogeré el coche, y dejaré al bebé en cualquier

lugar del camino. Luego, yo y *Tigre* te encontraremos el viernes, ya sabes dónde.

—Lo dejarás bien envuelto y calentito, ¿verdad?

—¿Al bebé? Claro, claro.

—No te olvides de utilizar un teléfono público para decir a los padres dónde encontrarlo.

—Claro, claro.

Harry sintió un escalofrío. El tono de Venter había sonado demasiado trivial.

—Hasta la vista, Roy.

Un beso húmedo; luego, la puerta fue abierta y cerrada y los pasos de ella se apagaron. Harry se removió; *Tigre* gruñó.

—¿Qué se propone usted hacer conmigo?

—Tómelo con calma, Mr. Singleton. Esperaremos hasta que ella doble la esquina; después, daremos un pequeño paseo hasta su casa. ¿La llama de su piloto se ha apagado, dice usted?

—Sí.

—Yo me cuidaré de eso en su lugar.

Una vez más, Harry se quedó helado. La malhadada llamita había sugerido ciertas ideas a Venter. Abriría las espitas y dejaría que el gas llenase la cocina de Harry para simular un suicidio.

Len Zollweg diría que su amigo Harry le había parecido desusadamente jovial a primeras horas de la noche..., y es muy corriente que los suicidas muestren una jovialidad desusada poco antes de quitarse la vida; joviales porque al fin han tomado esa determinación.

Harry oyó agitarse la cortina de la ventana.

—Vale. Ya ha dado la vuelta a la esquina. Ahora podemos irnos. ¡Eh, amigo, mejor será que usted lleve mi maleta! No vamos a perderla de vista después de tanto trabajo, ¿verdad? —dijo Venter dirigiéndose a *Tigre*.

El perro gruñó su avenencia con el tono del amo. El sonido de una cuerda golpeando en madera, era la cola de *Tigre* aporreando el suelo.

Una mano grande aferró el brazo de Harry al tiempo que Venter decía:

—Vámonos.

Harry se inclinó un poco, volviendo su cara hacia Venter, y husmeó el aire.

—Espere un minuto.

Venter exteriorizó una tosca ironía.

—¿Qué está oliendo? El escape de gas en su casa, ¿verdad? ¡No me diga que puede olerlo desde aquí!

—No. Estoy oliendo su maleta.

A Venter le llegó el turno de olisquear desconcertado.

—No huelo nada.

—Ahí está el quid. Dígame, la maleta que su esposa se ha llevado y la que tiene el dinero, ¿son idénticas?

—Sí. ¿Por qué?

—Ella se la ha cambiado. Casi con seguridad, en el momento que dejó caer su abrigo y usted anduvo muy atareado recogiéndolo y sacudiéndolo.

—Está loco. ¿Cómo puede saber eso? —La mano dejó de aferrar el brazo de Harry, y éste oyó el abrir de cerraduras, luego, un gruñido—. Ella me las cambió, esa pequeña... —Unos dedos se clavaron en la muñeca de Harry—. ¿Cómo lo ha sabido usted?

—Supongo que usted exigiría billetes viejos y pequeños.

—Sí, tiene razón.

—Bien, están viejos. Viejos y sucios. Hace muchos años, yo trabajé en un Banco durante algún tiempo, y cuando abríamos la cámara acorazada por la mañana, el olor del dinero, papel moneda manoseado, bastaba para hacerme enfermar. Hoy día las cámaras tienen aire acondicionado y tal vez no sea lo mismo, pero yo jamás podré olvidar ese olor.

Los dedos aflojaron, reluctantes, su presa en la muñeca de Harry.

—Estoy perdiendo el tiempo. Ella va camino del aeropuerto.

—Podría ser un error honrado por parte de ella... —dijo Harry, intentando retenerle un poco más.

—Sí. Un error. Yo le demostraré que ha cometido el peor error de toda su piojosa vida.

*Tigre* gruñó. El hombre, sin embargo, guardó un silencio mortal..., cavilando, sin duda, sobre lo que debía hacer con Harry a la luz de los nuevos acontecimientos. El anciano apretó la empuñadura de su bastón. Si aquel hombre hubiese cambiado de idea sobre la escenificación del suicidio por gas y se propusiera matarle allí mismo, él caería combatiendo al menos, y haría que al hombre le quedase un recuerdo imperecedero de la lucha. Entonces, oyó el tintineo de llaves en un llavero, y el probar de las mismas en la cerradura del armario.

—Sí, funciona. ¡Está bien, viejo, jal armario!

Una mano hizo dar media vuelta a Harry y lo empujó hacia atrás. La voz y la mano fueron malignas, como si el hombre lamentase tener que aplazar, contra su voluntad, la solución final al problema de Harry Singleton. Roy Venter, suponiendo que ése fuera su verdadero nombre, tendría que dar caza a Lorraine Venter, suponiendo que ése fuera su verdadero nombre, antes de que ella emprendiera el vuelo a quién sabía dónde. Harry tropezó y cayó de espaldas con algunas ropas, con un estrépito de perchas golpeando contra la pared. La puerta se cerró y la llave giró de forma rotunda.

La voz del hombre le llegó áspera, a despecho del tabique separador.

—Si yo fuese usted, me olvidaría de toda tentativa para escapar. Le dejo el perro de guardia. Por si no lo sabe, este animal ha sido adiestrado para matar. —La voz adoptó un tono de mando—. ¡Retenlo, *Tigre*!

El gruñido del perro alcanzó, si tal cosa fuera posible, una profundidad abismal.

La puerta principal se cerró de un golpe. Entre los gruñidos de *Tigre*, Harry pudo oír cómo el coche se alejaba.

Entonces, palpó a su alrededor. El pomo hacía girar el picaporte mas no el cerrojo. Por otra parte, el ojo de la cerradura no atravesaba la puerta y por ello no llegaba hasta el lado interior de la misma; eso anulaba cualquier esperanza de hurgar la cerradura con el alambre de una percha. Las bisagras estaban en el lado exterior de la puerta y allá se iba también la esperanza de desgoznar el batiente. Por lo menos había averiguado que la puerta del armario se abría hacia la puerta principal.

Harry hizo inventario del armario y su contenido. En las perchas encontró un grueso suéter de lana y una chaqueta de cuero. El estante le aportó una bufanda de seda y media docena de sombreros y gorras. A sus pies, había un par de chanclos. Una idea se abrió camino en su mente.

Metió bufanda, sombreros y gorra dentro del suéter y éste en la chaqueta con cremallera, agregó la bufanda y el sombrero propios al relleno, dobló la parte recta de una percha hasta conseguir romperla y, con un extremo, atravesó sin compasión el suéter relleno y la chaqueta para unirlos y darles consistencia. El exiguo espacio hizo de él un contorsionista cuando se quitó el gabán. En éste, envolvió todo el conjunto, sujetó con alambre los chanclos a los puños de la chaqueta y, finalmente, tuvo una forma más o menos humana compartiendo el armario con él.

Entretanto, los movimientos de Harry allá dentro parecieron haber enloquecido a *Tigre*. Harry creyó sentir el aliento abrasador del perro a través de la puerta, pero él supo que sólo era el calor de su propio cuerpo concentrándose en el espacio cerrado. Cuando Harry tomaba aliento para ejecutar el siguiente movimiento, *Tigre* dio un súbito y potente ladrido.

Harry pegó un salto al oírlo y luego sonrió.

—Eso está bien, *Tigre*. Consigue que yo sude.

Acto seguido, hizo una bola con su pañuelo y la empleó para frotarse la cara, brazos y cuello; luego, la metió en la figura que había compuesto. El pañuelo sudado..., un viejo truco de la gitanería que él esperó funcionase.

Entonces, respaldándose contra la pared, Harry plantó un tacón en la cerradura de la puerta y dio un taconazo sobre ella con toda la fuerza que pudo. Nada. Nueva arremetida. Ligero astillamiento.

*Tigre* corría como loco por el vestíbulo, arriba y abajo, deteniéndose a ratos para apoyar las patas delanteras contra el armario y golpearlo con una energía estremecedora. Harry dio otro empujón y esperó para escuchar. No respiró siquiera. Un taconazo más y la cerradura saltaría a juzgar por su estado. Siguió con el oído los movimientos de *Tigre* y cuando percibió que el animal estaba en el lado de las bisagras, actuó raudo.

Su última patada hizo saltar la cerradura, haciendo que el batiente golpease al animal, aturdiéndole momentáneamente, y lo aprisionase contra la puerta de salida. Escudándose con la puerta del armario, Harry alargó el brazo y abrió la puerta

principal. Entonces, lanzó lo más lejos que pudo el monigote con el olor a sudor. *Tigre* salió de la casa corriendo en su persecución. Harry cerró a toda prisa la puerta principal por dentro y echó el cerrojo. Se respaldó contra la puerta, disfrutando de un grato desmadejamiento, pero no se recreó demasiado en él. No había tiempo que perder. Si la distribución de aquella casa se asemejaba a la de la suya, cosa harto probable puesto que ambas habían tenido el mismo arquitecto, la primera habitación a mano derecha sería la destinada al bebé. Pero, primero, dedicó toda su atención a la puerta trasera. Harry fue deslizándose los dedos a lo largo de la pared hasta llegar a la cocina. Encontró echado el cerrojo de la puerta trasera, pero él se aseguró por partida doble encajando el respaldo de una silla de cocina debajo del pomo.

El olor a leche caliente hubiese bastado por sí solo para conducirlo hasta el niño. Tanteó con el dorso de la mano hasta que lo encontró; no quiso hacerlo de otra forma por temor de meterle un dedo en el ojo o el oído.

Cuando alzaba al bebé, sintió una repentina reacción y se estremeció. El niño lloró.

—¡Chis!, no llores. Todo va bien, chiquito. Ahora, estás a salvo.

Pero no era así, ninguno de los dos se encontraría fuera de peligro mientras los Venter no fuesen detenidos. Con el bebé todavía en brazos, buscó el teléfono.

Empezó a marcar, pero cambió de opinión. Se requeriría demasiadas explicaciones por su parte para convencer a la policía de que él no estaba loco. «¿Un secuestro? ¿El secuestro de quién?».

En la policía se mostrarían más dispuestos a escuchar si les hablase uno de los suyos. Además, el agente Leonard Zollweg estaba impaciente por reanudar el trabajo, volver a la actividad cotidiana. Así pues, Harry marcó el número de Len. Mientras escuchaba los timbrados, sorbió las lágrimas y sonrió. Esperó que el desenlace de aquel caso fuese rematado. Pues el niño necesitaba un cambio de pañales.

# LECCIONES DE UN PROFESIONAL

*George Kipp*

Yo sabía que el novato estaría esperándome a la vuelta de la tenebrosa esquina del club nocturno Rene's y, a menos que mis cálculos errasen mucho, se sentiría nervioso, temblón y muy propenso a tirar del gatillo. Ése es uno de los riesgos que uno ha de correr en mi negocio. Me subí el cuello del gabán y me bajé el ala del sombrero. Y no porque el viento nocturno fuera frío. Sólo quise dar la impresión de que caminaba a ciegas.

Me moví a lo largo de la calle desierta, con la cabeza baja, y doblé la esquina con paso audaz. Cuando el novato salía del portal, yo salté presto hacia él, le aferré la mano derecha con mi izquierda antes de que él pudiera nivelar su arma y le hundí el cañón de mi 38 sin martillo en el estómago con brutalidad. Él soltó un gruñido de dolor y el miedo le desorbitó los ojos.

—Suelta la pistola —susurré malévolamente—. Y muévete muy despacio.

Cuando hubo obedecido, envié su arma de un puntapié a un rincón oscuro y después le crucé la cara con mi propia pistola. Él gimió y se derrumbó contra la pared, olvidándose al momento de todos los atracos del mundo.

—Yo sabía que lo intentarías conmigo —mascullé—. Durante las últimas cinco noches me has estado siguiendo cuando salía de Rene's, y esta noche, cuando la chica del guardarropa me estaba dando el abrigo, te escabullíste presuroso por la puerta, delante de mí. Los novatos como tú me ponen enfermo.

Además, él me había espiado mientras yo repartía billetes de veinte, cincuenta y cien, envidiándome mi buena vida mientras él bebía cerveza de barril y mascaba cacahuetes. Esa noche, él había sacado fuerzas de flaqueza, o el hambre había embotado su escaso juicio. De cualquier forma, el hombre había tentado la suerte, perdiendo. Le machaqué las espinillas con uno de mis oxford de cien dólares y lo aplasté contra la pared.

—Yo vivo de mi pistola, novato —gruñí—. Lo vengo haciendo desde tiempo inmemorial. ¿Dónde crees que un elemento como yo adquiriría esos lustrosos fajos de billetes?

El miedo empezó a rezumar de su cuerpo.

—¿No..., no pensarás llamar a los polis?

—Yo no doy nada a los polis —rezongué—. Ni siquiera les entrego a un meón tan verde como tú. Ésa es una de las cosas que nos diferencia a los profesionales de los aficionados. Alguien se olvidó hacerte saber que, incluso en este negocio, es preciso aprender el oficio primero. Allá en el pueblo serías, probablemente, el terror de la gente, pero aquí, en la selva de la gran urbe, sólo eres un bebé. Ahora, piérdete, hijo, y si vuelves a intentarlo conmigo otra vez, esparciré tus pedazos a lo largo de tres

manzanas.

Le sacudí una bofetada con mi mano abierta, retrocedí un paso y le miré marchar hasta verlo desaparecer en la noche.

Cuando volví a Rene's una semana después, el novato atravesó la puerta. Todavía tenía el rasguño reseco en la mejilla derecha donde yo le golpeará con mi 38. Fingí no verle y me entregué por entero a la curvilínea rubia que me acompañaba. Fue fácil deducir de la expresión del novato que no había tenido ninguna compañía femenina en fechas recientes. Hice señas al camarero y le encargué otra magnum<sup>[4]</sup> del burbujeante rosado y luego hice cosquillas a la rubia hasta conseguir que riese a carcajadas. Cuando ella agarró su bolso y se encaminó hacia el tocador, el novato (resultó llamarse Willie) dejó la barra y vino, directamente, a través del comedor, hacia mi mesa.

Yo alcé ambas manos fingiendo terror.

—¡Santo cielo, un atracador auténtico, y de los buenos!

—¡Bah! Déjalo estar —suplicó enrojeciendo, y se acomodó en una silla frente a mí—. He estado pensando sobre lo que me dijiste la otra noche y me he dado cuenta de que tiene sentido. Verdaderamente, si un tipo quiere vivir de un oficio, necesita aprenderlo primero. He debido parecer un estúpido intentando asaltar a un veterano como tú.

Yo recurrí a mis mejores tretas para simular aburrimiento.

—Casi todos los aficionados parecen idiotas. A semejanza tuya, vagabundean por ahí hasta que se quedan sin dinero y acaban siendo presas de la desesperación y el hambre; entonces, intentan vivir a costa de alguien. ¿Acaso tenías una idea, aunque fuese ínfima, del dinero que yo llevaba encima cuando me atracaste?

—Aquí tenías mucho —dijo Willie, que se mordisqueó nervioso el labio inferior y negó con la cabeza.

—Pero yo podía haberme gastado todo el fajo antes de marcharme sin que tú te enterases. Ése fue otro detalle que te delató como un simplón de filas. Lección primera: asegúrate *siempre* de que el objetivo lleva encima la pasta suficiente como para justificar el riesgo de lanzarte tras él. Cuando los muchachos de azul te agarren por robo a mano armada, el resultado será veinte años tanto si birlas dos «pavos» como doscientos mil.

Willie no deseaba marcharse pero se había quedado vacío de cosas por decir y yo no quería animarle a que remoloneara en mi mesa. Cuando vio que la rubia regresaba, tragó saliva.

—Tú... Tú no crees que podrías...; quiero decir, tú y yo...

—¡Tú y yo! ¡No hay la menor posibilidad! Me gusta que mis mujeres parezcan bobas y estén verdes pero no mis asociados! —Y dándome cuenta de que el chico estaba *desesperado*, y no se sabía cómo reaccionaría si yo le sacudía una patada en los dientes, le deslicé uno de cincuenta—. Reúnete conmigo aquí el viernes, a la misma hora. Mientras tanto, yo echaré una ojeada por ahí y veré lo que se puede



sacar en limpio.

Él me arrebató los cincuenta y se esfumó casi antes de que yo concluyera la frase.

Cuando el viernes llegué al club, ya se encontraba allí. Se deslizó del taburete al suelo y caminó hacia mí sin vacilar, pero yo conseguí retener su mirada y le fruncí el ceño de forma casi imperceptible. Él captó el mensaje y pasó de largo por mi lado dirigiéndose hacia la máquina automática de cigarrillos. Yo eché un vistazo por el local. Estaba limpio. Entonces hice una seña a Willie, una simple inclinación de cabeza, y me moví en dirección de la puerta. Él me pisó los talones hasta el final.

Hice arrancar el motor del coche aparcado junto al bordillo y me incorporé a la circulación.

—Primero —dije—, habrá dos o tres trabajos menudos. Nada espectacular, ¿comprendes? Sólo quiero ver cómo operas. Ya he localizado los locales y estudiado todos los ángulos y riesgos. Un chico de diez años podría rematar el primero, pero hemos de tener presente que pocos chicos de diez años son propensos al nerviosismo y al temblequeo.

—Yo no soy un experto —se encrespó Willie—, conforme. Tú límitate a explicar cómo se supone que debo hacerlo, y yo haré el trabajo a la perfección. No te preocupes tanto de mis nervios.

Pocos minutos después, yo pasaba despacio ante la casa de empeños.

—¿Estás seguro de que hay dinero en este tabuco? —gruñó Willie—. Casi todos ellos son como las estaciones de servicio; no encuentras suficiente dinero para siquiera pagarte la gasolina.

—¿Quién da aquí las lecciones, tú o yo? —repliqué con el más altanero de mis sarcasmos. Él enmudeció como si Ir hubiese abofeteado—. Da la casualidad de que ese viejo acumula un bonito fajo de billetes cada mes y lo expide a través de un mensajero especial. ¿Adónde va? Lo ignoro, pero el mensajero acudirá mañana, eso significa que el fajo debe de estar listo ya. Según me figuro, este trabajo nos reportará un millar. Y lo más atractivo de todo esto es el propio viejo. Le espantan las armas de fuego. Entra cuando el local esté vacío, y enciérrale en la trastienda. Pero recuerda, nada de violencia, ni de disparos a menos que sea inevitable. Límitate a pedirle la pasta, cogerla y largarte. Yo estaré esperándote en el coche a la vuelta de la esquina.

El golpe no colmó las esperanzas de Willie.

—¿Sólo mil? Eso significará quinientos por barba cuando partamos.

—Nada de repartos —repliqué impaciente—. Aún no somos socios de modo que este golpe es todo tuyo. Sólo lo he montado para comprobar si eres tan bueno como dices.

—Sin embargo —protestó Willie—, tampoco parece justo que yo me lo lleve todo.

—Tú lo necesitas, yo no —contesté. Y señalando hacia la casa de empeños dije—: Ahora, él se encuentra completamente solo. Ponte en marcha.

Por un momento, pensé que iba a acobardarse, pero tragó saliva, abrió la

portezuela, y se encaminó hacia el establecimiento. Regresó tres minutos después con una bolsa verde de lona debajo de la chaqueta. Tan pronto como subió al coche, me encaminé hacia la autopista y me introduje entre la densa circulación.

—No hubo..., no hubo la menor dificultad —comentó él, atónito—. Le planté la pistola en el estómago y le dije que sabía lo del dinero. No me contestó ni una palabra. Se limitó a levantar una tabla del suelo y entregármelo.

—No todos serán tan fáciles —le previne—; o sea, no dejes que se te suba a la cabeza. Algunos tipos te armarán una bronca por veinticinco centavos. Y recuerda, todavía eres un aprendiz.

Pocas noches después, conduje a Willie hasta una avenida tranquila, flanqueada de árboles, y le señalé un edificio que tenía un pequeño letrero de neón.

—Ahí tienes tu objetivo.

—¡Estás chiflado! —vociferó él o poco menos—. ¡Una funeraria! ¿Esperas que atraque una funeraria?

Le di un revés en la mandíbula que casi le arrancó la cabeza.

—Soy yo quien prepara los trabajos, aficionado, y lo hacemos todo como profesionales o no hay trabajo. Para tu información, hoy día, un funeral cuesta de mil dólares en adelante, y ese equipo ha sepultado hace poco cinco fiambres. Casi todo ese dinero estará en cheques, por supuesto. Olvídate de ellos y coge el metálico, un millar, o quizá más. Habrá un hombre en la oficina, donde tienen la caja fuerte. Entra por la puerta lateral, sigue por el vestíbulo hasta la primera puerta a la derecha, y ahí lo encontrarás.

A Willie siguió sin gustarle la idea, pero se apeó del coche frotándose la mandíbula en donde yo le sacudiera, y se encaminó hacia la puerta lateral. Estuvo ausente algo más de tiempo que en la casa de empeño, pero cuando llegó al coche, llevaba la bolsa de dinero dentro de la americana.

—Verdaderamente, la cosa no resultó tan mal —confesó avergonzado—. Supongo que fue la idea.

—Tal vez llegues a ser un auténtico profesional, Willie —asentí comprensivo. Mis palabras le animaron bastante.

Algunas noches más tarde, lo recogí cuando ya estaba oscuro y tomé la dirección de un centro comercial situado en la periferia de la ciudad.

—Quiero dejar bien clara una cosa —le dije—. Si esos grandes polis de la ciudad te toman alguna vez la medida, se te habrá caído el pelo. En cuestión de minutos, enviarán tus huellas dactilares o una foto de tu jeta de costa a costa. Si tal cosa sucediera, tu única salida sería poner rumbo a las montañas y asegurarte de que nadie te vuelve a ver nunca más. —Cuando observé que él se retorció inquieto, procuré quitar algo de plomo a mi voz—. No espero complicaciones ni nada parecido. Lo que ocurre es que debes saber ciertas cosas en tu carrera hacia el profesionalismo.

Él respiró algo mejor después de eso.

Yo le indiqué un supermercado. Era casi hora de cerrar y sólo quedaban algunos

clientes en el local.

—Entra ahí como quien no quiere la cosa —dije—. Simula que vas a hacer algunas compras. No olvides coger un carrillo y echar dentro unas cuantas cosas para darle más visos de realidad. La oficina del gerente se encuentra al fondo; de modo que estudia tus posibilidades y atácale cuando no te vea nadie. El trabajo completo no te llevará más de cinco minutos. Yo estaré esperándote al final de esa bocacalle que hay entre el supermercado y el garaje.

—¿Está el dinero en la oficina? —inquirió Willie escéptico.

—Compruébalo con tus propios ojos. Ocho cajas registradoras y sólo una funcionando. Todas las demás han sido cerradas y su recaudación enviada a la oficina.

—Este golpe dará más de un millar —dijo Willie. Estaba aprendiendo aprisa.

—Más te vale creerlo así —repliqué engreído—. No sólo te lo quedarás para ti si lo haces bien sino que también será tu último trabajo a solas. Resuélvelo con acierto y nos asociaremos para el siguiente, en busca del dinero importante.

Willie se enorgulleció tanto que pudo haber hecho saltar los botones de su traje hecho a medida, encargado por correo.

—Una cosa más —le advertí—. Tengo la impresión de que ese gerente es del tipo estúpido. Así que, cuando empujes el carrito por ahí, coge un trozo de cuerda para atarle y algo como mordaza. No quiero que el hombre se parta los pulmones gritando antes de que nos larguemos. Y no intentes escabullirte por la parte de atrás. Esas puertas traseras han sido cerradas herméticamente desde la última entrega, a las seis.

Le dejé salir. Luego, maniobré para colocar el coche en la dirección contraria y apagué las luces.

Tuve razón al decirle que el trabajo requería cinco minutos. Cuando Willie dobló la esquina llevaba un saco demasiado grande para metérselo debajo de la chaqueta y se movía lo bastante aprisa para llamar la atención. Había recorrido ya medio camino hasta el lugar en donde yo le esperaba, cuando los faros de otro coche casi oculto en la negrura de un garaje y una bombilla de magnesio se encendieron casi en sus narices. Desde donde me encontraba sentado esperando, pude ver el terror en sus ojos cuando un policía uniformado salió de detrás de las luces, con la pistola preparada. Antes de que Willie pudiera comprender lo que le estaba ocurriendo, le fue arrebatado el saco. Luego, le hicieron abrir las piernas, con las manos apoyadas contra el garaje, y el poli apuntándole con su pistola. Luego, el poli le dio un empujón señalándole el camino con el arma y ambos emprendieron el regreso al supermercado. Cuando estaba casi llegando, al poli se le enganchó el pie en unos alambres que había por el suelo y cayó de bruces sobre unos cubos de basura, volcándolos. Perdió su arma en el percance y empezó a buscarla frenético.

Eso le proporcionó a Willie unos segundos tan sólo de ventaja, pero fue todo cuanto necesitaba para escapar. Salió volando de la calle y cruzó la autopista, provocando una súbita cacofonía de neumáticos chirriantes y bocinas escandalosas,

después, se sumió en las tenebrosas cocheras del ferrocarril como si tuviera a todos los perros del infierno tras sus talones.

Yo estaba ya de vuelta en casa, cuando Lee, mi socio, atravesó la puerta y arrojó el saco con el dinero del supermercado sobre la mesa. Ya había devuelto el uniforme de policía alquilado e iba vestido con traje de calle.

—¿Consiguió subirse al tren de mercancías? —pregunté.

—Por supuesto —asintió Lee—. Y cuando el tren redujo la marcha al ascender el pequeño cerro, casi temí que el muchacho se apeara para empujar. Ése no volverá por aquí nunca más.

Miré dentro del saco.

—¿Lo has contado ya?

—Un pellizco de veinticinco mil y pico —contestó Lee satisfecho—. Deduciendo lo que le debemos a Libbutz de la casa de empeños y a Jonesy de la funeraria, todavía nos quedan unos veintidós mil para repartir. No está mal para dos semanas de trabajo.

Me serví una copa y contemplé las estrellas por el ventanal del ático. No me sentía demasiado bien.

—Me ha fastidiado hacerle esto a Willie —dije—. Era un buen chico. Y prometía mucho.

—Ya lo superarás —explicó Lee que estaba muy atareado clasificando el dinero—. Te pasó lo mismo con uno de los otros, aquel muchacho que birló cuarenta mil grandes a la compañía de crédito, ¿recuerdas?

Por supuesto. Entretanto, me había bebido otras dos copas, y empecé a reír. No puedo permitirme el sentimentalismo. Después de todo, soy un profesional.

# LA NOCHE QUE HELEN FUE ASESINADA

*Pauline C. Smith*

Sencillamente, Helen no pertenecía a esa clase de mujer a la que se asesina. Oh, era bastante bonita, y pocas veces una chica guapa suele ser encontrada con el cráneo hundido o una bala en el corazón..., según lo titulan los periódicos: «Beldad hallada muerta». Así que Helen era lo bastante bonita para satisfacer algunos requisitos... Pero, ni su personalidad, que era nula, ni su estilo de vida, que era convencional, encajaban ahí.

Oí la noticia el miércoles, a últimas horas de la mañana, mientras me preparaba el café en la cocina. Los miércoles y viernes siempre me levanto tarde..., o al menos solía hacerlo. Apenas conecté la radio, la información me explotó en plena cara explicando todo sobre cómo había sido encontrada Helen Brainard la noche anterior, derrumbada sobre la alfombra de su sala y con el corazón atravesado por una bala procedente de una pistola reglamentaria o carabina de Jon, una de esas armas militares que siempre exhibía enorgullecido en su sala de tiro.

Jon, siendo el marido de Helen y, como es natural, el principal sospechoso, se hallaba ya bajo custodia, máxime cuando el arma homicida era suya en apariencia y todo estaba dispuesto para que el padre de Helen y la policía lo examinaran. Mi primer pensamiento fue: «¿Por qué habría de matar Jon a la gallina de los huevos de oro?». Helen era esa gallina, y los huevos de oro provenían de la agencia de automóviles de su padre.

Me vestí de arriba abajo, subí a mi coche y conduje hacia el centro.

Poco después de mediodía, aparqué ante Willard's, compañía inmobiliaria y de seguros, y asomándome por la puerta abierta vi a Willard sentado ante su mesa, y parecía tan abatido como lo estaba la noche anterior, hacia las once y cuarto.

Luego, caminé hasta el Rudolph's Grill donde yo sabía que estarían algunos de mi pandilla, que es asimismo la de Jon y Helen, y, si vamos a eso, también la de Willard. Todos nosotros nos conocíamos desde el Instituto..., bueno, Jon no tanto tiempo, por supuesto.

Todos estaban arracimados alrededor de dos mesas que habían puesto, y yo me introduje entre ellos. Encargué una ensalada, porque estaba vigilando mi peso, y una cerveza porque la necesitaba.

—Un tirador mortífero —dijo alguien—. Él aseguraba ser un tirador mortífero y tenía razón.

Siguió un momento de silencio mientras todos recordaban a Jon en su sala de tiro, presumiendo, explicando el mecanismo de sus pistolas militares, sus carabinas militares y quién sabía cuantas cosas más, describiendo cada arma con adoración, porque él había pertenecido al ejército, oficial, según dijo, y era un «tirador

mortífero».

No existían dudas en la mente de nadie de que Jon era el autor de ese asesinato. ¡Caramba, pero si todas las piezas encajaban como en un rompecabezas resuelto! El padre de Helen, en su camino de vuelta a casa desde el club Elk's, un poco antes de las once, y habiendo visto luces en casa de Brainard, había decidido entrar para discutir con su yerno cierto asunto de la agencia, y, en lugar de eso, se había tropezado con el cuerpo de su hija, asesinada poco antes.

—¡Imaginaos! —exclamó cada cual—. ¡Qué horrible sobresalto!

Y, ciertamente, debió de haber sido así. El padre de Helen tuvo un trastorno psíquico momentáneo, explicaban ellos. Durante un minuto o dos, volvió dónde estaban los teléfonos y por fin recordó el de la cocina; cuando corría hacia allá por el vestíbulo trasero para cogerlo, vio el arma sobre la mesa del vestíbulo, abandonada allí de cualquier forma tal como Jon hacía siempre con sus armas una vez las había exhibido y descrito.

Uno de nuestra pandilla estaba en el periódico local y otro era socio de la emisora radiofónica. Ambos tenían noticias de primera mano, con toda suerte de detalles, y disfrutaban no poco contándonos cuanto sabían.

—¿A qué hora fue asesinada? —pregunté. Y supe que habría sido entre las diez y cuarto y la hora en que la encontró su padre, es decir, pocos minutos antes de las once pero, aun cuando el juez instructor intentara proceder por el método científico, él se inclinaba, personalmente, por las once, debido al hecho de que a esa hora. ¡Jon se encontraba todavía allí! ¡Pues no había tenido tiempo de hacer mutis!

Casi me ahogué con mi cerveza, y las dos divorciadas, recién llegadas a la ciudad, y de nuevo en el seno de la pandilla, rompieron a llorar. Nunca pude soportar a ninguna de las dos, ni siquiera durante nuestros años de estudiantes en el Instituto.

Según parece, el padre de Helen, sobresaltado al descubrir la pistola, debió de quedarse inmóvil allí; luego, antes de llegar a la cocina y al teléfono, vio luz de faros surgiendo de la cochera y oyó el ruido de un motor al arrancar.

—¿Vio salir luz de faros? —inquirí—. ¿Y arrancar un motor?

Eso fue, en apariencia, lo que el viejo había contado. Él explicó haber visto luz de faros y oído arrancar un motor, así que corrió hacia la puerta trasera, la abrió de un empujón y, agarrando a su yerno, le hizo salir del coche a tirones... Ahora bien, por muy importante que sea su agencia, el padre de Helen no es el hombre más inteligente del mundo y tampoco el más ágil.

—¿Y qué dice Jon? —pregunté.

Las dos divorciadas dejaron caer un nuevo chaparrón de lágrimas al oír decir que Jon no había pronunciado palabra, pues estaba estupefacto.

Bebí el resto de mi cerveza y me levanté.

—Bien, supongo que él lo hizo —dije. Y todos ellos aseguraron suponer que había sido él.

Yo no me refería a Jon. Ellos sí.

Caminé hasta donde estaba aparcado mi coche y eché otra ojeada a la oficina inmobiliaria y de seguros. Willard seguía sentado ante su mesa, el rostro desprovisto de todo color..., ¿y por qué no? Helen había sido la chica por quien él se habría prestado, con toda probabilidad, a lavar la vajilla y sacar la basura.

Subí a mi coche y pasé por delante de la agencia de automóviles. No pude ver gran cosa a través del escaparate, salvo la secretaria, sentada muy tiesa y recatada en su pequeña silla giratoria (apuesto cualquier cosa a que ella no tuvo oportunidad de triscar sobre el viejo diván de cuero en la habitación trasera). Estaba sola en la sala de exposiciones mientras que el padre de Helen se hallaría, probablemente, anudando lazos para mantener a Jon entre rejas, y Jon se hallaría entre rejas preguntándose, probablemente, cómo había llegado hasta allí.

Regresé a la casa de Brainard atravesando la ciudad, tardando veinticinco minutos, para ser exactos, desde la agencia hasta allá. Un edificio grande, desparramado sobre la cima del cerro, como sobre un cono truncado, con la glorieta extendiéndose hasta el flanco oriental de la propiedad contigua a la derecha. Yo he estado muchas veces allá arriba con Willard, pues los Brainard son grandes organizadores de fiestas..., es decir, Jon daba las fiestas mientras Helen permanecía sentada con aquella encantadora actitud catatónica y Willard, el amante desdeñado, se acurrucaba entristecido en el más alejado rincón.

Conduje hasta la glorieta, orillé la casa por el flanco de los dormitorios, doblé la esquina trasera y, llegando a la cochera frené, poniendo el coche cara al Oeste. Miré a través del parabrisas y pude ver la puerta acristalada orientada hacia el Este, tal como me figuraba que estaría.

Permanecí allí sentada durante unos minutos, bajo la sombra que proyectaba el tejado del garaje, mirando el entramado de sombras producidas por la luz del sol sobre el verde lustroso del patio e imaginándome cómo sería aquello de noche, con el reflejo súbito de faros en la puerta trasera acristalada y el rugido del motor sonando muy cerca, de repente.

La casa había sido construida en forma de L. Solté el freno y salí del cobertizo dando marcha atrás; luego, seguí por el camino que rodea la casa, pasé ante las ventanas de la cocina y las anchas puertas acristaladas de la sala, en el ala norte, y doblé la esquina de la casa en el ala oeste donde se encuentra la sala de tiro detrás de la cancha de tenis y el azul de la piscina destellando en la terraza inferior. «Pobre Jon, ¡el atleta! No tendrá natación ni tenis en la cárcel. Y tampoco podrá jugar con armas».

Lástima, cuando se piensa que Jon disfrutaba de tantos privilegios: mansión, piscina, pista de tenis y sala de tiro, resumiendo en una palabra, el gran chollo. Y todo ello adquirido en siete breves años gracias al empleo de la agencia que le había tocado junto con Helen, mientras que todo cuanto él aportó al matrimonio, aparte de su elegante peinado e impecable bigote, fueron algunas pistolas y carabinas del Ejército más la reputación de ser un tirador mortífero lo que, en realidad, le ha

hundido.

Los cortinajes estaban echados, sin dejar ni un resquicio, sobre las anchas puertas acristaladas de la sala, en el ala oeste. Conduje ante la fachada principal en donde el camino traza una curva y pasa por delante de la doble puerta principal, el lugar en donde el padre de Helen aparcaría su coche la noche anterior, un lugar que distaba demasiado del ala este para que se viera desde allí un vehículo en la oscuridad.

Descendí de la colina sin ver ni un solo coche de la Policía. Me figuré que su trabajo en la casa habría concluido la noche anterior..., y quizás así hubiese sido cuando tuvo a su asesino localizado y bajo custodia.

Me costó, exactamente, quince minutos llegar a casa y coger el teléfono que estaba sonando. Era mi madre.

—¿Qué es lo que se dice por ahí acerca de una amiga tuya? —me preguntó apenas apoyé el auricular a mi oído.

Le expliqué todo lo que, a mi juicio, debería saber, y ella, después de prevenirme contra mi futura selección de amigos, colgó, consternada todavía. Mi madre piensa que no es un buen tono el ser asesinado y que tampoco lo es el haber tenido amistad con una persona asesinada. Mi madre es algo grande en materia de buen tono. Tal vez fuera ésa la razón de que me enviase a aquella repugnante escuela de señoritas mientras que el resto de la pandilla iba a los colegios universitarios del Estado.

Aquél fue un período miserable de cuatro años. Mi madre esperaba que yo me graduara en elegancia y gentileza mientras que yo deseaba tan sólo regresar y llegar a tiempo por si quedaban todavía algunos machos elegibles en mi extraordinario grupo. Ambas fracasamos. Cuando yo regresé con mucho cerebro pero ninguna gentileza, cada varón de los que yo conocía se encontraba haciendo el servicio militar, o casado, o se había marchado buscando fortuna a la gran ciudad. Sólo quedaba Willard, y éste le pedía una cosa a la vida solamente: casarse con Helen para tener el derecho inalienable de ayudarla a fregar la vajilla y sacar la basura. Ésa había sido su rancia forma de expresar esa devoción a lo largo del bachillerato y de los dos primeros cursos universitarios. Y, probablemente, todo se habría hecho realidad y Helen seguiría viva aún si el padre de Willard no hubiese muerto, pues entonces él no habría tenido que abandonar la Universidad, y a Helen, para regresar a casa y hacerse cargo de la inmobiliaria y los seguros.

Demasiada mala suerte, porque allí quedaba Jon, dispuesto a reemplazarle, ya que su presencia en el *campus* universitario tenía como único objetivo ver lo que podía pescar de cara a un futuro sólido... y Helen le pareció bastante sólida. Así que se casó con ella, pero si Helen se hubiese casado con Willard en lugar de con Jon, nunca habría sido asesinada.

Así es la vida, me figuro. Y también la muerte.

Fue establecido rápidamente que el arma que había sobre la mesa del vestíbulo era propiedad de Jon, y que la bala homicida había salido de aquella pistola..., cosas que todo el mundo sabía.



Asimismo, las huellas dactilares halladas en la culata del arma eran las de Jon, otra cosa que todo el mundo esperaba..., excepto yo. No, no me lo esperaba y quedé estupefacta al saberlo hasta que empecé a meditar sobre la fanfarronería de Jon en su sala de tiro no hacía mucho tiempo y a recordar con cuánta soltura manipulaba la carabina, pistola, o cualquier clase de arma, y las posturas que adoptaba para apuntar guiñando un ojo y haciendo fuego, y cómo después se retiraba con aire triunfante por la puerta acristalada, y arrojaba, indiferente, la pistola sobre la mesa, con aire casi despectivo, y se limpiaba las manos con ostentación en el paño que siempre tenía allí a tal efecto.

Pues bien, ese día y el siguiente transcurrieron de forma bastante prosaica, y durante ellos escuché la emisora local, leí el periódico local e hice mi trabajo el jueves por la tarde en la biblioteca. Llevo cerca de un año haciendo suplencias los martes y jueves por la tarde, un trabajo que yo no habría considerado siquiera después de haber sido bibliotecaria titular durante cinco largos años de soltería, si no fuese porque me proporcionaba cierta libertad dos veces a la semana..., una libertad innecesaria ya puesto que Jon estaba tan terriblemente inalcanzable; de modo que lo mismo me daba dejarlo.

El socio comanditario de la emisora y el periodista se presentaron en Rudolph's con la noticia nada sorprendente de que Jon debería permanecer donde estaba porque, según uno, el juez no admitiría fianzas, y según otro, el padre de Helen lo tenía todo tan bien atado que Jon no podría levantar cabeza. Por mucho que se hiciera, Jon seguiría encerrado bajo llave, y las dos divorciadas lloraron por todo el local.

Una y otra deploraron el encarcelamiento de Jon con tantos lloros y lamentaciones que di por seguro que ambas se habían reunido con él en el cuarto trasero alternando las noches de lunes y miércoles, las únicas disponibles de la semana teniendo él ocupados el martes y el jueves. Esos lunes y miércoles bastaron para dar cierta expresión al rostro de Helen..., una de sospecha reveladora que Willard había confundido con desencanto comprobado. ¡Vaya hombre! ¡Después de haber parecido medio muerta durante todos estos años, la pobre Helen resultaba asesinada tan pronto como parecía revivir!

Esa nueva expresión estuvo allí a la vista de todos, pero nadie se molestó en prestar atención a Helen, excepto el oportunista Jon durante el tiempo suficiente para conquistarla, y el idealista Willard quien aspiraba a sacarle la basura para siempre. Ella fue cual un jarrón primoroso o una exquisita estatuilla, inalterablemente hermosa de tal modo que muchas personas no se dieron cuenta de que algo debía haber influido sobre ella para darle aquella apariencia deslumbrante. Bueno, también Willard percibió esa expresión de vida en el semblante de Helen y, como es natural, me lo refirió a mí.

Siempre me había hablado acerca de Helen..., después de que yo abandonara aquella insufrible escuela de señoritas para volver a casa y hacerme bibliotecaria. Solía pasarse por la biblioteca cuando salía a inscribir una casa o vender una póliza, y

se inclinaba sobre el pupitre para contarme lo mal que se sintió cuando Helen se casó con Jon, y yo le consolaba dándole unas palmaditas en la espalda porque él era el único varón disponible en mi grupo; o bien me visitaba en casa por la noche, exteriorizando su emoción llorando en mi seno y yo me limpiaba del cuello sus lágrimas y le palmoteaba la cabeza porque él era el único varón soltero que quedaba.

Así pues, Willard notó el cambio reciente en la expresión de Helen, y, entonces, la suya propia pasó de melancólica a esperanzada, y él me habló sobre ella por primera vez en un año...; sin embargo, no se inclinó más sobre el pupitre, ni hubo más llanto teatral, ni yo le di más palmaditas amables.

—Es cierto que ella parece diferente —dije con pasiva objetividad—. Se sienta erguida, mueve los ojos a un lado y otro, y sus labios se entreabren como si estuviera suspirando fuerte. ¿Y qué?

—Da la impresión de haberse hartado del individuo —murmuró. Había escogido, cauteloso, sus palabras, orillando con sumo cuidado su esperanza.

Yo le sonreí compasiva. Pobre Willard. La confianza asomando a sus ojos relucientes significó que había recuperado el ensueño perdido.

—Vamos, Willard —le expliqué con sentido práctico considerando que era una obra de caridad el ponerle al corriente—, si estás pensando que Helen dejará a un lado a Jon por unas cuantas miradas y sonrisas disimuladas, te equivocas de medio a medio.

Él quiso rebatirlo. El deseo de argumentar asomó a sus ojos, pugnando por expresarse en oleadas de angustia, pero ya no reunía las condiciones necesarias para discutir conmigo sobre Helen, o describirme su amor por ella, o llorar por su causa sobre mi pecho..., ¡nada de eso!

—Así están las cosas, Willard —le dije. Pero no me creyó. La nueva expresión de Helen significó una sola cosa para él: por fin, ella había despertado a la Verdad, a Willard y a su amor por ella.

No desperdició la menor oportunidad para merodear a su alrededor. Le apretó las manos entre las suyas, un poco jadeante, le leyó las palmas como si una dijera *te odio* y la otra *te amo*. Willard, incapaz de disimular sus sentimientos, los aireó tal como hiciera en tiempos en el Instituto. Le obsesionó el retorno de su ensueño, interpretando cada mirada airada de Helen, cada gesto de susto cual un signo esperanzador. Mostró tal determinación en su obsesión, que esperé verle cualquier día cargándosela al hombro y marchando hacia el horizonte crepuscular adonde pudiera ayudarla a fregar los platos y sacar la basura.

¡Pobre Willard! Ahora él parece tan muerto como su ensueño.

El viernes por la mañana, la radio crepitó con la noticia de que Jon había salido de su letargo y estaba hablando por los codos en su morada carcelaria, así que fui a Rudolph's para almorzar y escuchar al socio comanditario de la emisora y al periodista, quienes me contaron que, según Jon decía ahora, él no estaba *abandonando la casa* después del asesinato sino *llegando a la casa*, por lo cual, si no

se encontraba en ella durante el asesinato, ¿cómo pudo haberlo cometido?

—Esa historia es ridícula —dijo alguien—. ¿Acaso piensa que un cuento tan estúpido puede tener credibilidad? —Y las dos divorciadas derramaron dos o tres lágrimas.

—Sí, porque asegura tener un testigo —apuntó el periodista.

—¿Un *testigo*? —pregunté yo—. ¿Del asesinato?

—Un testigo del lugar en donde él estaba antes de volver a casa y decir a su suegro que se *marchaba*, precisamente por ignorar que el cuerpo de Helen estuviese dentro del edificio con el corazón atravesado por una bala.

Un momento de silencio siguió a esa notable declaración, cuyo significado cada uno intentó desvelar.

Yo supe lo que significaba y me levanté durante el susodicho silencio.

—¿Acaso dijo quién era ese testigo? —pregunté.

Ni el socio comanditario de la emisora ni el periodista pudieron contestarme. Sólo sabían que Jon estaba intentando elaborar una coartada, y que la policía investigaría, probablemente, al testigo de su coartada. Así que yo me fui a casa pues quise estar allí para la investigación.

Cuando había pasado el tiempo justo para hacerme un poco de café, ese mentecato de Bill Ruff a quien yo recordaba vagamente de nuestro bachillerato y que ahora era detective de la policía, llegó en su coche sin distintivos y avanzó con aire furtivo hacia mi casa para interrogarme. Mantuvo una actitud circunspecta por no querer acusar a una mujer casada, ni siquiera por alusión, de lo que él debía acusarme, porque él estaba investigando el caso y Jon intentaba desesperadamente demostrar que él era culpable de una cosa pero no de la otra.

—Caramba, Ruff —le saludé mientras él descargaba su peso sobre un pie y luego sobre el otro lleno de embarazo—. Siéntate —dije, y él se sentó. Entonces, para darle algo qué hacer con las manos, le pasé una taza de café y le pedí que me contara todo sobre el caso.

Y él lo hizo, agradecido por la oportunidad de recitar un preámbulo, un prólogo, al objeto de encubrir la insultante sugerencia que implicaba la acusación de Jon. ¡Ja!

—El encarcelado, ese Brainard —dijo él tragando saliva—, alega haber llegado a su casa después del asesinato. No haberse salido de ella después.

—Eso he oído decir —murmuré.

—El suegro asegura que él vio los faros del coche iluminando el cristal de la puerta trasera y que oyó arrancar el motor, y que ese tipo, el encarcelado, ese Brainard, se estaba largando y nada más.

—Eso he oído decir y también lo he leído —dije—. Que él se marchaba después del asesinato.

Ruff asintió haciendo bailar la taza en su platillo.

—Bien, el suegro se precipitó afuera, naturalmente, para abordarle...

—Naturalmente —convine.

—Y gritó algo.

—¿Quién gritó algo? —pregunté.

—El suegro —Ruff dejó taza y platillo sobre la mesa para poder accionar—. El suegro le gritó que se detuviera. Le gritó que adónde diablos se dirigía o creía dirigirse..., algo por el estilo.

—¿Y adónde dijo Jon que se dirigía? —pregunté a Ruff.

—Nadie lo recuerda, pero el suegro asegura que ese Brainard dijo *algo* de que iba a *alguna parte*—, así que él lo sacó a tirones del coche y lo empujó hacia la casa.

Lo que el suegro de Jon no pudo hacer, por descontado, pues sus músculos eran tan flácidos y tan poco ejercitados, que no hubiera podido en modo alguno arrancar a Jon del coche..., si acaso tirar un poco de él, quizás, y darle algún empujoncito hacia la puerta trasera.

—Y después, ¿qué? —pregunté.

—Bien, él le mostró el cuerpo y llamó a la policía, y ahora el encarcelado, ese Brainard, dice que él no huía ni mucho menos después del asesinato sino que volvía a su casa y no tenía ni idea de que se hubiese cometido un asesinato.

—¿Qué extraño! —Dije sacudiendo la cabeza—. ¿Tiene alguna prueba de que llegaba y no marchaba?

—Bueno, él dice tenerla —Ruff dejó caer los párpados—. Nos ha contado que él estaba en la agencia, la agencia de automóviles propiedad de su suegro.

—¿Ah, sí, ésa...! —Dije—. Entonces, por amor de Dios, si él estaba allí, ¿por qué caramba decir que iba a tal o cual lugar en vez de que venía a casa desde la agencia de automóviles?

—Porque alguien estaba con él en la tal agencia.

—¿Oh?

—Una mujer —Ruff carraspeó a modo de disculpa y agregó—: Dice que eras tú. Dice que estuviste con él en la habitación trasera de la agencia hasta las diez y media. Dice que tú puedes procurarle una coartada.

—¿Dice eso? —exclamé mirando indignada a Ruff.

Él hizo revolotear las manos, se encogió de hombros y movió la cabeza como si quisiera denotar cuán poco tenía él que ver con semejante acusación.

—Vamos Ruff, yo no soy ese tipo de mujer que se escurrir con un hombre en las trastiendas de las agencias. Tú me conoces lo suficiente para saberlo...

Ruff, que había sido siempre un intruso merodeando por los lindes de la pandilla sin pertenecer nunca a ella, no me conocía en absoluto. Eso era lo que él quería. Asintió con la cabeza, enérgico y ansioso a un tiempo.

—Pero como tú te limitas a hacer tu trabajo —esboqué una sonrisa absolutoria—, te contaré, exactamente, dónde estaba y lo que hice en la noche del asesinato. Eso fue el martes por la noche, mi noche de bibliotecaria. Trabajo de suplente en la biblioteca, ya sabes, los martes y jueves por la noche. —Él no sabía ni jota—. Así que allí es donde yo estuve. Cualquiera podrá decírtelo. Bien, cierro las puertas a las

nueve en punto, apago casi todas las luces y continúo trabajando..., pues el trabajo de una bibliotecaria, ya sabes, jamás tiene fin. Hay que catalogar, clasificar y devolver los libros a sus correspondientes estanterías... —¿De qué iba a saberlo él?—. Me marcharía de allí hacia las diez, no mucho más tarde..., en verdad, no siempre estoy pendiente del reloj de modo que no puedo asegurarlo..., y me fui a casa.

Al levantarse tan desmañado como de costumbre, Ruff golpeó la mesa haciendo temblar peligrosamente la taza y su platillo. Enrojeció por su torpeza, farfulló una disculpa inadecuada y se escurrió de costado hacia la puerta.

—Pregúntale a Willard —sugerí mientras iba tras él—. Pregunta a Willard cuándo me vio esa noche. —Lo dije a sabiendas de que Willard encontraría muy conveniente el haberme visto aquel martes por la noche, y el haberme visto temprano, antes del asesinato—. Pregúntale a Willard, Ruff —repetí meneando la cabeza entristecida—. Pobre Jon..., supongo que, en definitiva, él debió de haber estado marchándose, y no llegando.

La causa del síndrome «yendo y viniendo» resultaba evidente para mí aunque no lo fuese para nadie más. Lo que el padre de Helen vio por la puerta acristalada trasera no fue el relampagueo de faros como si Jon los hubiera encendido para abandonar el escenario del crimen, sino el relampagueo de unos faros ya encendidos, cuando el coche doblaba la esquina de la casa, que iluminaron la puerta acristalada trasera desde el cobertizo; es decir, cuando Jon llegaba a casa para descubrir que se había cometido un crimen. Lo que el padre de Helen oyó no fue el arranque del motor, sino la aceleración del mismo tal como Jon hace siempre cuando llega a algún sitio; ese rugido es su forma de avisar que ha llegado y que es preciso prestarle atención; aparentemente, su suegro se la prestó.

¡Pobre Jon! La sorpresa debió de hacerle saltar dentro de su bronceada piel cuando entró zumbando en el cobertizo veinticinco minutos después de haber dejado la agencia y viera y oyera a su suegro abalanzándose sobre él y vociferando una pregunta; probablemente, se creería el hombre más afortunado del mundo cuando el otro le preguntó *adónde* iba y no *de dónde* venía.

Ruff se subió a su coche sin distintivos y partió hacia la Comisaría para presentar su informe, convencido como nunca de que Jon era culpable del asesinato de Helen. Yo sabía que tal culpabilidad no era cierta, y Jon también. Él había estado conmigo como de costumbre, según lo había declarado, en el cuarto trasero de la agencia desde las nueve y pico, cuando yo cerré las puertas de la biblioteca, hasta las diez y media, cuando yo me marché a casa y él hizo otro tanto.

Al llegar a casa, sobre las once menos cuarto, y encontré allí a Willard con la obsesión y la resolución borradas de su semblante, dejándolo de un gris timorato, me figuré que él había matado a Helen hacia las diez y veinticinco puesto que hay un recorrido de quince minutos en coche desde la casa de Brainard a la nuestra y él no pudo haberseme adelantado más de cinco minutos en la carrera hacia casa. A él se le había visto todavía jadeante de tanto ejercicio.

Yo podría preguntárselo alguna vez, pero, a decir verdad, no necesito hacerlo; sé lo que sucedió. Aquella noche, él fue a casa de los Brainard. Sólo los cielos saben cuál sería su designio. Quizá se propusiera cargar con Helen al hombro y partir hacia el horizonte crepuscular, tal como yo le creía capaz de hacer, o tal vez sólo esperara oírle decir que estaba, ciertamente, harta de Jon. Sea como fuere, esa obsesión suya, sumada a la resolución, lo empujó hacia casa de los Brainard con una pregunta en los labios y el corazón en la mano. ¡Quién sabe cómo lo preguntaría! Quizá dijera sencillamente: «¿Estás tan harta de Jon que ahora querrás ya permitirme fregar tus platos y sacar tu basura?». Asimismo, él podría no haber pensado nada en absoluto, olvidándose por completo de mí, pues si Willard, en su sano juicio, no es demasiado despierto, Willard, con el juicio perdido por Helen, es fantástico.

Tampoco sé lo que Helen hizo. Tal vez le dijera que no la molestase o que se quitara de su vista, pero, con ese estilo inexpresivo tan peculiar de ella, quizá se riera al fin, o quizá llorara, también al fin. Cualquiera que fuese su reacción, Willard captó el mensaje, y al precipitarse ciego de ira por el vestíbulo posterior para salir, descubrió la pistola, o carabina, o lo que fuera que estuviese sobre la mesa el martes por la noche. Entonces, la cogió, arrastrando paño y todo con ella, sin un plan preconcebido y sin sentido común, regresó corriendo a la sala y, con toda probabilidad, disparó a la ventura. Al verle, Helen intentó escapar pero como lo hiciera, naturalmente, con lentitud, se puso, por así decirlo, en el camino de la bala, ¡y ésta le atravesó el corazón!

La razón de que yo no denuncie a Willard para que le den su merecido no estriba en mi lealtad conyugal hacia él pues, por cierto, estamos casados desde hace un año. Sólo deseo vengarme de Jon por usar esa habitación trasera de la agencia demasiado a menudo y con demasiadas chicas.

# UN CASO POR MOR DE LA QUIETUD

*William Jeffrey*

El Hotel Kings Head cubierto de yedra, se alzaba sombrío y austero, aunque extrañamente majestuoso, en la linde del poco frecuentado páramo Ickley Moors, en Yorkshire, región septentrional de Inglaterra. Construido al estilo isabelino de ladrillo rojo cuyos tres siglos de existencia lo habían decolorado y corroído un poco, lucía su guirnalda perpetua de niebla en madejas cual una costosa, si bien algo desaliñada estola, y miraba el desolado y estéril páramo con altanería sin par.

Dentro, más allá del pequeño vestíbulo de recepción, había un inmenso salón de severo decorado. Una chimenea alta, abierta y de mucho fondo, dominaba casi toda una pared. En su hogar pétreo había un gran cesto de hierro forjado representando un perro que contenía leños que ardían sin tregua mientras hubiesen huéspedes por los contornos. En el otro extremo había un bar pequeño y confortable; largos cortinajes hasta el suelo, de terciopelo color vino, cubrían las otras dos paredes. El mobiliario era oscuro y macizo, compuesto mayormente por sillones de orejas y largos sofás con respaldos y patas ornamentales de madera tallada. Una gran araña de cristal pendía del alto techo y, colocadas a intervalos estratégicos, había pequeñas mesas con sus correspondientes lámparas de lectura.

Aquella noche, como casi todas si no todas las noches, sillones y sofás estaban ocupados por una docena, más o menos, de damas y caballeros cuyas edades variaban más allá de las tres veintenas. Todos ellos guardaban un silencio tan completo que a cualquier intruso le hubiera parecido casi ensordecedor; los hombres leyendo el *Times* de Londres o el *Guardian* de Manchester con escrupulosidad concienzuda y precisa, bebiendo *brandy* con soda o *whisky* escocés y jengibre seco; las mujeres haciendo macasares de *crochet* o tapetes de complicados dibujos, sorbiendo jerez o bien tomando, quizás, una taza de té reforzado generosamente con leche y azúcar. Hablaban entre sí raras veces, y cuando lo hacían, sólo en susurros. Un melancólico camarero, entrado en años y de obsequiosidad silente llamado Peters, circulaba entre los huéspedes llenando en silencio algún que otro vaso y vaciando los pesados ceniceros de peltre que contenían ceniza de cigarro puro y residuos de pipa.

Así pues, el crepitar amable del fuego en la chimenea era el único sonido allí cuando el forastero hizo su entrada a las diez y cuarto.

Era un hombre grande, de rostro enrojecido, vistiendo pesado gabán de *tweed*, bufanda de seda, y luciendo unos costosos guantes de conductor. Entró jactancioso en el vestíbulo de recepción permitiendo que la maciza puerta de roble diera un buen golpazo a sus espaldas, y se detuvo unos instantes dejando escapar ruidosamente el aliento por la boca abierta. Luego, al descubrir el bar mirando por la arcada a la izquierda del repulido pupitre, hizo una breve inclinación de cabeza al viejo

Hathaway, el recepcionista de noche, y atravesó la ancha arcada con paso firme para adentrarse en el salón.

—*Whisky* escocés y hielo —dijo estrepitoso a Michaels, el barman, quien estaba preparando a conciencia un *brandy* con soda.

—¿Señor? —dijo Michaels levantando la vista sorprendido. Era un trasunto algo más joven de Peters.

—*Whisky* escocés y hielo —repitió el forastero—. Y apresúrese, ¿quiere?

—Sí, señor.

Michaels terminó con la preparación del *brandy* con soda y lo colocó sobre la bandeja de plata que Peters sostenía. Luego, se volvió hacia las hileras de botellas y vasos de las estanterías que había a sus espaldas.

—¿Dónde está el garaje más próximo? —inquirió el forastero quitándose los guantes de conducir.

—¿Garaje, señor?

—Esas condenadas carreteras de ustedes le han hecho algo a la dirección de mi coche. Y no puedo seguir mi camino hasta que un mecánico la revise.

—El único mecánico de los alrededores es Jerome Bosley, señor —contestó Michaels en voz baja—. Él repara principalmente tractores.

—¿Tractores?

—Sí, señor —Michaels extendió con sumo cuidado una servilleta ante el forastero y luego colocó un vaso de cristal tallado en su centro exacto. Se aseguró de que la corona del Kings Head, impresa en la primera y grabada en el segundo, quedara frente al forastero—. Y algún camión de vez en cuando. Pero ahora está en Bridlington visitando a su madre, y no regresará hasta mañana por la tarde. Mucho me temo que no encuentre otro en sesenta kilómetros a la redonda, señor.

—¡Ah, eso está bien, muy bien! —exclamó el forastero con notorio sarcasmo—. ¿Y qué se supone que debo hacer entretanto?

—Eso lo ignoro, señor —dijo Michaels. Acto seguido vertió un generoso chorro de *whisky* en el vaso y dio un paso atrás.

El forastero frunció el ceño.

—El hielo —dijo.

—¿Señor?

—¡Maldita sea, buen hombre, el hielo! ¡El hielo! —gritó el forastero señalando su bebida con mucha expresividad—. ¡Se ha olvidado del hielo! No esperará usted que me beba caliente este brebaje, ¿verdad?

—No, señor. Por supuesto que no, señor. ¿Peters? ¿Querías...?

Peters hizo una breve inclinación, caminó a lo largo del salón, cruzó el comedor oscurecido y entró en la solitaria cocina situada al fondo. El forastero observó su retirada durante unos instantes y luego se volvió para examinar el resto del salón.

Sus ocupantes hicieron caso omiso de su presencia.

El forastero hizo un gesto burlón y se encaró con Michaels dejando caer sus



guantes sonoramente sobre la madera pulimentada del bar. Luego dijo para sí en un tono que a él le parecería un murmullo: «El sueño de un arqueólogo..., una tumba repleta de viejos fósiles».

Por causa de este último comentario, el espinazo de Michaels se puso rígido, el aliento del coronel (retirado). Gloucester Smith se cortó por unos instantes, y a la viuda de Pembrington se le escapó un punto. Ahora bien, aparte de esos lances, el salón podría haber sido el calvero de una floresta en un día singularmente sereno.

—Tengo que hacer una llamada importante —dijo el forastero—. ¿En dónde está su teléfono?

—No hay ninguno, señor.

—¿Cómo es eso?

—No lo usamos por estos contornos.

—¡Todo el mundo usa el teléfono!

—No, señor —dijo Michaels paciente—. Los residentes de esta casa no lo necesitan, y además es un aparato que tiene el pernicioso hábito de sonar a horas avanzadas. Muy perturbador.

El forastero le miró incrédulo.

—Supongo que tampoco habrá un lugar desde donde me sea posible enviar un telegrama.

—No, señor, me temo que no.

—¡Maldita sea, buen hombre! —explotó el forastero—. Necesito comunicarme con mis asociados comerciales en Londres y explicarles dónde me encuentro. Ellos no tienen ni idea de que yo me dirigía hoy a Manchester; y no tendrán ni la más mínima noción de mi paradero.

—Lo siento, señor.

—¡Claro que ha de sentirlo, maldición! —masculló el forastero. Y levantó la vista justamente cuando Peters regresaba manteniendo en equilibrio un cuenco azul de porcelana china que contenía cuatro cubos de hielo—. ¡Vaya, ya iba siendo hora! Empezaba a pensar que tal vez se hubiera perdido usted por allí sin poder encontrar el camino de vuelta.

Entonces varios huéspedes del salón parecieron apercibirse de su presencia. Hubo miradas furtivas por encima del *Times* y del *Guardian* y una caída generalizada de macasares y tapetes. Sir Pruit, sentado en un rincón, con el fonógrafo desconectado, había sorbido ya el suficiente *brandy* para volverse y lanzar una mirada fulminante al forastero antes de sumirse una vez más en el anonimato de su sillón de orejas.

Si el forastero sintió la fijeza de esa mirada en la espalda, no lo dejó entrever. Esperó impaciente mientras Peters sumergía dos cubos de hielo en su *whisky* con unas tenazas de azúcar, y luego removió el líquido con la punta del dedo índice.

—Bueno, ¡salud! —dijo levantando el vaso y se bebió el *whisky* de un solo trago. Luego chascó los labios, dejó el vaso sobre el mostrador y pidió otro.

Michaels se lo sirvió.

—¿Tiene algo de comer aquí? —inquirió el forastero.

—El comedor está cerrado, señor.

—Eso ya lo veo —replicó el forastero malhumorado—. ¿Qué me dice de unos emparedados o algo de queso y galletas saladas?

—Me temo que no, señor.

—Cacahuets entonces. ¿Saladillos? ¿Cebollitas?

—Lo veré, señor.

Después de una búsqueda más bien prolongada, el barman localizó una caja medio vacía de galletas de arrurruz rancias, ya olvidada, y lo colocó afablemente delante del forastero.

El forastero cogió la caja, frunció terriblemente el ceño y escudriñó su interior.

—Pero ¿qué es esto?

—Galletas, señor. Solemos servir las a la hora del té.

—¿Galletas? —preguntó el forastero mientras dejaba caer unas cuantas sobre el bar—. ¿Galletas? —repitió mordisqueando una—. Querrá decir cal, ¿no? —farfulló haciendo muecas.

—Creo que es todo cuanto tenemos por el momento, señor.

El forastero murmuró algo incoherente y comió otra galleta. Masticó con una aspereza peculiar, rechinando los dientes, y a la viuda Pembrington se le escapó otro punto. Su acompañante, *Miss Agatha Crenshaw*, cogió un bolso para sacar una tableta contra la jaqueca.

—¿Tienen aquí habitaciones disponibles —dijo el forastero, con la boca llena todavía de arrurruz—, o habré de dormir en mi coche esta noche?

—¡Oh! A buen seguro podremos acomodarle de una forma que le convenga, señor.

—Bien, bien ¡No me diga! —Y girando sobre su taburete el forastero vociferó—: ¡Recepcionista! ¡Recepcionista!

Algunos huéspedes respiraron con la violenta explosión, y se oyó un sonido de pisadas presurosas provenientes del vestíbulo de recepción. Hathaway apareció debajo de la arcada.

—¿Señor?

El forastero le lanzó una funda de cuero llena de llaves. Hathaway no alzó los brazos a tiempo para cogerlas, y todas cayeron con gran tintineo al suelo. El hombre se agachó muy despacio apoyando una mano sobre su rodilla.

—Saque mis maletas del deportivo color naranja que está aparcado ahí fuera y regístreme en el libro, ¿quiere? Mi apellido es Rasmussen, Harold J. Rasmussen.

Hathaway tuvo dificultades para recobrar la posición vertical.

—¿Sólo para una noche, Mr. Rasmussen? —preguntó tímido.

—Así lo espero, maldita sea. Pero ¿quién sabe lo que tendrá mi coche? Lo mismo podría estar aquí una semana o más, los cielos no lo quieran. —Tiró otra pequeña galleta al aire y la cogió con la boca—. Escuche, póngame un baño en esa habitación,

y más le vale que vaya acompañado de agua caliente, maldición.

—Sí, señor —dijo Hathaway. E hizo mutis.

El forastero, Rasmussen, se volvió otra vez hacia el bar.

—Espero que ése no sufra un ataque cardíaco o algo similar llevando mis maletas. —Pareció creer que semejante perspectiva era de una comicidad descomunal; sus carcajadas fueron estridentes y ensordecedoras, casi ladridos.

Al cabo de un rato paró de reír, se secó las lágrimas, se sonó estruendosamente con un pañuelo de seda y miró a Michaels.

—¿Qué me dice? ¿Ponemos un poco de música?

—¿Señor?

—¡Música! ¿Es usted duro de oído? Algo candente y fragoroso. Si voy a quedarme estancado en un lugar como éste toda la noche, pienso divertirme por lo menos. Así que, adelante, demos un poco de vida a este mausoleo.

Al fin, el forastero logró captar la atención indivisa de cada uno de los huéspedes que había en el salón. Sus palabras fueron cual un viento glacial batiendo súbitamente el calvero en aquel día sereno. Un rumor suave, casi inaudible, empezó a correr por la estancia, el susurro de hojas agitadas.

El coronel (retirado). Gloucester Smith exhaló un leve suspiro y se levantó de su sillón. Escrutó toda la habitación con mirada lenta, suspiró otra vez y luego se encaminó hacia el bar con paso rígido de militar. Hizo alto ante Rasmussen y se aclaró la garganta.

El forastero le miró con frialdad.

—¿Quién es usted?

—Coronel Gloucester Smith, retirado, a su servicio. Me estaba preguntando si..., ejem..., si le importaría acompañarme a tomar una copa.

—¿Cómo? ¿Se ofrece usted a comprarme una copa, cabo?

—*Coronel* —le corrigió Gloucester Smith respingando—. Sí, buen hombre, se la ofrezco. Una pizca de hospitalidad local.

—Bueno, eso es endiabladamente decente por su parte, cabo.

—¿De veras? —dijo Gloucester Smith. Y miró a Michaels—. Tengo entendido que queda algo de la mezcla de cosechas para nuestro invitado.

—Muy bien, señor. —Michaels miró debajo del bar y sacó una botella chata, color ámbar, le quitó el corcho y vertió una cantidad considerable de un líquido oscuro en el vaso de Rasmussen, sobre los cubitos de hielo.

—¿No me acompaña usted, cabo? —preguntó el forastero.

—Yo soy más bien un leal insobornable del *brandy*.

—Lástima —le compadeció Rasmussen—. Nada como un buen *whisky* escocés. Bueno, por usted, viejo. —Alzó el vaso, lo olfateó, asintió aprobador y echando la cabeza hacia atrás engulló la mitad del contenido—. No está mal, cabo, no está mal ni mucho menos. Debe de ser...

Rasmussen enmudeció. Sus ojos se desorbitaron, su boca se abrió y así

permaneció dejando escapar un estertor. Se llevó la mano derecha a la garganta para aferrársela. Luego, se desplomó de forma abrupta, sin ceremonias, sobre el alfombrado suelo, se estremeció una vez y quedó inmóvil.

La estancia fue todo silencio. El coronel Gloucester Smith se arrodilló junto a Rasmussen y le cogió la muñeca. Después, se puso en pie e hizo un gesto a Peters y Michaels. Los dos hombres levantaron la inerte figura del forastero y la transportaron a través del comedor oscurecido y de la cocina hasta la puerta trasera del hotel y desde allí al páramo sombrío, brumoso y poco frecuentado.

En el quieto y silencioso salón, manos circunspectas reanudaron sus tareas, y el único sonido fue el crepitar del fuego en la chimenea. Nadie habló hasta que el coronel Gloucester Smith volvió a ocupar su sillón.

Cecil Whitehead, a su derecha, se inclinó hacia delante.

—¿Cuántos son ya ahora, coronel?

—Once, creo.

—Espero que no haya ninguno más —bisbiseó Whitehead—. ¡Disfruto tanto de esta encantadora quietud!

—Lo mismo digo —susurró el coronel Gloucester Smith. Y plegó con exquisito cuidado su número del *Times* de Londres para que el papel impreso no crujiera.

# Notas

[1] Este libro ha sido digitalizado desde su versión en físico por la página [epublibre.org](http://epublibre.org). Si te lo has bajado de otro sitio, te lo lees y encuentras alguna errata, te agradeceríamos que pasaras por nuestra página y las reportaras para ayudarnos a mejorarlo. <<

[2] Abreviatura referida al Vietcong. <<

[3] Willow Grove — Saucedal. <<



[4] Magnum — botella de dos litros. <<